

MARIANO F. URRESTI

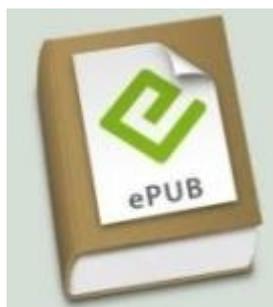
Agatha
escribía
con
sangre

SUMA
de letras

Agatha escribía con sangre

Mariano F. Urresti

Maquetación ePub: El ratón librero (tereftalico)



Este fichero ePub cumple y supera las pruebas
epubcheck 3.0b4 y FlightCrew v0.7.2.
Si deseas validar un ePub On Line antes de
cargarlo en tu lector puedes hacerlo en
<http://threepress.org/document/epub-validate>

A quienes sueñan conmigo en Amalur.

El día 3 de diciembre de 1926, coincidiendo con el extraordinario éxito de su última novela, *El asesinato de Roger Ackroyd*, Agatha Christie desapareció durante once días. Se sabe que abandonó Styles, nombre con el que había bautizado a su casa familiar situada en el condado de Berkshire, alrededor de las 20:45 horas conduciendo ella misma su coche, un Morris Cowley. El vehículo apareció horas más tarde abandonado en Newlands Corner, en Guildford (Surrey), sin rastro alguno de la escritora.

A partir de ese momento, el país se movilizó. Desde el Gobierno británico se instó a la policía a entregarse a fondo en la búsqueda de Agatha, cuya popularidad era ya enorme a pesar de que su primera novela, *El misterioso caso de Styles*, se había publicado tan solo seis años antes. La noticia fue portada en los principales periódicos de la época y en su búsqueda se implicaron personalidades como sir Arthur Conan Doyle, el creador de Sherlock Holmes.

Once días después, un músico del hotel Hydropathic, situado en Harrogate, Yorkshire, reconoció a Agatha al verla tocar el piano en un salón del local. Se supo después que la escritora se había alojado en el hotel bajo el nombre falso de Teresa Neele, procedente de Ciudad del Cabo. Al ser interrogada sobre su extraño comportamiento durante aquellos días, Agatha Christie declaró padecer amnesia.

En su autobiografía, la novelista no escribió una sola palabra sobre aquellos sucesos. Era conocido que su matrimonio con Archibald Christie estaba en crisis. Él tenía una amante y había pedido a Agatha un divorcio que ella se negaba a conceder.

Desde entonces se han ofrecido diferentes explicaciones sobre los motivos que tuvo la escritora para actuar de un modo tan extravagante y, como quiera que ella guardó silencio al respecto más allá de las vagas explicaciones ofrecidas a propósito de su amnesia, las teorías se han sucedido por parte de los estudiosos de la vida y obra de la Reina del Crimen o la Duquesa de la Muerte.

Introducción

Winchester, Reino Unido. Septiembre

El hombre estaba sentado plácidamente en un sillón junto a la chimenea. El inspector lo observó con frialdad. El contacto con la muerte lo había endurecido tras quince años de servicio. Se aproximó con cuidado, como si temiera despertarlo de un sueño profundo. El tipo —un vejete larguirucho, de rostro ajado y cabello entre cano y pelirrojo— tenía la barbilla caída sobre el pecho, vestía un pantalón de color beis, chaqueta de *tweed*, corbata del Winchester College y una camisa blanca que había dejado de ser immaculada cuando alguien apuñaló a su propietario con un objeto punzante cuya empuñadura estaba cubierta de lo que parecían piedras preciosas. —¿Serán auténticas? —preguntó el inspector al técnico de la policía científica que husmeaba por la habitación.

—A mí me parece bisutería —respondió el interpelado, secamente.

El inspector le mandó a tomar por culo en silencio. Estaba harto de los aires de superioridad con que se conducen los de la policía científica en los escenarios de los crímenes.

—Parece que estaba jugando al *bridge* con alguien —aventuró a su espalda el sargento. El inspector se giró y reparó en la mesa del salón. Cartas para cuatro. Aquello tenía mala pinta, pensó. Había algo extraño en aquel asunto. Durante unos instantes detuvo la mirada en la chimenea repleta de restos de madera quemada; después reclamó su atención la lamparita con pantalla situada junto al sillón del difunto. Todo estaba tal y como lo había encontrado la señora que servía en la casa. La infortunada, entre lágrimas, había asegurado minutos antes no haber tocado nada. Las cortinas seguían cerradas, de manera que un juego de luces indirectas confería a la estancia cierto aire teatral. Y luego estaban aquellas cartas, las cartas sobre la mesa.

El inspector volvió a mirar al difunto. Como era de suponer, el hombre del sillón guardó silencio. El técnico de la policía científica, que parecía no verle, tomaba fotografías mientras el sargento se mantenía a la expectativa, aguardando órdenes. El inspector dudó sobre lo que convenía decir. Tenía el olfato lo suficientemente entrenado para darse cuenta de que aquel no iba a resultar un caso fácil.

—¿Y bien, señor? —inquirió el sargento.

El inspector le lanzó una mirada melancólica.

—Sargento, me parece que estamos jodidos.

AGATHA ESCRIBÍA CON SANGRE

PARTE I

«Mi querido Japp, si yo cometiera un crimen, usted no tendría ni la más remota oportunidad de verlo..., ni siquiera de saber que lo había cometido».

Poirot, en *Asesinato en Bardsley Mews*

1

Tres días antes. Puerto de Bilbao

Los vehículos se habían ordenado disciplinadamente entre las líneas —cada una de ellas estaba numerada— pintadas sobre la explanada gris del muelle A3 del puerto de Bilbao. Mientras aguardaban la hora del embarque, todos miraban embobados la gallarda figura del *Cap Finistère*, integrante de la flota de Brittany Ferries. El barco, pintado de blanco, azul y rojo, parecía saberse el centro de atención. Era un día espléndido, de cielo limpio y brisa cálida llegada de algún remoto lugar del sur.

El Golf Variant propiedad de Gala y Arturo ocupaba el cuarto lugar de la primera de aquellas filas, mientras que el autocar que la editorial había fletado esperaba su turno en la fila número cinco. Junto a él se movían nerviosos los periodistas acreditados. No lejos de los reporteros, varias personas formaban corros y hablaban entre sí animadamente. Gala conocía a alguna de ellas, mientras que a otras no recordaba haberlas visto jamás. No obstante, no tardaría en comprobar que unos y otros compartían la sorpresa que les había producido la invitación que recibieron un mes antes. Al parecer, Octubre Ediciones estaba dispuesta a tirar la casa por la ventana.

—¿Los conoces? —preguntó Arturo a su mujer frunciendo el ceño y mirando hacia el autocar. Desde su brillante calva, un par de gotas de sudor se deslizaron hacia sus carnosos mofletes. Con su mano, grande y velluda, evitó que el sudor llegara hasta su bigote, gris y poblado.

—Además de a Santos, su insoportable mujer y la *barbie* de su secretaria, creo que a nadie más —respondió Gala sin apartar la vista del personal. De pronto, apretó con su mano derecha el brazo izquierdo de su marido, una costumbre a la que él se había habituado tras casi cuarenta años de matrimonio. El estrujón solía anunciar un descubrimiento—. ¡Madre mía! —exclamó Gala.

—¿Qué pasa?

—Que vamos a tener que soportar durante toda la travesía al insigne autor. —Apuntó con la barbilla a un hombre alto, fuerte y con el cabello pulcramente engominado que acababa de aparecer junto al autocar. El tipo sonreía continuamente y estrechaba la mano de todo el mundo. A pesar de su edad, mostraba el aspecto propio de un deportista—. Tenía la esperanza de que Hernán estuviera ya en Torquay, pero parece que prefiere adular a la prensa desde el primer momento.

—¿Qué hacemos? ¿Vamos a saludar? —Arturo miró indeciso al autocar y a su propio vehículo.

—Mejor será que lo hagamos. Cuanto antes pasemos por el trance, mejor —opinó Gala.

—¿Llevo a *Pilgrim*?

—Desde luego. —Gala acarició la cabeza de un elegante pastor blanco suizo que parecía escuchar con atención la conversación del matrimonio mientras permanecía tumbado cómodamente en el amplio maletero del coche. El portón del maletero estaba abierto y la brisa que recorría el puerto acarició el abundante manto de pelo del animal—. A lo mejor hay suerte y muerde a Hernán —bromeó.

Hernán Valdés estrechaba manos y regalaba sonrisas. A pesar de ser un sesentón, seguía teniendo fama de conquistador. Y no era falsa fama. El esquí y la natación lo mantenían en forma. Estaba en mangas de camisa, lucía un pantalón negro de corte moderno y exhibía un rostro bronceado que le concedía un aspecto envidiable. A él le habría gustado parecer juvenil, pero eso ya no era posible. Ni siquiera podría describirlo así el grupo de periodistas que se habían dejado invitar por la editorial para acudir, con todos los gastos pagados, a la esperada presentación del último libro del aclamado Valdés, *Enigma Agatha: caso cerrado*.

—¿En serio queda el caso cerrado? —preguntó solícito uno de aquellos reporteros. Hernán volvió a sonreír, guiñó un ojo y apuntó con el dedo índice de su mano derecha a quien le había interrogado. Parecía un actor norteamericano interpretando el papel del presidente antes de subir al *Air Force One*.

—Os aseguro que no voy a defraudar tampoco esta vez —profetizó. Un hoyuelo se dibujó en su barbilla acentuando su atractivo—. Caso cerrado, te lo aseguro.

—Si hay algo que envidio de ti —dijo Gala, que acababa de llegar junto al escritor—, es esa arrolladora seguridad. —Se aproximó a él no sin antes obligarse a componer algo parecido a una sonrisa. Después se dejó besar en las mejillas por el escritor. Ella no le correspondió.

—Viniendo de una colega como tú, es todo un halago —repuso Hernán con sorna. De pronto, reparó en *Pilgrim* y se echó hacia atrás instintivamente—. ¡Qué diablos! ¿Te has traído al chuchó?

Gala no soportaba al engreído autor, al tipo cuyas ventas —según él mismo se encargaba de pregonar a los cuatro vientos— sostenían Octubre Ediciones, pero, si algo le resultaba aún más intolerable que los vanidosos colegas con los que tenía que convivir, era que alguien osara hacer un comentario despectivo sobre su perro.

—*Pilgrim* es un animal admirable. No le hace falta escribir libros ni una corte de aduladores. Te vendría bien aprender de él. —Sonrió, aviesa.

Y como una diva que abandona la escena, dio la espalda a Hernán y a la prensa, ladeó la cabeza y construyó otra sonrisa de cartón piedra antes de saludar al propietario de su editorial, Santos Alsina. Mientras tanto, Arturo sujetaba de la correa al pastor blanco sin saber bien qué decir. Su mirada iba del perplejo Hernán a la espalda de su esposa, que se alejaba de ellos. Tras dudar unos instantes, optó por seguirla. Le pareció lo correcto. Por su parte, Hernán, visiblemente contrariado, había olvidado regar su sonrisa de presidente a las puertas del *Air Force One* y se le había secado. Le temblaba el labio inferior y en el corrillo de periodistas se escuchó alguna risa mal disimulada. Aunque Gala no conocía a ninguno de ellos, puesto que desconfiaba de la prensa y rara vez concedía entrevistas, los reporteros conocían sobradamente a aquella mujer alta, ancha de caderas, un poco entrada en carnes y que lucía un corte de pelo que debió de estar de moda en los años veinte. Gala, de mirada azul y nariz poderosa, había cruzado ya la frontera de los sesenta, pero seguía siendo la reina de la novela rosa. La mujer que más romances había relatado, la que más corazones había partido en sus novelas, la creadora de innumerables *best sellers* perfumados.

—¡Querida Gala! —Santos abrazó efusivamente a la escritora—. Me alegro de que hayas venido. Gonzalvo y tú sois los únicos autores de la editorial que habéis aceptado la invitación. —Santos reparó en ese momento en Arturo y le estrechó la mano—. Encantado de volver a verte, Arturo. ¿Cuánto tiempo hacía que no nos veíamos?

—Casi un año.

—¡Joder! ¡Un año! —El editor se pasó la mano por el cabello plateado. Estaba orgulloso de su mata de pelo. No parecía haber perdido ni un solo cabello durante sus sesenta y siete años de vida. Gala había llegado a pensar que Santos hacía un recuento matinal para saber si todos sus cabellos seguían en su lugar. Se trataba de un hombre alto, aunque caminaba ligeramente encorvado, como si llevara sobre la espalda un peso oneroso. Gala no estaba segura de si aquella carga era la editorial o su esposa—. ¡Cómo pasa el tiempo! ¡Y mira *Pilgrim* qué guapo está! —Acarició la cabeza del perro con entusiasmo. El animal no tardó en apartarse con gesto altivo. Ignoraba a los extraños.

Santos era un tipo elegante, dotado de mucha menos cultura de la que pretendía demostrar, pero era listo. Conocía lo suficiente a su autora como para saber que cualquier desplante hacia su perro era tomado por ella como una afrenta personal. Dios no le había dotado con el espíritu emprendedor de su abuelo, el primer Santos Alsina de la trilogía, que fue capaz de levantar de la nada una editorial independiente a la que bautizó con el nombre del mes en el que comenzó a escribir su primera y única novela; ni tampoco tenía las agallas que había exhibido su padre, el segundo Santos Alsina, para mantener el negocio y hacerlo crecer hasta convertirlo en una editorial respetada.

Pero sí poseía don de gentes. Su envidiable aspecto, a pesar de ser un sesentón, le ayudaba en las relaciones sociales.

—De modo que has tirado la casa por la ventana —comentó Gala al tiempo que paseaba la mirada por el grupo que rodeaba el autocar—. Viaje pagado para la prensa, cinco días en Torquay, pasaje en el *ferry* de Bilbao a Reino Unido, autocar privado... Espero que sigas teniendo fondos para pagar mis *royalties*.

—Bueno, ha sido cosa de Mercedes. Ya sabes cómo es... —aclaró el editor mirando en dirección a una mujer que vestía un elegante traje de tonos violetas y que en aquel momento charlaba animadamente con un hombre al que Gala no conocía.

—Sí, ya lo creo que sé cómo es —replicó la novelista en tono severo—. Una manirrota, y tú, un tacaño. Por lo que se ve, esta vez te ha ganado la partida. Espero que el libro de nuestro célebre Hernán merezca todo este montaje.

—Gala, por favor —intervino Arturo, azorado—. Te pido disculpas —añadió dirigiéndose al editor.

—Ni por favor ni nada —atajó Gala, que para entonces había creído averiguar ya de qué firma era el modelo que lucía Mercedes. Pero más le había llamado aún la atención el hombre con quien charlaba. Por un instante le pareció Sean Connery. Pero un Connery actual, maduro, con barba cana y tocado con boina escocesa de color gris claro. El desconocido tenía unos hombros anchos, no era demasiado alto, pero tampoco podía ser descrito como de baja estatura y la luz que brillaba en sus ojos, ribeteados de arrugas, hizo pensar a Gala que estaba ante un hombre de notable inteligencia—. ¿Quién es ese?

—Gaspar Velarde —respondió Santos—. Un viejo amigo de Hernán y nuestro. Hernán ha invitado a algún otro conocido suyo a este acto.

—Lo que yo digo: me vas a dejar sin *royalties* con todo este despilfarro —aventuró Gala. En ese momento, Mercedes Sádaba, la esposa de Santos, se percató de la presencia del matrimonio. Gala siempre había creído que la afición que aquella mujer tenía por gastar se debía a algún tipo de desequilibrio que, dada su nula sabiduría en cuestiones psiquiátricas, era incapaz de diagnosticar. Mercedes tenía la misma edad que Santos, no era una mujer carente de atractivo a pesar de su edad y siempre vestía prendas caras, como aquel modelito que había elegido para la ocasión. Gala advirtió que, como de costumbre y a pesar de que sus visitas a la peluquería eran frecuentes, Mercedes llevaba el cabello desordenado, como si un geniecillo anduviera soplando sobre su cabeza permanentemente.

Mercedes se despidió apresuradamente del desconocido que tanto se parecía a Sean Connery y caminó en dirección a la escritora dando saltitos, con los brazos abiertos —excesivamente abiertos, como su escote, según el peritaje de urgencia que realizó Gala—. ¡Gala! ¡Gala! ¡Gala! —gritó con mucha fanfarria y aspavientos. Al llegar hasta la novelista, la abrazó con entusiasmo—. ¡Cuánto me alegro de que hayas venido! No imaginé que te apasionara Agatha Christie.

—Yo no diría que es la pasión lo que me mueve —aclaró la escritora con urgencia—. El apasionado es Arturo.

—Cuando recibimos la invitación, no lo dudé ni un segundo —intervino el hombretón—. No me queda una sola novela suya por leer. ¡Ah, Poirot! ¡Todo un personaje! Para mí va a ser fantástico visitar Torquay. Un viaje que siempre teníamos pendiente.

—De modo que has convencido a Gala —observó Santos.

—Nosotros nos convencemos el uno al otro —precisó Arturo—. Gala tiene sus propios intereses en este viaje.

Santos y Mercedes clavaron su mirada en la novelista.

—Jane Austen, queridos. —Gala pronunció aquel nombre paladeándolo—. Agatha es el amor platónico de Arturo, que se ha leído todas sus novelas, mientras que apenas conoce la mitad de las mías —desveló al tiempo que componía un mohín y miraba con complicidad a su marido—. Mi pasión es Jane Austen, y como el *ferry* llega a Portsmouth, firmamos el acuerdo de quedarnos una noche en Winchester, que está a poco más de media hora, para que yo pudiera visitar su tumba. —Hizo una pausa—. *Sentido y sensibilidad*, *Orgullo y prejuicio*. ¡Ah! —Suspiró ruidosamente—. Por eso nos

hemos traído el coche, y porque en el barco hay camarotes en los que se admiten perros. Allí donde *Pilgrim* no es bienvenido, no lo soy yo.

—Hemos reservado una habitación en el hotel Mercure de Winchester, donde se permiten mascotas —amplió la información Arturo—. Y vimos que en el Imperial Hotel de Torquay, donde vais a hacer la presentación del libro y nos vamos a hospedar todos, también podíamos tener al perro con nosotros.

—Y ahora que sabéis por qué hemos venido —dijo Gala mirando a Santos—, ¿me puedes explicar a qué viene tanto alboroto por el libro de Hernán?

El dueño de la editorial se pasó la mano por su mata de pelo gris, mientras Mercedes sonreía como una estúpida, algo que parecía dárselo bien. Cuando el editor iba a responder, su mujer se anticipó.

—Hernán ha descubierto los motivos por los cuales Agatha Christie desapareció el día 3 de diciembre de 1926 —cuchicheó—. Será un bombazo, porque publicamos pruebas irrefutables.

Gala arqueó las cejas.

—¿Irrefutables? ¿Ha entrevistado directamente a Agatha?

—¡Gala! —censuró Arturo a su mujer.

—El libro es una biografía que rellena ese hueco de la vida de Agatha con una documentación exhaustiva —aseguró Santos en tono solemne.

—Pero eso ya lo han hecho otros, ¿no? —recordó Arturo—. Se ha hablado de que todo fue un montaje para promocionar la novela que tenía en el mercado en ese momento, *El asesinato de Roger Ackroyd*, y se han propuesto también explicaciones médicas. No hace mucho leí que un escritor inglés, Andrew Norman, atribuyó lo sucedido a un síndrome conocido como «estado de fuga». Si no recuerdo mal, decía que se trata de un episodio de amnesia que impide al paciente recordar algún incidente de su pasado, e incluso produce la pérdida de identidad. Agatha estaba sometida a una gran tensión entonces porque su primer marido, Archie, la engañaba.

—Sí, sí, sí —interrumpió Mercedes, siempre poco dispuesta a escuchar a los demás—. Todo eso está muy bien, pero son solo teorías sin fundamento. Hernán, en cambio, ha entrevistado a descendientes de personas que estuvieron involucradas en aquellos hechos y le confesaron cuanto recordaban. —Bajó la voz antes de proseguir—: Y no me refiero a cualquiera, sino a descendientes del personal del hotel de Harrogate donde la encontraron, a familiares de policías que participaron en la búsqueda y, lo mejor de todo, a los herederos de Edmund Cork, el agente literario de Agatha. Esa gente le permitió husmear en sus archivos, y fue allí donde encontró las cartas que Cork cruzó con Agatha en esas fechas. ¡Cartas inéditas! —susurró.

Arturo se quedó perplejo. Su mujer no conocía tantos detalles de la vida de la popular novelista como él. Él sí sabía que la llegada en 1923 de aquel agente literario a la vida de la entonces joven escritora cambió la vida de ambos. Agatha había comenzado a escribir su primera novela, *El misterioso caso de Styles*, en 1916, pero no se publicó hasta cuatro años más tarde, cuando ella había perdido toda esperanza de que viera la luz. El manuscrito fue a parar al despacho de John Lane, de la editorial The Bodley Head, que creyó que tenía una buena historia entre manos. Lane la recibió en un despacho repleto de cuadros. Había cuadros incluso sobre las sillas. El editor fue al grano de inmediato. Exigió a Agatha acometer algunas correcciones al original que él mismo sugirió e insistió en que habría que ampliar el último capítulo, porque se quedaba muy corto, según él lo veía.

La novela se publicó finalmente por entregas en *The Weekly Times* y posteriormente en Estados Unidos. El 21 de enero de 1921 salió al mercado en forma de libro.

—Sin ese agente literario, Agatha no habría salido nunca de la estafa que significó su primer contrato—recordó Arturo.

—Qué raro... Un editor engañando a un autor... —Gala esbozó una sonrisa irónica—. ¿Qué fue lo que ocurrió?

—Pues que Agatha, que tenía entonces veintinueve años, firmó lo que le pusieron delante cegada por el entusiasmo. Y resultó que se había comprometido a percibir únicamente el diez por ciento de las ganancias del libro solo cuando las cifras de venta

hubieran superado los dos mil ejemplares en el Reino Unido. Y lo peor de todo era que se había obligado a escribir, con esas mismas condiciones, cinco libros más.

—¡Qué sinvergüenzas! —estalló Gala.

—Lane perdió el negocio de su vida —prosiguió Arturo—. De no haberse querido aprovechar de una joven autora inexperta, seguramente Agatha habría desarrollado su prolífica y exitosa carrera en aquel sello. Pero, en lugar de eso, hubo una relación tormentosa entre ambos. Se inició un intercambio epistolar en el que Agatha exigía romper aquel primer contrato, mientras que Lane se mostraba inflexible. Hasta que apareció ese agente literario, Edmund Cork.

—Editores miopes los ha habido siempre —se lamentó Gala.

Santos carraspeó incómodo, pero Mercedes no pareció darse por aludida y dijo entusiasmada:

—Gracias a que conoció a su agente, el de las cartas que Hernán ha leído, Agatha pudo romper aquel contrato y firmar otro con una editorial seria, como la nuestra.

—La editorial Colins, con la que trabajó toda su vida —apostilló Arturo.

—¡Caramba, Arturo! Te sabes la vida de Agatha mejor que Hernán —bromeó Santos.

El aludido encogió los hombros en un gesto de falsa modestia.

—De modo que Hernán ha descubierto El Dorado en los archivos de los descendientes de ese agente literario y habéis montado todo este tinglado convencidos de que os vais a forrar —resumió Gala.

Santos volvió a carraspear incómodo.

—En realidad, ha sido idea de Mercedes hacer la presentación en Torquay y organizar todo este, este...

—¿Circo? —añadió Gala sin esforzarse en disimular su enojo.

—Edgar está que se sube por las paredes y yo, la verdad, también. —El rostro de Santos evidenciaba la tensión que aquel asunto provocaba en el matrimonio.

—Tú siempre estás igual —le reprochó Mercedes—. Siempre mirando cada céntimo, como los miserables de tu abuelo y de tu padre. Si fuera por ti, nos extinguiríamos como los dinosaurios. Para ganar a lo grande hay que jugar a lo grande.

—También se puede perder a lo grande —replicó Santos arrastrando las palabras.

—A todo esto, ¿dónde está Edgar? —preguntó Gala en un intento de evitar que la discusión, cuyo fuego ella misma había avivado, subiera más de tono.

Parecía extraño que Edgar, el único hijo de ambos y primer varón de los Alsina que no había sido bautizado como Santos, no estuviera allí. Todo el mundo sabía que era él quien soportaba el verdadero peso del trabajo editorial desde hacía unos años. Octubre Ediciones había nacido entre las manos del primer Santos Alsina como una editorial casi artesanal, pero lentamente adquirió un fondo notable. El proyecto de un apasionado autor frustrado pasó a convertirse en un sólido negocio en manos de su hijo, pero los vaivenes del mercado en tiempos de su nieto habían zarandeado la empresa, independiente y orgullosa de serlo, hasta el punto de casi hacerla zozobrar. Solo el dinero aportado por Mercedes, cuya familia tenía una fortuna inmensa dispersa en los más variados negocios, había logrado mantenerla a flote. Gala desconocía qué porcentaje del negocio era en ese momento de los Alsina y qué parte pertenecía a Mercedes.

En ese momento, Mercedes se arrancó con una larga perorata a propósito de los actos que anualmente se celebraban en Torquay, la localidad natal de Agatha Christie, situada en el suroeste de Inglaterra, en la llamada Riviera inglesa. Existía, dijo, un festival que se prolongaba a lo largo de una semana y tenía como día central el 15 de septiembre, fecha en la que Agatha vino al mundo en 1890. Explicó que la ciudad, una bonita localidad turística que conforma, junto con Paignton y Brixham, lo que los lugareños conocen como Torbay, se convertía durante esa semana de septiembre en escenario de representaciones teatrales, proyecciones de cine, películas, visitas guiadas a Greenway House, la imponente mansión georgiana donde la novelista veraneó con su segundo marido, y numerosos actos más.

—Y Edgar está allí desde hace unos días, organizándolo todo para presentar el libro el día 15, dentro de tres días —informó—. Va a ser maravilloso. Tengo prevista alguna sorpresa —añadió, excitada—. Se trata de un juego.

El entusiasmo de la mujer del editor contrastaba con la mirada sombría con la que su marido la taladró y que no pasó inadvertida para Gala. Pero, inesperadamente, la expresión del tercer Alsina de la saga se vistió con un brillo juvenil durante la última parte del discurso de Mercedes. Santos miraba por encima del hombro de su mujer y Gala descubrió que el motivo de su cambio de humor era la sonrisa que le regalaba Irma Cañadas, la escultural rubia que ejercía labores de secretaria para él. La novelista había hablado con ella en numerosas ocasiones y siempre le había parecido una joven competente en su trabajo. En alguna ocasión, Gala había oído rumores a propósito de que entre el dueño de la editorial y la joven existía algo más que una relación profesional.

Tras un sonoro suspiro con el que concluyó sus explicaciones sobre la ausencia de Edgar, Mercedes tuvo tiempo para sorprender un último instante de la sonrisa de Irma. El rostro de Mercedes se crispó y una vena azulada apareció en su frente latiendo violentamente. La brisa que acariciaba el puerto arreció en aquel momento despeinándola aún más. La mujer ensartó a su esposo con una mirada feroz, sonrió tímidamente a Gala y Arturo y se alejó en dirección a la prensa murmurando una apresurada disculpa.

—¿Y cuál es la teoría que defiende en el libro? —sondeó uno de los reporteros que rodeaban a Hernán Valdés.

—Dejad que me guarde la sorpresa para cuando estemos en Torquay, por favor —respondió el escritor, que parecía estar a sus anchas entre los periodistas.

Hernán estaba encantado de ser como era. Se creía un tipo con suerte. La vida le había dado todo lo que había pedido. En la solapa de sus novelas se decía de él que había estudiado Historia del Arte en la Universidad de Salamanca y que ejerció como catedrático de Historia en un instituto de enseñanza secundaria, profesión que compaginó durante unos años con la actividad literaria hasta que una serie de éxitos lo animaron a lanzarse a la aventura de convertirse en escritor a tiempo completo. Toda su carrera se había desarrollado a la sombra de Octubre Ediciones, un matrimonio que había sido muy rentable para ambas partes. Pero en aquellos resúmenes apresurados de su vida no aparecían otros datos, como que muchos hombres soñarían con reencarnarse en sus dedos solo para sentir la sensación de desvestir a todas las mujeres a las que Hernán había amado.

Seguía soltero a sus sesenta y siete años, pero lo estaba por propia voluntad, según cacareaba. Aunque alguna noche de invierno, mientras cenaba en soledad mirando sin ver la televisión, había compartido consigo mismo la idea de que debía conformarse con muchas mujeres porque no había encontrado a la única que necesitaba.

—Pero ¿qué aporta su libro sobre Agatha que no hayan narrado los muchos que se han escrito sobre ella y sobre su polémica desaparición en 1926? —preguntó un joven periodista de rostro carnoso y notable barriga.

—Documentos inéditos, Gerardo —repuso Hernán, que siempre recordaba el nombre de los periodistas que le iban a entrevistar y acostumbraba a mencionarlo durante la charla—. Hasta ahí puedo leer.

Y sonrió. Lo hizo tan bien como solo él sabía hacerlo, como el presidente norteamericano de las películas hacía en sus comparencias ante la prensa en la Casa Blanca. Una ráfaga de aire intentó sin éxito desplazar algún mechón de su engominado cabello y una reportera de muy buen ver le lanzó una mirada que Hernán no tuvo dificultad alguna en interpretar.

—¿Está usted de acuerdo con lo que proponía hacer Agatha con los asesinos? —inquirió un periodista veterano, un cincuentón casi calvo, de ojos saltones y aspecto desaliñado. Todo el mundo lo conocía en el mundillo como «las tres pes»: Pedro Pablo Parrado.

—¿A qué te refieres, Pedro? —preguntó Hernán a su vez, más para ganar tiempo que para otra cosa, puesto que había olfateado sin dificultad por dónde iba la pregunta.

—En su biografía, Agatha escribió que consideraba una crueldad la cadena perpetua y proponía que tal vez era mejor usar a los asesinos como cobayas al servicio de experimentos médicos.

—También creo recordar que dijo que quizá debiéramos compadecerles —replicó Hernán saliéndose por la tangente—. Agatha se limitó a decir que eran un mal para la comunidad, pero yo no soy ella ni estoy aquí para defender nada que no sea mi libro. Y volvió a sonreír después de lograr tragar saliva. Como a los presidentes norteamericanos de las películas, no le gustaban las preguntas incómodas. Irma debía atar en corto a aquel tipo, se dijo.

Precisamente, la secretaria, que había escuchado la pregunta y la respuesta, se materializó de pronto entre la prensa para disolver el corrillo.

—Dejaremos las preguntas para cuando lleguemos a Torquay, ¿os parece? Es hora de subir al autocar, porque vamos a embarcar en breve. —Se volvió hacia Hernán y le dedicó un guiño cómplice.

Gala había escuchado la respuesta con la que Hernán repelió el aguijón con el que aquel periodista irreverente había pretendido pinchar el enorme globo en que se había convertido el ego del escritor. El asunto de la culpabilidad y la inocencia, del que en ocasiones había hablado con su marido, era un ángulo del pensamiento de Agatha sobre el cual había mantenido acaloradas discusiones con Arturo en repetidas ocasiones. Gala creía que el fervor de su marido por Agatha le nublabla la vista. Una cosa era admirar la obra de una escritora y otra comulgar con todo lo que ella hubiera dejado escrito, sostenía. Su marido solía burlarse de ella preguntándole si acaso estaba celosa, y ella refunfuñaba reprochándole que no hubiera leído todas sus novelas románticas con la misma pasión con la que se había entregado a las de la británica.

Pero más allá del enamoramiento de Arturo con la Reina del Crimen, lo cierto era que las opiniones de Agatha sobre los criminales y los inocentes invitaban a la reflexión. Recordaba haber escuchado a Arturo decir que en su autobiografía Christie subrayaba la necesidad de proteger al inocente; que quien importa es el inocente y no el culpable. También le llamaba la atención que la escritora hubiera dejado escrito que, de entre todas las tramas posibles para una novela de detectives, las que más la seducían eran las que sacaban a la luz pasiones subterráneas que ayudaban a salvar al inocente. Le resultaban más atractivas que aquellas otras historias intrincadas, con una arquitectura literaria perfectamente planificada y que requieren un gratificante pero arduo esfuerzo. «¿Qué hacer con los asesinos?», se preguntó en silencio Gala sin atreverse a responder en voz alta. La prioridad de Agatha por poner a salvo al inocente y a la sociedad ¿era suficiente motivo como para acabar enviando al criminal a un laboratorio para interpretar el papel de cobaya?

En ese instante, *Pilgrim* ladró y la sacó de su ensimismamiento.

—¿Vamos al coche? —preguntó Arturo.

Ella asintió en silencio. Pensó en despedirse de Santos y lo buscó con la mirada. Descubrió al editor junto a su secretaria. Irma le comentaba algo con gesto desenfadado y él sonreía como un bobalicón sesentón ante las tetas de la joven. Luego observó a los periodistas y más allá descubrió al desconocido que tanto se parecía a Sean Connery. El tipo conversaba con un hombre grueso, bajito, provisto de unas gafas de pasta. Junto a ellos vio a una mujer igualmente de baja estatura, oronda y, al parecer, de risa fácil a juzgar por sus repetidas carcajadas. La novelista supuso que serían los amigos de Hernán que habían sido invitados, según Santos había comentado. Pero hubo algo más que reclamó su atención.

Junto a la puerta del autocar descubrió a Mercedes. Su rostro era el lienzo donde un demonio parecía haber logrado pintar el odio en la que sería su obra maestra. Mercedes miraba fijamente a su marido y a Irma.

I

Las Palmas de Gran Canaria. Febrero de 1927

Agatha dejó de aporrear las teclas de su máquina de escribir, levantó la cabeza y permitió que su mirada triste se perdiera entre el verdor del jardín del hotel Metropole, que podía admirar desde la ventana de su habitación. La aventura de Ruth Kettering y el rubí llamado *Color de fuego* podían esperar. En realidad, aquella historia la aburría. Más aún, odiaba aquella novela que pretendía titular *El misterio del Tren Azul*. Era una sensación desconocida que no había sentido con ninguno de la media docena de títulos que había publicado. Ni siquiera con los libros que se había visto obligada a entregar a su primera editorial merced al evidente timo que significó su primer contrato.

Y, para colmo, Rosalind no paraba quieta.

—Teddy, ¿podrías hacer menos ruido, por favor? —le recriminó. Pronunciar el apodo cariñoso que Archie, su marido, había inventado para la niña no hizo sino aumentar la intensidad de aquel dolor y velar aún más la mirada gris de la escritora.

—Me prometiste que iríamos al baile —se quejó la pequeña.

—Si me dejaras trabajar, ya estaríamos allí —bufó Agatha. Al apartar la vista de la ventana, adivinó por dónde iban los pensamientos de Carlo, su secretaria y amiga—. Sí, sí... Ya sé, es una niña. Por Dios, no me mires de ese modo —rogó a la muchacha alta y de cabello castaño que estaba sentada en el otro extremo de la habitación.

Desde que entró a su servicio, Charlotte Fisher, *Carlo*, como la llamaba Rosalind, se había convertido en la mejor amiga de ambas, de la madre de treinta y seis años y de la niña de once. Tan unida estaba a Carlo que Agatha jamás se hubiera embarcado en la aventura de huir de Inglaterra escapando de sus propios fantasmas si Charlotte no hubiera estado junto a ellas. La muchacha tenía veintitantos años y bien podía pasar por ser la hermana menor de la escritora.

—Déjame trabajar un rato y bajamos a ver el baile —prometió a la niña. Carlo sonrió, y Teddy también.

Pero aunque lo intentó, Agatha no se sentía con fuerzas para recuperar el hilo de la historia de la que habría de ser su próxima novela. En lugar de eso, abrió un cuaderno de tapas negras y se entregó al ejercicio de exorcizar sus demonios garrapateando aquellas páginas con su endiablada caligrafía. Eran reflexiones muy personales sobre su propia situación sentimental. Como a todas las mujeres de su época, la habían educado en el rechazo al divorcio. Prefería la humillación de saberse engañada por Archie a divorciarse de él.

Al cabo de unos minutos apenas lograba ver lo que escribía. Las lágrimas resbalaban por su rostro y caían sobre el cuaderno embadurnando sus sentimientos. Entonces, procurando que ni Carlo ni la niña lo advirtieran, enjugaba su tristeza con un pañuelo y permitía que su mente viajara a otro tiempo contemplando el jardín del hotel.

El verdor que rodeaba el Metropole invitaba a evocar Ashfield, la casa familiar donde había nacido. De niña, el huerto le proporcionaba sus adoradas manzanas verdes y también frambuesas. Pero era mucho más interesante y misterioso el jardín. El acebo, los dos abetos, el cedro y especialmente la gigantesca wellingtonia ayudaban a imaginarse fantásticas historias. Aunque quien más tenía que contar era el haya, que para eso era el más grande de todos los árboles de Ashfield, y además era generosa invitándola a comer hayucos.

Por alguna inexplicable razón, ni su hermano Monty ni su hermana Madge eran capaces de divertirse en el jardín tanto como ella. Resultaba extraño que los mayores no pudieran ver a todos los amigos con los que ella pasaba las horas en el jardín. ¿Cómo era posible que no les vieran? Ni a Trébol ni a Negrito ni a ninguno.

Agatha suspiró al ver a Rosalind de acá para allá en la habitación, incapaz de entretenerse con nada salvo con el Osito Azul, su muñeco favorito. Tal vez debería comprarle un perro, pensó. Y recordó a *Tony*, el pequeño yorkshire que le regalaron a ella cuando tenía cinco años. Aquello fue lo más extraordinario que le había sucedido jamás. *Tony* era mejor que todos los demás amigos que tenía y que sus hermanos no parecían ver. Fue tanta la felicidad que sintió al verlo por primera vez que necesitó huir para poder gestionar sus emociones. Todo el mundo se quedó perplejo cuando la vieron correr para encerrarse en el cuarto de baño, donde se quedó pensativa mirando un mapa de Torquay hasta que su corazón volvió a latir con normalidad y salió dispuesta a abrazar a su nuevo amigo, que acababa de cumplir los cuatro meses.

Sí, se dijo, tal vez debería comprarle un perro a Teddy para que pudiera ponerle lacitos y adornos, como en otro tiempo ella misma le hizo a su yorkshire. A lo mejor se harían tan inseparables como lo fueron ella y *Tony*.

Agatha siempre había supuesto que su afición por inventar historias debía de ser herencia materna. Su madre, Clara Boehmer, fue una mujer muy creativa. Era curiosa, enigmática en cierto sentido. Desde luego, nada convencional para su época, aunque hubiera sido educada al modo victoriano y exhibiera la timidez exigible a una señorita. Pero bajo aquel manto pudoroso anidaba un espíritu singular, libre y provisto de un don especial para intuir por dónde discurrían los pensamientos de los demás.

—Mamá, ¿vamos al baile o no? —volvió a la carga Rosalind.

Agatha cerró el cuaderno, se levantó de la silla, se alisó el vestido y sonrió a su hija.

—Señoritas —les dijo a Rosalind y a Charlotte—, pónganse guapas, que vamos a ese baile.

La población de Las Palmas de Gran Canaria rondaba los ochenta mil habitantes y, al poco de poner un pie la isla, Agatha juzgó que era el mejor lugar del mundo para descansar. No es que fuera ni más ni menos bonita que Tenerife, donde las tres se habían hospedado cuando llegaron de Reino Unido; simplemente, resultaba más sencillo bañarse en sus aguas. Y a Agatha le encantaba bañarse en el mar.

Habían desembarcado un par de días antes en el puerto de refugio de La Luz. Los pasajeros llegaban a tierra en el más pequeño de los dos muelles, el de Santa Catalina. Allí estaba esperándolas un agente del hotel, que se encargó de que sus maletas fueran acarreadas hasta un automóvil que habría de conducir las hasta la ciudad, situada a cuatro kilómetros de distancia. Agatha observó que otros turistas optaban por el tranvía o incluso por carros tirados por caballos para llegar a su destino. Era la segunda vez que las recogía un automóvil para ir desde un puerto hasta el hotel. Les había sucedido igual en Tenerife, adonde llegaron desde Reino Unido en primera instancia.

En la otra isla tuvieron que desembarcar en el muelle de Santa Cruz debido a que los barcos de la Union Castle Mail SS Co. no hacían escala en el Puerto de la Cruz, adonde se dirigían. De modo que llegaron a tierra en una lancha de vapor y desde allí, en automóvil y a través de un paisaje salpicado de plátanos y encajado entre las montañas y el mar, arribaron las tres al hotel Taoro, en el Puerto de la Cruz.

Pero ahora estaban en Las Palmas, disfrutando de las comodidades del hotel Metropole, en cuyos salones se celebraba aquella noche un baile muy concurrido.

—Demasiados ingleses, ¿no te parece? —se lamentó a Carlo.

En realidad, era de esperar, no en vano el hotel lo había construido un inglés, Alfred Lewis Jones, a finales del siglo anterior. E incluso la dirección era inglesa. Muy cerca del Metropole se encontraban el British Club y el Tennis Club.

Vestidas con sus mejores galas, Agatha, Charlotte y Rosalind descendieron por las escaleras del hotel dejándose orientar por el sonido de la música.

Teddy abrió la boca, asombrada, apenas puso el pie en el umbral del salón. Estaba más animado de lo que habían imaginado, y en el centro de la pista bailaban maravillosamente varias parejas. Al verlas, la expresión de Agatha se ensombreció imaginándose en otro tiempo, dejándose llevar en brazos de Archie. Charlotte se dio cuenta y, con sutileza, puso su mano en el brazo derecho de Agatha.

—Mira quiénes están en aquella mesa —dijo a su jefa y amiga.

Sentados en un rincón del salón, la escritora descubrió al doctor Lucas y a su hermana, la señora Meek. Junto a ellos, la escritora reconoció al doctor Elliot Lloyd, a quien le habían presentado el día anterior en el British Club.

—Queridas amigas, siéntense con nosotros —ofreció el doctor Lucas, levantándose galantemente de su asiento, a pesar del trabajo que le costaba hacerlo.

—Por favor, no se moleste —dijo Agatha, incómoda—. No debe usted fatigarse.

El doctor Lucas sonrió, afable. Era un hombre joven, extraordinariamente dotado para la medicina, pero a quien la naturaleza había negado la salud. Era especialista en tuberculosis y regentaba un sanatorio en la costa oriental de la isla. Sin embargo, una enfermedad —Agatha no estaba segura de si fue la tuberculosis o la polio— le había mermado la salud y tenía la espalda encorvada.

El doctor Elliot Lloyd se apresuró a ofrecerles unas sillas. Lloyd, que aún no había cumplido los treinta años, era alto, delgado y pelirrojo. Tenía una mirada azul encantadora y era tremendamente ocurrente y divertido. Por razones de salud, se le había recomendado pasar cierto tiempo en un clima benigno, como el que ofrecían las islas Canarias.

—Tienen que prometerme que bailarán las tres conmigo —dijo una vez que todos estuvieron acomodados.

La señora Meek declinó de inmediato la invitación.

—Conmigo no cuente —avisó—. No estaría bien.

—¿No sabe bailar? —preguntó Lloyd, zumbón.

—No tengo edad para esas tonterías —resopló la mujer, que era bastante mayor que su hermano Lucas y había traído al mundo a tres hijos.

—Y usted, señorita, ¿me hará los honores? —preguntó Elliot Lloyd a Rosalind.

La niña rompió a reír escandalosamente y Agatha la reprendió.

—Debes ser más educada —le recomendó—. Una señorita no se ríe así en público.

—¿Quién demonios lo ha dicho? —salió en su defensa Lloyd. Rosalind le sonrió—. La señorita bailará conmigo y se reirá todo lo que quiera.

Y, sin más prolegómenos, el larguirucho doctor tomó de la mano a la niña y se dirigieron al centro de la pista.

Las parejas de baile eran de lo más variopintas, según Agatha observó. Había ingleses, naturalmente, pero también gente de otras nacionalidades. La isla recibía innumerables turistas y el Metropole era uno de los establecimientos hoteleros más lujosos.

Lloyd y la niña se divertieron un buen rato en la pista, sin que se pudiera juzgar como baile exactamente los pasos que perpetraron. Pero eso era lo de menos. Lo importante era que Rosalind se estaba divirtiendo de veras, y Agatha sonrió complacida.

—¿Se han fijado en esa joven? —dijo el doctor Lucas.

Charlotte y Agatha siguieron la mirada del médico y observaron admiradas los movimientos casi felinos de una joven española alta, delgada, que bailaba de un modo apasionado.

—La pasión latina —comentó el doctor, fascinado.

—En cambio, nuestras compatriotas... —dijo Agatha señalando a dos mujeres que acababan de llegar.

Los cuatro rieron de buena gana justo en el momento en que Lloyd y Rosalind regresaron, sudorosos, a la mesa.

—¿Qué sucede? —preguntó Lloyd.

—Hablamos de aquellas dos mujeres —indicó Lucas—. La señora Christie opina que son inglesas, a juzgar por su aspecto triste y anodino.

—Sin el menor género de dudas —opinó Lloyd tras observar a las recién llegadas—. Tan tías, tan contenidas, tan modosas, tan...

—Aburridas —resumió Lucas.

—Les recuerdo que todas las que estamos en esta mesa somos inglesas —gruñó la señora Meek.

Los dos hombres contuvieron la risa.

—No les falta razón. —Agatha acudió en defensa de los dos doctores—. A leguas se nos distingue. La maldita educación victoriana...

—¿Y si no son inglesas? —apuntó Charlotte.

—Eso es fácil de averiguar —aseguró Lloyd, y se levantó de la mesa de inmediato. Las dos damas se habían sentado en el otro extremo del salón y Lloyd se dirigió hacia el mostrador de la recepción. Antes de salir, el doctor las miró de reojo. Ambas debían de rondar los cuarenta años de edad, calculó. Las dos eran rubias. Una estaba un poco rellenita; la otra, ligeramente delgada. A pesar de ello, existía cierto parecido en sus rostros. Al llegar a la recepción, Lloyd murmuró algo al oído a uno de los empleados y deslizó en su bolsillo unas monedas. Instantes después, el hombre regresó con el encargo cumplido.

Al cabo de unos minutos, Lloyd estaba de nuevo junto a sus amigos.

—Las señoras Courtney Helier y Audrey Granger —dijo tras dejarse caer en su asiento—. Inglesas recién llegadas hoy mismo en un buque holandés.

Agatha las observó con detenimiento y de pronto tuvo el presentimiento de que la historia de aquellas dos mujeres no era tan aburrida como los caballeros presumían.

2

El *Cap Finistère* resultó ser toda una sorpresa para Gala y Arturo, y aún más para *Pilgrim*. Ninguno de ellos había hecho una travesía de aquellas características, que obligaría al grupo a pasar una noche a bordo para arribar a Portsmouth. La posibilidad de visitar Winchester era lo único que impedía a Gala calificar en su justa medida aquel viaje como estúpido por completo. Incluso Arturo se avino a darle la razón a propósito de la ruta elegida. ¿No era más lógico haber ido a Plymouth desde Santander? Ese puerto británico estaba a escasa distancia de Torquay, destino último de aquella aventura.

—Ya escuchaste lo que nos dijo Santos —repitió Arturo, resignado. Sabía que, cuando su mujer le tomaba ojeriza a un asunto, se ponía insoportable—. No había suficientes camarotes disponibles desde Santander.

—Pura improvisación —se quejó Gala—. A mí me ha venido bien para visitar Winchester, pero reconoce que la estampa de todos ellos a bordo de ese autocar resulta ridícula.

Arturo se tomó unos segundos para buscar la réplica adecuada, pero no dio con ella. Afortunadamente para él, en ese momento se puso en marcha la operación de embarque. Tratando de aparentar una seguridad de la que en realidad carecía, condujo su coche hasta el interior del barco. Sin poder evitarlo, se sintió como Jonás entrando en la ballena, y no se relajó hasta que lo aparcó en el nivel cinco del buque —allí donde le indicó un miembro de la tripulación ataviado con un chaleco reflectante de color naranja.

El *ferry* contaba con más de doscientos cincuenta camarotes de diferentes categorías. Había verdaderas suites de lujo, pero aquellos pasajeros que viajaban en compañía de sus mascotas debían instalarse en el piso noveno. Allí se situaban los camarotes en los que los perros podían dormir junto a sus dueños, mientras que otros lo hacían en jaulas especialmente diseñadas para ellos.

Pilgrim, como el resto de las mascotas que hacían la travesía, debía permanecer en el vehículo mientras los pasajeros se acomodaban. Esa instrucción, transmitida verbalmente por una joven de la tripulación, no le hizo la menor gracia a Gala, que no entendía el motivo por el cual su fiel amigo debía quedarse solo durante más de media hora dentro del coche. Y aún se mostró más enojada al saber que debía ponerle un bozal en el trayecto comprendido entre el garaje y el camarote.

Cuatro coquetas camas en forma de litera —dos en un nivel más alto—, un pequeño escritorio, una silla de color melocotón, un espejo y un cuarto de aseo con ducha componían el mobiliario del camarote 9044, en el que imperaba un tono beis claro. Al entrar en él, Gala y Arturo intercambiaron una mirada cómplice y esbozaron una sonrisa. A través del ojo de buey entraba un chorro de luz y se colaba el azul del mar. El mal humor de la escritora pareció evaporarse.

Media hora más tarde se anunció a través del servicio de megafonía del buque —en español, francés e inglés— que los dueños de mascotas debían darse cita en el punto de información, situado en la planta séptima. Allí, tras identificarse mostrando la llave de sus camarotes, fueron conducidos hasta sus vehículos para recoger a sus perros.

Diez minutos más tarde Gala, Arturo y *Pilgrim* se encontraban en la planta décima, la cubierta acristalada del barco, donde, además de un área recreativa para niños, un bar y una piscina, se encontraba el espacio habilitado para que los animales paseasen e hicieran sus necesidades.

—Parece que las aguas bajan revueltas entre Mercedes y Santos —comentó Arturo tratando de que el tono sonara neutro. Le incomodaba parecer un cotilla—. Nunca les había visto poner esas caras.

—Ni yo —coincidió Gala con más desparpajo. A ella se le daba mejor el cotilleo—. Que ella es una histérica derrochadora es algo que ya sabemos, y que tiene celos

enfermizos de cualquier mujer que se acerca a él, también. Pero es que lo de Irma y Santos yo ya lo había oído. Podían ser más discretos.

—¿Otra vez vuelves con eso? ¿En serio crees que hay algo más que rumores? — preguntó Arturo mientras le quitaba la correa a *Pilgrim*, que comenzó a olisquear el territorio con poco interés. Parecía más preocupado por saber qué demonios hacía él allí, en un lugar tan extraño y con aquel suelo azul que se balanceaba misteriosamente.

Gala miró a su marido y meneó la cabeza.

—De verdad, cariño, que pareces tonto. Eso lo ve cualquiera. ¿No te fijaste en las sonrisitas de ella y en cómo babeaba él mirándole el escote?

—Pues no —reconoció Arturo un tanto azorado—. No me fijo en eso.

—Pero yo sí —refunfuñó—. Los hombres sois verdaderamente torpes.

—Yo lo que creo es que a la gente le gusta hablar y muchas veces habla de más — replicó Arturo enrabiado.

—Tienes razón, pero es que en este caso Santos le da motivos. Y luego está esa pasión que tiene Mercedes por gastar. No me extraña que salten chispas entre ellos. Fíjate en todo esto, una presentación en Torquay para un libro sobre Agatha Christie...

—¿Tienes celos de Hernán? —inquirió Arturo con malicia.

—No seas idiota —replicó la escritora, picada. Miró a su perro y exclamó—: ¡Bien, *Pilgrim*! ¡Buen chico! —El pastor suizo la miró complacido mientras terminaba de utilizar por vez primera el urinario canino. El animal había comprendido qué se esperaba de él. Gala contempló el mar, sobre el que el barco dejaba a su paso una cicatriz blanca. Por alguna de las cristaleras abiertas entraba el aire, pero resultaba agradable. El mes de septiembre estaba siendo más que benigno—. Temo que todo este despliegue no se rentabilice. ¿Quién sabe qué es lo que ha escrito Hernán? Además, él es un novelista... y de pronto se ha atrevido con una biografía. No sé cómo acogerán sus lectores un giro semejante.

—Por lo que se ve, Edgar está aún más preocupado que su padre por la inversión.

—Es para estar nervioso —aseguró Gala—. Él sabe cómo está la salud de la editorial mucho mejor que sus padres. —Cogió la mano derecha de su marido y, antes de llamar a *Pilgrim* y regresar al camarote, añadió—: Por primera vez espero de corazón que un libro de Hernán se convierta en un éxito de ventas.

—Sobre las seis estoy en tu camarote —susurró Santos al oído de Irma. Ella le respondió con una mirada imposible de resistir.

Mercedes no pareció escuchar aquellas palabras ni advertir los ojitos que la secretaria le puso a su marido. Hernán parloteaba a su lado, exhibiendo sus dotes de ingenioso galán de cine. Sobre la mesa de aquel bar situado en una zona acristalada de la cubierta del barco oscilaban los vasos al compás del oleaje. El doctor Velarde paladeaba una cerveza, aparentemente atento a lo que decía el escritor, mientras Paco y Encarnación se dedicaban a admirar el espectáculo que el mar ofrecía. El cielo era un lienzo azul limpio y nuevo. Se trataba de una tarde plácida, en la que no parecía posible que pudiera germinar ningún pensamiento oscuro. Tal vez por eso nadie reparó en la mano que se acercó al vaso de Santos y arrojó algo en su bebida.

Además de bares, cafetería, sala de cine y un pequeño supermercado, el barco ofrecía a sus pasajeros la posibilidad de disfrutar del menú del Restaurant du Port. Y eso era algo que un hombre como Arturo, que jamás flaqueaba sentado a la mesa, no podía pasar por alto. La invitación de la editorial incluía una cena a las nueve de la noche y él no estaba dispuesto a ser descortés. Pero para salirse con la suya tuvo que echar mano de toda su diplomacia, porque su mujer no estaba por la labor de encontrarse con el resto de la expedición más de lo estrictamente necesario.

—Podemos cenar nosotros solos en uno de los bares —propuso Gala—. O comprar algo en el supermercado y traerlo al camarote.

—Llevamos metidos aquí toda la tarde —se quejó Arturo.

Gala no dijo nada, porque la observación de su marido era correcta. Tras embarcar a primera hora de la tarde, el matrimonio se había dedicado a descansar, a leer —Gala releía *Sentido y sensibilidad* contando las horas para rendir visita a la tumba de Jane

Austen y Arturo se había decantado por *El templo de Nasse House* de entre la media docena de novelas de Agatha Christie que guardaba en su maleta para disfrutarlas en su verdadera salsa, según decía.

—No me hace ninguna gracia ir a cenar con todos —remoloneó Gala tumbada en la pequeña cama. Dado que era una mujer grande y fuerte, el pequeño colchón parecía aún más reducido.

—No podemos dejar de ir —insistió Arturo tratando de resultar convincente. De hecho, estaba ultimando su atuendo en el cuarto de baño. El espejo reflejó la imagen de un hombre corpulento, calvo y con un ligero sobrepeso que se acentuaba en sus carrillos.

—¿Y *Pilgrim*? —preguntó Gala.

Arturo asomó su mostacho por la puerta del servicio.

—No me vengas con eso —dijo—. *Pilgrim* sabe de sobra cómo comportarse. Lo hace mejor que tú —la recriminó—. Sería una descortesía no ir.

De modo que finalmente Gala salió de la cama a regañadientes, ocupó por completo el cuarto de baño para arreglarse durante un tiempo que a Arturo le pareció una eternidad y, cuando la eternidad llegó a su fin, dejaron a *Pilgrim* en el camarote con unas golosinas caninas para que rumiara a placer. Tras cerrar la puerta a sus espaldas, ambos se encaminaron hacia el restaurante, situado dos pisos más abajo.

Resultaba evidente que Mercedes se encontraba a sus anchas organizándolo todo. Era ella quien había distribuido al grupo de la forma en que Gala y Arturo lo encontraron al llegar al restaurante. Los periodistas ocupaban unas mesas alejadas. Mercedes había desterrado a ellas a Irma Cañadas. La secretaria parecía enojada con el mundo y su rostro era una máscara que en nada recordaba a la joven que horas antes invitaba con la mirada a su jefe a que visitase su camarote.

La disposición de aquellos planetas, alejados de la luz solar que emitía Hernán Valdés, expresaba mejor que ninguna otra fórmula quiénes eran los patricios y quiénes los plebeyos en la minúscula sociedad diseñada por la mujer de Santos.

En el centro de la galaxia estaba Hernán, sentado a la misma mesa que la propia Mercedes. Junto a ellos se disponían a cenar el hombre bajito que usaba gafas con montura de pasta y la mujer oronda y de risa fácil a quienes Gala había visto antes de embarcar. La novelista sorprendió a Irma mirando a Santos, y también Mercedes lo advirtió. Pero algo parecía ir mal, a tenor de la cara de pocos amigos que exhibía la secretaria. Santos carraspeó incómodo.

—Gala, Arturo —el editor se levantó de su asiento, solícito—, esta es vuestra mesa.

Gala comprendió que su destino era afincarse en un satélite de aquella galaxia. Se encontraban mucho más próximos a la gran estrella de lo que lo estaba el planeta de los periodistas, pero no eran lo suficientemente dignos de sentarse a su mesa. Procuró ignorar a Mercedes y al propio Hernán en venganza por la afrenta y observó a Santos. El editor vestía con su habitual elegancia, aunque su traje era barato, según le pareció a la escritora. Su mata de pelo gris estaba impecablemente acomodada y sus ojos oscuros no lograban sonreír a pesar de su afabilidad. Parecía somnoliento, como si aún no hubiera despertado del todo de un sueño pesado. Pero pronto el interés de Gala se centró en otro de los comensales. Se sintió complacida al ver que junto a ellos se sentaba el desconocido que tanto se parecía a Sean Connery. Menos entusiasmo le produjo descubrir que se vería obligada a soportar durante la cena a Luis Gonzalvo, el otro autor de la editorial que había aceptado la invitación a aquel viaje.

Gonzalvo era un cuarentón divorciado que escribía novela negra con escaso éxito. Arturo, siempre tolerante con todo el mundo y nada amigo de alcahuetear y chismorrear, tampoco lo soportaba. Le parecía un tipo siniestro, con su tez oscura, su cabello canoso y aquella permanente pose de intelectual incomprendido. A Gonzalvo le gustaba ser el centro de atención, pero ni sus dotes literarias ni su don de gentes le permitían conseguirlo. Tiempo atrás estuvo casado, pero se decía que su mujer pidió el divorcio sin llegar a celebrar el primer aniversario de la boda. Apenas había necesitado unos meses para descubrir que había contraído matrimonio con un verdadero vampiro psíquico que reclamaba toda la atención, como el niño de papá que era. Porque sucedía que los Gonzalvo tenían una buena posición, comercios al por mayor de muebles y

decoración en Cataluña, aunque él había resultado ser el artista de la saga. Un artista que, para poder vivir, recurría a la renta familiar que le proporcionaban los negocios en los que nunca había dado un palo al agua. Algún día, fantaseaba, le llegaría el éxito que, inexplicablemente a su juicio, aún se mostraba esquivo con él.

—Os presento a Gaspar Velarde —dijo Santos en un tono excesivamente jovial, tanto que parecía forzado—. Es un amigo mío y de Hernán. Nos conocemos desde hace muchos años, ¿verdad, Gaspar?

—Encantado —dijo el aludido al tiempo que se levantaba de su asiento y saludaba con un sólido apretón de manos primero a Gala y luego a Arturo—. Es un placer conocerla, señora —añadió dirigiéndose a la novelista—. Es usted una celebridad.

Gala comenzó a pensar que había sido un acierto asistir a aquella cena.

—Muchas gracias. Espero que mi editor, aquí presente, tome nota de lo que se piensa de mí y me pague como merezco —deslizó Gala, siempre dispuesta para sus reivindicaciones económicas.

—¿Es usted escritor también? —se interesó Arturo mientras atacaba con la cuchara una sopa de pescado que tenía un aspecto excelente.

—No, me temo que mi trabajo era menos creativo —respondió Gaspar Velarde—. Médico. Lo he sido, porque ya estoy jubilado, como seguramente mi aspecto indica.

—Yo nunca lo habría imaginado —comentó Gala, a quien la magnífica sopa acababa de disipar cualquier duda que le quedara sobre la decisión de haber aceptado la invitación para cenar con los demás.

—¿El qué? ¿Lo de que he sido médico o lo de mi aspecto? —Gaspar sonrió a la escritora.

—Lo de que esté jubilado, naturalmente —repuso Gala con una sonrisa casi coqueta—.

Al final, menos Gonzalvo, que aún está en edad de trabajar, aunque no lo haga mucho —clavó la mirada en el escritor, que parecía tener uno de esos días en los que se daba importancia no hablando con los que le rodeaban—, casi todos los que vamos de palmeros de Hernán hemos pasado a mejor vida —ironizó.

—¿En qué trabajó usted? —preguntó el médico jubilado a Arturo.

—He sido profesor de instituto. Me he pasado la vida aterrorizando a mis alumnos con las Matemáticas.

—Y yo, con la lengua y la literatura —informó Gala—. Además de soportar la esclavitud a la que me somete mi editor. —Lanzó la pulla una vez más a Santos, que la esquivó con una sonrisa cínica.

—¿Viven en Madrid?

—No, en Valladolid —aclaró Arturo—. Hemos venido en nuestro coche. Antes de ir a Torquay vamos a visitar Winchester. Gala desea ver la tumba de Jane Austen.

—Mi escritora de cabecera —explicó la mujer.

—¿Y la suya también? —preguntó Gaspar dirigiéndose a Arturo.

—No, la mía es Agatha Christie. Para mí, este viaje a Torquay, a los escenarios donde ella nació y vivió buena parte de su vida, es un sueño.

—De modo que también le picó el veneno de Agatha, ¿eh? —Al ver la interrogación que se formó en el rostro de Arturo, Gaspar añadió—: Hernán y Santos conocen mi pasión por ella desde hace mucho tiempo. Lo mismo que les sucede a ellos. —Señaló a la pareja obesa que cenaba en la mesa de Mercedes—. Paco Sainz de Villena ha dirigido un periódico de provincias en el Levante, aunque estudió Derecho. Su mujer, Encarnación, es una delicia de señora. —Al sentirse observado, el matrimonio saludó con un leve movimiento de cabeza a Gaspar y a los demás—. Paco ha leído también mucho a Agatha y Hernán tuvo la idea de invitarnos a la presentación.

—No conocía yo esta afición tuya por Agatha. —Gala miró a su editor entornando los ojos. Santos se encogió de hombros por toda respuesta.

—Y usted ¿es de Madrid? —preguntó Arturo al doctor.

—No, qué va. He ejercido buena parte de mi carrera en Santander, en el hospital Marqués de Valdecilla. Ahora vivo retirado en Santillana del Mar, de donde era mi familia. Enviudé hace un año y desde entonces este es el primer viaje que me permito.

—Lo lamento —dijo Gala.

El médico sonrió melancólico.

—Mercedes y yo conocimos a Gaspar, a Hernán y a Paco en la universidad —aclaró Santos mirando al doctor con una expresión neutra—. Hace muchos años —añadió innecesariamente, pues resultaba evidente que aquellos viejos tiempos eran realmente viejos.

—Muchos, ya lo creo —confirmó el doctor sosteniendo la mirada del dueño de Octubre Ediciones.

Durante unos segundos hubo un silencio en la mesa que permitió escuchar el sonido de los cubiertos, el tintineo de las copas de vino y la animada conversación que parecían mantener los periodistas en las mesas más alejadas.

—Bueno, Santos, ¿nos vas a contar qué diablos ha descubierto Hernán que merezca todo este montaje o realmente vamos a tener que esperar a escucharle en Torquay? — Luis Gonzalvo lanzó la pregunta de un modo tan inesperado que todos se giraron hacia él. Hasta ese momento no había abierto la boca. Como de costumbre en él, no sostuvo la mirada de ninguno de ellos, sino que fijó su atención en el mantel que cubría la mesa, como si allí estuviera escrita la respuesta a su pregunta—. La verdad es que me parece un poco infantil todo este secretismo.

—Pues lamento que opines eso —respondió Santos en tono cortante—, pero le hemos prometido a Hernán que no divulgaríamos absolutamente nada de su trabajo hasta que se presente. Lo único que te puedo decir es que es un libro que merece la pena. Se trata de una biografía novelada, en la que Hernán escribe en primera persona, como si fuera la propia Agatha, y el material que ha conseguido es de primera. Creo que el enigma de la desaparición de nuestra querida Reina del Crimen va a quedar aclarado para siempre.

—Si es cierto que ha tenido acceso al archivo de Edmund Cork, su agente literario, es posible que estés en lo cierto —intervino Arturo—. Cuando Agatha desapareció, ya llevaban tres años trabajando juntos y supongo que podía existir entre ambos la suficiente intimidad como para que le confiara detalles de la situación por la que estaba atravesando.

Santos y Gaspar miraron a Arturo sorprendidos. Y él, al verse protagonista, se sintió incómodo. Estaba acostumbrado a que fuera su mujer la que acaparara la atención en las reuniones. Ella era la celebridad, aunque a Gala no le gustaba hablar en público y rehuía cuanto podía el encuentro con sus admiradores.

—Siga, por favor —el doctor animó a Arturo.

El profesor jubilado se atusó el bigote, como tal vez hubiera hecho el mismísimo Hércules Poirot de haber estado presente, y recordó titubeante que el matrimonio de Agatha estaba haciendo aguas por todas partes cuando tuvo lugar su enigmática desaparición.

Explicó que Agatha había conocido a su marido, Archibald Christie, durante el otoño o el invierno de 1912. No recordaba bien ese dato, admitió, pero sí que dicho encuentro tuvo lugar durante una fiesta en casa de una familia notable de Devon que Agatha menciona en su autobiografía. Una semana más tarde, prosiguió, mientras Agatha tomaba el té en Torquay en casa de unos vecinos, su madre la mandó a buscar anunciándole que un joven había ido a verla. Se trataba de Christie. El muchacho le confió que iba a ingresar en la Royal Flying Corps y se inició un noviazgo lleno de altibajos, porque la economía de la familia de Agatha empeoró, a su madre le diagnosticaron cataratas en ambos ojos y no se podían operar...

—En fin, que nunca fue una relación fácil la que mantuvieron —resumió Arturo—. Rompieron el compromiso y luego lo retomaron. Él fue uno de los primeros aviadores del ejército británico y, cuando estalló la Primera Guerra Mundial, lo destinaron a Francia.

—Poco después se casaron, ¿verdad? —apuntó el doctor.

—En efecto —confirmó Arturo—. En las Navidades de 1914 concedieron un permiso a Archie, como le llamaba Agatha, y fueron a pasar un fin de semana a Bristol, donde vivía la familia de él. Fue allí, de un modo apresurado, donde la convenció para que accediera a contraer matrimonio. Ella estaba en la cama cuando él entró en su habitación y le propuso celebrar la boda al día siguiente. Ella aceptó y se casaron el día

de Nochebuena. Agatha tenía veinticuatro años y todavía no había escrito su primera novela.

—Eso no es del todo cierto —matizó Santos—. Antes de *El misterioso caso de Styles* escribió *Snow upon the desert*.

—Eso es hacer trampa —contraatacó Arturo, molesto—. Esa novela la escribió siendo una adolescente, durante un proceso gripal y como un mero entretenimiento a instancias de su madre. No tiene nada que ver con su obra posterior, y además no se llegó a publicar.

A Gala no le sorprendían los conocimientos de su marido, pues sabía de sobra que se había pasado buena parte de su vida estudiando la de Agatha. Lo que sí le dejó perpleja fue el modo desenvuelto de Santos en una discusión semejante.

—Siga usted con lo del matrimonio —medió el doctor—. Nos vendrá bien a todos que nos refresque la memoria, puesto que nuestro Hernán va a resolver el famoso enigma.

Gala creyó advertir un brillo extraño en la mirada del médico. Le parecía que aquel hombre conocía la vida de Agatha bastante mejor de lo que aparentaban sus preguntas. Entornó los ojos y se preguntó qué más sorpresas podía repararle aquella cena a la que, por pura cabezonería, había estado a punto de no acudir.

Ajeno al curso de los pensamientos de su mujer, Arturo, con el ceño fruncido y los mofletes colorados por la impertinente observación de Santos, resopló y retomó su relato.

—Si no recuerdo mal, pagaron ocho libras al vicario del lugar y se celebró una boda improvisada en la que la novia ni vestía de blanco ni llevaba velo. Agatha se presentó en el altar con un abrigo corriente, una falda y un sombrero pequeño de terciopelo púrpura. En su autobiografía recuerda que ni siquiera se había lavado las manos o la cara. —Paseó la mirada por los presentes y añadió—: Imagínense la reacción de su madre cuando se presentó después en Torquay para pasar la noche de bodas en el Grand Hotel. —Hizo una pequeña pausa para que los demás asimularan la información—. Luego él regresó al frente y no volvieron a verse hasta seis meses más tarde.

—De modo que su relación no tenía unos cimientos sólidos —concluyó Gala.

—Así es como yo lo veo —opinó Arturo—. Tras la guerra se establecieron en Londres y a él le costó mucho encontrar un empleo. Fue entonces cuando nació Rosalind, su única hija, a la que llamaba *Teddy* cariñosamente. Pero, a pesar de la niña, las cosas no les fueron bien. Se mudaron varias veces en busca de un hogar que pudieran pagar con el escaso sueldo de Archie, que finalmente encontró un trabajo, y con las cien libras, más o menos, que Agatha recibía según una disposición del testamento de su abuelo. Después hicieron un viaje alrededor del mundo con motivo de la Exposición del Imperio Británico, que se celebraría año y medio más tarde, gracias a un trabajo que le propuso a Archie un antiguo conocido, el mayor Belcher, que lo contrató como asesor financiero. A Rosalind la dejaron en Torquay.

»El viaje duró un año, y visitaron Ciudad del Cabo, Australia, Nueva Zelanda, Canadá y Estados Unidos. Al regresar a Inglaterra, Archie se encontró con que no le readmitieron en su trabajo y durante un tiempo lo pasaron mal. Pero después las cosas parecieron arreglarse. Agatha tenía cada vez más éxito con sus novelas y Archie encontró un buen empleo. Por entonces, después de haber publicado *El hombre del traje de color castaño*, que apareció en 1924, Agatha contrató como institutriz y secretaria personal a Charlotte Fisher, a la que Rosalind siempre llamó cariñosamente *Carlo*. Sería la más fiel amiga de Agatha durante buena parte de su vida.

»Rosalind comenzó a ir al colegio, se hicieron con un cachorro de terrier al que llamaron *Peter*, Agatha se compró su primer coche, precisamente el Morris Cowley que se halló abandonado durante su desaparición, y se mudaron a una casa a las afueras de Londres.

—Styles —apuntó Santos.

Arturo miró desconcertado al editor. Le pareció sorprendente que conociera ese dato.

—Hernán lo cita en el libro —aclaró Santos—. Y ya te he dicho que todos nosotros —miró al doctor y a quienes ocupaban la mesa vecina— fuimos de jóvenes apasionados lectores de Agatha.

Gala observó con curiosidad al editor. A pesar de que hacía años que se conocían, nunca había hablado sobre esa afición suya por las novelas de la escritora británica. Cada vez estaba más segura de que tanto Santos como el médico sabían sobre Agatha muchas más cosas de las que confesaban y que permitían que Arturo se explayase únicamente por cortesía.

—En efecto, bautizaron la casa con el nombre de la mansión donde se desarrolló la trama de la primera novela de Agatha —confirmó Arturo.

El profesor de Matemáticas describió Styles como un caserón notable, rodeado por un jardín largo y estrecho que conducía hasta un riachuelo. Pero parecía pesar sobre él algún maleficio, porque su primer propietario se había arruinado, el segundo perdió a su mujer y luego ellos mismos, Archie y Agatha, terminarían por divorciarse.

Fue allí, mientras vivían en Styles, cuando Agatha le pidió a Archie tener otro hijo, pero él no se mostró nunca dispuesto. Aseguraba que Rosalind colmaba sus deseos. Sin embargo, Agatha no tardaría en descubrir que había otras razones para las negativas de su marido, y la más poderosa se llamaba Nancy Neele. Neele había sido secretaria del mayor Belcher, el tipo que contrató a Archie como asesor financiero tiempo atrás y los llevó a ambos a dar la vuelta al mundo.

—Es entonces cuando Agatha desaparece —apuntó Santos.

Arturo asintió. Recordó que durante aquel año, 1926, el matrimonio pasó unas vacaciones en Córcega y, al regresar a Inglaterra, Agatha recibió la noticia de que su madre sufría una grave bronquitis, por lo que se apresuró a viajar a Torquay para estar junto a ella. Sin embargo, no tuvo tiempo: Clarissa, o *Clara*, como la llamaban, murió antes de que llegara a Devon el tren en el que viajaba Agatha. A Archie no le fue posible asistir al funeral.

Tras el entierro, Archie propuso alquilar Styles y hospedarse en su club de Londres mientras Agatha permanecía en Torquay arreglando la situación familiar. Ella estaba sumida en una fuerte depresión y no encontró el apoyo de su marido cuando más lo necesitaba. Fue entonces cuando Archie y Nancy Neele estrecharon lazos.

—¿Eso es lo que explica el libro de Hernán? —Gala tanteó al editor—. ¿Tiene que ver con esa mujer?

Santos alzó las manos en un gesto defensivo. No estaba dispuesto a soltar prenda.

—No sería extraño que todo el enigma tuviera que ver con el asunto de Nancy Neele —aventuró Arturo—. De hecho, Agatha se hospedó en el hotel donde fue reconocida días más tarde bajo el nombre falso de Teresa Neele.

Santos sonrió, meneó la cabeza y se mantuvo en sus trece. Estaba claro que no le iban a sacar una sola palabra.

—¿Sabían que Agatha llegó a escribir que el Morris Cowley que abandonó aquella noche fue una de las dos cosas que más emoción le habían producido en la vida? La otra fue haber cenado con la reina en Buckingham Palace —comentó el médico jubilado.

—¿Y sabían que el mismísimo sir Arthur Conan Doyle colaboró en su búsqueda? —intervino inesperadamente Luis Gonzalvo. Complacido por el efecto que acababa de conseguir con aquel dato a tenor de la expresión de los otros, se animó a añadir algo más, aunque siempre mirando al mantel y no a sus compañeros de mesa—. Al parecer, Doyle consiguió que la policía le dejase uno de los guantes de Agatha que habían encontrado en su coche abandonado y se lo llevó a un vidente amigo suyo, un tal Horace Leaf. Si no recuerdo mal, eso fue ocho días después de la desaparición. Según he leído, el médium captó de inmediato el nombre de la propietaria del guante, aseguró que no estaba muerta, como entonces muchos temían, sino que parecía encontrarse confusa. Añadió que el miércoles siguiente se resolvería el asunto, habló a Doyle del carácter de Agatha como si la conociera de toda la vida y anticipó un dato que puede ser discutible pero que al menos hay que tener en cuenta: afirmó que Christie estaba en un lugar donde había agua. Y no podemos olvidar que fue descubierta en un balneario.

—De modo que Doyle y los médiums... —murmuró Gala.

—Conan Doyle era un ferviente defensor del espiritismo —recordó Gonzalvo—. Aseguraba que el recurso a los videntes podría ser de gran ayuda para la policía y siempre se sintió muy orgulloso de las predicciones del tal Horace Leaf.

—La verdad es que se ha escrito de todo sobre los motivos que Agatha tuvo para desaparecer de aquel modo —señaló Arturo—. Veremos qué nos cuenta Hernán en su investigación.

—Ciertamente, un caso para el inimitable Poirot —deslizó Gaspar Velarde.

—¿Poirot? —Luis esbozó una sonrisa amarga que le sentaba que ni pintada a su acostumbrado aspecto sombrío—. Poirot es uno de los personajes más sobrevalorados de la historia de la literatura. Poirot no sería nada sin Sherlock Holmes.

—¡Bravo! —exclamó Gala—. Jamás pensé que tú y yo podríamos tener algo en común, Luis. Al fin encuentro un aliado para mis debates con Arturo. —Miró a su marido e hizo un mohín infantil—. Me resulta odioso el hombrecillo de las puñeteras células grises.

Santos y Gaspar se miraron de pronto. En sus rostros se dibujó una expresión en cuyos ingredientes había gotas de sorpresa e incomodidad. Por su parte, Arturo frunció el ceño y sus carnosos mofletes enrojecieron.

—Si fuera así, si realmente estuviera sobrevalorado, el *New York Times*[\[1\]](#) no lo habría convertido en el único personaje de ficción al que ha dedicado un obituario a lo largo de toda su historia, ¿no le parece?

Existían muy pocas fórmulas para lograr que Arturo Rivera, profesor jubilado, padre de dos hijas —fotógrafa de profesión, la mayor, y funcionaria de carrera, la segunda—, dueño de un perro llamado *Pilgrim* y esposo en la sombra de una célebre escritora de novelas románticas, se enojara. Pero, del minúsculo abanico de posibilidades existentes para lograr que perdiera los nervios, solo un par de ellas daban resultado en cualquier ocasión, y una era poner en tela de juicio la valía o la astucia de quien para él era la criatura literaria más grande —a pesar de no medir más que cinco pies y cuatro pulgadas, según palabras del mismísimo capitán Hastings— de cuantas un escritor había cavilado. Si se pisaba ese callo, si se pulsaba la tecla inoportuna, Arturo Rivera podía perder el control y sorprender al irreverente interlocutor enrojeciendo, frunciendo ceño y mostacho a la vez e inflando sus carnosos carrillos de un modo sobrenatural. Todos esos signos, que Gala tan bien conocía, anunciaban una tormenta. Y la tormenta habría estallado de no ser porque Gaspar Velarde sorprendió a todos con una pregunta: —Si tuvieran que asesinar a alguien, ¿qué tipo de crimen elegirían?

Todas las miradas se clavaron en el doctor. La réplica que Arturo había preparado al intolerable ataque que acababa de sufrir el detective belga más famoso de la historia quedó en suspenso, al igual que la apasionada defensa que Gala se disponía a realizar a continuación del personaje que, a su juicio, resultaba más fascinante de cuantos Agatha había ideado. Y Luis, que estaba a punto de hablar de su propia creación literaria —el capitán de la policía nacional Gonzalo Herrera, protagonista de sus novelas—, se tornó estatua de sal con la boca abierta como un cráter en medio de su rostro oliváceo.

II

La luz del sol se derramaba dentro del salón donde se servían los desayunos a través de unas enormes cristaleras. Sentada a la mesa, y tras haberse regalado un magnífico desayuno que hubiera hecho las delicias del propio Poirot, Agatha contemplaba la danza que a diario ejecutaban las camareras yendo y viniendo de mesa en mesa. De entre todas ellas, una era su favorita. Se trataba de una mujer entrada en carnes y en años que siempre sonreía a Rosalind. A Agatha le recordaba a Nursie, la nodriza que su madre le asignó cuando era una niña.

Nursie era una mujer mayor, aquejada de reumatismo, con la que compartió su infancia y a la que jamás dejó de querer. Si cerraba los ojos, aún podía verla cosiendo en aquel cuarto empapelado con flores de lis de color malva que ambas compartían. Un biombo separaba sus camas y una lámpara de aceite era su sol particular.

—Mira quiénes bajan a desayunar —dijo Charlotte sacando a Agatha bruscamente de sus recuerdos.

—Vaya, ahí están nuestras aburridas compatriotas —chismorreó la escritora mientras seguía con la mirada a las señoras Helier y Granger—. Me pregunto qué les habrá traído a Las Palmas.

—Imagino que descanso —aventuró Charlotte—. O tal vez una de ellas esté enferma y la otra la cuide.

—¿Y quién crees tú que cuida a quién?

Carlo dudó antes de responder. Tanto Courtney Helier como Audrey Granger vestían de forma sencilla, no parecían llevar maquillaje alguno y, salvo la diferencia que determinaba el hecho de que una fuera ligeramente más gruesa que la otra, nada permitía responder con seguridad a la pregunta de su jefa.

—No lo sé —admitió—. Es que incluso se dan un aire en la cara.

Agatha se llevó la taza de té a los labios, pensativa. Le gustaba observar a la gente. Era el mejor caladero para pescar futuros personajes para sus novelas.

En ese momento llegó corriendo Rosalind.

—Mira la flor que me ha regalado el jardinero —dijo, ilusionada.

—Es preciosa —juzgó la escritora.

—Seguro que me hago su amiga, como hicimos con Manuel en Tenerife —vaticinó la niña.

Agatha recordó a Manuel González García, el jardinero del hotel Taoro del Puerto de la Cruz, donde se hospedaron antes de llegar a Las Palmas. Aquel hombre cada mañana les regalaba un ramito de flores, y Agatha había anotado su nombre en una de sus libretas con el propósito de incluirle en un futuro relato. Y no fue el único apunte que realizó durante su estancia en el Puerto de la Cruz en uno de sus inseparables cuadernos mientras paseaba por la ladera de Martiánez.

—Mira, mamá, el señor Lloyd —indicó Rosalind, entusiasmada al ver entrar en el comedor a su compañero de baile de la noche anterior.

El doctor Lloyd sonrió al ver a la niña y se acercó a la mesa que ocupaban. Elliot Lloyd no era ajeno a las razones que habían llevado a Agatha hasta aquella isla. Ningún inglés desconocía lo ocurrido un par de meses antes, cuando la opinión pública británica se vio conmovida por la noticia de la desaparición de la popular escritora. Incluso él, nada dado a leer novelas policíacas, había devorado *El misterioso caso de Styles* y *El asesinato de Roger Ackroyd*. Agatha gozaba ya de una notable popularidad y la opinión pública siguió con enorme interés el curso de la investigación policial para encontrarla. Naturalmente, Lloyd había tenido noticia a través de la prensa de los problemas que atravesaba el matrimonio formado por Archibald y Agatha e igualmente era conocedor de las circunstancias que rodearon su separación, pero su sentido de la caballerosidad le impedía mencionar siquiera el asunto. Y eso que se moría de ganas por saber qué

razones movieron a Agatha a actuar como lo hizo durante aquellos días del pasado mes de diciembre.

—Buenos días, señoritas —saludó Lloyd, que vestía un impoluto traje blanco. En la mano llevaba un sombrero del mismo color—. Hace un día espléndido, bien distinto al que deben de padecer nuestros compatriotas en casa.

—Pues en Devon siempre hace buen tiempo —objetó Rosalind.

—Hace bueno cuando lo hace —matizó Agatha.

—¿Podremos ir hoy a bañarnos? —La niña compuso una mirada suplicante.

—Ya veremos —regateó la novelista, a pesar de ser la primera entusiasta de los baños en el mar.

—No hay nada que dudar —intervino Lloyd—. Si me lo permiten, después de comer yo mismo las llevaré en automóvil hasta una cala maravillosa que conozco.

—No tiene por qué molestarse —dijo Agatha, incómoda.

—No es molestia —replicó el doctor—. Y no sea usted como nuestras amigas —añadió mirando a las dos mujeres inglesas objeto de su escrutinio la noche anterior; ambas desayunaban en medio de un monacal silencio en otra mesa—, que parece que no se han divertido en la vida.

Carlo y Teddy rompieron a reír, inevitablemente. Agatha logró mantener la compostura a duras penas. No podía negar que el larguirucho y pelirrojo Lloyd era un hombre divertido y ella comenzaba a estar cansada de tantas lágrimas.

—Está bien, aceptamos su invitación —dijo.

Rosalind dio un salto y gritó su alegría.

—Teddy, por favor, compórtate —le exigió su madre.

Charlotte se llevó a Rosalind de paseo aquella mañana, mientras Agatha se encerraba en su habitación con la esperanza de ser capaz de ultimar aquella odiosa novela que había decidido titular *El misterio del Tren Azul*. No sabía si era la historia lo que no le gustaba o el hecho de verse obligada a escribir cuando las heridas en su corazón aún no habían cicatrizado. Le asustaba el regreso a Inglaterra y tener que enfrentarse a una vida nueva en la que, inevitablemente, no estaría Archie. Tenía treinta y seis años y, precisamente por eso, toda una vida que diseñar. La única convicción de que disponía hasta ese momento era que quería escribir. Pero es que, además de desearlo, tendría la obligación de hacerlo si quería sobrevivir. No podía permitirse no hacerlo. Ni siquiera se lo pudo permitir tras la muerte de su madre, justo antes de conocer la infidelidad de Archie.

Aquella muerte la había zarandeado de un modo tan violento que se sintió incapaz de escribir una sola palabra, a pesar de que debía entregar un nuevo libro. Las facturas se acumulaban y no tenía ingreso alguno con que hacerlas frente. De no ser por la idea que tuvo el hermano de Archie, Campbell, que siempre se había portado bien con ella y que le sugirió componer un libro compilando doce relatos que había publicado en la prensa, no habría podido cumplir con el contrato.

Agatha miró el teclado con hastío y se levantó de la silla. Se tumbó sobre la cama y sacó de la mesilla el cuaderno de tapas negras donde se había atrevido a verter su corazón. A nadie, ni siquiera a Charlotte, le había revelado lo que pasó por su mente la noche en que desapareció y los días posteriores. Tan solo aquel pequeño cuaderno conocía su secreto, el mismo que la prensa pretendió arrancarle desde el mismo instante en que fue descubierta en aquel hotel de Harrogate. Tal vez desde entonces odiaba a la prensa, o quizá su aversión fuera anterior. El caso era que aborrecía hablar en público, y más aún hacerlo ante semejante gremio.

Con la vista fija en el techo de la habitación, reparó en que su vida siempre había estado marcada por la inestabilidad económica. Su padre había muerto cuando ella contaba once años, los mismos que Rosalind tenía ahora. Su padre, Frederick Miller, había sido un buen hombre, pero bastante vago, la verdad. Se había concedido a sí mismo una buena vida de acuerdo con unas rentas que creía tener y que, en realidad, no fueron tan magníficas como suponía. Los negocios americanos de los que era heredero quebraron y con ellos fueron todos a la ruina.

Agatha recordó el rostro de su madre de aquellos días, cuando se llegaron a plantear la posibilidad de vender Ashfield, la casa familiar, para poder sobrevivir. Pero sus hermanos mayores, Monty y Madge, se opusieron. Ella también, pero su voto no contaba. Su madre insistió en que ya no bastaba con alquilar por un periodo corto de tiempo la casona, situada en la turística Riviera inglesa, como habían hecho años atrás para establecerse temporalmente en Francia. Si se quedaban en Ashfield, advirtió, se acabarían los banquetes, se reduciría el servicio y se contendrían todos los gastos posibles.

Los tres hermanos aceptaron el reto, pero Monty se marchó primero y luego Madge, que se había casado con James Watt. Al final solo quedaron ella y su madre en aquel enorme caserón.

Agatha suspiró recordando aquellos días amargos y se preguntó si era eso, un futuro triste, el que pretendía ofrecer a Rosalind. De inmediato se respondió que no. No permitiría que Teddy sufriera por los pecados de su padre, se juró a sí misma mientras, entre lágrimas, acariciaba a Osito Azul.

El doctor Lloyd apareció a la hora convenida en la puerta del Metropole conduciendo personalmente un potente Hispano-Suiza.

—Me lo ha prestado un amigo —explicó al tiempo que, educado, abrió las puertas para que pudieran subir a bordo las dos mujeres y la niña. Cuando todos se hubieron acomodado, Lloyd expuso sus planes—: Iremos hasta Agaete, un pueblo que está a unas treinta millas de Las Palmas, y nos bañaremos en el puerto de Las Nieves, una bahía acogedora y encantadora.

Rosalind expresó su entusiasmo con un grito y muchas risas y esta vez Agatha no la corrigió. También a ella le apetecía hacer aquella excursión de la que había oído maravillas en el British Club local. Por lo que sabía, muchos excursionistas se aventuraban desde Agaete hasta la montaña de Tirma, que los locales consideraban sagrada. Otros compatriotas mencionaban maravillas de las aguas minerales de Los Berrazales, y se preguntó si tendrían la oportunidad de ser acompañadas por el doctor Lloyd hasta ese lugar para comprobar si eran ciertas las bondades de aquellas aguas.

—¿De modo que hasta ahora sus baños han tenido por escenario únicamente la playa de Las Canteras? —preguntó el doctor mientras el automóvil avanzaba veloz hacia el valle de Agaete.

—Es una playa maravillosa —respondió Agatha—. Es perfecta. La temperatura es increíblemente benigna y ni siquiera la brisa resulta molesta.

—A mamá le encanta nadar —informó Rosalind—. Y una vez casi se ahoga.

—¿En serio? —Lloyd se giró hacia la escritora, asombrado—. ¿En Las Canteras?

—Oh, no —aclaró Agatha—. Me temo que de eso hace ya mucho tiempo. Ocurrió en Torquay, en Devon. Fue una imprudencia. Me estaba bañando con mi sobrino, Jack, y la mar estaba muy picada aquel día. Fue un buen susto.

La mirada de la escritora se perdió en el mar canario evocando aquellos días lejanos, cuando la familia acudía a las playas de Devon donde se permitía el baño mixto: Tor Abbey, Meadfoot...

—Dice mamá que tenían que bañarse con medias —intervino de nuevo Rosalind—, y que los trajes de baño eran horribles.

Las mujeres rompieron a reír y el doctor también.

—La verdad es que casi siempre se perdían las medias —admitió Agatha—. Era un engorro bañarse así.

—Y los trajes de baño eran de alpaca, con muchos pliegues y flecos, hasta por debajo de las rodillas y de los codos —apuntó Charlotte.

Pero, a pesar de todas aquellas restricciones que imponían las costumbres de la época, pocas cosas había que hicieran disfrutar tanto a Agatha como los baños en el mar.

—¿Y qué pasó en Tenerife? ¿No había mar para bañarse? —preguntó Lloyd, socarrón.

—Mar no faltaba —aclaró Agatha—, pero asustaba. La playa que teníamos más a mano, la de Martiáñez, era de arena negra y había unas piedras enormes que la hacían muy peligrosa debido al tremendo oleaje. Daba miedo meterse allí, y le aseguro que soy buena nadadora.

—Además, llovía como en Inglaterra —lamentó Rosalind.

—Es cierto —intervino Charlotte—. Muchos días amanecía un día precioso y soleado y a mediodía bajaba de la montaña una bruma que lo cubría todo, hasta terminar lloviendo.

—De manera que no pudieron bañarse a gusto —concluyó Lloyd.

—El método más seguro para bañarse era tenderse sobre la arena y aguardar a que las olas te cubrieran, y, aun así, oí decir que varias personas se habían ahogado —dijo Agatha.

—Pues verán cómo eso no ocurre donde les voy a llevar —anunció Lloyd, ufano.

Ninguno de ellos podía sospechar en aquel momento hasta qué punto era errado el pronóstico del doctor, puesto que se dirigían a una playa donde descubrirían las huellas de la muerte en la arena.

3

No me malinterpreten, por favor —se excusó el doctor mientras alzaba las manos reclamando calma. El abanico de arrugas que bordeaba sus ojos se acentuó y unos dientes bastante sanos para su edad asomaron entre su barba canosa y cuidada—. Me refería a cuál de los crímenes que Agatha relata es su favorito. ¿Cuál cometerían ustedes? —Fijó su atención en Arturo antes de añadir—: Usted, que conoce tan bien las aventuras de Poirot, recordará seguramente que mostró en cierta ocasión su predilección, en caso de asesinar a alguien, por un crimen sencillo, sin complicaciones; lo que podría denominarse un crimen íntimo.

—Eso aparece en *The ABC Murders* —recordó Arturo—, que se tradujo al español como *El misterio de la guía de ferrocarriles*.

—No es la mejor de sus novelas —opinó Santos.

—No, pero no me negarás que esta conversación nos trae recuerdos de juventud, ¿eh? —replicó el doctor, enigmático.

Santos carraspeó incómodo.

—De jóvenes, en la universidad, tuvimos discusiones de este tipo sobre Agatha —aclaró Velarde.

—¿Ustedes dos? —preguntó Arturo.

—No, en realidad todos —repuso Gaspar, y señaló a la mesa vecina—: Santos, Hernán, Mercedes, Paco y yo.

—De eso hace ya demasiado tiempo —recordó Santos.

—Naturalmente, me quedo con alguno de los crímenes que se relatan en las novelas donde aparece Poirot —dijo Arturo, fiel a sus convicciones y aparentemente ajeno a los comentarios de los demás—. Tengo especial aprecio por la primera, *El misterioso caso de Styles*.

Nadie, salvo Gala, conocía los motivos por los cuales aquel libro sedujo a Arturo hasta el punto en que lo hizo. No era, desde luego, por su estilo, puesto que, cuando tuvo lugar el encuentro de Arturo con su héroe literario, él apenas tenía catorce años de edad y no estaba en disposición de valorar en su justa medida la dificultad que entraña la aparente sencillez con la que Agatha escribía. Qué podía saber él de lo arduo que resulta para un escritor hacer que sus lectores avancen sin dificultad en su relato mediante diálogos concisos, párrafos cortos que, no obstante, debían sembrarse con pistas que equivocaran al lector, al tiempo que permitieran construir el carácter de cada uno de los personajes.

De modo que no fueron razones estilísticas las que cautivaron al joven Arturo, sino lo que su padre le contó sobre Agatha cuando le regaló aquel libro. El padre de Arturo, abogado de profesión, hombre de gesto adusto y pocas palabras, había enviudado tres años antes. La madre de Arturo, Elena, falleció inesperadamente una tarde de abril, cuando el reloj de su corazón se detuvo en el hospital en el que trabajaba, porque la madre de Arturo era enfermera. Y ahí encontró el niño huérfano de madre el cabo al que agarrarse a aquella novela. Tal vez si su padre no le hubiera dicho que Agatha alumbró aquella historia cuando era enfermera, no se habría esforzado con igual interés por su lectura. Pero resultó que, cuando la finalizó, quedó prendado de aquella mujer que era capaz de inventar problemas como el que Hércules Poirot había resuelto y comenzó a buscar más información sobre la escritora. Fue así como descubrió que al estallar la Primera Guerra Mundial la joven Agatha se ofreció como voluntaria en el hospital de Torquay, donde sería destinada al dispensario. Estando allí, manejando ungüentos y medicinas, fue donde la futura escritora entró en contacto con los venenos. Incluso recibió clases prácticas de un farmacéutico de la localidad sobre el uso de los mismos. En su autobiografía, que Arturo leería muchísimos años después, Agatha lo

describía como un hombre enigmático y ocultó su identidad citándolo simplemente como «Mister P».

El niño Arturo averiguó que la enfermera, a la que de inmediato dotó en su imaginación con el mismo rostro de su madre, tuvo la idea de escribir una novela policiaca aprovechando su conocimiento sobre los venenos.

—¿Y usted? —se entrometió Gala—. ¿Qué método elegiría un médico para cometer un asesinato?

—Los médicos curamos, señora —repuso Gaspar, sin perder la compostura—. O al menos lo intentamos. Pero debo alabar la elección de su esposo, porque el veneno, que es el método que emplea el asesino en esa novela, era el arma favorita de Agatha, como seguramente saben todos ustedes. Pero, eso sí, siempre son sustancias conocidas por la ciencia: estricnina, cianuro, talio, infección de ántrax en una brocha de afeitar... En cierta ocasión leí que Bernard Shaw dijo que Agatha había sido la mujer que más beneficios había obtenido del uso del veneno, si se excluye a Lucrecia Borgia.

Gala y Arturo sonrieron ante el comentario del doctor. Santos, en cambio, permanecía replegado en sí mismo. Se diría que de pronto hubiera colgado su cuerpo en un perchero y su mente vagara desabrigada por algún territorio invisible. Mientras tanto, Luis Gonzalvo cultivaba su pose de superioridad intelectual, y ese ejercicio le impedía celebrar una ocurrencia que no fuera suya.

—El veneno y Agatha. Todo un matrimonio —señaló Arturo—. Desde el primer libro.

—Pues yo insisto en que Poirot no es nadie en comparación con Holmes —opinó inesperadamente Luis, desafiante. Parecía dispuesto a enturbiar el ambiente, algo que se le daba muy bien en todos los ámbitos de su vida.

—Nadie discute esa influencia, salvo usted —recordó Gaspar—. Ella misma menciona en su autobiografía el impacto que le causó Sherlock y, especialmente, *La aventura del carbunco azul*.

Luis torció la boca hasta formar una sonrisa irónica, de suficiencia.

—Sí, pero Agatha añade que ella no pretende imitar a nadie, sino inventar un detective de su propia cosecha —bufó Arturo—. ¡Y vaya si lo consiguió! —Clavó una mirada feroz en Luis—. ¿Le recuerdo las ventas de las historias protagonizadas por Poirot? ¿Hablamos de las adaptaciones televisivas o cinematográficas?

La enorme mano velluda del profesor jubilado rubricó su posición con un fuerte golpe sobre la mesa que logró captar la atención de buena parte del restaurante. Gala puso su mano derecha sobre la maza en que se había convertido la de su marido en un intento de evitar que la discusión fuera a mayores. Un tanto azorada, recorrió con la vista el restaurante y descubrió, para su vergüenza, que muchos rostros se habían vuelto hacia ellos. Pero, de entre todos, uno captó especialmente su atención. Pertenece a un hombre que ocupaba una mesa al fondo del local. Aquel rostro le pareció familiar, aunque no lograba recordar dónde lo había visto. Mientras tanto, lejos de amilanarse, Luis contraatacó.

—Puede usted darle a la mesa todo lo fuerte que desee o pueda —dijo con aire de superioridad—, pero yo me conozco bien los trucos de los autores de novela negra y Agatha se dejó llevar por la moda. Si Holmes tenía el violín y la pipa y lord Peter Wimsey, el personaje creado por Dorothy L. Sayers, el monóculo y una colección de libros antiguos, ella lo único que hizo fue seguir la tendencia y ofrecer un personajillo egocéntrico, petulante, vanidoso, dotado con sus cargantes *células grises* y su puñetero bigote engominado.

—¿Le parece poco? —bramó Arturo, los carrillos incendiados, el bigote con vida propia moviéndose arriba y abajo—. ¿En qué se parecen Holmes y Poirot? Holmes es alto y delgado, no carente de atractivo físico. Poirot no tiene otro poder de seducción que su inteligencia. Mide poco más de un metro sesenta centímetros, con una cabeza en forma de huevo, su bigote y su innata elegancia.

—¿Elegancia? ¡Ja! —se mofó Gonzalvo—. ¡Un hortera! Eso es lo que es Poirot, con esos zapatos de charol estrechos que le hacían daño y le obligaban a andar como un imbécil. Por no hablar de sus trajes blancos con camisas rosas... ¡Por Dios!

—Usted mismo me da la razón: no se parece en nada a Holmes. —Arturo apartó la mano de Gala y dejó que la suya volviera a caer como un meteorito contra la mesa. El

doctor Velarde parecía divertirse, mientras Santos contemplaba la escena con asombro, porque nunca había visto al antiguo profesor de Matemáticas tan enfadado—. Mientras Sherlock se autodestruye consumiendo cocaína y permanece ocioso y desaliñado en el sofá cuando no tiene un caso que investigar, Poirot sigue siendo igual de educado, elegante y ordenado. Su piso en nada se parece a la guarida repleta de cachivaches, productos químicos y periódicos viejos del 221B de Baker Street. Poirot se rodea de una exquisita decoración basada en líneas rectas y perpendiculares, y no es un hombre de acción como Holmes, ni boxea ni, naturalmente, tiene la menor idea de *baritsu*, esa forma bárbara de combate en la que Sherlock parece ser un maestro.

—En definitiva, un tipo aburrido e insoportable que se tiñe el pelo de negro incluso cuando es un vejete, que come chocolate y bebe licores dulces como un puñetero marica —sentenció Luis.

Arturo se levantó de la silla indignado. Su bigote temblaba como lo haría la gelatina en un plato que estuviera sobre el epicentro mismo de un terremoto.

—Calma, señores —intervino Gaspar Velarde, amistoso—, que no es para tanto. Uno y otro llevan algo de razón. Agatha reconoce cuánto le debe Poirot a Holmes, pero no pretende superarlo, porque es insuperable, como ella misma escribió. Además —miró a Gonzalvo—, no es la única influencia de Agatha para alumbrar a su personaje. Como escritor de novelas policiacas debería conocer a Hercule Poirot, creación de Marie Belloc Lowndes, y a Monsieur Poirot, de Frank Howell Evans, un policía francés jubilado que vivía en Londres. Y, desde luego, al Dupin de Edgar Allan Poe.

—Naturalmente que los conozco —replicó el escritor, indignado—. Mi capitán Herrera tiene un poco de todos ellos. No solo lo reconozco, sino que me enorgullezco de ello.

—Pues ojalá tu capitán vendiera como Holmes y Poirot —observó Santos en tono inoportunamente jocoso.

Luis Gonzalvo lo miró despectivamente y profetizó:

—¿Hablas por ti o es tu mujer la que de nuevo murmura a mis espaldas contra mis novelas? Un día, mi capitán será objeto de deseo de más una editorial, te lo aseguro. Entonces, te recordaré esta velada.

—Hay más cosas que unen a Sherlock y Hércules —se apresuró a decir el doctor al ver el rostro crispado de Santos—. Me refiero al capitán Arthur Hastings.

—El Watson de Poirot —apuntó Gala.

—En efecto, el Watson de Poirot —coincidió Gaspar—. Debes reconocer, Arturo, que hay similitudes. Hastings, como Watson, es el narrador de varias de las historias de Poirot. Ambos se conocen en la primera aventura, el caso de Styles, que sería su particular *Estudio en escarlata*, la primera investigación en la que Watson participa junto a su compañero de piso. —El doctor comprobó que Arturo, con gesto sombrío, guardaba silencio y se atrevió a proseguir—: Ambos están pensionados por el ejército y ambos encarnan al tipo leal, de intachable educación británica al que escandaliza que Poirot o Holmes infrinjan la ley en ocasiones para detener a un asesino. Como el personaje de Conan Doyle, el capitán Hastings es bastante limitado en sus razonamientos, lo que lo convierte en objeto de burla de Poirot.

—Súmele a eso lo pesado que se pone Poirot todo el tiempo con que se va a retirar para plantar calabacines, imitando a Holmes, que dejó Londres para dedicarse a la apicultura —apuntó Gonzalvo con desgana. Era evidente que el comentario de Santos había provocado heridas internas en su orgullo.

—Con la diferencia de que Poirot no se retiró nunca —contraatacó Arturo, malhumorado—. No se escondió como un maldito yonqui dudosamente rehabilitado.

—Sí que lo hizo, Arturo —dijo Santos con suavidad—. Se retiró.

—Bueno, sí lo hizo —admitió Arturo—, pero por poco tiempo. Y regresó a la primera línea.

—¿Acaso no resolvió varios problemas Holmes una vez recluido en Sussex? —señaló Gonzalvo—. ¿Lo ven como es una jodida copia? Eso por no hablar de la delirante idea que Agatha llega a esbozar sobre la existencia de un hermano de Poirot, el tal Achille, que se menciona en *Los cuatro grandes* como si fuera el mismísimo Mycroft Holmes.

—No hubo tal hermano —mugió Arturo—. Es una broma de Agatha, por favor.

Arturo trituraba entre sus poderosos dedos un trocito de pan, como si entre las migas pudiera encontrar más argumentos para su apasionada defensa. Por su parte, Santos, tal vez para suavizar su desafortunado comentario a propósito de las ventas de las novelas de Gonzalvo, se apresuró a mostrarse conciliador con su autor.

—Entonces, Luis, ahora que sabemos que Poirot no es santo de tu devoción, ¿cuál es el personaje más interesante de Agatha en tu opinión? ¿La señorita Marple?

—No me jodas, Santos —respondió el escritor torciendo el gesto—. La maldita vieja metomentodo, ni hablar. El mejor personaje es Ariadne Oliver. Agatha tuvo la audacia de parodiarse a sí misma. Es un personaje genial.

—¡Sí, señor! —exclamó inesperadamente Gala—. Al fin alguien piensa como yo.

—Será porque somos escritores —especuló Luis con desdén.

—Lo que faltaba —murmuró Arturo.

—Pues ahí resulta que coincides con mi mujer —informó Santos—. *El templete de Nasse House* es su libro de cabecera, porque en él aparece Oliver.

Arturo sabía bien lo que vendría a continuación, porque lo había padecido en demasiadas ocasiones. Gala hablaría sin desmayo sobre Ariadne Oliver, una especie de álter ego de la propia Agatha que aparece en ocho novelas y que es, como ella, escritora de novelas detectivescas. Gala había leído algunas novelas más de Agatha, pero no muchas más.

Como Agatha, Ariadne es alta, tímida, odia los discursos y las reuniones sociales, no puede ver a los periodistas ni en pintura, le encanta comer manzanas, cambia de peinado con frecuencia, cree que el escritor debe guardar celosamente su intimidad y no dejarse manosear por los lectores en encuentros literarios. Se muestra siempre convencida del poder de la intuición femenina y prefiere el uso de venenos a cualquier otro método para asesinar a las víctimas de sus historias. Es, además, reivindicativa a propósito de los *royalties* que percibe de sus editores y lamenta que la Hacienda Pública se lleve buena parte de sus ganancias. Para colmo, también ha creado a un detective que no es inglés, sino finlandés, aunque reconoce no tener la menor idea de la cultura de aquel país.

Ariadne y Agatha acabaron hartas de sus propias criaturas. La primera decidió acabar con el protagonista de sus novelas clavándolo en una silla de ruedas, en un final a todas luces poco digno para la talla del héroe.

Todo eso que Arturo sabía que vendría a continuación porque Gala se sentía tremendamente identificada con Ariadne Oliver ocurrió punto por punto. Su mujer se explayó lanzando piropos a aquel personaje en el que pocos lectores reparan.

—Ariadne tenía razón cuando le dijo al superintendente Battle en *Cartas sobre la mesa*, la primera obra en la que ella aparece, que las cosas están mucho mejor dispuestas en una novela que en la vida real. —Sonrió, visiblemente satisfecha de su aportación al debate.

—¿Y qué me dice del comentario que aparece en *Tercera muchacha*, donde reconoce las presiones que sufre por parte de su editor para entregar un libro aunque a ella misma no solo no le parezca bueno, sino que incluso lo aborrezca? —recordó Luis, que parecía estar en su salsa.

—¡Bendita Ariadne! —dijo Gala—. Brindo por Ariadne, que aireó como pocas lo dura que es la tarea de escribir y lo difícil que es sobrevivir a los editores.

La novelista alzó su copa de vino entusiasmada mirando únicamente a Luis, que la secundó con una sonrisa tan poco frecuente en él que al no tenerla bien ensayada más pareció una mueca. Santos no los imitó. Era evidente su incomodidad. Arturo y el médico dudaban sobre el bando en el que alistarse.

—¡Eh, Mercedes! —gritó de pronto Luis, eufórico, dirigiéndose a la esposa del editor, sentada en la mesa vecina—. Aquí, los novelistas brindamos a la salud de Ariadne Oliver por decirle al mundo entero lo usureros que son nuestros editores.

Arturo aprovechó el momento para propinar un codazo a Gala.

—Baja la copa, por favor —murmuró—. ¿No crees que habéis ido demasiado lejos?

La novelista dejó de sonreír al reparar en el rostro demudado de Santos y Mercedes. Los comensales del restaurante miraban asombrados la inusual escena, incluido el hombre cuyo rostro le había resultado familiar.

—Luis, más te valdría agradecer nos no solo la invitación a este viaje, sino también que aún confiemos en tus novelas después de sus sonoros fracasos de ventas, ¿no crees? —replicó Mercedes antes de dar paso a un silencio que se clavó en los presentes como si fuera un alambre de espino.

—Te aseguro que tengo en la cabeza una historia que te hará tragarte tus palabras —respondió el interpelado sosteniendo la mirada de Mercedes.

A continuación, el escritor se echó al colete el contenido de su copa, saludó únicamente con un leve movimiento de cabeza a Gala y abandonó el lugar apresuradamente.

Un silencio que parecía impenetrable se adueñó del restaurante. Pero unos segundos después resultó no ser tan rocoso, porque el murmullo que comenzó a brotar de las demás mesas fue arañándolo lentamente hasta agrietarlo por completo.

Los periodistas sentados junto a Irma Cañadas parecían disfrutar a lo grande. Pedro Pablo Parrado, el cincuentón que había importunado a Hernán en el puerto con sus preguntas a propósito de la opinión que Agatha Christie había expresado sobre los asesinos, tomaba notas apresuradamente en un cuadernito. La atractiva María Blanco dividía su atención entre el escándalo que Gonzalvo había organizado y la mirada lasciva que furtivamente le lanzaba de vez en cuando Hernán. Probablemente, los dos estaban imaginando escenas muy parecidas.

Por su parte, el joven y barrigudo Gerardo Zorita lucía una sonrisa bobalicona, como si alguien lo estuviera masajeando en la parte de su cuerpo que mejor le hiciera sentir.

—Lamento lo ocurrido —se disculpó Santos.

—No tiene importancia —se apresuró a responder Gala—. La culpable he sido yo. Ni tú ni Mercedes merecéis que os avergoncemos como lo hemos hecho.

—¿Qué mosca le ha picado a ese? —preguntó Mercedes, que acababa de sentarse en la silla que Gonzalvo había dejado vacía—. El muy imbécil... Espero que no nos amargue el viaje.

—No se lo tengas en cuenta —rogó Gala—. Se le pasará. A lo mejor es cierto y tiene en la cabeza una novela que nos hará empalidecer.

—A él tal vez se le pase —repuso Mercedes—, pero a mí no. Y no creo que le dé la imaginación para escribir una novela que valga la pena.

Gala observó la mirada extraviada de Mercedes, su cabello mal peinado —como de costumbre—, su pecho agitado por la tensa situación vivida, la mano temblorosa y las aletas de la nariz moviéndose con vida propia.

—¿Por qué no os acercáis los tres? —propuso Santos a Hernán y a sus dos compañeros de mesa—. Si nos apretamos un poquito, creo que podemos tomar los cafés todos juntos.

—¿Cafés? La edad te ha hecho perder la memoria, querido Santos —intervino el doctor—. Por lo que veo, Hernán sigue cultivando su afición por el chocolate.

El escritor se encogió de hombros y sonrió.

—Hay vicios que nunca he querido superar —admitió, al tiempo que lanzaba una mirada fugaz a María Blanco.

Hernán cogió su silla y se acomodó junto a Santos y los demás. Todos procuraron dejar espacio también a Paco Sainz de Villena y a su esposa, Encarnación.

—¿De modo que sigues con tu adicción al chocolate? —preguntó Mercedes.

—Como en la universidad —respondió Hernán—. En el desayuno no lo perdono, y después de la cena, si puedo, tampoco.

—Chocolate caliente, como Poirot —observó Arturo.

—Ya ves, llevo homenajando al hombrecito de las células grises toda mi vida —reconoció el médico—. La pasión por el chocolate caliente nos une.

Gala tardó apenas unos minutos en conectar con Encarnación. Todo en ella resultaba hospitalario: su voz cálida, su rotunda redondez —algo que de inmediato la hacía simpática a los ojos de una mujer grande y robusta como era Gala, que estaba harta de las anoréxicas de veinte, treinta, cuarenta, cincuenta y sesenta años— y su risa fácil y contagiosa. Para ella fue una agradable sorpresa encontrar a una mujer así, tan natural y alejada de la artificialidad que solía rodear las reuniones de escritores a las que solían invitarla y a las que en muy contadas ocasiones accedía a acudir.

Encarnación había dado a luz dos hijos. La mayor era directora financiera del periódico que había dirigido su marido; el menor estaba al frente de un concesionario de venta de coches. Encarnación hablaba de ellos con la pasión de una madre, pero sin resbalar por el tobogán de la estupidez, algo que Gala no soportaba. Nadie sabía más que ella lo que era amar a un hijo, pero no toleraba a las mujeres que convertían la maternidad en el objeto de su vida hasta el punto de olvidar su propia identidad como personas.

Mientras ella hablaba, Paco, su marido, la escuchaba embobado. Sus ojillos, pequeños y miopes, miraban a su mujer a través de las gafas de pasta como si fuera la primera vez. Los dos estaban entrados en carnes y ambos eran casi de la misma —escasa— estatura. Gala se preguntó si sus dos hijos se parecerían a ellos físicamente.

—Cada día estás más feliz, Paco —comentó con sorna Hernán palmeando el abultado estómago del periodista—. Quién lo iba a decir de ti.

—¿Y eso? —preguntó Gala intrigada.

—Aquí donde lo ves —informó Hernán—, nuestro Paco era todo un atleta en sus años jóvenes. Campeón de... ¿De qué?

—Mil quinientos —respondió Paco—. Pero de eso hace mucho. —Miró a Gala y acotó el margen temporal—: En la universidad.

—Todos hemos cambiado —reconoció Santos.

—Unos más que otros —dijo el doctor.

—¿Crees que estás más joven? —bromeó Mercedes.

—No. Claro que no. No es eso —repuso Gaspar, lacónico.

—Estamos hechos unos chavales —afirmó Paco, triunfal—. Un poco más gordos, un poco más viejos, pero, ya ves, aquí estamos honrando de nuevo a nuestra querida Agatha.

—¿Recordáis las tardes que pasábamos comentando sus novelas? —dijo Mercedes. Cerró los ojos, como si así le fuera posible regresar a una época de la que todos parecían estar orgullosos.

—Lo pasábamos bien entonces —apuntó Hernán.

—Unos más que otros —repitió el doctor Velarde paseando la mirada por el rostro de sus viejos amigos.

—Pero ¿qué coño te pasa? —El novelista se encaró con Gaspar—. Si precisamente eras tú uno de los que más disfrutabas en aquellas reuniones.

—No me refería a eso, Hernán. Quiero decir que nos tomábamos demasiado a pecho todo aquello, ¿no crees?

Gala les escuchó hablar animadamente sobre los viejos tiempos, cuando mostraban sus preferencias sobre tal o cual novela de Agatha o sobre los personajes que, a juicio de cada uno, eran más notables, mejor contruidos, más creíbles. En ocasiones, les escuchó decir, jugaban a leer al mismo tiempo todos juntos y en voz alta una novela que aún no conocieran y apostaban a ver quién de ellos descubriría al asesino antes que el resto.

—Fueron buenos tiempos —aseguró Santos, nostálgico.

Arturo se sintió muy complacido cuando Gaspar alabó sus conocimientos sobre la obra de Agatha Christie.

—No todo el mundo sabe que, cuando era joven, Agatha escribió *Snow upon the desert* y que nunca se publicó —dijo el doctor.

A continuación, resumió para quienes no la habían escuchado la disputa que Arturo había mantenido con Luis Gonzalvo.

—Pocos, muy pocos, saben de esa novela —admitió Hernán—. Y menos aún que Agatha la cita en una de sus obras más famosas asegurando que es un proyecto en el que trabaja uno de sus personajes, una famosa escritora. ¿Lo recordáis?

Gala no tenía la menor idea. Si el personaje en cuestión hubiera sido Ariadne, lo recordaría. En todo lo demás, en cuanto a Agatha Christie se refería, estaba en inferioridad de condiciones respecto a aquellos fanáticos.

—Tú tienes más fresca la información, juegas con ventaja —le reprochó Santos a Hernán.

Mercedes y Paco hacían esfuerzos por recordar, mientras que el médico apretaba los labios bajo la barba canosa. Gala tuvo la impresión de que Velarde iba a decir algo, pero Arturo se adelantó.

—La señora Otterbourne, en *Poirot en Egipto*.

Arturo se hizo acreedor de una cerrada ovación que propulsó su autoestima hasta las cotas más altas, aquellas envueltas entre las nieves perpetuas, no las que caen sobre el desierto. Sin poder evitarlo, Gala se sintió desplazada, aunque no tanto como debía de estarlo Encarnación, la esposa de Paco, que resultaba evidente que no había leído una sola de las novelas de las que todos hablaban y que, seguramente, debía de estar pensando qué estarían haciendo sus hijos en aquel instante. Ambas mujeres cruzaron una mirada cómplice y sonrieron.

En aquel momento, el hombre que había cenado en el otro extremo del restaurante y que Gala creía conocer se levantó. Solo ella y Encarnación repararon en él. Los demás seguían aclamando a Arturo.

—¡Vaya! —Encarnación se llevó la mano a la boca y murmuró—: ¡Mira quién va en el barco!

—¿Quién es? —preguntó Gala, vivamente interesada—. Llevo toda la noche tratando de recordar dónde he visto a ese joven.

—¡Diego Velázquez!

—Me parece a mí que el pintor hace tiempo que está criando malvas —bromeó Gala.

Encarnación torció el gesto. Gala supuso que su nueva amiga no había captado la ironía.

—El actor, el caricato... El de la tele. —Esta última pista debía de parecerle definitiva a Encarnación, a juzgar por la vehemencia que puso al decirla.

Gala recordó entonces haber visto en alguna revista, o tal vez en televisión, a aquel hombre de treinta y tantos años. No era especialmente atractivo, pero había algo en él que resultaba interesante.

—Es genial parodiando a políticos y a artistas —aseguró Encarnación, que se reveló en los minutos siguientes como una perfecta conocedora de las revistas del corazón y de los programas de todas las cadenas de televisión, muchas de las cuales Gala ni siquiera sabía que existían.

La noche resultó mucho menos fresca de lo que Gala había supuesto. Se encontraba en compañía de *Pilgrim* en la cubierta del barco, dejando que olfateara el rastro de los demás perros que habían frecuentado la zona reservada para ellos y situada cerca de la popa del buque. El animal hizo sus necesidades y, muy contento, correteó por la cubierta, aunque sus movimientos eran un tanto torpes y vacilantes. El suelo se movía y el piso resbalaba. Gala imaginó que su buen amigo pensaría qué diablos le estaba ocurriendo al mundo.

Tras una puerta acristalada, la escritora advirtió cierta animación en el café bar Salad. Ya había tenido suficiente compañía humana, pensó, y acarició la cabeza de *Pilgrim*. El perro lamió su mano. Gala tomó asiento en una de las sillas blancas de metal que había en esa zona del barco, aspiró el aire cargado de salitre y se dejó mecer por el mar.

Desafortunadamente, aquella silla que Gala ocupaba estaba demasiado lejos del otro lado de la cubierta, donde Irma reprochaba a Santos que no hubiera aparecido por su camarote como prometió a las seis de la tarde.

—Te juro que me he dormido —se disculpó Santos—. No lo entiendo.

Irma estuvo a punto de cometer la torpeza de sacar a relucir la edad de su amante, pero se corrigió en el último momento.

—Te prometo que...—La promesa de Santos quedó a medias porque ella selló sus labios poniendo sobre ellos el dedo índice.

—No prometas lo que no tienes cojones de hacer —le reprochó—. Déjame tranquila esta noche.

Él tragó saliva y, con ella, su orgullo herido. Santos no se explicaba qué le había ocurrido, pero no mentía. Se había quedado dormido como una marmota y, cuando despertó, Mercedes no estaba en el camarote.

Gala paladeaba el sabor de una noche en la cubierta de un barco con la única compañía de su perro cuando de pronto los gritos de unas mujeres la sobresaltaron. La disputa estaba teniendo lugar en la cubierta de estribor. Desde donde ella se encontraba, no podía ver de quién se trataba, porque la estructura del *ferry* dividía ambas cubiertas. Pero, picada por la curiosidad, se acercó al extremo de popa, por donde se podía pasar al otro lado. En aquella zona, cuyo acceso estaba prohibido a los perros, había un área recreativa para niños y, muy cerca, las escaleras que conducían a los camarotes de aquel lado del barco. Se trataba de una zona acristalada, como la que existía en la cubierta de babor, y allí estaban Mercedes e Irma cruzándose reproches en voz alta.

La esposa de Santos recriminaba la falta de recato con la que, en su opinión, se comportaba en público la secretaria. Irma, por su parte, no se amilanaba y en su defensa esgrimía que Mercedes sufría unos celos enfermizos y que más le valía velar por los intereses de la editorial y no hacer apuestas económicas temerarias como era el montaje publicitario que había organizado alrededor del libro de Hernán.

—¿Me vas a enseñar también a manejar mi negocio? —contraatacó Mercedes, indignada—. ¿No te conformas con tener a mi marido como un títere? ¿No os habéis acostado aún en el barco para probar la experiencia?

—No, porque se ha dormido como un imbécil —respondió Irma, desafiante. Apenas escuchó su confesión, se arrepintió, pero ya no había marcha atrás. No soportaba a aquella mujer.

—¿No me digas? A lo mejor es que lo drogué yo para tenerlo bien atado.

—Estás loca.

—Pues, si es así, deberías cuidarte de esta loca, porque da la casualidad de que soy tu jefa.

—Mi jefe es tu esposo —replicó Irma.

—Con todo lo lista que te crees, resulta que no sabes quién manda en esta empresa.

Una ráfaga de viento entró por una de las cristaleras abiertas y descompuso aún más de lo acostumbrado el peinado de Mercedes. Gala se ocultó por miedo a ser sorprendida y se dispuso a regresar a la otra cubierta, pero apenas había caminado unos metros con el mayor de los sigilos cuando escuchó un grito.

—¡Hija de puta!

Alarmada, Gala corrió hacia la cubierta de estribor. Al ver a Mercedes en el suelo, corrió hacia ella. Por más que miró, no vio rastro alguno de Irma.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó al tiempo que se agachaba junto a Mercedes, cuyo rostro era una mezcla de dolor y asombro.

—Ha sido esa zorra, Irma —aseguró mostrando un corte en la mano—. Discutimos, me empujó y al caer me he cortado con mi vaso.

Gala vio los restos de cristal y una mancha húmeda en el suelo. Supuso que sería gin tonic, bálsamo para todos los males que afligían habitualmente a Mercedes.

El corte, no obstante, era bastante más superficial que la herida que la escritora creyó advertir en el corazón de la mujer de su editor.

—Y, encima, he perdido la llave de mi camarote —se lamentó Mercedes.

III

Agatha observó que, mientras conducía, Elliot Lloyd la miraba de vez en cuando de reojo. No creyó advertir ninguna mala intención ni tampoco objetivos poco decorosos en sus miradas furtivas. Más bien le parecía que el doctor deseaba sacar algún tema de conversación y no se atrevía o no encontraba el modo de hacerlo. De tanto observar a la gente en busca de perfiles para sus personajes, se estaba convirtiendo en una excelente psicóloga. De manera que decidió allanarle el camino.

—¿Le preocupa algo, doctor? —preguntó.

Lloyd se aclaró la voz.

—En realidad, me preguntaba... Me gustaría saber...

—¿Sí? —Agatha lo animó con una sonrisa.

—Bueno, verás, he leído *El misterioso caso de Styles* y *El asesinato de Roger Ackroyd* —confesó al fin Lloyd—, y me han encantado. Pero me inquieta acompañar en una excursión a la dama capaz de idear asesinatos semejantes. ¿De dónde saca usted esas ideas?

Agatha rompió a reír y tardó bastante en recomponerse para responder.

—Si piensa que soy capaz de matar a alguien, está equivocado —aclaró—. Es un género literario, nada más.

—Pero ¿en qué se inspira?

—Bueno, la verdad es que todo se debió a un reto que me planteó mi hermana Margaret —explicó—. Ella escribía muy bien y me desafió a escribir una novela policiaca porque sabía que me gustaba el género.

—¿En serio?

—Sí. Cuando era niña, Madge, como yo la llamo familiarmente, me habló por vez primera de las historias de Sherlock Holmes. Gracias a ella leí *La aventura del carbunco azul*, que siempre ha sido mi preferida junto a *Las cinco semillas de naranja* y *La liga de los hombres pelirrojos*. —Agatha se abstrajo durante unos segundos evocando aquellos días lejanos en los que devoraba los relatos escritos por Arthur Conan Doyle—. El caso es que durante la guerra trabajé en el hospital de Torquay y me destinaron al dispensario. Allí, entre tantos venenos, se me ocurrió la primera novela.

—¿Y Poirot?, ¿cómo se le ocurrió un tipo semejante? Le confieso que en ocasiones me resulta odioso —se sinceró Lloyd.

Agatha sonrió.

—No crea que es el tipo de hombre con quien me gustaría compartir la vida —confesó—. Pero como yo estaba tan influenciada por Sherlock, a quien considero sinceramente el más grande de todos los detectives de novela, me entregué a la tarea de inventar uno de mi propia cosecha. Tenía que ser muy diferente a Holmes, para que nadie pensara que copiaba a sir Arthur Conan Doyle. Pero cedí a la tentación de permitir que tuviera un amigo que sirviera de narrador de las historias.

—El capitán Hastings —dijo Lloyd, animado.

Agatha asintió.

—Aunque no tengo claro qué hacer con él —admitió—. No creo que en el futuro aparezca siempre junto a Poirot, al contrario que Watson con Sherlock.

—¿Y por qué un belga?

—Porque había muchos belgas en Devon —intervino de pronto Rosalind desde el asiento de atrás.

—Te he dicho que no se interrumpe las conversaciones de los mayores —le recriminó Agatha volviéndose hacia la niña. A continuación, buscó los ojos del doctor y le lanzó una mirada de disculpa—. Pero es cierto, me inspiré en los refugiados belgas que habían huido de su país por la guerra y se instalaron en Torquay. Casi siempre una se inspira en personas que conoce. Había un grupo abundante de belgas asentados en la

parroquia de Tor y la gente se volcó con ellos proporcionándoles muebles y enseres para que se sintieran cómodos.

—Lo mismo aparezco yo un día en uno de sus libros —aventuró el médico. Parecía encantado con la idea.

—Nunca se sabe —deslizó Agatha, socarrona.

—Espero no servir para dar vida a un asesino.

—Nunca se sabe —repitió la escritora, irónica.

El doctor alzó una ceja y adoptó una expresión verdaderamente divertida. Llevaba los cabellos pelirrojos despeinados y la brisa y el sol habían enrojecido, más que bronceado, su piel blanca moteada de pecas.

—¿De manera que los personajes no son exactamente fruto de su imaginación, sino que se basa en personas que se cruzan en su camino?

—Bueno, no siempre es así —precisó Agatha. En otras circunstancias que no fueran tan insólitas como ir de excursión a bañarse a un pueblo perdido en una isla, jamás habría descendido a hablar de sus novelas. Pocas cosas le gustaban menos—. Pero, para que se haga una idea, me pasé bastante tiempo imaginando cómo sería el asesino de *El misterioso caso de Styles*. Me parecía que debía ser un tipo aterrador, tal vez con barba negra, un detalle que, no sé por qué motivo, me parecía entonces terriblemente siniestro. Y se dio la casualidad de que no hacía mucho tiempo que se había instalado cerca de Ashfield un matrimonio formado por un hombre que lucía una abundante barba negra y su rica esposa, mayor que él.

—¡Los señores Inglethorp! —Se maravilló el doctor, recordando el apellido de dos de los personajes principales de la ópera prima de Agatha.

—No del todo, no se crea —matizó Agatha—. Cualquiera que conociera a mi vecino se daría cuenta de que era incapaz de matar a una mosca. De modo que decidí que no se puede uno basar en personas que conozcas, sino más bien en modelos que te encuentras casualmente en el tren o en un autobús, como así ocurrió con mi asesino.

—¿Bromea?

—En absoluto. Realmente, sucedió que un día, en el tranvía, observé a un hombre de barba negra sentado junto a una dama de edad avanzada y supe que acababa de encontrar al asesino que buscaba. En cambio ella no me satisfacía. Pero un poco más lejos ocupaba otro asiento una mujer voluminosa que hablaba en voz alta sobre los bulbos de primavera y decidí incorporarla a mi futuro elenco de personajes. A la charlatana le adjudiqué un papel secundario; tal vez, pensé entonces, podría ser una acompañante o una pariente lejana. Y así, poco a poco, fueron naciendo todos, porque necesitaba a unos cuantos para que hubiera muchos sospechosos.

Lloyd parecía fascinado. Se le había pintado una sonrisa bobalicona en el rostro y condujo durante unos minutos en silencio, como si necesitara concederse un paréntesis para ir asimilando cuanto Agatha le había revelado, o tal vez imaginándose cómo sería el personaje que él mismo podría inspirar. Las dos mujeres y la niña, mientras tanto, se recreaban contemplando el paisaje exótico de la isla, tan diferente de Inglaterra. La tierra se pintaba de verde con pinares, pequeños cafetales, limoneros y naranjos. Agatha, que había quedado fascinada por la exuberancia del valle de La Orotava, recubierto de plataneras y flores maravillosas, creía que no podría encontrar nada tan hermoso. Pero aquella isla no le iba a la zaga. Si en el Puerto de la Cruz se concedía el lujo de perderse por las calles del pueblo disfrutando de las vistas del azul del mar y de la explosión de color de las buganvillas cayendo sobre las paredes blancas de las casas, Las Palmas le ofrecía idénticas dosis de paz y color, con la ventaja de estar a resguardo de las incómodas brumas que descendían desde el majestuoso Teide.

Al cabo de unos minutos fue de nuevo el doctor quien quebró el silencio.

—¿Se ha parado a pensar en la edad de Poirot? —Agatha se volvió hacia Lloyd y entornó la mirada. El médico se explicó—: En *El asesinato de Roger Ackroyd* lo describe usted como definitivamente jubilado —recordó—. En cambio, usted es una mujer joven. ¿Qué sucederá si sigue escribiendo sobre él? ¿No teme que parezca que jamás envejece? Agatha suspiró.

—Tiene usted toda la razón —concedió—, cometí un error cuando pensé en un policía jubilado. Creí que las virtudes de ser meticuloso, ordenado y buen conocedor de las

miserias humanas eran más propias de un hombre de edad avanzada que de un joven policía, y me temo que voy a pagar caro mi error si sigo escribiendo aventuras en las que aparezca Poirot. Pero supongo que ya es inevitable.

—Salvo que lo mate —sugirió Lloyd.

—No crea que no se me ha pasado por la cabeza —reconoció la escritora—. El día menos pensado, me divorcio de él. La convivencia con un hombre, aunque sea de ficción, resulta muy difícil.

Agatha se mordió el labio inferior tras escucharse a sí misma. Desde el asiento de atrás Charlotte la miró con preocupación. Sabía que su jefa y amiga estaba tratando de salir de una profunda depresión y que, como es frecuente en esos casos, la última en reconocerlo había sido la propia enferma. Incluso el doctor Lucas advirtió cuál era el verdadero mal que la aquejaba cuando, unos días antes, Charlotte lo llamó diciéndole que Agatha sufría una fuerte irritación de garganta y le rogó que la examinase. Lucas se ofreció de inmediato a reconocer a la paciente, pero no tardó en olvidarse de la garganta para centrarse en la fuente de la verdadera enfermedad de su compatriota.

El doctor le preguntó si se sentía desgraciada. Agatha asintió con ojos encharcados. El médico intuyó que tal vez se trataba de sus problemas matrimoniales y ella se sinceró. No abrió su corazón como acostumbraba a hacerlo en las páginas de su cuaderno, pero hablar en voz alta sobre sus sentimientos con el amable doctor alivió enormemente su carga. Lucas le hizo ver que, volviera o no su marido junto a ella, tenía por delante una vida maravillosa que vivir.

Escuchar aquellas palabras de ánimo de un hombre con quien la naturaleza había sido tan injusta fue un bálsamo para el corazón herido de Agatha.

Lloyd comprendió de inmediato lo delicado que era el terreno adonde los había conducido la conversación y decidió dar un giro a la misma.

—¿Y cómo se le ocurrió la genial idea de que el narrador de la historia fuera en realidad el asesino? Fue un final increíble.

Agatha logró evitar en el último momento que las lágrimas que inundaban sus ojos resbalaran por las mejillas y sonrió.

—Me temo que la idea no fue mía —reveló—. Realmente nació a partir de un comentario que, con muy mala uva, un día escuché a mi cuñado James. A su juicio, resulta monótono que en las novelas de detectives haya muchos sospechosos, y que lo que a él le resultaría realmente sorprendente sería que el narrador, que el mismísimo Watson de aquella historia, fuera el verdadero criminal.

—Increíble —opinó el doctor, fascinado.

—El problema residía en que yo veía incapaz de cometer un asesinato al pobre capitán Hastings. Si me atrevía con una historia así, el narrador debía ser otra persona.

—Menudo pájaro el doctor Sheppard —juzgó el doctor.

—¿Y qué le parece el personaje de su hermana? —sondeó Agatha.

—¿La cotilla? Un personaje odioso, la típica solterona que hay en todos los pueblos, que todo lo sabe y todo lo oye. —Miró intrigado a la escritora—. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque estoy dándole vueltas a una idea para el futuro. ¿Cree que tendría gancho una viejecita metomentodo capaz de desenmascarar a criminales?

—¡Caramba! Nunca se me habría ocurrido y... —Lloyd dejó en suspenso la frase, intrigado por el espectáculo que se ofrecía en la playa de Las Nieves—. ¿Qué diablos sucede allí?

4

Amaneció una mañana luminosa e inesperadamente templada. El *Cap Finistère* se abría paso sobre un mar plácido al que el sol arrancaba matices turquesa fuera del alcance de la paleta de cualquier pintor. Sentado a una de las mesas circulares de la cafetería del barco, Arturo observaba embelesado el espectáculo. No tardarían en atisbar las costas de la isla de Wight y aquellas horas se vivían a bordo con evidente entusiasmo.

—Siempre imaginé que Inglaterra nos recibiría gris y lluviosa —comentó Gala mientras contemplaba el mar a través del ojo de buey.

—Afortunadamente, la vida es más sorprendente de lo que solemos imaginar —dijo Gaspar antes de llevarse a los labios su taza de café. Al sentir la mirada divertida de la escritora, el médico añadió—: La vida no es tan diferente a las novelas de Agatha. Ya ve cómo están las cosas por aquí: una editorial que se permite el lujo de organizar todo un espectáculo para la presentación de un libro cuando, a tenor de la cara que pone Santos cada vez que se menciona el tema, resulta que no está muy boyante económicamente; un matrimonio que se tira los trastos porque Mercedes sospecha que su marido tiene una relación con su secretaria; un novelista despechado, me refiero a Gonzalvo —aclaró, diligente—, que se enfrenta con su editora porque ella le reprocha sus escuálidas ventas y él profetiza una futura novela de éxito que tal vez se lleve a otra editorial; una novelista aclamada, como es usted, a la que se hace de menos por parte de la editorial, porque jamás le han organizado una promoción como la que están haciendo con el libro de Hernán...

—Oiga, no le tolero... —le interrumpió Gala, indignada. Su mirada divertida había dado paso a una expresión que daba miedo.

—No pretendía ofenderla —se disculpó el doctor—. Tan solo es un juego.

—Siga, por favor —propuso Arturo, entusiasmado. Puso una de sus enormes manos sobre las de su esposa y las sepultó bajo sus dedos velludos. La miró y pareció apaciguarla. Ella resopló y guardó silencio de mala gana.

—Aún habría que hablar del hijo de Mercedes y Santos, Edgar, que, según parece, tampoco está muy entusiasmado con todo este lío que su madre ha orquestado —recordó Gaspar—. E incluso Hernán, que tan seguro se muestra —miró al escritor, que tomaba su habitual chocolate caliente en compañía de María, la joven periodista a la que parecía haber echado el lazo— y que esta noche ha tenido ejercicio extra a juzgar por los ruidos que llegaban desde su camarote, contiguo al mío, se juega su prestigio con este libro. Sin duda, podría ser un móvil excelente para un asesinato en una de las novelas de nuestra querida Agatha.

—¿Un asesinato? —dijo Gala, incrédula—. ¿Qué podría reportar a Hernán matar a alguien?

—Publicidad —respondió el doctor sin vacilar—. Imaginen un crimen al estilo de Agatha durante la presentación del libro.

Arturo entornó los ojos y sonrió. Estaba claro que aquella idea le hacía tilín.

—¿Y usted? —contraatacó Gala sin esforzarse en disimular su enojo—. ¿Qué me dice de usted?

—¿Yo? Me temo que mi papel sería el de ayudar si hay heridos —bromeó el doctor. A continuación, sus ojos grises se vistieron de un brillo especial, como si acabara de cruzar por su mente una idea—. Sí, desde luego... —murmuró—. Usted, Arturo, podría emular a su admirado Poirot intentando averiguar quién es el asesino. —A continuación, se volvió hacia Gala—. O tal vez usted podría ser la nueva señorita Marple.

—Espero que no lo diga por la edad —replicó Gala. Aunque intentó parecer graciosa, en su comentario había un regusto amargo.

—No, por favor —se apresuró a aclarar Velarde—. Como les dije, es solo un juego. Se trataría de estudiar la naturaleza humana, de utilizar la psicología para resolver el crimen, como le gustaba a Agatha.

—Solo que aquí no ha habido crimen alguno —recordó Gala con retintín—. Lo más que ha sucedido fue que Mercedes discutió anoche en la cubierta con Irma, esta la empujó, el vaso que Mercedes tenía en la mano se rompió y ella se cortó.

Arturo, que ya conocía el incidente porque Gala se lo había relatado con todo lujo de detalles, guardó silencio, dándole vueltas a las ideas del médico. Acarició con mimo el manojito de posibles móviles para un crimen y trató de ponerse en el lugar de Agatha. ¿Por dónde habría comenzado ella a diseñar la trama? Cuando se quiso dar cuenta, se descubrió a sí mismo como un monstruo que fantaseaba con un asesinato cometido nada menos que en Torquay y él haciendo de Poirot.

—¿Podría decirme exactamente qué sucedió? —se interesó el doctor, que desconocía el suceso.

Gala accedió a regañadientes a resumir el episodio y, cuando concluyó su relato, se encontró con la mirada del médico. El siguiente pensamiento se le vino a la mente por su cuenta, sin haber ido a buscarlo: aquel Sean Connery aún estaba de buen ver.

—¿Se da cuenta? —indicó el médico jubilado, ajeno a las fantasías de la escritora al tiempo que seguía con la mirada a Irma, que compartía mesa con los periodistas sin que pareciera haberle afectado en modo alguno su altercado con Mercedes.

—Si me doy cuenta ¿de qué? —preguntó Gala, desorientada.

—Un comentario aparentemente infantil como el mío y, en cambio, ya comienzan a darse las condiciones para un drama. —Gaspar movió la cabeza expresando incredulidad—. ¡Extraordinario! En una novela policiaca tal vez sería el mismísimo Santos quien instigaría a Irma a cometer un crimen que a él le resultaría provechoso, pero del cual saldría impune. Eliminada su esposa, su siguiente movimiento sería dejar con el culo al aire a Irma. —Miró a Gala y se disculpó por lo abrupto de su metáfora—: Lo lamento. Le pido disculpas, pero es que me dejo llevar por el entusiasmo.

Gala meneó la cabeza restando importancia al comentario.

—Y a todo esto, ¿dónde están Santos y Mercedes? —apuntó Arturo—. Ninguno de los dos ha venido a desayunar.

—Habrán sido asesinados —respondió Gala con desgana—. ¡Por favor!

—Y ahí está nuestro asesino —dijo el doctor al ver entrar en la cafetería a Luis Gonzalvo.

El escritor caminaba arrastrando los pies, con la cabeza inclinada a la derecha y mirando al suelo, como de costumbre. Parecía interpretar eternamente el papel de víctima, de intelectual incomprendido que se ve condenado a vagar por el mundo de los estúpidos mortales que no le llegan a la suela del zapato. Ajeno a las elucubraciones del médico jubilado, tomó asiento en la mesa más alejada del grupo y pidió un café solo y un zumo de naranja.

Pero resultó que Santos y Mercedes no habían sido asesinados, aunque Gala y Arturo no pudieron confirmar ese extremo hasta el momento del desembarco. Para entonces, Gala había refunfuñado cuando escuchó por el servicio de megafonía que los propietarios de perros debían llevar a sus mascotas a los coches media hora antes de desembarcar. Eso suponía dejar solo a *Pilgrim* y ella no estaba dispuesta a consentirlo, de modo que propuso a Arturo permanecer junto al perro en el interior del vehículo. A él le asignó la tarea de bajar el equipaje cuando la tripulación del buque lo permitiera.

—Ya sabes —le recordó—, por la escalera roja al G-5.

Arturo asintió. Antes de salir del camarote, *Pilgrim* sonrió a su modo, o al menos eso le pareció al profesor.

Una vez dentro del coche, Gala se entretuvo con una guía de Reino Unido. La decepcionó la sucinta información que proporcionaba sobre Winchester. Pero aquella precariedad de datos no impidió que se estremeciera al pensar que muy pronto podría visitar la tumba de Jane Austen. Y, como no tenía otra cosa que hacer dentro de su coche, se dejó caer en los brazos de la fantasía y se imaginó a sí misma sosteniendo una larga charla con la escritora británica mientras ambas paseaban alrededor de la

venerable catedral donde la autora de *Sentido y sensibilidad* descansaba para siempre. Pero en algún momento el hilo de sus pensamientos se desvió involuntariamente y alcanzó una intersección inesperada que la condujo hasta los comentarios que el doctor había expresado durante el desayuno. En aquel momento los juzgó ridículos y se esforzó por demostrarlo en el tono irónico de sus réplicas. Sin embargo, no podía engañarse a sí misma: sabía que lo que realmente le había molestado de las elucubraciones del doctor había sido su falta de tacto al señalar que la editorial jamás había hecho un esfuerzo publicitario por sus novelas de las dimensiones del que habían orquestado para Hernán. Eso fue lo que le hizo ponerse a la defensiva y alinearse en el bando opuesto al del doctor. De no haber mencionado sus miserias personales, Gala habría estado por darle la razón.

Si se contemplaba la situación con la mirada de un escritor de obras de ficción, tenía ante sí personajes y situaciones que invitaban a construir una novela más parecida a las de Agatha que a las de Jane Austen. Y, sin poder evitarlo, una incómoda sensación comenzó a enraizar en su interior.

Absorta en sus pensamientos, tardó en descubrir que otros pasajeros habían llegado al garaje del barco y comenzaban a ocupar sus vehículos. El autocar que Octubre Ediciones había alquilado se encontraba treinta metros más adelante del coche de la novelista.

Al primero que reconoció fue al conductor, un tipo callado, de mandíbula prominente, ojos negros y abundante cabello oscuro mal peinado. Poco después fueron apareciendo los demás. Gala salió del coche, dio agua a *Pilgrim* y aguardó a su marido, que, como de costumbre, se retrasaba. Enojada, advirtió que todos los propietarios de los vehículos habían llegado salvo Arturo.

Desde el ascensor de la escalera roja se podía acceder a la quinta planta del buque por dos puertas y Gala no tardó en descubrir que los demás invitados de la editorial habían elegido la de la derecha, la opuesta a la que debería emplear Arturo, si es que algún día aparecía. Una mezcla de nerviosismo e irritación se fue adueñando de ella sin poder evitarlo. ¿Dónde demonios se había metido aquel hombre?

Con un ojo puesto en la puerta por donde debía llegar su marido y con el otro en el autocar, la escritora vio a Mercedes y a Santos, descubriendo de ese modo que ambos seguían con vida a pesar de las fantasías del doctor Velarde. Al reparar en ella, el matrimonio la saludó. Mercedes lucía una venda alrededor de la mano que había resultado herida en su disputa con Irma. Hernán también se percató de su presencia y estiró los labios formando una sonrisa que Gala tildó de cínica. Por su parte, Irma, que no parecía en absoluto afectada por su pelea de la noche anterior, le regaló una de sus luminosas sonrisas. Gala se preguntó cómo le resultaba posible a la secretaria introducirse en unos pantalones vaqueros tan ajustados como aquellos. ¿De qué talla serían? ¿Cómo era posible la existencia de mujeres con una talla así? Murmuró una maldición en voz baja y se consoló pensando que ella tenía treinta años más, que ya le llegaría su hora a la Cañadas y que no hay tetas que resistan el paso del tiempo sin pagar su peaje a la ley de la gravedad.

Luis Gonzalvo fue el siguiente en subir al autocar. Lo hizo con gesto sombrío. Había algo amenazante en su actitud, pensó Gala. ¿O sería que la teoría del doctor le estaba haciendo ver fantasmas donde no los había? Supuso que su colega estaría escribiendo mentalmente algún capítulo de la memorable novela que decía estar cocinándose en alguna parte de su ingenio. Sería cosa de esperar para ver si era cierto o no.

A continuación, subieron al autocar los periodistas formando un animado grupo que charlaba, bromeaba y sonreía. «Es lo que tiene viajar de gorra», se dijo la escritora, y por su mente cruzó de nuevo velozmente la disputa de Santos y Mercedes a propósito de los gastos, innecesarios a juicio de Gala, que suponía aquella promoción para el libro de Hernán.

El último en subir al autocar fue Gaspar Velarde. Lo hizo instantes después de que Arturo, al fin, llegara cargado como un porteador indígena de las viejas películas en blanco y negro de Tarzán, en las que Johnny Weissmuller interpretaba a John Clayton, el hijo de lord Greystoke. En aquellos filmes siempre caía al vacío en un precipicio alguno de los porteadores cargado de bultos, pero no fue el caso de Arturo, que alcanzó

su coche sano y salvo, aunque sudoroso. La cara congestionada, los carrillos en su máximo esplendor.

—¿Ya han subido todos? —se interesó, mirando al autocar.

—El último va a ser nuestro amigo el doctor —informó Gala.

La escritora agitó su mano derecha saludando a Gaspar, pero él no respondió.

Arturo torció el gesto.

—¡Qué borde!

—A lo mejor no nos ha visto —especuló Gala—. Espero que no se haya enfadado conmigo porque no le siguiera el juego durante el desayuno con sus crímenes imaginarios.

—Bueno, ya les veremos en Torquay —dijo Arturo—. Ahora tenemos algo mucho más importante que hacer, y es salir con vida de nuestra aventura conduciendo por Inglaterra.

Gala lo observó con disimulo. Resultaba evidente que su marido estaba mucho más nervioso de lo que reconocería si se le interrogaba. Le vio activar el GPS con manos temblorosas y con dedos aún más temblones anotar la dirección del Mercure Hotel de Winchester.

—Paternoster Row —escribió Arturo en la pantalla táctil—. Un buen padrenuestro nos vendría bien si creyera en Él —bromeó.

Minutos después, en una disciplinada fila india, los vehículos comenzaron a desembarcar. La mayoría de sus ocupantes eran jubilados ingleses que regresaban a casa tras pasar sus vacaciones en España. Ninguno podía imaginar que cerca de ellos, a bordo de aquel barco, se había comenzado a escribir una sangrienta historia.

No había nada más sencillo en Winchester que poner en hora los relojes de la ciudad. Bastaba con observar la rutina del profesor Colin Lloyd.

Quien durante muchos años ejerciera como jefe del Departamento de Historia del Arte del prestigioso Winchester College hacía a pie el mismo trayecto todos los días a la misma hora. Con exquisita puntualidad, a las diez en punto de la mañana salía de su casa en Little Minster Street —una casa blanca con tejado de pizarra que podía vanagloriarse de exhibir cuatro grandes ventanales abiertos al parque que rodeaba la maravillosa catedral local y dos habitaciones abuhardilladas— y hacía avanzar su vieja osamenta con la cabeza gacha, ajeno al mundo que lo rodeaba, hasta su amado College. Allí, sin ocupación concreta, pues a sus casi ochenta años había dejado atrás la docencia, el profesor Lloyd se demoraba en la biblioteca, donde leía con pasión libros de arte y hacía anotaciones como si tuviera que afrontar un examen inminente.

Todas esas cosas las hacía el profesor a la misma hora. Sin que nadie hubiera podido advertir errores en el procedimiento, a las once de la mañana cruzaba el umbral de la biblioteca y no salía de allí —salvo los paréntesis a los que la naturaleza humana obliga— hasta las tres de la tarde, momento en el que, con precisión sobrenatural, se le veía dirigirse hacia el claustro para, según el día, ocasión o humor, pensar o dormir.

No obstante, esa rutina, ese metódico y disciplinado comportamiento, se alteraba la tarde de los viernes. Ese día, el larguirucho y pelirrojo profesor Lloyd sufría una mutación no solo de hábitos, sino también de ánimo. No se trataba de una variación que dejara huella o cicatriz en su vestuario, pues su aliño indumentario era siempre escrupuloso, aunque no variado —trajes grises y negros, corbatas del College, camisas adecuadas para los trajes, los oportunos abrigos, alguna gorra Barbour y un par de magníficos paraguas de la misma marca—. No, no era en su ropa donde se advertía el cambio, sino en la luz que aquellas tardes parecía hacer rejuvenecer su rostro delgado y cuarteado por la vida. Sus ojos azules parecían entonces los del joven vivaracho que un día fue y su voz adquiría matices más vigorosos.

Tampoco los relojes de la ciudad sufrirían atraso o adelanto alguno la tarde de los viernes. El profesor Colin Lloyd regresaba a su casa a la misma hora, justo a tiempo para el té de las cinco que, antes de acabar su jornada laboral, le dejaba preparado la señora Carroll.

De modo que podríamos preguntarnos con justicia en qué se advertía el cambio en los hábitos del viejo profesor la tarde de los viernes, habida cuenta de que su vestuario no

los delataba y los relojes de los vecinos no se veían alterados. Pues bien, la respuesta a esa pregunta, en cierto modo, tenía que ver con el apellido de la señora Carroll, que llevaba al servicio del profesor más de veinticinco años, un tiempo que cualquiera podría considerar suficiente como para que él se hubiera concedido la libertad de explicar a la sonrosada y bonachona sirvienta por qué había sido seleccionada entre las tres finalistas a aquella plaza tanto tiempo atrás. Pero él nunca se lo había dicho porque temía que ella, mujer de carácter afable hasta que se le agriaba cuando el profesor dejaba en cualquier parte la taza de té u otro elemento de infantería de la batería de cocina, pudiera considerar que nunca se valoró su valía, sino que su fortuna se debió a una simple casualidad.

Ocurría que la señora Carroll portaba el mismo apellido que la secretaria de lord Edgware, y esa chiripa fue la que en última instancia la catapultó hasta su puesto de trabajo. Pero esta respuesta resultará insuficiente para aclarar el enigma de la tarde de los viernes de Lloyd, porque de ella se derivan otras bien lógicas: ¿quién diablos era lord Edgware y qué tenía que ver en la alegría con la que el profesor Lloyd afrontaba la tarde de ese día de la semana? De manera que resulta oportuno recordar de inmediato que George Alfred Saint Vincent Marsh, cuarto barón de Edgware, no existió jamás, lo que no supuso obstáculo para que su muerte fuera extraordinariamente famosa. Y la razón de semejante paradoja residía en la imaginación de la única mujer a la que Colin Lloyd había amado y con la que, sin embargo, jamás se había acostado: Agatha Christie.

La muerte de lord Edgware era para Lloyd la novela cumbre de Agatha, su favorita, la niña de sus ojos. Y eso que tenía buenas razones, razones familiares, para haberse decantado por un relato menor al que la famosa novelista dio forma durante el tiempo que pasó en las islas Canarias. Pero no, ni siquiera por esos motivos el viejo profesor daría su brazo a torcer si hubiera una justa o debate a propósito de cuál de las obras de Agatha se llevaría a una isla desierta.

Y ahora que está aclarado el motivo por el cual la señora Carroll opositó con éxito a su puesto de trabajo veinticinco años antes, llega el momento de aclarar las razones del júbilo con el que Lloyd hacía frente a la tarde de cada viernes.

Es imprescindible para ello recordar que desde que en el siglo XIV el obispo de Winchester, a la sazón Guillermo de Wykeham, fundó el College donde muchos siglos después Colin Lloyd impartió clases, son muchas las tradiciones y costumbres que tan venerable cueva del saber ha ido adquiriendo. Entre ellas, y para lo que aquí importa, está la de dar vida a los más diversos clubes. Los hay dedicados al ajedrez, a la astronomía, al cine, a la cultura hispánica y otras disciplinas variadas de la curiosidad humana. Pero la tarde de los viernes, en un aula apartada y poco transitada, el profesor Lloyd reunía a una decena de devotos lectores de Agatha Christie en el Lord Edgware Club creado por él y sustentado sobre sus cansadas espaldas.

En los miembros de tan extravagante aquelarre se podían advertir diferencias y una similitud. Entre las diferencias sería posible mencionar la existencia o no en sus participantes de incipientes bigotillos, acné juvenil o algún tatuaje oculto bajo el escrupuloso uniforme de la institución. La similitud consistía en que todos adoraban la misma Torá, Biblia o Corán: la obra cumbre del profesor Lloyd titulada *Agatha: de Styles a Telón*.

Durante todos aquellos años, a lo largo de los casi cuarenta de docencia entre aquellas paredes, Colin Lloyd se había sabido señalado, objeto de murmullos y comentarios por parte de sus colegas. Nadie podía reprocharle nada desde el punto de vista profesional. Ahí estaban sus trabajos sobre la evolución del arte gótico inglés y los reconocimientos recibidos hablaban de su valía. Pero eso no era impedimento para que su pasión por Agatha Christie, una novelista popular —en el buen sentido para él y en el sentido despectivo en que los demás profesores empleaban el término— adicta a los asesinatos más rocambolescos, hubiera servido para crucificarlo en las reuniones del claustro, aunque siempre a sus espaldas.

Pero a Colin no le importaba. No le importó nunca. Le afectó tan poco que se lanzó a la aventura de escribir aquella biografía exhaustiva sobre la novelista nacida en Devon, aventurándose a ofrecer una explicación que él consideraba definitiva sobre los motivos

que tuvo Agatha para desaparecer del modo en que lo hizo aquel día de otoño de 1926. Su teoría podía ser compartida o no, pero nadie puso en duda su trabajo de documentación.

Cada tarde de viernes, sintiendo cómo la artrosis hacía crujir sus articulaciones como si se tratara de goznes herrumbrosos, se le veía llegar hasta el Lord Edgware Club dispuesto a destripar, para gozo de los muchachos que lo escuchaban, algunos capítulos de cualquiera de las novelas de la creadora del gran Hércules Poirot. Así había sido... hasta aquella tarde.

Aquella tarde, los relojes de Winchester se miraron unos a otros sin saber qué pensar. El mundo se puso del revés cuando, a media mañana y tras leer en la biblioteca del College una noticia que publicaba *The Times* en sus páginas interiores, Colin Lloyd abandonó apresuradamente el centro educativo sin la menor explicación. No dejó siquiera una nota para sus feligreses del club de lectura y nadie se atrevió a cruzar con él una palabra cuando lo vieron atravesar el edificio dando grandes zancadas, masticando palabras que no llegaban a salir de su boca y exhibiendo una mirada iracunda capaz de fulminar al más osado y que se proyectaba a través de las arrugas que araban su rostro.

Cuando la señora Carroll lo vio entrar en casa antes de las tres de la tarde, empalideció. Se atrevió, no obstante, a proponer alguna solución. ¿Estaba enfermo el señor? ¿Ocurría alguna desgracia?

—Estoy bien, maldita sea —respondió Colin hecho una furia—. Pero sí, tiene usted razón, ocurre una desgracia.

—¿Una desgracia? —preguntó la señora Carroll. Asustada, había dejado el plumero, como si hubiera rendido sus armas, y estaba delante del profesor convertida en estatua de sal.

—No se preocupe, que no me pasa nada, y a usted tampoco —refunfuñó Lloyd irritado, y sin más explicaciones se encerró en su estudio, no sin antes añadir—: Tomaré el té a la hora de costumbre. Déjelo donde siempre.

Cerró la puerta dando un portazo, dispuesto a rumiar con calma la noticia que había leído. Sacó para la ocasión una botella de güisqui que mantenía oculta a los ojos de la señora Carroll —o al menos eso imaginaba él— tras una enciclopedia con lomos del color de la madera de palo santo, se sirvió una generosa ración en un grueso vaso de cristal y por vez primera en toda su vida lamentó no tener una esposa con la que poder compartir su indignación.

Hubo un tiempo en que Winchester fue la capital de Inglaterra y mantuvo tan alto honor hasta que la invasión normanda llevó la Corona a Londres, pero nunca le pudieron arrebatarse su halo de misteriosa espiritualidad, la misma que debió de resultar decisiva para la fundación de una diócesis en el siglo VII y una primitiva iglesia en tiempos sajones cuya osamenta aún se puede adivinar bajo el cuidado césped del parque por el que Gala y Arturo paseaban en compañía de *Pilgrim*. Miles de peregrinos habían llegado hasta allí a lo largo de los siglos en busca de la paz, esperando hallarla a la sombra de la segunda catedral más larga de la cristiandad, tan solo batida en esa pugna por San Pedro del Vaticano.

El matrimonio contemplaba absorto el monumental edificio, situado exactamente al lado del Mercure Hotel, donde se hospedaban. Únicamente *Pilgrim* se mostraba ajeno al portentoso santuario que se había edificado en parte del solar donde se alzó la primitiva iglesia sajona. A él le traía sin cuidado que todo aquel empeño humano hubiera comenzado en el siglo XI, que aún se pudiera advertir el románico en la cripta o que los visitantes quedaran boquiabiertos ante el festival de arte gótico que aguardaba en el interior. Irreverente, o ni siquiera eso, el pastor suizo olfateaba y orinaba en los árboles británicos con idéntica precisión a como lo hacía sobre los árboles españoles.

La luz del atardecer proporcionaba colores con matices increíbles a las agujas, los arbotantes y las tumbas que salpicaban la hierba alrededor de la catedral. Las gárgolas del templo parecían sonreír diabólicamente gracias al capricho de las luces y las sombras. La temperatura era inesperadamente cálida para ser casi mediados de septiembre y en el aire flotaba una extraña sensación de intemporalidad. Sobre la

hierba del parque, grupos de estudiantes se sentaban formando corros y charlando despreocupadamente. *Pilgrim* no tardó en hacer amistad con varios perros que, como él, correteaban por el césped. Gala envidió la ventaja de los animales, que disponían de su particular esperanto en base a actitudes corporales y olores. En nada les preocupaba, como a ella y a Arturo, no dominar el idioma inglés como les gustaría.

Mientras Gala contemplaba la impactante fachada de la catedral dudando si entrar ya a rendir homenaje a Jane Austen o demorar un poco más ese sueño juvenil, Arturo fotografiaba el edificio, a *Pilgrim* y a ella misma.

—No te muevas —solicitó a su esposa, que había tomado asiento en unas escalinatas situadas frente al templo. A su derecha, la tienda de regalos oficiales de la catedral.

Arturo hizo varias fotografías de su esposa con el parque a su espalda. Resultaba inquietante ver las numerosas lápidas de tumbas que parecían brotar de la hierba, dispuestas como si fueran el escenario de una película de zombis o de vampiros. La estatua de un soldado inglés apoyado sobre su fusil y colocada en lo alto de un pedestal como homenaje a los británicos caídos durante las dos guerras mundiales los observó con displicencia. Al fondo del parque, frente a la catedral, Arturo vio una casa blanca que le llamó la atención. Tenía una excelente panorámica del parque a través de unas generosas cristaleras. El tejado era de pizarra y se preguntó si en invierno nevaría mucho, algo o nada en Winchester. En ese instante, llegó hasta la casa un hombre alto, ligeramente encorvado. Después de toda una vida como profesor, Arturo creía haber desarrollado un sexto sentido para distinguir a un docente entre la multitud y no le cupo duda de que aquel hombre, al que calculó una edad próxima a los ochenta años, debía de haberlo sido. Sin saber por qué, lo observó con atención. El hombre, en cambio, no reparó en él. Del bolsillo derecho de su pantalón sacó la llave que abría la puerta de la casa, de color marrón y provista de un llamador antiguo de bronce y una abertura en su mitad para introducir el correo. El desconocido hizo girar la llave en la cerradura. Arturo pudo verle el rostro un instante antes de que cerrara la puerta tras de sí. Le pareció que el anciano estaba visiblemente enfadado o preocupado.

—Cariño, voy a entrar —gritó a su espalda Gala—. Encárgate de *Pilgrim*.

Arturo puso la correa al perro, se acercó a su mujer, le dio un suave beso en los labios y dijo:

—Venga, no lo pienses más. Seguro que ella está tan impaciente como tú.

Gala suspiró. Arturo adivinó su nerviosismo. ¿Estaría Jane Austen nerviosa ante la inminente visita de su admiradora?

Ella era Elinor y su hermana Paula era Marianne. Lástima que no tuvieran una hermana más pequeña que encarnara el papel de Margaret. Cuando era niña, a Gala le encantaba imaginar que ella y su hermana eran las Dashwood, las protagonistas de *Sentido y sensibilidad*, la primera novela publicada por Jane Austen en 1811.

Cuando leyó por vez primera aquella obra, supo que quería ser escritora. Fue una revelación. Lo sería a toda costa, lo sería aunque no llegara a ser ni la mitad de buena que Austen, pero lo sería. Y Gala, siempre trabajadora, siempre firme, lo logró, aunque antes tuviera que pasar por el purgatorio de la universidad, de las oposiciones a instituto para ser profesora de Lengua y Literatura lejos de su Valladolid natal. Pero el destino quiso que allí encontrara el amor más inesperado en la persona del candidato, aparentemente, menos propicio: un hombretón que impartía clases de Matemáticas y con el que apenas cruzó dos palabras en el primer trimestre durante los claustros de profesores.

De manera que Gala había admirado a Jane Austen durante toda su vida, por lo que se comprenderá sin dificultad su nerviosismo cuando cruzó el umbral de la catedral sintiéndose observada por las gárgolas. Al poner el pie en el interior del templo, sus piernas flaquearon, y no solo porque apenas veinte metros la separaban de la tumba de Austen, sino por aquella galaxia de claves de bóveda y arcos apuntados que parecían bailar en las alturas. El espectáculo era extraordinario y sobrecogedor, pero logró reponerse y avanzó lentamente hacia la nave situada a su izquierda, al norte. Un cartel con el rostro de Austen anunciaba la tumba de la novelista.

La ahora mundialmente aclamada escritora murió con solo cuarenta y un años de edad un maldito 18 de julio de 1817. A su entierro apenas asistieron cuatro personas y en la primera tumba, la que ahora contemplaba Gala, ni siquiera se hizo mención a su oficio de escritora porque era mal visto por entonces que una mujer ejerciera semejante oficio. Pero las costumbres mudan y los principios humanos se resquebrajan con gran facilidad; por eso, cuando creció su fama, un sobrino llamado Edward puso una placa de bronce junto a la tumba mencionándola como escritora. Y, para que la hipocresía rezumara como es debido, aún habría de colocarse un nuevo recuerdo en su memoria en 1910.

Tres monumentos para una sola tumba y una única difunta.

Gala no lograba pasar la saliva. No conseguía decidirse sobre si dejar escapar sus lágrimas por la emoción o por la rabia ante la hipocresía de los hombres frente a las mujeres pioneras. Gracias a mujeres como Jane Austen, Gala o la mismísima Agatha Christie habían podido entregarse al sueño de crear historias sobre un papel.

IV

El doctor Lloyd detuvo el coche y sugirió a sus acompañantes que aguardaran dentro.

A continuación, corrió hacia la playa, donde reinaba una gran agitación. Agatha no sabía cuántos habitantes tendría aquel pueblo, pero le dio por pensar que debían de estar todos allí, formando aquel corro sobre la arena. Cruzó una mirada cómplice con Charlotte y ambas tuvieron la misma idea: por nada del mundo estaban dispuestas a obedecer a su amigo Elliot Lloyd.

Instantes después, las tres pisaban la arena de la playa y se aproximaban a las personas allí reunidas, que hacían aspavientos y gritaban. Para su desgracia, ninguna de las tres tenía suficientes conocimientos de español como para entender qué sucedía exactamente. Mientras tanto, el doctor se había abierto paso entre todos los lugareños. A decir del modo decidido en que se comportaba, Agatha coligió que debía de haber comprendido el motivo de tanta agitación.

Las tres mujeres inglesas desentonaban claramente entre aquellas gentes de tez morena, cabellos negros y manos encallecidas como consecuencia del duro trabajo en la mar y en el campo. A Agatha le admiraba su vitalidad y su mirada limpia, aunque ahora percibiera terror en muchos de aquellos ojos.

La escritora se hizo un hueco entre los presentes y pudo ver al doctor Lloyd agachado junto al cuerpo de una mujer tendido sobre la arena. La desconocida vestía un traje de baño oscuro y junto al doctor, en cuclillas, había otra mujer igualmente ataviada con un traje de baño negro y un gorro verde. No creyó conocer a ninguna de ellas.

—Soy doctor, permítame —dijo Lloyd, apartando educadamente a la desconocida del gorro verde.

—Gracias a Dios —suspiró la mujer, revelando en ese mismo instante que era inglesa.

Lloyd se apresuró a practicar ejercicios de reanimación a la mujer tirada en el suelo, pero sus vigorosos intentos pronto se revelaron inútiles. Lloyd, con el cabello pelirrojo alborotado por la brisa, alzó la cabeza y las miró sin verlas. Un velo de tristeza había caído sobre su rostro. Parecía abatido, pero súbitamente recuperó el ánimo.

—Llémosla a aquella casita —propuso indicando una pequeña casa de pescadores próxima a donde se encontraban.

Entre los pescadores había alguno que, de tanto tratar con turistas, comprendía lo suficiente el inglés y trasladó a los demás la propuesta de Lloyd. De inmediato, se procedió al traslado de la desafortunada dama y el doctor se encerró con ella en la casita dispuesto a luchar a brazo partido por rescatarla de la muerte. Tras él entró en la casa la otra mujer, cuya figura, ligeramente rolliza, se marcaba bajo el traje de baño negro.

Mientras tanto, Agatha, Charlotte y Rosalind permanecieron en la playa sin saber qué hacer. En ese momento, uno de aquellos pescadores se acercó a ellas.

—Las señoras fueron imprudentes adentrándose en el mar de ese modo —informó. Su voz era inesperadamente dulce y su inglés, bastante comprensible.

—¿Qué fue lo que sucedió? —preguntó Charlotte, nerviosa.

—Cuando me di cuenta de que estaban en apuros, remé con mi bote hasta ellas —explicó el marinero—. Hice cuanto pude, pero... —Negó con la cabeza.

Al escucharle, Agatha no pudo evitar recordar el lance en el que ella misma estuvo a punto de perder la vida por una imprudencia semejante junto con su sobrino Jack. Fue un día de mal tiempo, precisamente los que más le gustaban para bañarse, y ocurrió en la playa de las mujeres en Torquay, no en Meadfoot. Jack era aún pequeño, de modo que se le permitía ir a la cala a la que únicamente podían entrar las señoras.

Aquella mañana se comportó como una estúpida por no calcular sus fuerzas. No podía llevar al niño y a ella misma hasta la balsa donde acostumbraban a ir. Él logró llegar,

pero ella comprendió que le sería imposible y se dispuso a contemplar retales de su vida en una rápida sucesión de fotografías, pues eso era lo que les ocurría a quienes estaban a punto de morir ahogados, según había oído contar. Pero en realidad no le sucedió nada de eso, sino que simplemente perdió el sentido y no se enteró de nada. Más tarde le contaron que un viejo marino, tal vez no muy diferente a aquel canario que acababa de resumir lo sucedido en la playa, salió en su bote a socorrerla.

Poco después, Lloyd salió de la casita con la mirada velada por la tristeza. Su cuerpo larguirucho parecía encogido y los brazos le colgaban de un modo que desde lejos evidenciaban la derrota que acababa de sufrir.

—Ha muerto —informó, lacónico.

Tras él, llorando desconsolada, apareció una mujer. A Agatha le costó identificarla como la bañista del gorro verde y del traje de baño negro. Se había cambiado de ropa y parecía la viva imagen de la tristeza. Charlotte lanzó una mirada a su jefa, que Agatha interpretó con facilidad, y Rosalind tradujo sus pensamientos en voz alta:

—Es una de las señoras aburridas del hotel —dijo.

La novelista le propinó un codazo disimuladamente y su hija captó de inmediato el motivo. Una señorita debe saber guardar la compostura, incluso cuando acaba de ver algo tan inesperado como aquello. Porque, en efecto, se trataba de Courtney Helier, una de las dos inglesas que tanto les habían dado de que hablar en el hotel. Agatha presumió que la fallecida debía de ser su amiga, Audrey Granger. Una sospecha que aquella se encargó de corroborar de inmediato.

—Pobre Audrey —se lamentó—. ¡Cómo ha podido ocurrir! Era una nadadora excelente. No deberíamos haber venido a esta playa.

El doctor Lloyd puso sobre los hombros de la mujer su americana, intentando confortarla.

—No debe usted culparse —le dijo.

La señora Helier se volvió hacia Lloyd.

—¿Qué cree que ha ocurrido? —le preguntó.

—Tal vez haya sido un calambre —aventuró el doctor—. Pero explíquenos lo que ha sucedido.

El grupo de vecinos se había reducido. Agatha supuso que muchos de ellos no entendían el inglés, e incluso dudó de que los que aún permanecían allí lo comprendieran. No tenía nada de extraño, pensó. Ella tampoco sabía hablar español.

—Habíamos estado nadando las dos sin problemas —explicó la superviviente—. Llevábamos unos veinte minutos en el agua cuando decidí salir. Pero Audrey me dijo que quería seguir nadando. Llegué a la playa y me tumbé en la arena a descansar. Poco después la oí gritar pidiendo auxilio. Me apresuré a lanzarme al agua y nadé todo lo deprisa que pude. Al llegar a su lado aún flotaba, pero en su desesperación lo único que logró fue arrastrarme a mí también al fondo. De no haber intervenido ese hombre —señaló al marinero que ya conocíamos—, nos habríamos ahogado las dos.

Al mirar al viejo pescador que tan heroicamente se había comportado, Agatha reparó en el modo en que miraba a la señora Helier una mujer de mediana edad, de complexión robusta y que llevaba el cabello recogido en una larga cola de caballo. Supuso que debía de comprender las explicaciones de su compatriota y creyó advertir cierta desaprobación en lo que estaba escuchando, pero al sentirse observada por Agatha se alejó de ellos.

Courtney Helier, mientras tanto, les puso al tanto de la identidad de la fallecida. Supieron así que Audrey Granger era su señorita de compañía y que llevaba a su servicio cinco meses. Añadió que se había quedado huérfana siendo niña y que fue educada por su tío.

El doctor Lloyd se sintió en la obligación de ayudar a la señora Helier en los trámites burocráticos imprescindibles para enterrar a la señorita Granger. Se entregó en cuerpo y alma a la tarea de investigar si la difunta tenía algún familiar a quien pudiera avisarle de lo ocurrido, pero sus intentos fueron baldíos. A pesar de haber registrado concienzudamente las pertenencias de la difunta, únicamente lograron encontrar una antigua dirección, pero resultó ser la de una habitación que había alquilado tiempo

atrás para guardar sus pertenencias. La dueña de la habitación desconocía cualquier dato personal de su inquilina.

—Es verdaderamente sorprendente toda esta historia. —El doctor Lloyd hizo aquella confesión al día siguiente, durante la cena.

—¿Lo dice porque no ha localizado ningún documento que permita reconstruir la historia de esa mujer? —preguntó Charlotte.

Lloyd asintió, abstraído.

—La señora Helier la contrató tras leer un par de cartas de recomendación que la difunta le presentó —reveló—. Pero en una de las direcciones no la recuerdan y la otra es de una señora que vive en Australia, nada menos. Y, salvo un par de fotografías viejas, no hay nada personal entre sus cosas.

En aquel momento, vieron entrar en el comedor a la propia Courtney Helier. Un camarero la acompañó hasta una mesa libre y la mujer se sentó. Vestía un traje discreto, pero a Agatha le pareció de buena calidad.

—Debe de estar destrozada —aventuró Charlotte.

—Pues parece haber engordado un poco —opinó el doctor.

Agatha no se había fijado en el cuerpo de Helier, sino en su melancólico rostro, y consideró inadecuada y poco elegante la observación de su amigo. Pero no se sentía con ganas de discutir con él sobre ello. Había algo en todo aquel asunto que le incomodaba mucho más y se censuraba a sí misma por no ser capaz de descifrarlo.

A la mañana siguiente, Agatha se entregó al trabajo de su novela aprovechando que Charlotte se llevó a Rosalind a jugar al tenis en las pistas de las que el propio hotel disponía. Aquel era uno de los lujos que el Metropole ponía al alcance de su distinguida clientela, además de campo de golf, excursiones para practicar la pesca o viajes en barco por la costa próxima a la ciudad. Los caballeros disponían de un salón de billar, salas para fumadores e incluso habitaciones para el revelado de fotografías.

A pesar del breve paréntesis que se vio obligada a abrir cuando entró en la habitación la joven doncella que habitualmente les servía, fue una mañana muy fecunda. Y no solo por el número de páginas que alcanzó a escribir, que no fueron muchas, sino por la bendita casualidad que se produjo cuando se le ocurrió sacar a relucir ante Yurena, que así se llamaba la muchacha de servicio, lo ocurrido en Agaete. La joven, que de tanto escuchar hablar a ingleses chapurreaba algo ese idioma, escuchó con atención y la novelista creyó percibir una duda en su mirada. Durante su estancia había charlado con ella en varias ocasiones. Le gustaba aquella joven delgada, de cabello negro y mirada clara. Aún no había cumplido los dieciocho años y trabajaba en el hotel desde hacía dos.

—¿Sucede algo, Yurena? —le preguntó.

—Es que yo vivo allí, en Agaete, en el Puerto de Las Nieves —informó—. Todo el mundo habla de eso en el pueblo.

—¿Y? —la animó Agatha. Cada vez estaba más segura de que aquella muchacha quería decir algo pero no se atrevía—. ¿Quieres contarme algo?

—Es que, verá, señora —empezó, dubitativa—, mi madre dice que esa mujer inglesa no se ahogó, sino que fue su amiga, la otra mujer que nadaba con ella, quien la arrastró al fondo.

Se comprenderá la sorpresa de Agatha al escuchar semejante revelación. Aquellas palabras la estremecieron y se sintió arrojada a las páginas centrales de una de sus propias novelas. Pero, para su desgracia, ella no era Poirot. No obstante, trató de comportarse con la misma sibilina amabilidad con la que lo hubiera hecho su personaje para poder ganarse la confianza de Yurena.

—¿Tu madre vio a esas dos mujeres bañarse?

—Sí, señora —respondió la muchacha—. Pero no se ha atrevido a decírselo a nadie. Y a mí me tiene dicho que tampoco debo mencionar este asunto, que es cosa de la policía y que alguien como ella siempre tendría las de perder ante la palabra de una señora inglesa adinerada.

Agatha no tuvo más remedio que reconocer el buen juicio de la madre de aquella joven. Lo mejor que se le puede recomendar a una hija es no meterse en líos. Pero aquel consejo, que podría administrar Yurena como creyera oportuno, ella no estaba

dispuesta a seguirlo. Debía hacer justicia, se dijo. De pronto, al ver a aquella joven de perfil, tuvo una intuición. Había algo en las facciones de su rostro que le resultó familiar. No tardó en caer en la cuenta de qué se trataba.

—¿Tu madre también entiende el inglés? —le preguntó.

—Un poco —respondió Yurena, inquieta—. Lo que yo le he enseñado. ¿Por qué?

—¿Tu madre lleva el cabello recogido en una larga cola de caballo?

—¡Por Dios, señora! ¿Ha hecho algo malo mi mamá? ¿He dicho algo inconveniente? No se lo diga al señor director del hotel, se lo suplico —rogó, alarmada.

Agatha le dijo que no, que no tenía por qué preocuparse. Ni ella ni su madre habían dicho o hecho algo inapropiado.

—Es que, mientras estábamos en aquella playa, había una mujer peinada de ese modo que miraba con recelo la escena —aclaró—. No sé por qué, me pareció que sabía algo que los demás desconocían. ¿Podría hablar con ella? —le preguntó.

Agatha advirtió que las manos de Yurena temblaban y que buscó entretenerlas alisando, nerviosa, su blanco delantal. Le sonrió lo mejor que supo y al cabo de unos segundos se dibujó una curva maravillosa en su cara morena.

—Será un honor para nosotros, señora Christie —aseguró.

5

Colin Lloyd apuró su tercer vaso de güisqui, chasqueó la lengua y enfocó la mirada en el libro que tenía entre las manos. Una vez más, como en tantas otras ocasiones a lo largo de su vida, buscó refugio entre las líneas que conducían al misterio que había tenido lugar en Regent Gate, donde estaba situada la mansión de lord Edgware. Le gustaba imaginar que la biblioteca de aquella casa sería parecida a la suya, aunque sabía que no sería posible, y no porque Colin no fuera propietario de una excelente colección de libros, sino porque presumía que la mansión de un lord debía de ser mucho más grande que aquella casa blanca suya desde cuya biblioteca podía contemplar cómo la oscuridad envolvía lentamente la catedral de Winchester.

El cuarto barón de Edgware había encontrado la muerte en su propia biblioteca, incidente que planteó a Hércules Poirot uno de aquellos problemas que tanto le gustaba estudiar. En aquella misma novela, como bien sabía Lloyd, el presumido detective afirmaba que eso era exactamente lo que él hacía, investigar *problemas*. Y lo hacía desde, en su opinión, la humildad, salvo en lo que atañía a su bigote, extremo este en el que Poirot jamás aceptaría la posibilidad de que hubiera otro mejor que el suyo en todo Londres. Lloyd trataba de imaginarse, sin conseguirlo, la cara de asombro que debió de poner el pobre capitán Hastings, compañero de aventuras de Poirot, cuando escuchó al orgulloso belga decir de sí mismo que era un tipo humilde y, poco después, oírlo alardear de su inteligencia y de su capacidad para evitar que nada, ni siquiera la más seductora de las mujeres, influyera en sus decisiones.

Colin Lloyd había leído aquella novela en innumerables ocasiones y, después de tantos años, había descubierto que regresar a sus páginas le producía una extraña sensación de bienestar que lo aislaba de cualquier problema que le planteara la vida cotidiana. Por eso eligió aquella lectura tras tomarse el té que la señora Carroll le había dejado preparado antes de marcharse, una vez concluida su jornada de trabajo. Necesitaba evadirse, alejar de su mente los borrascosos pensamientos que lo asaltaban desde que leyera aquel artículo en *The Times*. Pero no lo había logrado. Ni siquiera pasar la tarde a solas con *La muerte de lord Edgware* entre las manos había sido bálsamo suficiente para aplacar su ira.

Le parecía una verdadera desfachatez lo que había leído en el periódico, y un insulto a su reputación y a su obra cumbre: *Agatha: de Styles a Telón*. Resultaba indignante que se fuera a presentar en Torquay un libro que pusiera en entredicho las conclusiones a las que él había llegado tras dedicar toda una vida a escudriñar hasta el más recóndito rincón de la vida de Agatha Christie.

Hastiado, Lloyd cerró las páginas de aquella novela endiabladamente inteligente y se olvidó de aquel caso que en realidad significó un sonoro fracaso para las famosas *células grises* de Poirot, puesto que, de no haber escuchado de forma absolutamente casual una conversación que sostenían dos desconocidos, no habría sido capaz de descubrir al verdadero criminal.

En alguna parte de la casa un reloj dio la hora. Las nueve de la noche. Ajeno a las campanadas, Colin se acercó al ventanal, aproximó su nariz afilada al cristal y contempló con mirada ausente los árboles, las tumbas del parque vecino y la catedral, vestida de noche. Durante unos segundos su mente se independizó y lo condujo a regañadientes hasta un tiempo perdido en su memoria, cuando era mucho más joven, la época en la que se podían cometer errores que dejaban una huella perenne en la conciencia de las personas. Mujeres y alcohol, una malísima combinación. Rememoró los días en los que impartió un curso como profesor contratado muy lejos de su amada Winchester. Los recuerdos de Salamanca le hicieron cerrar los ojos y una expresión de dolor se adueñó de su rostro. Maldijo aquellos recuerdos una vez más, pero no por ello desaparecieron. Y cuando contempló de nuevo los árboles, las tumbas y la catedral,

descubrió a alguien acercándose a su casa, lo que terminó de alterar sus nervios. Se diría que un espectro del pasado había abandonado una de las tumbas del parque al sentirse invocado.

—¡Qué demonios! —murmuró, incrédulo.

La inesperada visita estaba junto a su puerta y acababa de hacer sonar el llamador de bronce.

Media hora más tarde, a menos de quinientos metros de distancia de la casa de Colin Lloyd, Gala y Arturo hacían su entrada en el restaurante que la cadena Ask tenía en Winchester. Se trataba de un precioso edificio antiguo, con vigas vistas de madera, amplias cristalerías y aspecto acogedor situado en High Street, la calle más céntrica de la ciudad. Gala aún digería su encuentro con Jane Austen, mientras Arturo contaba las horas que faltaban para llegar a Torquay y zambullirse en los escenarios de la vida de Agatha Christie. *Pilgrim*, por su parte, aguardaba en el hotel.

«God begot house», se leía en un letrero que presidía la entrada al local.

—Dios engendró esta casa —tradujo Arturo, no demasiado convencido de haber acertado.

—Espero que, además de en la casa, Dios tenga mano también en la cocina, porque tengo hambre —anunció Gala.

Arturo esbozó una sonrisa y miró a su esposa de soslayo. Cuándo no tenía hambre Gala, se preguntó. En eso se parecían mucho, porque en asuntos gastronómicos ninguno de ellos flaqueaba. Ambos eran altos y fuertes. Él, un poco más, pero no demasiado. Que ninguno de los dos mirara nunca la báscula no era mera casualidad.

Se sentaron en una coqueta mesa de madera situada a la derecha de la puerta de entrada, en la planta baja del restaurante, y pidieron comida italiana, la especialidad del local. A Arturo le decepcionó que no hubiera cerveza inglesa y tuvieron que conformarse con unas Peroni.

—Mañana, en Torquay —comentó entre bocado y bocado.

—Maldita la gana que tengo de verlos a todos —se sinceró Gala.

—¿En serio no estás celosa por la presentación que le han organizado a Hernán para su libro? —sondeó Arturo.

—No es eso, de verdad —aclaró Gala—. Ya sabes que no me gustan estas reuniones. Si he venido, ha sido más que nada por ti.

—Bueno, y por ti —replicó Arturo, molesto—. Si estamos en Winchester, es por Jane Austen, no se te olvide.

—Tienes razón. Pero reconoce que tú vas a disfrutar mucho más que yo. Estaremos en Torquay más de un día.

—Pero si eres igual que Agatha —aseguró Arturo. Sus mofletes se separaron para cobijar una sonrisa cariñosa—. A ella no le gustaban las multitudes, ni tampoco a ti. Odiaba los ruidos y el griterío, como te ocurre a ti. Los cócteles, las reuniones con lectores o con otros escritores le causaban terror, y aún más hablar en público, lo mismo que te sucede a ti. Y eso por no hablar de su pasión por la cocina y su afición a comer manzanas, la misma que hizo que tuviera Ariadne Oliver. Además, sé que te encantan sus novelas.

—En lo de las manzanas te doy la razón —admitió Gala, a pesar de que Arturo había acertado en todo lo demás—. No hay nada mejor que una manzana verde y jugosa.

—A Agatha también le encantaba la playa, bañarse...

—Lo de nadar no es lo mío —recordó Gala—, pero la playa es una bendición.

—¿Ves? Sois iguales.

—Tanto como iguales...

—Los pasatiempos eran otra de sus pasiones, sobre todo los acertijos numéricos, y también cualquier clase de música, y el silencio, y el amor a los perros.

—En eso estamos de acuerdo —sonrió Gala—. Donde esté un perro, que se quite la mayoría de las personas. No hay ser más leal y noble.

—La sinceridad y la nobleza eran lo que más valoraba Agatha. Supongo que por eso se trastornó cuando supo que su primer marido la engañaba.

Una simpática camarera, morena, jovencita, de mirada limpia y sonrisa fácil, trajo los segundos platos: pasta picante y pasta con verduras. Antes de marcharse, la muchacha preguntó si querían queso rallado y ambos dijeron que sí.

—¿Sabes lo que más admiro de Agatha? —preguntó Gala cuando estuvieron solos de nuevo.

—¿Sus ventas? —bromeó Arturo.

—Su curiosidad, su capacidad para adaptarse a un mundo que fue cambiando inexorablemente a su alrededor. Piensa que tuvo que vivir dos guerras mundiales, que conoció un mundo nuevo con los descubrimientos del átomo, el desarrollo de los medios de comunicación, los cambios en las costumbres, las modas, las relaciones sexuales... Y ella, indestructible, con ochenta años aún escribiendo e incorporando todas esas novedades a sus tramas, que seguían seduciendo a todo el mundo.

—La verdad es que, si lo miras así, tienes toda la razón.

—Pues claro —afirmó Gala—. Imagina la capacidad de inventiva que tuvo, y no solo porque escribió tantas novelas y obras de teatro, sino por el hecho de ser capaz de escribir casi el mismo libro cambiándolo por completo a lo largo de las épocas. Al principio, en sus obras hay mayordomos, mansiones victorianas... Pero luego tuvo la habilidad de generar intriga en los ambientes más exóticos.

—Egipto, Mesopotamia... —apuntó Arturo.

—En trenes, barcos, aviones... Todo tipo de crímenes en todo tipo de escenarios.

—Salvo durante la presentación de un libro. —Arturo sonrió, malicioso.

Una sombra cruzó la mirada de Gala.

—Si te digo la verdad, todo esto, lo de esa biografía que ha escrito Hernán, las discusiones que hubo en el barco... No sé.

—No me digas que te has dejado influenciar por nuestro amigo el doctor.

Gala iba a decir algo cuando la linda camarera se materializó preguntando si deseaban postres.

—Desde luego que sí —respondió Arturo sin vacilar—. Y dos capuchinos. —Aguardó a que la joven se alejara y dijo—: No creo que la sangre llegue al río.

Gala guardó silencio y su mirada se perdió más allá de la cristalera a través de la cual se veía a la gente caminar por High Street. Aunque al principio los comentarios de Gaspar Velarde le habían parecido exagerados y absurdos, lentamente una sensación incómoda estaba creciendo dentro de ella. No sabía si la sangre llegaría al río, pero cuanto más pensaba en las palabras del médico, más temor sentía a que aquel viaje no dejara en ella el mejor de los recuerdos.

En la calle, la noche era inusualmente cálida y eso animaba a salir y respirar. Gala vio a varios jóvenes sonriendo y charlando despreocupadamente, algún matrimonio paseando junto a su perro, varios deportistas que aprovechaban aquellas horas para correr... El mundo seguía su curso. De pronto, entornó los ojos.

—¿Qué pasa? —preguntó Arturo al ver la expresión de extrañeza que se había dibujado en la cara de su mujer.

Justo en ese momento, llegaron la tarta de nueces y el tiramisú. La camarera sonrió y anunció que de inmediato serviría los capuchinos.

Gala volvió a mirar por la ventana.

—¿Qué pasa? —insistió Arturo.

La escritora meneó la cabeza.

—Nada, una tontería. Me pareció ver a..., déjalo.

Arturo se encogió de hombros y dijo:

—Bueno, pues a por los postres, y luego a dar el último paseo a *Pilgrim*, que mañana nos espera Agatha. —Sonrió, satisfecho—. Y esperemos que nadie haya planeado un asesinato durante la presentación de un libro.

A Gala no le gustó el sarcasmo.

El estrépito de vasos rotos y los lamentos de la camarera hicieron que todas las miradas se volvieran hacia el fondo del bar del Imperial Hotel. «Oh, my God!», repetía la joven, que miraba al suelo sin saber por dónde empezar. A sus pies, los restos de cuatro pintas de cerveza negra sembraban de cristales la moqueta del local. Junto a

ella, avergonzado, Gaspar Velarde trataba de excusarse por su imperdonable torpeza murmurando «Sorry» una y otra vez. Con un inglés más que excelente, rogó a la joven que lo disculpara. No sabía dónde tenía la cabeza, dijo, y añadió que cada vez le funcionaba peor, que la edad no perdonaba y que, naturalmente, pagaría todo aquel desastre. Mencionó el número de su habitación para que le fueran cargadas a su cuenta las cervezas y, visiblemente azorado, tomó asiento en una mesa libre situada junto a una cristalera a través de la cual se podía admirar la belleza de la bahía de Torquay.

El grupo había llegado al hotel a primera hora de la tarde y desde que tomaron posesión de sus habitaciones apenas se habían visto, aunque el doctor parecía sentirse cómodo en soledad, porque en lugar de sentarse junto a Mercedes y dos de los periodistas de la expedición que ocupaban una mesa próxima, se limitó a saludarlos con un leve movimiento de cabeza. Además, a uno de ellos ya lo había visto por la tarde, durante el paseo que había dado por los jardines del hotel. Ambos intercambiaron frases de cortesía y no tardaron en descubrir que tenían pocas cosas en común. La charla resultó breve y de mero compromiso.

El bar se encontraba abarrotado a esa hora de la noche del viernes. Al parecer, al día siguiente se iba a celebrar una boda y muchos de los invitados se hospedaban en el hotel durante todo el fin de semana. Mercedes Sádaba contempló el incidente protagonizado por el doctor mientras trataba de disimular su angustia bebiendo su segundo gin tonic en compañía de los periodistas Pedro Pablo Parrado y Gerardo Zorita. Y aunque no le hacía la menor gracia tener que sonreír y dar explicaciones sobre su soledad en aquel bar, trató de mantener la compostura.

—Este Gaspar cada vez está más viejo —lamentó Mercedes.

—Un tipo raro, eso es lo que es —opinó Zorita—. Me lo he encontrado esta tarde en el jardín y desde luego que no es un modelo de simpatía.

—Su mujer falleció hace poco —reveló Mercedes.

—No tenía la menor idea —dijo con tono culpable el periodista—. A lo mejor he metido la pata cuando lo abordé y él, simplemente, prefería estar solo.

Los tres observaron al médico en silencio durante unos segundos.

—De todos modos, le veo raro desde que llegamos. En el barco parecía más animado —reconoció Mercedes—. Supongo que no debe de ser fácil afrontar lo que te queda de vida en soledad. —Miró a los periodistas con aire abatido—. Gaspar no tuvo hijos —añadió.

—¿Dónde se ha metido el señor Santos? —preguntó Parrado dando una exhibición de inoportunidad.

Mercedes se tomó unos segundos para responder, paréntesis que aprovechó para estudiar al periodista, que vestía un viejo pantalón vaquero y una camisa de suaves rayas bastante anticuada, según le pareció. Llevaba los dos botones superiores de la camisa desabrochados y por aquella vía de escape asomaba una pelambreira intensamente negra que contrastaba con su avanzada calvicie. Concluida la inspección, Mercedes afirmó sin pestañear que su marido se había quedado descansando en la habitación, que tenía dolor de cabeza y que el viaje lo había agotado. La explicación hizo esbozar una leve sonrisa a Gerardo Zorita. Al joven y obeso periodista no se le había escapado el detalle de que Santos no era el único ausente en el bar. Tampoco estaba Irma. Y como todo el mundo conocía los rumores que circulaban por ahí, sumó con facilidad dos y dos.

—Ya —dijo Parrado, escueto.

Mercedes le clavó una mirada tan afilada como persuasiva y el periodista carraspeó.

—Está usted de lo más elegante —opinó, oxigenando la escena.

Mercedes sonrió agradecida. Y era cierto, lo estaba. Lucía, como de costumbre, un vestido caro, elegante y perfectamente elegido para la ocasión. Era una mujer mayor, sí, pero no por eso estaba dispuesta a dejar de ser tan sofisticada como había sido toda su vida. El dinero, entre otras cosas, estaba para eso, según creía.

También Zorita, aunque guardó silencio, era de la misma opinión que su colega. Aquella mujer era elegante, por más que su cabello pareciera siempre desordenado y en lo más hondo de su mirada se adivinara un mar embravecido.

Los tres se permitieron de nuevo unos segundos de silencio, como si ninguno de ellos supiera por dónde proseguir una vez llegados hasta la frontera del galanteo. Aprovecharon el paréntesis para observar distraídamente el bar. Dado que el restaurante del hotel, el Regatta, estaba cerrado a aquella hora, eran muchos los comensales que habían pedido en la barra del bar algún plato rápido y lo acompañaban con cerveza. El doctor Velarde disfrutaba en soledad de una lasaña vegetal, observó Mercedes.

—Al final somos los únicos del grupo, junto con el médico, que la ha liado buena al tropezar con la camarera —quebró el silencio Parrado.

—¿Y su hijo Edgar? —inquirió Zorita—. Nos habían dicho que se había adelantado unos días para ultimar los detalles de la presentación.

Mercedes apuró el gin tonic. El hielo bailoteó dentro del cristal. Antes de responder, miró la venda que cubría el corte que se había producido en el barco.

—Edgar se encuentra en Londres, negociando algunas entrevistas para Hernán —informó—. Mañana por la mañana estará en Torquay.

—¿Y el autor? ¿Dónde se ha metido?

—No lo sé —reconoció Mercedes—. Pero me lo imagino —sonrió, pícaro—. No veo por aquí a su colega, la señorita Blanco.

Los dos periodistas rieron de buena gana. Aquella mujer no merecía que su marido la engañara, juzgó Zorita. Parrado no llegó a esa conclusión, pero sí que se le pasó por la cabeza la idea de no dormir solo aquella noche y se preguntó si un par de copas más confundirían lo suficiente a Mercedes para que llegara a la misma conclusión que él. De manera que sin pérdida de tiempo anunció su propósito de pedir otra pinta y, mirando a Mercedes con más calidez de la debida, la invitó a otro gin tonic. Ella aceptó.

Gerardo Zorita bufó. Tenía calor; llevaba el cinturón demasiado ajustado o tal vez debiera reconocer de una vez por todas que lo que había crecido sin medida era su barriga. Fuera por lo uno o por lo otro, necesitaba aire fresco, y además le había parecido captar algo en las miradas que se acababan de cruzar aquellos dos. Se preguntó si Parrado tendría cojones para tirarse a la mujer de Santos aquella noche mientras el editor debía de estar beneficiándose a su secretaria. Las escenas que se le vinieron a la cabeza a continuación le urgieron aún más a salir a tomar el aire.

—Nos vemos más tarde —se excusó cuando su colega regresó a la mesa con las bebidas.

Parrado no hizo el menor intento por retenerle y, cuando vio que Mercedes tampoco mostró mayor interés por que el joven periodista se quedara, volvió a detener la mirada durante más tiempo del dictado por la urbanidad en los ojos de ella y, a continuación, en su escote. «La vida te da sorpresas, sorpresas te da la vida», canturreó para sí mientras Mercedes daba un buen trago a su copa.

El Imperial Hotel se alzaba sobre un acantilado que dominaba la bahía de Torquay, engalanada a aquellas horas con luces de colores. La noria que se erguía en Princess Gardens, a lo lejos, giraba regalando alegría. Gerardo Zorita tomó asiento en uno de los bancos que salpicaban los jardines del hotel y aspiró con ganas el aire con gusto a salitre. Con gesto despreocupado, encendió un cigarrillo y contempló sin demasiado interés la piscina del hotel. La noche era magnífica y hasta él llegaba el murmullo del bar del hotel amortiguado por la densa vegetación. Una gigantesca luna se reflejaba sobre el mar, tranquilo y oscuro.

—De modo que la tía esa, la Christie, nació aquí —masculló, saboreando la nicotina.

Lo cierto era que Zorita no sabía demasiado de la vida de la novelista. O, por ser más explícito, no tenía ni idea más allá de lo que todo el mundo conocía: que había escrito como una mula a lo largo de su vida, que con ochenta años aún entregaba manuscritos a sus editores, que *La ratonera*, una de sus obras de teatro, seguía representándose ininterrumpidamente en Londres desde hacía más de cincuenta años y que había nacido allí, en aquella coqueta ciudad de Devon adonde iban los jubilados ingleses a pasar sus últimos días.

—Un puñetero Benidorm, pero con más estilo —filosofó.

Pero en realidad Torquay era más bonito que Benidorm. Por lo que había podido ver desde el autocar, había casas preciosas, seguramente de indios que se forraron con negocios más o menos turbios en las colonias británicas y luego regresaron a casa con una abultada billetera.

Sí, era más bonito que Benidorm. Pero a Zorita le traía sin cuidado eso. Lo que le había llevado a aceptar la invitación de la editorial tenía que ver no solo con la posibilidad de vivir unos días a cuerpo de rey, sino averiguar adónde iba a conducir aquella apuesta de Octubre Ediciones, porque, de igual modo que Gerardo no conocía los pormenores de la vida de Agatha Christie, no había, en cambio, secreto de esa editorial que él no conociera. Y el más interesante no era precisamente que Santos se follara a su secretaria o que Gala Robles tuviera celos del modo en que Mercedes Sádaba había cuidado a Hernán en comparación a la escasa promoción que había recibido su última novela. Lo mejor de todo era que, desde que el primer Santos Alsina creó aquella empresa, la editorial nunca había estado en una situación económica tan delicada. Gerardo tenía noticia de que la familia de Mercedes había puesto mucho dinero para sostener el negocio años atrás y suponía que quien tenía ahora la sartén por el mango no era Santos, sino su mujer. Y luego estaba lo del hijo, Edgar, que era el verdadero patrón de aquel barco, pero al que sus padres no acababan de entregar el timón por completo. Zorita había oído que la mujer de Edgar, Sandra Abarca, exigía a su marido un día sí y otro también que obligara a sus padres a entregarle todo el poder.

—La cosa va a estar interesante —se dijo—. Como el libro de Hernán resulte un fiasco, lo mismo tenemos un crimen de verdad.

El periodista apuró el cigarro, exhaló el humo y tiró la colilla al césped. Después la pisó con fuerza y se dispuso a subir a su habitación, resignado a pasar la noche solo, cuando de pronto se llevó una sorpresa.

—¿Qué haces por aquí?

Irma estaba arrebatadora con aquel pantalón vaquero ajustado y un suéter liviano que marcaba todo a lo que Zorita habría querido echar mano sin más prolegómenos. Le extrañó que la guapa secretaria estuviera sola y se preguntó dónde diablos se hallaría Santos. Hasta ese instante, había estado seguro de que el editor y la rubia se encontraban retozando juntos en alguna habitación.

—Ya ves, fumando un cigarrillo. ¿Y tú? —preguntó Zorita a su vez.

—Aburrida —respondió Irma con desgana—. Y cansada.

El periodista se imaginó durante un instante cómo debía de estar Santos si aquella moza estaba agotada, pero espantó la idea de su cabeza.

—No se te ha visto el pelo desde que llegamos —comentó en tono neutro.

La rubia dejó que su mirada se perdiera en el mar.

—Supongo que tú también me imaginabas con Santos, ¿no? —Se volvió hacia Zorita y antes de que él pudiera buscar alguna disculpa añadió—: Pues ya ves que te equivocas. Así que ya tienes algo de lo que cotillear con los demás.

—Pues Santos tampoco está con su mujer —se atrevió a informar Zorita.

Irma no pareció afectada por la noticia. Volvió la vista al mar y permaneció en silencio. Gerardo Zorita entendió el mensaje y se alejó sin hacer ruido. Miró su reloj. Era más de medianoche. Solo faltaba, pensó, que el editor descubriera a su mujer en la cama con Parrado. Esa sí que sería una noticia para cinco columnas y con foto.

—¿Y por qué este hotel? ¿Por qué hacer la presentación del libro de Hernán aquí? —preguntó Parrado. Turbado, advirtió que cada vez hablaba con más dificultad. Contra todo pronóstico, resultaba que Mercedes lo superaba con creces a la hora de empinar el codo. Si no le fallaban las cuentas, ella apuraba su quinto gin tonic sin parpadear.

—Ya se ve que no sabes nada de Agatha. —Mercedes sonrió. Parecía haberse olvidado de su marido y su secretaria—. Agatha asistió a muchas fiestas y bailes aquí. ¿No has visto la fotografía de ella que hay en el vestíbulo?

—La verdad es que no me he fijado —confesó el periodista.

—Pues luego te la enseño. Hay varios edificios de Torquay que forman parte de lo que aquí llaman la Milla de Agatha. Es un recorrido cultural por lugares que tuvieron gran importancia para ella, y este hotel es el final de ese recorrido, o el principio, depende

de la dirección que uno tome. Verás que hay una fotografía de ella en blanco y negro. Es un retrato de Agatha ya madura. Para ella este hotel era especial, y por eso aparece en alguna de sus novelas.

Pedro Pablo Parrado se sentía más borracho de lo que había calculado. Desde hacía varios minutos estaba intentando buscar el modo de llevarse a la cama a aquella mujer madura, como la Agatha del retrato de marras, pero no sabía cómo enfocar el asunto.

—Pues vamos a ver ese retrato —propuso, con la esperanza de que al llegar al vestíbulo, con los ascensores a su alcance, acertara a escoger las palabras adecuadas para sus propósitos.

—Agatha le cambió el nombre por el de Majestic Hotel y fue uno de los escenarios de *Peligro inminente*, *Un cadáver en la biblioteca* y *Un crimen dormido* —recitó Mercedes mientras caminaban por el amplio pasillo alfombrado que unía el bar con el vestíbulo; a su espalda dejaron el salón Gold; a su derecha, el salón Royal.

La luz blanca que derramaban las lámparas colgadas del techo hería los ojos de Parrado, que se sentía cada vez más indispuerto. Debió hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no ceder a la tentación de dejarse caer en uno de los butacones que decoraban aquel pasillo, que de pronto se le antojó interminable. Colgada de su brazo derecho, Mercedes seguía, invencible, echándose al colete el final de su gin tonic y parlotando despreocupadamente.

—Y aquí al lado —informó cuando llegaron al vestíbulo al tiempo que apuntaba con el dedo índice a un lugar impreciso más allá de la puerta de entrada al hotel— está Beacon Cove, donde las señoritas se podían bañar en tiempos de Agatha. A ella le apasionaba nadar, y entonces las mujeres se veían obligadas a hacerlo ahí, en una pequeña cala pedregosa donde había unas casetas de madera, del estilo de las que quizá haya visto usted en la playa que hay junto a Torbay Road cuando vinimos en el autocar. Ya sabe, esas casetitas pintadas con rayas verticales de colores.

Parrado no dijo nada porque no podía. Ni recordaba las malditas casetas ni los colores ni sabía qué coño estaba haciendo él allí mirando como un idiota el retrato en blanco y negro de Agatha Christie que había en el vestíbulo, cuyo suelo de mármol blanco estaba adornado por dos gigantescos dibujos que representaban la rosa de los vientos o algo parecido. Y mientras Mercedes seguía a lo suyo, rememorando los baños de las mujeres de comienzos del siglo XX, el periodista descubrió, estupefacto, que los dibujos del suelo giraban ante sus ojos a una velocidad endiablada. ¿Cómo era que Mercedes no lo veía?, se preguntó.

—Las mujeres debían cambiarse de ropa en esas casetas y luego el encargado las arrastraba hasta la orilla —prosiguió Mercedes ajena al fenómeno paranormal que Parrado creía haber descubierto—. Una vez dentro del agua, ellas entraban directamente en el mar ataviadas con bañadores horribles, llenos de flecos y pliegues que les llegaban por debajo de las rodillas. Y cuando acababa el baño, de nuevo a la caseta. El encargado la hacía rodar hasta la arena y ellas se cambiaban mientras tanto. Las rosas de los vientos habían alcanzado una velocidad asombrosa, girando sobre su propio eje. Pero eso no era todo. Parrado acababa de percatarse de que la gente que entraba y salía del hotel se movía a una velocidad impropia de un ser humano. Decididamente, estaba ocurriendo algo insólito y él estaba allí, sin poder hacer ni una puta foto de aquel fenómeno. Y mientras, inexplicablemente, Mercedes seguía parlotando sin desmayo.

—Una vez, Agatha estuvo a punto de ahogarse mientras se bañaba en compañía de su sobrino Jack, el hijo de su hermana Madge. —Por vez primera, Mercedes reparó en la expresión del periodista—. ¿Se encuentra usted bien? Tiene mala cara.

Parrado se esforzó por apartar la vista de las rosas de los vientos representadas en el suelo del hotel y la enfocó en Mercedes. Durante unos segundos no tuvo la menor idea de quién era aquella mujer de pelo revuelto, grandes ojos agrandados hábilmente mediante pintura y maquillaje y pechos generosos. Mientras duraron aquellos instantes de duda, optó por decir que estaba bien, que gracias.

—Pues eso, que casi muere ahogada —concluyó Mercedes—. Y se salvó gracias a un marinero que se dio cuenta de la apurada situación que estaban viviendo la tía y el sobrino. —Parrado tuvo arrestos suficientes para sonreír, como si aquella historia le

importara—. Y esa calle que baja hacia el centro de la ciudad —Mercedes apuntó de nuevo con su enojado dedo índice más allá de la puerta acristalada del hotel— es Beacon Hill. Mañana pasaremos por ahí y le mostraré el Club Náutico de Torquay, que está a doscientos metros de este hotel y justo encima de la cala donde se bañaban las mujeres. En ese club se pasaba buena parte del tiempo el padre de Agatha. Según parece, muchos caballeros acostumbraban a espiar con gemelos a las mujeres mientras ellas disfrutaban del agua del mar. —Sonrió, pícara—. Los hombres sois todos iguales en cualquier época de la historia.

Parrado interpretó aquella sonrisa traviesa como una invitación a dar un paso al frente y recordó de pronto qué hacía él allí exactamente. Durante ese breve lapso de lucidez, las rosas de los vientos se detuvieron y los huéspedes del hotel volvieron a caminar a la velocidad que se le supone a un ser humano convencional. El periodista se aclaró la voz y rebuscó entre su repertorio las frases precisas para proponer a Mercedes una última copa en su habitación —que él, desde luego, no tomaría si quería hacer algo más que roncar junto a la dama—. Finalmente, abrió la boca y...

—¡Hernán! ¿Dónde te habías metido? —dijo Mercedes.

La mujer corrió hasta el escritor, que acababa de entrar por la puerta del hotel. Parrado comprendió que había perdido su oportunidad y advirtió con desagrado, e incluso con terror, que el suelo comenzaba a moverse muy deprisa, que Hernán caminaba a la velocidad de un superhéroe de Marvel y que su estómago reclamaba toda su atención. Mientras corría hacia el baño, situado a su derecha, escuchó decir al escritor que había ido a dar un paseo por la ciudad.

Era casi la una de la madrugada.

V

Agatha se puso de acuerdo con Yurena para visitar a su madre la tarde siguiente y, cuando la doncella se marchó, se adueñó de ella una excitación que le impidió trabajar en la novela. Se levantó y comenzó a caminar de un lado a otro por la habitación. Por un instante, le vino a la mente Holmes, a quien imaginaba caminando con la barbilla hundida sobre el pecho y las manos a la espalda de una punta a otra de su salón de Baker Street cuando reflexionaba sobre algún problema. Aquel devaneo con Sherlock apenas duró unos momentos, pero le incomodó serle infiel a su pequeño y egocéntrico belga, de modo que fantaseó con estar en sus brillantes zapatos de charol y usar las células grises como él pudiera haberlo hecho. Mentalmente, reconstruyó la escena que habían visto en la playa: los lugareños arremolinados alrededor del cadáver de la señorita Granger, la señora Helier arrodillada junto a ella luciendo aquel traje de baño negro y el gorro verde, el doctor practicando ejercicios de reanimación a la ahogada, la mujer de la larga coleta que resultaba ser la madre de Yurena lanzando aquella mirada de reproche que no supo interpretar... Y ¿qué más? Estaba segura de que había algo más que se le escapaba. Pero por más que exprimió sus células grises no alcanzó a recordar nada nuevo, salvo la mirada ansiosa que la señora Helier lanzó al doctor cuando llevó al interior de la casa de pescadores a su señorita de compañía. Parecía realmente angustiada.

Resultaba frustrante ser capaz de idear tramas para novelas policiacas y ser incapaz en cambio de resolver por sí misma lo que tal vez pudiera ser un verdadero asesinato, si es que la madre de la joven canaria estaba en lo cierto.

Tras caminar arriba y abajo por la habitación sin que el ejercicio hubiera favorecido en modo alguno su capacidad deductiva, se sentó de nuevo en el escritorio para explorar una nueva técnica detectivesca. Tal vez, aventuró, si ponía sus ideas por escrito, aparecería la solución al problema que tanto buscaba. Y, sin demora, abrió el cuaderno de tapas negras donde había exorcizado los fantasmas de su ruptura con Archie y comenzó a escribir impresiones, detalles, ideas que se le ocurrían sobre la marcha acerca de aquel extraño caso. Pero al cabo de media hora fue a parar a la misma pregunta una y otra vez: ¿por qué iba a asesinar la señora Helier a su dama de compañía?

Sus momentos de paz se esfumaron con la llegada de Rosalind y de Charlotte. La niña, excitada, se arrojó en brazos de su madre y comenzó a relatar pormenorizadamente los lances del partido de tenis que ambas habían disputado, dejando claro desde el primer momento que ella había sido la ganadora. Carlo cruzó con Agatha una sonrisa cómplice y a la novelista no le resultó difícil imaginar que su fiel secretaria y amiga se las había ingeniado para dejarse ganar sin que Rosalind lo advirtiera.

Agatha pasó la tarde leyendo, hasta donde era posible hacerlo con su hija apremiándole para que salieran a pasear, y pensando en la entrevista que al día siguiente mantendría con la madre de Yurena. De pronto cayó en la cuenta de que no había preguntado a la muchacha cuál era el nombre de su madre y se recriminó su torpeza. Ni siquiera sabía si tenía padre o más hermanos. Ciertamente, se dijo, era una pésima detective.

—Mamá, ¿prometes que me dejarás opinar sobre el colegio que elijas cuando regresemos a Inglaterra?

La pregunta de Rosalind arrancó a Agatha de sus pensamientos y la arrastró a la realidad. Un día debería regresar a casa y enfrentarse con la que habría de ser su nueva vida sin Archie. Se vería obligada a diseñar su futuro, buscar un lugar donde vivir y hacer frente a los problemas cotidianos a los que todo el mundo se enfrenta, en lugar de andar perdiendo el tiempo con supuestos crímenes en los que estaban involucradas personas a las que ni siquiera conocía.

—Te lo prometo —respondió.

—¿Por qué a la abuela no le gustaban los colegios?

—Tu abuela era muy especial —contestó, evasiva.

Realmente, ni ella misma sabía los motivos por los cuales su madre diseñó para ella un modelo educativo tan liberal, por calificarlo de algún modo. A los nueve años, cuando todas las niñas tenían una institutriz, Agatha carecía de ella. Su madre, por alguna razón que jamás le preguntó, creía que los niños no debían aprender a leer hasta que tuvieran ocho años, aunque ella no había seguido sus recomendaciones y aprendió a leer casi por su cuenta. Su madre envió a Madge, la hermana mayor de Agatha, a un internado, pero luego cambió de idea y llegó al convencimiento de que el mejor modo de educar a las niñas era no amarrarlas a ningún horario lectivo concreto, procurar que hicieran ejercicio, que comieran bien y que no forzaran su mente. Naturalmente, esas prescripciones no valían para los niños.

En la parte superior de Ashfield había una habitación con muchos libros y Agatha se entregaba a la lectura de *Alicia en el País de las Maravillas* y *A través del espejo* o de leyendas victorianas de corte sentimental como *Nuestra blanca Violeta* y otras muchas novelas que no entendía, pero que no por eso dejaba de leer.

Su padre le impartió lecciones de aritmética y matemáticas. Los problemas que le planteaba la fascinaban, y es posible que de ahí naciera su manía de construir las tramas que debía resolver el hombrecillo belga.

—Pues yo estoy deseando ir a un colegio maravilloso —confesó Rosalind. Su rostro se iluminó ante aquella perspectiva, pero de pronto la fantasía debió de borrarse de su mente y regresó a la habitación del hotel—: ¿Cuándo salimos a pasear? Me aburro.

A Agatha le resultaba increíble la escasa imaginación de su hija.

—¿No se te ocurre nada con lo que entretenerte? Hay mil cosas que se pueden hacer.

—¿Como cuáles? —objetó la niña con el ceño fruncido.

Agatha dudó durante unos instantes, hasta que se le ocurrió una magnífica respuesta.

—Si tanto te gusta imaginarte en un colegio, podías hacerte uno aquí mismo —le propuso.

La niña la miró desconcertada. Durante unos segundos, ponderó aquella propuesta y midió a su madre con la mirada, como si dudara de su buen juicio o pensara que aquella mujer que le hablaba no era realmente su madre.

—Cuando yo era pequeña, me inventaba amigos imaginarios —explicó la escritora—. En nuestra calle no había amigas de mi edad, de modo que a los primeros que tuve cuando era más pequeña les siguieron otros con los que ideé mi propia escuela. —Entornó los ojos e hizo memoria—. Las primeras amigas que llegaron a mi escuela se llamaban Ethel Smith y Anita Gray. —Rosalind rio al escuchar aquellos nombres—. La primera tenía once años y la segunda, nueve —precisó Agatha—. Ethel era morena, de apariencia un poco masculina, con la voz grave. En cambio, Anita era tímida, llorona, de ojos azules.

—Prefiero a Ethel —confesó Rosalind. Aquella historia parecía haber captado su atención—. Apuesto a que era más valiente que Anita.

—Ya lo creo que lo era —coincidió Agatha—. Pero ellas dos y yo éramos muy pocas para la escuela, de modo que no tardaron en llegar Isabel Sullivan, una niña rica, de once años, con el pelo dorado y muy guapa; y Elsie, que parecía irlandesa y lucía un pelo negro rizado y ojos muy azules.

Rosalind dudó durante un instante. Finalmente, opinó:

—No estoy muy segura de que me guste Isabel.

Agatha sonrió, porque en eso también coincidían.

—A mí tampoco me gustaba —le dijo, cómplice—. Se daba aires de grandeza, con sus vestidos demasiado llamativos y caros.

—Lo supuse —dijo Rosalind con una mueca irónica en el rostro.

—En cambio, Elsie, que era pobre, se llevaba bastante bien con Isabel. Tal vez porque le dejaba sus vestidos viejos.

—¿Y estabas con ellas cuatro siempre en la escuela?

—Desde luego que no —aclaró—. A veces nos íbamos en tren o montábamos a caballo, o incluso jugábamos al *croquet* en el jardín.

—¡Vaya! —se asombró Rosalind—. ¿Y siempre estuviste con las cuatro?

—Naturalmente que no —reveló—. Unos meses después, llegaron a la escuela niñas más pequeñas. Si no recuerdo mal, Ella White y Sue de Verte tenían seis años. Ella era muy buena jugadora de *croquet*, además de una niña muy minuciosa y trabajadora. Sue, en cambio, me parecía distante. Me costaba sentirla junto a mí, y además era pálida y rubia, como descolorida.

—Como un fantasma —opinó Rosalind.

Agatha consideró aquella idea con calma y no le pareció desacertada.

—Más tarde aparecieron Adelaida, que era la mayor de todas, Beatriz, la más pequeña, Rosa e Iris Reed —recordó—. Adelaida era muy orgullosa. Beatriz, en cambio, era como un hada y una bailarina asombrosa. Rosa era una pícara y andaba siempre revoloteando entre los chicos. Por su parte, Iris tenía un novio muy romántico que le escribía poesías y la llamaba «lirio de los pantanos».

—¡Buah! —exclamó la niña—. ¡Qué ridículo!

—Era un noviazgo muy romántico —objetó Agatha.

—¿Y las has vuelto a ver?

—De vez en cuando —le siguió el juego—. Todas están casadas, salvo Ethel, que vive en una casita en el campo junto a Anita.

—A lo mejor me invento algunas amigas —anunció Rosalind, para satisfacción de su madre—. Pero a las mías les gustarán los misterios, los castillos con fantasmas y resolver asesinatos.

Al escuchar sus planes, Agatha suspiró. Esperaba que su hija no se hubiera contagiado de sus propios gustos personales. Muchas veces se había preguntado si los seres humanos necesitan administrarse, o que les administren, ciertas dosis de terror en sus vidas para combatir la enfermedad que supone una existencia demasiado segura. En alguno de sus cuadernos personales había llegado a preguntarse si a los niños les gustaría el cuento de Caperucita si no apareciese en él el lobo.

El primer relato que escribió, siendo niña, era un melodrama en el que había una dama mala, llamada Agatha, y una dama noble y buena, llamada Madge. La sanguinaria Agatha conspiraba para apoderarse del castillo de la bondadosa Madge. Cuando se lo enseñó a su hermana, Madge sugirió que lo representaran en un teatrillo, con la condición de que ella interpretaría a la malvada, adjudicándole a Agatha el papel de la dama buena. La decisión de su hermana le pareció sorprendente, y más aún cuando explicó que resultaba mucho más divertido hacer de mala que de buena. Aquello le dio a la pequeña Agatha mucho en que pensar.

Los cuentos de terror le apasionaban desde entonces. Y Madge, que lo sabía, disfrutaba jugando con ella a uno que llamaban el de «la hermana mayor». Las reglas eran simples, y terribles. Se suponía que en la familia había una hermana mayor que estaba completamente loca y vivía en una cueva en Corbin's Head, pero a veces venía a casa. Tenía la misma apariencia que Madge, pero su voz era terrible, y, cuando su hermana simulaba aquella voz, Agatha se moría de miedo. Pero al mismo tiempo deseaba que regresara para experimentar de nuevo aquel terror.

Al recordar aquella historia, algo se removió en su interior. De pronto, regresó a su mente la escena de la playa, las dos bañistas, la mirada angustiada de la señorita Helier al doctor, el rostro de la madre de Yurena y el cuerpo sin vida de la señorita de compañía en los brazos de su amigo Elliot Lloyd. Dos mujeres. Dos historias diferentes. Levantó la mirada del cuaderno y se volvió hacia Charlotte.

—¿Por qué crees tú que una señora podría asesinar a su señorita de compañía?

6

Era todo un lujo paladear el café mientras se disfrutaba de una hermosa vista de la bahía de Torquay. A lo lejos, las olas morían serenamente en la playa y los acantilados rojos daban sombra a esa hora a las casetas de madera que los bañistas utilizaban para cambiarse de ropa, como en los años en los que, cuando era una joven, Agatha nadaba en aquellos mismos escenarios.

Cuando María Blanco entró en el salón del hotel donde se servían los desayunos, apenas quedaban mesas libres. Tras pasear su mirada verde por todas ellas, localizó una en la que nadie parecía haber reparado. Decidida, bajó los escalones que dividían el local entre la zona donde se encontraba el bufé y las mesas y se apresuró a tomar asiento. Una vez acomodada, contempló el mar y admiró la luz del sol que se derramaba sobre él. No advirtió la llegada de la camarera hasta que la joven, pálida y delgada, le preguntó si deseaba café o té. No tuvo que pensarlo. Siempre tomaba café con leche. La camarera esbozó una sonrisa antes de retirarse, solícita.

María tenía treinta y siete años y era soltera, pero intensamente sexual. La biografía que había escrito a golpe de sudor sobre las sábanas era extensa, repleta de amantes más o menos hábiles, y hasta ahora el último renglón de la misma lo ocupaba Hernán, que sonrió a la periodista desde la mesa en la que compartía desayuno con sus editores. Un poco más alejados, María descubrió a sus colegas, sentados junto a Irma Cañadas. En aquel momento, la secretaria de Santos se llevaba su taza de café a los labios con gesto sombrío. A María le pareció que Irma había envejecido bastante en una sola noche. En cambio ella... Ella estaba visiblemente contenta, y satisfecha. Y no tenía la menor duda de que Hernán también lo estaría. Y eso que la tarde anterior había empezado realmente mal para ella.

Desde que llegaron al hotel había tratado de encontrarse con Hernán sin el menor éxito. Por más que lo buscó, no hubo modo de tropezarse con él. De hecho, se metió en la cama malhumorada y desconcertada a la vez. No estaba acostumbrada a que los hombres no acudieran a su encuentro cada vez que ella chasqueaba los dedos o derramaba una de aquellas sonrisas suyas tan encantadoras.

Inesperadamente, el mundo de María recuperó su eje natural a la una y media de la madrugada, cuando Hernán llamó a su puerta. Afortunadamente para ambos, su irritación le había impedido conciliar el sueño. Al verlo, se preguntó dónde diablos se había podido meter aquel Casanova sesentón durante toda la tarde, pero las preguntas que iban a brotar de sus labios fueron silenciadas por la boca del escritor, que se lanzó sobre ella con un hambre feroz. María recordó con deleite el resto de la noche mientras removía el café con leche con una cucharilla.

Hernán se levantó de la mesa y se dirigió hacia la zona del bufé. Al percibirse de ello, María lo imitó. Si todo salía según lo previsto, si él cumplía sus promesas, ella conocería en exclusiva detalles de la investigación que su amante había llevado a cabo para escribir su libro sobre Agatha. El escritor se había comprometido a poner en sus manos documentos inéditos que ni siquiera aparecerían en los anexos documentales de su obra, y con ellos María podría dar forma a un artículo que sería toda una exclusiva. Y por un artículo así no era la primera vez que ella abría de par en par las puertas de su intimidad, de manera que no iba a permitir que nadie se lo estropeará.

Hernán se estaba sirviendo beicon y champiñones cuando sintió la cadera de María junto a su cuerpo. La cimbreante morena le sonrió. Él se sintió joven de nuevo.

Mercedes miró a su marido por encima de la taza de té. Santos parecía estar totalmente concentrado en la tarea de untar su tostada con mermelada y ella se moría de ganas de preguntarle dónde había estado la tarde anterior. Poco después de instalarse en el hotel, ella se había dejado caer sobre la cama totalmente agotada,

quedándose dormida minutos más tarde. Cuando despertó, Santos no estaba, y no volvió a verlo hasta que regresó a la habitación después de la una de la madrugada. Para entonces, ella se había tomado un puñado de gin tonics en compañía de Pedro Pablo Parrado. Mercedes miró de reojo la mesa donde desayunaba el periodista junto a Irma y Zorita. Durante un instante, las miradas de las dos mujeres se encontraron. Ambas se dijeron mil cosas en silencio. Cuando la secretaria desvió la mirada, Mercedes fingió haberse hecho daño en la herida de su mano, aún vendada. Santos reaccionó como ella esperaba.

—¿Qué sucede, cariño? ¿Te duele? —se interesó, angustiado.

—Estoy bien —dijo Mercedes con gesto resignado—. No es nada.

—Aún no me puedo creer que Irma te hiciera eso —confesó Santos, desolado—. Le he pedido explicaciones y ella lo niega.

—Pues le puedes preguntar a Gala, que ella lo vio todo —propuso Mercedes.

Santos gruñó y se concentró de nuevo en untar meticulosamente su tostada con mermelada. Mercedes saboreó su triunfo y reflexionó sobre los caprichos del destino. La noche anterior había tenido la sensación de que Parrado buscaba algo más que pasar el rato en su compañía, y tal vez si el periodista hubiera tolerado mejor la cerveza habrían acabado en la misma cama, pero no fue así. Parrado remató abruptamente su encuentro visitando de manera apresurada el servicio de caballeros situado en el vestíbulo del hotel precisamente en el momento en el que Hernán hizo su aparición. Cuando Mercedes le preguntó de dónde venía a aquellas horas, el escritor se limitó a responder que regresaba de un largo paseo por Torquay. A Mercedes le sorprendió que no lo acompañara María, la bonita periodista a la que Hernán parecía dedicar toda su atención desde que subieron al barco en Bilbao.

Con Parrado fuera de combate y con su marido desaparecido, presumiblemente entre los muslos de Irma, Mercedes no estaba de humor para otra cosa que no fuera meterse en la cama y aguardar a que la noche pasara lo más deprisa posible. Cuando todo aquello acabara, cuando el libro de Hernán echara a volar por su cuenta, llegaría el momento de arreglar las cosas con Santos, y no solo pensaba en el matrimonio, sino también en las cuentas de la editorial, donde ella tenía un diez por ciento más que decir que él. En el momento en que entró en la habitación ya había tomado la decisión de mandar a tomar por culo al tercer Alsina de la saga llamado Santos y comprarle el resto del negocio. Pero justo en ese instante la vida tomó un giro inesperado. Resultó que Santos no estaba follándose a su secretaria, sino que dormía como un lechoncillo en la cama, y Mercedes se acurrucó junto a él. Para su sorpresa, una parte de Santos que hacía tiempo que había dado por muerta reaccionó favorablemente.

Había sido todo tan hermoso que ni siquiera en aquel momento, mientras le veía untar su tostada con mermelada de fresa, se atrevió a romper el encanto preguntándole dónde había pasado la tarde anterior.

—¡Bienvenidos a Greenway House! —dijo Hernán con gesto teatral. Resultaba indudable que disfrutaba sintiéndose el centro de atención. Para la ocasión lucía un impecable traje gris y se las había ingeniado para redondear su atuendo con un sombrero que en otro tiempo bien pudiera haber pertenecido al mismísimo capitán Hastings—. Esta es una de las tres casas que fueron claves en la vida de Agatha.

El grupo admiró estupefacto la imponente construcción georgiana rodeada por una inmensa finca desde la cual se disfrutaba de una maravillosa panorámica del río Dart en sus últimos tramos de vida, antes de desembocar en el mar.

—¿Han leído *El templo de Nasse House*? —preguntó el escritor de espaldas a la fachada de la mansión—. Es una de las novelas de Agatha —aclaró—, y creo que además nuestra querida Mercedes tiene alguna sorpresa preparada precisamente en base a esa obra para la presentación de mi libro. —Todos se volvieron hacia la esposa de Santos, que se limitó a esbozar una sonrisa y a asentir—. Pues bien, los escenarios principales de esa obra se encuentran aquí, en esta finca y en su entorno. —Hernán abarcó con la mirada la casa y los magníficos jardines—. El albergue juvenil que se menciona en ella estaba cerca de aquí, y allá —apuntó hacia el río— se encuentra la llamada casa del embarcadero, escenario de la muerte de Marlene Tucker, uno de los

personajes de esa novela. —Hizo una pausa para que su auditorio se situara antes de añadir—: No me digan que no resulta fácil imaginar a Poirot saliendo ahora mismo por esa puerta.

—¿De qué cojones habla este? —murmuró Zorita al oído de Pedro Pablo Parrado—. Fíjate cómo le mira María, embobada. ¿Qué puede ver en ese tío?

—Pregúntaselo a ella y me cuentas qué dice —propuso Parrado, avieso.

—No soporto a este tío, te lo aseguro —refunfuñó Zorita—. No solo se cree irresistible para las mujeres, sino que además debe de estar en la cuenta de que es un genio por escribir un par de novelas de cierto éxito.

—¡Cierto éxito! —Parrado arqueó la ceja izquierda y su rostro, mal afeitado y ajado, adquirió una expresión casi cómica—. Valdés tampoco es santo de mi devoción, pero decir que ha tenido cierto éxito es no querer ver la realidad. Ha vendido muchísimo, y no solo con un par de novelas.

Ajeno a la disputa que se traían entre manos los dos periodistas, Hernán hizo un gesto al grupo para que lo siguiera, mientras aseguraba que Agatha consideraba aquel lugar como el más maravilloso del mundo.

La comitiva, encabezada por el escritor, estaba integrada por los periodistas invitados por Octubre Ediciones, cuya representación ostentaba en aquella visita Mercedes. A ellos se habían unido Luis Gonzalvo, que se mantenía distante y lúgubre como de costumbre, y el matrimonio formado por Paco Sainz de Villena y su esposa. La cordada la cerraba una cabizbaja y extrañamente apagada Irma Cañadas.

La secretaria aún seguía dándole vueltas a lo ocurrido el día anterior. Le parecía increíble que Santos hubiera dado por buena la versión de su mujer sobre la maldita herida que tenía en la mano. Naturalmente, no era ajena a la malicia que anidaba en el corazón de Mercedes ni tampoco le faltaban luces para diagnosticar lo manipulable que podía ser Santos. De hecho, ella no había hecho otra cosa que eso en los últimos meses, aunque en su descargo podía argumentar que no fue ella quien dio el primer paso. Fue Santos quien perdió los papeles una tarde en su despacho. Irma no recordaba haber hecho nada que pudiera calificarse como insinuación, reclamo o invitación al manoseo pormenorizado de sus pechos, asalto a sus labios y exploración táctil de todo lo demás. Pero eso fue lo que ocurrió, aunque nadie la creería si tuviera que declarar en alguna parte. Fue Santos quien se precipitó al vacío, y ella, eso era cierto, no lo dejó caer, sino que le tendió una mano.

Después de aquella tarde vinieron otras y ella comenzó a sacarle partido al caso. En una negociación fuera de todo convenio, su sueldo engordó, sus responsabilidades profesionales crecieron hasta hacerse fuerte en el terreno de las relaciones con la prensa y lentamente accionó el mecanismo para que Santos mandara a freír espárragos a la manirrota de su mujer. «Y a reina muerta, reina puesta», planeó Irma.

Pero el plan falló. Cada vez que le sacaba el tema, Santos reculaba, se replegaba y encogía todo su vigor. Le decía que no podía romper su matrimonio sin llevarse por delante la editorial, porque se daba la circunstancia aritmética de que era Mercedes la que controlaba el cotarro después de que, unos años atrás, su familia hubiera puesto un parche de muchos millones para tapar la herida financiera por donde se le iba la vida a la empresa. Y desde entonces ya no montaban tanto Mercedes como Santos.

Y, encima, la astuta de Mercedes había sacado partido de su disputa con ella en el barco. Y él, ingenuo, se había tragado la historia de que Irma no había dudado en agredirla. La prueba era aquella puñetera herida.

La tarde anterior Irma había negado con vehemencia haber provocado aquel accidente. Admitió la discusión y añadió que no se arrepentía de ninguna de sus palabras, pero juró que ella no había herido a Mercedes. Y hasta lloriqueó un poco para forzarlo a creerla. Pero, para su desolación, Santos no lo hizo. El balance posterior arrojó el resultado de una tarde y una noche en soledad, salvo su fugaz encuentro en el jardín con Gerardo Zorita.

Parrado, que no quitaba ojo a Mercedes imaginando lo diferente que podía haber sido la última noche si él hubiera soportado mejor la bebida, sorprendió a la dueña de la editorial mirando de reojo a la secretaria y creyó advertir un brillo burlón en sus ojos. El

periodista se preguntó qué habría ocurrido entre Santos, Irma y Mercedes el día anterior. Zorita le había referido su encuentro con la secretaria en los jardines del hotel y aseguró que parecía bastante triste.

Ni el doctor Velarde ni Santos habían acompañado al grupo. El médico jubilado no se presentó a la hora convenida para la salida de la expedición, mientras que Santos se despidió de todos ellos muy sonriente anunciando que aguardaba la inminente llegada de su hijo, Edgar, y de la esposa de este, Sandra. Edgar llegaría de Londres a lo largo de la mañana, tras haberse asegurado la presencia de varios medios de comunicación británicos importantes al día siguiente, coincidiendo con la presentación formal del libro. —Como les decía, hay tres casas clave en la vida de Agatha —repitió Hernán. Se detuvo a unos metros de la puerta de entrada a la mansión mientras los demás formaban un semicírculo a su alrededor—. La primera fue Ashfield, la casa donde nació, en Torquay, y que hoy ya no existe. Agatha escribió en su autobiografía que se trataba de una casona bastante ordinaria, pero contaba con un huerto donde, ya de niña, se aficionó a comer manzanas, que, por si no lo saben, fueron una de sus grandes pasiones.

—Lo mismo que le sucedía a Ariadne Oliver —murmuró Luis Gonzalvo.

—¿Cómo dices, Luis? —preguntó Hernán.

—Que hizo que su personaje Ariadne Oliver tuviera la misma pasión que ella por las manzanas.

—¡Ah, sí! ¡Desde luego! —admitió Hernán, pero de inmediato pareció olvidarse de su colega y desvió la mirada hacia la fachada del edificio—. La segunda casa clave en su vida fue Styles, la propiedad que compartió con su primer marido, Archibald Christie. Una casa que resultó maldita en cierta medida, porque les supuso graves problemas económicos y finalmente el matrimonio se divorció, como todos sabéis. Y por último está Greenway House. —Hizo un gesto e invitó al grupo a entrar en la casa.

A la misma hora en la que Hernán ejercía como guía en Greenway House, hacían su entrada en el Imperial Hotel Gala, Arturo y *Pilgrim*. Estacionaron su coche en el aparcamiento exterior situado frente al complejo hotelero y permitieron que el pastor suizo olfateara alrededor de unos árboles para familiarizarse con ellos. El viaje desde Winchester no era agotador —alrededor de tres horas—, pero había exigido de Arturo toda la concentración posible. Jamás había conducido por las carreteras británicas y tener el volante en el lado izquierdo del vehículo dificultaba aún más el ejercicio. Pero, con solo poner el pie en Torquay, todos sus miedos y fatigas quedaron atrás. Al fin estaba frente al hotel que Agatha utilizó para algunas escenas de *Peligro inminente* o de *Un crimen dormido*.

—¿Te das cuenta? ¡Torquay! —El hombretón abrazó a Gala y la besó en la mejilla.

Gala le miró, divertida. Estaba claro que a ojos de aquel hombre sus novelas no podrían competir con las de Agatha.

—Yo creo que, si vieras por aquí a Agatha, me dejabas plantada —pronosticó.

El bigote de Arturo bailoteó nervioso.

—No digas tonterías.

Gala rompió a reír, mientras que Arturo, visiblemente incómodo, silbó llamando a *Pilgrim*.

El Imperial Hotel aún conservaba el aroma de los viejos tiempos en el papel pintado que adornaba sus pasillos, en los cuadros que los decoraban o en las refrescantes sombras de sus jardines. En la época en la que Agatha lo frecuentó, se celebraban en él fiestas y bailes de gala. Precisamente, a una escritora de su imaginación no le habría sido difícil en modo alguno describir una discusión como la que a aquella hora estaban manteniendo Edgar Alsina, el primer hombre de la saga de editores a quien no bautizaron como Santos, y su esposa, Sandra.

Sandra era una atractiva morena a la que le traía sin cuidado la literatura, pero no los beneficios que de ella pudieran derivarse. Tenía treinta y tres años, una boca grande, una falda corta, unos ojos negros y unos labios rojos. Y en aquel momento estaba terriblemente irritada. Sentada en uno de los bancos de madera desde los que se contemplaba el mar, volvió a la carga.

—De verdad que no te entiendo, Edgar —dijo en un tono cortante y lo bastante alto como para que lo pudiera escuchar cualquiera que acertara a pasar por allí—. Eres tú el que hace todo el trabajo. Tus padres no hacen otra cosa que aparecer en las fotografías o gastar el dinero que no tienen en presentaciones de libros tan absurdas como esta. Sabes perfectamente que, de seguir así, la editorial va a pique.

Edgar miraba al suelo enlosado de aquel rincón del jardín. Una vena latía con fuerza en su sien mientras la brisa procedente del mar revolvió su cabello ensortijado. Era un hombre alto, muy parecido físicamente a su padre salvo en su pelo, negro y rizado, y muy alejado de la afición a gastar dinero de su madre. Tenía el ceño fruncido y el rostro, anguloso y de tez clara, crispado. Sabía que su esposa tenía razón, que el negocio familiar no estaba para dispendios y que no podían permitirse que el libro de Hernán fuera un fracaso de ventas.

—He hecho todo lo posible para que este libro funcione —dijo arrastrando las palabras y sin mirar a la cara a su mujer—. Lo sabes tan bien como yo. ¿Qué más quieres que haga? ¿No es suficiente con lo que hice ayer?

—No te reprocho lo que has hecho —repuso Sandra—, sino lo que parece que no tienes el valor de hacer nunca.

Edgar levantó la cabeza y clavó en su esposa una mirada furibunda.

—¿Cómo quieres que haga eso?

—Tienes una familia, maldita sea —gritó Sandra—. ¿No somos nosotros lo primero?

Por toda respuesta, Edgar se levantó del banco y se alejó sin mirar a aquella mujer. Si se hubiera vuelto para mirarla, habría descubierto lágrimas y rabia en su rostro maquillado. Cualquiera que acabara de llegar a aquel rincón del jardín en ese instante habría creído estar ante una mujer digna de compasión, pero ese juicio resultaría erróneo si se estudiaba con detenimiento aquella expresión decidida, los puños apretados y la ira en la mirada. Justamente las mismas conclusiones a las que habían llegado Gala y Arturo, que habían escuchado accidentalmente la bronca familiar mientras paseaban con *Pilgrim* por el jardín.

—Mejor será que nos vayamos —murmuró Arturo, precavido.

Gala asintió en silencio. Pero, cuando emprendieron el regreso hacia la puerta del hotel que daba acceso al jardín, se encontraron con Gaspar Velarde. A aquella hora de la mañana no se parecía tanto al actor Sean Connery, apreció Gala, pero aún se daba un aire. Como en el barco, el doctor cubría sus canas con una gorra escocesa.

—¡Vaya casualidad! —exclamó Gaspar. Después, bajando la voz, dijo—: ¿Lo han oído, verdad? ¡Menudo carácter que tiene esa joven!

—Edgar tiene un mal enemigo en casa —apuntó Gala, maliciosa.

—¿Qué hace usted por aquí? ¿Cómo es que no ha ido con los demás a Greenway House? —preguntó Arturo.

—Debo confesar que no soporto a Hernán —declaró el médico con una sonrisa en los labios—. Esa pose suya, ese afán de parecer joven cuando no lo es... Me resultaría inaguantable escucharle hacer de guía. Además, conozco de sobra la casa de Agatha. Y también Torquay, la verdad.

—¿Había estado en Torquay antes? —preguntó asombrado Arturo.

—Desde luego que sí —respondió el doctor con firmeza—. Para un apasionado lector de Agatha es obligado. Si no recuerdo mal, esta es mi cuarta visita.

Velarde estudió al matrimonio con interés. Parecía haber tenido una idea y estaba valorándola con calma. Finalmente, hizo una proposición:

—¿Les apetece un paseo por la Milla de Agatha? —Reparó en el pastor blanco suizo y se apresuró a añadir—: Desde luego, su amigo puede acompañarnos. Ya veremos qué hacemos en el museo, pero el resto de la ruta se puede hacer tranquilamente a pie, y creo que disfrutará.

Arturo, que había lamentado no poder visitar Greenway House, acogió con entusiasmo la invitación. Gala no vio inconveniente alguno en aquel paseo.

—¿Nos vamos entonces? —insistió Gaspar.

Pilgrim pareció entender que había un paseo por delante y ladró satisfecho.

Todo en Greenway House recordaba a Agatha. Su sombra planeaba por el vestíbulo, por el salón, por la escalera... Se podían escuchar sus pasos en la biblioteca revestida de ejemplares de sus primeras ediciones, resultaba sencillo imaginarla sentada en su sillón favorito o acariciando las figurillas que representaban a Arlequín que descansaban dentro de una de las vitrinas. La sensación era tan intensa y el modo en el que Hernán evocaba su figura tan apasionado que, cuando el grupo llegó ante la puerta de la habitación de la escritora, temieron sinceramente despertarla. Parecía que Agatha seguía allí, dándole forma en silencio a una nueva novela, moliendo en su cerebro un nuevo crimen.

—Arlequín fue un personaje que siempre fascinó a Agatha —recordó Hernán señalando las figuras de porcelana—. De hecho, en su juventud escribió algunos poemas sobre su leyenda y los envió a una publicación llamada *The Poetry Review*, llegando a obtener un premio de una guinea.

—Y no olviden cuánto debe el enigmático personaje llamado Mr. Quin a Arlequín, empezando por su nombre —intervino inesperadamente Paco Sainz de Villena. Su cara, redonda y carnosa, enrojeció al ver que todos le miraban sorprendidos.

—Así es —confirmó Hernán—. Quin, que siempre aparece en las aventuras protagonizadas por el anciano Satterthwaite, parece proceder de otro mundo. Casi se diría que se materializa en los escenarios de los crímenes para ayudar a resolverlos, pero lo hace de un modo tan sutil que invita a pensar que desafía las leyes físicas. Su propio nombre es un juego de palabras que Agatha utilizó para homenajear al personaje de la comedia italiana.

—¿Un espíritu? ¡No me diga que Agatha creía en espíritus! —entró al quite Luis. Se había dejado caer sobre un sillón y contemplaba a los demás con su típico gesto de superioridad, casi con desprecio. La cabeza ladeada, la mirada siempre en el suelo, jamás en los ojos de los otros. Tenía las piernas cruzadas y una pose chulesca—. Lo único que te faltaba, Hernán, era introducir en esta historia a los fantasmas. A decir verdad, he llegado a pensar que en cualquier momento nos preguntarías si no escuchábamos la voz de la Christie en este caserón. Espero que tu famosa teoría para explicar el misterio de su desaparición no tenga nada que ver con espíritus y videntes. Ese terreno ya lo exploró Arthur Conan Doyle infinitamente mejor de lo que tú puedas hacer jamás.

—Espero que esa futura y maravillosa novela que afirmas estar escribiendo sea recordada como las de Agatha, querido Luis. A mí me daría igual que estuviera llena de espíritus si por fin se vende bien —terció Mercedes, clavando la pulla sin compasión. Gonzalvo no la miró, pero la tensión en su mandíbula y el modo en que apretó los puños habrían sido detalles que Poirot jamás hubiera olvidado.

—Pues no sé si Agatha creía en los espíritus, Luis —confesó Hernán—, pero lo que es seguro es que le interesaban; seguramente desconoces que en *El misterio de Sittafford* se menciona una sesión de espiritismo en el transcurso de la cual se anuncia que el dueño de la finca, Trevelyan, ha sido asesinado no lejos de allí.

—Exacto —corroboró Paco—. Y cuando un amigo del difunto acude al lugar indicado, se encuentra a Trevelyan muerto.

—No le imaginaba a usted tan conocedor de las novelas de Agatha —comentó Irma al orondo periodista.

—Pecados de juventud —respondió Paco. A continuación intercambió una rápida mirada con Hernán.

—¿De modo que creía en espíritus o no? —preguntó Parrado, intrigado.

—Agatha era una mujer de su tiempo —explicó Hernán—. En aquella época, el tema del espiritismo estaba de moda y ella era inquieta y curiosa. No sé si creía o no, pero fue hábil para mencionarlo, del mismo modo que coquetea con la existencia de magia negra en *El misterio de Pale Horse* o menciona los platillos volantes como una de las aficiones de la protagonista de *La señora McGinty ha muerto*.

Esta vez Gonzalvo no replicó. Se limitó a mirar al suelo, tal vez buscando en las alfombras un ejemplo sobre cómo urdir la trama de su futura novela; una historia que, según había calculado, debería incluir más de un crimen.

Durante el paseo posterior hasta la casa del embarcadero, Hernán relató cómo llegó Agatha a Greenway House. Sorteando hábilmente el incidente de la desaparición de la novelista para no provocar las preguntas de la prensa sobre su esperado libro, mencionó lo difícil que resultó para la escritora superar su divorcio con Archie Christie. Buscando huir de todo aquello, meses después compró en la agencia de viajes Cook billetes para las Indias Occidentales y Jamaica. Pero el destino aguardaba su momento para hacerle cambiar de planes.

El grupo se detuvo alrededor de Hernán en un promontorio próximo al río Dart, desde donde se podía disfrutar de una vista maravillosa del lugar. Hernán se subió un poco el ala del sombrero y prosiguió explicando que dos días antes de su partida la escritora fue invitada a una cena a la que asistieron un comandante apellidado Howe y su esposa. En el transcurso de la velada el militar hizo referencia a las maravillas que adornaban la ciudad de Bagdad. Su relato encandiló a Agatha, que en un momento de la cena se atrevió a preguntar si era posible ir a Bagdad en otro medio que no fuera un barco. El comandante le habló entonces del Orient Express, un tren en el que ella siempre había soñado viajar.

Ante el evidente interés de Agatha, el comandante anotó en un papel los lugares más notables desde el punto de vista histórico de Bagdad. Agatha había leído poco antes en la prensa referencias a los maravillosos descubrimientos realizados en la ciudad de Ur por parte del profesor Charles Leonard Woolley, y todo ello la llevó a tomar una decisión que terminaría por ser trascendental en su vida. Al día siguiente, cambió los billetes que había comprado por un único pasaje para el Orient Express. Decidida a averiguar qué tipo de persona era realmente, resolvió viajar sola.

—Cinco días después empezó el viaje —prosiguió Hernán—. Y cuando al fin llegó a su destino, se apresuró a enviar un telegrama al arqueólogo Woolley haciéndole saber su interés por visitar Ur. Y tuvo tan buena suerte que la esposa del profesor acababa de leer *El asesinato de Roger Ackroyd* y era una apasionada admiradora de Agatha. Con el tiempo, ambas se hicieron grandes amigas.

Hernán rememoró la pasión de Agatha por Ur, por aquella tierra polvorienta y abrasada por el sol. El mar de arena la sedujo de tal modo que, cuando conoció al ayudante de Woolley, el arqueólogo Max Mallowan, supo que había encontrado su verdadero lugar en el mundo.

—Max era quince años más joven que ella, pero eso no impidió que entre ambos surgiera un amor sincero que duraría hasta el final de sus vidas —explicó Hernán—. Contrajeron matrimonio el día 11 de septiembre de 1930 y con él Agatha participó en excavaciones arqueológicas y vivió en Oriente durante largos periodos de tiempo. Pero también tuvieron casa en Inglaterra. Ella rompió con Torquay y se establecieron a medio camino entre Oxford, donde él impartía clases, y Londres.

»Antes de que estallara la Segunda Guerra Mundial, Agatha tuvo noticia de la venta de esta inmensa finca por un precio extraordinariamente asequible. Fueron las seis mil libras mejor gastadas de su vida, porque para ella este lugar —Hernán recorrió con la mirada el río, las laderas verdes y los magníficos jardines que en la actualidad estaban bajo el ala protectora del National Trust— era el más maravilloso del mundo.

—¿Vivieron aquí desde entonces? —preguntó Encarnación, seducida por el romántico relato.

—En realidad, al poco tiempo de comprarla, como dije, estalló la guerra y el matrimonio la cedió a la Marina estadounidense. La recuperaron, bastante deteriorada, cuando acabó el conflicto. Tras las reparaciones de rigor, se convirtió en el refugio estival de Agatha. Después pasó a ser propiedad de su única hija, Rosalind, y más tarde de su nieto, Mathew Prichard, el hijo que Rosalind tuvo de su primer marido, Hubert. Hubert falleció cuando el niño tenía dos años y ella volvió a contraer matrimonio en 1949 con Anthony Hicks. Posteriormente, como les dije, ya en la década de 2000, Greenway House fue cedida al National Trust británico.

Luis Gonzalvo miró con cierto interés en dirección a la casa del embarcadero y pensó que, si Agatha había ambientado allí uno de sus crímenes, él también podría encontrar adecuados como escenarios para sus novelas muchos de los lugares que estaban visitando. Y necesitaría varios para matar a más de un personaje.

VI

Charlotte no supo responder a la pregunta que Agatha le había formulado. Tampoco ella acertaba a imaginar qué motivos podría tener una dama inglesa para asesinar a su señorita de compañía. Por lo que ambas sabían a través del doctor Lloyd, la señora Helier había contratado a la difunta Audrey Granger unos meses antes de emprender su viaje a las islas Canarias, y más allá del detalle ciertamente notable de que no hubiera modo de conocer la biografía de la fallecida, ni Charlotte ni Agatha encontraban nada que pudiera hacer pensar que estaban ante un crimen y no ante un accidente.

Aquella noche, cuando acudieron al comedor del hotel a la hora de la cena, Agatha estaba ansiosa por encontrar a Elliot Lloyd. Tal vez alguien podría juzgar inapropiado que una dama como ella, que aún entonces seguía estando casada, preguntara al camarero que les atendió si el doctor ya había cenado. Si era así, si tal juicio era el que merecía su comportamiento, lo cierto era que poco importaba. Ni Agatha tenía interés amoroso alguno en el doctor ni él lo tenía en ella, a tenor de su comportamiento durante aquellos días. El único afán de Agatha era esclarecer aquel asunto, y le urgía hablar con él para compartir sus planes de visitar Agaete al día siguiente.

Por fortuna, el doctor entró en el comedor unos minutos más tarde y se acercó a ellas. Educadamente, como era su costumbre, solicitó permiso para sentarse y se lo concedieron gustosas.

Apenas se había acomodado, Courtney Helier se sumó a los comensales en el comedor. Mientras un camarero la conducía hasta una mesa libre, la escritora la observó con interés. Tenía el cabello rubio bien peinado y llevaba un vestido que no le había visto lucir aún, y se vio forzada a darle la razón al doctor en lo relativo al peso que parecía haber ganado la señorita Helier en aquellos días. No es que hubiera engordado mucho, pero resultaba evidente que el vestido le venía estrecho. No obstante, se cuidó de expresarlo en público.

—De modo que pretende ir mañana a hablar con esa mujer al Puerto de las Nieves —dijo Lloyd mirando al fondo de los ojos de Christie—. ¿De veras le da credibilidad a esa historia?

—Me gustaría escuchar la versión de esa mujer, simplemente —arguyó ella, evasiva.

—Pero no me ha respondido a la pregunta —hizo notar el doctor, socarrón.

—No parece tener sentido que una señora asesine a su dama de compañía —comentó Agatha.

—Pero... —Lloyd aguardó sus explicaciones.

La novelista miró a Charlotte y a Rosalind antes de responder.

—No sé por qué me parece que hay algo turbio en esta historia —confesó tras unos instantes de duda.

—No obstante, más allá de lo que ha dicho la madre de esa joven que trabaja en el hotel, no tenemos en qué basar esas suposiciones —recordó el doctor.

Lloyd tenía razón. No existía motivo alguno para sospechar de la señorita Helier, que en aquel momento daba cuenta de su cena con un saludable apetito. Sin poder evitarlo, Agatha pensó que Helier debería controlar su alimentación si no quería verse obligada a renovar por completo su vestuario.

—¿Y cómo piensa ir hasta Agaete? —le espetó Lloyd.

La pregunta la zarandeó. No había pensado en ello y se consideró una estúpida por tal motivo. A veces, se recriminó, olvidaba que vivía en el mundo real y no en las historias que tejía con su imaginación. En las novelas, los personajes van y vienen en automóviles, en trenes o en barcos sin que importe demasiado cómo adquieren el pasaje o quién conduce los vehículos. Pero en la vida real, debía reconocerlo, todo está mucho peor dispuesto.

—Lo cierto es que no había pensado en ello —admitió, avergonzada.

Lloyd suspiró.

—¿A qué hora ha fijado esa entrevista? —preguntó.

Agatha le reveló el dato y él se comprometió a llevarla.

Tras la cena, el doctor se despidió de las damas. Una partida de cartas lo aguardaba en el British Club, confesó, y antes de marcharse recordó a Agatha la hora a la que pasaría a recogerla. La escritora había decidido que irían solos, a pesar de las protestas de Rosalind, que estaba dispuesta a convertirse en la más joven detective de todos los tiempos. No obstante, la madre se mostró inflexible.

La señora Helier abandonó el comedor poco después y ellas se retiraron a un salón contiguo, donde tuvieron el placer de escuchar a una excelente pianista.

Agatha sentía debilidad por el piano. Sus padres sabían tocarlo. Clara, su madre, tocaba de oído casi cualquier cosa y cuando era niña había aprendido *Canciones sin palabras*, de Mendelssohn, y otras piezas clásicas. Por su parte, Frederick era todo un virtuoso interpretando espirituales negros y canciones norteamericanas. Ambos consideraban tan importante la música que asignaron a su hija pequeña una profesora llamada *Fräulein* Uder. Agatha jamás le agradeció lo suficiente a aquella alemana pequeña sus lecciones. Nunca supo de dónde la sacó su madre ni tampoco cómo una alemana había ido a parar a Torquay, pero lo cierto era que un día entró en Ashfield y le reveló los primeros secretos de la música.

Tiempo después, durante su estancia en Francia, Agatha prosiguió con sus estudios de la mano de Charles Furster, un austriaco junto al cual no solo mejoró ante el piano, sino que aprendió también canto. Tal vez jamás sería una gran cantante ni una pianista sobresaliente, pero sabía reconocer a un buen intérprete, y la pianista de aquella noche en el hotel Metropole era excelente.

—Mamá, mira —dijo Rosalind, entusiasmada.

Varias parejas se habían lanzado a bailar al compás del piano. Algunas lo hacían realmente bien. Entre ellas sobresalía por su gracia una mujer morena que Agatha no tardó en reconocer como la belleza latina a la que habían visto la noche que llegaron al hotel las señoritas Helier y Granger. Mientras admiraba a aquella joven, que reía y giraba despreocupada, Agatha reflexionó sobre la fragilidad de la vida. Aquella noche, cuando la vieron por vez primera en compañía del doctor Lucas y de su hermana, la señorita Granger estaba viva. Se habían burlado de las dos inglesas por estimar que ofrecían la perfecta caricatura de las turistas británicas. Y ahora una de ellas estaba enterrada en aquella isla española.

—¿Crees que serán novios? —se interesó Rosalind, sonriente.

Agatha estudió a la joven española y al apuesto joven que bailaba con ella. Si no recordaba mal, no era el mismo con quien la muchacha bailó la otra ocasión, y presumió que no debía de haber un compromiso formal entre ambos. Tal vez, conjeturó, era una chica excesivamente divertida, pero se guardó de expresar su juicio de valor en voz alta.

—¿Quién sabe? —dijo, escueta.

Charlotte le lanzó una de aquellas miradas suyas que decían tantas cosas en silencio y se apresuró a sonreír. Por nada del mundo quería que la sombra de Archie irrumpiera en su vida aquella noche.

—¿Así eran los bailes en El Cairo? —le espetó de pronto Rosalind. Se volvió hacia Charlotte y añadió, orgullosa—: La puesta de largo de mamá fue en El Cairo.

Carlo miró sorprendida a su jefa. Tenía razones para estarlo, la verdad. A pesar de la confianza existente entre ambas, a pesar de ser la secretaria a la que dictaba capítulos de sus novelas y la amiga que había enjugado sus lágrimas en los últimos meses, Agatha nunca le había hablado de su puesta de largo.

—¿El Cairo? —preguntó Charlotte.

La novelista suspiró profundamente. Sabía que no tenía escapatoria y, mientras las parejas en aquel salón giraban como planetas alrededor del piano, trató de componer un resumen de sus andanzas egipcias.

En aquel tiempo, la ceremonia de la puesta de largo de una joven era todo un acontecimiento. De hecho, señalaba con bastante precisión la dirección que tomaría la vida de la interesada. Habitualmente, eran las madres las que se esforzaban por

organizar la ceremonia tirando la casa por la ventana, si la economía familiar lo permitía. Para lo cual se programaba un baile al que se invitaba a todos los notables posibles que pudieran estar a su alcance y después la joven pasaba una temporada en Londres. Su hermana Madge se había presentado en Nueva York, pero la economía familiar no permitió que pasase un tiempo en Londres, y Agatha, desde luego, tampoco. —No veas nada especialmente glamuroso en el caso —se apresuró a aclarar a Charlotte—. En realidad, ocurrió en El Cairo porque mi madre no podía pagarme una puesta de largo en Inglaterra. Tras la muerte de mi padre nuestra situación económica era apurada, pero aun así ella quería lo mejor para mí, de manera que me propuso ir a El Cairo, donde la colonia inglesa era abundante, especialmente madres con sus hijas, y no faltaban apuestos militares destacados en Egipto. Allí todo era más barato.

—Pero debió de ser maravilloso —aventuró Charlotte.

Agatha sonrió tímidamente, como solía hacerlo cuando era más joven. De hecho, la señorita Miller, es decir, Agatha, había sido una chica poco sociable y nada parlanchina.

—No estuvo mal —respondió, lacónica. Pero sabía que su respuesta resultaría insuficiente para saciar la curiosidad de Rosalind, como así ocurrió.

—Háblanos de tus vestidos, por favor —imploró la niña.

Resignada, Agatha recordó cuanto pudo al respecto.

—Pues tenía uno de gasa de color verde con cintas, otro blanco de seda y otro bastante llamativo de tafetán azul turquesa —explicó—. Pero, desgraciadamente, este último no soportó el clima de Egipto y una noche, en un baile —añadió permitiendo que su mente volara casi veinte años atrás—, se me rasgaron las mangas, la falda y el cuello y tuve que escabullirme a toda prisa al guardarropas de las señoras.

—¡Oh! —exclamó Rosalind, poniéndose las manos sobre los ojos.

—¡Qué desastre! —opinó Charlotte.

—Lo fue, sin duda —coincidió—. Al día siguiente, mi madre me llevó a una sastrería local. Yo me moría por que me comprara un vestido de noche negro, para parecer mayor, pero ella se negó. Aun así, salí de allí con uno maravilloso de raso tornasolado. Supongo que le supuso un enorme esfuerzo económico, porque los trajes ingleses eran mucho más baratos que los orientales.

—¿Y los chicos? ¿Cómo eran los chicos? —se interesó Rosalind.

—Pues, sobre todo, eran militares —respondió Agatha—. Generalmente, todos eran muy considerados, y además estaban permanentemente observados por nuestras madres. Pero me temo que yo no era una compañía muy amena, por mi timidez. De hecho —se echó a reír—, recuerdo que un tal capitán Craik bailó conmigo y al poco me devolvió a mi madre diciéndole que yo bailaba muy bien, pero que debía enseñarme a hablar.

—¡Qué grosero! —juzgó Charlotte.

—No, qué va. Es que realmente apenas hablaba.

De pronto, la música del piano cesó y con ella las risas de los bailarines. Agatha reparó en lo tarde que se les había hecho y logró acallar las protestas de su hija, que le exigía más detalles de su *juventud egipcia*.

—Es hora de descansar, señorita —ordenó la escritora.

Agatha tenía aún mucho en que pensar. Como, por ejemplo, de qué manera iniciaría su conversación con la madre de Yurena al día siguiente.

En varios episodios notables de su vida hubo un automóvil de por medio. Agatha cayó en la cuenta al ver llegar a Elliot Lloyd a bordo de un magnífico Hispano-Suiza diferente al que ya conocía de su anterior excursión hasta Agaete. No supo de dónde lo sacó Lloyd exactamente, porque el doctor eludió la pregunta limitándose a sonreír al ver su cara de asombro.

Casi veinte años antes, en compañía de los Ralston Patrick, unos amigos de la familia que vivían en Warwickshire, Agatha había participado en una excursión que entonces juzgó como una aventura extraordinaria. Básicamente, consistió en un viaje hasta Banbury, a unos cuarenta kilómetros de distancia, para el cual dispusieron prácticamente de lo que se necesitaría para viajar hasta el Polo Norte. Si un día escribía sus memorias, pensó Agatha, no debería dejar de mencionar el caso, por lo gracioso.

Tras abastecerse de gruesas mantas, bufandas y una surtida cesta de provisiones, emprendieron el viaje. Pero resultó que, a pesar de la prudencia del conductor y lo moderado de su velocidad, uno de los neumáticos se pinchó. Entonces no había tantos talleres de automóviles y encontrar uno fue toda una proeza.

Agatha se pasó buena parte de la excursión sentada al borde de la carretera, aguardando a que se solucionara la avería y absolutamente congelada. Pero, a pesar de todo, fue un día maravilloso, según lo recordaba. Como lo fue el viaje que pudo hacer con su madre hasta Londres desde Sussex, adonde habían ido para visitar a los Barttelot. Allí coincidieron con el señor Ankatell, que se ofreció a llevarlas a bordo de su poderoso automóvil, que a Agatha se le antojó gigantesco. Para la ocasión, la señora Barttelot le prestó uno de sus gorros para viajar en automóvil, además de las oportunas mantas, porque se debe explicar que los coches eran abiertos, lo que exigía ser más robusto que la propia máquina.

El doctor Elliot, afortunadamente, no conducía con la misma agresividad con la que lo hizo aquel día lejano el señor Ankatell, quien desde el principio advirtió a las pasajeras que los treinta y cinco kilómetros por hora que fijaba la normativa le resultaban absolutamente insatisfactorios y que viajarían a ochenta kilómetros por hora.

El Hispano-Suiza rodó, seguro y firme, camino de Agaete mientras el doctor y Agatha se entregaban, con menos maña de la que tal vez a ella se le supondría, al oficio de detectives. Tenían un caso ante sus narices, insistió Agatha, cada vez más convencida de que había algo turbio en aquel asunto. Su amigo, en cambio, le recomendó aguardar a escuchar el relato de la madre de Yurena antes de sacar conclusiones.

—¿O es que su Hércules Poirot no reúne primero las diferentes versiones y pruebas antes de asombrar al lector con sus conclusiones?

Agatha sabía que Lloyd estaba en lo cierto, pero, picada, no lo reconoció en voz alta. Algún día, se prometió, demostraría que también la mujer, dotada como está de una intuición de la que el hombre carece, podría ser tan capaz como Poirot de resolver crímenes.

7

Bryony Carroll había despertado aquella mañana en su casita de Saint Cross Road sin más preocupaciones que las propias de una jornada laboral como otra cualquiera. Lo primero que hacía siempre era pegar su nariz, redondeada y carnosa, al cristal de la ventana para averiguar si se mojaría o no durante los dos kilómetros que la separaban del domicilio del profesor Lloyd. Afortunadamente, al margen de una ligera niebla que se había posado durante la noche sobre la hierba y que envolvía la silueta del hospital Saint Cross, el tiempo prometía ser excelente.

La señora Carroll nunca se había casado. Durante más de treinta años había compartido aquella casa de ladrillo rojo, en la que había vivido con sus padres durante toda la vida, con su hermana Seena, soltera como ella. Pero desde que Seena falleciera siete años atrás, Bryony no tenía otra compañía que un gato siamés que parecía el verdadero dueño de la vivienda, a juzgar por los aires que se daba.

La rutina de Bryony era siempre la misma. Primero, escrutaba las condiciones meteorológicas, después visitaba el cuarto de baño, de donde salía veinte minutos más tarde transformada en la señora Carroll que el profesor Lloyd había contratado veinticinco años antes porque le pareció significativo que aquella mujer llevara el mismo apellido que la secretaria de lord Edgware.

Era la señora Carroll una mujer fuerte, no muy alta, de cara sonrosada, cabello entre rubio y canoso recogido en la nuca y mirada serena. Tras el desayuno, y después de haber arreglado en casa lo poco que la noche anterior hubiera desarreglado, emprendía la caminata diaria. Al salir de su casa se entretenía en contar todos los días las altas chimeneas del siglo XV que lucía el hospital Saint Cross, que podía presumir de ser la institución benéfica más antigua de Reino Unido. Aquella mañana, naturalmente, Bryony volvió a contarlas y comprobó que todas seguían en su sitio.

Durante el paseo no ocurrió nada significativo. Se encontró con las personas de costumbre, contempló el mismo paisaje y realizó un recuento mental de las labores que debía realizar aquel día en su trabajo, de donde se marcharía por la tarde, no sin antes haber preparado, como de costumbre, el té para el profesor.

La imponente catedral de la ciudad la vio llegar a Little Minster Street a la hora de costumbre, quince minutos antes de las diez o, lo que era lo mismo, quince minutos antes de que, con su acostumbrada puntualidad, el profesor saliera hacia el Winchester College. Abrió la puerta y se dispuso a comenzar sus labores. Pero no tardó en descubrir que algo no iba bien. Para empezar, el servicio de té no estaba en la cocina, que era donde el señor acostumbraba a dejarlo por la noche. E igualmente le parecía extraño no escuchar los pasos del profesor en el piso de arriba. A esa hora él debía de estar ultimando sus preparativos para salir. Por todo ello, Bryony llamó en voz alta al señor Lloyd para hacerle saber que había llegado, pero no obtuvo respuesta.

Visiblemente inquieta, subió las escaleras y llamó a la puerta del dormitorio del profesor, pero solo obtuvo silencio. Un tanto azorada, se atrevió a abrir y asomó su rostro sonrosado. La cama estaba hecha y no parecía que nadie hubiera dormido en ella. Nerviosa, se dirigió hacia la biblioteca. Todo parecía en orden. ¿O no?

Para empezar, le sorprendió la iluminación. El profesor era bastante cuidadoso en ese aspecto y no le gustaba derrochar, de modo que la señora Carroll se sintió desconcertada al comprobar que el gran ventanal que miraba hacia la catedral estaba cerrado a cal y canto. Junto al sillón de lectura del profesor, del cual solo veía desde aquel ángulo su parte posterior, había una lamparita con pantalla aún encendida. Era por completo extraordinario que Lloyd la hubiera dejado así durante toda la noche, pensó, y aún más increíble parecía que no hubiera apagado otras luces discretas que alumbraban de forma indirecta una mesa redonda alejada del ventanal. Por un instante, se sintió una intrusa en medio de una escena teatral cuidadosamente iluminada. El

escaso aplomo que había logrado reunir para entrar allí se le fue escapando entre los dedos. Experimentó una imperiosa necesidad de huir, pero logró rehacerse lo suficiente como para resistirse y prolongar su escrutinio. Observó la chimenea y advirtió gran cantidad de cenizas. De vez en cuando, algún rescoldo emitía un guiño de vida.

Además del derroche eléctrico y los rescoldos de la chimenea, otra anomalía reclamó su atención. ¿Qué hacían sobre la mesa aquellos naipes ingleses? Bryony no era una jugadora habitual, pero resultaba sencillo comprender que allí se había jugado al *bridge* por parejas. Pero ¿con quién podría haberlo hecho el señor Lloyd? Durante todos los años que llevaba a su servicio, jamás le había visto jugar al *bridge* o a ningún otro juego de naipes en casa y no tenía noticia de que tuviera por costumbre semejante ejercicio fuera de ella.

Pero si todo aquello resultaba inquietante, aún lo era más el hecho de que no hubiera ni rastro de Colin Lloyd.

Bryony demostró su arrojo acercándose hasta el ventanal, corrió las cortinas y dejó que la claridad entrara en la biblioteca. A continuación, se acercó al sillón de lectura para apagar la lámpara. Fue entonces cuando la respuesta sobre el paradero del profesor salió a su encuentro. Segundos después, Bryony Carroll se escuchó a sí misma gritar como jamás lo había hecho.

—De modo que es la cuarta vez que visita Torquay —se interesó Gala.

Gaspar caminaba a su derecha. A su izquierda, Arturo saboreaba cada instante de aquel paseo rumbo al corazón de Torquay. *Pilgrim* iba junto a él olisqueando aquel nuevo mundo.

—Sí, así es —confirmó el doctor—. Lamentablemente para mí, este es un viaje mucho más triste que los anteriores —informó con aire abatido—. Las otras veces estuve con mi difunta esposa.

—Lo siento, no había imaginado que... —se excusó Gala, enojada por su falta de tacto.

—No se preocupe. Usted no podía saber eso.

—Este viaje debe de ser terriblemente duro entonces para usted —intervino Arturo. Aunque no había formulado la pregunta, en su comentario quedaba implícito el interrogante de los motivos por los cuales el doctor había aceptado la invitación de la editorial a pesar de todo.

—Quiere saber por qué he venido, ¿no es así? —aventuró Gaspar. Arturo se sintió incómodo y se apresuró a disculparse, pero el médico hizo un gesto con la mano restando importancia al asunto—. Podría decirse que me he sentido obligado a venir —explicó Velarde.

—¿Obligado? —Gala lo miró sorprendida.

—Créame si le digo que no he tenido más remedio.

Arturo supuso que el doctor quería decir que su amistad con Hernán, Santos y Mercedes le había puesto en un compromiso inevitable.

En lugar de bajar al centro de la ciudad por Parkhill Road, Gaspar les condujo cuesta abajo por Beacon Hill y, tras haber caminado apenas trescientos metros, se detuvo en la acera izquierda.

—Ahí lo tienen —dijo señalando la fachada de un edificio blanco provisto de unas enormes cristaleras que miraban al mar—: el Royal Torbay Yacht Club, el lugar donde el padre de Agatha, Frederick Miller, se pasaba buena parte de su ociosa vida.

—Recuerdo que Agatha lo menciona en su autobiografía —comentó Arturo dando muestras, una vez más, de sus conocimientos sobre la vida de la escritora. Miró a Gala y aclaró—: Su padre vivió toda la vida de las rentas que le proporcionaban los negocios familiares en Estados Unidos. Era hijastro de la tía que crio a Clarissa, la madre de Agatha, y diez años mayor que ella. Agatha lo describe como un buen hombre, complaciente, pero también vago. Decía que se pasaba el día aquí —señaló el club—. El tipo cogía todos los días un coche desde casa, se pasaba la mañana ahí leyendo la prensa y fumando y, cuando llegaba la hora de comer, regresaba a Ashfield, como se llamaba la residencia familiar. Por la tarde repetía la rutina, salvo que hubiera alguna cena con numerosos invitados, lo cual también era frecuente.

—Desde luego, Arturo, conoce usted tan bien la vida de Agatha que no sé si podré enseñarles algo de interés —lamentó el galeno—. Lo que dice su marido —indicó a Gala— es cierto, pero no crea que Miller era mala persona, simplemente era la costumbre de la época vivir de las rentas, si se podía. Parece ser que se trataba de un hombre con gran sentido del humor, amable, aunque no muy inteligente. De hecho, cuando las cosas vinieron mal dadas y los negocios se hundieron, intentó sin éxito conseguir un trabajo.

—Le faltaba currículum —conjeturó Gala.

—Más que eso: no tenía ninguno —puntualizó Gaspar.

—Clarissa, o *Clara*, como la llamaban —entró al quite Arturo—, era huérfana de padre desde niña. Fue un militar que resultó mortalmente herido al caerse de un caballo dejando una viuda con cuatro hijos a los que no podía sacar a todos adelante. Por eso Clara se crió con una tía suya. Esa tía se casó en segundas nupcias con un americano y Frederick era sobrino de ese nuevo marido.

—Frederick la conoció durante un viaje que hizo a Inglaterra. —El doctor recogió el testigo de la narración—. Ella tenía entonces doce años y él veintidós. Se enamoraron y él la esperó. El resto, ya lo sabe: tuvieron tres hijos. El mayor, Louis Montant, al que llamaban Monty, y Margaret, a la que llamaban Madge, nacieron en Estados Unidos. Pero nuestra Agatha vino al mundo aquí porque durante un viaje a Inglaterra Frederick quedó prendado de Devon y, mientras él atendía unos negocios en Nueva York, encargó a Clara la misión de alquilar una casa en Torquay. Pero resultó que solo había una que le gustaba y no estaba en alquiler, sino en venta.

—¡Ashfield! —apostilló Arturo—. Pero, por lo que he leído, no queda ni rastro de ella.

—En efecto —confirmó Gaspar—, solo hay una placa que señala el lugar donde estuvo ubicada.

—Entonces, aquí abajo —dedujo Arturo señalando los acantilados situados frente al club— estaba Beacon Cove, donde Agatha solía bañarse.

El médico asintió. Arturo sonrió como un niño. Era evidente que estaba en su salsa.

—¿Qué tal le fue en su visita a la tumba de Jane Austen? —se interesó Gaspar cuando reanudaron el paseo.

—Emocionante —se sinceró Gala—. Para mí, Austen es como Agatha para Arturo o, por lo que veo, para usted, que parece saberlo todo sobre ella. Ya le confesé que si acepté la invitación a este viaje fue porque establecimos el acuerdo de realizarlo con nuestro perro y permitirnos un alto en Winchester antes de venir aquí.

—A mi esposa también le gustaba Austen. *Mansfield Park* y *Sentido y sensibilidad* le encantaban —reveló Velarde.

Gala advirtió la nube de tristeza en la mirada de Gaspar y durante un segundo se sintió inclinada a cogerle la mano en un gesto de comprensiva amistad, pero no se atrevió.

Durante unos minutos, los tres caminaron en silencio hasta desembocar en una calle muy animada, con numerosos restaurantes y comercios situados frente al puerto. En el centro, como un faro urbano, se alzaba una torre coronada por un enorme reloj.

—La calle Strand —anunció Gaspar—. Todavía hay algún comercio de los que conoció la mismísima Agatha, como aquel de allí. —Señaló un local sobre el cual se superponía la terraza de una cafetería—. Hoy, como en aquella época, esta calle es el corazón de Torquay. Como seguramente recuerde, Arturo, nuestra querida Agatha ambientó novelas en esta ciudad, aunque cambiándola de nombre.

—En *La puerta del destino*, por ejemplo, Torquay recibe el nombre de Hollowquay —respondió Arturo, como en un concurso televisivo.

—No me suena esa novela —reconoció Gala.

—En ella no aparece Poirot —puntualizó el doctor.

—Ni tampoco tu admirada Ariadne Oliver —añadió Arturo con ironía—. De modo que no es extraño que no la conozcas.

—Los protagonistas son Tommy y Tuppence Beresford, ya ancianos —aclaró Gaspar. Gala mantenía el ceño fruncido.

—Me temo que mi mujer, más allá de Ariadne Oliver y de Poirot, no conoce mucho a las criaturas de Agatha —reveló Arturo, hurgando en la herida—. Los Beresford eran un matrimonio de investigadores, de aventureros —informó a su esposa—. Por ellos sí que

pasa el tiempo, no como con Poirot, que no parecía envejecer nunca a pesar de que Agatha cometió el error de crear un personaje ya jubilado en su primera aventura. El caso es que en la novela de marras los Beresford ya son ancianos y se instalan en una casa llamada Los Laureles que recuerda mucho a Ashfield, donde Agatha nació.

El puerto de Torquay estaba muy concurrido a aquella hora de la mañana. Por todos lados se veían carteles que anunciaban los diferentes espectáculos y actividades programadas dentro del festival anual que la ciudad dedicaba a su hija más ilustre. El grupo se detuvo ante un retrato del actor británico David Suchet caracterizado como Hércules Poirot que había en la Oficina de Turismo.

—¡Ah, Suchet! —suspiró Arturo—. Está magnífico en la serie de televisión dando vida a Poirot. —Sonrió pícaramente antes de añadir—: He visto todos los episodios.

—Yo tuve la suerte de estar aquí en 1990 —confesó el doctor—. Fue con motivo del centenario del nacimiento de Agatha. Hubo todo tipo de actos, pero fue muy emotivo el encuentro en la estación de Torquay entre Poirot, es decir, David Suchet, y la señorita Marple, o sea, la actriz Joan Hickson, que interpretó ese papel en la famosa serie.

—¿En las novelas nunca se encontraron los dos personajes? —preguntó Gala.

—¡Oh, no! —dijo Arturo—. Y eso que seguramente Agatha tuvo presiones editoriales y de los lectores para que se conocieran.

—¿Y qué me dice de su afición por Agatha? —Gala buscó la mirada del médico. Intuía que aquel hombre tan parecido a Connery tenía una buena historia que contar—. ¿Por qué esa pasión que le ha hecho venir aquí cuatro veces?

Gaspar esbozó una sonrisa extraña. Gala no supo decidirse a la hora de calificarla. Podía ser irónica o triste.

—Como ya escucharon en el barco, Hernán, Santos, Mercedes, Paco y yo nos conocemos desde hace muchos años —recordó—. Si usted, que es escritora, nos estudia por separado, descubrirá que no nos parecemos en nada. Yo siempre he sido una persona reservada, alejada de la vida social. Todo lo contrario que Mercedes, Santos y el propio Hernán, que desde jóvenes no se perdían una fiesta ni un guateque. Incluso estudiamos carreras diferentes, de manera que, de no haber sido por Agatha Christie, seguramente jamás nos habríamos conocido en Salamanca, donde estudiamos todos.

—¿Y eso? ¿Qué tuvo que ver Agatha? —preguntó Arturo.

—Todo —aseguró el médico—. Nos conocimos durante una representación de *La ratonera* a cargo de una compañía de teatro aficionado en un modesto local frecuentado por universitarios. Apenas fuimos un puñado de espectadores, y tras la función varios nos fuimos a tomar unas copas y charlar sobre las novelas de Agatha.

—Lástima que me lo perdí —lamentó Arturo.

Gaspar meneó la cabeza.

—No crea que fue todo tan divertido —advirtió—. Al principio sí. Nos reíamos, bromeábamos sobre algunos aspectos de las novelas o sobre los personajes que más nos entusiasmaban. Pero pronto aparecieron rivalidades en relación a lo que cada cual creía saber sobre Agatha o sobre las preferencias de cada uno. Supongo que ya lo advirtieron en el barco —aventuró—. Si uno mostraba su predilección por una novela, el resto le buscaba defectos para que pareciera peor que su favorita, y al final las tertulias derivaban en frecuentes y acaloradas discusiones. En lo único que parecíamos estar de acuerdo era en preferir a Poirot antes que a la señorita Marple.

—¿Y Gonzalvo? ¿También lo conocía usted de antes?

—¿Gonzalvo? ¿Ese novelista que rebajaba la estatura de Poirot hasta la suela de los zapatos de Sherlock Holmes? No, no lo había visto en mi vida hasta el otro día en el barco —confesó el doctor al tiempo que se detenía frente a un edificio blanco de estilo georgiano y coronado con cúpulas de cobre—. No hace falta que les diga que es mucho más joven que nosotros, que le debemos de sacar más de veinte años. —Volvió la mirada hacia el edificio que tenían frente a ellos y lo presentó—: ¡El Pavilion!

Gala conoció por boca de sus dos acompañantes que en aquel teatro, inaugurado como salón de conciertos en 1912, Archie acompañó a Agatha a disfrutar de una representación de una obra de Wagner al año siguiente. Al término de la función, el joven declaró su amor a la futura novelista.

—Como ven, al igual que sucede en nuestro hotel, hay una placa con el rostro de Agatha en la fachada del edificio. —Gaspar indicó el lugar donde estaba el retrato de la escritora—. Este es uno de los hitos de la llamada Milla de Agatha. Y ahora vamos a hacernos las fotos de rigor.

—¿Las fotos? ¿Qué fotos? —preguntó Gala, sorprendida.

—Las fotos con Agatha, naturalmente —replicó el doctor con naturalidad.

Gaspar dio la espalda al Pavilion y a la noria que, situada junto a él, permitía a los turistas disfrutar de una estampa inolvidable de la bahía local. Caminó con paso decidido en dirección a la carretera y al final de la zona ajardinada Gala y Arturo descubrieron un magnífico busto de la Dama del Crimen hecho en bronce. Arturo se apresuró a posar junto a él.

—Hazme primero unas cuantas a mí solo —indicó a su mujer, entusiasmado— y luego déjame a *Pilgrim*, para hacernos unas juntos.

—Yo estaba aquí cuando se inauguró —desveló el médico, nostálgico—. Fue durante esos actos del centenario del nacimiento de Agatha, el 15 de septiembre de 1990. Resultó que asistió a la inauguración Rosalind, la hija de Agatha.

—Es usted una biblioteca ambulante —dijo Gala, sorprendida.

—Ya me gustaría saber de muchas cosas —repuso el doctor con modestia—, pero me temo que, como me saquen de la vida de Agatha o de la medicina, soy enormemente aburrido.

—Ponte tú ahora —solicitó Arturo a su esposa. La escritora aceptó y posó sonriente junto al busto.

Gaspar observó la escena con curiosidad. Le resultaba simpática la idea de una autora de novelas románticas dejándose fotografiar junto al busto de una escritora de historias policíacas. Dos géneros bien distintos, pero con autoras físicamente parecidas. Ambas, altas y fuertes. Con el paso del tiempo, Agatha se convirtió en una mujer de formas rotundas, una matrona grande y amante de la buena cocina, como se advertía en muchas de sus novelas, donde se daba cuenta de succulentas cenas y opíparos desayunos. El doctor supuso que Gala no debía de hacerle ascos tampoco a las buenas comidas, lo mismo que sucedía con Ariadne Oliver, el personaje de Agatha que más apreciaba Gala y que, en realidad, era una parodia de la propia novelista.

A continuación, su atención se centró en Arturo, que en aquel instante se esforzaba por captar el mejor de los ángulos posibles con la intención de inmortalizar el encuentro entre las dos autoras. A Gaspar le pareció gracioso que aquel profesor de Matemáticas jubilado tuviera por héroe a Poirot, puesto que ambos tenían cierto parecido. No se trataba de su atuendo, desde luego, porque nadie sería capaz de vestir de punta en blanco permanentemente como hacía el detective, aunque para ello tuviera que soportar estoicamente unos brillantes y estrechos zapatos. No, no era el atuendo lo que los asemejaba, ni tampoco la estatura, puesto que Arturo sacaría varias cabezas al pequeño Hércules si se produjera una intersección mágica entre la realidad y la ficción literaria que permitiera comparar sus estaturas. Tampoco el parecido residía en el bigote. El de Arturo, como el de cualquier mortal, jamás habría podido competir con el de Hércules Poirot. Arturo, además, era absolutamente calvo, de modo que nunca estaría a su alcance teñirse coquetamente el cabello como hacía el personaje creado por Agatha. Pero aquellos carrillos carnosos, aquella mirada inteligente y la disposición de uno y otro a la resolución de problemas —matemáticos o psicológicos, daba igual— servían para buscarles cierto parecido.

Al cabo de unos minutos, cuando los cuatro, incluido *Pilgrim*, habían posado junto a la estatua, el doctor les invitó a proseguir el paseo.

—Esos de ahí son los llamados Jardines de la Princesa —informó. Volvió la mirada hacia Arturo—. ¿Recuerda *El misterio de la guía de ferrocarriles*?

—*The ABC Murders* —Arturo apuntó el título original en inglés de aquella novela.

—¡Exacto! —sonrió el doctor. Resultaba evidente que ambos estaban disfrutando aquella mañana—. Pues estos jardines victorianos se mencionan en la novela.

—Lo que yo digo, es usted una enciclopedia —piropeó Gala.

Mientras caminaban, la escritora observó a aquel curioso Sean Connery que ejercía de guía aquella mañana y se preguntó las razones que podían haber llevado a un médico a semejante pasión por una escritora de novelas policíacas.

—Ese de ahí —Gaspar señaló un largo muelle que se adentraba en el mar— es el Muelle de la Princesa, uno de los lugares favoritos de Agatha, porque en él podía practicar el patinaje cuando era niña, algo que le apasionaba. El muelle se construyó precisamente el año en que ella nació. Y aquel de allí —apuntó con el dedo a un edificio blanco situado a lo lejos— es el Grand Hotel. Si tienen oportunidad durante estos días, no duden en ir a tomar un café o un té.

—Fue en ese hotel donde Agatha pasó su noche de bodas en la Navidad de 1914 —comentó Arturo a su mujer—. ¿Recuerdas que la otra noche en el barco dije que se había casado con Archie en Bristol precipitadamente y sin avisar a su familia? Pues tras la ceremonia vinieron aquí. A la madre de Agatha le disgustó profundamente que su hija no la hubiera avisado de la boda.

—Tras su breve luna de miel —prosiguió el doctor—, Agatha viajó con Archie a Londres para despedirle. Él debía partir para el frente en la Primera Guerra Mundial y no volvieron a verse hasta seis meses después.

—Fue entonces cuando ella comenzó a trabajar de enfermera y escribió su primera novela, ¿no es así? —preguntó Gala.

—*El misterioso caso de Styles*. —Arturo paladeó el título—. Mi favorita.

—Esperemos que estos días no tengamos que enfrentarnos a un problema de los que tanto apasionaban a Poirot —comentó la escritora.

Gaspar miró a Gala sorprendido.

—De modo que al final ha acabado dándome la razón —sondeó el doctor, preocupado—. ¿Recuerdan lo que les dije en el barco?

—La verdad es que entonces me pareció una idiotez —confesó Gala—. Y creo que le respondí con excesiva acritud. Le pido disculpas.

Velarde levantó las manos, restando importancia a lo ocurrido.

—¿En serio pensáis eso? ¡Y luego dirás que soy yo quien está obsesionado con Agatha! —reprochó Arturo a su mujer, ofendido.

—No es ningún disparate, Arturo —se defendió la escritora—. Ya has visto lo ocurrido esta mañana entre Edgar y Sandra. Está la cosa que echa humo. Se están jugando mucho dinero con el libro de Hernán.

—Por lo que sé, tienen apalabrado un acuerdo suculento con una editorial inglesa para publicarlo aquí —desveló el doctor—, y también están bastante avanzados los contactos con otra editorial americana.

—Pero eso no es malo, ¿no? —argumentó Arturo—. Si tienen problemas económicos, este libro de Hernán puede ser su salvación.

—¿Y si no lo es? —contraatacó Gala—. ¿Y si resulta un fracaso?

—De modo que según vosotros, en ese caso, lo mejor sería un asesinato para darle publicidad. —Arturo rompió a reír. Gala y el doctor no le imitaron.

—Tengo un mal presentimiento —admitió Gala—. Creo que todo este montaje, lo de la presentación de mañana con esos periodistas que han venido con gastos pagados y otros que parece ser que llegarán desde Londres, es un riesgo. Si la documentación que Hernán dice tener no es irrefutable...

—¿Usted qué opina? —indagó Arturo dirigiéndose a Gaspar. El doctor caminaba a su derecha por la calle Strand con la cabeza gacha, como si estuviera sopesando un diagnóstico—. ¿Cree que los archivos de Edmund Cork, el agente literario de Agatha, servirán para resolver el misterio sobre los días que estuvo desaparecida?

El médico levantó la vista del suelo, miró al frente y dijo:

—¿Quién sabe? Agatha siempre guardaba un final inesperado.

VII

A medida que se acercaban a su destino, Agatha se sentía más nerviosa. Trataba de distraerse admirando el majestuoso paisaje por el que transitaban, salpicado de pinares y frutales tropicales, entre los que creyó distinguir mangos, papayas, guayabas y aguacates. Incluso consintió en escuchar la lección de ornitología que le regaló Elliot Lloyd gratuitamente, pues resultó ser todo un especialista. Mientras él señalaba gavilanes, pinzones azules y otras especies que acertaron a cruzarse con ellos, la escritora asentía y sonreía, fingiendo un inexistente interés.

Cuando llegaron a las primeras casas del Puerto de las Nieves, el doctor detuvo el Hispano-Suiza. Se apearon y contemplaron las casitas blancas y azules que asistían en silencio al maravilloso espectáculo de aquel mar azul que besaba incesantemente las faldas de unos imponentes acantilados.

Apenas habían tenido tiempo de respirar la brisa del mar y situarse cuando Agatha escuchó la voz de Yurena. La joven le pareció aún más bella sin el traje de servicio que debía llevar en el hotel. Su piel se le antojó más trigueña y su cabello más negro. Se acercó a ellos corriendo y con una maravillosa sonrisa prendida en su rostro.

—Mi madre les aguarda —anunció—. Muchas gracias por venir. Mi casa está aquí cerca. Espero que sepan disculpar nuestra humildad.

Lo dijo nerviosa, casi avergonzada. Ambos la siguieron compartiendo un incómodo silencio hasta una pequeña casita de pescadores situada sobre el mismo puerto.

—Eres muy afortunada —opinó Agatha para romper el hielo—. Puedes disfrutar de esta belleza cada día. Y tu casa —añadió— parece encantadora.

La joven le regaló una mirada cargada de agradecimiento. Agatha supuso que debía de temer que unos extranjeros como ellos no considerasen a su familia y a su humilde vivienda de su misma estatura. Lloyd, que parecía haber tenido la misma intuición, demostró su calidad humana al recordar sus orígenes.

—Mi infancia transcurrió en una casa mucho más pequeña que la tuya y, desgraciadamente para mí, no disfrutaba del calor del sol ni de un mar tan azul. Mis padres lograron sacarnos adelante, a mis cinco y hermanos y a mí, a duras penas.

La muchacha lo miró desconcertada. Resultaba evidente que no había contemplado la posibilidad de que un doctor inglés procediera de una familia humilde.

En ese momento, vieron aparecer a la mujer que Agatha recordaba del día en que la señorita Granger se ahogó. Portaba un discreto vestido azul y una rebeca negra. El cabello, como recordaba, lo llevaba recogido en una cola de caballo.

—Mamá, estos son el doctor Lloyd y la señora Christie —dijo Yurena. Miró a los dos ingleses y añadió—: Es mi madre, Marta.

La mujer esbozó una tímida sonrisa y les ofreció su mano a modo de saludo. Al estrecharla, Agatha advirtió los callos que el duro trabajo había esculpido en ella. Ya en el interior, las dos mujeres les condujeron hasta una pequeña pero pulcra salita donde les ofrecieron un aromático café y unas galletas caseras que resultaron ser excelentes.

Marta no dominaba lo suficiente el inglés como para mantener una conversación, pero con la ayuda de Yurena pudieron conocerla mejor. Su marido, el padre de la joven, estaba en el mar, pescando. Como la mayoría de los lugareños, era marinero, mientras que ella trabajaba en el campo. Germán, que así se llamaba el hombre de la casa, y Marta habían perdido a un hijo varón años atrás. Se lo tragó el mar durante una tormenta. El joven era marinero, como su padre.

Por su parte, Elliot y Agatha explicaron quiénes eran y a lo que se dedicaban. Al saber que aquella inglesa era escritora, Marta abrió los ojos, incrédula. Nada le habría gustado más que saber leer, se avergonzó, pero apenas sabía lo imprescindible. Consideró maravilloso ser capaz de inventar historias y poder ganarse la vida con ello.

—No se crea que la literatura da mucho dinero —se apresuró a aclarar la aludida—. La mayor parte del pastel se la llevan los editores, si no todo. Y luego están los impuestos, que se comen casi el resto.

Marta meneó la cabeza, desconcertada. No alcanzaba a entender que, si Agatha era la escritora, hubiera otros que se aprovecharan de su esfuerzo del modo en el que ella lo describía.

Al cabo de media hora de charla, pareció que Marta les consideró gente de fiar y abordó el asunto que los había llevado hasta su casa. Yurena tradujo sus palabras.

—La señorita que se ahogó en la playa no estaba en ningún apuro cuando su compañera se acercó hasta ella —aseguró con aplomo. Había entornado los ojos y parecía estar recreando la escena en su mente—. Yo estaba cerca de la playa, por pura casualidad, y me llamaron la atención aquellas dos extranjeras nadando solas. No sé por qué, me quedé mirándolas y vi lo ocurrido. Su amiga, la del gorro verde, se acercó hasta ella y le hundió la cabeza bajo el agua. Fue todo bastante rápido y, a pesar de que la mujer agredida forcejeó hasta el punto de que llegué a temer por la vida de las dos, finalmente cedió. No se ahogó —afirmó la madre de Yurena buscando con su mirada los ojos de Agatha—, sino que su amiga la asesinó.

Lloyd y la escritora se quedaron en silencio largo rato, digiriendo aquella historia que, aunque Agatha ya la conocía a través de Yurena, en la voz de su madre adquiría matices estremecedores. No podía asegurar que lo que Marta les había confesado fuera la verdad de lo ocurrido, pero desde luego aquella mujer estaba convencida de su versión.

—¿Por qué habría de asesinar una señora a su dama de compañía?

Agatha planteó aquella pregunta en voz alta una vez más. Se la había formulado a sí misma muchas veces desde el día en que todo ocurrió, sin ser capaz de responderla.

—No lo sé —admitió Marta—. Pero lo que les cuento es lo que sucedió.

Agatha intercambió con Lloyd una mirada y él se encogió de hombros.

—¿Había alguien más junto a usted? —preguntó a Marta.

Esta negó con la cabeza tras escuchar a su hija traducir la pregunta. Las demás personas que llegaron después a la playa no parecían haberse dado cuenta de lo ocurrido, explicó. Ni siquiera el hombre que sacó del agua a las dos bañistas con su barca.

Agatha y Lloyd permanecieron unos minutos más en casa de Marta charlando sobre asuntos triviales, intentando conocer un poco más la vida cotidiana de los lugareños y también las historias de aquella isla. Finalmente, se despidieron de aquella mujer de mirada profunda y cabello negro como el tizón. En el umbral de su puerta, mientras les sonreía, vaticinó:

—El espíritu de la difunta atormentará a su asesina.

Lloyd hizo un mohín que Agatha no acertó a interpretar, pero ella se estremeció. Yurena les acompañó hasta el automóvil y se despidió de ellos hasta el día siguiente.

—Prometo leer sus libros —dijo mirando a Agatha, agradecida.

La novelista le sonrió.

Ni Elliot Lloyd ni Agatha dijeron una sola palabra durante bastante rato. Ella supuso que el doctor también le estaba dando vueltas a las consecuencias que tendría para la señora Helier que la versión del suceso que acababan de escuchar fuera cierta. Pero cuando al fin el médico abrió la boca lo hizo para preguntar algo de lo más inesperado.

—¿Usted se ha creído esa historia de que el espíritu de la difunta Audrey Granger perseguirá a la señora Helier?

Agatha tardó en reaccionar, y no tanto porque no tuviera una posición a propósito de la existencia de los espíritus, sino porque la pregunta la había cogido desprevenida.

—¿Cómo podría saberlo? —se escabulló.

—Ya, pero ¿usted cree en eso? Me refiero a los espíritus.

—Hubo un tiempo en el que me interesó ese tema —confesó—. Incluso me dio por leer a los teósofos. Pero no tardaron en aburrirme. Me parecieron bastante falsos, y lo mismo me sucedió con los médiums.

—Luego no cree en esas historias —coligió.

—No he dicho que no crea en los espíritus, sino en los médiums y en los teósofos —matizó.

Realmente, sí creía, pero no le apetecía confiar al doctor que hubo un tiempo en el que estuvo a punto de contraer matrimonio con un fanático creyente del espiritismo y que tal vez por eso acabó recelando de ese mundillo.

Su relación con Wilfred Pirie, que así se llamaba aquel joven, fue una equivocación. Era hijo de unos amigos de su familia y cuando se comprometieron extraoficialmente era subteniente de la Marina Real y con frecuencia visitaba Torquay.

Lo cierto era que se llevaban bien. Ambos disfrutaban con la lectura y comentaban los libros que leían. Agatha se sentía tan a gusto a su lado que llegaron a prever su boda para un par de años después. Incluso decidieron fijar su residencia en Southsea o en Plymouth. Pero, lentamente, a ella le entró vértigo ante aquella perspectiva. Cada vez que imaginaba su futuro casada con Wilfred, se estremecía de aburrimiento. Ni siquiera que los dos adorasen a su perro le hizo cambiar de idea, y, cuando comenzó a interesarse por el espiritismo y la arrastró con él a aquel mundillo, todo se precipitó. Cada dos por tres le contaba un nuevo suceso vivido por unas chicas de Portsmouth que, al parecer, tenían espantosas visiones mientras caían en trance. Cada vez con más frecuencia, la conversación se llenaba de casas encantadas y fantasmas, hasta que un día telefoneó desde Portsmouth anunciándole a Agatha que había tenido noticia de la inminente partida de una expedición en busca de tesoros maravillosos a Sudamérica y que las médiums le habían garantizado que descubriría la ciudad de los antiguos incas. A continuación, le pidió su opinión sobre si debía embarcarse en aquella aventura. Y ella se la dio, generosa. Le dijo que, por supuesto, debía embarcarse y que no le cabía la menor duda de que encontraría la ciudad de marras. Las médiums no podían equivocarse, afirmó poniendo el punto y final a su vaticinio.

Cuando colgó el teléfono, se sintió ligera y libre. Pero su madre se disgustó al saber que Wilfred no sería su yerno.

—Hasta cierto punto, es lógico —opinó Lloyd arrancándola de sus recuerdos.

—¿El qué? —se interesó ella.

—Que el espíritu de alguien a quien has asesinado te atormente.

Agatha pensó en la señorita Helier, que parecía haber engordado desde la muerte de su dama de compañía, y consideró poco acertado el pronóstico del doctor, pero no fue eso lo que dijo.

—Me parece bastante plausible —concedió.

Y, en el fondo, lo creía posible, porque siempre le habían interesado los sucesos sobrenaturales. Sin ir más lejos, tras haber publicado *El hombre del traje de color castaño*, la cuarta novela que entregó al miserable editor de The Bodley Head, le envió una historia que contenía relatos sobrenaturales, pero la rechazaron. La habían obligado a firmar un contrato leonino y encima exigían un determinado tipo de libros. Argumentó, justamente enojada, que en ninguna cláusula del acuerdo se leía que los cinco libros que debía escribir para ellos debieran ser novelas policíacas.

—De modo que sí cree que los espíritus puedan interferir en el mundo de los vivos —insistió el doctor.

Agatha lanzó un sonoro suspiro. Era evidente que su amigo no se rendía.

—No lo sé con seguridad —admitió—, pero he oído muchas historias que dan que pensar.

Él asintió y pareció dejarse arrastrar por algún pensamiento o algún recuerdo, cayendo en un mutismo que Agatha agradeció enormemente. Por un instante, había temido que fuera a preguntarle sobre aquel vidente a quien, al parecer, consultó su admirado sir Arthur Conan Doyle con el propósito de ayudar a la policía a localizarla en aquellos días que no quería recordar y de los cuales únicamente conversaba con su cuaderno de notas.

Llegaron al hotel Metropole sin mayor novedad. El doctor detuvo el Hispano-Suiza y se apresuró a abrirle la puerta a Agatha gentilmente. A continuación, se despidió de ella con una sonrisa. Antes de que se fuera, la escritora le preguntó qué creía que debían hacer a continuación y Lloyd dijo:

—Obremos con cautela. Hagamos nuestra propia investigación del asunto.
Agatha asintió, aunque no sabía muy bien a qué se refería Lloyd. Por más vueltas que le daba, no acertaba a ponerse en la piel de Hércules Poirot.

8

Torquay ofrecía al despertar un rostro diferente, empapado por una fina llovizna. Gala observaba, distraída, los caprichosos y efímeros dibujos que las gotas de lluvia trazaban sobre el improvisado lienzo de cristal de la ventana.

—Una mañana muy británica —comentó Arturo a su espalda.

Acababa de salir de la ducha y se disponía a vestirse para llevar a *Pilgrim* a dar su paseo matinal. Era una vieja costumbre que cumplían a rajatabla siempre que viajaban. Arturo se levantaba antes, se duchaba y salía con su perro mientras ella se aseaba y se vestía. Después, ambos acudían al comedor para dar cuenta del desayuno y su mascota aguardaba pacientemente su regreso.

—Hernán habría preferido un sol espléndido para su gran día —conjeturó Gala con aire ausente.

Arturo miró a su esposa, preocupado. Intuyó lo que le rondaba por la cabeza.

—¿Aún sigues con eso? —preguntó—. ¿En serio tienes un mal presentimiento?

Ella no respondió. La noche anterior, antes de dormir, habían hablado sobre aquel asunto. Gala había terminado por hacer suyos los temores de Gaspar Velarde, a pesar del escepticismo con que acogió sus argumentos inicialmente en el barco. Por más que lo intentaba, no lograba sacudirse de encima el barrunto de estar en el umbral de una tragedia.

—Bueno, salgo con *Pilgrim* —anunció Arturo con tono despreocupado. Antes de hacerlo, puso un chubasquero de color rojo sobre el lomo de su perro, le miró complacido y avisó—: Hoy toca mojarse un poco, compañero.

La habitación quedó extrañamente silenciosa cuando ambos se marcharon, lo que acentuó el malestar de Gala. Tal vez, se dijo, debía haber cambiado su rutina y haberlos acompañado. Le habría venido bien, imaginó, evitar la soledad para no pensar de nuevo en las enigmáticas palabras que el día anterior había pronunciado el doctor. «Agatha siempre guardaba un final inesperado».

Le parecía estar escuchando todavía a Gaspar cuando llegaron al número 529 de Babbacombe Road y se detuvieron ante un edificio de piedra de color pardo. En la primera planta, Gala pudo contar ocho ventanales rectangulares, mientras que la segunda se adornaba con cinco enormes cristaleras enmarcadas por arcos levemente apuntados. Tres escalones separaban la acera de la entrada al edificio, cobijada bajo unas arquivoltas a juego con los ventanales del segundo piso. Sobre ella se leía la palabra «Museum» grabada en letras blancas. Por encima, en un friso desconchado, había otra inscripción: «Torquay Natural History Society».

La presencia de *Pilgrim* impidió que los tres humanos pudieran entrar juntos al museo. Y Gala, que conocía muy bien al niño que aún se ocultaba dentro del corpachón de su marido, se apresuró a ofrecerse a cuidar del perro mientras él daba cuenta del festín que, sin duda, le aguardaba en el interior de las instalaciones. Según Arturo había leído y el médico les confirmó, en el museo se podían admirar novelas, trajes y anotaciones personales de Agatha. Arturo se moriría de envidia si fuera el último en ver todos aquellos tesoros. El doctor, educadamente, propuso quedarse haciendo compañía a Gala. Además, recordó, él ya había visitado el museo en otras ocasiones.

Segundos después, Gala y Gaspar cruzaron la calle para adentrarse en una zona ajardinada situada frente al museo. Allí, la escritora dejó libre a *Pilgrim* para que corriera y olfateara a sus anchas. La novelista paseó la mirada por las casas coloniales que había junto al museo y que contrastaban con las clásicas viviendas inglesas de ladrillo rojo situadas junto a aquel parque.

El doctor parecía disfrutar viendo correr al pastor blanco suizo. La novelista lo miró de reojo.

—¿Qué quiso decir ayer? —sondeó Gala.

—¿Sobre qué? —preguntó a su vez el médico, evasivo.

—¿A qué vino eso de que Agatha siempre guardaba un final inesperado? Fue lo que dijo cuando Arturo le preguntó si creía que la documentación que Hernán asegura haber descubierto en los archivos de ese agente literario resolverá para siempre el misterio de la desaparición de Agatha.

Gaspar se tomó su tiempo para responder. Al cabo de unos segundos, pareció haber encontrado las palabras adecuadas o haber resuelto algún conflicto interior que le recomendaba ser prudente.

—Supongo que es por esa sensación extraña que parece que usted ha comenzado a percibir también —dijo—. Hay cosas que me resulta difícil no tener en cuenta. Ya sabe, la incómoda situación que se generó en el barco cuando Mercedes y ese escritor, Luis Gonzalvo, ventilaron en público sus diferencias y él profetizó que un día ella se arrepentiría del menosprecio con el que, a su juicio, se le trataba. Y luego está el lío que se trae Santos con su secretaria y el modo en que Mercedes la mira. Por no mencionar la discusión de Edgar con su esposa que escuchamos en el jardín del hotel. —Gala guardó silencio, pensativa—. Usted misma lo ha dicho —prosiguió Gaspar—: la editorial ha arriesgado económicamente, hipotecando tal vez su futuro. Tienen prevista una tirada enorme para sus posibilidades y para los tiempos que corren y su situación económica es crítica, por lo que he oído. Si lo que Hernán cree haber descubierto no es la verdad de lo ocurrido...

—¿Y quién podría desmentirlo si así fuera? —planteó Gala, extrañada.

—Por eso digo que nunca se sabe, que Agatha siempre guardaba un final inesperado —insistió el doctor, esquivo—. Estoy ansioso por leer lo que ha escrito nuestro querido Hernán.

Gala buscó la mirada de su acompañante con la esperanza de encontrar en ella la explicación que, intuía, Gaspar le estaba hurtando. Pero aquellos ojos grises parecían serenos y su propietario sonreía viendo jugar a *Pilgrim* en el parque. Sin darse cuenta, el curso de los pensamientos de Gala varió y se encontró a sí misma imaginando cómo habría sido la difunta esposa del doctor.

—¿Tuvieron ustedes hijos? —se interesó.

Gaspar se volvió hacia ella. Gala se encontró de pronto ante un hombre distinto. Tenía una expresión de tal abatimiento, descubrió en sus ojos un desconuelo tan insoportable que de pronto nada quedaba en el médico que recordara al galán cinematográfico.

—No nos fue posible —reveló, melancólico—. Ella no podía...

—¡Lo siento! —se excusó Gala—. Le ruego... ¡Perdóneme!

El doctor logró evitar una lágrima gris.

Media hora más tarde, Arturo regresó con una sonrisa en el rostro. Atropelladamente, explicó que acababa de encontrarse con el actor que en aquella edición daba vida a Poirot en los actos incluidos en el festival anual.

—En el museo no permiten hacer fotografías —informó—, pero el tipo me ha dejado retratarle. —A continuación, mostró orgulloso en la pantalla de la cámara digital dos instantáneas de un hombre ligeramente parecido al famoso detective, aunque notablemente más alto. Vestía un traje de época gris, tal vez demasiado discreto para los gustos del hombrecillo belga. El atuendo incluía pajarita, sombrero hongo, brillantes zapatos negros y, naturalmente, un bigote que, a pesar de todo, no conseguiría jamás competir con el de Poirot.

Gala y Gaspar entraron en el museo poco después. Ellos también pudieron ver al actor y la escritora no pudo reprimir el deseo de saludarle. Sintió una sana envidia de Agatha Christie. ¡Cuánto habría dado ella por imaginar una criatura literaria inmortal como Poirot!

El museo resultó ser un edificio mucho más grande de lo que parecía visto desde el exterior. La escritora había pensado que se daría de bruces con la colección dedicada a Agatha nada más entrar en él, pero el folleto informativo que se entregaba a los visitantes y el propio doctor la sacaron de su error.

—Agatha es la mayor celebridad de Torquay —aclaró Gaspar, imaginando la sorpresa de la escritora—, pero el museo no está dedicado a ella en exclusiva.

Antes de llegar a la sala consagrada a la novelista atravesaron una muestra de arte egipcio, otra donde se ofrecía una magnífica información sobre la prehistoria en Devon y también una recreación de la vida rural en la comarca en tiempos antiguos. Pero al fin alcanzaron su objetivo.

En aquel rincón del museo se había recreado el salón de la vivienda de Poirot y había varias vitrinas en las que se exhibían trajes del propio detective utilizados en la serie televisiva en la que el actor David Suchet encarnaba al coqueto Hércules. En otra de las vitrinas aguardaba al visitante un abrigo de piel que había pertenecido a la propia Agatha. Gala se demoró, absorta, admirando algunas ediciones de las principales novelas de la Reina del Crimen, papeles con anotaciones de su puño y letra y paneles informativos donde se podían ver fotografías de ella en diferentes momentos de su vida. —¿Ha visto a la señorita Marple? —susurró el doctor, sacándola de su ensimismamiento. —¿La señorita Marple? —dijo Gala, intrigada.

Gaspar esbozó una sonrisa y señaló una vitrina en la que aparecía uno de los típicos vestidos utilizados en la serie de televisión que recreaba las aventuras de la popular anciana. Gala intentó aprovechar la ocasión para satisfacer su curiosidad.

—Nos ha dicho que durante sus años jóvenes, en la universidad, todos ustedes, quiero decir, Santos, Mercedes y los demás, discutían acaloradamente sobre las novelas de Agatha. —El médico asintió en silencio—. Tuve la impresión de que hubo fuertes diferencias entre ustedes —añadió Gala.

—Tampoco llegamos a las manos —matizó Gaspar—. Éramos lo que ahora los jóvenes llaman coloquialmente «frikis». Cada uno tenía su novela favorita o su personaje predilecto.

—¿Cuál era su novela de cabecera?

—Yo diría más bien que me decanto por una década de su larga producción —respondió el doctor, un tanto evasivo—. Nunca estuvo tan brillante como en el periodo comprendido entre 1930 y 1940. —Advirtió la duda en Gala y aclaró—: Ya sabe, los años de *Diez negritos*, *Asesinato en el Orient Express*, *La muerte de lord Edgware*, *Cartas sobre la mesa*, donde como usted bien sabe aparece por primera vez el personaje de Ariadne Oliver, y *Telón*, la última aventura de Poirot, que fue escrita posiblemente a comienzos de los cuarenta, aunque no se publicó hasta 1975 por razones comerciales impuestas por la propia Agatha.

Gala observó en silencio el vestido de la señorita Marple.

—¿Y ella? —preguntó.

—¿La señorita Marple? —Gaspar Velarde contempló la vitrina—. Ella también apareció por primera vez en esa época. *Muerte en la vicaría* se publicó en 1930, si no me falla la memoria.

—Me refiero a si alguno de ustedes la tenía como su heroína predilecta.

El doctor hizo memoria durante unos segundos.

—No. Me temo que no. Supongo que todos éramos urbanitas y nos seducían más Poirot u otras tramas que las protagonizadas por la ancianita más perspicaz de Saint Mary Mead, el pueblo de ficción que Agatha se inventó para ella. —Una chispa brotó en la mirada de Gaspar, como si una idea hubiera prendido en el interior de su mente reflejándose en el cristal de sus ojos. A continuación añadió—: He leído que Agatha pudo inspirarse en su propia abuela para dar vida a Marple, y creo que le sucedió con ella lo mismo que con Poirot, que no había modo de quitársela de encima. La consecuencia fue que, como con el hombrecillo bigotudo, las novelas pasaban y pasaban y la señorita Marple no envejecía nunca. Calculo que, cuando se publicó *Un crimen dormido*, en 1976, la anciana debería haber rebasado con creces el centenario.

Antes de salir del museo, Gala expresó al doctor su deseo de visitar la tienda de regalos. —Voy a comprarle algo a Arturo —anunció—. Ya se habrá dado cuenta de que está disfrutando en este viaje como un niño.

Gaspar asintió, sonriente.

Gala adquirió un bolígrafo, una fotografía de gran tamaño de Ashfield, la casa natal de la escritora, y algunos otros productos en los que la novelista aparecía de un modo u otro. Antes de salir en busca de su marido y de su perro, se dirigió al doctor con gesto grave.

—¿En serio tiene usted un mal presentimiento sobre el libro de Hernán?

—Los libros no son peligrosos por sí solos, incluso cuando narran asesinatos —respondió Gaspar—. Habría que temer a las personas que son capaces de planear esos crímenes.

Por alguna razón, aquellas palabras del doctor habían impedido a Gala conciliar el sueño. La idea de que una sombra planeaba sobre el maldito libro de Hernán Valdés había arraigado en su interior y le encogía el estómago.

La estancia estaba abarrotada cuando Gala y Arturo entraron. Resultaba evidente la enorme expectación con la que se aguardaban las palabras de Santos por parte del público que se había dado cita en el salón que el Imperial Hotel había reservado para el acto.

El editor, sentado a la izquierda de la gran estrella, Hernán Valdés, se ajustaba la corbata alrededor del immaculado cuello de su camisa. A la derecha del autor, una sonriente Mercedes Sádaba lucía sus mejores galas —un maravilloso vestido Coco Chanel de color blanco, labios estudiadamente pintados, espectacular collar de plata alrededor del cuello, ojos pulcramente enmarcados de negro..., pero, como de costumbre, su cabello parecía extrañamente despeinado—. A la izquierda de Santos, Edgar miraba nervioso la repleta sala de suelo enmoquetado y paredes con papel pintado propio de la época de Agatha Christie. La tensión de su rostro contrastaba con la sonrisa de actor de cine que exhibía Hernán y aún más con el despliegue de despreocupada coquetería de su madre.

Gaspar Velarde hizo un gesto a Gala con la mano. La novelista lo vio. El doctor ocupaba una de las austeras sillas de color marrón sin brazos que el personal del hotel había alineado pulcramente. Estaba en una discreta tercera fila y, al parecer, había guardado dos asientos para el matrimonio. Arturo se acarició el bigote con nerviosismo y lamentó haber sido el último en llegar.

Una vez acomodados, Gala clavó sus dedos en el antebrazo de su marido. Era el gesto familiar que anunciaba que la escritora había visto algo sorprendente. Arturo siguió la dirección de la mirada de su esposa y sorprendió a Santos haciendo un guiño a Irma. La secretaria no se inmutó. Parecía enojada.

—Parece que las cosas no están muy bien entre esos dos —murmuró Arturo.

—Pues aquella tampoco parece muy contenta —cuchicheó Gala mirando a Sandra Abarca. La atractiva y superficial esposa de Edgar apretaba los labios y miraba con desdén la mesa presidencial. A juzgar por el gesto que dibujaba su nariz, se diría que había captado un pestilente olor que a los demás les pasaba desapercibido.

—Después de lo que escuchamos en el jardín, preferiría no verla enfadada nunca —comentó Arturo—. Menudo carácter tiene la morena. Lo lamento por Edgar.

Gala estaba nerviosa. No se lo había confesado a su marido, pero algo aleteaba en su estómago. Lanzó una mirada furtiva al doctor. Gaspar, concentrado, no apartaba la vista de la mesa presidencial. Buscando calmar los nervios, Gala contempló el mar. El tiempo parecía mejorar y la luz del sol entraba tímida por los ventanales que miraban a la bahía.

—Al fin vemos la portada —dijo Arturo, que sospechaba a qué se debía la expresión ausente de Gala. Para traerla de vuelta al mundo de los mortales, nada mejor que aguijonear su ego, decidió—. Tendrás que admitir que es magnífica.

Tras la mesa presidencial, una enorme reproducción de la portada del libro, *Enigma Agatha: caso cerrado*, ocupaba una buena porción de la pared. En primer plano aparecía parte del rostro de una Agatha Christie madura, pero los ojos habían sido tratados de tal modo que atrapaban al espectador, que se sentía irremediamente traspasado por aquella mirada que asustaba tanto como si su dueña estuviera contemplando sus más íntimos secretos. En un segundo plano, al fondo, se reconocía el Morris Cowley de la novelista abandonado y envuelto en la niebla, recreando el momento en que fue encontrado tras la desaparición de la escritora. Junto al vehículo, como si estuviera estudiando la escena de un crimen, la inconfundible silueta de Hércules Poirot.

—No está mal —bufó Gala, picada.

Arturo logró evitar una sonrisilla.

Sobre la mesa presidencial había ejemplares de la obra hábilmente dispuestos, de modo que muchos ojos de Agatha escrutaban la sala. Alguien —Gala presumió que Irma— había construido varias columnas de libros a ambos lados. Volvió a espiar al doctor por el raballo del ojo y recordó sus palabras del día anterior a propósito de lo que se jugaba la editorial con aquel libro, del cual había realizado una tirada anormalmente alta para los tiempos que corrían. También reparó en que los periodistas tenían entre sus manos un dossier informativo, además de ejemplares firmados por el autor.

—Todo un montaje —juzgó Gaspar, saliendo al fin de su silencio—. Han venido muchos medios ingleses.

—Está claro que Edgar se lo ha currado —admitió Gala en un tono mucho más agrio del que hubiera deseado para no descubrir su orgullo herido.

Arturo lanzó una severa mirada a su mujer. Desde el otro extremo de la fila de sillas que ocupaban, Paco Sainz de Villena y Encarnación les sonrieron. Ella parecía tan feliz como de costumbre, pero Gala creyó percibir una tensión contenida en el rostro del veterano periodista.

Santos reclamó la atención del auditorio y lo hizo en inglés, en consideración al nutrido grupo de medios informativos llegados aquella mañana desde Londres. Pidió excusas por ello a los periodistas españoles, a quienes prometió que posteriormente Hernán respondería a todas las preguntas que desearan formularle. A renglón seguido, el editor ensalzó el trabajo que allí se presentaba, proclamando que todos y cada uno de los rincones de la vida de Agatha Christie que hasta entonces no estaban suficientemente iluminados lo estarían espléndidamente tras la lectura de aquella obra. Subrayó como era debido el apasionado esfuerzo que Octubre Ediciones había acometido para que la empresa llegara a buen puerto y confesó que habían creído en el proyecto desde el mismo día en que Hernán les habló del tema por primera vez, cuando todavía no había escrito una sola de las más de cuatrocientas páginas que ahora formaban aquel volumen editado en tapa dura. Concluyó su intervención recordando los éxitos de ventas que jalonaban la trayectoria literaria del autor y vaticinó que todas esas cifras de ventas quedarían ampliamente superadas por su nuevo hijo literario.

Se escucharon unos tímidos aplausos. Gala descubrió que los palmeros eran Irma, Paco y su esposa. Se sintió avergonzada, y aún más cuando vio la áspera mirada que Mercedes dedicó a la secretaria antes de tomar ella misma la palabra. Los periodistas británicos habían escuchado el discurso sin mover un músculo. En su rostro se mezclaba el escepticismo y ciertas gotas de ironía que se adivinaban en la curva de alguna sonrisa. Gala supuso que no les haría demasiada gracia que un español viniera a darles lecciones sobre la vida de una celebridad nacida en Devon.

—Antes de que Hernán nos hable de su libro —abrió su intervención Mercedes, lanzándole una sonrisa bobalicona al escritor—, debo decirles que tras el acto Octubre Ediciones les ofrecerá un cóctel. Igualmente, y para engalanar la presentación de esta obra como se merece, invitaremos a quien lo desee a participar en un sencillo juego que habría hecho las delicias de la propia Agatha.

Gala apretó el brazo de su marido, abochornada. Edgar carraspeó, visiblemente incómodo, y su esposa frunció tanto el ceño que convirtió su bello rostro en una máscara que asustaba. Pero Mercedes no lo advirtió. Antes al contrario, parecía feliz sintiéndose el centro de atención con su bonito vestido de Coco Chanel, su maquillaje y todos los demás complementos.

Británicos y españoles por igual abrieron la boca sin saber qué decir cuando la esposa de Santos les explicó que había ideado un juego similar al diseñado por Ariadne Oliver en la novela *El templo de Nasse House*. Mercedes confesó que aquella era su novela favorita de cuantas Agatha había publicado y recordó brevemente que en ella Ariadne había sido invitada a una fiesta con el fin de que, dada su habilidad para urdir asesinatos de ficción en sus novelas, organizara la Persecución del Asesino, un entretenimiento consistente en ofrecer a los jugadores pistas, sospechosos y víctimas de ficción. Ganaría quien fuera capaz de descubrir al criminal.

—Pues espero que la cosa no acabe como en la novela —murmuró Arturo sin mover apenas su bigote.

Gala tragó saliva. El mal presentimiento regresó bruscamente. En aquella novela, Ariadne se decide a llamar a su amigo Hércules Poirot porque sospecha que alguien la está utilizando y que toda aquella pantomima del juego no era sino una excusa para que se cometiera un asesinato real, como finalmente ocurrió.

Mercedes, resuelta, invitó a todos aquellos que más tarde quisieran sumarse al juego a que se acercaran al término del acto hasta la mesa, donde ella les ofrecería todo lo necesario para disfrutar del pasatiempo.

Cuando se acallaron los murmullos en la sala, llegó el turno de Hernán. El orgulloso autor vestía un traje negro, camisa azul celeste, no llevaba corbata y los brillantes gemelos en los puños hablaban de su éxito como lo haría un diente de oro en otro tiempo y en otro rostro que no estuviera tan pulcramente rasurado y bronceado. Antes de abrir la boca, recorrió el auditorio con la mirada con idéntica confianza con la que lo haría un predicador que sabe que tiene ganado a su rebaño.

—Señoras, señores, les presento hoy el trabajo de toda una vida —proclamó con aplomo—. Porque de eso se trata. Hoy he querido que estuvieran aquí, acompañándome, amigos de los viejos tiempos, de los años de universidad, cuando todos éramos un poco más jóvenes —sonrió con complicidad a sus editores y a los otros aludidos—, pero no menos apasionados lectores de Agatha. ¿Cuántas veces entonces nos interrogamos sobre los motivos que pudo haber tenido Agatha para desaparecer el día 3 de diciembre de 1926?

»Esa pregunta, que supuestamente ha sido respondida en otros libros y por otros autores, seguía para mí sin solución a pesar de todo. Nunca acepté esas teorías. Y les aseguro que he leído cuanto se ha publicado sobre el tema desde que era joven. No hay teoría que no haya valorado ni hipótesis que no haya desmenuzado hasta concluir que ninguna aclaraba el enigma.

»Pero ahora sí. Ahora el caso está cerrado —declaró con firmeza—. Y lo está porque yo mismo he visto la luz en las cartas que Edmund Cork, su agente literario, remitió a Agatha en respuesta a otras en las que ella misma le confiaba su estado de ánimo durante los meses previos y posteriores al incidente, cuando se enfrentaba a la decisión de acceder al divorcio que su marido solicitaba. Se trata de un material inédito al que he tenido acceso.

Gala se removió inquieta en el asiento. La pedantería de Hernán le resultaba insoportable e hizo todo lo posible por desconectar su mente hasta que, finalmente, lo logró. Lo consiguió poniendo todo su interés en examinar el rostro de cada uno de los presentes. Algunos parecían sinceramente interesados en lo que Hernán decía; otros miraban de reojo las bandejas de canapés. Algunos periodistas españoles echaban un vistazo al dossier que Irma les había entregado, mientras que otros tomaban fotografías del orador.

En la segunda fila descubrió a Luis Gonzalvo. Desde donde Gala estaba sentada no podía ver bien su rostro, pero, a juzgar por su expresión corporal —repantigado en el asiento, con la cabeza ladeada como de costumbre hacia la derecha y apoyada sobre su mano, como si estuviera inmerso en una reflexión fuera del alcance de toda aquella gente—, dedujo que estaría cavilando alguna escena de la memorable novela que había prometido discurrir.

Tan ensimismada estaba en su escrutinio que Gala no advirtió que se había abierto el turno de preguntas, y no reparó en ello hasta que un periodista de algún medio británico sentado tras ella se levantó y abrió el fuego.

—¿Cuál es entonces su teoría sobre los días perdidos de Agatha? ¿Puede ofrecernos un titular antes de que leamos el libro?

Hernán sonrió.

«El muy cabrón parece más joven de lo que es —pensó Gala—. ¿Cómo se las arreglará para conquistar a chicas como esa periodista?». Observó a María Blanco, que miraba embelesada al escritor. Gala incluso llegó a construir escenas en su mente que explicaran aquel misterio, pero las espantó antes de que la respuesta resultara demasiado explícita. Para cuando lo hizo, Hernán ya había respondido al reportero británico y ella no se había enterado.

—¿Qué ha dicho? —preguntó a su marido.

—Un ataque de celos —respondió Arturo en voz baja—. ¿En qué pensabas? ¿No lo has oído? —Gala negó con la cabeza—. Según las cartas del agente literario, se volvió loca de celos. Quería llamar la atención y... luego te lo explico —murmuró Arturo, enojado. Otro periodista pidió la palabra. No era el típico británico pelirrojo y desgarrado. Se trataba de un sujeto robusto, provisto de un cuello cuyo diámetro era mucho más que poderoso y una cabeza a juego adornada con un cabello tan abundante como negro. Lucía una barba descuidada, que parecía el complemento adecuado para su desaliñado aspecto.

—¿Cree que beneficiará a las ventas de su libro el asesinato del profesor Colin Lloyd? — se interesó.

Gala, que no dominaba el inglés tanto como le habría gustado, creyó haber entendido mal la pregunta. ¿Un asesinato? ¿Quién era Colin Lloyd? Miró a su marido y, por la expresión de su rostro, supuso que Arturo estaba tan sorprendido como ella. En cambio, Hernán había empalidecido, pero no más que Santos y Mercedes, cuyos rostros eran todo un poema. Edgar, sin embargo, parecía no entender la pregunta. Luis Gonzalvo abandonó de pronto su pose filosófica y descendió a interesarse por lo que allí se decía. —Colin Lloyd —repitió el periodista—, el autor del libro *Agatha: de Styles a Telón*. Hasta ahora todo el mundo ha tenido en alta consideración su versión sobre la vida de Agatha y el modo en que explicaba lo ocurrido en esas fechas. Sin duda, no tiene nada que ver con su teoría.

Hernán había perdido por completo su seguridad. Balbucía alguna palabra sin llegar a componer una respuesta coherente. Finalmente, se le vio dar un sorbo al vaso de agua que tenía delante y pareció recomponerse lo suficiente como para repeler el ataque.

—Naturalmente que sé quién es... o era el profesor Lloyd —respondió—. Conozco su obra, aunque creo sinceramente que estaba equivocado en su tesis a propósito de que Agatha buscaba únicamente dar publicidad a la novela que tenía en el mercado en aquel momento, *El asesinato de Roger Ackroyd*. Pero desconocía que hubiera muerto.

—Asesinado —matizó el periodista con agilidad—. Aparece hoy en la prensa. —Exhibió, orgulloso, una página del periódico al que representaba y resumió la noticia—: Fue encontrado por la mujer que servía en su casa, en Winchester. Lo habían apuñalado en el pecho. Estaba sentado en un sillón de su biblioteca, junto a la chimenea, y al parecer no hay ni un solo testigo que haya visto al asesino. Y como la entrada no había sido forzada ni tampoco ninguna ventana y no hay evidencias que permitan pensar en un robo, la policía cree que lo mató alguien a quien el profesor conocía y al que había permitido entrar en su casa.

—¡Cielo santo! —exclamó Mercedes.

Gala no entendía a qué venían tantos aspavientos por el tal Lloyd. En ese momento, sintió el codo de Arturo clavándose en sus costillas. Su marido le indicó con un gesto a Sandra, la esposa de Edgar. Parecía entusiasmada.

—Esa, por vender libros y salvar su culo, se alegraría por la muerte de Papá Noel — refunfuñó Gala.

Durante unos minutos, el salón se convirtió en un gallinero. Los ingleses hablaban entre sí, mientras que los periodistas españoles reclamaban su tiempo para interrogar al autor. Hernán parecía haberse repuesto tras el impacto que le había producido la noticia y fue capaz de responder con cierto aplomo a todas las cuestiones que le plantearon. Finalmente, Santos tomó la palabra para cerrar el acto. Agradeció profundamente a los periodistas, tanto españoles como británicos, su interés y confió en que todos ellos tratarían como se merecía un libro que, insistió, marcaría un antes y un después sobre la figura de Agatha Christie.

Gala escrutó el rostro de Edgar, que parecía mucho menos tenso que cuando comenzó el acto. El asesinato del profesor inglés provocaría una polvareda que ayudaría inesperadamente a las ventas del libro de Hernán. Si era eso lo que pasaba por la cabeza del hijo de su editor, y le conocía lo suficiente para sospechar que estaba en lo cierto al suponerlo, había que concluir que Edgar era un miserable.

Pero, cuando todo el mundo se disponía a levantarse, se produjo algo por completo inesperado.

—Hernán, ¿podrías decirnos si en las cartas que has descubierto hay alguna en la que la propia Agatha mencione ese enfermizo ataque de celos que la llevó a diseñar el plan que has esbozado o es el agente quien escribe sobre ello?

Todas las miradas se clavaron en el doctor Velarde, que permanecía sentado plácidamente en su silla, aparentemente ajeno al revuelo que acababa de provocar. Algunos periodistas se apresuraron a fotografiarle; los demás aguardaban expectantes la respuesta de Hernán.

—Es Edmund Cork quien habla claramente de ello, pero lo hace en respuesta a los estados de ánimo que Agatha le confiesa en otras cartas que también he podido leer — explicó Hernán, que de pronto había olvidado sonreír. Ya no parecía un predicador seguro de sí mismo.

—Ya —dijo lacónicamente el doctor.

Silencio.

La sombra que Gala había creído percibir volvió a planear por la sala y parecía ella la única que lo advertía.

Al cabo de unos interminables segundos, Gaspar insistió:

—De modo que Agatha no habla de celos en sus cartas, sino que es su agente el que lo menciona —recapituló el médico jubilado.

—¿A qué viene esto, Gaspar? —preguntó Hernán, conteniendo a duras penas una irritación que, no obstante, delataba su mirada.

—Viene a cuento de que esa explicación es falsa —aseguró el doctor, imperturbable—. No es la respuesta correcta al enigma de la desaparición de Agatha.

—¿No me digas? —inquirió Hernán arrastrando las palabras.

Un murmullo se extendió por la sala. Arturo miró a Gala con gesto incrédulo.

—¿Y cómo estás tan seguro? —intervino Santos, visiblemente nervioso.

—Sencillamente, porque Agatha escribió en un cuaderno un capítulo que nunca incluyó en su biografía. Un cuaderno que rellenó con anotaciones durante su estancia en Las Palmas de Gran Canaria, adonde viajó después de su misteriosa desaparición para descansar. Un cuaderno que, casualmente, obra en mi poder y que les mostraré a todos ustedes, si lo desean.

—Estaríamos encantados de verlo, si es que existe —gritó Edgar con rabia. Era consciente de que aquel tipo estaba hundiendo a la editorial.

—Y lo haré —replicó el doctor con la misma calma que había exhibido hasta ese momento—. Pero no hoy. Enviaré una invitación a quienes me parece que deben escuchar la verdad. Una verdad que revelaré el próximo día 3 de diciembre, coincidiendo con el aniversario del famoso incidente.

La sala enmudeció. En la mente de Gala irrumpió con violencia una frase que había escuchado el día anterior: «Agatha siempre guardaba un final inesperado».

VIII

El plan que propuso el doctor Lloyd a Agatha consistía, en primer lugar, en ganarse por completo la confianza de Courtney Helier. Era preciso, opinó, conocerla a fondo para tratar de desenmascararla. Hizo notar a su amiga que únicamente contaban con la versión del caso que les había proporcionado Marta, la madre de Yurena, mientras que todo el mundo, en cambio, creía a pies juntillas la declaración de la señora Helier, incluidas las autoridades. Sin una prueba sólida en la que apoyar la acusación, no tendrían ninguna oportunidad de ser tomados en consideración.

—Debemos averiguar más cosas sobre ella —propuso, entusiasmado—. ¿Quién es exactamente? ¿De dónde procede? Solo así podríamos llegar a entender qué motivos podía tener para asesinar a su señorita de compañía.

Agatha no podía estar en desacuerdo sobre la segunda parte de su razonamiento —eran precisas pruebas que avalaran la teoría del asesinato—, pero no tanto con la primera, porque sospechaba que podría ser más sencillo para él que para ella ganarse la confianza de aquella mujer. Agatha explicó al doctor que en alguna ocasión había creído percibir cierta mirada de recelo hacia ella por parte de Helier cuando coincidían en el restaurante del hotel.

—Tal vez pueda resultar más práctico que sea usted quien cultive esa amistad y se gane su confianza y luego comparta conmigo sus averiguaciones —sugirió—. Me temo que no le caigo demasiado bien a nuestra enigmática compatriota.

Lloyd arrugó la frente.

—¿Por qué dice eso?

—Hay cosas que las mujeres percibimos y que a los caballeros se les pasan por alto —indicó.

A juzgar por su mirada y por la expresión de su rostro, Agatha presumió que Elliot Lloyd era tan simple en sus razonamientos como la mayoría de los hombres que había conocido. Era cierto que tampoco habían sido muchos, pero consideraba el número una muestra suficientemente representativa para un análisis que permitiera alcanzar semejante conclusión. De hecho, logró escapar en un par de ocasiones del matrimonio al no precipitarse y al estudiar convenientemente el rudimentario sistema de pensamiento de sus pretendientes. Además de Wilfred Pirie, el apasionado defensor del espiritismo que partió para América con el convencimiento de que descubriría los tesoros incas, incluía en ese lote a Charles, con quien vivió un romance que a punto estuvo de conducirle al desastre.

A Charles lo conoció durante una visita a la casa de los Ralston Patrick, en Warwickshire. Tenía treinta y siete años, de modo que era bastante mayor que ella, pero la diferencia de edad tampoco resultaba exagerada. Era comandante de lanceros y la primera vez que lo vio apareció a lomos de un precioso caballo durante un día de caza, una de sus grandes pasiones. Les presentaron y saludó a Agatha muy galante.

Aquella misma noche coincidieron en un baile de disfraces al que ella acudió vestida de Elaine, con vestido de brocado y un sombrero adornado con perlas. Durante la velada charlaron animadamente y al término de la misma Charles anunció su propósito de acercarse a Devonshire, lo que hizo estremecer a Agatha.

Tres días después, cuando ya estaba con su madre en Torquay, recibió una cajita enviada por Charles. Era plateada y dorada y en la tapa se leía «The Asps», como se llamaba el lugar donde se encontraron, y una dedicatoria: «A Elaine». Junto a la cajita iba una carta en la que anunciaba su intención de visitarla, y así ocurrió.

Sin darse cuenta, Agatha se vio envuelta en un cortejo en toda regla, que incluyó bombones, flores y palabras hermosas que tuvieron el lógico efecto en una joven como ella. Charles la tenía encandilada, pero el hechizo se diluía cuando se iba, como no tardó en advertir la muchacha. Y aquella sensación fue ganando peso en su corazón.

Lo habitual en aquella época era que el padre de la chica hiciera las oportunas y discretas averiguaciones sobre el pretendiente de su hija con el fin de conocer sus antecedentes, pero Agatha no tenía padre. Hasta donde alcanzaron a averiguar, Charles había tenido varias relaciones, pero se disculpaba en un hombre que antes de contraer matrimonio hubiera tenido numerosas aventuras. Otra cosa bien distinta sería que la protagonista de esas correrías fuese una joven como ella.

De manera que Charles parecía perfecto, y así lo llegó a creer Clarissa, la madre de Agatha. Pero cada vez que trataba de imaginar el resto de su vida junto a él, a la muchacha le daba vértigo. Hasta que, con gran disgusto para su madre, rompió la relación con el joven a pesar de sus apasionadas cartas, sus bombones y sus flores.

Con el paso de los años y la experiencia de su matrimonio con Archie, ya no estaba tan segura de haber acertado al desoír las proposiciones de Charles.

Agatha estableció con el doctor una rutina consistente en encontrarse en el British Club a la hora del té y evitar cualquier conversación en el hotel Metropole que pudiera alertar a Courtney Helier sobre los planes de ambos. El resto del tiempo lo dedicó a escribir, a pasear junto a Rosalind y Charlotte y a dejar el rastro de su dolor en el cuaderno de notas, convertido ya oficialmente en su particular paño de lágrimas.

Naturalmente, no tuvo más remedio que alertar de tal circunstancia a Charlotte y a su hija, no fueran a cometer el error de hablar con el doctor en el hotel y echaran a perder la estrategia si por casualidad eran vistas por la señora Helier. A cambio, como se supondrá, la obligaron a relatarles con todo lujo de detalles lo ocurrido durante la excursión al Puerto de las Nieves.

Ambas escucharon en silencio. Charlotte, con su habitual gesto grave y contenido; Rosalind, con los ojos muy abiertos. Al finalizar su relato, su hija le espetó:

—Entonces, ¿la señora Helier es una asesina?

Agatha la reprendió con severidad. No debía decir eso, ni siquiera pensarlo, subrayó. No había prueba alguna que permitiera llegar a semejante conclusión. Le hizo ver que bien podría haber ocurrido que Marta estuviera equivocada. Igualmente, le exigió que no se le ocurriese sacar el asunto a relucir cuando, por la mañana, Yurena acudiera a sus habitaciones a realizar su trabajo.

Rosalind prometió cumplir fielmente esas instrucciones y poco después se entregó a conversar animadamente con Osito Azul.

Cuando se quedaron solas, Charlotte miró a su señora, inquieta.

—¿Puedo sugerirle que vaya usted con cuidado? —dijo, tímida.

Agatha le sonrió y se lo prometió. Sabía que Charlotte Fisher se preocupaba por ella sinceramente. Desde el mismo instante en que la vio en un hotel próximo a Lancaster Gate, donde concertó con ella una entrevista tras haber publicado un anuncio en el que requería una secretaria e institutriz, aquella joven le gustó. Tenía buena presencia, era alta, con un bonito cabello castaño, y no tardó en demostrar que sabía cómo tratar a un niño. Su padre era uno de los capellanes del rey en Edimburgo y párroco de Santa Columba en esa ciudad. Por aquel entonces, estaba al cuidado de los hijos de un millonario que vivía en Park Lane y se mostró dispuesta a incorporarse a su nuevo puesto una vez que solventase el trámite de zanjar su relación laboral en aquella casa. El hecho de que además de tener experiencia en el cuidado de los niños supiera taquigrafía y mecanografía la hacía perfecta para el puesto que Agatha deseaba cubrir. Podía dictarle capítulos de sus novelas, y eso aligeraría su trabajo, pensó. Además, resultó que Rosalind no solo la aceptó bien, sino que no tardó en llamarla cariñosamente Carlo y su comportamiento mejoró milagrosamente.

A tenor de los informes que el doctor Lloyd proporcionó a la escritora en sus encuentros vespertinos en el British Club, Courtney Helier era una dama inglesa simpática y agradable. Lloyd se había esmerado para parecer cortés y, dado que ya había significado para ella una impagable ayuda en los trámites ante las autoridades españolas tras la muerte de la señorita Granger, se ganó su confianza.

—A pesar de todo, creo que recela de mí —apuntó en una de aquellas charlas.

—¿Por qué cree tal cosa? —preguntó Agatha tras llevar la taza de té a los labios.

Lloyd sacudió la cabeza.

—No lo sé. Es un presentimiento. —Tenía la mirada perdida—. Aún recuerdo aquella tarde en la playa, cuando me lanzó aquella mirada angustiada. Me pregunto...

—Si tal vez su angustia se debió a que temió que su plan se tambalease al darse la fatal casualidad, para sus propósitos, de que justo en aquel lugar apareciera un médico —dijo la novelista, adelantándose al razonamiento de su amigo.

—Exacto —concedió Lloyd. La miró sin disimular su admiración.

—Yo también he reflexionado sobre ese detalle —aclaró ella—. Si la madre de Yurena está en lo cierto y no se trató de un accidente, sino de un asesinato, resulta sencillo entender que la señora Helier temiera que un médico pudiera reanimar a su víctima y que esta contase la verdad sobre lo ocurrido.

—¡Es espantoso! —opinó el doctor.

—¿Le ha confiado qué planes tiene? ¿Permanecerá en la isla mucho más tiempo?

—Por lo que he deducido, no tardará en marcharse. Asegura que le resulta difícil pasar el invierno aquí, como había planeado, ahora que su señorita de compañía ha muerto en tan desgraciadas circunstancias.

—Vaya, eso es interesante —anotó Agatha.

—¿Usted cree?

No respondió al doctor. Se le acababa de ocurrir una idea, aunque no sabía muy bien si era buena o mala. En cualquier caso, era arriesgada.

—Me gustaría registrar la habitación de la señora Helier —anunció a su amigo.

—¡Señora Christie! —se escandalizó el doctor. Su cuerpo se tensó y pareció aún más larguirucho que de costumbre, a pesar de estar sentado.

Por un instante, su amigo le recordó al capitán Hastings de sus novelas, el típico caballero inglés preocupado por el *fair play* incluso en el transcurso de la investigación de un asesinato. A Agatha no le resultó difícil imaginar una escena como aquella sentando en su lugar a Poirot y en la silla que Lloyd ocupaba a Hastings. Únicamente al gran Hércules Poirot se le habría ocurrido que para hacer prevalecer la verdad y la justicia se podía sacrificar el juego limpio e infringir, si era preciso, la ley. Hastings, como Elliot, se habría escandalizado.

—¿Se le ocurre otro modo de encontrar alguna prueba que nos permita esclarecer este endiablado asunto? —se defendió la escritora.

Elliot arrugó la frente y reflexionó durante unos segundos. Resultaba casi emotivo ver a un caballero británico debatiéndose sobre si debía o no vulnerar la ley para esclarecer un delito.

—Recuerde que el propio Sherlock Holmes no dudaba en traspasar esa raya cuando era preciso —lo presionó ella—. Porque supongo que habrá leído a Conan Doyle, ¿verdad?

Elliot le lanzó una mirada de asombro que ella no supo descifrar. No tenía claro si se debía al hecho de mezclar a un personaje de ficción en aquel asunto como si se tratase de un ser de carne y hueso o por haber puesto en duda si conocía las aventuras del extraordinario detective afincado en Baker Street.

—¿Y cómo piensa hacerlo? ¿Acaso pretende violentar la cerradura de la puerta y que ella no lo advierta? —preguntó, retador.

A pesar de sus objeciones, Agatha comprendió que lo tenía de su lado.

—Le pediré ayuda a Yurena —reveló.

Al día siguiente, y con la complicidad del doctor y de Yurena, Agatha puso en marcha su plan. Mientras Lloyd convidaba a tomar el té a la señora Helier, la joven canaria se las ingenió para hacerse con la llave de la habitación. Minutos más tarde, Agatha entró en ella tan nerviosa que temía que todos los clientes del hotel repararan en los latidos de su corazón y la sorprendieran como si fuera una vulgar ladrona. Ni siquiera saber que contaba con Yurena como vigilante apostada junto a la puerta servía de antídoto para sus nervios.

Lo primero que hizo fue recorrer la habitación con la mirada, tratando de priorizar objetivos. Al cabo de unos segundos decidió comenzar por los cajones de las mesillas, pero el registro no arrojó ningún resultado notable. Encontró alguna revista, papel para escribir y nada más.

Le sorprendió, en cambio, que en los armarios hubiera tanta ropa. Acarició los vestidos y no tardó en advertir que se trataba de dos tallas diferentes, con lo que coligió que la señora Helier conservaba las pertenencias de su dama de compañía, lo cual le pareció ciertamente extraño.

Prosiguió su inspección en los baúles y maletas, pero no alcanzó a encontrar nada de interés, a excepción de una carta firmada por una mujer —dedujo tal cosa por la letra, que juzgó muy femenina—: «A. Helier».

Yurena asomó la cabeza por la puerta en ese momento, urgiéndole a salir. Se escuchaban pasos, avisó, y no sabía qué excusa podría esgrimir para explicar qué hacía allí, en aquel piso del hotel en el que no le correspondía trabajar. Apresuradamente, Agatha leyó aquella carta antes de salir precipitadamente de la habitación, no sin antes devolverla al fondo del baúl donde la había encontrado.

9

Los acontecimientos no se habían desarrollado de acuerdo con el guion de la novela de Agatha *El templete de Nasse House*, pero a pesar de ello el presentimiento de Gala estaba tomando cuerpo como un siniestro *golem*. El impacto que habían causado las afirmaciones del doctor Velarde el día anterior emborronó la pretendida brillantez de la presentación del libro de Hernán, dejando en una precaria situación su credibilidad y, por extensión, la de Octubre Ediciones.

Gala no alcanzaba a intuir el verdadero rostro del turbio asunto en el que creía haber varado sin proponérselo, pero presentía que todo aquello no había hecho más que empezar.

Se podría refutar su corazonada con un argumento tan contundente como que allí, en el Imperial Hotel y con motivo de la puesta de largo de aquel libro, no había muerto nadie. Ese dato, por sí solo, debería servir como poderoso antídoto para su nerviosismo, pues precisamente eso era lo que había temido que sucediera cuando Mercedes sorprendió a periodistas e invitados anunciando su deseo de proponer un juego que premiaría a quien adivinara la identidad de un asesino ficticio. Sobre la mesa presidencial, la esposa de Santos había dispuesto exactamente los mismos utensilios que se mencionaban en *El templete de Nasse House*: una tarjeta, un cuadernillo y un lápiz para que cada participante anotara el fruto de sus investigaciones durante la Persecución del Asesino y seis pistas que debían conducir a los jugadores, como si de la búsqueda de un tesoro se tratara, hasta el culpable del crimen. La competición iba a tener por escenario las zonas comunes del hotel y sus amplios jardines exteriores.

Pero no había ocurrido ningún asesinato. Nadie había sido estrangulado con una cuerda para tender ropa, como le sucedía en el libro a la niña Marlene Tucker, ni nadie había sufrido la misma suerte que corría en aquella historia Hattie Stubbs, cuya extraordinaria desaparición parecía un caso irresoluble. Pero, al igual que le sucedía en la novela a Ariadne Oliver, Gala presagiaba una inminente desgracia. Ahora comprendía perfectamente la sensación que llevó al personaje ideado por Agatha Christie a solicitar la ayuda de Poirot. En el libro, Ariadne creía estar siendo manejada por el asesino mientras diseñaba aquel inocente juego que le habían encargado para la fiesta, y ahora Gala presentía que estaba siendo arrastrada hacia una tragedia de la que no tendría modo de escapar.

Las inesperadas revelaciones del doctor Velarde el día anterior habían dejado en suspenso el juego, habían seccionado la yugular del acto publicitario más importante de la historia de la editorial y habían convertido en estatuas de sal a los miembros de la mesa presidencial. Los flashes de los fotógrafos buscaron el rostro de Gaspar, que soportó con un estoicismo inesperado su salto a la fama. La prensa olvidó a Hernán como se hace con un juguete roto y orientó sus micrófonos hacia el nuevo norte magnético que encarnaba Gaspar Velarde. Gala y Arturo, sin comerlo ni beberlo y únicamente por lo inoportuno que resultaba estar sentados junto al protagonista de aquel revuelo, se vieron arrastrados por la marabunta periodística. A duras penas lograron regresar al anonimato apartándose de la luz del nuevo sol.

Por su parte, Gaspar permaneció sentado, contemplando impertérrito los rostros de la cúpula directiva de Octubre Ediciones, todos blancos como la nieve a excepción del de Edgar. El heredero mantenía tan apretada su mandíbula que corría el riesgo de rompérsela. Una vena de su cuello había alcanzado un diámetro extraordinario y latía con violencia, mientras taladraba al doctor con una agria mirada.

Por su parte, Sandra, desencajada, se había girado en su asiento en la primera fila buscando el rostro de Gaspar. Sus labios no parecían tan rojos y su sugerente boca se torcía en un rictus que la afeaba. Por un instante, Gala tuvo la impresión de que Sandra planeaba agredir al médico, pero logró rehacerse y recuperar sus aires de superioridad,

con aquella expresión suya tan propia, como si olisqueara algún mal olor que los demás no captaban.

No obstante, si las miradas fueran letales, Gala concluyó que el doctor sería a esas horas un fiambre, y los homicidas podrían ser tantos que incluso Poirot tendría serias dificultades para identificar al verdadero asesino.

¿Y Luis? ¿Dónde se había metido Luis Gonzalvo? Gala lo buscó entre todos los rostros. Presumió que el rencoroso escritor estaría disfrutando de lo lindo con todo aquello. No había más que ver a Mercedes, más desgredada que nunca y con las manos temblonas, para suponer lo bien que se lo estaría pasando Gonzalvo. Pero Gala no lo descubrió hasta que miró hacia la puerta de salida. Le pareció tan extraño que el escritor se escabullera discretamente que desde ese mismo instante ya tuvo algo más en que pensar.

La novelista miró fugazmente a su marido, que parecía muy concentrado en la conducción. Arturo había descubierto que transitar por las estrechas carreteras británicas requería toda su atención y apenas había dicho una palabra desde que salieron del hotel con destino a Dartmoor.

En los asientos traseros, Paco y su esposa miraban absortos el paisaje. El matrimonio prácticamente se había invitado a sí mismo a aquella excursión. A la hora del desayuno ningún miembro de la expedición coincidió en el comedor. Parecía como si todos se evitasen después del escándalo que había provocado el doctor el día anterior. Pero, cuando Gala y Arturo estaban a punto de salir, se encontraron con Paco y su mujer. La cortesía les obligó a sonreír y a intercambiar frases de compromiso. Iban ya a despedirse cuando Arturo cometió la torpeza de mencionar lo entusiasmado que se sentía por ir a conocer el hotel donde Agatha se recluyó para terminar su primera novela. El veterano periodista no dudó en ofrecer su compañía para semejante excursión y, antes de que Arturo hubiera podido decir una sola palabra, el matrimonio se había acomodado en el asiento trasero del coche provisto con una caja de After Eight. Desde el maletero, *Pilgrim* observó la escena con interés durante unos segundos; después ignoró a los pasajeros. Gala se giró hacia ellos en su asiento de copiloto. Les sorprendió con las manos entrelazadas, como si fueran unos adolescentes. Envidió la aparente despreocupación con la que la pareja parecía haber vivido la inesperada escena del día anterior. El veterano periodista y su rechoncha esposa restaban importancia a los hechos y él incluso se mostraba convencido de que todo aquello resultaría una publicidad impagable. Tal vez, había deslizado, todo era un montaje del propio Santos y el doctor estaba en el ajo.

—¿En serio soy la única que tiene un mal presentimiento? —consultó Gala, preocupada.

—¿Cómo puede ser peligroso un libro? —filosofó Encarnación mientras se llevaba a la boca otro After Eight. La caja estaba ya medio vacía.

Gala recordó la conversación que había mantenido con Gaspar frente al Museo de Torquay. El doctor había mencionado los riesgos que la editorial corría al apostar tan fuerte por el libro de Hernán, porque, de no ser cierto lo que en él se afirmaba, podría ser la ruina de la empresa. Pero el muy taimado olvidó mencionar que él podía ser el hombre que hundiera el negocio de sus amigos. En cambio sí subrayó que ningún libro, ni siquiera los que narran asesinatos, es peligroso. A quienes realmente había que temer, advirtió, era a los autores capaces de planear esos crímenes.

—Habrás que esperar a diciembre —señaló Paco, resignado. Cogió uno de los dulces de la caja y antes de engullirlo añadió—: Espero que no se olvide de invitarnos a esa misteriosa cita donde pretende dejar a Agatha sin velo.

—¿Siempre ha sido así de enigmático? —se interesó Arturo sin apartar la vista de la estrecha carretera.

—Yo no le recordaba tan teatral, la verdad —reconoció el periodista.

—¿Cómo era cuando os conocisteis en la universidad? —inquirió Gala, intrigada.

—Serio, reservado, de pocas palabras, salvo cuando se trataba de Agatha Christie —recordó Paco, nostálgico—. Entonces parecía otro. En las reuniones era elocuente y un buen conocedor de sus novelas.

—Nos contó que os conocisteis todos en una representación de *La ratonera* —comentó Gala.

—Así fue —confirmó Paco.

Gala advirtió cierta incomodidad en el periodista, como si no le entusiasmara recordar aquella época. Encarnación, mientras tanto, daba buena cuenta de uno de los últimos dulces de la caja.

—Háblenos de aquellas tertulias tuyas —rogó Gala—. Debían de ser apasionantes.

—Yo no diría tanto —respondió Paco.

—Pero Gaspar nos comentó que discutían, que había gran rivalidad entre todos a propósito de los personajes o las novelas que más les entusiasmaban —insistió la escritora.

Encarnación ofreció a su marido la última chocolatina. Él la rechazó. Ella se encogió de hombros y se la llevó a la boca. Gala advirtió que ya no tenían las manos entrelazadas y que el periodista se revolvía inquieto en el asiento.

—Todo aquello del Club de los Detectives fue una estupidez —gruñó Paco mientras limpiaba los gruesos cristales de sus gafas de pasta con el pañuelo.

—¿El Club de los Detectives? —repitió Gala, sorprendida. Se giró por completo en el asiento delantero y observó con interés a aquel hombre bajito y rechoncho que, según habían dicho en el barco, en sus años jóvenes había sido un magnífico atleta. Por más que lo intentaba, no lograba imaginárselo en pantalón corto.

—No recuerdo bien de quién fue la idea —confesó Paco, dubitativo. Parecía arrepentido de lo que acababa de decir. Se ajustó las gafas y desvió su atención hacia la campiña inglesa—. Alguien propuso crear un Club de los Detectives poco después de conocernos.

—¿Como el de Agatha? —tanteó Arturo.

—Sí, supongo que sí —respondió con desgana el periodista.

—¿Agatha perteneció a un club de detectives? —Gala miró pasmada a su marido—. Nunca me lo habías contado.

—Como no hay quien te saque de Ariadne Oliver... —bromeó Arturo, encogiéndose de hombros.

A continuación, Paco y Arturo alumbraron para Gala un rincón de la biografía de la Reina del Crimen que desconocía.

Al parecer, en 1929 o 1930 varios escritores británicos de novela policiaca, como Ronald Knox, Dorothy Leigh Sayers y otros autores del género, entre los que se incluyó Agatha, se reunieron para dar forma a las que debían ser reglas básicas de los relatos detectivescos en un intento de preservar el juego limpio a la hora de construir los argumentos de sus historias, de manera que el lector pudiera ser capaz de resolver el crimen durante la lectura de las páginas.

—Gilbert Keith Chesterton fue el primer presidente del club —recordó Paco. Mantenía la mirada perdida en la campiña y parecía estar hablando para sí, como si recuperase del fondo del cajón de su memoria datos que creía olvidados—. El creador del padre Brown, aquel cura católico tan perspicaz como el mejor detective que se pueda uno imaginar.

—Si no recuerdo mal —entró Arturo al quite—, Agatha ocupó la presidencia desde 1958 hasta su muerte, aunque exigió como condición no tener que hablar nunca en público, algo que ya sabes que la aterrorizaba —añadió mirando fugazmente a su mujer—. Era la época de los crímenes cometidos durante un fin de semana en una casa de campo eduardiana, cuando se populariza el uso de códigos que hay que descifrar, libros donde se reproducen los planos de una casa o de una habitación en la que se ha cometido un crimen inexplicable porque parece que el asesino no ha podido escapar sin ser visto..., ya sabes.

—Cuando aparecen los detectives dotados de una extraordinaria capacidad de análisis que contrasta con la torpeza que exhibe la policía y cuando el ingenio de los autores les lleva a idear asesinatos audaces en los que el criminal es precisamente aquel del que menos se había sospechado durante la lectura —completó Paco la descripción.

—En eso Agatha superó a todos —sentenció Arturo arqueando el bigote con una media sonrisa—. Tenía una habilidad especial para conducir al lector por donde quería a base de diálogos, sin demasiadas descripciones de paisajes o situaciones.

—Ni aburridas explicaciones científicas —apostilló el periodista.

—Bueno, tampoco exageréis tanto —intervino Gala, un tanto molesta—. Ingeniosa sí que fue; y también trabajadora. Pero a mí me parece que se pasó media vida escribiendo el mismo libro. —La novelista sintió la mirada acusadora de los dos hombres con la fuerza de una bofetada—. No me miréis así. Ella misma lo reconoce a través del personaje de Ariadne en *Cartas sobre la mesa*.

—¡Otra vez Ariadne! —refunfuñó Arturo.

—Pero estaba usted hablando de ese Club de los Detectives —recordó Gala, intentando reconducir la conversación hacia lo que realmente le interesaba. No le apetecía discutir una vez más con su marido por culpa de Agatha.

—Pues nada, que nosotros hicimos algo parecido —resumió Paco, sucinto. Pero al ver la expresión de Gala, expectante, se vio obligado a explicarse mejor—. Como esos escritores británicos tenían una estúpida ceremonia de iniciación, nosotros hacíamos algo parecido al comienzo de nuestras reuniones. No era de iniciación, porque en el club no ingresó nadie más, de modo que todos nos iniciamos a la vez, por así decir. La presidenta, porque el cargo siempre lo ostentó Mercedes —aclaró—, aparecía vestida con una túnica negra y nos reuníamos a la luz de las velas, como habíamos leído que hacían los escritores de marras en los ritos que celebraban para admitir a un nuevo miembro. Y jurábamos cumplir los preceptos del club sobre una calavera de pega que alguno debió de encontrar en un rastrillo. —Gala trató de imaginarse a Mercedes con una túnica negra y el resultado que apareció en su mente le pareció más ridículo que solemne—. Sí, ya sé que puede parecer estúpido —reconoció Paco, que pareció haber comprendido lo que pasaba por la mente de la escritora—, pero éramos jóvenes —se excusó.

—Pues a mí nunca me habías contado nada de eso —se quejó Encarnación.

—No me pareció relevante —arguyó el periodista, molesto.

—¿Y qué más ocurría en esos aquelarres? —sondeó Gala.

—Nada especial —contestó Paco, renuente.

—Cariño, algo haríais, digo yo —presionó Encarnación.

—Pues más o menos lo que ya os he dicho —dijo Paco—: hablar sobre las novelas de Agatha, leer en voz alta alguna novela y jugar a descubrir al asesino antes que el resto. Cosas así.

Saltaba a la vista que el periodista no estaba cómodo recordando los viejos tiempos. Gala supuso que la causa no sería que Paco había perdido la forma física que hizo de él un atleta notable, de modo que coligió que habría algún otro motivo de mayor calado.

—¡El hotel Moorland! —anunció Arturo, al tiempo que detenía el coche a la orilla izquierda de la angosta carretera de montaña.

La reunión que mantenía a esa misma hora en el bar del Imperial Hotel la familia Alsina podría recibir cualquier calificativo salvo el de amable o cualquiera de sus sinónimos. Para empezar, Edgar reprochó a sus padres haber invitado al doctor Velarde a aquel sarao literario.

—¿De dónde coño habéis sacado a ese tipo? —gruñó, colérico.

—Lo conocemos desde hace años —replicó Santos con gesto abatido—. Pero te recuerdo que no lo invitamos nosotros, sino Hernán.

—Pues nos ha jodido pero bien —dijo Edgar arrastrando las palabras—. El muy cabrón no se ha limitado a tocarnos los cojones, sino que nos ha colgado una piedra de ellos y nos ha lanzado al fondo del mar.

—Desde luego, qué grosero eres, hijo —le reprochó Mercedes.

—Tiene razón —aseguró Sandra, irritada—. Si le hubierais dejado el control de la editorial, esto no habría pasado.

—¡Acabáramos! —estalló Santos—. ¿Otra vez con eso? —reprochó a su hijo, ignorando a Sandra apostá.

—Estoy hasta los huevos de hacer todo el trabajo mientras que vosotros os dedicáis a dilapidar la empresa —se lamentó Edgar.

—¿Ves como no tienes la mentalidad de un verdadero empresario? —señaló Mercedes, irónica—. Este acto no es un gasto, sino una inversión publicitaria que nos reportará más beneficios de los que tú imaginas.

—¿Beneficios? ¿Es que no has oído lo que dijo ayer ese médico y lo que publican hoy todos los periódicos? —apuntó Sandra, despectiva—. La noticia del libro ha quedado eclipsada por la muerte de ese profesor de Winchester y por el espectáculo que vuestro amigo ofreció gratuitamente.

—Precisamente por eso —razonó Mercedes—. Ni en nuestros mejores sueños podíamos imaginar que habría un misterioso asesinato y una polémica como esta coincidiendo con la presentación del libro. Todo el mundo habla de Agatha Christie.

Edgar y Sandra cruzaron una rápida mirada.

—Tampoco es para estar tan alegre, ¿no crees? —dijo Santos.

—¿Lo dices por el asesinato o por la polémica? —repuso Mercedes con frialdad.

Santos no supo qué decir o, si lo supo, no lo dijo. Edgar, por su parte, volvió a la carga.

—Todo eso está muy bien, pero ¿y si es cierto lo que ha dicho ese tipo? ¿Y si tiene una prueba, un cuaderno o qué sé yo, donde se demuestra que todo lo que ha escrito Hernán no se sostiene? Entonces, ¿qué?

—Entonces a tomar por culo —vaticinó Sandra echando mano de lo más granado de su vocabulario.

—Habrá que ver si esa prueba se presenta —deslizó Santos, más animado.

—¿Crees que fue un farol? —tanteó Edgar.

—No lo creo —admitió Santos—. Pero eso no significa que la prueba no pueda desaparecer o que su propietario no pueda reconsiderar sus opciones tras una charla amigable.

—¿Le podrás convencer? —preguntó Mercedes.

Santos se encogió de hombros.

—Lo intentaré por todos los medios —anunció.

—Y, si no acepta, nos vendrá de perlas otro asesinato —propuso Sandra, resuelta—. El que sea. Lo digo por la publicidad —aclaró.

La marea estaba alta, afortunadamente. De ese modo, la isla se mostraba tal y como a él le gustaba, con el cordón umbilical de tierra y arena que la unía a la costa roto.

El doctor aspiró el aire perfumado de salitre y cerró los ojos, saboreando el momento. Al abrirlos de nuevo, comprobó satisfecho que la isla de Burgh permanecía allí, separada de la tierra por el capricho de las mareas, alejada de un mundo terrible y envuelta en su orgullosa burbuja. Gaspar habría preferido borrar el Burgh Island Hotel de aquella estampa y sustituirlo por la mansión del enigmático Mr. Owen de la novela que Agatha Christie escribió inspirándose precisamente en aquella maravillosa isla situada al sur de Devon.

—¿Sabía usted que Agatha se inspiró en esta isla para su novela *Diez negritos*? —dijo sin apartar la vista del mar.

—Algo había oído —respondió Luis Gonzalvo sin mucho interés.

El doctor se volvió hacia él y lo midió con la mirada.

—¿Algo había oído? ¿Qué clase de escritor de novela negra es usted? —le reprochó.

—Un escritor del siglo XXI —replicó Luis, presuntuoso—. No me imagino a nadie escribiendo una novela donde los crímenes se produzcan, uno tras otro, en un maldito caserón.

—Supongo que ahí reside la diferencia entre las ventas de sus libros y los de Agatha —golpeó el doctor, inmisericorde—. Cuestión de imaginación.

—Creía que usted había sido médico. No le hacía también escritor —ironizó Luis.

—Es verdad —admitió Gaspar—, no he sido más que un humilde médico. —De nuevo clavó su mirada en el novelista—. Lo único que se me daba bien era sanar enfermos.

—¿Y eso guarda relación con la que lio ayer anunciando que el libro de Hernán es un fraude? —sondeó Luis.

—Eso solo guarda relación con la verdad —aclaró Gaspar. A continuación echó a andar a buen paso en dirección a la orilla del mar. Luis le imitó. Era una mañana tibia y las olas morían sin grandes aspavientos al tocar la arena.

—Imagino que la prensa le habrá vuelto loco desde ayer —presumió el novelista.

—Imagina usted bien —confirmó el doctor—. Por eso esta mañana solicité en recepción un coche de alquiler para realizar esta excursión. Hacía mucho que no venía por aquí.

—Espero no haberle importunado con mi compañía —tanteó Luis.

Gaspar negó con la cabeza. Suponía que Gonzalvo quería lo mismo que todos, que le revelara el secreto de Agatha. Pero, como no tenía la menor intención de hacerlo, no le importó aceptar cuando, a punto de salir del hotel aquella mañana, el escritor se acercó al coche que había alquilado y le preguntó si podía acompañarle.

—No me importa que me acompañe —aseguró, despreocupado—. Así al menos tengo controlada a una de las personas que puede estar interesada en robarme.

Luis se quedó clavado en el suelo.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que ayer alguien entró en mi habitación y la puso patas arriba —reveló—. Supongo que el ladrón anda tras la pista del cuaderno de Agatha que obra en mi poder.

—¿Y lo encontraron?

El doctor dibujó una sonrisa.

—Lamentablemente para el ladrón, o ladrones, no. —Perforó con la mirada al escritor.

—¿No creerá que yo...?

—Creo que usted tiene tantos motivos como los otros —atajó Gaspar sin contemplaciones—. Imagino que sería una historia estupenda para la novela que le ha prometido a Mercedes, ¿no? De manera que, mientras esté conmigo, sé que no será usted quien hurgue entre mis calzoncillos.

—Yo jamás...

—No jure en vano, que es pecado, según dicen —apuntó Gaspar, irreverente.

Al fin llegaron a la orilla y el doctor se detuvo a contemplar el mar. Luis le miraba de reojo sin saber qué decir. Era evidente que aquel tipo le había calado. Por supuesto que el cuaderno de marras daría para una novela, en eso le daba la razón.

—He leído en alguna parte que esta isla era propiedad de un empresario, Archibald Nettlefold —dijo el doctor, interrumpiendo las cavilaciones de Luis—. Parece ser que Agatha fue invitada a una fiesta y entonces descubrió las posibilidades que tenía este lugar como escenario de una novela.

—*Diez negritos* es la novela en la que todos los personajes mueren, ¿no es así?

El doctor asintió.

—Un enigmático sujeto que se hace llamar Mr. Owen envía unas curiosas invitaciones a ocho personas muy diferentes en cuanto a estatus y formación para que se alojen en su casa. —Gaspar parecía hablar consigo mismo, sin mirar a Luis y con los ojos fijos en la isla—. Pero, cuando todos se han reunido, descubren que Mr. Owen no está y que únicamente se encuentra allí el matrimonio formado por los Rogers, los criados.

—Y alguien los va asesinando, ¿verdad? Ese argumento es insostenible —apreció el novelista.

Gaspar ignoró el comentario.

—Descubren en la casa diez figuras de porcelana que representan a diez negritos y la letra de una canción infantil titulada así, *Diez negritos*. —El doctor hizo una pausa y tomó aire. De pronto parecía fatigado—. A Agatha le gustaba utilizar canciones infantiles como hilo conductor de los crímenes de sus novelas. Lo hizo también en *Cinco cerditos*, aunque supongo que, dado lo escuálido de su bagaje como lector, usted no sabrá de qué le estoy hablando. —Miró a la cara a Luis con gesto de hastío—. Podría usted aprender algo si leyera un poco más. No se puede imaginar lo siniestro que resulta que la letra de una canción infantil sea el guion que sigue el asesino para cometer sus crímenes.

—Por lo que deduzco, usted ha leído el cupo de novelas de la Christie que debía haberme correspondido a mí —se burló Luis—. Parece que se las sabe todas.

—Algunas no merecen mucho la pena —reconoció el médico—. Pero otras, otras son sublimes.

—¿Y entre ellas coloca usted *Diez negritos*? —preguntó el novelista contemplando la isla con otros ojos.

—Le diré algo que nunca le he confesado a nadie —Gaspar tenía la mirada clavada en la isla—: esa novela no está entre las mejores; es la mejor —sentenció.

—*El misterioso caso de Styles* es mi debilidad —confesó Arturo.

Habían dejado a *Pilgrim* en el coche tras permitirle correr un buen rato por el páramo de Dartmoor, la espectacular meseta salpicada de colinas de granito que sirvió a sir Arthur Conan Doyle para ambientar *El sabueso de los Baskerville*. El hotel Moorland se encontraba en pleno Parque Nacional de Dartmoor y era frecuentado por los numerosos excursionistas que realizaban rutas a pie por la zona.

—La primera de las aventuras de Poirot —apuntó Paco sin apartar la vista del hotel.

—¿Y qué tiene que ver este hotel con esa novela? —se interesó Encarnación, desconcertada.

—Agatha terminó el libro aquí —explicó Paco a su mujer.

Arturo no podía marcharse de Devon sin visitar aquel hotel. Se lo había prometido a sí mismo y no estaba dispuesto a defraudarse.

—He leído que hay un salón dedicado a Agatha —informó el profesor, antes de encaminarse hacia el edificio de piedra y tejado de pizarra.

Gala siguió a su marido, dudosa. No estaba muy segura de si era correcto entrar en aquel viejo hotel sin estar hospedado ni haberse presentado previamente en la recepción, pero Arturo y Paco no le permitieron expresar sus objeciones. Sin más ceremonias, franquearon la puerta con decisión.

Afortunadamente para Gala y su timidez, no había un alma en la recepción ni en el salón en el que desembocaron de inmediato. Se trataba de una sala rectangular con el suelo cubierto por una moqueta beis y paredes pintadas de color verde, e iluminada por una espectacular araña de cristal cuyo trabajo se veía reforzado por varios antiguos apliques que bien pudieron haber alumbrado las lecturas de la mismísima Agatha, dada su aparente antigüedad.

Sobre una chimenea pintada de blanco ante la cual se hallaban dispuestos dos sofás de cuero y una mesa de cristal aguardaba el grinaldo que había llevado a Arturo hasta allí. Se trataba de un retrato de gran tamaño que representaba a una Agatha Christie bastante madura —cabello canoso, mirada cansada, rostro apoyado sobre la mano izquierda en actitud pensativa—. El profesor se quedó mirándola, embobado.

—Agatha había empezado a escribir su primera novela, *El misterioso caso de Styles*, en su casa —comentó Paco a su mujer—, pero su madre le propuso que se tomara quince días de vacaciones para que pudiera terminarla en un lugar tranquilo.

—¿Y decidió venir a este hotel tan lúgubre? —se sorprendió Encarnación.

—Así fue —confirmó Paco.

—Tiene gracia que lo haya definido como lúgubre —apuntó Arturo dejándose caer en uno de los sofás; los demás le imitaron—, porque ella misma lo tilda de lóbrego en su autobiografía.

—Está apartado de todo —observó Encarnación, que parecía evidente que no había escrito nunca una novela.

—Eso es precisamente lo que buscaba —aclaró Gala, sonriente—. Estar a solas es lo que mejor le viene a una para poder escribir.

—Y, por lo que ella misma cuenta, no hizo otra cosa que eso: escribir —dijo Arturo lanzando una mirada fervorosa al retrato de la novelista—. Lo hacía ininterrumpidamente hasta el mediodía y después de comer daba un paseo por el páramo hasta el atardecer.

—Aunque de poco le sirvió tanto esfuerzo —señaló Paco—, porque la novela fue rechazada varias veces.

—Eso les ha sucedido a muchos grandes escritores —recordó Gala, que se había levantado del sofá y husmeaba entre los libros de una estantería del salón.

—Pero cuatro años después, Poirot y Hastings nacieron para el mundo —proclamó Arturo—. ¡Su primera aventura!

—¿Y por qué es la novela que más le gusta? —se interesó Encarnación.

—Supongo que precisamente por eso, porque es la primera —respondió Arturo—. Todo arranca en *Styles*, que es como decir que todo arranca aquí, en este hotel.

—Alabo su gusto —dijo Paco—, pero yo siempre he preferido *Asesinato en el Orient Express*. De haber pertenecido usted a nuestro Club de los Detectives, esta discrepancia habría servido para un buen debate.

—Pues por lo que dice aquí, el profesor asesinado en Winchester no compartía vuestros gustos —informó Gala con un periódico entre las manos—. Aseguran que Colin Lloyd era un apasionado de las novelas de la Christie, pero sentía especial devoción por *La muerte de lord Edgware*. Al parecer, incluso presidía un club literario en el College de Winchester que llevaba ese nombre.

Gala advirtió algo extraño en la expresión de Paco. Apenas fue un momento de indecisión, como si estuviera a punto de decir algo pero finalmente se hubiera arrepentido. Se preguntó si acaso sabía más de lo que había dicho sobre aquel profesor.

—Pues tiene su gracia que haya sido asesinado de una puñalada, como lord Edgware —hizo notar Arturo, ajeno a las observaciones de su mujer—. Al menos eso dijo ayer aquel periodista.

—No exactamente igual que lord Edgware —precisó Paco—. A este no le apuñalaron en la nuca, sino en el pecho.

—Como dijo Ariadne Oliver, en la vida real las cosas están peor dispuestas que en una novela —ironizó Gala, estudiando al periodista, ya repuesto de su indecisión.

IX

El doctor Lloyd consultó discretamente su reloj. No sabía cuánto tiempo podría entretener a Courtney Helier en los jardines del hotel Metropole. Aunque había intentado sonsacar a la enigmática dama algún capítulo, el que fuera, de su biografía, no había conseguido más que vaguedades. Juntando los retales de la conversación, estaba en disposición de creer que su acompañante era una mujer rica, soltera, sin otra familia que unos primos lejanos, y que su estancia en la isla se debía a una prescripción médica. Le habían aconsejado, como al propio Lloyd, las bondades de un clima cálido.

—Pero, ahora, ya ve —dijo Helier—: tras la muerte de Audrey me resulta insoportable seguir aquí. Hay momentos en los que creo que voy a volverme loca.

Lloyd advirtió un temblor involuntario en las manos de su compatriota. De pronto, le pareció frágil e indefensa. Pero apenas pudo seguir avanzando en esa dirección en su pensamiento, porque la señora Helier lo sorprendió con una pregunta insólita:

—¿Usted se tomaría la justicia por su mano si la ocasión lo exigiera?

El doctor dudó en su respuesta, pero finalmente resolvió el debate interno que aquel interrogante le había planteado.

—Sinceramente, creo que la ley debe prevalecer por encima de todo.

—¿Y si la ley no alcanza a satisfacer el agravio?

—La verdad, no la entiendo —confesó Lloyd, inquieto—. ¿A qué se refiere?

—Existen injusticias que la justicia humana no es capaz de evitar —apuntó la mujer.

—¿Debo entender que usted estaría dispuesta a cometer un delito porque la justicia no fue capaz de satisfacerla en algún pleito?

Courtney Helier eludió la pregunta y se sumió en un inquietante silencio. Tenía la mirada perdida y su labio inferior temblaba ligeramente. Lloyd llegó a pensar que tal vez padecía algún trastorno mental.

—¿Podría recetarme algún somnífero? —preguntó Helier al cabo de unos segundos—. Desde lo de Audrey soy incapaz de dormir.

Al doctor le pareció hasta cierto punto lógico. Un incidente como el que aquella mujer había vivido dejaba secuelas. Por ello, decidió acceder a la petición y le recetó un somnífero.

—Mañana me marcharé —anunció Helier—. Espero escapar de ella alejándome de esta isla.

A Lloyd le sorprendió aquel anuncio. Hizo notar a Helier que la distancia no borra los recuerdos y que esa labor debía dejársela al tiempo.

—No pretendo huir de los recuerdos —precisó la inglesa—, sino de ella.

El doctor no encontró entre su repertorio réplica alguna para semejante comentario. ¿Qué diablos había querido decir exactamente aquella mujer? Buscó entre su catálogo de buenas maneras el mejor modo de sondear a la señora Helier sobre tan enigmática observación, pero no tuvo tiempo de elegir la fórmula óptima, puesto que la dama, que durante unos segundos había dejado que su mirada se perdiera en el jardín, se levantó y se dirigió con paso firme y muy erguida hacia la puerta del hotel. No se despidió del doctor. Ni siquiera lo miró. Elliot, desconcertado, se quedó allí sentado. Lo único que podía hacer era rezar para que la señora Helier no sorprendiera a Agatha registrando sus cosas.

La fortuna sonrió a Agatha aquella tarde, pues apenas había dejado atrás el pasillo donde se encontraba la habitación de Courtney Helier, la misteriosa dama hizo su aparición. La escritora y Yurena bajaron por las escaleras apresuradamente.

—Algunos clientes se han quejado porque esa mujer parece no dormir nunca —informó Yurena—. Cuentan que se pasea arriba y abajo por la habitación y que parece hablar sola. No sé qué habría pasado si llega a descubrirnos.

—Tranquilízate —le rogó Agatha fingiendo una serenidad de la que realmente carecía—. No nos ha sorprendido.

—¿Ha encontrado algo? —se interesó la muchacha.

Agatha negó con la cabeza.

—Tan solo una carta que me pareció escrita por una mujer —dijo—. Iba dirigida a la señora Helier y daba la impresión de ser de una pariente que solicitaba su ayuda económica debido a que la situación de la familia de la remitente era más que apurada.

—¿Quién la firmaba?

—Alguien llamado A. Helier.

Cuando llegaron a la habitación de Agatha, Yurena se despidió.

—Muchas gracias por creer a mi madre —dijo—. Y por arriesgarse como lo ha hecho en busca de alguna prueba que demuestre que está en lo cierto.

—Has sido tú la que más se ha jugado en esta aventura —opinó la escritora—. Y soy yo quien está agradecida.

Y realmente era así. Todo aquel asunto de la muerte de la señorita Granger y el misterio que la rodeaba le había servido para ahuyentar a Archie de su cabeza, al menos temporalmente. Le había resultado excitante convertirse en una detective y además aquella historia podría dar pie a un futuro relato.

Cuando entró en su habitación, Charlotte y Rosalind se abalanzaron sobre ella, abrazándola y urgiendo un inmediato y pormenorizado relato con todos los detalles de su investigación.

Apenas Agatha hubo explicado su aventura a Carlo y Rossalind, llamaron a la puerta de la habitación. La niña dio un respingo y la institutriz enmudeció.

—Será el doctor Lloyd —dijo Agatha, tranquilizadora.

Y resultó estar en lo cierto. Se trataba del larguirucho y pelirrojo médico.

—¡Santo Dios! —exclamó al ver a Agatha—. Temía que la hubiera descubierto. No pude retenerla más tiempo —se disculpó.

—Faltó poco, pero no me sorprendió —explicó la escritora.

—¿Qué ha podido averiguar?

Agatha dijo que poca cosa y repitió para Elliot el mismo relato que acababa de referir a su hija y a su secretaria. Al mencionar la carta que había leído, el doctor arrugó la frente.

—Tal vez a eso se refería —murmuró.

—¿Cómo dice? —preguntó Agatha.

—Disculpe, pensaba en voz alta. Es que, hace un rato, la señora Helier quiso saber mi opinión a propósito de si yo aprobaría que se cometiera un delito para satisfacer una injusticia.

—¿Y cree que esa carta guarda relación con eso? —Agatha frunció el ceño.

—No lo sé, la verdad —admitió Lloyd—. Pero tal vez no está aquí, en la isla, por razones médicas, sino huyendo de un crimen que hubiera cometido en Reino Unido.

—¿Y si ese crimen no ocurrió en Reino Unido, sino aquí, y es el asesinato de la señorita Granger? —intervino Charlotte.

Ambos se volvieron hacia ella y Rosalind soltó un grito.

—Tendría sentido —opinó Agatha—. Y tal vez de ahí su insomnio y ese afán de querer huir. —Miró a Elliot—. ¿Dice usted que pretende marcharse mañana mismo?

—Eso me dijo.

—Debemos impedirlo —dijo Charlotte—. Deberíamos alertar a las autoridades.

—Pero ¿en base a qué pruebas? —Agatha se había dejado caer en una silla, abatida—. Imaginemos que es cierto, que la señora Helier asesinó a su dama de compañía. Pero ¿qué tiene que ver eso con la carta que he leído? En ella, la tal A. Helier le implora ayuda económica, pero no se menciona crimen alguno. Además, ¿por qué se pasea arriba y abajo por su habitación como si la persiguiera...?

—Un fantasma —se adelantó a decir Elliot—. Como nos dijo la señora Marta. Pretende huir del espíritu de la señorita Granger. Ella misma me acaba de decir que con su marcha de la isla no pretende dejar atrás los recuerdos, sino huir de ella. Eso dijo: huir de ella.

Agatha meneó la cabeza.

—No tiene sentido —aseguró—. Nada de esto tiene sentido. ¿Qué podría ganar esa mujer asesinando a su señorita de compañía? Esa es la cuestión, y mientras no seamos capaces de responder a esa pregunta con un argumento sólido, no podemos acudir a las autoridades. Si no tenemos un móvil ni prueba alguna, pasaríamos por un grupo de estúpidos y ociosos turistas que se inventan historias para pasar el rato.

Agatha pasó aquella noche en vela. Por más que lo intentó, no fue capaz de conciliar el sueño. Dio vueltas y más vueltas en la cama hasta que, finalmente, se levantó y se sentó ante el escritorio. Miró con desagrado la novela que tanto le estaba costando escribir y no se sintió con fuerzas para leer siquiera una página. Se levantó de nuevo y se acercó a la mesilla, donde guardaba el cuaderno de tapas negras. Lo cogió y regresó al escritorio, encendió la luz y se entregó a la tarea de anotar sus recuerdos sobre el incidente protagonizado por las dos damas inglesas. Lo hizo pormenorizadamente, desde la noche en que las vieron por vez primera hasta su arriesgada aventura en la habitación de la señora Helier. Tras finalizar su tarea, repasó las notas. Cada vez le parecía más confuso todo aquel asunto y sus reflexiones la situaban siempre a los pies del mismo interrogante, la pregunta que ella misma le había formulado a Charlotte la primera noche que vieron a Helier y Granger. Aquella noche, Agatha retó a su secretaria a propósito de si era capaz de decir cuál de aquellas dos mujeres servía a la otra y Charlotte no supo responder.

Por alguna extraña razón, en la mente de la escritora irrumpió el recuerdo del juego infantil que protagonizaba su hermana Madge, aquel en el que imaginaba que tenía una hermana mayor que estaba loca y vivía recluida en Corbin's Head. La gracia del juego residía en que aquella siniestra hermana era exactamente igual que la propia Madge, de manera que Agatha nunca sabía si la que aparecía era su hermana cuerda o su hermana loca. Para interpretar el segundo papel, Madge impostaba la voz para resultar aterradora.

Una mano invisible proyectaba aquellas imágenes en su mente y a continuación enlazó aquel recuerdo con la escena en la que vio cómo el doctor Lloyd llevaba en sus brazos el cuerpo sin vida de la bañista a aquella casita de pescadores del Puerto de las Nieves. Gracias a aquel invisible cinematógrafo, pudo revivir el momento en el que la señora Helier, con su bañador oscuro y su gorro verde, los siguió.

Acto seguido, Agatha se vio a sí misma registrando el armario de la presunta asesina. Con una sorprendente claridad, recreó el instante en el que acarició los vestidos y recordó que al hacerlo advirtió que los había de dos tallas diferentes, por lo que dedujo que la señora aún conservaba la ropa de su señorita de compañía. Aquello le pareció extraño, pero no le concedió mayor importancia. Sin embargo, de pronto lo comprendió todo. Había sido una perfecta estúpida, se dijo.

Excitada, se levantó de la silla y buscó en la mesilla su reloj. Eran las cuatro de la mañana.

—¡Maldita sea!

Dudó qué hacer. Si la señora Helier se iba al día siguiente, como le había anunciado al doctor, tal vez no habría tiempo de impedirlo. Pero ¿y si estaba equivocada? ¿Era prudente ordenar que fueran a despertar al doctor Lloyd y levantar de la cama a Rosalind? Finalmente, se decidió por la opción más prudente y se dispuso a aguardar el amanecer tratando de ahuyentar el rostro de Archie, que, sin haber sido convidado, intentaba colarse en sus pensamientos.

10

Las primeras horas en el barco habían sido parecidas a las últimas que todos habían vivido en el Imperial Hotel, donde apenas ninguno de los miembros de la expedición había coincidido con otro. Como si ejecutaran los pasos de un ballet sin nombre, como si todos pudieran rastrear las huellas de los demás y procurar evitarlas, nadie había puesto el pie donde estuviera algún otro, y en las muy escasas ocasiones que esa ley se había vulnerado, el intercambio de palabras no había ido más allá del saludo de compromiso.

Una mezcla de recelo e incomodidad se había apoderado de ellos y el doctor Velarde desconfiaba de todos al constatar, como había revelado a Luis Gonzalvo frente a la isla de Burgh, que alguien había registrado su habitación tras sus polémicas afirmaciones a propósito de la falsedad de la teoría que Hernán Valdés sostenía en su libro.

Precisamente, había sido Gaspar Velarde el más ocupado de todos ellos durante el último día de su estancia en Torquay. El acoso de la prensa, especialmente la británica, resultaba tan intolerable que no tuvo más remedio que salir a su encuentro y repetir pacientemente lo mismo que todos ya conocían. En sus declaraciones se mostró tajante a propósito de lo errada que era la teoría que Hernán defendía e inflexible a la hora de negarse a desvelar el contenido del cuaderno de Agatha que decía poseer. Hasta el día 3 de diciembre no daría a conocer su contenido, repitió, imperturbable.

Pero el Imperial Hotel ofrecía muchas más posibilidades que el *Cap Finistère* para mantener alejados a los diferentes grupos que se habían formado entre los miembros de la expedición y al atardecer dos de aquellos corrillos coincidieron en el bar Finistère, situado en la séptima planta del buque. Los periodistas integraban uno de ellos, mientras que el segundo cenáculo lo componía la familia Alsina, a la que la adversidad parecía haber unido.

Edgar, Sandra, Mercedes y Santos habían compartido más horas de conversación en los dos últimos días que durante los dos últimos años. A aquella hora de la tarde, Santos insistía en la posibilidad de revertir la voluntad del doctor mediante el diálogo, evitando así que divulgara lo que aseguraba conocer sobre el gran secreto de Agatha Christie. Edgar, por su parte, se mostraba escéptico, pero había resuelto conceder a su padre la posibilidad de intentarlo. Para poner en marcha otra estrategia aún quedaba tiempo. Y se había jurado a sí mismo activar todos los mecanismos necesarios, puesto que ya le habían llegado rumores de que las editoriales extranjeras con las que había negociado la posibilidad de editar el libro de Hernán comenzaban a mostrarse reacias tras las noticias aparecidas en la prensa.

Por su parte, Mercedes abrigaba la esperanza de que el revuelo mediático que se había organizado con las acusaciones del médico tuviera un efecto contrario al previsto y ayudara a las ventas. Esperanza que Sandra enjuiciaba como pan para hoy y hambre para mañana, puesto que los titulares de los días siguientes habían insistido más en la versión del doctor, emborronando los esfuerzos de la editorial a favor de la obra de Hernán.

—En dos días el libro será visto como un fraude —vaticinó Sandra, colérica—. Si hemos vendido algún ejemplar ha sido por el asesinato de ese profesor de Winchester, que ha resultado ser una bendición.

Su mirada se encontró fugazmente con la de Edgar.

—¿Otra vez vuelves con eso? —se quejó Mercedes.

—Ya os dije que lo mejor que nos podría ocurrir sería que se cometiera otro crimen al estilo de Agatha cuando ese médico se decida a jodernos del todo —opinó—. Y si al que se cargan es a él, pues negocio redondo.

Santos estudió a su nuera con la mirada y el resultado no le agradó. Pero en ese momento reparó en que Gaspar acababa de entrar en el bar. De inmediato, el editor se

levantó de su asiento y se dirigió hacia su viejo amigo. Al verlo, el médico abandonó precipitadamente el local, pero Santos lo siguió.

Arturo, Gala y *Pilgrim* disfrutaban de la brisa en la cubierta del barco, el único lugar por donde las mascotas podían pasear. Estaban sentados junto a una de las mesas metálicas ancladas a la cubierta y comentaban el contenido de las informaciones que uno de los periódicos británicos más populares recogía a propósito del libro de Hernán y del extraño asesinato ocurrido en Winchester.

—Lo que está claro es que la prensa se ha decantado por la versión de Gaspar —resumió Arturo, abatido—. A Hernán y a su libro los ponen a caldo. Supongo que no les hace gracia que venga un extranjero a explicarles la vida de una escritora de Devon.

—Pues tiene gracia eso —se quejó Gala— cuando resulta que hay anglosajones que se han convertido en reputados especialistas del hispanismo y de muchos de nuestros artistas.

—Me temo que las cosas no le van a ir bien a la editorial si se extiende el rumor de que Hernán ha metido la pata.

—Pero antes nuestro amigo el doctor deberá explicarse un poco mejor, ¿no te parece? —dijo Gala.

—¿Crees que nos invitará a ese acto del que habló?

—Habrá que hacerse invitar —repuso Gala con una sonrisa pícar—. No estoy dispuesta a perdermelo.

—Pues, mira —señaló Arturo—, a lo mejor se lo puedes preguntar enseguida.

Gala siguió la dirección de la mirada de su marido y vio al médico jubilado tomar asiento en el acristalado recinto del bar de la cubierta.

—No podemos entrar allí con *Pilgrim* —recordó Gala, enojada—. Si queremos hablar con él, tendremos que llevar al perro al camarote.

—No tan deprisa —atajó Arturo—. Mira. —Santos acababa de sentarse junto al doctor—. Mejor será no interrumpirles —consideró Arturo—. Me da en la nariz que pueden saltar chispas.

—Pues desde aquí las vamos a ver estupendamente —presumió Gala.

—¿Cómo estás? —preguntó Santos, visiblemente incómodo.

—Yo bien, ¿y tú? —replicó Gaspar, en tono neutro.

—¿Tú qué crees? —respondió Santos con aire abatido—. Sabes que lo que dijiste en Torquay puede echar por tierra las expectativas que teníamos puestas en este libro y con él puede hundirse el negocio. Las editoriales con las que negociábamos han dejado en suspenso el contrato hasta que des a conocer esas pruebas que dices tener.

El doctor estudió al editor en silencio durante unos segundos, como si dudase sobre lo que debía decir. Finalmente, optó por guardar silencio.

—¿A qué ha venido eso, Gaspar? ¿Por qué se te ha ocurrido arruinaros la vida?

—¿Arruinaros la vida? —El médico sonrió, despectivo—. Tiene gracia que vengas a decirme eso a mí.

—No te entiendo —repuso Santos, desconcertado.

—Pues deberías —contestó secamente Gaspar—. De todos modos, lo único que pretendo es desvelar la verdad y que la gente no se engañe con la teoría de Hernán.

—¿La verdad? ¿En serio te crees en posesión de la verdad?

—La verdad ha de salir a la luz aunque sea con muchos años de retraso —insistió el doctor con la mirada perdida en el mar gris verdoso.

Santos dudó, como si no estuviera seguro del significado de las palabras del médico. Precisó unos instantes de reflexión antes de intentar reconducir la conversación.

—¿No podemos buscar alguna solución? —tanteó—. ¿En serio tienes un cuaderno de Agatha?

—No y sí —respondió el doctor, lacónico.

—¿No y sí?

—No podemos buscar una solución que no sea la verdad —aclaró Gaspar— y sí que es cierto que Agatha dejó escrito lo que realmente ocurrió durante su famosa desaparición.

—Pero ¿cómo...? —balbució el editor.

—¿Cómo es que tengo ese cuaderno? —abrevió el médico—. Porque el destino es muy bromista, querido Santos. Deberías haberte dado cuenta después de lo que le sucedió al profesor Lloyd.

Santos empalideció.

—No te entiendo —contestó el editor, aún sin reponerse.

—Me ha parecido muy curioso el modo en que murió —comentó Gaspar—. Si creyera en las casualidades, diría que es una de las más extraordinarias que recuerdo.

—No sé adónde quieres ir a parar.

El doctor arrojó a Santos un periódico.

—Anda, léetelo —le recomendó—. Verás como el destino es muy hijo de puta..., pero muy bromista.

Arturo y Gala observaban con atención la conversación que Santos y el doctor mantenían al otro lado de la cristalera.

—Pagaría por escuchar lo que están diciendo —confesó la escritora.

—A juzgar por la expresión de Santos, yo diría que la cosa no pinta bien para sus intereses —apuntó Arturo.

Poco después vieron levantarse de la mesa al editor y abandonar el bar con los hombros caídos y la cabeza gacha.

—Mala pinta tiene eso —dijo a sus espaldas Paco Sainz de Villena.

Arturo y Gala no habían advertido la presencia del periodista. Paco tomó asiento junto a ellos.

—¿Y su mujer? —se interesó Gala.

—Prefirió la siesta a la vigorizante brisa del mar, me temo. Y eso que quien no perdona nunca una siesta soy yo —bromeó Paco. Volviendo la vista hacia el doctor, que permanecía sentado a solas en el bar, añadió—: ¿Discutieron?

—Por la cara que ponía Santos, yo diría que sí —opinó Arturo.

—A última hora estaba pálido como un muerto —aseguró Gala.

—Pues, hablando de muertos, este tiene tela. —Paco acompañó su comentario poniendo sobre la mesa la edición de un periódico británico—. ¿Lo han leído?

—Habíamos leído algo en este otro —dijo Arturo señalando el otro diario—. Parece que la policía no tiene ninguna pista sobre el asesino. Ni que lo hubiera escrito la mismísima Agatha.

—No seré yo quien le lleve la contraria —aseguró Paco—. En este periódico viene un reportaje amplísimo y el periodista sostiene una teoría desconcertante.

—¿Qué teoría?

—Ese colega inglés ha olfateado el mismo rastro que nos pareció advertir cuando hablamos de ese crimen en el hotel Moorland, ¿recuerdan? Cuando reparamos en lo curioso que resultaba que alguien que tenía *La muerte de lord Edgware* como su novela favorita hubiera muerto apuñalado en su biblioteca, igual que el aristócrata de ese libro de Agatha Christie.

—Sí, pero ya comentamos que no corrió exactamente la misma suerte, porque no lo apuñalaron en la nuca, como a lord Edgware —recordó Arturo, puntilloso.

—Ahí es donde viene lo bueno —dijo Paco, sonriente—. Resulta que el colega británico ha juntado más piezas del rompecabezas que la competencia, o se ha sabido camelar a la policía y le han pasado información. El caso es que hay más ingredientes en ese crimen que lo emparentan con novelas de Agatha.

—¿Como cuáles? —se interesó Gala.

—Resulta que la policía está desconcertada debido a que en la biblioteca donde encontraron el cadáver había una mesa sobre la que aparecieron naipes, como si se estuviera disputando una partida de *bridge*. —Paco guardó silencio a la espera de que sus palabras tuvieran el efecto oportuno.

—¡Joder! *¡Cartas sobre la mesa!* —exclamó Arturo.

Gala abrió la boca, pero no llegó a decir nada. La sorpresa era mayúscula. Ella conocía bien aquella novela porque en sus páginas también aparecía su admirada Ariadne Oliver.

—Puede ser una casualidad —sugirió Arturo—. Tal vez había jugado al *bridge* con algunos amigos.

—Según dice el artículo, la mujer que trabajaba para el difunto aseguró que su señor jamás jugaba al *bridge*, y menos aún en su casa. Por cierto, en el artículo se cita a la asistente como la señora Carroll. —Miró a Arturo, cómplice—. ¿Se da cuenta?

—¡Como la secretaria de lord Edgware! —dijo Arturo, excitado.

—¿En qué quedamos entonces? —preguntó Gala—. ¿A ese hombre lo asesinaron como en *La muerte de lord Edgware* o como en *Cartas sobre la mesa*?

—Pues no sabría responder —confesó Paco—, porque hay un poco de las dos novelas.

—Si lo de las cartas es cierto —intervino Arturo—, yo me inclino por *Cartas sobre la mesa*, porque Shaitana, el personaje que resulta asesinado en ese libro, es apuñalado en el pecho.

—Con un objeto punzante cuya empuñadura estaba recubierta de piedras preciosas —puntualizó Paco—. Igual que ocurrió en Winchester, según menciona mi colega, aunque parece que el asesino no tenía dinero para tanto y se conformó con un puñal cuya empuñadura estaba adornada con bisutería. Pero, eso sí, con una puesta en escena de luces clavada a la descripción que Agatha dejó escrita sobre el lugar donde estaba sentado Shaitana antes de ser asesinado.

Los tres se miraron en silencio durante unos instantes, como si cada cual estuviera acomodando convenientemente en su cerebro aquella información. Finalmente, Gala tomó la palabra.

—Recuerdo bien *Cartas sobre la mesa* —dijo—. Es la primera novela en la que aparece Ariadne Oliver, pero sobre la otra apenas me acuerdo de nada. ¿Cuál era el argumento? Paco hizo un gesto con la cabeza a Arturo, cediéndole el protagonismo.

—La novela favorita de ese profesor de Winchester gira alrededor del asesinato del cuarto barón de Edgware —recordó Arturo—, y realmente fue un fracaso de Poirot, porque, de no haber escuchado por casualidad una conversación, no habría descubierto a la verdadera culpable.

—¿Lo asesinó una mujer? —preguntó Gala.

—En concreto, su esposa, lady Edgware —aclaró Paco—. Aunque, eso sí, había elaborado un cuidadoso plan que incluyó contratar a una actriz americana, Carlotta Adams, muy admirada por su capacidad para disfrazarse e imitar a diferentes personajes, para que ocupara su lugar durante una cena y así ella pudiera asesinar impunemente a su marido.

—Buena coartada —comentó Gala, pensativa—. Aunque eso suponía que la actriz se convertía en cómplice del crimen.

—No —intervino Arturo—, porque lady Edgware, que de soltera se llamaba Jane Wilkinson y también había sido actriz, propuso el reto a Carlotta Adams como si fuera un juego, una charada. Jamás le mencionó sus verdaderas intenciones. Es más, después la envenena tras asesinar a su marido en su casa de Regent Gate. E incluso se verá obligada a liquidar a otro personaje más, Donald Ross, porque descubre que la mujer que asistió a la cena no era la auténtica lady Edgware.

—De manera que lord Edgware aparece muerto en su biblioteca, igual que el profesor de Winchester, pero con la diferencia de que, en lugar de haber sido apuñalado en la nuca, como ocurre en esa novela, lo apuñalan en el pecho, como le sucede a Shaitana en *Cartas sobre la mesa* —resumió Gala. Paco y Arturo asintieron en silencio—. Verdaderamente notable —opinó la mujer, pensativa.

Santos abandonó derrotado el bar de la cubierta del barco tras su reunión con el doctor. Si Gaspar seguía siendo el mismo hombre que conoció en su juventud, el editor sabía que no habría modo de hacerle cambiar de opinión. Desde que era un muchacho parecía haber estado dictando diagnósticos con absoluta seguridad. Cuando discutían durante las reuniones del Club de los Detectives, Gaspar era el único de sus miembros que no mudaba de opinión una vez se había construido una. Si le parecía que el argumento de una novela de Agatha cojeaba en algún extremo o que un personaje resultaba poco creíble, no había modo de que los demás pudieran hacerle ver lo contrario. Sin ir más lejos, para el doctor Velarde la producción literaria de Agatha que abarcaba la década comprendida entre 1930 y el comienzo de los cuarenta era la única que merecía realmente la pena. Gaspar insistía en que toda la esencia de la Reina del

Crimen se encontraba enterrada en las novelas de esos años de esplendor. Todas las novelas anteriores no eran otra cosa que una pálida introducción para esa apoteosis creativa y de ingenio; y la producción posterior no iba más allá de la repetición de fórmulas ya usadas. A lo sumo, llegaba a transigir si se le apretaban las tuercas hasta incluir en el ciclo maravilloso la novela *Cinco cerditos*, puesto que había visto la luz en 1943, pero Gaspar decía que, dado que fue escrita meses antes, se hallaba bajo el influjo de la década prodigiosa. Y no había modo de sacarle de su teoría, incluso esgrimiendo en su contra argumentos tan espléndidos como *Testigo de cargo*, *Intriga en Bagdad*, *El templete de Nasse House*, *El misterio de Pale Horse* o *Inocencia trágica*, el ojito derecho del propio Santos. Ninguna de aquellas historias salía bien parada, en opinión del estudiante de Medicina, si se medía su estatura con algunas de las que él prefería.

De manera que Santos evaluó en silencio la situación y concluyó, sin margen de error, que estaban jodidos y bien jodidos. El doctor llevaría a cabo su estrafalario plan y daría a conocer, urbi et orbi, el contenido del cuaderno de Agatha Christie que decía poseer. La historia del libro de Hernán se disolvería como un terrón de azúcar en el café, y con él se irían al fondo del mar la jugosa inversión que Octubre Ediciones había realizado y los contratos apalabrados con editoriales de otros países.

—¡A tomar por culo! —farfulló Santos, abatido.

Pero el destino aún no había acabado de darle su merecido y, al doblar la esquina de uno de los largos y estrechos pasillos del barco, chocó con Irma.

—Lo siento —se disculpó Santos, azorado.

—¿Por chocar o por no tener los huevos suficientes para cumplir tus promesas? —le espetó la escultural rubia.

—No es el mejor momento para eso, ¿no crees?

—¿Y cuándo lo va a ser? —preguntó la joven clavándole una mirada acerada—. Hace meses que me prometiste dejar a tu mujer, asegurabas que lo nuestro iba a en serio, y ahora me vienes con que no es el momento...

—No puedo dejarla ahora —se lamentó el editor—. Tiene la sartén por el mango en la empresa. Y si este libro de Hernán va mal, iremos todos al infierno.

—En ese lugar me siento yo hace mucho —le reprochó la joven.

—Nunca he pretendido humillarte —dijo Santos, intentando acariciarle la cara.

Irma le apartó la mano con firmeza.

—Ni se te ocurra volver a tocarme. Ya sabes lo que hay —amenazó—: o ella o yo.

—Ahora mismo, nuestro principal problema no es Mercedes —sonrió Santos con amargura—, sino ese médico, que nos va a joder a todos pero bien.

—Pues espero que tengas más cojones para solucionar eso de los que has tenido para quitarte de encima a tu mujer. —Hizo una pausa y añadió con firmeza—: Si no lo haces tú, lo haré yo.

—Espero que me disculpen, pero voy a regresar al camarote —se excusó Paco—. Supongo que mi mujer ya habrá despertado de su siesta. Parece que con el vaivén del barco se siente acunada. —Rio.

Gala y Arturo sonrieron. El periodista les dejó junto a *Pilgrim* mientras al otro lado de la cristalera el doctor apuraba su café.

—Llévate a *Pilgrim* al camarote —pidió Gala a su marido—. Voy a entrar a hablar con él. Arturo movió su mostacho, indeciso. No estaba muy seguro de que fuera buena idea inmiscuirse en los problemas que pudieran tener Santos y Gaspar.

—Este asunto puede hundir a la editorial —recordó Gala, intuyendo por dónde iban los pensamientos de Arturo—, de modo que sí que me afecta. Y si ese hombre —señaló con la cabeza al doctor— va a arruinar a la empresa para la que escribo, me gustaría asegurarme un puesto en la primera fila para averiguar los motivos.

—¿En serio le vas a pedir que nos invite al acto que ha anunciado?

—No te quepa la menor duda —respondió Gala en tono resuelto.

Instantes después, el profesor jubilado se retiraba junto a su mascota rumbo al camarote y Gala hacía su entrada en el bar simulando no haber visto a Gaspar hasta que lo tuvo delante.

—¡Señor Velarde! —exclamó, teatral—. No le había visto.

—En cambio yo a ustedes sí —respondió Gaspar, indiferente—. Estaban con Paco al otro lado de la cristalera.

Gala acusó el golpe, pero se rehízo con una sonrisa.

—No se anda usted con rodeos, ¿eh?

—Veo, en cambio, que usted sí —replicó el doctor, imperturbable.

—Entienda que esté preocupada —se sinceró la escritora—. Sabe perfectamente que la editorial puede zozobrar si es cierto lo que usted ha anunciado.

—Comprenda usted que a mí lo que me preocuparía ahora mismo es que zozobrara este barco —repuso Gaspar, irónico.

—Por favor, no sea usted cínico.

—No soy yo quien entró en el bar con disimulos —recordó el médico.

Gala tomó aire y resolvió contar hasta diez antes de replicar. Y, tras estudiar las opciones que tenía, optó por tender puentes hacia su adversario dialéctico.

—Para serle sincera, venía dispuesta a conseguir que nos invite, a Arturo y a mí, a ese acto que ha anunciado para el día 3 de diciembre.

—Si se trataba de eso únicamente, ha perdido energía a lo tonto —dijo Gaspar—, porque yo ya les había incluido en la relación de huéspedes. En realidad, tenía previsto pedirles su dirección para poder enviarles una invitación formal.

—¿Huéspedes? —se extrañó Gala.

—Naturalmente —respondió el doctor—. El plan consiste en invitarles a todos al Parador Nacional de Turismo Gil Blas, justo enfrente de mi casa, para poder charlar cómodamente y presentar en sociedad el cuaderno de Agatha.

—De modo que es cierto —se interesó Gala—, tiene ese cuaderno.

—Naturalmente —sonrió Gaspar—. De hecho, hay quien está tan interesado en él que ya registró mi habitación en el hotel y ha vuelto a hacerlo en el barco.

—¿Alguien ha entrado en su camarote? —Gala estaba atónita, pero, al advertir una chispa maliciosa en la mirada del doctor, se apresuró a añadir—: ¿No creerá que yo, o Arturo...?

Gaspar rio.

—No, desde luego que no. Como ya le dije en el viaje de ida, existían argumentos en esta aventura para una novela de Agatha. Ahora hay otro más, que es liquidarme a mí. O al menos robarme.

—Pero ¿cómo puede usted pensar eso?

—Porque no soy estúpido, y usted tampoco lo es —replicó el doctor—. El cuaderno de Agatha les interesa a Santos, a Mercedes, a Edgar, a Hernán, a ese escritorzuelo llamado Luis y a la prensa. Por diferentes motivos, todos darían lo que fuera por él —pronosticó—. La prensa, para divulgarlo; Luis, para escribir la novela de su vida, y todos los demás, para quemarlo sin tardanza.

Gala guardó silencio. En el fondo, sabía que el médico tenía razón.

—Pero no entiendo qué saca usted con todo esto —reconoció.

—En la vida no siempre hay que hacer las cosas para obtener algo material, concreto —explicó Gaspar—. En mi caso, se trataría de divulgar la verdad. De igual manera que no podía engañar a un paciente, tampoco me gustaría que se engañara a los lectores con una historia falsa.

—Pero perjudicará a personas que le aprecian.

—Yo no diría tanto —matizó el doctor—. Simplemente, nos conocimos hace muchos años. Pero el aprecio es algo que seguramente yo no les merezco, y ellos a mí, mucho menos.

Gala estudió el rostro del médico durante unos segundos. Parecía relajado, pero ella creyó advertir en el fondo de sus ojos grises una tormenta que lograba mantener a raya cuando hablaba.

—¿Conocía usted la pasión que Agatha sentía por Shakespeare? —El doctor advirtió la sorpresa que aquella revelación había provocado en Gala—. Ya veo que no —dedujo—. Pues así era. Incluso títulos como *El cuadro* o *Un triste ciprés* están inspirados en obras del gran William. Eso por no hablar de cuánto debe *El misterio de Pale Horse* a las tres brujas de *Macbeth*.

—¿Y qué tiene que ver Shakespeare con que usted haya decidido arruinar a Santos y a Mercedes?

—Yo no lo veo así —repuso Gaspar—. No pretendo arruinar a nadie, sino decir la verdad, como ya le he explicado. Si Hernán hubiera acertado en su teoría, nada tendría yo que decir, ¿no cree?

—¿Y qué demonios le importa a usted que Hernán esté en lo cierto o no?

—Se lo acabo de decir, pero no parece que lo entienda —se defendió Gaspar—. No me gusta que se engañe a los lectores ni a los pacientes. De eso se trata. Si usted fuera Agatha, me resultaría más sencillo explicarle cuánto hay de *Hamlet* en mi decisión.

—¿A usted también se le aparece el fantasma de su padre? —ironizó Gala, picada.

—Todos tenemos fantasmas que conviven con nosotros, ¿no cree? —repelió el ataque el doctor—. Y no necesariamente es el de nuestro padre. Un día a lo mejor comprenderá lo que le digo. La relación entre Shakespeare y Agatha le aclarará las dudas, se lo aseguro —afirmó sin apartar la mirada de los ojos de Gala. Tras unos segundos eternos, sonrió—. Y ahora ¿sería tan amable de decirme su dirección postal para hacerle llegar la invitación para el siguiente acto?

Santos se encontró con Hernán en el pasillo que llevaba a sus respectivos camarotes. El editor maldijo en silencio al destino. No le apetecía hablar con nadie en aquel momento. Con Gaspar e Irma ya había tenido suficiente por aquella tarde y además aún debería dar cuenta de su infructuosa negociación a su hijo y a su mujer.

—Me dijo Mercedes que ibas a tener una charla con Gaspar —afirmó Hernán. Santos asintió.

—De eso vengo —explicó, desanimado—. Ya sabes cómo es. Cuando toma una decisión, no hay manera de hacerle cambiar de idea.

—Sigue siendo igual de terco que entonces —comentó el escritor—. Pero ¿por qué ha montado este jaleo? ¿Qué diablos le importa a él si estoy en lo cierto o no sobre la desaparición de Agatha? ¿Y de dónde coño ha sacado ese cuaderno del que habla?

—No lo sé —confesó el editor—. Pero no podemos hacer otra cosa que esperar.

—¿Te vas a rendir después de lo de Colin? —preguntó Hernán, incrédulo.

—¿A qué te refieres?

—¿Vas a tener el cuajo de decirme que no habéis tenido nada que ver en la muerte de Colin? —dijo Hernán bajando la voz.

—¡Estás loco! —exclamó, colérico, el editor—. ¿Te crees que soy Al Capone o qué?

—Hombre, pues es para sospechar, ¿no crees? A nuestro amigo Colin le han dado matarile al estilo de Agatha justo cuando más publicidad necesitaba mi libro. ¿Cómo no voy a pensar que tuvisteis algo que ver?

Santos se pasó la mano por su mata de pelo gris y lanzó una rápida mirada a ambos lados del pasillo antes de responder.

—Que tu maldito libro nos haya puesto en la cuerda floja no va a hacer que yo vaya por ahí asesinando a la gente —se defendió Santos.

—¿Dónde coño estuviste metido toda la tarde el día que asesinaron a ese cabrón inglés? —preguntó Hernán clavando su mirada de actor de cine en el editor.

—Esa misma pregunta te la podría hacer yo a ti —replicó Santos—. Por lo que me dijo Mercedes, apareciste después de medianoche en el hotel. Tuviste tiempo y motivos más que suficientes para liquidar a nuestro amigo.

La coartada de Hernán no la llegó a conocer Santos, puesto que antes de que el escritor pudiera rebatirle hizo su aparición María, con la que Hernán se había citado en su camarote para pasar la tarde del mejor modo que se les ocurriera. Y a él, que tenía mucha imaginación, que para eso era escritor, se le habían ocurrido varias posibilidades dignas de exploración.

—¡Hola! —saludó la joven—. Espero no interrumpir nada importante.

—En absoluto —dijo Hernán sin apartar la mirada del editor—. Santos ya se iba.

El editor murmuró un saludo a la periodista y se dirigió a su camarote. Hernán y María intercambiaron unas risas antes de cerrar tras de sí la puerta del compartimento del escritor, de tal manera que ninguno de ellos pudo ver a Arturo, que salió de su propio

camarote después de que el burlón destino le hubiera puesto en la situación de escuchar cuanto se había dicho en aquel pasillo.

X

El doctor Elliot Lloyd movía el pie izquierdo, nervioso. Sus largos dedos jugueteaban con la cucharilla de café, ansioso por escuchar lo que Agatha tenía que decirles. A la mesa se hallaban sentadas también Charlotte y Rosalind. La niña estaba aún adormilada. Eran las siete de la mañana y su madre la había sacado de la cama de forma tan inesperada como enérgica. Charlotte la había interrogado con la mirada, pero Agatha se limitó a responder que enseguida comprenderían el motivo de aquella apresurada reunión.

—¿Cuántas veces nos hemos preguntado qué motivos podía tener la señora Helier para ahogar a su dama de compañía? —dijo Agatha. Se sentía como Poirot en el capítulo final de una de sus novelas. Había llegado la hora de descifrar el enigma que tan desconcertados había tenido a los personajes de su historia, solo que en esta ocasión no eran seres de ficción, sino ellos mismos. El salón de los desayunos del hotel, donde se encontraban, estaba vacío—. Esa era la clave. —Lloyd frunció el ceño y abrió la boca, pero Agatha le hizo un gesto para que guardara silencio—. ¿No tendría más sentido que fuera la señorita de compañía la que asesinara a su señora? —prosiguió Agatha, conteniendo a duras penas su excitación—. Se supone que la señora Helier es rica. —Miró al doctor—. Usted mismo nos lo dijo, y es más lógico que la sirvienta pudiera obtener algún beneficio con la muerte de su jefa que al revés.

—Pero eso es absurdo —objetó Lloyd—. Como usted misma dice, yo he hablado con la señora Helier y está bien viva.

—¿Y cómo sabemos que la mujer con la que usted ha hablado es la señora y no la dama de compañía? —contraatacó Agatha. Lloyd enmudeció y Rosalind despertó del todo al escuchar a su madre—. La noche en la que las vimos llegar al hotel ninguno de nosotros sabía quién era la señora y quién la empleada. Yo misma le pregunté a Carlo si podía distinguirlos —Agatha buscó los ojos de su secretaria— y reconoció que era difícil hacerlo. Al día siguiente, una de ellas se ahoga, y apenas han tenido tiempo de hablar con nadie en el hotel, donde nadie las conoce.

—Pero tendrán un pasaporte —recordó Charlotte.

—Usted mismo, doctor —dijo Agatha dirigiéndose a Lloyd—, indicó que ambas se parecían. —Se volvió hacia Carlo y añadió—: ¿Quién iba a reparar en la foto del pasaporte? Ambas son rubias y guardan cierto parecido. La diferencia más notable entre ambas era que una de las dos era ligeramente más gruesa. Y supusimos que se trataba de la señora Helier. Pero realmente no era así.

—¡Dios mío! —Charlotte se llevó las manos a la boca.

—Veo que ya te has dado cuenta de lo que quiero decir. —Agatha sonrió a su secretaria.

—No es que la señora Helier hubiera engordado, como decía el doctor —murmuró Carlo.

—¿Cómo que no ha engordado? —dijo Lloyd, desconcertado.

—No lo ha hecho, querido amigo —aclaró Agatha—. Simplemente, está usando los vestidos de su señora, que era ligeramente más delgada, y le vienen un poco estrechos. Cuando registré su habitación, me sorprendió que la señora conservase los vestidos de su empleada y hasta esta noche no caí en la cuenta de cuál era el motivo.

—De modo que la mujer que se ahogó... —Lloyd no terminó la frase. Necesitaba unos segundos para recolocar las piezas de aquel rompecabezas.

—La señorita de compañía se está haciendo pasar por su señora, pero no puede alargar la farsa por mucho tiempo sin correr el riesgo de ser descubierta, de ahí que se haya apresurado a buscar un pasaje para hoy.

—Pero ¿por qué iba a asesinar a su señora? —preguntó Carlo.

—Eso aún no lo sé —admitió Agatha—, pero deberá confesarlo ante las autoridades. —Se levantó de la silla y urgió a los demás—: Es preciso que averigüemos a qué hora sale el barco del puerto.

Lloyd se apresuró a correr hasta la recepción del hotel y consultó los horarios de los barcos de la Union Castle.

—No está previsto que ningún barco parta hoy de la isla, señor —explicó el empleado del hotel.

—¿Está seguro? —insistió Lloyd.

—Completamente, caballero —se reafirmó el recepcionista.

Lloyd se volvió hacia las señoras y se encogió de hombros.

—Propongo que vayamos a su habitación —dijo Agatha, resuelta.

Rosalind abrió los ojos, sorprendida.

—¿Puedo ir? —preguntó.

—Te quedas aquí con Carlo —le ordenó Agatha. La niña protestó y arrugó la nariz. La escritora se lo dejó claro a su secretaria—: No se te ocurra dejar que nos siga.

A continuación, Lloyd y Agatha subieron con decisión los escalones que les separaban de la respuesta a todas sus preguntas. Agatha se sentía tan nerviosa como excitada. Aquella era, sin duda, una aventura extraordinaria... y un argumento magnífico para un futuro relato.

—Permítame —dijo Lloyd cuando llegaron ante la puerta de la habitación de Helier. El doctor golpeó la puerta con los nudillos, pero no obtuvo respuesta. Lo intentó varias veces sin éxito—. Aguarde aquí, iré en busca de ayuda —dijo a la novelista.

Minutos después, Lloyd regresó acompañado de la doncella que atendía aquel pasillo. La muchacha estaba nerviosa, le temblaban las manos y era incapaz de introducir la llave en la cerradura de la puerta. Lloyd se la arrebató sin contemplaciones y la abrió.

La habitación estaba impecable. Nadie parecía haber dormido allí, a juzgar por el estado de la cama. Agatha comprobó que en el armario estaban colgados todos los vestidos que había visto durante su visita clandestina y también los baúles.

—¿Qué diablos significa todo esto? —dijo Lloyd, atónito.

Agatha reparó entonces en un papel que descansaba sobre el escritorio. Lo cogió y lo leyó sin pérdida de tiempo.

—¡Dios mío! —murmuró.

—¿Qué sucede? —preguntó el doctor.

—Yo diría que es una nota de suicidio —respondió Agatha. Entregó el papel al doctor.

Lloyd leyó aquella carta en la que la enigmática dama confesaba su crimen y aseguraba sentirse perseguida por el espíritu de su señora, Courtney Helier. Añadía que, siéndole imposible vivir así, devorada por la culpa, había tomado la decisión de permitir que se la llevara el mismo mar en el que había asesinado a su señora. La carta estaba firmada únicamente con la letra «A».

—Audrey —interpretó el doctor.

Agatha se quedó pensativa durante unos instantes, pero Lloyd la arrancó de sus reflexiones.

—Ha debido de ir a Las Nieves —indicó—. Tal vez lleguemos a tiempo.

El mar moría dócilmente en la arena. El tibio sol de la mañana se derramaba sobre el Puerto de las Nieves indiferente a lo que les sucediera a los hombres y por eso ignoró al larguirucho y pelirrojo individuo que corría como un loco en dirección a la orilla hasta detenerse, agitado y con la respiración entrecortada, ante un vestido de mujer olvidado en la playa.

—Ha cumplido su palabra —presumió Lloyd cuando Agatha llegó junto a él.

Los dos contemplaron las olas durante unos instantes. La muerte se repetía una y otra vez, pensó la escritora. La espuma del mar se tornaba sudario donde se envolvía cada uno de los sueños que aquellas olas contenían, cada poema que inspiraban, cada noticia que traían de algún remoto lugar.

—Sería usted una excelente detective —opinó el doctor quebrando el íntimo silencio que compartían—. A mí jamás se me habría ocurrido.

Agatha esbozó una sonrisa. Siempre había creído que, si Scotland Yard estuviera bajo la dirección de una mujer, los criminales tendrían menos oportunidades de salirse con la suya. Cualquiera día, caviló, daría a luz a un personaje femenino que dijera muchas

de las cosas que ella misma pensaba, alguien tan parecido a ella que se pudiera considerar su álgter ego. Tal vez una escritora.

—A lo mejor ese personaje del que me habló, el de una mujer que investigue asesinatos, puede ser todo un éxito —reflexionó Lloyd—. Yo que usted exploraría esa posibilidad.

Agatha dejó que su mirada se perdiera en el mar. Recordó a la hermana del doctor Sheppard, la solterona cotilla y mordaz de *El asesinato de Roger Ackroyd*. Aquel era un personaje muy aprovechable, pero le parecía que le faltaba algo. Su criatura debería resultar entrañable y no odiosa. A su curiosidad habría que añadir cierta dosis de dulzura que permitiera al lector ver en ella a...

—Mi abuela —murmuró Agatha, emocionada.

—¿Cómo dice? —preguntó el doctor.

Ella negó con la cabeza y volvió la mirada al pueblo, para que Elliot no viera sus ojos encharcados por el recuerdo de su abuela, una mujer admirable y extraña, con ciertas dotes proféticas y fantásticamente intuitiva. Ella sería el modelo de su futuro personaje, decidió. Y al mirar aquellas casitas, el pequeño pueblo junto a la playa, imaginó por vez primera St. Mary Mead.

Se buscó sin éxito durante varios días el cuerpo de Audrey Granger. Finalmente, las autoridades dieron por concluida la búsqueda, convencidas de que el mar se lo había llevado para siempre. Y mientras todo eso ocurría, la estancia de Agatha en la isla tocaba a su fin. La novelista jamás olvidaría aquel viaje a Canarias, de donde regresaría a Inglaterra con retales para dos futuras historias cuyo título ya había elegido. *El hombre del mar* sería una de ellas y estaría vagamente inspirada en los días que pasó en Tenerife. Se trataría de un relato protagonizado por el misterioso Harley Quin y por el amable señor Satterthwaite. Agatha había tomado notas en uno de sus inseparables cuadernos durante sus paseos por la ladera de Martiánez hasta llegar a una finca llamada La Paz, donde se alzaba la casa de la familia Cologan, que bien podría servirle para dibujar la casa blanca con postigos verdes herméticamente cerrados que aparecería en el futuro relato.

La segunda historia no podría tener otro título que *Una señorita de compañía*, aunque debería pulir el primer boceto de manera que ella misma no apareciera involucrada. Ni ella ni, naturalmente, Carlo y Rosalind. Había que darle una vuelta a ese argumento, pensó, pero la columna vertebral de la aventura la dejó escrita en el cuaderno de tapas negras en cuyas páginas tantas veces se había desahogado, confesando al papel los verdaderos motivos de su enigmática desaparición antes de la Navidad.

La víspera de su partida cenaron en compañía de Lloyd y del doctor Lucas, a quien Agatha tanto apreciaba. Fue una noche triste por la inminente despedida, por más que Lloyd trató de hacerla divertida sacando a bailar a Rosalind y a Charlotte.

A la mañana siguiente, las tres hicieron apresuradamente el equipaje. Agatha se arrepintió de haber trasnochado tanto y de no haber avanzado el día anterior la tarea de guardar las cosas en los baúles. El autobús llegó a recogerlas con desagradable puntualidad, porque Agatha quería haberse despedido de Yurena y no le fue posible hacerlo. Apresuradamente, le escribió una nota y la dejó sobre el escritorio, esperando que la joven la leyera cuando fuera a la habitación a realizar su trabajo.

Llegaron al puerto de La Luz con el tiempo justo para subirse a un barco de la Union Castle procedente de África del Sur que hacía escala en la isla para recoger a algunos pasajeros. Un marinero español, grande y feo, cogió con sus poderosos brazos a Rosalind y la ayudó a subir. A continuación, hicieron lo propio las damas y, cuando todo estaba dispuesto para partir, la niña empalideció.

—He olvidado a Osito Azul —lloriqueó.

Y acto seguido expresó su voluntad de no abandonar la isla sin su querido muñeco. Agatha tragó saliva y maldijo la mala idea de hacer tan precipitadamente el equipaje. Estaba segura de que el capitán del barco no accedería al capricho de la niña, pero resultó estar equivocada.

Se permitió al conductor del autobús, tras poner en sus manos una generosa propina, que fuera lo más rápido posible hasta el hotel, cogiera a Osito Azul y regresara al

puerto. Parecía imposible que lo lograra, pero lo hizo. El autobús llegó al puerto justo cuando sonaban las sirenas para zarpar. El conductor se apeó, corrió por la pasarela hasta el barco y le entregó a Rosalind su muñeco. Ella lo estrechó contra su corazón y a Agatha le pareció un maravilloso final para su aventura en Canarias..., hasta que recordó que su preciado cuaderno de tapas negras se había quedado en el cajón de la mesilla.

Yurena leyó la nota de despedida que la novelista había dejado sobre el escritorio y no pudo evitar emocionarse. La encontró apenas unos segundos después de entregarle al conductor del autobús a Osito Azul. La niña, le dijo el hombre, se negaba a abandonar la isla sin él.

Tras leer la carta, se sonó la nariz y se concedió unos minutos de silencio, sentada ante aquel mismo escritorio. Era un día limpio, de cielo azul cargado de promesas. Al cabo de unos instantes, Yurena suspiró y se obligó a comenzar a trabajar sin saber que el destino guardaba para ella una nueva sorpresa cuando abriera el cajón de la mesilla de aquella habitación del hotel Metropole.

PARTE 2

«Invariablemente, pierdo los cuadernos de notas. Por lo general, tengo media docena donde anoto las ideas que me vienen de repente».

Agatha Christie en *Autobiografía*

1

Me siento como si hubiéramos hecho un viaje en el tiempo —confesó Arturo, emocionado. Al otro lado del cristal de su ventana se extendía un mundo de piedras centenarias—. ¿Cómo es posible que no hayamos venido aquí antes?

—Porque la vida es demasiado corta —argumentó Gala, filosófica—. Hay tantos lugares por ver y tan pocos años para verlos...

Arturo apartó la mirada de aquellas calles empedradas y silenciosas, empapadas por la humedad de aquel atardecer del mes de diciembre. Se volvió hacia su mujer y la vio trajinar, colocando con mimo la ropa en el armario. No le resultó difícil imaginar por dónde iban sus pensamientos. También él se daba cuenta de que alguien pisaba el acelerador en sus vidas. Ocurría desde que cumplió los cuarenta, aunque había sido en los últimos años cuando tomó verdadera conciencia del vertiginoso ritmo con el que se consumían las horas, los días y los años. Ambos habían envejecido, era innegable. Y habían ganado peso y arrugas, pero amaba a Gala exactamente igual que el primer día. Aquella mujer alta, fuerte y rotunda que en aquel momento colgaba de las perchas camisas y chaquetas aún conservaba la mirada azul del primer día y su poderosa nariz le parecía, como entonces, un rasgo distintivo de su belleza.

—¿Podrías echar una mano? —se quejó Gala.

Arturo sonrió y obedeció.

Ella le lanzó una mirada rápida, como le gustaba hacer sin que él se diera cuenta. La brillante cabeza calva, el poblado bigote, el generoso abdomen y alguna arruga nueva en la que aún no había reparado no lograban borrar de su memoria al joven profesor de Matemáticas con quien decidió compartir su vida.

—¿Quién nos iba a decir que vendríamos a Santillana del Mar por algo así? —reflexionó Arturo.

Gala se mostró de acuerdo. Ella tampoco lo habría imaginado. Todo aquello parecía formar parte del guion de una novela, pero no precisamente romántica, género en el que ella era toda una maestra.

El doctor Gaspar Velarde había cumplido la promesa que formuló durante el viaje de regreso de Reino Unido. Diez días antes, el matrimonio había recibido una invitación formal para la presentación en sociedad de un cuaderno inédito de Agatha Christie en el que, entre otras informaciones relevantes, según aseguraba el firmante de la invitación, la famosa escritora confesaba las razones que tuvo para desaparecer del modo en que lo hizo el día 3 de diciembre de 1926. En la invitación se especificaba que la organización del evento —es decir, presumió Gala, el propio doctor— correría con todos los gastos de alojamiento y demás intendencia durante dos días y tres noches en el Parador Nacional Gil Blas. Gaspar añadía en la tarjeta su agradecimiento y satisfacción si, como esperaba, aceptaban su hospitalidad. El mensaje concluía prometiendo «un acto inolvidable para todos».

Había mil modos de resultar inolvidable, se dijo Gala, inquieta. Tras colocar la ropa en el armario, se había dejado caer sobre la confortable cama de aquella maravillosa habitación y contemplaba distraída las vigas vistas de madera. De momento, pensó, el viaje ya había merecido la pena. El parador ocupaba una casona impresionante, de piedra de sillería, suelos de madera y una fachada adornada por balcones de hierro forjado. Era un lugar de ensueño, pero ni siquiera tumbada sobre aquella cama lograba zafarse del desasosiego que no conseguía dejar atrás desde que regresaron de Torquay. Cuando Arturo le puso al corriente de la conversación que mantuvieron Santos y Hernán junto a la puerta de su camarote y que él escuchó por pura chiripa, la escritora intentó atar cabos y cuantos más creía anudar, mayor era su angustia.

Para empezar, el hecho de que el editor y el novelista se hubieran referido a Colin Lloyd, el profesor asesinado en Winchester, como «amigo» le había hecho estremecerse.

¿Sería posible que cualquiera de aquellos dos hubiera tenido algo que ver con la muerte del tal Lloyd? Los comentarios que uno y otro se habían cruzado en el pasillo del barco, según la versión de Arturo, estaba cargados de acusaciones mutuas. Los dos se echaron en cara haber tenido tiempo para cometer aquel crimen. Y lo cierto era que ambos tenían motivos para cometerlo, según razonó Gala.

Según los periódicos británicos, Lloyd era un erudito sobre la vida y obra de Agatha Christie y había escrito un libro considerado una referencia en la materia. En él, el difunto profesor esgrimía un punto de vista totalmente diferente al que Hernán manejaba en el suyo, de manera que hubiera podido ser un adversario intelectual peligroso para sus intereses. Pero Gala no lograba imaginar a Hernán asesinando a nadie.

Los motivos que hubiera podido tener Santos para llevar a cabo semejante locura eran coincidentes con los que, hipotéticamente, tendría Hernán, añadiéndose a ellos la publicidad gratuita que obtendría un libro dedicado a Agatha Christie recién salido al mercado coincidiendo con el asesinato de un erudito sobre su vida y en unas circunstancias sospechosamente parecidas a las de una de las novelas de la escritora.

Gala no podía olvidar que la policía británica, según las crónicas periodísticas que leyó entonces, concluyó que la víctima había dejado entrar al asesino en su casa, lo que dedujeron del hecho de que la puerta no estuviera forzada. Y si lo había dejado entrar, estimaban los agentes, era muy posible que Colin Lloyd lo conociera. Y dado que Santos y Hernán parecían conocer a la víctima...

La muerte de Lloyd, por lo que pudo advertir en las consultas que hizo a la prensa británica a través de Internet, dejó de ser noticia pronto, a pesar de que seguía sin esclarecerse lo ocurrido. La prensa, ya se sabe, manosea a los protagonistas de las noticias como objetos de usar y tirar.

Pero a pesar del desinterés de los periodistas por aquel suceso, Gala no lo había olvidado. Aquel crimen estaba rodeado de detalles a los que daba vueltas en su mente una y otra vez. Para empezar, estaba el arma del crimen, un estilete o puñal adornado en su empuñadura por algo parecido a piedras preciosas, según describió la prensa. En segundo lugar, el hecho de que el criminal hubiera elegido el pecho de la víctima para hundir el arma. Además, había que tener en cuenta que el cadáver fue encontrado sentado en un sillón junto a la chimenea y también que alguien hubiera dispuesto cartas sobre una mesa, como si se hubiera disputado una partida de *bridge*. Si a todo ello se sumaba una iluminación cuidadosamente dispuesta y tan parecida a la que se describía en *Cartas sobre la mesa* que no podía ser una simple casualidad, era comprensible que Gala, que conocía perfectamente ese libro por ser el primero en el que aparecía su admirada Ariadne Oliver, hubiera llegado a la conclusión de que el asesino había querido imitar el crimen descrito en esa novela.

Por otra parte, estaba la pasión del profesor Lloyd por *La muerte de lord Edgware* y ciertos detalles del caso que también podían dar que pensar. Por ejemplo, la extraordinaria casualidad del apellido de la sirvienta del profesor: Carroll. Por otro lado, en el libro era una sirvienta quien encontraba el cadáver, igual que había sucedido en Winchester. Y también lord Edgware había sido apuñalado en su biblioteca, si bien en su caso el punto elegido por la asesina, lady Edgware, había sido la nuca.

Gala había discutido tantas veces con Arturo durante los dos últimos meses a propósito de esos detalles que uno y otro pactaron no volver a mencionar el asunto hasta que hubieran podido recabar más información a propósito de sí, como parecía deducirse de la conversación que Arturo escuchó, Colin Lloyd no era un desconocido para Hernán y Santos. No obstante, fuera cual fuera el resultado de sus pesquisas, Gala creía firmemente que el asesino de Winchester era un perfecto conocedor de esas novelas de Agatha Christie.

—Deja de darle vueltas a lo mismo —le rogó Arturo, como si hubiera podido escuchar los pensamientos de su mujer—. Durante la cena tendremos la oportunidad de ejercer de Poirot y la señorita Marple. —Exhibió una nota que les habían entregado en la recepción del parador en la que Gaspar Velarde les anunciaba que compartiría con todos ellos la cena y que esta se serviría a las nueve y media de la noche.

—¡Tan vieja estoy que interpreto a la señorita Marple! —protestó Gala.

Arturo miró al techo y puso los ojos en blanco. Había cometido el error del principiante, se lamentó. Jamás bromees con nada que tenga que ver, aunque sea remotamente, con la edad de una mujer.

Gala y Arturo desconocían aún que el doctor se las había ingeniado para reservar la totalidad de las veintiocho habitaciones del parador, a pesar de que sus invitados precisaban muchas menos. Eran suficientes nueve, pues a excepción de Pedro Pablo Parrado, Gerardo Zorita y María Blanco, el resto de la numerosa prensa convocada acudiría al acto dos días más tarde, coincidiendo con la esperada comparecencia del anfitrión. Por ese motivo, Gaspar había mostrado su predilección por las que estaban en la primera de las tres plantas del edificio. En esa planta había un total de quince habitaciones —numeradas a partir del número 101—. Gala y Arturo ocupaban la 110.

En la habitación 108, Mercedes y Santos también hacían planes para la cena. Como los demás, habían recogido en la recepción una nota del doctor en la que les daba la bienvenida y les proponía cenar en su compañía y en la del resto de los invitados. Al parecer, Gaspar había decidido tirar la casa por la ventana y estaba dispuesto a correr con absolutamente todos los gastos derivados de aquella estrafalaria puesta en escena que había ideado.

—No teníamos que haber venido —aseguró Santos con firmeza—. Ese hijo de puta ya me dejó bien claro en el barco que no iba a dar marcha atrás.

—Aún puede cambiar de idea —opinó Mercedes—. Por lo menos, yo lo voy a intentar.

—¿Qué vas a intentar? ¿Crees que te va a hacer más caso a ti? —se burló.

—Una mujer puede tener más mano que un hombre para depende de qué —dijo Mercedes, ambigua.

—¿Pretendes follártelo? —Santos lanzó una risotada.

—Tengo más clase que la zorra de tu secretaria —replicó Mercedes, gélida—. Y te juro por mi madre que pasado mañana, cuando todo este asunto acabe, la pondré de patitas en la calle.

—¿Con qué motivo?

—Con el que me invente, que para eso pongo el dinero de su sueldo.

Santos no replicó, y no por falta de ganas, sino por falta de argumentos. Pero lo que su mujer desconocía era que también él estaba entre la espada y la pared, y no solo en lo tocante al futuro de la editorial, sino al de su relación con Irma.

—Si no puedes cumplir tus promesas, ino las hagas, joder! —se quejó María, y puso el signo de exclamación propinando dos puñetazos sobre el pecho, fuerte y velludo, de Hernán.

—Te daré todos los documentos que te ofrecí —se defendió el escritor, abrazando a la periodista bajo las sábanas—. Espera a que se solucione todo este embrollo.

Ella se zafó de los brazos de su amante y salió de las sábanas. Sus ojos verdes eran preciosos, pero a Hernán le resultó más sencillo que nunca apartar su mirada de ellos para repasar cada centímetro de aquel cuerpo desnudo que acababa de explorar con detenimiento.

—Mejor me habría ido ligándome al doctor ese —consideró María—. Por lo que se ve, está forrado. Ahí le tienes, nos ha invitado a todos, incluidos Parrado y Zorita. Y puede jugar a lo grande, porque tiene un as en la manga que tú no puedes ofrecerme.

—¿Me cambiarías por el cuaderno de Agatha?

María era una mujer infinitamente inteligente, aunque Hernán tal vez no había reparado en ello, preocupado como estaba de inspeccionar aquel cuerpo flexible. Había buceado en él, desde luego, pero sin profundizar en la verdadera personalidad de su dueña. Y, por ser María tan inteligente como era, no respondió la verdad, porque, si lo hubiera hecho, Hernán descubriría que, por una información exclusiva como la que contenía el maldito cuaderno del doctor, ella haría cualquier cosa. No sería la primera vez.

Además de pensar en el crimen de Winchester, Gala había hecho otras cosas durante aquellos dos meses. Decidida a recortar la distancia que su marido le llevaba en todo lo que tenía que ver con Agatha Christie y harta de escucharle decir que las dos tenían

muchas cosas en común, había leído la autobiografía de la novelista británica. Y no la decepcionó, a pesar del inexplicable vacío que existía sobre el episodio de su famosa desaparición.

Mientras terminaba de vestirse para dar un paseo por el pueblo antes de cenar con los demás, se sintió igual de incómoda que podía haberlo estado la mismísima Agatha. La Reina del Crimen confesaba en su autobiografía que odiaba las muchedumbres, los ruidos, el griterío, las reuniones sociales... Igual que le sucedía a ella, que procuraba eludir todos los convites y cócteles que podía. Si había aceptado ir a Torquay, fue por tener la oportunidad de visitar la tumba de Jane Austen y porque podía viajar con *Pilgrim*. Que aquel viaje significara para su marido cumplir un viejo sueño fue el factor menos importante para ella. Y si ahora estaba allí, en aquel maravilloso parador, dispuesta a dar un paseo por una villa medieval en la que no había puesto un pie en su vida, era porque no podía quitarse de la cabeza un presentimiento. Y tan fuerte era la necesidad de saber si sus temores eran fundados que en esta ocasión había accedido a no viajar con su perro. *Pilgrim* se había quedado en Valladolid al cuidado de Violeta, una de las hijas del matrimonio.

Gala tenía tantas ganas de resolver sus dudas que estaba dispuesta a soportar la cháchara de todo el mundo, como sucede en los encuentros literarios y reuniones a los que ella, como Agatha, procuraba no ir. Todo aquel asunto era endiabladamente adictivo... y peligroso.

—¿Estás lista? —preguntó Arturo. Lo estaba—. Estás preciosa —juzgó el profesor jubilado.

—Eso lo dices por compensar tu comentario de antes sobre que me parezco a la señorita Marple —zumbó Gala, haciendo un mohín.

—¡Y dale! —murmuró Arturo, meneando la cabeza.

En la recepción, Gala y Arturo se encontraron con Pedro Pablo Parrado y Gerardo Zorita. Los periodistas les saludaron de manera efusiva.

—De nuevo coincidimos —comentó Parrado, sonriente.

Arturo estrechó la mano que el periodista le ofreció y Gala siguió su ejemplo, aunque reticente. La escritora estudió a Parrado de arriba abajo. Aquel cincuentón no tenía entre sus prioridades el vestuario, concluyó tras su peritaje. Un pantalón de pana marrón muy desgastado por el uso, un chaquetón verde aún más centenario y un suéter de cuello vuelto de un chillón color naranja completaban el desastre indumentario.

—¿También os ha invitado el doctor? —se interesó Arturo.

—Ya ve que sí —respondió el orondo Zorita, que al menos exhibía un aspecto más pulcro que su compañero—. Se ve que le sobra el dinero y no sabe en qué gastarlo.

—No hay como tener pasta para hacer lo que se te ponga en los cojones —reflexionó Parrado a su manera.

—¿Tanto gana un médico? —dudó Arturo, mosqueado.

—Será cosa de familia para vivir donde vive —especuló Zorita desviando la mirada hacia un magnífico caserón situado frente al parador.

—¿Esa es su casa? —preguntó Gala, atónita.

La casona estaba al otro lado de la calle, donde comenzaba la plaza Mayor. Ofrecía una imponente fachada de piedra con dos arcadas de medio punto que daban acceso a un zaguán, donde encontraba cobijo una venerable puerta de madera. En el primer piso de la casa, sobre cada uno de los arcos, se podían admirar dos antepechos con barandillas de hierro forjado y, en medio de ambos, un imponente escudo de armas en cuyo centro, según Gala creyó apreciar desde donde se encontraban, aparecía esculpida un águila. En el piso superior había una solana de madera a lo largo de toda la fachada.

—¡Caramba con el doctor! —se admiró Arturo.

El matrimonio se despidió de los dos periodistas y se lanzó a dar su primer paseo por las centenarias calles de la villa. Dejaron a su derecha la casona de Velarde aguardando aún con más ansia la hora de encontrarse con él durante la cena y caminaron por la empedrada calle Juan Infante, flanqueada por preciosas casas con fachadas de sillería y balcones de madera que, en algunos casos, ofrecían una curiosa estampa al curvarse

por el peso de los años. Más adelante, doblaron la esquina a la izquierda para tomar la calle de La Carrera. Gala se había hecho con un plano del pueblo y de vez en cuando se detenía para contemplar, embobada, alguna de las casonas hidalgas. Le encantaba hacer de guía y Arturo, que lo sabía, se dejaba conducir.

La escritora recitaba el nombre de los caserones más relevantes —el de Leonor de la Vega, el de los Hombrones, el de los Abades...—, hasta que se dieron de bruces con la plaza de la Colegiata. Los dos se quedaron de pronto pasmados admirando la fachada del templo. Ni siquiera la erosión lograba acallar su belleza.

Rodearon la colegiata compartiendo un cómodo silencio hasta que, inesperadamente, Arturo lo rasgó con una pregunta de muy difícil respuesta.

—¿Y si no aparece?

—Si no aparece ¿quién? —Gala se volvió hacia su marido, extrañada.

—El doctor —aclaró Arturo—. ¿Y si no aparece el doctor?

—¿Y por qué demonios no iba a aparecer?

—*Diez negritos* —respondió Arturo, lacónico.

—¿A qué viene ahora eso?

—¿No recuerdas el argumento de esa novela?

—Un grupo de invitados que va muriendo, uno tras otro, ¿no es así? Siempre me pareció una trama difícil de sostener. Todo un alarde de Agatha, la verdad.

—Sí que lo es —admitió Arturo—. Pero ¿no recuerdas por qué se reunieron todas las víctimas? —Gala negó con la cabeza y él añadió—: Todos habían sido invitados a una casa situada en una isla por un misterioso anfitrión llamado Mr. Owen. Pero resulta que Mr. Owen no aparece y los invitados, al poco de llegar, uno tras otro, son asesinados aparentemente siguiendo los versos de una canción infantil.

—¿En serio crees que no vamos a salir vivos de esta? —se burló Gala—. Y luego dices que yo estoy obsesionada con el asesinato de Winchester.

—Ya, bueno, pero ¿y si no aparece? —insistió Arturo.

Pero Gaspar sí apareció. Y, para sorpresa de todos, lo hizo en compañía de un sonriente Luis Gonzalvo. Ambos hicieron su entrada en el comedor del parador, exclusivamente dispuesto para los invitados del doctor como el resto de las instalaciones, charlando animadamente. Al ver a Gaspar, todos se levantaron de sus asientos, a excepción de Edgar y su mujer. Minutos antes, Gala y Arturo habían tenido tiempo de saludar a Paco Sainz de Villena y a su encantadora esposa, cruzar algunas palabras de compromiso con Santos y Mercedes y sonreír sin mucha gana al petulante Hernán, en quien Gala creía haber percibido un nerviosismo mal disimulado. La escritora juzgó lógica su inquietud, porque si el doctor no mentía respecto al famoso cuaderno, su credibilidad se vería gravemente deteriorada.

Tras ocupar los asientos que les habían asignado —cada cubierto tenía delante un cartelito con el nombre del invitado—, Gala se entretuvo paseando la mirada por los rostros de los demás. Advirtió una sonrisa cómplice de María dedicada a Hernán, la expresión distante de Irma, el parloteo desenfadado de los periodistas, el rostro avinagrado de Sandra y la mirada sombría de Edgar. Cuando el doctor y Luis entraron en la sala, el semblante de Edgar hizo que Gala se estremeciera. La mirada del heredero de Octubre Ediciones había dejado de ser lúgubre para destilar odio.

La figura de Gaspar reclamó la atención de todos. El anfitrión sonreía esforzándose en parecer despreocupado, estimó Gala. La novelista lo estudió con la calma que le proporcionaba ocupar el lugar más alejado de la puerta de entrada al comedor, de tal manera que ella y Arturo serían los últimos a quienes el médico saludaría. Gaspar estrechó la mano de los periodistas, ávidos de declaraciones del generoso anfitrión, y de los demás convidados.

—Sean Connery está más delgado, ¿no? —murmuró Gala al oído de Arturo.

—Yo diría que sí —corroboró el profesor, cómplice.

Decididamente, el doctor había adelgazado, pero a Gala le seguía pareciendo igualmente atractivo. No lucía su característica gorra escocesa, sino que para la ocasión había elegido un elegante traje oscuro y una discreta camisa gris, sin corbata. Al llegar a la altura de Edgar y Sandra, el médico alargó su mano, pero los otros no la aceptaron.

—¿Aún tiene el cuajo de ofrecerme la mano? —le espetó Edgar.

El médico le sostuvo la mirada.

—Seamos educados —rogó Gaspar—. Es solo un acto cultural.

Edgar, que seguía sin levantarse de su asiento, apretó las mandíbulas.

—No sabía que apuñalar a una familia por la espalda tenía esa consideración.

El doctor no bajó la mirada y se limitó a esbozar una fría sonrisa y a negar con la cabeza.

—Querida Gala —dijo Gaspar al llegar a la altura de la escritora. La besó suavemente en la mejilla, caballeroso. Gala percibió un aroma a corteza de árbol al contacto de la barba canosa del médico en su cara—. Amigo Arturo. —Estrechó firmemente la mano del profesor—. No saben cuánto me alegro de volver a verles.

—No me lo habría perdido por nada del mundo —admitió Gala en voz baja—. Además, este lugar es maravilloso.

Gaspar sonrió, aunque pareció costarle. Se le veía cansado, pero erguido.

—Es cierto —admitió—. Un lugar evocador, de esos en los que los muertos llaman a los vivos —añadió, enigmático—. Como en *Hamlet*, ¿recuerda? No se olvide de Shakespeare. Como le dije en el barco, Shakespeare le aclarará las dudas que tenga sobre Agatha.

Gala se moría de ganas de preguntarle a qué venía aquella mención a Shakespeare, y especialmente ardía en deseos de asistir al desenlace de aquel teatrillo para el que se había garantizado la presencia de numerosos medios de comunicación que llegarían a Santillana del Mar dos días después, coincidiendo con el aniversario de la desaparición de Agatha Christie. Pero las respuestas de Gala deberían esperar, porque, tras su saludo, el doctor se dirigió al asiento que él mismo se había reservado, en la presidencia de la larga y engalanada mesa.

Quien sí se sentó a la derecha de la escritora fue Luis Gonzalvo, que parecía otro. De alguna parte había sacado aquella careta sonriente que exhibía, alejada de su habitual rostro fúnebre. En lugar de rehuir la mirada de los otros, parecía buscarla, deseoso de que le preguntaran sobre su aparente compadreo con el médico. Para su satisfacción, Paco Sainz de Villena se mostró dispuesto a complacerle.

—¿Desde cuándo usted y el señor Velarde van de la mano? —preguntó el periodista.

Luis alquiló una sonrisa irónica y se concedió a sí mismo unos segundos antes de responder.

—Me encontré con Gaspar —empleó el tuteo con absoluta deliberación, para darse aires— esta tarde frente a su casa y me invitó a entrar. Hemos tomado café, conversamos... y me mostró el famoso cuaderno. —Había dejado para el final lo mejor, y lo sabía. Gala advirtió que Edgar y Sandra, que estaban más cerca que los otros, prestaban atención al petulante escritor—. Lo guarda en su escritorio, en el primer cajón —reveló—. Es un cuaderno de tapa dura, de color negro, bastante ajado, la verdad. Y con una caligrafía indescifrable a primera vista.

—¿Y es seguro que es de Agatha? —se interesó vivamente Paco.

—Me parece que Gaspar —insistió en el tuteo— va a decir algo sobre eso antes de la cena —anunció, pavoneándose por poseer tanta información privilegiada.

Y estaba en lo cierto, porque en ese mismo instante el doctor se levantó y golpeó con un tenedor la copa de vino vacía reclamando la atención de todos.

—Estimados amigos —sonrió, un tanto forzado, y paseó la mirada por todos ellos—, quiero daros en primer lugar las gracias por aceptar esta invitación, y especialmente a aquellos que sé que pueden encontrar mis propósitos despiadados —posó la mirada en Santos y Mercedes, que se revolviéron incómodos en sus asientos—, pero confío en que comprenderán perfectamente los motivos de este acto que estimo de toda justicia. Estoy seguro de ello —enfaticó. A continuación se dirigió a los periodistas—: Y muchas gracias a ustedes, con quienes compartí unos inolvidables días en Torquay, por aceptar mi hospitalidad y por su compromiso para divulgar lo que revelaré pasado mañana.

»Este es un magnífico escenario para hablar de literatura. Por estas calles han paseado José María Pereda, Concha Espina, Galdós, Pardo Bazán o Unamuno, entre otros muchos. Y, por si no lo saben, este parador lleva el nombre de Gil Blas en recuerdo de

un pícaro neoclásico creado por el escritor francés Lesage, cuya obra tuvo un extraordinario éxito, a pesar de que él jamás pisó Santillana del Mar.

Pedro Pablo Parrado se atrevió a interrumpir el discurso del doctor para descender a un territorio más concreto.

—¿Puede adelantarnos algo del contenido del cuaderno?

—Comprendo su ansiedad —repuso Gaspar—, pero me temo que hasta el día 3, como ya les dije, no revelaré su contenido. —Hizo una pausa y tomó aire, como si de pronto le costara hablar—. No obstante, tenía la intención de explicarles alguna cosa sobre ese extraordinario cuaderno antes de que nos sirvan la cena. —De un bolsillo de la chaqueta sacó un papel doblado. Con parsimonia, lo desdobló y leyó con voz grave—: «Como es lógico, es preciso elaborar y resolver todos los detalles prácticos, y los personajes han de ir entrando sigilosamente en mi conciencia, pero siempre apunto mis deslumbrantes ideas en un simple cuaderno escolar. Hasta ahí todo marcha bien, pero siempre sucede algo que no cambia, y es que suelo perder ese cuaderno escolar. Por lo común tengo media docena a mano y los utilizo para tomar nota de las ideas que se me ocurren, o algún apunte sobre un veneno o un medicamento...». —El doctor levantó la vista del papel—. Lo que les acabo de leer es un fragmento de la autobiografía de Agatha Christie, donde, como han escuchado, ella misma menciona su costumbre de utilizar cuadernos escolares para sus notas.

—Eso ya se publicó recientemente por parte de un escritor irlandés —recordó en voz alta Gerardo Zorita.

—En efecto —confirmó Gaspar, imperturbable—. John Curran descubrió setenta y tres cuadernos escritos a mano por Agatha durante una estancia en Greenway House, la mansión de la escritora que pudieron visitar en Devon. Según él mismo ha escrito, ocurrió el día 11 de mayo de 2005. Lo había invitado a pasar un fin de semana el nieto de Agatha, Mathew Prichard. Y no solo encontró los cuadernos, sino que incluso dio con un manuscrito inédito oculto en uno de ellos. Su magnífica investigación se tradujo en nuestro país en dos libros, *Los cuadernos secretos* y *Los planes del crimen*.

—¿Qué hay de novedoso en lo que pretende contarnos? —preguntó Parrado.

—Lo que les acabo de decir confirma que Agatha tenía la costumbre de utilizar cuadernos escolares para apuntes sobre sus novelas —respondió el doctor con serenidad—. Biógrafas suyas, como Janet Morgan y Laura Thompson, ratifican igualmente ese extremo. Eran cuadernos de marcas populares en la época, como The Kingsway, The Minerva o The Victoria, entre otras. Simples cuadernos de tapa dura o encuadernados en espiral. Igualmente, como les he leído, la propia Agatha confesaba que los perdía con frecuencia. Y eso sucedió durante su estancia en Gran Canaria en 1927, donde se refugió tras su desaparición en compañía de su hija Rosalind y de su asistente y amiga Charlotte Fisher.

—¿El cuaderno que usted tiene se lo dejó Agatha en Canarias? —preguntó María con los ojos muy abiertos.

Gala advirtió el intercambio de miradas que se cruzaron Santos, Mercedes y Paco.

—Permítanme que les lea algo —dijo el doctor, y dio la vuelta al papel que sostenía en las manos—: «Solo ocurrió un incidente digno de mención cuando salimos de Las Palmas hacia Reino Unido. Llegamos a Puerto de la Cruz para coger el barco de la Union Castle y entonces descubrimos que Osito Azul se había quedado en tierra...». —Gaspar apartó la vista del papel, sonrió y explicó—: Osito Azul era un muñeco muy querido por Rosalind. La niña se negó a salir de la isla sin él y el chófer del autobús tuvo que regresar al hotel a buscarlo. Lo que Agatha no menciona en su autobiografía es que también ella había olvidado algo en aquella habitación; algo que, por supuesto, el chófer no recogió.

—¿El cuaderno? —preguntó Parrado.

Gaspar asintió.

—Un cuaderno repleto de notas sobre la novela que Agatha escribió en la isla, *El misterio del Tren Azul*, una obra que siempre dijo odiar. Y también hay apuntes sobre un par de relatos que más tarde construyó inspirados en ese viaje, además de observaciones autobiográficas que nunca incluyó en sus memorias. Entre ellas, la explicación de su famosa desaparición. —El doctor clavó la mirada en Hernán, malicioso.

Este se retrepó en su asiento, carraspeó como si fuera a decir algo, pero finalmente guardó silencio—. Pasado mañana —prosiguió Gaspar— daré a conocer el contenido de ese cuaderno. Por ahora, disfruten de la cena, y mañana les recomiendo que visiten la villa y sus encantos, que son muchos.

De inmediato, como si hubieran recibido el pie para su entrada en escena, hicieron su aparición los camareros dispuestos a servir los primeros platos de una cena que resultó exquisita para quienes fueron capaces de engullirla. Entre los inapetentes, Gala contabilizó a sus editores, a Hernán y, extrañamente, a Paco.

La cena transcurrió con aparente normalidad, aunque en silencio. Y tras los postres, el doctor anunció su retirada y sin más ceremonias se dispuso a abandonar el parador. Mercedes, que una vez más estaba impecablemente vestida pero con el cabello desordenado, se levantó tras él, lo agarró del brazo y le dijo algo en voz baja. Todos les vieron salir juntos.

Minutos después, Gala y Arturo se sentaron solos en un rincón del parador situado junto a la cristalera que daba a la terraza. Eligieron la última mesa de su derecha. Las paredes estaban pintadas en tonos claros y salpicadas de piedra de sillería, mientras que en el techo se podían admirar vigas vistas de madera. A su izquierda, un pequeño ventanal permitía ver un ángulo de un salón adyacente. Y fue a través de ese vano por donde les llegaron las voces de una tensa discusión.

Mercedes entró hecha una furia. Al parecer, su reunión con el doctor no había transcurrido según había previsto y para colmo descubrió a su marido charlando amigablemente con su secretaria. Gala y Arturo enmudecieron al escuchar las amenazas de Mercedes a la joven.

—¡Otra vez con esta zorra! —recriminó a su marido.

Santos balbució algo ininteligible para Arturo y Gala.

—No le consiento... —comenzó su débil defensa Irma.

—La que no consiente aquí soy yo —bramó Mercedes—. Pasado mañana, cuando todo esto acabe, y espero que sea como yo deseo, te irás a tomar por culo. Despedida.

—Usted no puede decidir eso por su cuenta. —Irma se rehízo.

—¿Porque cuentas con el apoyo del imbécil de mi marido?

—¡Mercedes, por favor! —intervino Santos, incómodo.

—Que sepas, bonita, que quien manda aquí soy yo, y ya no aguanto más.

—¿No vas a decir nada? —le espetó Irma a Santos. Al ver que él no respondía, la joven se enfrentó a Mercedes—. No me quedaré aquí hasta el miércoles. No soporto ver su cara de bruja ni un minuto más. Aquí sobramos usted o yo —afirmó, desafiante.

—Pues es evidente quién de las dos se marcha —replicó Mercedes, irónica.

—Por ahora —aseguró Irma, enigmática.

Arturo y Gala escucharon el apresurado taconeo de la joven. Para su sorpresa, Santos fue tras ella, dejando plantada a su mujer. Poco después fue Mercedes quien se levantó. A Gala le pareció que lloraba.

Durante algo más de media hora, el matrimonio charló en voz baja sobre lo ocurrido. Era más de medianoche cuando decidieron retirarse a su habitación. Al margen del recepcionista del hotel, no había nadie más en la planta baja. Pero, al pasar junto a la pequeña sala donde había un televisor de bastantes pulgadas, vieron a Mercedes sentada en un sofá. Parecía totalmente ausente. Gala la miró con ternura y cruzó una mirada con su marido. Arturo negó con la cabeza. Era mejor respetar su soledad, decidieron, sin saber que jamás volverían a tener ocasión de cruzar una palabra más con Mercedes Sádaba.

El decorado representaba un salón con un ventanal en el centro y una salida a la derecha por la que se podía acceder al vestíbulo, la puerta de la calle y la cocina. A la izquierda, los espectadores apreciaban la salida que conducía al piso de arriba, donde estaban las habitaciones. Cerca de la escalera se encontraba la puerta de la biblioteca. En el extremo izquierdo del escenario había otra puerta que daba acceso a la salita y en el de la derecha, la puerta del comedor. También podían admirar una chimenea y un radiador situado bajo el ventanal.

El atrezo no era de la mejor calidad, eso saltaba a la vista, pero la compañía se había esforzado hasta donde la economía y el ingenio se lo permitían para reconstruir el salón de Monkswell Manor. El mobiliario no era de roble, ni mucho menos, pero las cortinas y los muebles tapizados eran tan antiguos que bien pudieran haber pasado por los originales de los años cincuenta. Nadie sabía muy bien dónde había encontrado el director de la compañía el gran sillón de cuero, aparentemente de buena calidad, y la pequeña butaca de estilo victoriano que tan bien se ajustaba a la descrita en el libreto original.

Lo demás estaba todo en su sitio. A la izquierda se podía ver un mueble que cumplía la doble función de escritorio y librería y sobre él se había colocado un aparato de radio, un teléfono y, a su lado, una silla. Otra silla se había dispuesto estratégicamente junto a la ventana, y no se habían olvidado del preceptivo revistero cerca de la chimenea repleto de periódicos y revistas. Igualmente, fueron cuidadosos añadiendo una pequeña mesita semicircular y unos apliques sobre la chimenea.

Gaspar Velarde estudió el decorado con detenimiento. Se lo podía permitir tras haber sido de los primeros en llegar. Según su peritaje, y tras haber visto la obra en Londres, aquel decorado era pasable. Por el precio de la entrada y las características del local, era mucho más de lo que podía esperar. Ahora solo restaba que los actores no destrozaran el texto, anheló el joven estudiante de Medicina.

Tres filas más atrás estaba sentada una pareja que no parecía tan interesada por el decorado.

—Anda, bésame —rogó la muchacha al joven que se hallaba a su izquierda. Ella tenía unos grandes ojos negros y, a pesar de ir impecablemente vestida, su cabello parecía despeinado.

—Déjame ahora, Merche, por favor —la recriminó él. Santos Alsina se quitó de encima el brazo de su novia, enojado. Le gustaba Mercedes, y ya se lo había dicho mil veces, pero le agobiaba tenerla siempre colgada del cuello y no soportaba sus enfermizos celos—. Hemos venido al teatro, joder, no al reservado de un bar —recordó.

Paco estaba cansado aquella tarde. Llevaba una semana con mucha carga de entrenamientos, además del esfuerzo que exigía la proximidad de los exámenes finales. No sabía si le dolía más la cabeza o las piernas, y estaba por resolver aquella duda cuando, horas antes, leyó en un cartel clavado en un tablón de la facultad que aquella tarde se iba a representar *La ratonera* en un pequeño local de la ciudad. La noticia tuvo el efecto de anestesiar sus dolores. No era *Asesinato en el Orient Express*, pero era Agatha elevada a su máxima expresión teatral.

De ese modo tejó el destino, zumbón como de costumbre, los hilos que movieron al pequeño y fibroso Paco Sainz de Villena hasta aquel maltrecho teatro. Una vez dentro, se dejó caer en un asiento junto al que ocupaba un joven apuesto, de mandíbula cuadrada, cabello engominado peinado hacia atrás y aire de galán cinematográfico. El

desconocido lo sorprendió mirándole y Paco, incómodo, se aclaró la voz y se sintió obligado a decir algo.

—¿Te gusta Agatha Christie?

—No creo que haya muchas cosas que me gusten más que sus novelas —reveló el joven. Luego sonrió, ofreció su mano a Paco y se presentó—: Me llamo Hernán.

—Encantado, yo soy Paco. —Se estrecharon las manos y Paco descubrió que su vecino de butaca tenía una fuerza enorme. A duras penas soportó el dolor en sus dedos—. ¿Estudiante? —sondeó Paco.

—Historia del Arte, sí —confirmó Hernán.

—Yo estudio Derecho. —Paco lanzó una mirada al escenario y añadió—: No tiene mala pinta el montaje. Veremos qué tal están los actores.

—Conozco al director —reveló Hernán, ufano—. Es un inglés que ha venido a mi facultad contratado por un año. Colin Lloyd, se llama. —Paco meneó la cabeza. Parecía sorprendido por el dato, pero no dijo nada—. Vamos a estar en familia —aventuró Hernán echando un vistazo a la sala.

—Unos treinta, cuento yo —señaló Paco—. A lo mejor luego nos arrepentimos todos de haber venido.

—O son quienes no están los que se lo pierden —dijo Hernán—. A mí me da que puede estar bien.

Paco frunció el ceño, escéptico.

Los apliques situados sobre la chimenea y el resto —uno en la pared izquierda, otro a la izquierda de la biblioteca y el que estaba situado en el vestíbulo— interpretaron magníficamente la coreografía que se les había asignado encendiéndose y apagándose a la vez. Antes de alzarse el telón, la sala se quedó a oscuras y comenzó a sonar la canción infantil inglesa titulada *Tres ratones ciegos*. Más tarde, cuando se levantó el telón y la oscuridad persistía, la canción dejó de sonar dando paso a la misma melodía, pero silbada por un personaje invisible. Para cuando sonaron los gritos de hombres y mujeres que exclamaban: «¡Dios mío! ¿Qué ha sido eso? ¡Fue por allí! ¡Oh, Dios mío!», el escaso auditorio estaba atrapado en *La ratonera*.

A Gaspar le pareció gracioso cómo sonaban las primeras frases de la obra en español, tan diferente del inglés. «El crimen se cometió en el número 24 de Culver Street, Paddington». Y entonces la luz se encendió lentamente, dejando ver la sala de Monkswell Manor, una casa de huéspedes donde un puñado de personajes, atrapados por culpa de una nevada, iba a verse involucrado en una endiablada trama que comenzaba de inmediato, nada más anunciarse que una tal señorita Maureen Lyon había sido asesinada.

Para cuando el personaje de Mollie Ralston hizo su entrada por la derecha del escenario, incluso Mercedes se había olvidado por unos instantes de su novio y no le agobiaba exigiéndole besos. Por su parte, Santos seguía sin pestañear los movimientos de la joven actriz alta, guapa y con aspecto ingenuo. La vio dejar el bolso y los guantes sobre la butaca del centro del salón. Contempló cómo se acercaba al aparato de radio y lo desconectaba mientras el locutor anunciaba el riesgo que, por culpa del hielo, correrían los automovilistas que se aventuraran por las carreteras. A partir de ese instante, se olvidó incluso de los prejuicios que le hacían dudar de que el ingenio como autora teatral de su admirada Agatha pudiera competir con su destreza como novelista.

Es posible que las dotes interpretativas del elenco de actores no estuvieran a la altura de una obra tan ingeniosa y seductora, pero tampoco se les podía suspender. No era sencillo encarnar al sargento Trotter, al comandante Metcalf, a la señora Boyle y a todos los demás. Pero ninguno de aquellos jóvenes aficionados destrozó el texto y todos sabían perfectamente sus frases. No obstante, lo mejor de la obra había sido la dirección. De eso no tendría la menor duda cualquiera que poseyera los mínimos conocimientos sobre el difícil arte del teatro. Simplemente, Colin Lloyd, el director, estaba muy por encima de sus actores.

Cuando cayó el telón, los aplausos fueron suficientes como para no malherir el orgullo de los artistas. Pero no se prolongaron más allá de lo correcto y lentamente la sala fue quedando vacía con la única excepción de cinco asientos, cuyos espectadores parecían ser víctimas de algún extraño sortilegio que les hurtaba la capacidad de moverse.

Al cabo de unos minutos, los cinco advirtieron el insólito caso que protagonizaban y se miraron sorprendidos. El primero en tomar la palabra fue Hernán, siempre decidido y seguro de sí mismo, virtudes con las que abría con frecuencia las puertas de las habitaciones de las estudiantes de la universidad.

—Conozco al director —dijo, jovial—. ¿Le felicitamos?

En ese mismo momento salió al escenario un hombre joven muy alto y muy flaco. Tenía el cabello pelirrojo y la piel blanca salpicada de pecas y se movía torpemente. Aún no había reparado en la presencia de los cinco espectadores y comenzó a desmontar el atrezo de *La ratonera*.

2

Eran las seis de la mañana cuando se quebró el silencio. Arturo lo supo porque acertó a abrir el ojo derecho y miró su reloj. En los pasillos se escuchaba un apresurado ir y venir de gente. Extrañado, susurró en el oído de Gala con el propósito de despertarla, pero ante lo baldío del resultado optó por métodos más expeditivos consistentes en un aumento del volumen de su voz y enérgicos meneos. Al cabo de unos segundos, Gala no tuvo más remedio que despertar.

—¿Qué sucede? —preguntó, adormilada.

—No lo sé —respondió él, más despejado e incorporado sobre la cama—. Pero hay jaleo ahí fuera.

Envueltos en sendos albornoces, salieron de su habitación al amplio vestíbulo rectangular a cuyo alrededor se distribuían siete de las quince habitaciones del primer piso. Eludieron el ascensor y bajaron por la escalera hacia la planta baja, donde parecía estar el origen del jaleo. Poco después, en compañía de buena parte de los invitados del doctor, asistían incrédulos a la escena que había causado el alboroto. Mercedes yacía muerta en el mismo sofá en el que la habían visto horas antes. En la parte posterior de la cabeza se advertía una terrible herida por donde se le había escapado la vida. Junto a su cuerpo, una revista abierta y un frasco de tinta. El recepcionista había tenido el buen criterio de no tocar nada y los demás siguieron su ejemplo. No obstante, Gala se acercó al cadáver lo suficiente como para echar un vistazo a la revista. Estaba escrita en inglés, y, aunque no dominaba ese idioma como desearía, sí alcanzó a comprender que el artículo que aparecía en ella versaba sobre la vida de una vidente a la que se mencionaba como Mother Shipton. Aquel nombre no le resultó desconocido, aunque no logró recordar el motivo. Cuando compartió con Arturo su descubrimiento, el bigote de su marido se arrugó en un gesto reflexivo. Él también había leído en alguna parte ese nombre, confesó, pero no acertaba a encontrar en su memoria la estantería donde dormitaba la solución al misterio.

—Lo descubrió el recepcionista. —Pedro Pablo Parrado miraba atónito el cuerpo desmadejado de la mujer que tres meses antes había fantaseado poseer en el Imperial Hotel de Torquay—. Dice que la vio sentarse ahí a medianoche, más o menos, y creyó que se había quedado dormida. No se atrevió a entrar en la sala por miedo a despertarla, pero hace un rato decidió apagar el televisor porque ya no soportaba más el ruido y entonces se dio cuenta. —Al periodista se le quebró la voz—. Ha dado aviso al 112.

—¿112? —preguntó Arturo, aturdido.

—El servicio telefónico de urgencias —aclaró un somnoliento Gerardo Zorita, que vestía para la ocasión un pijama de rayas bastante raído acompañado de un generoso jersey de lana—. Supongo que avisarán a la Guardia Civil.

Arturo asintió sin conseguir apartar la mirada del cadáver de Mercedes.

—Será mejor que salgan de la sala —aconsejó el recepcionista, un hombre joven y resuelto, que parecía haberse rehecho tras descubrir el cadáver—. Los guardias lo agradecerán.

Todos obedecieron, salvo Santos, que irrumpió en la escena dando gritos y rompiendo el corro formado por los presentes.

—Mercedes, Mercedes —repetía, como si no supiera decir otra cosa.

Parrado logró interceptarlo antes de que tocase el cuerpo sin vida de su esposa. El editor forcejeó. Por vez primera, Gala vio descolocada su mata de pelo canoso. «Resulta extraordinario cuánto cambia el aspecto de las personas en pijama y recién levantadas», pensó. Y de pronto se sintió incómoda, porque también ella vestía galas semejantes.

—Deberíamos ponernos algo encima antes de que llegue la Guardia Civil —sugirió a su marido. Él asintió en silencio.

En ese momento hizo su aparición Edgar, que había bajado de dos en dos los venerables escalones de madera que conducían a las habitaciones.

El heredero de Octubre Ediciones se abrió paso entre todos. Llevaba el pelo rizado revuelto, pero parecía haberse tomado su tiempo en bajar, pues era el único completamente vestido. Solo el detalle de que estaba sin afeitarse y llevaba los faldones de la camisa por fuera del pantalón impedía pensar que llegaba dispuesto a desayunar.

—¿Qué pasó? ¿Cómo? —tartamudeó, un poco forzado y más sereno de lo imaginable para semejante ocasión.

Santos lo abrazó, con los ojos arrasados.

—La han asesinado. —La voz del nuevo viudo se quebró.

—¡Dios mío! —exclamó Irma, dejando caer en el suelo su maleta.

Todos se volvieron hacia ella. La rubia los miraba desde el recodo de la escalera con el rostro demudado. Al verla, Santos se zafó del abrazo filial y se apresuró a subir los escalones que le separaban de su secretaria. Ella, temblorosa, rompió a llorar y él la cobijó entre sus brazos.

—Será mejor que nadie se acerque a la sala —recomendó Edgar una vez que su padre e Irma desaparecieron rumbo a las habitaciones. Parecía muy entero para tener el cuerpo de su madre sin vida a escasos metros de distancia—. La Guardia Civil no tardará.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Encarnación, recién llegada.

También ella parecía haberse tomado su tiempo para arreglarse. Al verla, Gala se avergonzó aún más de su aspecto.

—Alguien ha asesinado a la señora Sádaba —informó Gerardo Zorita.

—Eso lo tendrá que decir la Guardia Civil, ¿no? —Edgar se volvió hacia el periodista y le lanzó una mirada gélida.

—De un susto no parece que haya sido —ironizó el barrigudo periodista sin dejarse amedrentar.

Edgar lo miró con desprecio.

—¿Y su marido? —se interesó Gala acercándose a Encarnación.

—A ese no hay manera de sacarle de la cama así como así —confesó la esposa de Paco—. Después de comer no perdona una siesta, y luego por la noche duerme como si no se la hubiera echado.

La puerta de la recepción del parador se abrió en ese momento y la Guardia Civil hizo su aparición en un número que Gala juzgó como modesto, aunque desconocía cuál era el protocolo en un caso así. Ignorante en lo referente a galones militares, no descubrió que el hombre que encabezaba la minúscula expedición era un sargento hasta que el recién llegado se presentó.

—Sargento Pascual Iglesias —se anunció.

Los dos guardias que lo acompañaban pasearon la mirada por todos los presentes en el vestíbulo del parador. Gala presumió que el sargento tendría poco más de treinta años. Era un joven moreno, de aspecto deportivo, frente despejada y maneras resolutivas. Al parecer, estaba al frente del cuartel de la Benemérita en el pueblo.

—¿Quién encontró el cadáver? —se interesó Iglesias.

El recepcionista dio un paso al frente, pronunció su nombre y explicó lo que los demás ya sabían. El sargento se acercó junto a los dos guardias hasta el umbral de la salita.

—¿Han tocado algo? —inquirió. Todos dijeron que no—. No tardará en llegar un equipo de la Policía Judicial de Torrelavega —avisó en el mismo tono profesional mientras los dos guardias procedían a precintar la entrada a la habitación—. Les ruego que nadie salga del hotel. —De pronto pareció reparar en el vestuario de muchos de los presentes—. Si quieren, pueden ir a asearse y cambiarse de ropa.

La sugerencia fue acogida con agrado entre los huéspedes y todos se apresuraron a subir a sus habitaciones. En el amplio distribuidor, Gala y Arturo se encontraron con Hernán y María. La periodista parecía de buen humor y Gala no pudo evitar la tentación de imaginar qué artes conocía Hernán para obrar tales milagros en una joven como aquella. El escritor y la periodista iban perfectamente arreglados y frescos.

—Ya nos hemos enterado —dijo Hernán, anticipándose a lo que Gala pudiera decir.

—Es horrible —opinó María.

Arturo asintió con un leve movimiento de cabeza. Por su parte, Gala no encontró correspondencia entre lo que aquellos dos decían sentir y lo que reflejaba su mirada.

Cuando entraron en su habitación, Gala compartió sus sensaciones con Arturo.

—¿Te has fijado en esos dos? No parecían muy afectados.

—Supongo que cada uno reaccionamos a nuestra manera ante un hecho así —aventuró Arturo.

—Pues en su caso, con mucha pachorra —estimó Gala—. Ya has visto que se han tomado su tiempo para arreglarse.

—Tampoco han bajado Paco, Sandra y Luis. ¿Eso les hace sospechosos?

—Tú, que tanto admiras a Poirot, ¿ya has olvidado lo que él decía?

—¿Sobre qué?

—Sobre que todo el mundo miente en algo.

El equipo de la Policía Judicial de Torrelavega llegó media hora más tarde y con él, otro sargento. Francisco Pardo era un cuarentón serio, de complexión fuerte, mirada franca, muy claro en el hablar y muy recto en el proceder. Tenía justa fama de hombre competente y no necesitó más que unos minutos para ponerse al corriente de lo ocurrido. Tras realizar una primera inspección ocular, no tuvo duda de que se encontraban ante un homicidio. De inmediato, dio instrucciones para que se avisara al juez y a la Sección de Personas de la Unidad Orgánica de la Guardia Civil de Santander. El oficial a quien asignaran el asunto tomaría el mando de la situación.

El sargento de Santillana se puso a disposición de Pardo.

—Al parecer, la encontró el recepcionista —explicó Iglesias—. Dice que llevaba ahí toda la noche, pero creía que estaba dormida y le dio cosa despertarla. A eso de las seis de la mañana, como ya no aguantaba más el ruido de la tele, se decidió a entrar. Fue entonces cuando descubrió que no estaba dormida.

Pardo asintió en silencio mientras estudiaba la habitación y tomaba notas. Alguien había asestado un fuerte golpe en la nuca a la víctima con algún objeto cortante y contundente. Reparó en el frasco de tinta y en la revista inglesa que había junto al cadáver e intercambió una mirada con el sargento Iglesias, que se encogió de hombros. Estaba claro que el inglés no era lo suyo.

La salita de la tele se encontraba a un paso de la escalera que conducía a las habitaciones y justo al lado de la recepción, aunque separada por un grueso muro. A través de un pequeño vano se podía ver parte de ella. No era una pieza muy grande —alrededor de veinte metros cuadrados, calculó el sargento— y comunicaba con un salón mucho más amplio situado al fondo. Había un par de sofás —uno de color beis y otro marrón—, además de dos sillones. En las paredes había cuadros. El suelo era de madera y en el extremo opuesto a la entrada descubrió una chimenea de piedra, sobre la cual colgaba un enorme espejo. La televisión descansaba sobre un mueble de madera oscura.

—De modo que todos los huéspedes han venido juntos —dijo Pardo, extrañado—. ¿Es una excursión o algo así?

—No, qué va —respondió Iglesias—. Parece ser que todos son invitados del doctor Velarde, que ha reservado diez habitaciones.

—¿El doctor Velarde?

—Un médico jubilado que vive ahí enfrente —el sargento señaló en dirección a la puerta de entrada—, al otro lado de la calle. Es gente de dinero, de toda la vida —precisó—. El doctor enviudó hace cosa de un año y vive solo.

—Mucho dinero debe de tener para invitar a toda esta gente —consideró Pardo—. ¿Cuántos días los convidó?

—Dos días y tres noches —respondió Iglesias.

—¿Y el motivo?

—Un acto cultural que se va a celebrar mañana por la mañana. Creo que se espera mucha prensa.

Pardo se giró hacia su colega y arqueó una ceja. Si había algo que no le gustaba, era la prensa. Los periodistas siempre terminan jodiéndolo todo y dificultando el trabajo a todo el mundo. Desvió la mirada hacia el cadáver, que seguía interpretando a la perfección el silencioso papel que alguien le había asignado en aquella trama, y suspiró. A veces, su trabajo ofrecía la infinita recompensa de alcanzar la verdad, pero cada día le resultaba más insoportable el espinoso camino que había que andar hasta llegar a ella. Pardo era, ni más ni menos, un buen hombre que había preferido sacrificar su carrera profesional esquivando ascensos y oportunidades a cambio de una calidad de vida al alcance únicamente de los verdaderos filósofos como él.

—Lo siento, pero es lo que pienso. —Sandra estaba aplicándose una crema facial y se contemplaba en el espejo del baño—. Es lo mejor que te podía pasar. —Edgar estaba sentado en el borde de la cama con la cabeza hundida entre las manos—. Ahora que nos la hemos quitado de en medio, tienes vía libre para que te consideren como mereces. —Sandra proseguía su cháchara. Al parecer, visualizar el porvenir de su marido en la empresa la ponía de excelente humor.

Edgar levantó la cabeza y miró a su mujer. Vestida con aquel pantalón vaquero estaba aún más espléndida que de costumbre. Era alta, guapa y terriblemente superficial, pero eso ya lo sabía. Ella jamás fingió ser lo que no era, de modo que a Edgar no le llevaron del ronzal hasta el altar engañado. A Sandra le traía sin cuidado la literatura. En realidad, Edgar no recordaba haberla visto leer un solo libro de los que publicaba la editorial ni de los de la competencia. Pero en cambio sabía comportarse como nadie en las reuniones sociales. Elegía siempre el vestido adecuado, sonreía exactamente a quien debía hacerlo y hablaba estrictamente lo necesario para no desvelar su ignorancia en lo que atañía a la mayoría de las conversaciones que se cruzaba la gente con la que su marido hacía negocios. Y, además, era buenísima en la cama. No, buenísima resultaba un calificativo demasiado pobre. Sandra era una bomba de relojería bajo las sábanas. Y ahora estaba allí, terminando de retocarse mientras hablaba del asesinato de su madre con una frialdad que causó admiración en Edgar. Parecía una profesional del crimen, a tenor de la indiferencia que exhibía.

—Sé que era tu madre —dijo Sandra, condescendiente. Con cuidado, se aplicó la dosis justa de pintalabios para no parecer excesivamente frívola ahora que su suegra había tenido el buen gusto de estirar la pata y permitirle trazar nuevos y maravillosos planes—, pero debes recomponerte. Tenemos que aparecer tristes, pero enteros.

Miró al hombre a quien manejaba desde el primer día en que se conocieron. Supo desde aquel momento que lo tendría comiendo de su mano tras la primera sesión de sexo y desde entonces se había esmerado hasta convertirse en una atleta de alto nivel en esa disciplina no homologada como olímpica. Y ahora lo tenía ahí delante, a un paso de convertirse en el número uno de la editorial. Estaba orgullosa de lo que Edgar había hecho.

—Y ahora ¿qué va a pasar? —preguntó Irma con los ojos muy abiertos.

Santos iba y venía por la habitación como un león en una jaula. Con la cabeza hundida en el pecho, el editor parecía buscar en la madera del suelo las respuestas convenientes.

—No lo sé —admitió, desencajado—. Todo ha sido tan...

—Era lo que deseábamos, ¿no? —recordó la secretaria. Tenía el cabello rubio recogido, pero un mechón indisciplinado caía sobre sus ojos y lo apartó con elegancia.

Santos la miró con una mezcla de miedo y deseo. Nunca había imaginado que una mujer como Irma pudiera hacer cualquier cosa por él y, sin embargo, ahí estaba ella, guapísima, jovencísima...

Irma se miró las manos. Le temblaban. Advirtió que a Santos le ocurría lo mismo. Le vio reanudar su vagabundeo por la habitación, con el cabello canoso desordenado, la camisa por fuera del pantalón y el gesto abatido. Jamás habría creído que la otra noche, cuando ella se enfrentó con Mercedes, él hubiera optado por ir tras ella, dejando plantada a su mujer. Y lo que ocurrió después le parecía la mayor prueba de amor. Y eso que ella le había echado de su habitación.

—Los de Santander —dijo, Iglesias, escueto.

Eran las siete y media de la mañana y el vestíbulo del parador se llenó de gente. Unos vestían uniforme, otros no. Pardo conocía al alférez Lázaro Arce y le alegró enormemente que lo hubieran asignado a ese caso. Arce —treinta y cinco años, cabello casi rapado, barba de tres días, manos enormes y mirada negra— era de los que vestían de paisano. Se trataba de un tipo enérgico pero educado. Las veces que habían coincidido, Pardo se veía a sí mismo con diez años menos cuando lo miraba. Ambos eran igual de meticulosos, solo que los años habían depositado sobre el espíritu de Pardo una pátina de escepticismo frente a los ímpetus juveniles.

—¿Cómo está, sargento? —le saludó el alférez.

—Mejor estaría en otro sitio, mi alférez —se sinceró Pardo.

Arce asintió.

—¿Qué tenemos? —se interesó acercándose hasta el umbral de la salita.

Pardo hizo un informe de cuanto sabía, precisando que nadie había tocado nada en la habitación, según le habían asegurado los guardias de Santillana. El alférez pareció satisfecho, pero decidió ahorrar palabras, limitándose a hacer un gesto a dos hombres de su séquito. Los dos técnicos del laboratorio de la Policía Judicial interpretaron correctamente la señal y comenzaron su trabajo en el escenario del crimen.

—Parece que la golpearon con algo afilado en la parte posterior de la cabeza —indicó Pardo. El alférez meneó la cabeza—. Junto al cadáver había un frasco de tinta, de esos antiguos —añadió el sargento—, y una revista en inglés que puede que la víctima estuviera leyendo cuando la golpearon.

—¿Un frasco de tinta? —preguntó el alférez, extrañado—. Vamos a ver qué sacan en claro los técnicos. Y, mientras, nosotros iremos a lo nuestro.

—Por cierto, entre los invitados hay tres periodistas. —Pardo leyó los nombres que había anotado en su libreta—: Pedro Pablo Parrado, María Blanco y Gerardo Zorita. Yo a esa gente la temo más que a un nublado.

Arce compartía el punto de vista del sargento. Tampoco a él le resultaba simpático aquel gremio. Por una exclusiva venderían a su madre. Habría que andarse con mucho tiento.

—Le entiendo, sargento —dijo, pensativo—. No sería de extrañar que ya se hayan ido de la lengua y se nos llene esto de cámaras de televisión y micrófonos. Vamos a hablar con ellos. A lo mejor hay suerte y resultamos agraciados con tres ciudadanos ejemplares.

Encarnación había descrito atropelladamente a Paco el panorama que había en el vestíbulo del parador. Las palabras se atascaban en su lengua por los nervios y su significado se hacía incomprensible en ocasiones por ir acompañadas de hipos, lágrimas incontrolables y mocos, de manera que el pañuelo que su marido puso en sus manos iba de los ojos a la nariz en continuos viajes de ida y vuelta.

—Y está todo lleno de guardias civiles —añadió, como punto final.

—Le dieron un golpe en la cabeza... —murmuró Paco, como si hubiera caído en la cuenta de algo.

Encarnación asintió y se sonó nuevamente la nariz. Su marido estaba sentado en el borde de la cama, en ropa interior y sin las gafas. Pensativo, Paco se levantó, se rascó la entrepierna y caminó ensimismado en dirección al baño. Ella lo observó sin saber qué pensar. Desde que vio el cuerpo sin vida de Mercedes sobre aquel sofá, una mano invisible parecía andar hurgando en su estómago. Escuchó el agua de la ducha en el cuarto de baño y se cuestionó si sería lo suficientemente audaz como para preguntarle a su marido adónde había ido a las cinco de la madrugada, cuando salió de la cama calladamente. Él la creyó dormida, pero no lo estaba. Por eso Encarnación recordaba la hora.

El vestíbulo del parador y en especial la salita de la televisión habían experimentado una extraordinaria transformación en poco tiempo. Un guardia impedía acceder a la habitación donde se encontraba el cadáver, quedando ese dudoso privilegio solo al

alcance de los técnicos del laboratorio, que se afanaban en su minucioso análisis de la escena del delito intentando encontrar huellas, indicios o evidencias que pudieran servir para esclarecer lo que allí había ocurrido. Se había fotografiado meticulosamente el lugar, se había medido lo que se estimaba conveniente, se habían realizado croquis y bosquejos, y todo el procedimiento fue llevado a cabo con cuidadosa profilaxis.

Arce y Pardo regresaron al vestíbulo tras sostener una breve charla con los tres periodistas. La información que se estimara oportuna se serviría desde la Delegación de Gobierno, les habían advertido. Ellos, los beneméritos, no dirían ni palabra. ¿Les había quedado claro?, les dijeron de mala leche. Aparentemente intimidados, los tres periodistas se habían comprometido a retrasar durante unas horas la divulgación de lo que había ocurrido para no enredar la investigación.

—Esos tres tienen mucho peligro —juzgó Pardo.

—Lo sé —admitió el alférez—, pero no podemos enchironarlos para que no se vayan de la lengua. Habrá que cruzar los dedos.

Apenas habían bajado las escaleras procedentes de las habitaciones de los periodistas, se personó ante ellos el cabo Lastra.

—Del arma del crimen, ni rastro, mi alférez —informó. Tenía mala cara, como si no hubiera dormido bien.

—Ya me imaginaba yo que esto no iba a ser fácil —comentó Arce. A continuación, clavó su mirada en el cabo—. ¿Se encuentra bien?

Lastra se apresuró a decir que sí, que no le pasaba nada. Pero al ver que la mirada del alférez seguía posada sobre él, se sintió obligado a añadir algo más. Hacía tiempo que formaba parte del equipo de Arce, el suficiente como para apreciar su ecuanimidad y honestidad. Era cierto que el alférez rara vez descendía al tuteo, sin dar pie a olvidar quiénes eran y a qué institución representaban, pero su marcialidad no estaba exenta de educación, y esa combinación no era fácil de encontrar. Por todas esas razones, el cabo admiraba al alférez.

—Problemas familiares —dijo, lacónico—. La parienta y yo estamos reñidos.

El sargento Pardo no movió un músculo, a la espera de ver por dónde salía el alférez. No estaba muy seguro de si sonreír ante aquel comentario era buena idea o no.

—Entiendo —dijo Arce—. Espero que sus circunstancias personales no supongan un obstáculo en su trabajo.

—No, mi alférez —se apresuró a aclarar Lastra.

—Pues vaya a ver qué hay del doctor —ordenó Arce.

Cuando se quedaron solos, el alférez cruzó una mirada con el sargento Pardo y este creyó advertir un brillo de ironía en ella, pero tampoco entonces se atrevió a sonreír.

—Y su mujer, ¿qué tal?, sargento —se interesó el alférez—. Espero que no esté también enfadada.

—Al menos hasta esta mañana no —precisó Pardo, cauto—. Pero con las mujeres uno nunca sabe.

Entonces sí que Lázaro Arce sonrió abiertamente.

—Bueno, pues habrá que organizarlo todo para charlar con esta gente —señaló.

—¿Lo haremos aquí o en el cuartel del pueblo? —consultó Pardo.

—Yo creo que será en el cuartel —respondió el alférez—. Aquí hay mucho lío ahora. Hablaremos primero con la familia, y podemos establecer un horario para que los demás vengan uno por uno.

—Su marido, Santos Alsina, y su hijo, Edgar. —Pardo leyó los nombres que había anotado en su cuaderno—. También está su nuera, una tal Sandra Abarca. Son dueños de una editorial llamada Octubre Ediciones.

—Bien, y luego tendremos que conocer a ese médico tan espléndido.

En la calle llovía con ganas. La mustia luz de la mañana permitía adivinar un día gris y envejecido desde su nacimiento.

Cuando llamaron a la puerta de la habitación, Encarnación se sobresaltó. Paco se estaba subiendo la bragueta del pantalón y ella se vio sorprendida al descubrir que su primer pensamiento era que al menos no se lo llevarían preso en paños menores. Lanzó una rápida mirada hacia la silla donde su marido había dejado la muda sucia y se sintió

reconfortada. Lo trincarían hecho un pincel, se dijo. Pero ¿por qué habría de matar su marido a Mercedes?

Sin embargo, no era la Guardia Civil quien llamaba a su puerta.

—¡Caramba, qué sorpresa! —dijo Paco al ver a Arturo y a Gala, que ocupaban la habitación contigua.

—Hemos pensado que nos vendría bien un café, si es que nos lo dan —dijo Arturo.

Paco se volvió hacia su mujer, que aún tenía los ojos hinchados por el llanto y la nariz sonrosada de tanto sonarse.

—¿Te apetece un café? —le preguntó.

Encarnación alcanzó a decir que sí, pero su afirmación fue tan enclenque que Paco repitió la pregunta. A la segunda sí que la oyeron.

—Bueno, pues vamos —la animó Paco al ver cómo le miraba.

Pero en realidad Encarnación no le miraba a él, sino a Gala. Y la escritora se dio cuenta. La Benemérita tenía acordonada la habitación donde había aparecido el cadáver, pero se permitía el paso hacia el salón donde se servían los desayunos. Los técnicos de la Policía Judicial vestían unos monos blancos que les cubrían por completo. Gala no pudo evitar lanzar una rápida mirada mientras rastreaban la salita en busca de pruebas. El frasco de tinta y la revista inglesa continuaban provocándole una incómoda sensación.

Al volver la mirada hacia la puerta de entrada, la escritora descubrió a Luis Gonzalvo en compañía de Gaspar Velarde, que al parecer acababa de llegar. A Gala le seguía chocando la camaradería que parecía existir entre ambos.

Al llegar al salón de los desayunos descubrieron que no eran los únicos que trataban de reponerse de las últimas emociones con un café. Sentados a una mesa, estaban Hernán y María y en otra más alejada, Pedro Pablo Parrado y Gerardo Zorita.

Había bufé libre y Arturo se sirvió de todo, y generosamente. La proximidad del cadáver de Mercedes resultaba incómoda para todos, pero el profesor de Matemáticas, práctico y ordenado en sus razonamientos como su admirado Poirot, compartió con los demás su convicción, contrastada por la humanidad a lo largo de la historia, de que el único destino del muerto es el hoyo, mientras que el vivo, si no quiere acompañar al finado, acude presto al bollo. De manera que se regaló un opíparo desayuno, apropiado para su enorme corpachón y merecedor de una descripción por parte de la mismísima Agatha Christie.

—Hace tiempo que me pregunto una cosa —dijo Gala con tiento.

Paco la miró intrigado. Encarnación, temblorosa, hizo tintinear en exceso la cucharilla en la taza removiendo su café. Arturo la estudió mientras masticaba su segundo cruasán.

—Es sobre aquel profesor que asesinaron en Winchester —aclaró la novelista.

Paco se revolvió incómodo. Encarnación pareció relajarse al descubrir que Gala no sospechaba de su marido.

—¿A qué se refiere? —preguntó el periodista.

Gala no se anduvo con rodeos y resumió la conversación de Hernán y Santos que, por azar, Arturo había escuchado en el barco durante el viaje de regreso.

—¿Tiene usted idea de por qué hablaron del tal Colin Lloyd como si fuera un viejo amigo? —Gala miró a los ojos a Paco.

El periodista se rascó la nuca y miró alrededor. Parrado y Zorita desayunaban en silencio. María los ignoró, pero Hernán detuvo su mirada durante unos instantes en ellos antes de saludar con un movimiento de cabeza.

—¿Y por qué Hernán y Santos iban a tener algo que ver con la muerte de ese hombre? —insistió Gala, como un martillo pilón—. Hernán sospechaba de Santos y Santos, de Hernán.

Encarnación miró a su marido, expectante. Arturo y Gala intercambiaron una rápida mirada. Los dos habían advertido que Encarnación, habitualmente graciosa y parlanchina, estaba tensa y observaba a Paco como si no lo conociera.

Hernán y María se levantaron y pasaron junto a ellos dándoles los buenos días. Paco pareció relajarse.

—Conocíamos al profesor Lloyd —reveló. Miró a su mujer. Ella tenía la boca abierta, estupefacta—. Lo conocimos en Salamanca hace muchos años, en la universidad.

—¿En los viejos tiempos del Club de los Detectives? —sondeó Arturo.

Paco asintió.

—¿Recuerdan que les dije que no estaba seguro de quién de nosotros había tenido la idea de crear aquel club? —Paco aguardó la silenciosa confirmación de Gala y su marido antes de proseguir—. No era cierto. La idea fue de Lloyd.

Les dijo que Colin Lloyd era entonces un joven profesor interino de Historia del Arte. Había conseguido un contrato que le permitía enriquecer su dominio del español y su currículo. Y todo ello lo compaginaba con una de sus grandes pasiones, el teatro.

—En sus ratos libres, Lloyd dirigía una compañía de teatro aficionado.

—¿No me diga que era la misma compañía que representaba *La ratonera*, donde se conocieron todos ustedes, como nos dijo también el doctor en Torquay? —intervino Arturo. Parecía fascinado.

Paco asintió.

—Lloyd nos sedujo a todos desde el primer momento —recordó el periodista, nostálgico—. Era diez años mayor que nosotros y salvo Hernán, que estudiaba Historia del Arte, ninguno había oído hablar de él. Gaspar estudiaba Medicina y yo, Derecho. Santos y Mercedes coincidían en la misma clase en la Facultad de Filología y salían juntos desde hacía unas semanas.

»Al final de la función, sin saber por qué, los cinco permanecemos sentados en nuestros asientos. No estoy muy seguro de que la representación hubiera sido digna de recuerdo, pero la historia que Agatha había escrito, sí. Por entonces, yo había leído todas las novelas de ella que cayeron en mis manos y poco después descubrí que aquellos otros estudiantes estaban tan enamorados de sus libros como yo.

»Aún estábamos sentados, como hipnotizados, cuando vimos a Colin en el escenario. Estaba ayudando a desmontar los decorados y llamaba la atención por lo alto, desgarrado y pelirrojo que era. Creo que fue Hernán el primero de nosotros que se le acercó.

De pronto, Paco interrumpió su relato. Miró por encima del hombro de Gala, que estaba de espaldas a la entrada del comedor. Arturo también se dio cuenta y siguió la dirección de la mirada del periodista, pero no vio a nadie.

—¿Y qué ocurrió? ¿Qué pasó con Lloyd? —preguntó Gala, ávida.

Paco se aclaró la voz. Arturo advirtió que le temblaban las manos y volvió a girarse en dirección a la entrada, pero no vio nada extraño.

—Sí, ¿qué fue lo que pasó? —Encarnación apremió a su marido.

—No recuerdo bien quién mencionó su novela favorita por vez primera, pero sí que Santos tenía *Inocencia trágica* como su libro de cabecera. En fin, cada uno tenía la suya y descubrimos que todos compartíamos la misma pasión por Agatha Christie. Pero ninguno sabía tanto sobre ella como Colin —prosiguió Paco. Tenía la mirada perdida—. Escucharle era extraordinario. Parecía haber memorizado los argumentos de todas las novelas, pero su pasión se desataba cuando hablaba de *La muerte de lord Edgware*.

—Su predilecta, como decían los periódicos —apuntó Arturo.

—Sí, sobre ese libro lo sabía todo —confirmó Paco—. Pero, como ya dije, cada uno de nosotros tenía su novela favorita, y, al ver que no coincidíamos, comenzaron los piques y las discusiones. Al final, nos fuimos a tomar un café, salvo Hernán, que pidió su acostumbrado chocolate, y el propio Lloyd, que le daba al güisqui con mucha maña. Después de aquella reunión hubo otras, todos los jueves, y en una de ellas surgió la idea de crear el Club de los Detectives.

—Pero la idea la tuvo Lloyd —dijo Gala.

Paco afirmó con la cabeza.

—Lloyd nos sedujo desde el primer momento con su apasionado discurso, su aire desenvuelto y su propia historia —dijo Paco.

—¿Su propia historia? —preguntó Arturo, sorprendido.

Paco miró alternativamente a Gala y a su marido durante unos instantes, dibujando un paréntesis de inquietante silencio.

—El padre de Lloyd conocía personalmente a Agatha.

En ese momento escucharon voces procedentes del vestíbulo.

II

Colin Lloyd resultó ser un tipo enérgico, a pesar de su aparente fragilidad. Era delgado pero fibroso, y en su mirada plateada se advertía el brillo de una inteligencia feroz. Hernán, que era el único de los presentes que sabía que el inglés ejercía de profesor contratado en Historia del Arte, fue el primero en presentarse.

—Profesor Lloyd —dijo—, quería felicitarle por la obra. Ha sido una representación excelente.

El inglés torció el gesto, ladeó la cabeza y midió a los cinco estudiantes largo rato en silencio. Tenía diez años más que ellos, pero algunas arrugas de expresión lo hacían parecer aún mayor.

—Ha sido una mierda —dijo en un estupendo español. Dio la espalda a los cinco jóvenes y prosiguió con su tarea de recoger el atrezzo de la obra. Y así, de espaldas a ellos, añadió—: Y si consideras que los actores han estado bien, es que no tienes ni idea de teatro y mucho menos de *La ratonera*.

—Ahí le doy la razón —concedió Hernán—. En lo del teatro, digo. De *La ratonera* no sé mucho, y de teatro menos. Pero sobre Agatha Christie no creo que usted me pueda enseñar nada.

Lloyd se giró y le lanzó una mirada turbia. Necesitó unos segundos para estudiar al joven que tenía ante sí —alto, fuerte, atractivo, muy seguro de sí mismo— y, cuando concluyó su escrutinio, dijo:

—No tienes la menor idea de lo que dices.

—Póngame a prueba —le retó Hernán.

—¿Qué sabes tú de Agatha? —preguntó el inglés, desafiante. Luego paseó la mirada por los demás, que permanecían mudos e inmóviles—. Y vosotros ¿qué diablos hacéis aquí?

—Estos, no sé —replicó Hernán con el mismo aplomo que había exhibido durante toda la tensa charla—, pero yo me he leído todas las novelas de Agatha y le doy a usted cien vueltas, seguro.

Aquella fanfarronada pareció colmar la paciencia del profesor Lloyd, que lanzó un bufido de hastío, dejó caer la butaca que tenía en los brazos e hizo crujir las tablas del escenario.

—No me durarías ni un asalto, chaval —auguró.

—Eso lo sabremos si se atreve a probar —respondió Hernán, muy erguido.

Lloyd les dijo que se reuniría con ellos media hora más tarde en un café un tanto decadente situado justo enfrente del teatro. Los cinco estudiantes aprovecharon ese margen de tiempo para conocerse un poco más. Aunque era Hernán quien había lanzado el guante al profesor eligiendo como armas sus conocimientos sobre Agatha Christie, los otros cuatro se sintieron obligados a permanecer junto a Hernán Valdés, y no tanto por solidaridad, por tener en común ser estudiantes o por ser compatriotas, sino porque ardían en deseos de asistir a un ejercicio pugilístico en el que, según pronto revelaron, todos se sentían con fuerzas para participar.

—Yo también he leído todas sus novelas —confesó Santos Alsina.

Y resultó que los demás también aseguraron ser fanáticos lectores de la escritora nacida en Torquay, aunque ninguno de ellos se mostró tan fanfarrón como Hernán a propósito de sus conocimientos sobre la cuestión.

Santos era alto, ligeramente encorvado, con aires de burgués. Su familia, explicó, era dueña de una editorial llamada Octubre Ediciones que había fundado con sudor y lágrimas su abuelo. El viejo aún estaba al frente de la nave, aunque el padre de Santos, que se llamaba como él, cada vez pintaba más en la empresa. Añadió a su biografía que era estudiante de Filología, como la joven a la que presentó como su novia.

Mercedes Sádaba sonrió encantada al oír esa definición de sí misma. Tenía unos bonitos ojos oscuros, el cabello despeinado y una sonrisa bobalicona que dificultaba a los demás creer que, como aseguraba, no había libro de Agatha que no hubiera devorado. Paco, el más bajito de todos, dijo ser un atleta de prestigio dentro de los circuitos universitarios. Estudiaba Derecho, aclaró, pero lo que le tiraba de verdad era el periodismo.

—Como tenga la ocasión de meter la nariz en una redacción, me lanzo de cabeza a hacer carrera en eso —anunció.

De todos ellos, Paco fue el más humilde, al admitir que no había leído todo lo que Agatha había publicado, pero sí lo suficiente como para sentirse arrastrado aquella tarde al teatro en cuanto supo que se representaba *La ratonera*, una obra de la que tanto había oído hablar.

El quinto espectador de la obra que se había sumado al grupo y el más callado de todos ellos dijo llamarse Gaspar Velarde y ser estudiante de Medicina. Su siguiente aportación a la charla dejó al resto boquiabierto.

—Pues tiene razón el inglés —aseguró con una voz grave, muy masculina, como todo en él—: la representación ha sido una mierda si se la compara con la versión inglesa.

—¿Has visto la obra en Londres? —consultó Mercedes, admirada.

Gaspar, que no era tan alto como Hernán ni tan elegante y guapo como él, podía exhibir otras virtudes que lo hacían no menos interesante a ojos femeninos. Era moreno, varonil, de hombros anchos y barba incipiente.

—Sí, hace unos meses —contestó—. Y os aseguro que no tiene nada que ver con lo que hemos visto esta tarde.

—Pues a mí me ha parecido que la representación fue digna —observó Santos.

—Depende con lo que se la compare —dijo Lloyd, que acababa de entrar en el café a tiempo de escuchar las últimas frases de la conversación—. Si se la compara con la inglesa, como dices tú —miró a Gaspar—, resulta ridícula.

Lloyd tomó asiento junto a ellos. Parecía más relajado que en el escenario y, cuando llegó el camarero, pidió güisqui solo. Después miró los cafés de los demás chicos y el chocolate de Hernán y sonrió.

—¿Le parecemos graciosos? —se interesó Gaspar, molesto.

Lloyd meneó la cabeza y sonrió de nuevo.

—No es eso —dijo—. Es solo que viéndoos ahora, más de cerca, me pregunto qué diablos hago aquí. No creo que esto tenga mucho sentido.

—¿Y eso por qué? —preguntó Hernán—. ¿Porque somos más jóvenes? ¿Porque no tomamos güisqui? ¿Porque no somos británicos? ¿O por qué cojones?

Lloyd clavó su mirada de acero en el muchacho y con mucha calma le preguntó:

—Dime qué relación tiene exactamente la canción *Tres ratones ciegos* con *La ratonera*.

Hernán le sostuvo la mirada y contestó con mucho aplomo:

—En 1947 la reina María, la viuda de Jorge V, solicitó a la BBC una novela radiofónica a Agatha, porque le encantaban sus libros. La BBC se puso en contacto con ella y Agatha accedió. ¿Qué otra cosa podía hacer si era un capricho de la reina? Así fue como escribió *Tres ratones ciegos*, inspirándose en la canción infantil.

—¡Bravo! —aplaudió Lloyd. Aunque trató por todos los medios de evitarlo, de su mirada había desaparecido el brillo burlón. Por un momento pareció admirado por la respuesta de aquel insolente estudiante—. Se ve que algo has leído, pero seguro que eres incapaz de decirme qué tiene que ver Hamlet con esa obra.

Ahí Hernán flaqueó. Tragó saliva, se aclaró la voz, pero no hubo manera de que encontrara en las estanterías de su memoria el dato que precisaba para no quedar como un pardillo ante aquel cabrón inglés.

A punto estaba Lloyd de proclamarse campeón del torneo casi en el primer asalto cuando Gaspar irrumpió en el cuadrilátero cargado de datos y argumentos.

—Es Hamlet quien menciona una obra titulada así, *La ratonera*, a requerimiento de Claudio. —Todos se volvieron hacia él—. El príncipe explica que se trata de un título metafórico y que versa sobre un homicidio cometido en Viena.

—Eso sí que ha tenido mérito —admitió Lloyd, y aplaudió con aquellas manos suyas de dedos largos y flacos.

—Todo el mundo sabe que Agatha Christie veneraba a Shakespeare —aseguró Gaspar, como si tal cosa fuera de dominio público.

—Al final va a resultar que sí que sabéis algo sobre Agatha —reconoció Lloyd—. No tanto como yo, pero algo sí.

—Pues no sé qué sabe usted que los demás no podamos saber —intervino Santos.

En eso llegó el güisqui para Lloyd. Por el retraso se diría que el camarero había viajado hasta Escocia en su busca. El profesor se administró una dosis de cuidado, chasqueó la lengua y abrió un paréntesis de teatral silencio. Cuando lo creyó oportuno, cerró el paréntesis y dijo:

—Por no descender a otras obras, seguiré jugando únicamente con *La ratonera*. — Paseó la mirada por sus cinco contertulios—. ¿Alguno de vosotros sabe quién le sugirió a Agatha ese título? —Al poco de haber formulado la pregunta, Lloyd supo que había ganado. En realidad, estaba seguro de ello, porque aquel dato no lo conocía casi nadie, salvo los más próximos a Agatha. A pesar de ello, dejó transcurrir unos segundos más, para recrearse en la expresión desconcertada de los cinco estudiantes—. Fue cosa de su yerno, Anthony Hicks —explicó cuando le pareció que se había divertido lo suficiente—, un tipo realmente notable, con el que lo mismo se puede hablar de mariposas que de textos tibetanos o sánscritos, porque parece haberlo estudiado todo. Le gustan la historia, las ciencias naturales y cualquier disciplina científica. —Hizo una pausa—. Y el vino, eso también le gusta mucho.

—Jamás había oído eso —reconoció Paco—. ¿Y vosotros?

Los demás guardaron silencio. Lloyd, ufano, prosiguió:

—El caso es que tras el éxito de *Tres ratones ciegos* en su versión radiofónica, Agatha pensó en escribir una obra de teatro estirando aquel argumento, añadiendo personajes y escenas adicionales. Le divertía la posibilidad de escribir teatro en una época en la que, según sus cálculos, con una novela al año tenía cubiertas sus espaldas desde el punto de vista económico.

—Pero ¿cómo...? —Mercedes no terminó la frase porque Lloyd alzó las manos pidiéndole paciencia.

—Déjame que termine —rogó a la muchacha—. Como decía, se enfrascó en la idea de engordar *Tres ratones ciegos* hasta convertirla en una obra de teatro que pudiera gustar al público más diverso. Pero el problema apareció cuando se enteró de que no podía utilizar ese título porque ya existía una obra llamada así. Fue entonces cuando Anthony tuvo la idea de titularla *La ratonera*.

—¿Cómo puede usted saber eso? —preguntó al fin Mercedes.

Los demás aguardaron la respuesta del inglés con una mezcla de expectación e incredulidad. Estaban preparados para escuchar cualquier explicación menos la que Lloyd les ofreció.

—Porque se lo dijo a mi padre.

—Que se lo dijo ¿quién? —metió baza Paco.

—Agatha. Agatha se lo dijo a mi padre.

3

El revuelo que había interrumpido el relato de Paco lo había originado la aparición del juez Orestes Celorio, que llegó al parador Gil Blas alrededor de las diez de la mañana exhibiendo un gesto adusto y mostrándose distante con todo el mundo, como si todo aquello le resultase enormemente molesto. Se trataba de un hombre de mediana estatura, con un ligero sobrepeso y menos cabello del que intentaba aparentar componiendo cada día un engorroso peinado con los escasos mimbres negros que le quedaban. Vestía chaqueta marrón, pantalón oscuro, corbata cuidadosamente elegida para maridar con la americana y gabardina. El secretario judicial lo amparaba de la lluvia con su paraguas.

—Bueno, cuénteme —pidió al alférez Arce nada más poner los pies en el vestíbulo del parador, ahorrándose el saludo de buenos días y dejando la gabardina al cuidado del recepcionista.

Lázaro Arce, de manera profesional y escueta, le proporcionó un informe preciso de cuanto sabía, añadiendo que todos los huéspedes se encontraban en el parador, que nadie se había marchado y que los técnicos estaban completando su trabajo en el escenario del crimen. Del arma empleada no había rastro, añadió en el último renglón de su exposición.

El juez Celorio arrugó la nariz cuando el alférez mencionó que Gaspar Velarde tenía algo que ver con aquella reunión pretendidamente cultural. A Celorio ese detalle le había incomodado aún más que hacer aquel viaje hasta Santillana en un día de perros como aquel. Conocía a Velarde desde hacía muchos años y no le soportaba. Le molestaban los aires de intelectual que le parecía que Gaspar se daba y le provocaba urticaria saber que se trataba de un niño de papá, mientras que él, Orestes Celorio Sopeña, era hijo de un ganadero que se dejó la piel para que pudiera estudiar y darse después el gusto de decirle a todos en el pueblo que tenía un universitario en la familia, el primero en la historia de los Celorio.

El juez paseó la mirada por el vestíbulo, ignoró a los huéspedes que merodeaban por allí y pareció olvidarse incluso del alférez. A continuación, se encaminó hacia la salita de la televisión, donde Mercedes Sádaba seguía de cuerpo presente. Tras el juez iba el secretario judicial.

Más tarde, con el trabajo de los técnicos finalizado y completadas las diligencias oportunas, el juez ordenó el levantamiento del cadáver, que sería trasladado al Instituto Anatómico Forense del hospital Marqués de Valdecilla, en Santander. Allí se le practicaría la autopsia.

—Les diré que le den prioridad —dijo al alférez sin mirarle.

—Nos vendrá bien tener un informe previo cuanto antes, señorita —apuntó Arce.

El juez movió la cabeza afirmativamente.

Minutos después, el alférez Lázaro Arce reunió a los huéspedes en el distribuidor de la planta primera, a cuyo alrededor se disponían las habitaciones. Todos se arracimaron alrededor de las dos mesas de madera que había en el centro de aquel espacio. Sin rodeos, Arce les trasladó la solicitud del juez rogándoles la colaboración voluntaria de todos ellos. Se interesó a continuación por sus planes, por si alguno tenía previsto abandonar Santillana en las próximas horas o si, por el contrario, iban a permanecer hospedados allí.

—Mañana está previsto un acto cultural promovido por mí —intervino Velarde—, y por mi parte se va a mantener.

Santos, que hasta ese momento parecía ausente y con la mirada brumosa, pareció reanimarse al escuchar al doctor. El alférez apreció odio en la expresión del viudo y anotó el detalle en su memoria.

—Es usted un hijo de puta sin escrúpulos —estalló Edgar, colérico—. Mi madre ha sido asesinada y usted no tiene otra cosa en la cabeza que el puñetero cuaderno.

El heredero de Octubre Ediciones se abalanzó hacia Gaspar, pero Hernán y Parrado lo interceptaron a tiempo. Dos guardias lo redujeron de inmediato. El alférez cruzó una rápida mirada con Pardo. En solo unos segundos, los dos miembros de la Benemérita se habían dicho muchas cosas sin ni siquiera abrir la boca.

—Tengo entendido que mañana, para ese acto cultural, va a venir mucha prensa, ¿no es así? —sondeó el alférez mirando a Velarde.

—Es previsible —respondió el doctor, lacónico.

El alférez no dijo nada, a pesar de que la confirmación de una invasión de periodistas no era una buena noticia. Esperaba que los tres que ya estaban allí cumplieran el pacto de aguardar unas horas antes de cacarear la muerte de la señora Sádaba.

—El resto de ustedes ¿se va a quedar también? —indagó, estudiándolos a todos con la mirada. Nadie dijo nada, de modo que presumió que todos tenían intención de apurar la invitación del médico hasta el último sorbo—. Contamos con su colaboración para tratar de esclarecer lo que ha ocurrido aquí —añadió—. Les haremos algunas preguntas en el cuartel. Nadie les impide moverse libremente, pero les rogaría que nos comunicaran si cambian de idea y alguno decide marcharse. Igualmente, les rogaría que nos permitan registrar sus habitaciones. Para su mayor comodidad, les comunicamos el orden que seguiremos para mantener con ustedes una conversación. —Hizo un gesto apenas perceptible al cabo Lastra y este repartió entre todos ellos unos papeles—. Como verán, cada uno tiene una hora prevista para pasarse por el cuartel, de modo que puedan emplear el resto del tiempo como deseen. No se trata de una declaración formal —insistió—, tan solo serán unas preguntas.

Que Paco estaba raro era algo que Encarnación no dudaba. Se le veía inquieto, movedizo, y lanzaba miradas a su alrededor como si un peligro lo acechase. Pero si su marido era el asesino de Mercedes, como ella sospechaba desde que advirtió que había abandonado la cama de madrugada durante unos minutos que ella estimó suficientes como para haber cometido el crimen, ¿qué era lo que temía? Salvo que sus temores se debieran a que alguien lo pudiera haber sorprendido y le inquietase ser delatado.

Aquella sensación de angustia que vivía se le estaba haciendo insoportable. Incluso se le había pasado por la cabeza compartir sus miedos con Gala, con quien había congeniado desde el viaje en el barco. Pero si se decidía a dar ese paso corría el riesgo de que fuera la escritora quien delatara a Paco ante aquel apuesto alférez de la Guardia Civil.

De momento, resolvió Encarnación, llevaría aquella cruz ella solita, hasta donde pudiera.

—De modo que el padre de Colin Lloyd conoció a Agatha Christie —dijo Gala, tratando de recuperar el hilo de la narración de Paco, abruptamente interrumpida por la aparición del juez primero y por la reunión organizada por el alférez después. Proseguían la conversación sentados en el lugar donde Arce los había convocado. A excepción de ellos, nadie más permanecía allí.

—¿Qué? —dijo Paco, distraído.

Al verlo tan ausente, Arturo recordó la expresión de miedo que se dibujó en la cara del periodista minutos antes, cuando pareció haber visto a alguien en el salón de los desayunos. El profesor se preguntaba quién o qué le había alterado de aquel modo.

—Le preguntaba por el padre de Lloyd —insistió Gala—. Nos dijo que conocía a Agatha... Paco tomó tierra bruscamente. Sobre la mesa que tenían delante había un cuenco con frutos secos, a modo de adorno. Cogió unas avellanas y comenzó a jugar con ellas, nervioso.

—¿No recuerdan al doctor Lloyd de «Una señorita de compañía?» —preguntó inesperadamente, apartando la mirada de las avellanas por un instante.

Gala negó con la cabeza. Arturo retorció aún más su bigote, desorientado.

A través de sus gafas de pasta, Paco sonrió visiblemente satisfecho.

—Está claro que los del Club de los Detectives sabemos más de Agatha que usted —se burló, dirigiéndose a Arturo—. En España se publicó dentro de un volumen titulado

Señorita Marple y trece problemas. Son trece historias cortas protagonizadas por la ancianita.

—¿Quiere decir que en ese relato aparece el padre de Colin Lloyd? —preguntó Gala, incrédula.

—Sí, ya sé que resulta difícil de creer, pero esa historia está basada en hechos reales —aseguró Paco con aplomo—. Como saben, Agatha estuvo en las islas Canarias en 1927. Primero en Tenerife y después, buscando un mar más benigno para sus baños, en Las Palmas de Gran Canaria. En esa isla se hospedó en el hotel Metropole. Fue allí donde conoció al padre de Colin, el mismo doctor Lloyd que aparece en ese relato.

—Tengo que reconocer que no recuerdo esa historia —admitió Arturo, un tanto avergonzado—. Me temo que en las aventuras donde no aparece Poirot flaqueo más de lo que imaginaba.

—La historia gira alrededor de la muerte de Amy Durrant, señorita de compañía de la señora Mary Burton. La joven muere ahogada en el Puerto de las Nieves, que es un escenario real —recordó Paco, animado. Aquel relato le había hecho recobrar el temple—. En esa historia, Agatha menciona a otros personajes, entre los cuales se cita a un doctor Lloyd, que no era otro que el padre de Colin.

—¿Y los demás? ¿Los otros personajes también existieron? —preguntó Gala, entusiasmada.

—Ahí está lo fascinante —admitió Paco—. Imagínense nuestro asombro cuando un día, durante una de las reuniones del club, Colin, que siempre nos dejaba boquiabiertos con sus arrebatados discursos sobre Agatha, nos confesó que aquel crimen ocurrió realmente y que Agatha lo investigó.

Cuando Santos Alsina entró en las dependencias del cuartel de la Guardia Civil de Santillana del Mar, el alférez Arce y el sargento Pardo habían logrado reunir algunos mimbres para el cesto que pretendían trenzar. Conocían el motivo por el cual se habían dado cita aquellas personas en el parador, habían tomado nota de la existencia de Octubre Ediciones, de que la difunta era la dueña de esa editorial, de que también habían acudido al evento su hijo y su nuera, y de que todos los demás tenían que ver de un modo u otro con el negocio de los libros, a excepción de los periodistas, para quienes habían dispuesto una discreta vigilancia a cargo de un par de guardias. Arce sabía que eso era poner puertas al campo, porque cualquiera de ellos se podía valer de su teléfono móvil o de un ordenador personal que tuvieran en su habitación para dar a conocer lo ocurrido en el parador. Salvo que les sorprendiesen haciendo señales de humo, velar porque cumpliesen la palabra dada parecía imposible. No obstante, se sentía más tranquilo sabiendo que aquellos guardias no les quitaban ojo.

El sargento Iglesias, que estaba al frente de la Benemérita local, había ordenado a sus hombres —un cabo y diez guardias— que estuvieran a las órdenes de la Policía Judicial. Serviciales, habían puesto a disposición de Arce un despacho relativamente amplio donde podría realizar las preguntas oportunas a toda aquella gente. Además del mobiliario imprescindible, la oferta incluía un equipo informático para escribir cuanto allí se dijese, aunque no se tratase de una declaración formal.

A pesar de su juventud, el alférez tenía una dilatada experiencia en la investigación de crímenes, avalada por una sólida formación y con callo suficiente en el alma después de haber pasado por destinos con menos glamour como suboficial. Consideraba que su trabajo valía la pena cada vez que lograba restituir el equilibrio en la balanza que pesaba el bien y el mal, consciente de que eso, el equilibrio, era a lo máximo a lo que podía aspirar.

En realidad, Arce y Pardo tenían más cosas en común de las que suponían, pero jamás se había producido la conjunción planetaria imprescindible para que ambos intercambiaran sentimientos. En las ocasiones en las que habían coincidido se limitaron a cruzar comentarios banales, información básica sobre las familias de cada cual —Arce era padre de una niña y Pardo, de dos niños— y colaboración en la resolución del problema que tuvieran entre manos. Pero el día que se diera la oportunidad, se sorprenderían por la similitud de sus puntos de vista.

El paso de los años había convertido al brillante Francisco Pardo en un suboficial digno de confianza, perspicaz y meticulado, pero también escéptico ante las posibilidades de evolución del ser humano. Después de ver tanta miseria, crímenes, mentiras y fraudes, tenía claro que el hombre no da más de sí, que tiene un tope y que, salvo excepciones a cuyo análisis dedicaba buena parte de su tiempo libre —líderes religiosos de diferentes épocas, artistas de arrebatadora espiritualidad y otras anomalías de parecido pelaje—, no se podía esperar mucho más del género humano. Por esas razones y otras que atañían al ámbito estrictamente familiar, había dejado pasar muchos trenes profesionales voluntariamente.

Lázaro Arce no habría podido estar más de acuerdo con él de haber conocido sus íntimas convicciones sobre las capacidades humanas, solo que el alférez tenía una teoría al respecto. En su opinión, en esta realidad no cabía imaginar que el bien pudiera derrotar al mal. Ambos se necesitaban, se buscaban como lo harían dos amantes apasionados, como se requieren para existir la luz y la oscuridad. En sus reflexiones había ido a parar a la certeza de que, si Dios existía, era voluntad suya que las cosas fueran así, y por eso se sacó de la chistera desde el minuto uno criaturas angelicales y demoniacas. A lo más que podía aspirar él como representante de la justicia humana era a restablecer la armonía entre malos y buenos, de manera que si lograba descubrir quién había asesinado a Mercedes Sádaba habría logrado equilibrar la balanza solo momentáneamente. Sería cuestión de tiempo que el mal actuase en otro lugar.

Santos tomó asiento frente a ellos con gesto abatido. Si interpretaba el papel de viudo desconsolado, lo hacía francamente bien. La mata de cabello canoso de la que tan orgulloso estaba aparecía desorganizada, exhibía ojeras y le temblaban ligeramente las manos.

—Santos Alsina, sesenta y siete años —leyó el sargento en sus notas—, casado con la víctima, padre de un hijo llamado Edgar y dueño de la editorial Octubre Ediciones. — Levantó los ojos del papel y los posó sobre el viudo con gesto neutro.

—¿Nos podría decir qué razones les trajeron a Santillana? —preguntó el alférez.

Santos tragó saliva, miró al cabo, que tomaba nota en el ordenador, y tuvo la ocurrencia de preguntar si no era necesaria la presencia de un abogado.

—No es una declaración formal —aclaró el alférez—. Nadie le acusa de nada. Solo queremos charlar con todos ustedes para conocer mejor lo que pudo ocurrir.

Santos se retrepó en la silla que le habían asignado y se aclaró la voz. Después del carraspeo explicó que dos meses y pico antes la editorial había presentado un libro escrito por Hernán Valdés, también hospedado en el parador, que giraba en torno a un detalle de la vida de la famosa escritora Agatha Christie. Añadió que el libro se presentó en Torquay, una localidad del suroeste de Reino Unido, de donde era natural la popular novelista.

Pardo miró de reojo al alférez. No estaba muy seguro de adónde conducía aquella historia, pero Arce parecía escuchar con mucha atención.

—Durante la presentación —recordó el editor—, el doctor Gaspar Velarde, amigo nuestro desde la universidad, nos sorprendió asegurando que la hipótesis en la que se basaba el libro era errónea y que disponía de una prueba irrefutable que lo demostraría. Anunció que estaba en su poder un cuaderno donde la propia Agatha Christie aclaraba el episodio de su vida que Hernán estudiaba en su libro.

—¿De qué episodio se trata? —preguntó el alférez, intrigado.

—Pues veré —empezó Santos, centrando su mirada en Arce—: el día 3 de diciembre de 1926, Agatha desapareció misteriosamente. La policía la buscó sin desmayo, pero no fue posible dar con ella hasta once días más tarde. Cuando la localizaron en un hotel del norte de Reino Unido, aseguró padecer amnesia. Y sucede que ese lance de su vida jamás quedó aclarado, ni siquiera en su autobiografía.

—Pero eso no explica los motivos por los cuales están aquí —observó Pardo, escéptico.

—En realidad sí —lo corrigió Santos—. Cuando el doctor Velarde hizo aquella afirmación, añadió que tenía pensado dar a conocer al mundo la verdad y nos invitó a todos los presentes a venir a Santillana del Mar el día 3 de diciembre. Pretendía hacer coincidir el acto con el aniversario de la desaparición de Agatha.

—Supongo que a ustedes no les haría ninguna gracia ese anuncio —aventuró el alférez.

Santos negó con la cabeza.

—No, ninguna gracia, lógicamente —admitió—. La credibilidad de nuestro libro quedaba en entredicho y eso afectaría negativamente a las ventas y a la empresa.

—Una empresa familiar —precisó Arce, acotando el asunto—. Suya y de su mujer. Y no precisamente al cincuenta por ciento en la actualidad, y eso que tengo entendido que la fundó su abuelo.

Santos los miró perplejo. El comentario del alférez parecía haberle cogido por sorpresa. Quién podría imaginar que el cabo Bruno Lastra, cuya parienta estaba de uñas aquel día contra él, fuera tan ágil y perspicaz poniendo en manos de su alférez información relevante recién salida de Internet.

—Es cierto que hace un tiempo la empresa atravesó una situación económica delicada y mi esposa puso dinero en ella —admitió Santos, cabizbajo.

—Tanto dinero que ahora la editorial era más de ella que suya —señaló el alférez, incisivo.

—Sí, pero, pero... —tartamudeó Santos, sospechando por dónde podían ir los pensamientos de los picoletos.

—Nadie le acusa de nada —atajó Pardo, como si hubiera leído la mente del editor—. Únicamente queremos información. ¿Qué sucedió anoche? ¿Cuándo vio a su mujer por última vez?

Ese era el momento que Santos temía que llegara, aun sabedor de que había de llegar. A nadie se le pasaba por alto lo extraño que resultaba que un marido no echase de menos a su esposa durante toda la noche. Dado que a Mercedes la habían encontrado sin vida alrededor de las seis de la madrugada, resultaba razonable preguntarse qué tipo de marido era él, que no había notado la ausencia de su mujer en la cama.

—La otra noche me acosté con Irma Cañada, mi secretaria —reveló, azorado. Agachó la cabeza y aguardó el siguiente comentario del alférez o del sargento, pero al ver que este no se producía, optó por alzar la mirada y decir algo más—. Habíamos discutido. Quiero decir, Mercedes y yo.

—Y usted, cuando discutía con su mujer, se acostaba con su secretaria —ironizó Pardo, a cuya memoria regresó la disputa entre Lastra y su parienta.

—No es eso —se defendió Santos.

—Aclárenoslo entonces —rogó Arce.

Santos confesó que su relación con Irma venía de atrás y que Mercedes lo sabía. Y, para alejar cualquier sospecha de él, optó por recordar con pelos y señales la discusión que ambas mujeres habían mantenido la noche anterior, sin dejar de mencionar que Mercedes amenazó a Irma con despedirla y que él optó por irse con la joven rubia, dejando sola a su mujer.

—En definitiva, que usted tomó partido, aunque eso podía tener graves consecuencias para su futuro en la empresa —concluyó el alférez, seco.

—Si cree que yo... —empezó Santos.

—Yo no creo nada más que lo que me digan las pruebas —lo interrumpió el alférez—. De modo que usted se fue a la cama con esa joven y no volvió a ver a su mujer...

—Así es —confirmó Santos.

—¿Había alguien más en el salón donde discutieron?

—No, no había nadie —aseguró el editor, que parecía haberse rehecho.

El alférez le agradeció su colaboración y le despidió con la recomendación que ya había hecho a los demás a propósito de que estuviera localizable. Pero, justo antes de que Santos saliera, Arce lo detuvo con una pregunta.

—¿Para qué cree usted que querría su mujer un frasco de tinta de los que se usaban para escribir con pluma?

Santos pareció desconcertado.

—No tengo ni idea —respondió.

—¿Sabe usted si a su mujer le interesaba el mundo de las videntes y cosas así?

—Jamás había prestado atención a esos temas.

El alférez permitió a Santos irse. En un folio, a su derecha, estaba escrito el resultado de una búsqueda rápida en Internet sobre el personaje del que se hablaba en el artículo de la revista. Mother Shipton era el apodo que recibió Ursula Shipton, una profetisa

inglesa que vivió a caballo entre los siglos XIV y XV y que, entre otros sucesos, vaticinó la muerte del político inglés Cromwell y otros personajes notables.

El sargento Francisco Pardo miró su reloj. Aún faltaba una hora para las dos de la tarde. Sin poder evitarlo, sintió una punzada en el estómago. Tenía hambre, algo muy humano e inevitable por más que uno estuviera tratando de resolver un rompecabezas como el que representaba la muerte de Mercedes Sádaba. Lanzó una mirada a la ventana del despacho del cuartel y comprobó que la lluvia no cesaba. Torció el gesto. No se podía decir que un hombre nacido en aquella tierra no estuviera acostumbrado al agua, pero aquella lluvia torrencial hacía que la investigación resultara aún más sombría y desagradable.

Tras haber interrogado a la familia de la víctima, tanto él como el alférez, que se mantenía erguido en su asiento sin dar muestras de fatiga, habían comenzado a forjarse una idea más clara de qué tipo de gente integraba aquel clan.

Minutos antes, Edgar había comparecido ante ellos muy entero, demasiado en opinión de Pardo. Bien vestido, compuesta con esmero su mata de cabello rizado, con su anguloso rostro escrupulosamente afeitado, había respondido a las preguntas con rapidez y sin titubeos. Pardo tuvo la sensación de que aquel hombre, de treinta y pocos años, había memorizado su versión y la declamaba como un actor.

Para empezar, Edgar había confirmado la versión de su padre acerca de la relación extramatrimonial que mantenía con la secretaria. Lo sabía todo el mundo en la empresa, reconoció con frialdad, como si su padre no fuera su padre ni la cornuda de Mercedes la mujer que lo había parido. Ese era un asunto de ellos, de sus padres, aseguró. Sostuvo que no era él nadie para juzgar la moral de los demás. En cambio, sí se mostró más crítico con sus progenitores cuando las preguntas derivaron hacia la situación económica de la empresa familiar. Ahí Edgar se explayó a propósito de su abnegada dedicación y de lo injustamente que era juzgado su durísimo trabajo por sus padres. Se mostró convencido de que, si durante los últimos años el rumbo empresarial lo hubiera marcado él, Octubre Ediciones no se vería en la situación en la que ahora se encontraba. Con él al frente, la afición por los gastos absurdos de su madre —como la exótica presentación del libro de Hernán en Torquay y todo el bombo y platillo que la acompañó, ejemplificó— y el mal ojo de su padre para la elección de muchos de los títulos de su catálogo no se habrían producido. Si él gobernara el barco, concluyó, hoy estarían hablando de una empresa mucho más saneada, una empresa a la que el anuncio del doctor Velarde y su famoso cuaderno causarían la misma erosión que una gota de agua sobre el casco de un transatlántico.

El alférez y el sargento no necesitaron lumbre para ver con claridad la personalidad de aquel hombre, que abandonó la sala con la espalda muy recta y con un aplomo impropio de quien horas antes ha visto el cadáver de su madre asesinada. Edgar, como su padre, declaró que jamás había oído a Mercedes mostrar interés alguno por sucesos paranormales, y mucho menos por la vidente de la que hablaba la revista inglesa que apareció junto a su cuerpo.

Pero si la declaración de Edgar podía hacer pensar que todas sus respuestas habían sido cuidadosamente preparadas con antelación, la imagen fría y despiadada que ofreció Sandra Abarca los dejó de una pieza. La nuera de la víctima hizo su aparición en el cuartel como si fuera una diva. Recorrió con la mirada el despacho y debió de encontrarlo desagradable en extremo, a juzgar por la expresión de su nariz. Pardo, instintivamente, olfateó con vigor para ver si percibía algún olor raro, pero no tardó en comprender que aquel rictus era algo característico de aquella joven morena, de boca grande, ojos negros y labios exageradamente rojos para su gusto.

Sandra estuvo de acuerdo con su marido en que su suegro estaba liado con Irma, a la que de inmediato propinó el calificativo de «zorra». Mencionó, como quien no quiere la cosa, que no le extrañaría que hubiera quitado de en medio a Mercedes, porque, según su suegra, la joven la había agredido durante el viaje a Reino Unido que hicieron meses antes. La «muy puta», prosiguió diciendo, cortó con un vaso a Mercedes en una mano. Además, añadió, su suegra le había confiado que tenía decidido despedirla cuando hubiera acabado todo aquel asunto del cuaderno de Agatha Christie.

A propósito de aquel tema, Sandra no pareció mostrar más interés que el de las consecuencias económicas que pudieran derivarse para la empresa. Si «ese hijo de puta de médico», según dijo literalmente, se salía con la suya y resultaba que Hernán había metido la pata con su teoría, el libro que tenían en el mercado se hundiría irremediablemente arrastrando a la empresa. No era solo cuestión de credibilidad, afirmó, sino de dinero. El libro es un negocio, sentenció, y si perdían los contratos con editoriales extranjeras —que habían quedado en suspenso de momento—, si tenían que comerse con patatas la inusual enorme tirada que habían hecho de la obra y que ahora dormitaba en los almacenes tras haberle pagado un fabuloso adelanto al autor, todos ellos se irían a tomar por culo, porque la empresa estaba tan famélica que una corriente de aire podía derribarla.

A continuación, y sin que nadie le preguntara sobre el particular, Sandra se arrancó por las profecías, vaticinando que todo sería diferente si su marido estuviera al frente del timón de la editorial. Explicó que Edgar hacía el trabajo sucio, pero no tomaba las decisiones importantes.

Cuando el alférez deslizó la idea de que ahora, con la muerte de Mercedes, su marido estaría más cerca de alcanzar esa posición, Sandra flaqueó un instante. Su nariz se relajó, sus ojos se abrieron a la par que su boca roja y farfulló coartadas que nadie le había pedido. Aseguró que su marido no había tenido nada que ver con aquel crimen, si era lo que el alférez había insinuado. Los dos, ella y Edgar, se habían retirado a su habitación inmediatamente después de la cena y ninguno salió de la cama en toda la noche.

Eso fue lo que Sandra declaró de corrido, como si recitara su papel en la obra, pero en sus ojos Pardo percibió inseguridad. Aquella atractiva mujer no se creía su actuación. El guion flojeaba y ella lo sabía. Y, si lo sabía, era porque ella misma o el hombre a quien defendía tenían más información de aquel asunto de la que compartían con la Benemérita.

Tras su declaración, Sandra anunció que ella y su esposo tenían intención de acompañar a Santos a Santander para estar junto al cadáver de la difunta. El alférez les recordó que podían ir si lo deseaban, pero que pasarían horas hasta que se efectuara la autopsia; tardarían en tener el cadáver a su disposición, les explicó. Aun así, Sandra insistió en su propósito. El alférez les recordó que debían estar localizables y la explosiva morena, cuya nariz se había vuelto a arrugar de repente, aseguró que regresarían al parador a la hora de la comida.

Tampoco decepcionó Irma Cañadas. Pardo la estudió mientras el alférez formulaba las preguntas. Estaba claro lo que Santos veía en ella —alta, tetona, rubia natural y no de bote, treinta y un años, educada e inteligente a tenor de cómo se expresaba—, pero no se le ocurría qué interés podía tener en cambio el editor para ella, salvo el dinero.

Irma dijo que sí, que mantenía una relación con Santos desde hacía un tiempo, pero que había tomado la decisión de ponerle el punto y final a todo aquel trajín de revolcones clandestinos. O él rompía con Mercedes o sería ella quien cerrara para siempre su intimidad al editor. La noche anterior, horas antes del crimen, reconoció haber discutido con la víctima. Mercedes le anunció su inminente despido y reprochó a su marido su infidelidad. Irma retó a Santos a tomar partido y abandonó el salón dispuesta a hacer la maleta y marcharse de Santillana y de la editorial antes de darle el gusto a aquella «bruja» de despedirla. Para su satisfacción, salió victoriosa del órdago, porque Santos corrió tras ella y la acompañó a la habitación.

—¿Estuvieron juntos toda la noche? —preguntó Arce.

Ella dijo que sí, pero el alférez creyó advertir cierta duda en su mirada. No obstante, salvo que encontrara otro hilo del que tirar, la rubia confirmaba la coartada de Santos y se proporcionaba a sí misma una estupenda, reflexionó Arce. Era la misma jugada que habían diseñado Edgar y Sandra.

A continuación, Arce solicitó la versión de Irma sobre la agresión que, según declaró Sandra, había tenido lugar en el barco que les llevó a todos a Reino Unido meses atrás. El alférez quería saber por qué se produjo la discusión entre las dos mujeres y qué sucedió exactamente.

Irma respondió con aplomo, negando en todo momento que ella le hubiera cortado la mano a Mercedes. Discutieron, sí, admitió sin vacilar. Discutieron por Santos. Mercedes la llamó puta e Irma se defendió. Fue una reyerta de gatas, pero juró que, cuando abandonó la cubierta del barco, Mercedes estaba perfectamente.

Todo eso había dado de sí la mañana hasta el momento en el que el sargento sintió la punzada del hambre en su estómago, comprobó en su reloj que faltaba una hora para las dos de la tarde y que al otro lado de la ventana la lluvia seguía cayendo con furia.

—Bueno, pues llegó el momento de conocer al doctor —dijo el alférez sacando a Pardo de sus cavilaciones.

III

Si sois tan conocedores de la vida y obra de Agatha, os supongo enterados de que en el mes de febrero de 1927 viajó a Tenerife y Las Palmas de Gran Canaria —dijo Lloyd tras apurar el contenido de su vaso. Su pequeño auditorio no dijo nada, pero creyó entender que todos conocían ese dato—. Bien, pues mientras estuvo en las islas encontró inspiración para dos relatos que se publicaron años después. Vagamente inspirado en Tenerife, construyó «El hombre del mar», que apareció en 1930 dentro de la colección de aventuras titulada *El enigmático Mr. Quin*. Mucho más reconocibles son algunos rincones de Las Palmas de Gran Canaria en los escenarios de «Una señorita de compañía», que formó parte de *Señorita Marple y trece problemas*, publicado en 1932. —Hasta ahí creo que estamos empatados —dijo Hernán en tono chulesco—. Cualquiera que haya leído un poco conoce esos detalles.

Lloyd hizo una seña al camarero y le pidió una segunda copa. Hasta que el vaso no estuvo lleno, no se dignó repeler la pulla de Hernán.

—Lo que pocos saben es que lo que se relata en esa segunda historia es real —dijo como si tal cosa.

—¿Cómo que es real? —inquirió Gaspar con el ceño fruncido—. Si no recuerdo mal, esa pequeña historia tiene que ver con la muerte de una mujer en extrañas circunstancias. El narrador ofrece los datos a un grupo de personas y les reta a encontrar la solución al enigma que suponía el hecho de que una dama británica que estaba de vacaciones, aparentemente, hubiera asesinado a su señorita de compañía.

—Y la señorita Marple da en el clavo al acertar quién mató en realidad a quién —apuntó Mercedes—. También recuerdo ese relato.

—¿Qué quiere decir con eso de que es real? —insistió Gaspar ignorando la aportación de la joven.

—Pues eso, que ocurrió realmente —respondió tranquilamente el inglés—. Lo único que hizo Agatha fue variar el nombre de las dos mujeres protagonistas, que en realidad se llamaban Courtney Helier y Audrey Granger. La primera fue la víctima y la segunda, la asesina.

Los cinco jóvenes se quedaron mirando al arrogante inglés sin saber qué responder. Se diría que dudaban de si estaban ante un fanfarrón que se daba aires de sabiondo cuando en realidad se estaba inventando aquella historia o ante un sujeto que padecía algún desajuste mental.

—A ver —dijo Colin Lloyd como si pudiera leer los pensamientos de los otros—, ¿quién recuerda cómo se llamaba el narrador de esa historia?

Hernán miró a Gaspar y este se encogió de hombros. Mercedes negó con la cabeza y Santos guardó silencio.

—En la historia se alude a él como «el doctor Lloyd» —apuntó inesperadamente Paco. Todos se volvieron hacia él, sorprendidos de que fuera capaz de recordar ese detalle—. No hace mucho que leí ese libro —explicó casi a modo de disculpa.

Los otros necesitaron unos segundos para que la chispa de una sospecha prendiera en sus mentes. El primero que cayó en la cuenta fue Santos Alsina.

—¿No creerá que nos vamos a tragar que ese doctor Lloyd es su padre? —preguntó el estudiante de Filología con una media sonrisa en la boca—. ¿Ustedes los británicos creen que los españoles somos imbéciles?

—Preferiría no tener que responder a la segunda pregunta —repuso Elliot, zumbón—. En cuanto a la primera, no pretendo que me creáis. Simplemente os digo lo que hay y allá vosotros con lo que os parezca bien tomar en consideración o no.

—¿En serio ese Lloyd era su padre? —insistió Mercedes.

—No era, sino que es —precisó Colin—. Y aún a día de hoy mantiene ocasionalmente correspondencia con Agatha. De hecho, gracias a él y a la feliz coincidencia que les

reunió en un autobús rumbo a Bagdad, pudo Agatha escribir un final para aquella historia que ambos investigaron en Canarias.

—¿Cómo? ¿Que su padre y Agatha Christie investigaron un crimen? —Hernán estaba tan perplejo como lo indicaba la expresión de su rostro.

—Sí, en realidad las cosas no ocurrieron exactamente como en el relato —explicó Lloyd—. Agatha escribió que tiempo después de abandonar Canarias el doctor tuvo noticia de unos sucesos ocurridos en un balneario de Cornualles. Al parecer, una mujer hospedada allí y cuyo apellido era idéntico al de la señorita de compañía de marras de su versión se había comportado de un modo bastante excéntrico, hasta el punto de que el vicario, a quien confesó un día que había cometido un crimen, la tomó por una perturbada.

—Si no recuerdo mal, la mujer finge suicidarse tras dejar una confesión escrita —anotó Paco, aprovechando que tenía fresca la lectura de aquella historia.

—Así es —convino Lloyd—, salvo que en la realidad, en Canarias, fueron mi padre y la propia Agatha quienes encontraron las ropas de la asesina en la playa donde días antes había cometido su crimen. Cuando ambos se fueron de las islas, lo hicieron convencidos de que Audrey Granger, como se hacía llamar la verdadera protagonista de este caso, se había suicidado.

—Pero en el relato de la señorita Marple no fue así —insistió Paco—. Quiero decir que luego se descubre que no había muerto.

—¿Y quién lo descubre? —preguntó Lloyd, retador.

—El doctor Lloyd —respondió Paco casi en un susurro.

—O lo que es lo mismo: mi padre —afirmó el inglés.

La historia que el larguirucho profesor de Arte refirió a continuación estaba tan bien hilvanada que a todos les costó trabajo encontrar resquicios por donde introducir una duda. Realmente, parecía que Lloyd conocía muy bien la vida de Agatha, tanto como si hubiera tenido acceso a las memorias de la novelista, las cuales, por otro lado, aún no se habían publicado por aquel entonces.

Todo ocurrió después de regresar a Reino Unido, dijo para empezar. Agatha había buscado colegio a Rosalind, tomó la decisión de conceder el divorcio a Archie y comenzó a escribir el preámbulo de su nueva vida. Pero en lugar de hacerlo entre la bruma inglesa, eligió viajar a las Indias Occidentales y a Jamaica. Carlo se ocuparía de la niña y ella se pondría a sí misma a prueba.

Sin embargo, un par de días antes de su partida salió a cenar con un grupo de amigos, entre los que se encontraba el comandante Howe y su esposa. Agatha ocupó una silla junto al militar y durante la velada Howe comenzó a describir las maravillas que, decía, ocultaba Bagdad, de donde había llegado recientemente tras servir en el golfo Pérsico. A Agatha le fascinó lo que escuchó y se interesó sobre cuál era el modo más cómodo de viajar hasta allí. Cuando el comandante le dijo que se podía ir en el Orient Express, la escritora se entusiasmó. Toda su vida había soñado con viajar en aquel tren.

—¿Ahí surgió la idea de la novela? —preguntó Paco, excitado—. Es mi libro favorito. Es el mejor —aseguró.

—Lo será para ti —bufó Santos.

—¡Callaos! —gritó Hernán—. Dejad que cuente el resto.

Un brillo pícaro asomó en los ojos de Lloyd, y no era producto del segundo güisqui, sino de saber que tenía a aquellos muchachos comiendo de su mano.

—El caso es que Howe anotó en un papel los lugares de obligada visita si Agatha se decidía a emprender aquel viaje y le rogó encarecidamente que fuera hasta Ur, porque merecía mucho la pena.

—Donde conoció a su segundo marido —apostilló Mercedes, entusiasmada.

Lloyd asintió y le dedicó una sonrisita.

—Agatha había leído poco antes en *The Illustrated London News* sobre los fantásticos descubrimientos arqueológicos que había llevado a cabo Leonard Woolley en Ur y al día siguiente se apresuró a cancelar sus billetes para América y los cambió por uno a bordo del Orient Express hasta Estambul. De allí iría a Damasco y de Damasco a Bagdad. Y lo haría sola.

—¿Y todo eso lo sabe usted porque se lo ha dicho su padre? —consultó Hernán, aún escéptico a pesar del prolijo relato de Lloyd.

—Desde luego —respondió el profesor—. Ella misma se lo confesó cuando ambos coincidieron en Damasco en un autobús perteneciente a la Nairn Line, que dirigían unos hermanos australianos. El autobús debía atravesar el desierto y se programó la salida de madrugada. Cuando Agatha se presentó en el lugar indicado, se llevó la gran sorpresa de encontrarse a mi padre, a su viejo amigo el doctor Elliot Lloyd.

—¡Joder! —fue todo lo que acertó a decir Santos.

—¿Y qué pasó? —preguntó Paco, extasiado.

Hernán, por su parte, se retiró a posiciones más seguras.

—Pues tras el estupor inicial por coincidir de nuevo en un lugar tan apartado y explicarse el uno al otro los motivos de aquel viaje, interés cultural para Agatha y de trabajo para mi padre, pues había sido contratado como médico en la expedición arqueológica de Woolley, se pusieron al día de lo que habían sido sus vidas desde su aventura canaria.

»Lo extraordinario para Agatha llegó cuando mi padre le refirió el insólito encuentro que había tenido en Melbourne un mes antes. Había llegado al puerto, explicó, a bordo de un barco en el que ejerció como médico ocasionalmente. Aprovechó el tiempo libre para pasear por la ciudad y fue entonces cuando creyó ver un fantasma. Si la mujer que tenía delante no era Audrey Granger, se trataba de su doble, pensó.

»Mi padre abordó a la mujer. Al reconocerlo, ella comprendió que era absurdo fingir. Resultaría poco creíble que una muerta gozara de tan envidiable aspecto, de manera que confesó lo ocurrido. Explicó que, en realidad, se llamaba Audrey Helier y que era prima de la difunta Courtney. Dijo ser la mayor de nueve hermanos y que la situación familiar era tan desesperada que escribió en varias ocasiones a su prima rica de Inglaterra solicitando su ayuda, pero ella jamás respondió. Al oír aquello, Agatha recordó la carta que encontró durante el registro que había llevado a cabo en la habitación de la enigmática Audrey en el transcurso de su investigación del crimen. La carta estaba firmada por alguien llamado A. Helier. En ese momento comprendió que se trataba de Audrey Helier.

»Ante la falta de respuesta a sus cartas solicitando ayuda económica, Audrey urdió un plan que consistió en hacerse pasar por señorita de compañía, ganarse la confianza de su prima, que no la conocía personalmente, y asesinarla. Después, aprovechando el parecido entre ambas, se hizo pasar por la difunta el tiempo suficiente como para redactar un testamento en el que cedía a su familia australiana la totalidad de la fortuna de la solterona millonaria. Por último, para borrar su rastro, fingió sentirse perseguida por el fantasma de Courtney y simuló su suicidio. Suponía que mi padre, a quien le había ido con el cuento de sentirse atormentada por la pérdida de Courtney, creería que se había trastornado.

Colin Lloyd contempló con deleite el rostro de los cinco muchachos. Le parecieron más pardillos que nunca. «Cinco cerditos», pensó. Pero no llegó a decirlo en voz alta.

4

-Usted, doctor Lloyd —dijo la señorita Helier—, ¿no sabe ninguna historia inteligente?...».

Arturo comenzó a leer «*Una señorita de compañía*», el relato del que les había hablado Paco y que Agatha escribió inspirándose en su estancia en Gran Canaria. Lo había descargado de Internet y, aunque no le hacía la menor gracia leer libros si no era sintiendo el tacto del papel en sus manos y aspirando el aroma que de ellos se desprendía, se vio obligado a compartir con su esposa una confidencia mientras aguardaban a que finalizase la comparecencia del doctor Velarde ante la Benemérita y le llegase el turno a la propia Gala.

—Jamás lo admitiré en público, pero la verdad es que esto de Internet tiene sus ventajas —dijo en voz baja.

Gala esbozó una sonrisa, pero estaba tan nerviosa por lo que iba a decirle al alférez que no se le ocurrió una réplica inteligente. Se limitó a contemplar cómo Arturo se zambullía en el relato protagonizado por la señorita Marple. Tenía mucho en lo que pensar antes de entrar en aquel despacho donde aún se encontraba el doctor. Lentamente, creía haber encajado algunas piezas para confeccionar una teoría que, recitada en silencio, parecía sonar bien, pero dudaba que, escuchada en voz alta y expuesta ante la Guardia Civil, no pareciera delirante.

No había sido Arturo el primero de los dos en acudir a Internet para resolver dudas. Antes de ir al cuartel, Gala había realizado su propia investigación sobre el famoso frasco de tinta y el artículo que mencionaba a Mother Shipton. Sintió que el estómago se le encogía a medida que se acercaba el momento de compartir con el alférez Lázaro Arce sus conclusiones.

Arturo, mientras tanto, se dejó absorber por el relato:

«Le sonrió con aquella sonrisa que cada noche embrujaba al público que acudía al teatro. Jane Helier era llamada la mujer más hermosa de Reino Unido y algunas de las compañeras de profesión, celosas de ella, solían decir entre sí: “Claro que Jane no será una artista. No sabe actuar... en el verdadero sentido de la palabra. ¡Son sus ojos!...».

Antes de que Gaspar Velarde hubiera entrado en el despacho del cuartel, Arce y Pardo habían repasado los datos que tenían de él hasta ese momento. Sabían que, casualmente, tenía la misma edad que el marido de la víctima, sesenta y siete años, que era viudo, que no tenía hijos y que vivía solo en la casona situada frente al parador. La imponente vivienda era herencia familiar, porque resultaba que Velarde era cristiano viejo, heredero de hidalgos, gente de posibles. Más claramente: era una familia adinerada desde hacía siglos, aunque él nunca se había dedicado a los negocios que concedieron a sus antepasados las buenas rentas de las que disfrutaba. Gaspar había ejercido como médico durante buena parte de su vida en Santander, si bien antes había tenido otros destinos profesionales.

Entre los apuntes de los beneméritos figuraba también aquella historia del cuaderno de Agatha Christie y todo el lío que había organizado el doctor convidando a cuerpo de rey a un grupo heterogéneo de personas, algunas de las cuales iban a resultar terriblemente perjudicadas por el empeño de divulgar lo que fuera que se dijese en la famosa libreta. ¿A santo de qué aquella obsesión de Velarde?, se habían preguntado Arce y Pardo.

En eso, Gaspar hizo su aparición. Llevaba un gabán claro en el que se advertía la huella de la lluvia, un discreto traje oscuro, sin corbata, y una camisa negra. De inmediato, al alférez Arce se le cruzó por la mente el rostro de Sean Connery, aunque en la mirada

del recién llegado creyó percibir cansancio, cierta debilidad, lo que lo alejaba del fornido actor escocés.

—Gracias por su colaboración. —El alférez lo recibió con cordialidad, pero sin llegar a ser efusivo—. Como ya sabe, se trata de unas preguntas breves, para hacernos una idea de lo que ocurrió.

—Me hago cargo, no se preocupe —respondió Velarde, colaborador.

Aquella serenidad no abandonó al doctor durante la media hora siguiente, en la que admitió conocer a la víctima desde hacía muchos años, desde los viejos tiempos de la universidad. Arce y Pardo tuvieron noticia de la creación en aquellos días en Salamanca del Club de los Detectives. El relato de Velarde era claro, conciso y bien estructurado. Explicó cómo fue su encuentro con Mercedes, Santos, Hernán y Paco tras la representación de *La ratonera* a cargo de una compañía de aficionados y cómo después la pasión por las novelas de la escritora británica les unió en torno a ese club literario al que bautizaron con tan ampuloso nombre.

—Desde entonces ¿mantuvieron contacto? —se interesó Pardo—. Quiero decir, después de la universidad.

—Lo cierto es que no —confesó Gaspar—. La vida nos llevó a cada uno por senderos diferentes, ya me entiende. Solo volvimos a encontrarnos una noche hace unos años. Santos y Mercedes nos invitaron a todos a ver una nueva versión de *La ratonera* que se representaba en Madrid. Hará diez años, más o menos. Hablamos de cosas triviales y, sobre todo, de Agatha. Todos seguíamos igual de enamorados de sus novelas, aunque Hernán había cambiado de opinión sobre su preferida. Tras la publicación de *Telón, Cinco cerditos* ya no le parecía la mejor.

»No supe más de ellos hasta hace unos meses, cuando recibí la invitación de la editorial de Santos y Mercedes para acudir a la presentación de un libro de Hernán en Torquay. —Hizo una pausa. Su gesto era de fatiga—. Aunque había enviudado recientemente, me pareció una buena ocasión para distraerme y además tenía curiosidad por saber si la teoría de mi amigo Hernán a propósito de un suceso de la vida de Agatha Christie era cierta, puesto que conozco la versión del caso que escribió ella misma.

—¿Se refiere a ese cuaderno suyo? ¿Qué es lo que dice? —sondeó Arce.

El doctor sonrió apenas un instante.

—Responderé diciéndole que sí, que mi interés por el libro de Hernán y por lo que decía en él tenía que ver con ese cuaderno.

—¿Y qué dice? —insistió el alférez.

—Eso, si le parece, lo revelaré mañana —repuso Gaspar, evasivo.

Arce y Pardo abrieron un paréntesis de silencio que el sargento tardó en cerrar unos segundos.

—Entienda nuestro interés, dado que parece que su propósito de divulgar el contenido de ese cuaderno puede causar graves perjuicios económicos a la empresa de la víctima.

—Mi intención es hacer que prevalezca la verdad —se defendió el doctor sin perder la compostura—. Como comprenderán, no es culpa mía que Hernán se haya equivocado en su teoría.

—Pero se supone que ellos son amigos suyos —recordó el sargento.

—¿Dejaría usted libre a alguien porque conoce a esa persona aunque sepa que es culpable? —le espetó el médico.

—Naturalmente que no. —Pardo repelió el comentario de Velarde dejando traslucir en su tono y en su cara cuánto le había incomodado. Tenía narices que aquel tipo pudiese llegar a pensar tal cosa precisamente de él.

Aquel era un argumento de tanto peso para un alférez y un sargento de la Guardia Civil que ambos tardaron en encontrar las palabras oportunas para proseguir su cuestionario.

—¿Nos podría decir qué recuerda de la otra noche? —El alférez rompió el silencio tras aclararse la voz.

El doctor les habló de su reunión con Luis Gonzalvo, a quien describió como un escritor agrio de carácter, pero ávido de historias que le pudieran hacer un hueco entre los más vendidos.

—Lo invité a mi casa, le mostré el cuaderno de Agatha y luego fuimos a cenar con los demás al parador —informó Velarde—. Les expliqué a todos las razones de aquella reunión y agradecí su presencia, especialmente al clan de Octubre Ediciones y a Hernán. —¿No le parece insólito que aceptaran venir para escuchar cómo se les humilla? —preguntó Arce, seco.

—Supongo que su intención es otra —respondió el doctor, flemático.

—¿Qué quiere decir?

—Que buscaban, y creo que aún buscan, apelar a mi amistad, ofrecerme un trato o algo parecido para que dé marcha atrás en mi decisión de divulgar lo que Agatha escribió.

—¿Tiene alguna base para esa suposición? —quiso saber el alférez.

—Sin ir más lejos, anoche, tras la cena, Mercedes me pidió que le concediera unos minutos con ese propósito.

—¿Y qué hizo usted?

—Naturalmente, charlé con ella, pero no accedí a cambiar de opinión. Después me fui a casa. No fue hasta por la mañana cuando me enteré de lo ocurrido.

—De modo que para usted todo esto es un acto de justicia —resumió Pardo, escéptico.

—Lo crea o no —aseguro Velarde, frío—, así es.

El alférez estudió al hombre que estaba sentado al otro lado de la mesa sin advertir duda ni temblor en su voz. Parecía absolutamente seguro de lo que decía. Otra cosa sería averiguar si lo que afirmaba era la verdad, reflexionó.

—Muchas gracias por su colaboración —dijo Arce, finalizando el cuestionario—. ¿Tiene intención de salir del pueblo?

—No. De hecho, comeré con mis invitados en el parador. —Consultó su reloj—. En media hora. Cuando acaben ustedes de charlar con la escritora que espera ahí fuera.

—¿Gala Robles?

—Una mujer fascinante, se lo aseguro —apuntó el doctor antes de levantarse de su silla y abandonar el despacho. El alférez reparó en que a Velarde parecía costarle trabajo mantener la espalda erguida.

«Mi historia comienza allí, en el hotel Metropole, un jueves por la noche del mes de enero. Se celebraba un baile y yo contemplaba la escena sentado a una mesa con un amigo mío. Había algunos británicos y gentes de otras nacionalidades, pero la mayoría de los que bailaban eran españoles; y, cuando la orquesta inició los compases de un tango, solo media docena de parejas de esta nacionalidad permanecieron en la pista. Todos bailaban admirablemente mientras nosotros les contemplábamos. Una mujer en particular excitó vivamente nuestra admiración. Alta, delgada, hermosa e insinuante, se movía con la gracia de una pantera. Había algo peligroso en ella».

—¡Señora Gala Robles!

La voz de un guardia llamando a su esposa interrumpió la absorbente lectura. Arturo levantó la mirada de la pantalla, sonrió tímidamente a Gala y tomó su mano derecha para infundirle ánimo. Para ambos, aquella era una situación insólita, muy alejada de las aulas, de las clases y de los libros. Había que admitir que no era igual seguir los razonamientos meticulosos del gran Hércules Poirot para la resolución de un crimen planteado en una novela que formar parte en primera persona de una historia en la que los muertos eran reales. Y en sus pensamientos Arturo pluralizaba al hablar de los difuntos porque, tras lo que Gala había recordado consultando Internet, se mostraba de acuerdo con ella en que existía una conexión entre el crimen de Winchester y el de Santillana del Mar.

La escritora se levantó de su asiento, soltó la mano de su marido muy despacio y se dirigió al despacho dispuesta a compartir con la Benemérita su teoría. En el camino se cruzó con el doctor, que le sonrió cálidamente. Ella apenas encontró fuerzas para esbozar una tímida sonrisa debido a sus nervios.

—¿Ve como yo tenía razón? —dijo Gaspar cuando llegó a su altura.

—¿Sobre qué? —preguntó Gala, extrañada.

—Sobre que los muertos reclaman la justicia de los vivos, como en *Hamlet*. Agatha estaría encantada con esta historia.

Mientras aguardaban a Gala, Arce y Pardo intercambiaron sus puntos de vista sobre cuanto llevaban escuchado.

—Lo extraño es que la víctima no haya sido el médico —comentó el alférez, irónico. Esperaba expectante la llegada de Gala.

—Después de escucharle, la verdad es que tenía todas las papeletas —convino el sargento—. No sé qué puede sacar de dejar con el culo al aire a todos esos amigos de la universidad. Con amigos como él, mejor estar cerca de los enemigos.

—Si lo hubiéramos encontrado muerto a él, tendríamos un puñado de sospechosos claros —apuntó Arce—. La propia difunta y su marido, el editor, serían dos de ellos. A ninguno de los dos les hará gracia que el doctor hunda la credibilidad de su editorial y les arruine el negocio de ese libro que, según he mirado en Internet, se había anunciado como un bombazo y al final ha hecho menos ruido que un petardo. Por todas partes se encuentra uno noticias en la red poniendo a caer de un burro la teoría del tal Hernán desde que su amigo Velarde anunció la existencia del famoso cuaderno.

—Y no olvidemos al hijo, a Edgar —recordó Pardo—. Ya vimos cómo se puso esta mañana contra el médico.

—O su esposa. —El alférez echó mano de sus notas para recordar el nombre—. La morena espectacular, Sandra Abarca.

—O la secretaria, enamorada de su jefe y capaz de hacer cualquier cosa por él.

Interrumpieron su conversación al entrar en la sala una mujer alta, robusta, de mirada inteligente, vestido sobrio, peinado un tanto anticuado y una poderosa nariz.

—Gala Robles. —El alférez se puso en pie y ofreció a la escritora el asiento situado al otro lado de la mesa.

Pardo repasó los datos que habían podido juntar sobre aquella mujer a la que, parecía ser, se la consideraba la reina de las novelas románticas. Se preguntó si su esposa habría leído alguno de sus libros y lamentó no estar más al tanto de la actualidad literaria.

Las notas que obraban en su poder decían de ella que tenía sesenta y cinco años, que se había jubilado como profesora de Lengua y Literatura —trabajo que compaginó durante años con la creación literaria— y que su marido era un antiguo profesor de Matemáticas llamado Arturo Rivera, con quien tenían previsto charlar después de la comida. A todo eso se sumaba el dato de que Gala era una autora de Octubre Ediciones, que también había estado en Torquay en el ya famoso viaje, y que era madre de dos hijas que no tenían nada que ver en aquel asunto.

El alférez Arce tomó la iniciativa.

—Por lo que sabemos, usted escribe para la editorial de la que la víctima era propietaria, ¿no es así?

—Desde hace muchos años, sí —confirmó Gala, inquieta. No sabía por dónde empezar a explicar su teoría.

Arce pareció percibir algo en el fondo de la mirada de aquella mujer, pero decidió proseguir por donde tenía pensado orientar las preguntas.

—¿Es frecuente que la editorial invite a sus autores a un viaje como el que hicieron a Reino Unido?

—Absolutamente insólito, más bien —admitió Gala—. Tanto como que yo misma accediera a ir. —Miró al alférez y después al sargento—. No me gustan las reuniones sociales, y menos aquellas donde se da cita gente del gremio. Lo que los escritores tenemos que hacer es, precisamente, escribir, sin más.

—¿Y por qué fue entonces? ¿Y qué hace aquí ahora, con su marido? —metió baza el sargento.

—Mi marido es un lector empedernido de las novelas de Agatha Christie —explicó Gala—. A mí también me gustan, no lo niego. He leído algunas, pero si aceptamos ir, fue más que nada por él. —Hizo una pausa, se aclaró la voz y añadió—: Bueno, un poco también por mí, porque aprovechamos para ir en nuestro coche hasta Winchester, con el propósito de que yo cumpliera mi sueño de ver la tumba de Jane Austen. —El alférez y el sargento se miraron sin comprender—. Austen —repitió Gala—. ¿No les suena? ¿*Orgullo y prejuicio*? ¿*Sentido y sensibilidad*?

Pardo meneó la cabeza, mientras que Arce parecía estar haciendo memoria.

—Creo que he visto una película con ese título —confesó.

—Antes que la película fue el libro, se lo aseguro —ironizó Gala, más tranquila que cuando entró.

—En cualquier caso, no es Winchester lo que nos interesa —terció Arce, picado.

—Creo que se equivoca, señor. —La voz de Gala sonó menos firme de lo que ella había planeado.

—¿Cómo dice? —preguntó el alférez, atónito.

—¿Serían tan amables de permitirme contarles algo antes de que me hagan las preguntas que deseen? —solicitó Gala mientras estrujaba la correa del bolso que había puesto sobre sus rodillas. Advirtió la duda y el desconcierto en los dos guardias civiles, pero también el brillo de la curiosidad en su mirada. Que no hubieran leído a Jane Austen realmente les restaba muchos puntos, pero no tantos como para hacer que parecieran dos estúpidos—. Estoy segura de que puede serles de utilidad.

Pardo miró de soslayo su reloj. Media hora para las dos. Tenía cada vez más hambre, pero algo en la mirada de aquella mujer le dijo que tal vez estuvieran por fin ante una pista útil. El alférez pareció escuchar los pensamientos del sargento.

—Está bien, usted dirá —dijo Arce.

Gala había preparado un esquema mental de cuanto tenía que decir, consciente de que su teoría podría ser tomada a guasa si no lograba darle credibilidad desde el primer momento. A lo largo de las últimas semanas se había preguntado a sí misma cómo comenzaría ella una novela policiaca si tuviera que enfrentarse al reto de escribir una y había concluido que lo mejor era presentar al lector un cadáver en la primera página. De manera que había resuelto hacer lo mismo ante aquel singular auditorio que la escuchaba.

—Un profesor llamado Colin Lloyd fue asesinado en Winchester durante nuestra estancia en Reino Unido —se escuchó decir. La frase le salió de un tirón, y después aguardó a ver el efecto que había provocado. Arce y Pardo se miraron, desconcertados. Gala no les permitió reponerse—. Y, como supongo que les parecerá irrelevante para su trabajo, déjenme que les cuente que he averiguado que ese profesor inglés coincidió en la Universidad de Salamanca con Mercedes, Santos, Héctor Valdés, Paco Sainz de Villena, un periodista que también se hospeda en el parador junto con su mujer, y el doctor Velarde.

Aquella información tensó el cuerpo del alférez y anestesió el hambre del sargento, que echó su cuerpo hacia delante en su asiento.

La escritora interpretó con acierto el lenguaje corporal de los dos guardias civiles y relató en primer lugar cómo tuvo noticia de la muerte del profesor.

—El día que Hernán presentó su libro en un hotel de Torquay —recordó—, un periodista británico mencionó la noticia, que aparecía en su periódico. Su comentario fue malicioso, porque recordaba que la víctima había escrito un libro que contradecía la hipótesis de la obra de Hernán. La prensa señalaba que la policía estaba desconcertada, porque no había señales de que la puerta o las ventanas hubieran sido forzadas ni se advirtieron signos que pudieran invitar a pensar que el móvil fue el robo. El profesor vivía solo y fue encontrado sentado en un sillón de su estudio, apuñalado. —Gala tomó aire. Necesitaba valor para pronunciar la siguiente frase. Finalmente, creyó reunir el suficiente y dijo—: En cierto modo, su muerte se asemejaba a la de lord Edgware.

—¿Lord Edgware? —El sargento Pardo alzó una ceja, confundido.

—La novela de Agatha predilecta del profesor Lloyd —aclaró Gala—. Incluso dirigía un club de lectura en el Winchester College llamado Lord Edgware Club.

—Discúlpeme, señora —atajó el sargento—, pero no alcanzo a entender...

El alférez puso su mano sobre el brazo de Pardo y este interpretó acertadamente el gesto de su superior. Arce tenía los ojos entornados y el gesto reflexivo.

Gala decidió jugarse el todo por el todo y compartió con ellos una intuición que tuvo cuando leyó con más calma en la prensa los detalles que rodearon la muerte del profesor Lloyd. Había llegado a pensar que a aquel hombre lo habían matado imitando las circunstancias que rodearon la muerte del cuarto barón de Edgware, como si se tratara de una charada sangrienta y cruel. Y, en efecto, las primeras impresiones

parecían confirmar su apuesta. De hecho, confesó a los asombrados miembros de la Benemérita, cuando supo que Mercedes Sádaba había organizado, con motivo de la presentación del libro, un peculiar juego consistente en la captura de un asesino ficticio inspirándose en la novela de Agatha titulada *El templete de Nasse House*, temió que pudiera cometerse un crimen parecido a los que aparecían en las páginas de ese libro.

—Esa novela, *El templete de Nasse House*, era la favorita de Mercedes de todas las que Agatha escribió —aclaró.

—Pero no hubo ningún crimen —recordó el sargento Pardo.

—No, no lo hubo —admitió Gala negando con la cabeza—. Y por eso mi teoría inicial se desmoronó. Y más cuando, durante el viaje de regreso, Paco, el periodista del que les hablé, me dio cuenta de nuevos detalles que la prensa británica había publicado sobre el crimen de Winchester. Al leer que en la habitación donde se descubrió el cuerpo sin vida del profesor había una mesa sobre la que aparecieron naipes, como si se estuviera disputando una partida de *bridge*, y que la puñalada se había asestado con un estilete cuya empuñadura estaba recubierta de bisutería, asemejando piedras preciosas, otra novela de Agatha Christie vino a mi memoria para terminar de confundirme.

—¿Qué novela? —preguntó el alférez, con interés no disimulado.

—*Cartas sobre la mesa* —respondió Gala—. En ella la víctima es un tipo extraño llamado Shaitana, un hombre rico y excéntrico que vivía en una lujosa casa de Londres. Una noche invita a cenar a ocho personas. Tras la cena, se organiza una doble partida de *bridge* con cuatro jugadores en cada mesa. Mientras, él se sienta en un sillón a leer. En un momento dado, alguien advierte que el anfitrión ha sido asesinado.

—Con un cuchillo con una empuñadura de piedras preciosas, supongo —intervino el alférez agudamente.

—Así es —confirmó Gala, mirando cada vez con más simpatía a aquel hombre.

—Pero si todo el mundo estaba jugando a las cartas, ¿cómo no vieron quién lo asesinó? —preguntó Pardo, casi tan intrigado como su alférez.

—En el juego del *bridge* existe la figura del «muerto» —explicó Gala—. Es un papel rotatorio. A quien le corresponde encarnar ese papel se puede levantar de la mesa, de modo que cualquiera de los jugadores pudo haber cometido el crimen, porque todos tuvieron el turno de muertos.

—Bien, y ahora díganos: ¿cómo relaciona usted esa novela con el caso que nos ocupa? —preguntó Arce, práctico.

—Pues, como les decía antes, en la muerte de Lloyd había elementos que permitían evocar su novela favorita, pero otros, indudablemente, me llevaban a pensar en *Cartas sobre la mesa* —expuso Gala—. Pero ahora, tras la muerte de Mercedes, he llegado a otra conclusión.

—¿La puede compartir? —sondeó Arce con una pizca de ironía.

Gala dibujó una sonrisa fugaz. Decididamente, le gustaba aquel joven.

—La clave ha sido el frasco de tinta y el artículo de la revista que estaba junto al cuerpo de Mercedes —reveló—. *La señora McGinty ha muerto*.

—Perdone, pero no le sigo —reconoció el alférez.

Pardo se revolvió en su asiento, desconcertado.

—Es el título de otra de las novelas de Agatha —aclaró Gala—. Y también el título de una canción infantil británica. —Cambió el tono de voz para abrir un paréntesis—. A Agatha le gustaba mucho eso de usar canciones infantiles para sus crímenes. La verdad es que resulta muy inquietante. Lo hizo en *Cinco cerditos* o en *Diez negritos*.

—Disculpe —interrumpió el sargento—, pero ¿sería posible que fuera al grano?

Gala se ruborizó. El sargento tenía razón.

—Esa novela narra el extraño asesinato de una humilde limpiadora que vivía sola con un único huésped a quien tenía alquilada una habitación y que, de inmediato, se convirtió en el principal sospechoso. De hecho, lo meten en la cárcel y pretenden ejecutarlo cuando Poirot se ve involucrado en el asunto. —Miró alternativamente a los dos guardias civiles y añadió—: Ya saben, el personaje que Agatha creó y que era un detective muy peculiar. Pues bien, Poirot llega a la conclusión de que el inquilino no había matado a la señora McGinty, pero debía probarlo.

—¿Y qué tiene que ver el frasco de tinta y el artículo de la revista? —urgió el alférez.

—Primero, deje que le diga que a la señora McGinty la asesinan propinándole un fuerte golpe en la nuca con un objeto afilado y de peso que no apareció en la escena del crimen. —Aguardó a ver el efecto que producían sus palabras y le complació el desconcierto que había provocado—. En cuanto al frasco de tinta, resulta que Poirot, durante su investigación, descubre que días antes de morir la señora McGinty se había mostrado nerviosa, inquieta, y que había comprado un frasco de tinta, posiblemente con el propósito de escribir una carta, como realmente fue.

—¿Y el artículo de la revista?

—La verdad es que eso fue un golpe de suerte —confesó Gala, divertida—. Hace unos días, en una revista leí un artículo sobre esa vidente, Ursula Shipton, a la que llamaban *Mother Shipton*. Y en él se mencionaba, a modo de curiosidad, que Agatha Christie la citaba en una de sus novelas.

—¿No me irá a decir que aparece en esa que ha mencionado? —preguntó Pardo, escéptico.

Gala se encogió de hombros.

—Oiga, no soy yo quien ha diseñado este rompecabezas —puntualizó la mujer, ofendida—. Ustedes pueden creerme o no, pero, cuando vi ese frasco de tinta y el artículo de la revista junto al cadáver de Mercedes, hice una pequeña búsqueda en Internet para confirmar mis sospechas. No cuesta nada —les animó—. Escriban frasco de tinta y *Mother Shipton* y verán cómo aparece de inmediato *La señora McGinty ha muerto*. Poirot encontró entre las pertenencias de la víctima un recorte de prensa donde se hablaba de esa vidente.

El alférez tomó aire y lo exhaló con fuerza. Todo aquello era de locos, pero por alguna razón le parecía que Gala podía alumbrarles un ángulo de aquel asunto en el que no habían reparado.

—¿Y cómo sigue su teoría? —se interesó Arce.

—Tengo que reconocer que estoy un poco confusa —admitió Gala, que seguía estrujando las correas de su bolso y no se había movido ni un centímetro en el asiento que le ofrecieron al entrar al despacho—. Si en el caso de Lloyd había ciertos elementos que evocaban el asesinato narrado en su novela favorita, en la muerte de Mercedes no hay ningún detalle que me llevara a pensar en *El templo de Nasse House*, que era la que más le gustaba. Si finalmente el arma del crimen aparece y resulta ser un martillo para cortar azúcar, se demostraría que el asesino se ha esforzado mucho en imitar los hechos narrados en *La señora McGinty ha muerto*.

—¿Un martillo de cortar azúcar? —preguntó el sargento, rascándose el cuello—. ¿Qué coño es un martillo de cortar azúcar?

—Entre otras cosas, el arma que se empleó para matar a la señora McGinty —replicó Gala.

—¿Hay algo que permita relacionar una y otra novela? —preguntó el alférez, que intuía que Gala había llegado a esa conclusión.

—Sí, de hecho, si no llegan a tener ese punto en común, tal vez yo no habría recordado esos detalles —respondió.

—¿De qué se trata? —le apremió el sargento.

—De Ariadne Oliver.

IV

Ninguno de ellos podía imaginar entonces que aquella improvisada tertulia iba a ser la primera de una serie que terminó por crear costumbre. En la tercera reunión se acordó tácitamente que cada jueves, a las ocho de la tarde, se encontrarían en el mismo café. Y aunque Lloyd no abandonó nunca aquel tono de superioridad intelectual, a los demás no pareció importarles. Incluso Hernán asumió con el paso de los días el liderazgo del británico, a quien, por otra parte, era una bendición oírle hablar de Agatha Christie. Para él la novelista de Torquay debía ocupar un lugar de honor en el Olimpo de los escritores.

—Porque, vamos a ver —subrayaba—, ¿qué autor puede vanagloriarse de llevar cuarenta años cosechando éxitos ininterrumpidamente? Y, al paso que va, su máquina de escribir seguirá dando títulos que venderán tanto como los anteriores. Ha tenido éxito con las novelas, con los relatos breves y con el teatro. Ha creado dos detectives conocidos en todo el mundo, una hazaña fuera del alcance de los más reconocidos autores del género. Y hubo años, como 1934, en los que llegó a publicar cuatro títulos de detectives, además de otro bajo el seudónimo de Mary Westmacott.

—¿Mary Westmacott? —repitió Paco con gesto extrañado.

—¿No lo sabías? ¿No sabías que usó ese seudónimo? —dijo Santos, mirando al pequeño estudiante de Derecho con sorna—. ¿No te las dabas de ser un especialista?

—Se ve que no estoy a tu nivel.

—Desde luego que no eres de mi misma estatura —replicó Santos, utilizando aposta el doble sentido. Paco le lanzó una mirada asesina desde sus poco más de ciento sesenta centímetros de altura.

—Pues ha utilizado ese seudónimo en media docena de ocasiones —recordó Gaspar Velarde, intentando calmar los ánimos—. Si no me falla la memoria, *El pan gigante* fue el primer libro que firmó de ese modo.

—Si sigue trabajando así —auguró Lloyd—, llegará un momento en que se podrá leer una obra suya diferente cada mes durante siete años seguidos. Ya me diréis qué otro autor puede presumir de un récord como ese.

En una ocasión Santos le preguntó a Lloyd cuál creía que era la clave del éxito de Agatha.

—Lo digo porque mi familia es dueña de una editorial, Octubre Ediciones —explicó—, y ya me gustaría a mí encontrar un autor como ella.

—No lo sé —admitió el inglés—, y tampoco creo que haya un único ingrediente, sino varios. De hecho, hace tiempo que estoy trabajando en un libro sobre ella, pero no sé cuándo lo acabaré. Eso sí, cuando lo publique, será una referencia, os lo aseguro.

—Ya, bueno, pero dinos algo, lo que te parezca que puede ser más destacable de ella —insistió Santos.

Los demás secundaron la propuesta y Lloyd se vio obligado a meditar muy bien una respuesta. Finalmente, de entre todos los ingredientes que, a su juicio, convertían las novelas de Agatha Christie en un éxito y hacían que se leyeran por todo el mundo y por los más variados lectores, se decidió por uno.

—Pues yo me quedaría con lo fácil que resulta leerla, a pesar de lo difícil que es escribir con la aparente sencillez con que lo hace. —Miró a Santos y a los otros y le pareció advertir que no le habían entendido—. Quiero decir que, si uno coge una de sus novelas y lee las primeras frases, ya no puede parar de leer. Y no es que tenga un estilo erudito, lo que quizá sea al final clave para enganchar al lector, pero es capaz de conseguir algo realmente difícil, aunque no lo parezca, que es construir el libro entero mediante diálogos.

—Eso es cierto —observó Paco entornando los ojos. Resultaba evidente que jamás se había parado a pensar en ese detalle.

—No hay descripciones detalladas de escenarios o paisajes —prosiguió Lloyd—. A los personajes les vamos conociendo por lo que dicen y cómo lo dicen. Parece fácil, pero probad vosotros mismos a escribir una novela así y veréis el mérito que tiene.

—Sin embargo, los hay que la consideran una escritora menor —recordó Mercedes.

—Sí, la envidia es un veneno muy extendido —ironizó Colin—. Y vender millones de libros por todo el mundo y en todos los idiomas debe de joder mucho. Se dice así, joder, ¿no? —Buscó con la mirada la aprobación de los otros—. Bueno, eso, que les debe de joder mucho. Pero los críticos lo tienen fácil —añadió con una mueca irónica en el rostro—: que se pongan delante de un papel en blanco y aporreen las teclas de la máquina de escribir durante cuarenta años inventando trama tras trama y que, siendo todas aparentemente iguales (un número limitado de sospechosos y ofreciendo al lector toda la información necesaria para resolver el enigma), cada una de ellas sea diferente.

Lentamente, aquellas tertulias se volvieron adictivas para el grupo de estudiantes. Sin darse cuenta, todos terminaron a la sombra de la arrebatadora personalidad de Colin Lloyd. Aquel liderazgo no lo obtuvo por ser diez años mayor que ellos ni porque fuera el único profesor del grupo, ni tampoco porque procediera de un país al que la España del final del franquismo veía como un paraíso del progreso. Lo verdaderamente seductor de Lloyd era la información privilegiada de Agatha que poseía gracias a la amistad de su padre con la escritora.

Para aquellos jóvenes apasionados lectores de la Reina del Crimen, era todo un lujo que, de vez en cuando, Lloyd salpicara las tertulias con perlas de la vida cotidiana de la escritora que por aquel entonces, al no haber publicado Agatha su autobiografía, nadie conocía.

Una de aquellas tardes, Mercedes recibió el regalo de escuchar detalles de la relación de Agatha con su segundo esposo, Max Mallowan.

—Según me contó mi padre, Agatha lo conoció en Ur al año siguiente de su primera visita a las excavaciones que dirigía Leonard Woolley —explicó Lloyd—. Mi padre dice que por entonces era un joven más delgado y muy callado. Como ayudante de Woolley, era muy eficiente, y con el paso del tiempo, como sabéis, ha demostrado ser un arqueólogo más que notable. Por lo que sé, a Agatha le costó llegar a conocerle, porque era serio y un tanto distante. Pero durante una excursión que ambos hicieron a Nippur, su relación mejoró.

—Debe de ser muy romántico conocer a tu futuro esposo en una excavación en el desierto —opinó Mercedes, risueña. Santos la miró por el rabillo del ojo con una expresión inescrutable.

Lloyd ignoró aquel comentario.

—La verdad es que la relación entre ambos no parecía que fuera a pasar de la amistad, pero todo cambió durante una visita de Max a Devon —prosiguió—. Desde Torquay, Agatha lo llevó de excursión al páramo a bordo de su viejo Morris Cowley en compañía de Rosalind y la relación se estrechó hasta tal punto que una noche, cuando Agatha estaba ya en su cama acostada y leyendo, Max llamó a su puerta. Ella le permitió entrar y él se sentó en el borde de la cama. Allí mismo, sin más preámbulos, confesó que le gustaría casarse con ella.

—¿Y ella qué dijo? —preguntó Mercedes, entusiasmada.

—Pues le dijo que no, que no podía ser. Le hizo ver que ella era quince años mayor que él, pero Max borró de un plumazo aquel obstáculo asegurando que siempre había querido casarse con una mujer mayor que él. Y a continuación se enzarzaron en una discusión sobre el particular que terminó en tablas al cabo de dos horas. Pero a la mañana siguiente, cuando Max iba a tomar el tren, profetizó que ambos se casarían una vez que ella se lo pensase mejor.

—Y ocurrió en 1930 —recordó Mercedes.

—El 4 de mayo, para ser más exactos —anotó Lloyd—. Agatha tenía treinta y nueve años. El enlace tuvo lugar en Escocia.

—¿Y la casa? ¿Cómo fue que compraron Greenway House? —se interesó Mercedes.

Lloyd la miró sorprendido.

—¿A qué viene tanto interés? —preguntó.

Santos salió al quite:

—Está obsesionada con *El templete de Nasse House* —informó—. No deja de hablar de esa novela, y, la verdad, a mí me parece simplemente pasable.

Mercedes propinó un codazo a su novio y clavó sus ojos en el británico.

—¿Conoce Greenway House?

—La verdad es que no —reconoció Lloyd—. Pero, por lo que sé gracias a mi padre, aquella casa sobre el río Dart le gustaba incluso a la madre de Agatha cuando vivía. De modo que, cuando supieron que se vendía, fueron a verla por simple curiosidad. Es una mansión increíble de estilo georgiano, por lo que me han contado. De 1780, más o menos. Está rodeada por unos jardines fantásticos, y, cuando a Agatha le dijeron que se vendía por seis mil libras, le pareció extraordinariamente barata. Aunque tenían otra en Wallingford, no dudaron en comprarla. Pero al poco tiempo estalló la guerra y se la cedieron al ejército estadounidense.

—¿En serio *El templete de Nasse House* te parece la mejor novela de Agatha? —preguntó Gaspar a Mercedes, visiblemente sorprendido.

—Sí, ¿qué pasa? —respondió la joven, desafiante—. Esa novela lo tiene todo. Además de Poirot, aparece Ariadne Oliver, que me parece un personaje fantástico. Y cuenta con muchos de los ingredientes de sus novelas: la suplantación de identidad, una atmósfera que anticipa un crimen a partir de un juego que parece tonto, una desaparición misteriosa, un asesinato ocurrido tiempo atrás...

—No, si no digo que no esté bien —aclaró Gaspar—. Es solo que no la veo como su obra cumbre.

—Ah, ¿no? —Mercedes hizo un mohín burlón—. ¿Y cuál te gusta a ti, si puede saberse? Gaspar dudó. Parecía haberse arrepentido en el último momento de haber profundizado en el tema. Tal vez temió exponer en público sus gustos, y finalmente se le escuchó decantarse por la producción de Agatha de la década de los años treinta, hasta los primeros años de los cuarenta, sin precisar un título concreto.

—En ese periodo se concentra lo mejor de su literatura —opinó.

—Estoy de acuerdo en que una de las novelas de ese periodo es verdaderamente genial, pero no todas —metió baza Paco—. Donde esté *Asesinato en el Orient Express*, que se quiten las demás.

Su afirmación recibió disparidad de opiniones. Unos admitían que se trataba de una obra sobresaliente, pero al mismo nivel que otros títulos anteriores y posteriores, y desde luego nadie coincidió con Paco en que fuera la mejor.

—Ninguna resiste la comparación con *Inocencia trágica* —opinó Santos—. En ella Agatha alcanza su plenitud.

—¡Bobadas! —se mofó Hernán—. Para novela ingeniosa, *Cinco cerditos*. Eso no hay quien lo mejore.

La afirmación fue recibida con multitud de comentarios enfrentados.

—¿Y la suya? ¿Cuál es su novela favorita? —se interesó Mercedes posando su mirada negra en Lloyd.

—La mejor de todas, la más grande, el eje central del libro que un día escribiré —anunció Lloyd, solemne—: *La muerte de lord Edgware*.

5

-**D**iscúlpeme, pero ¿quién es Ariadne Oliver? —preguntó el alférez, desorientado.

—Un personaje de ficción creado por Agatha —aclaró Gala—. En realidad, mi personaje preferido.

—Perdone mi ignorancia —se excusó Arce—, pero más allá de Poirot y la señorita Marple, me temo que mis conocimientos sobre las novelas de Agatha Christie son más bien discretos. Y eso gracias a las series de televisión. Este trabajo no te deja mucho tiempo para leer.

—¿Por qué ese personaje es el nexo entre ambas novelas y los dos crímenes? —intervino el sargento, aportando a la charla una visión práctica.

Eso era lo que Gala creía, pero era consciente de cómo debía de sonarles todo aquello a los dos hombres que tenía enfrente, y más aún al cabo, que, perplejo, miraba al teclado y a la pantalla del ordenador sin saber bien si debía o no escribir lo que acababa de escuchar. Pero como la suerte ya estaba echada, la escritora no se arrugó y defendió su teoría. Explicó que Ariadne era una escritora de novelas detectivescas, una especie de álgter ego de la propia Agatha. Añadió que le parecía el personaje más entrañable, el más logrado, y que precisamente su primera aparición tenía lugar en *Cartas sobre la mesa*, la obra en la que, según su hipótesis, se había inspirado el asesino de Winchester para acabar con la vida del profesor Lloyd. Ariadne, recordó, era una mujer de estatura y compleción similares a Agatha, tímida igual que la novelista, desconfiada como ella, alérgica a las reuniones sociales, devoradora de manzanas como su creadora y ferviente defensora de la intuición femenina. De hecho, Ariadne creía que, si Scotland Yard estuviera dirigida por una mujer, las cosas irían mucho mejor.

Como siempre que hablaba del personaje, Gala se entusiasmó y se arrancó con una lección magistral sobre Ariadne. Que si creó a un detective finlandés que era su Poirot particular, que si llegó a aborrecerlo igual que le ocurrió a Agatha con el detective belga y al que, como ella, terminó por matar...

—Disculpe, pero ¿podríamos regresar al mundo real? —la interrumpió el sargento bruscamente.

Abochornada, Gala pidió disculpas.

—No pasa nada —intervino el alférez, tranquilizador—, pero comprenderá que lo que nos ocupa no es un crimen de novela. Tenemos un asesinato real que resolver.

—Lo entiendo, pero lo que quiero decirles es que me parece sorprendente que un personaje como Ariadne, que únicamente aparece en ocho de las ochenta novelas que Agatha escribió, esté presente precisamente en las dos que el asesino eligió como inspiración para acabar con Lloyd y con Mercedes —observó la escritora.

—¿El asesino? —Al alférez no se le había pasado por alto el detalle del singular empleado por Gala—. ¿Quiere decir que cree que la misma persona que mató a ese profesor inglés es la que ha asesinado a la señora Sádaba?

—No me cabe la menor duda —respondió Gala con aplomo.

—Eso significa... —Pardo dejó la frase en el aire.

—Que la persona que mató al profesor está hospedada en el parador, con nosotros.

—Imagino que se hará cargo de que todo eso resulta difícil de creer —comentó Pardo, y miró de reojo al alférez.

Lázaro Arce se pasó la mano por la barba de varios días, arrancando un sonido semejante al de una gruesa lija.

—Ocho novelas, dice usted —continuó al cabo de unos segundos de reflexión.

—Así es.

—Si su teoría es cierta —comentó el alférez—, aún hay seis maneras más de matar que su asesino no ha puesto en práctica. Si sigue el orden...

—Si sigue el orden, la siguiente víctima será estrangulada con una cuerda, como le sucedió a la niña Marlene Tucker en *El templo de Nasse House*.

—Discúlpeme, mi alférez, pero esto me parece absurdo —afirmó Pardo con una sonrisa burlona en los labios.

—La verdad es que sí —coincidió el alférez—. Pero si se le ocurre otra cosa, sargento, la estudiaré con todo el cariño.

Pardo acusó el golpe. No tenía la costumbre de ser insolente ni tampoco lo había pretendido en aquella ocasión. Simplemente, era un buen hombre fatigado tras enfrentarse durante años a las miserias humanas, que le parecían muchas, y al que ahora se exigía el esfuerzo de imaginarse formando parte de una novela detectivesca. Porque a eso era a donde conducía el razonamiento de Gala, a tratar de ponerse en la mente de un psicópata que estaba escribiendo una novela con sangre. Como Agatha.

—Admitamos que está usted en lo cierto —dijo el alférez, fijando su mirada en la escritora—. Cuéntenos cómo cree usted que ocurrió el crimen de Winchester si, según tengo entendido, ustedes estaban en esa otra ciudad... —miró los papeles que tenía sobre la mesa, porque la memoria daba para lo que daba—, Torquay.

—Ese es un eslabón que aún tengo que encontrar —admitió Gala, resignada.

—Bien, vamos a darle la vuelta al razonamiento —propuso el alférez—. ¿Quién cree usted que pudo matar a la señora Sádaba? Dado que sería el mismo que acabó con la vida de ese profesor inglés, con identificar a nuestro asesino tendremos también a la persona que busca Scotland Yard.

Gala lanzó una mirada de admiración a Arce. Aquel joven no solo era un hombre con la cintura suficiente como para escuchar sin apenas pestañear una teoría tan desconcertante como la que ella había expuesto, sino que exhibía una agilidad mental y una agudeza muy de su agrado. Sin apenas darse cuenta, comenzó a pensar en él como un personaje digno de una novela negra. Lástima que ella no cultivara ese género.

—La verdad es que se me ocurren varios candidatos —aseguró Gala bajando el tono de su voz.

El sargento arqueó una ceja. El alférez guardó silencio, expectante.

La mujer hizo un resumen bastante prolijo de los incidentes que habían tenido lugar durante el viaje a Torquay, sobre los cuales había reflexionado largamente en las últimas semanas, mientras molía en su cabeza su teoría. Comenzó su exposición mencionando a Luis Gonzalvo y reconstruyó con bastante precisión las diversas discusiones que el escritor sostuvo con Mercedes en el barco. Aludió también al malhumor con que el escritor ridiculizó, para enojo de casi todos, a Hércules Poirot, de quien dijo que era una pálida copia de Sherlock Holmes, al tiempo que criticaba el secretismo con el que la editorial manejaba el contenido del libro de Hernán.

—Después hubo otro detalle que me pareció curioso —añadió Gala, pensativa—. Durante la presentación del libro, me sorprendió que Luis abandonara la sala discretamente tras la intervención del doctor Velarde en la que expresó su discrepancia con el contenido de la obra y anunció que poseía un cuaderno de Agatha Christie que avalaba sus palabras.

El alférez y el sargento cruzaron una mirada. El sargento asintió y anotó el nombre del escritor.

—¿Es el único candidato? —sondeó Arce— ¿Qué nos dice de la secretaria?

—¿Lo dice por el lío que tiene con Santos? —Gala sonrió. Alabó en silencio la discreción de Lázaro Arce, que había tenido el buen gusto de no mencionar el asunto de los cuernos—. La verdad es que las miradas que se cruzaron una y otra durante todo el viaje daban miedo —reconoció Gala—. Incluso tuvieron una pelea en la cubierta del barco que yo misma pude ver y de la que Mercedes salió malparada, con una herida en la mano.

—¿Una herida? —El sargento simuló desconocer el dato, a pesar de la vehemencia con la que Sandra Abarca lo había expuesto en aquella misma sala casi dos horas antes.

—Sí, Mercedes dijo que Irma le había cortado con el vaso que tenía. —Y añadió una confidencia—: Mercedes era aficionada al gin tonic.

—Y dice que usted las vio discutir... ¿Pudo ver a la secretaria agredir a Mercedes? —preguntó el alférez.

—En realidad, no —reconoció Gala, pensativa—. Yo estaba con mi perro en la cubierta del barco, escuché las voces y me acerqué. Creo que ellas no me vieron, pero no puedo asegurar que Irma hiriera a Mercedes, aunque eso fue lo que ella contó al día siguiente a todo el mundo.

—Entiendo —dijo Arce, lacónico.

—Y luego está lo de anoche. Anoche, Santos, Mercedes e Irma tuvieron una fuerte discusión en un salón del parador. Mi marido y yo lo escuchamos todo por pura casualidad —aclaró, no fueran a tomarla por una cotilla—. Resulta que, tras la cena, nos sentamos a disfrutar de un café en una galería muy coqueta que hay junto a la salida a la terraza. Ya la habrán visto ustedes también, la que tiene una pequeña ventana que da al salón donde se produjo la riña. Mercedes aseguró que iba a despedirla e Irma le dijo que una de las dos sobraba y que antes de que la despidiera se iría ella.

—De manera que Luis Gonzalvo e Irma Cañadas mostraron serias diferencias, por uno u otro motivo, con la víctima —resumió el alférez.

—Y no me olvido de Edgar y Sandra —deslizó Gala.

—¿Qué sucede con ellos?

La escritora relató la conversación que ella y Arturo escucharon, también por azar, en los jardines del Imperial Hotel.

—Sandra y Edgar discutían. Ella le reprochaba que no fuera capaz de doblegar la voluntad de sus padres, que se negaban a entregarle el control de la empresa mientras hacía todo el trabajo. Edgar se defendió preguntándole a su mujer si no le parecía suficiente con lo que había hecho el día anterior.

—¿A qué se refería? —preguntó el alférez—. ¿Qué había ocurrido el día anterior?

—No lo sé —reconoció Gala—. Lo que es seguro es que el día anterior fue cuando se produjo el crimen de Winchester, según recogió la prensa. —Aguardó un instante antes de añadir un dato que sabía que podía ser comprometedor—. A todo eso, unánime la conversación que mi marido escuchó accidentalmente durante el viaje de regreso en el barco. Santos y Hernán se encontraron en el pasillo y se acusaron mutuamente de la muerte del profesor Lloyd, al que calificaron como «amigo».

El cuerpo del alférez se tensó involuntariamente al escuchar aquello.

—¿Está segura de lo que dice? —preguntó.

—Mi marido se lo podrá confirmar —respondió Gala—. Además, hace un rato me acabo de enterar por Paco de que Lloyd no solo coincidió con Hernán y los demás en la universidad de Salamanca, sino que su propio padre conoció personalmente a Agatha.

El alférez se concedió unos segundos para atar cabos en silencio. El profesor Lloyd era un incómodo adversario intelectual para el libro en el que la editorial había invertido tanto dinero. Si lo que en él se decía era refutado por un especialista como Lloyd, las ventas se resentirían.

—Un asesinato imitando a Agatha podía ser una publicidad magnífica para el libro —sugirió Gala, que parecía haber escuchado los pensamientos de Arce.

El alférez desvió la mirada hacia la ventana. Seguía lloviendo con furia. ¿Sería posible que Edgar hubiera asesinado a su madre con la intención de hacerse con el control de la empresa familiar instigado por su mujer?

—El que parecía tener claro en aquel viaje que había infinidad de móviles para cometer un crimen era el doctor —recordó Gala.

—¿A qué se refiere? —El alférez apartó la mirada de la ventana.

—Bueno, el señor Velarde es un hombre bastante peculiar —dijo Gala con tiento—, y sorprendente. —Los guardias civiles la escuchaban con atención—. El caso es que en el barco nos preguntó a todos qué tipo de crimen cometeríamos si nos dieran a elegir. Al ver la cara de asombro que pusimos, se apresuró a aclarar que se refería a cuál de los ideados por Agatha Christie preferíamos. Opinó que la vida no es tan diferente a las novelas y nos hizo ver con otros ojos cómo estaban las cosas en la editorial. Mencionó lo insostenible que resultaba que una empresa en dificultades económicas se permitiera el lujo de organizar una costosa presentación como aquella, algo que a Santos no le hacía la menor gracia, pero que era un capricho de Mercedes. Y no olvidó mencionar los celos que esta tenía de Irma ni la actitud despechada de Luis Gonzalvo ante el trato

que su editora le dispensaba, e incluso... —Gala hizo un alto, tragó saliva y se sonrojó—, incluso dijo que yo podía tener envidia de cómo cuidaban el libro de Hernán en comparación con los míos. —Gala creyó advertir una sonrisa en los ojos del alférez, aunque no en sus labios—. Recuerdo —prosiguió, un tanto arrepentida por haber recordado aquel comentario del doctor— que aseguró que en una novela policiaca tal vez sería Santos quien instigaría a Irma a cometer un crimen que a él le resultaría provechoso, pero del cual saldría impune. Y luego fantaseó con la idea de que, tras haberse quitado de en medio a su esposa, su siguiente maniobra sería abandonar a Irma a su suerte.

—¡Vaya con el médico! —exclamó el sargento.

—Imaginación no le falta —opinó el alférez.

—Sí, pero no sabemos mucho más que antes —consideró Pardo—. Los sospechosos son los mismos y desconocemos cómo se pudo cometer el crimen de Winchester si todo el mundo estaba en Torquay.

—Todos no —recordó Arce clavando sus ojos negros en Gala—. Usted y su marido no fueron a Torquay directamente, sino que pasaron una noche en Winchester, precisamente la noche en la que mataron al tal Colin Lloyd.

—¡Santo Dios! ¿Cómo cree que yo...? ¡Por supuesto que no! —exclamó Gala escandalizada.

—Si jugamos a esto, jugaremos todos y con las reglas del género —advirtió el alférez con calma—. El asesino puede ser cualquiera de los que ocupan las diez habitaciones que el doctor ha reservado. Y usted y su marido tienen más papeletas que los demás para ser sospechosos de lo ocurrido en Winchester.

—Pero nosotros no conocíamos al profesor Lloyd —argumentó Gala con la voz quebrada.

—Eso es lo que usted dice —atacó el sargento—. Los muertos no pueden confirmar las versiones de los vivos.

—Le aseguro que jamás había oído hablar de ese hombre —aseguró la escritora—. En cambio, sí lo conocían los demás, de los años de universidad.

—Comprenda que tenemos que valorar todas las posibilidades —explicó el alférez.

Gala, pálida y muda, no encontró respuesta ni defensa. El sargento consultó su reloj. Eran más de las dos de la tarde y los pellizcos del hambre regresaron a su estómago. Afortunadamente, el alférez se levantó e invitó a Gala a salir del despacho, no sin antes recordarle que hablarían con Arturo tras la comida. Gala asintió sin acertar a despedirse. Se sentía avergonzada y preocupada, porque hasta ese instante nunca se había parado a pensar que, en efecto, era una sospechosa bastante creíble. Nadie había estado más cerca del lugar del crimen en Winchester que ella y Arturo, y fue consciente de que ahora tenía un motivo más para investigar lo ocurrido. El juego había cambiado. No se trataba de encontrar a un culpable, sino de demostrar su inocencia.

Arce y Pardo sortearon la invitación del sargento Iglesias para comer con su familia. No querían incomodar, se excusó el alférez un tanto azorado. Iglesias no insistió. Tal vez, intuyó Arce, el sargento había hecho la oferta con la boca pequeña, sin consultar a su mujer. Y eso le hizo pensar en la suya.

—Sargento, deme un minuto, que voy a llamar a casa —anunció.

—Pues ahora que lo dice, mi alférez... —comentó Pardo sacando del bolsillo su teléfono móvil.

Minutos después, los dos tomaron asiento ante una mesa de un coqueto restaurante local cuyo menú del día se ajustaba a las posibilidades económicas de la Benemérita. Arce miró a su alrededor y le gustó lo que vio. Tenía debilidad por el ambiente rural, tal vez por haber nacido y vivido buena parte de su vida en ciudad. La piedra y la madera se antojaban aquel día lluvioso más cálidas aún.

—¿Qué edad tienen ya sus hijos? —preguntó Arce. Pardo parecía distraído, meditabundo.

—Catorce y dieciséis —respondió el sargento.

—Una edad difícil —opinó el alférez.

—Una edad muy jodida —precisó Pardo.

—¿Algún problema?

—Todos los del mundo —se sinceró el sargento—. Mi mujer me acaba de decir que ha discutido con ellos. —Levantó la mirada del mantel—. Hasta el mayor, que era más formal, se nos está torciendo.

—¿Tan grave es?

—Grave no —admitió—, pero ya sabe cómo son a esa edad. No hay quien les tosa. A nada que les dices, te llaman fascista, opresor y cosas así.

—¿No llevan bien lo de tener un guardia civil como padre? —indagó Arce con tiento.

—De pequeños les gustaba presumir ante sus amigos —recordó Pardo, nostálgico—. Y ahora, ya ve.

—¿Y si nos tuteamos, al menos mientras comemos? —propuso el alférez—. Si no, se me va a hacer difícil disfrutar de las alubias.

El sargento esbozó una sonrisa y se mostró agradecido por aquella confianza.

—¿Qué edad tiene tu hija?

—Siete años —respondió Arce—. Toda una princesita. Pero me da un miedo de la hostia el mundo que hay ahí fuera, Francisco. Cada vez que sale de casa...

—Te comprendo. Pero, a pesar de todo, yo habría preferido hijas —confesó Pardo—. Los chavales son unos cafres.

Comieron en silencio las alubias y solo después del segundo plato —merluza a la vizcaína— el alférez buscó la opinión del sargento.

—¿Qué te ha parecido esa historia de Agatha Christie?

Pardo meneó la cabeza. Parecía indeciso.

—No sé —dijo tras meditar la respuesta—. Esa mujer, la muerta, tenía el enemigo en casa: su propio marido y su hijo. Por no hablar de la nuera y la secretaria. Todos ellos tendrían motivo para quitársela de en medio sin necesidad de recurrir a ese teatrillo de novela detectivesca, pero... —El sargento vaciló. Temía cómo sonaría la siguiente frase. El alférez leyó el pensamiento de Pardo y salió en su ayuda.

—Pero hay algo en todo lo que nos ha dicho esa escritora que te inquieta, porque te parece posible. —El sargento asintió—. Y a mí también —reveló Arce—. Antes de venir a comer le he dado tarea a Lastra. Le he pedido que busque en Internet información sobre la muerte de ese profesor inglés, y también he llamado a mi capitán para que mencione el caso ante quien corresponda en Madrid, a ver qué dice la Interpol.

—Lázaro —dijo Pardo con cierta timidez; era evidente que el tuteo le costaba horrores—, ¿tú has leído alguna novela de Agatha Christie?

—Un par de ellas, cuando era joven —respondió el alférez—. Y he visto alguna adaptación en televisión. ¿Y tú?

—De chaval, hace mucho tiempo, leí alguno de esos libros. —Se quedó pensativo.

—¿Y? ¿Qué pasa?

—Que todos ellos tenían algo en común —aseguró el sargento.

—¿A qué te refieres?

—Pues a que en todas esas novelas la policía siempre parece idiota y acaba resolviendo el caso un aficionado.

—Entonces intentaremos cambiar al menos ese final —dijo el alférez, sonriente—. Además, si no recuerdo mal, Hércules Poirot era un policía jubilado, de manera que era uno de los nuestros.

Cuando entraron en su habitación dispuestos a asearse antes de bajar al comedor, Arturo estaba rumiando en silencio una idea. Le había costado caer en la cuenta, porque lo primero que tuvo que hacer al ver la cara desencajada de su mujer tras responder a las preguntas de la Guardia Civil fue intentar calmarla. Cobijados bajo un paraguas, habían regresado al parador, y durante el trayecto escuchó atentamente lo que Gala le contó y las conclusiones a las que parecía haber llegado el alférez.

—Hombre, la verdad es que, si lo miras como tiene la obligación de hacer él, no le faltan razones para sospechar de nosotros. —Comentó Arturo intentando parecer despreocupado—. Es cierto que estábamos en Winchester cuando mataron al profesor Lloyd, mientras que los demás andaban a más de doscientos kilómetros de distancia.

Gala protestó, asegurando que era absurdo que alguien pudiera creer que ellos tenían algún interés en ver muerta a Mercedes. Ni siquiera la estúpida teoría del doctor

Velarde a propósito de que ella tuviera celos del modo en que se promocionaba la novela de Hernán servía para creer semejante disparate.

—¿No les sería más útil emplearse en descubrir a qué vino la conversación entre Hernán y Santos que tú escuchaste en el barco?

—Imagino que la tendrán en cuenta, pero están en la obligación de contemplar todas las posibilidades —le hizo ver Arturo—. Aunque esa sería demasiado evidente, impropia de un relato de Agatha. Y aquí, a pesar de que la Guardia Civil no termine de creerlo, estamos jugando a eso. Alguien está jugando a eso, como tú bien les dijiste.

—Pues me temo que tendremos que salir de esta por nuestros propios medios —auguró Gala, que parecía haberse recuperado del impacto que el comentario del alférez le había causado.

—Si el asesino o asesina intenta emular a Agatha, pongámonos a su altura y pensemos como lo haría Poirot —propuso Arturo cuando estaban a punto de bajar al comedor.

—¡Poirot! ¡Ja! —se burló Gala—. ¿Qué crees que haría tu admirado hombrecillo?

—Para empezar, despreciar las pistas evidentes y prestar atención a detalles insignificantes pero que pueden ser vitales —respondió Arturo, solemne—. Y nuestra estancia en Winchester es una pista demasiado obvia como para que él la tomara en cuenta.

—La Guardia Civil no parece estar muy de acuerdo en eso —recordó Gala.

—Scotland Yard también solía burlarse de Poirot y luego acababa echándose en sus brazos —se defendió Arturo.

—Está bien. ¿Por dónde empezamos?

—Tu teoría sobre que el asesino o asesina se ha basado para cometer sus crímenes en las novelas favoritas de las víctimas hemos visto que flaqueaba en el caso de Lloyd, puesto que, aunque había ingredientes que parecían sacados de *La muerte de lord Edgware*, su libro predilecto, en realidad la escena del crimen se parecía mucho más a la que se describe en *Cartas sobre la mesa* a propósito de la muerte de Shaitana. Y definitivamente falla la teoría en lo concerniente a Mercedes, a quien han asesinado como a la señora McGinty y no imitando los crímenes que se recogen en la novela que más estimaba, *El templo de Nasse House*.

—Dime algo que no se me haya ocurrido a mí —dijo Gala irónica.

—Espera, mujer —protestó Arturo—. Aciertas en cambio al recordar que tanto en *Cartas sobre la mesa* como en *La señora McGinty* aparece tu querida Ariadne Oliver, pero olvidas que también Poirot está presente en las dos.

—¡Hombre, faltaría más! —exclamó Gala—. Poirot aparece en decenas de títulos de Agatha, mientras que Ariadne solo está presente en ocho. Creo que es más significativo, ¿no?

—Puede —dijo Arturo, pensativo.

—Venga, no me dejes a medias. ¿Qué te ronda por la cabeza?

Arturo se pasó la mano por el mostacho, indeciso.

—Tenemos que averiguar qué pasó en el hotel de Torquay hasta que nosotros llegamos —sugirió—. La distancia entre Torquay y Winchester se puede cubrir en tres horas en coche. De modo que alguien pudo escabullirse del Imperial Hotel, asesinar a Colin Lloyd y regresar empleando en su plan alrededor de seis horas.

Gala miró a su marido admirada. Sí, era posible. Lloyd había muerto alrededor de las nueve de la noche y la expedición de Octubre Ediciones había llegado a Torquay sobre las tres de la tarde. Los márgenes de tiempo eran estrechos, pero era posible. A la vez, aquella teoría provocó en ella cierta desazón, como si se le estuviera escapando un detalle de vital importancia, pero que no lograba recordar.

—De acuerdo —concedió Gala—. Pero ¿a quién crees que debemos preguntar? ¿Quién nos puede decir qué pasó en el hotel mientras nosotros no estábamos?

—Yo he pensado en esos dos periodistas —respondió Arturo—, en Parrado y en el otro joven, el barrigudo.

—¿Gerardo Zorita?

—Sí, ese. Yo no creo que ninguno de ellos tenga nada que ver con estas muertes. En cambio, me parece que aciertas al relacionar los asesinatos de Lloyd y de Mercedes, que hay alguna conexión entre ambos, y esa conexión tiene que ser...

—El Club de los Detectives —dijo Gala en tono cómplice.
—Por lo tanto...
—Por lo tanto, tenemos que saber qué hicieron Santos, Paco, Hernán y el doctor durante aquellas horas —propuso la escritora—. Uno de ellos tiene que ser el culpable.
—Aunque también puede parecer muy evidente —reflexionó Arturo.
—Recojamos datos primero —sugirió Gala— y confeccionemos la teoría después. A lo mejor hay algo que se nos está escapando. Vayamos con calma.
—También está María, la amiguita de Hernán —recordó Arturo.
—Con ella yo iría con tiento —advirtió Gala—. Está a partir un piñón con Hernán.
—¿Tanto como para colaborar en un crimen?
—Tanto como para lograr una exclusiva —respondió ella, siempre desconfiada con la prensa.
—Claro que también están Edgar, Sandra y Luis Gonzalvo —hizo memoria Arturo.
—Esperemos que ninguno de ellos le dé la razón a Ariadne Oliver, que solía decir que lo que importaba en una trama detectivesca era que hubiera muchos cadáveres. Mejor será que tengas razón tú y que el nexo entre los dos crímenes sea Poirot y no ella, porque Oliver sostenía que, en caso de que la acción decayese, un poco de sangre la volvía a reanimar.

V

El curso académico había entrado en su recta final cuando Colin Lloyd apareció una tarde en la tertulia con un bulto envuelto en papel de estraza. Había sido el último en llegar y disfrutó al ver el signo de interrogación pintado en cada uno de aquellos rostros. Puso el paquete sobre la mesa y se tomó su tiempo para abrirlo. De hecho, no lo hizo hasta que el camarero le llevó su habitual ración de güisqui. Solo tras el primer trago, no sin antes haber esquivado las preguntas del grupo sobre lo que contenía el envoltorio, se dignó abrirlo. Al cabo de unos segundos, la mustia luz del atardecer hizo brillar levemente la parte superior de una calavera de mármol.

—Os presento a Eric —dijo Lloyd, solemne.

—¿Eric? ¿Qué coño quieres decir con Eric? —inquirió Gaspar.

Las miradas del grupo iban de la calavera a Lloyd, como si fueran espectadores de un partido de tenis que se esforzaban por seguir las andanzas de una pelota invisible. ¿Quién era Eric? Además, ni siquiera se trataba de una calavera auténtica, sino de una de mármol, de las que se vendían en las tiendas de recuerdos para turistas, porque cualquiera sabía que lo que Lloyd había puesto sobre la mesa era una réplica de buen tamaño de la popular calavera que tiene una rana sobre ella y que los turistas se esfuerzan por localizar entre la decoración plateresca de la portada de la Universidad de Salamanca. El simbolismo de aquella iconografía se prestaba a todo tipo de interpretaciones, olvidando muchas veces quienes buscaban la rana que había mucho más que admirar en aquel conjunto ornamental.

—Si pretendes burlarte de nosotros, no le veo la gracia —advirtió Santos—. Y si no has encontrado aún la puta rana después de llevar aquí casi un curso entero, no te preocupes, que te digo cómo descubrirla.

Lloyd sonrió burlón y se echó al colete otra ración del contenido de su vaso. A continuación, sin prisa, se pasó la mano por su pelo, lacio y pelirrojo, y se apartó el flequillo.

—Qué rana ni qué rana —dijo—. Este es Eric, *nuestro* Eric —añadió subrayando el pronombre posesivo.

Los estudiantes se miraron sin comprender.

—¿Tiene que ver con Agatha? —sondeó Gaspar.

—¡Exacto! —aseguró el inglés, señalando con el dedo índice al estudiante de Medicina, como si hubiera resultado ganador de algún concurso televisivo.

Fue entonces cuando les habló por vez primera del Detection Club, una especie de asociación fundada en 1922 que agrupaba a varios famosos escritores de novelas de detectives y del que Agatha era presidenta en esos momentos.

—¿Y qué tiene que ver la calavera con ese club? —quiso saber Mercedes, que miraba el cráneo con aprensión a pesar de no ser auténtico.

—¡Ah! Ahí está la gracia de lo que se me ha ocurrido —anunció Lloyd—. Veréis, Sayers se sacó de la manga una ceremonia de iniciación a la que debían someterse todos los nuevos miembros del club. Por lo que he leído, se ataviaban con túnicas o algo parecido, se reunían a la luz de las velas y juraban sobre una calavera, a la que llamaban Eric, que cumplirían las normas de aquel selecto círculo.

—¿Qué normas? —preguntó Paco.

—Tenían que ver con el oficio de escritor de novelas de detectives. Tampoco las recuerdo todas —aclaró Lloyd—, pero básicamente se trataba de respetar cierto código ético, como jugar limpio con el lector no ocultándole pistas a lo largo de la narración, evitar que la solución final dependiera de un golpe de intuición o cosas así, no dar cabida en los relatos a los fantasmas o espíritus y, naturalmente, no copiar las ideas que ninguno de ellos pudiera confiar al resto durante las reuniones.

—¿Y eso qué tiene que ver con nosotros? —consultó Paco, receloso—. Es que no le veo el sentido.

—Pues es bien simple —respondió Lloyd—: vamos a crear nuestro particular Club de los Detectives.

El Club de los Detectives se fundó oficialmente en el piso de alquiler que ocupaba Colin Lloyd y la solemne ceremonia tuvo lugar a las doce de la noche de un cálido día de primavera. De alguna parte que no explicó, Lloyd había sacado unas túnicas oscuras que el inglés propuso lucir para la ocasión, oferta que los demás rechazaron por parecerles excesiva. La luz de las velas y el impostado tono de voz que eligió Lloyd lograron convertir aquella charada en algo muy importante para todos ellos.

Tras jurar fielmente cumplir las normas del club, que realmente se reducían a honrar la memoria de Agatha Christie, se procedió a la elección de presidente de la cofradía, cargo que recayó en Mercedes sin necesidad de votación alguna. Los caballeros consideraron oportuno tener semejante gesto con la única dama y a ella no le pareció mal sentirse mimada y ser el centro de atención. Mientras no hubiera otra mujer que pudiera pisar su territorio —es decir, coquetear con Santos—, Mercedes era una chica soportable. Su problema eran los celos, pero en aquel microcosmos casi íntegramente masculino estaba a salvo de padecerlos.

Igualmente, se estableció la costumbre de leer en voz alta algún capítulo de una novela que, de forma rotatoria, elegían para posteriormente debatirlo. Más allá de Agatha, no existía otra cosa en su pequeño mundo de cada jueves. En ocasiones hicieron pormenorizados estudios sobre los diferentes métodos de asesinato que su particular diosa había utilizado en sus novelas. El escrutinio por separado les hizo convergir a todos en el veneno como arma favorita de la Reina del Crimen. Ya fuera por vía oral —las más de las veces— como por otros conductos, para Agatha no había método más literario para liquidar a alguien que la estricnina, el cianuro, el talio, la infección por ántrax o una enfermedad tropical convenientemente inoculada. Incluso a su álgido alter ego, Ariadne Oliver, le hizo decir en *Cartas sobre la mesa* que sus lectores preferían venenos que no dejaban huella.

En otras ocasiones, el club se entregaba a catalogar los escenarios que la novelista había elegido para sus tramas: trenes, barcos, casas eduardianas, hoteles... O los móviles principales de los crímenes: dinero, el robo que se complica y obliga a eliminar a algún testigo, el miedo por que se descubra algún hecho delictivo antiguo que el afectado no pueda permitirse que salga a la luz, los celos, la venganza... Pero si en algo estaban de acuerdo, si existía un tema de conversación que a todos apasionaba por igual, era Hércules Poirot.

—Sin el menor género de dudas, la creación literaria más extraordinaria de todos los tiempos —juzgó una tarde Lloyd.

—Ni siquiera Sherlock está a su altura —opinó Hernán, eufórico.

En los rostros del resto del grupo se advirtió la duda. Si la propia Agatha se confesaba devota del detective de Baker Street, sería por algo. No obstante, como sucede entre los fanáticos religiosos —y ellos lo parecían—, nadie se atrevió a decir lo contrario.

—Pues os voy a contar algo que muy poca gente sabe —intervino Lloyd de nuevo—. Agatha le confesó hace un tiempo a mi padre que hace años que tiene escrito el final de Poirot, pero no piensa publicarlo aún. Tal vez aparezca cuando ella muera.

Naturalmente, aquella revelación provocó el escándalo entre los socios de tan extravagante congregación.

—¡Imposible! —exclamó Santos—. Que muera Hastings, que parece imbécil muchas veces, tiene un pase, pero Poirot...

—Pues hasta donde yo sé, el que vive para contarlo es Hastings —hurgó en la herida Lloyd.

—Simplemente, no me lo creo —zanjó el asunto Santos, enfurruñado.

Durante unos segundos compartieron un incomodísimo silencio. Cada cual parecía estar masticando aquella inesperada información y no lograba digerirla. Al cabo de un rato, fue Gaspar quien se atrevió a profundizar en la cuestión.

—¿Y sabes algo más? ¿Cómo...? —Dudó—. Quiero decir, ¿cómo muere?

—No tengo ni idea —admitió Lloyd—. Lo único que Agatha le confió a mi padre es que los dos, Poirot y Hastings, regresan a Styles, donde todo comenzó, y será allí donde ocurra.

—¡Styles! —se admiró Paco.

—No podía ser en otro lugar —murmuró Gaspar.

«El intenso interés que despertó en el público lo que fue conocido en su tiempo como "el caso de Styles" se ha apagado algo. Sin embargo, en vista de la resonancia mundial que tuvo, mi amigo Poirot y la propia familia me han pedido que escriba una relación de todo lo ocurrido». Todos ellos recordaban las primeras frases de la ópera prima de Agatha, las que servían como introducción a la narración del capitán Hastings, que debutaba cumpliendo la función de notario que tan famoso había hecho a Watson en las aventuras de Sherlock Holmes.

—Pero eso es absurdo —protestó Mercedes, poniéndose de parte de su novio—. Poirot no puede morir.

Lloyd alzó una ceja y miró a la flamante presidenta del Club de los Detectives.

—¿Y Agatha? ¿Y si muere Agatha? —Les hizo notar Lloyd—. ¿No será mejor que sea ella quien diseñe el final de Poirot y no un desconocido en un pastiche cualquiera?

Los muchachos se revolviéron inquietos en los asientos. No les gustaba el curso que había tomado aquella conversación. Tal vez porque a su edad no se piensa en la muerte, ninguno había contemplado la posibilidad de que un día Agatha Christie pudiera morir.

6

El ambiente en el comedor del parador en nada recordaba a la cena de la noche anterior, salvo en la expresión grave de los comensales. No se había dispuesto una única mesa presidida por el anfitrión ni tampoco estaban presentes todos los convidados. En la mesa más alejada de la puerta de entrada, Pedro Pablo Parrado y Gerardo Zorita daban buena cuenta de una botella de vino, ayudándose así a empujar un contundente cocido de la tierra. El rostro sonrosado de los periodistas contrastaba con la piel blanca de María y la expresión grave de Hernán, sentados en una mesa vecina. El resto del comedor estaba vacío. La familia de Mercedes no había regresado aún de Santander, dedujo Gala, y tampoco estaban Gaspar y Luis Gonzalvo, últimamente tan unidos. Paco y Encarnación, por su parte, hicieron su aparición poco después, cuando Gala ya había solicitado a los dos acalorados periodistas si podían compartir su mesa, y Parrado, tras limpiarse los labios con la servilleta y dejarla pringada, había respondido que sería un honor.

—Les recomiendo el cocido —aconsejó Zorita al matrimonio—. Hacía tiempo que no comía algo así.

Arturo estudió el puchero en el que se presentaba el guiso y lo que vio le pareció irresistible. Gala tuvo que reprimir una sonrisa. A la vista de la poderosa barriga del periodista, no le parecía que Zorita llevase tanto tiempo sin llenarla con combustibles similares; en cuanto a Arturo, no le cabía la menor duda de que se zambulliría en una marmita como aquella con deleite.

—Les haremos caso —dijo la escritora.

En la mesa vecina, María se llevaba a la boca diminutas cantidades de ensalada. Parecía abstraída, a mil kilómetros de distancia de Hernán, sentado frente a ella y concentrado en cortar el solomillo con salsa de queso de Cabrales que se estaba regalando.

—Parece que se acabó la luna de miel entre esos dos —comentó Zorita.

—La cosa viene de atrás —opinó Parrado—. Desde Torquay.

Gala miró de reojo a su marido. Arturo comprendió lo que pretendía su mujer al sentarse a la mesa junto con los periodistas. Se les ofrecía una ocasión excelente para indagar sobre lo ocurrido en el Imperial Hotel antes de que ellos hubieran llegado desde Winchester.

—¿A qué se refiere? —tanteó la escritora, aparentando menos interés del que realmente tenía.

—Hombre, pues verá, yo a estos dos les hacía retozando en la cama nada más llegar a Torquay —comentó el periodista bajando la voz—, y eso creí que había ocurrido hasta que lo vi llegar solo al hotel alrededor de la una de la madrugada.

—¿Solo? ¿A la una? —La cuchara que Arturo sostenía repleta de cocido se había detenido a unos centímetros de su boca—. ¿Habló con él?

—No, yo no —respondió Parrado—. Fue Mercedes —su rostro se ensombreció por unos instantes al recordar cómo había intentado llevársela a la cama—, quiero decir, la difunta Mercedes Sádaba, la que habló con él. Hernán aseguró que regresaba de dar un paseo.

—Debió de ser un paseo largo para volver tan tarde —opinó Mercedes.

El periodista se encogió de hombros.

—¿Le vieron durante la tarde? —preguntó Arturo.

Los dos periodistas intercambiaron una mirada y menearon la cabeza.

—La verdad es que no —aseguró Parrado.

—¿Y a los demás? ¿Vieron a los demás aquella tarde? —preguntó Gala con estudiado desinterés.

—¿No estaban ustedes allí? —se extrañó Zorita.

—No, no —respondió Arturo—. ¿No recuerdan que fuimos en nuestro coche y nos quedamos en Winchester?

—¡Coño! —exclamó Zorita—. Donde mataron a aquel tipo, al profesor.

—Pues, la verdad, yo solo coincidí con Mercedes en el bar y con Velarde. —Se volvió hacia su colega—. Gerardo, ¿recuerdas la que montó el doctor en el bar al chocar con aquella camarera?

Zorita rio con ganas y el trago de vino que acababa de dar se le fue por mal sitio, lo que tuvo la inmediata consecuencia de que su rostro alcanzó unas tonalidades de rojo insólitas.

—¿Qué fue lo que pasó? —se interesó Arturo mientras Parrado daba vigorosos golpes en la espalda de su colega.

—Pues que el médico tropezó con una camarera y la lio buena —explicó Parrado—. Se convirtió en el foco de atención de todo el bar. Nosotros dos estábamos tomando unas copas con la difunta Mercedes, pero él no nos hizo ni caso. Se fue a cenar solito a una mesa alejada y no nos dijo ni palabra.

—¿A qué hora ocurrió eso? —preguntó Gala.

—No sé, pues a la hora de cenar —replicó el periodista, extrañado—. ¿A qué viene ese interés?

—A nada —repuso Gala—. Curiosidad de escritora, supongo.

Zorita, que había recuperado el color que imprimen el vino y el cocido sin que pareciera a punto de morir, acotó más el margen horario.

—Alrededor de las diez, más o menos —precisó.

Arturo y Gala cruzaron una mirada cómplice. De ser así, ni el doctor ni Mercedes pudieron asesinar a Colin Lloyd. En cambio, Hernán parecía haber estado desaparecido. O quizá no, reflexionó Gala. El hecho de que Parrado lo viera llegar al hotel a la una de la madrugada no significaba que hubiera estado ausente de Torquay toda la tarde. La escritora lanzó una mirada furtiva a la mesa que ocupaban Hernán y María. Tenía que hablar con aquella joven, se dijo. Ella podría aclarar esa duda.

—Otra que estaba mustia aquella tarde era Irma —recordó Zorita—. Me la encontré en los jardines del hotel. Estaba fumando, aburrída. —El periodista entornó los ojos, recuperando en su memoria el suéter liviano de la secretaria y sus ceñidos vaqueros—. Supongo que notó mi extrañeza al verla sola y me soltó que si pensaba que estaba encamada con Santos... Yo me quedé mudo. Sin que yo le preguntara nada, añadió que no tenía ni idea de dónde estaba el editor y estaba enfadada por que todos rumoreáramos sobre ellos a sus espaldas.

—Hombre, pues en eso no vamos muy descaminados. —Parrado señaló la puerta del restaurante con la mirada. Santos e Irma acababan de hacer su aparición y tras ellos entraron Edgar y Sandra—. Parece que quedarse viudo no le quita el hambre a Santos —opinó, sonriendo por el doble sentido de la frase.

—De modo que a Santos tampoco se le vio el pelo aquella tarde en Torquay —dijo Arturo, reconduciendo la conversación.

—Según Irma, no —aseguró Zorita—. Y yo, la verdad, tampoco le vi.

—Mercedes dijo que estaba en la cama, enfermo —recordó Parrado—. Pero yo creo que fue una excusa para explicar el porqué de su propia soledad en el bar.

—Y Edgar y Sandra estaban en Londres —apuntó Arturo, pensativo, con lo que había otros dos sospechosos. De repente, le vino a la cabeza la discusión que él y Gala escucharon en los jardines del Imperial Hotel entre el heredero de Octubre Ediciones y su esposa, cuando Edgar le reprochó a Sandra si no creía que con lo que había hecho el día anterior era suficiente en su empeño por salvar la empresa. Arturo se preguntó a qué se refería Edgar exactamente.

—Y a Paco y Encarnación, su mujer, ¿los visteis? —preguntó Gala.

La camarera llegó en ese momento, sonriente.

Los periodistas pidieron postre, café y chupitos de orujo. No había nada como disparar con pólvora ajena y cargar la cuenta al generoso doctor Velarde. Arturo y Gala optaron por un pescado como segundo plato.

—¿A qué viene tanta pregunta? —dijo Parrado, intrigado.

—Curiosidad, ya se lo dije —insistió Gala.

Zorita se encogió de hombros.

—No recuerdo haberlos visto en toda la tarde —aseguró.

Precisamente, en ese momento entró en el comedor el matrimonio. Al ver a Gala y a Arturo, sonrieron antes de ocupar una de las mesas libres. Apenas unos minutos después hicieron su aparición Velarde y Luis Gonzalvo.

Parrado y Zorita dieron buena cuenta de sus postres y apuraron con prontitud los cafés y los licores. Después, con el estómago repleto, expusieron claramente sus planes.

—Lo mejor ahora es una siesta —afirmó Parrado al tiempo que se aflojaba el cinturón.

—Para que luego digan que los españoles no inventamos nada bueno —sentenció Zorita.

—¿Ya tienes enviada la crónica de lo de Mercedes? —preguntó Parrado a su colega.

—Nos ha jodido, pues claro —aseguró Zorita. Se volvió hacia el matrimonio, que les escuchaba sin comprender—. El alférez ese nos pidió colaboración, que guardáramos silencio, ya saben. —Por la expresión de Gala y Arturo dedujo que no le entendían—. Siempre te dicen eso y luego te colocan una milonga en forma de comunicado de prensa que largan desde la Delegación de Gobierno, y al final sabe lo mismo que tú uno que no ha tenido la potra de estar en el lugar exacto en el momento preciso.

—O sea, que se han pasado por el forro la recomendación del alférez... —resumió Arturo, indignado.

—Vivimos de esto —explicó Parrado.

—¿De no respetar ni a los muertos? —dijo Gala, furiosa.

—De informar a los vivos. —Parrado repelió el ataque, imperturbable. Y, sin mayores ceremonias ni aclarados, salió del comedor junto a su colega con paso inseguro. El vino se cobraba su peaje.

En la mesa de al lado, Hernán rompió el tenso silencio.

—Te prometo que esta tarde tendrás tu exclusiva —dijo arrastrando las palabras.

María hizo un mohín y esbozó una sonrisa irónica.

—Me temo, querido, que la única exclusiva posible está en poder de ese médico. —La joven asaeteó a Gaspar con la mirada. Este no lo advirtió y prosiguió su charla con Gonzalvo, su compañero de mesa—. Los documentos que tú tienes serán papel mojado cuando mañana haga público el contenido del puñetero cuaderno.

Hernán lanzó un profundo suspiro y bajó aún más la voz.

—A eso es precisamente a lo que me refiero, al puñetero cuaderno —dijo imitando el tono que la joven había empleado.

La periodista lo miró por vez primera con interés.

—¿De qué estás hablando?

—Gaspar, Santos y yo tenemos una cita esta tarde en su casa. —Miró al médico fríamente—. Todos tenemos un precio, y ya me ha hecho saber el suyo.

—¿Quieres decir...?

—Que los papeles que te prometí serán oro puro, querida, porque no habrá ningún cuaderno que me joda la vida.

En ese momento, como si hubiera recibido el pie para su entrada en escena, Gaspar se levantó de la mesa, se abrochó la americana, que parecía quedarle demasiado grande, y se aproximó a ellos. No tomó asiento, saludó con una sonrisa forzada a María y dijo en voz baja:

—Os espero a ti y a Santos en mi casa, como habíamos hablado.

—Jamás desprecio la invitación a un chocolate caliente —repuso Hernán sonriente—. Y menos en un día de perros como hoy.

El doctor se despidió de María con un leve movimiento de cabeza, sonrió a Gala y a Arturo y salió del comedor. Minutos después, Hernán lo imitó, dejando a una sonriente María removiendo el capuchino que servía de broche a su frugal comida.

A pesar de los esfuerzos de Hernán por evitar que nadie escuchara las confidencias que hizo a su amante, Gala y Arturo estaban tan cerca que no pudieron evitar oír la conversación.

—De modo que tal vez mañana no haya bombazo informativo —pronosticó Arturo.

Gala no dijo nada, porque tenía la mente ocupada intentando colocar en su sitio algunas cosas. Para empezar, juzgaba insólito que Gaspar pusiera en venta su integridad. Y luego estaba la actitud de Paco. Gala había advertido miedo en la mirada del veterano periodista.

—Podíamos aprovechar ahora para hablar con ella —propuso Arturo mirando a María. Consultó su reloj—. Aún tengo media hora hasta mi cita con la Guardia Civil.

Gala abandonó sus cavilaciones. No era mala idea. De hecho, era una idea excelente.

—Disculpe —dijo la escritora a la atractiva periodista—, ¿le apetece compartir la sobremesa? Veo que se ha quedado sola.

María posó sus enormes ojos verdes sobre el matrimonio y Arturo tragó saliva. Hernán era un valiente, pensó, al enfrentarse en la cama a puerta gayola con semejante miura. Lanzó una mirada furtiva a su mujer, con la esperanza de que no hubiese leído sus pensamientos.

—Sí, claro, ¿por qué no? —dijo la joven. Se levantó de su asiento y llevó la taza de café a la mesa del matrimonio.

—Supongo que Hernán anda muy ocupado —aventuró Gala, iniciando la conversación.

—Sí, la verdad es que sí —sonrió María.

—Se les ve muy unidos —tanteó Arturo.

—Nos llevamos bien —dijo la joven, evasiva.

—Recuerdo que en Reino Unido eran inseparables, desde el primer momento —dijo Gala con tiento—. Me alegro por ustedes.

—Tanto como desde el primer momento...

—Disculpe, no quería parecer impertinente —se excusó Gala.

—No, si no es eso. Me refiero a que, bueno, en el barco congeniamos, pero luego en Torquay pensé que Hernán no quería saber nada de mí. Y luego, ya ven...

—¿Y por qué pensó tal cosa? —preguntó Gala.

—Bueno, porque, cuando llegamos a aquel hotel, no le vi el pelo en toda la tarde. De hecho —entornó los ojos, rememorando aquel día—, no coincidimos hasta muy tarde.

—Como usted bien dice, estaría ocupado —intervino Arturo—. Al día siguiente era la presentación de su libro.

—Sí, supongo que sí —contestó María poco convencida. Apuró los restos del café y les regaló una sonrisa de compromiso—. Si me disculpan, voy a descansar antes de ir a hablar con esos guardias.

—No se preocupe —dijo Arturo—. A mí me llega el turno en unos minutos, si no, también me echaría una siesta.

María se alejó moviendo su trasero de escándalo, que dejó a Arturo con la boca abierta.

—Se te va a caer la baba —le recriminó Gala, propinándole un codazo.

Arturo carraspeó y tuvo el acierto de no decir una sola palabra en su defensa. Sabía que, de haberlo hecho, estaría condenado a una discusión que no le apetecía y en la que llevaría todas las de perder.

—De modo que se confirma que Hernán se escabulló durante la primera tarde en Torquay —resumió Gala—. Lo mismo que Santos y que Paco. —Miró al periodista y a su mujer, que se levantaban de la mesa. Encarnación les sonrió, nerviosa, y Paco apenas les dedicó un gesto con la cabeza—. Por cierto, ¿te has fijado en lo raro que está ese?

—¿Raro?

—Nervioso a más no poder. Y ella, parecido.

Arturo se quedó mirando a la pareja. El matrimonio abandonaba el comedor en aquel momento.

—Nos hemos quedado solos —observó Gala—. Todo el mundo se ha ido a descansar menos nosotros.

—¿Por qué no te quedas aquí? —propuso Arturo—. Mira cómo llueve. ¿Para qué vas a ir al cuartel de nuevo?

—No voy a dejarte solo.

—Te recuerdo que yo no he matado a nadie. ¿O es que sospechas de mí? —dijo Arturo, socarrón.

—Idiota.

—No tardaré —aseguró el profesor—. Además, les voy a aburrir, porque diré lo mismo que tú.

—Pues entonces saldrás de allí bajo sospecha.

—Solicitaremos que nos encarceren juntos. —La estrechó entre sus brazos y la besó con ternura.

—Ahora sí que me voy contigo —dijo ella devolviéndole el beso.

—En serio, quédate a descansar. Te vendrá bien.

Gala reflexionó durante unos instantes.

—Decidido —dijo Arturo—. Yo no tardaré, salvo que me culpen también del asesinato de Kennedy y tenga que hablarles de la teoría del segundo tirador.

El alférez Lázaro Arce y el sargento Francisco Pardo aún tenían el sabor del café en la boca cuando Arturo entró en el despacho. Apenas habían tenido tiempo de leer lo que el cabo Lastra había logrado encontrar en Internet sobre la muerte del profesor Lloyd, y el contenido del informe no difería de lo que Gala les había relatado.

Leyeron sobre los pormenores del crimen y alguno de los artículos periodísticos añadía el valioso dato de que en el arma del crimen se habían encontrado huellas, pero al parecer la policía no había hallado ninguna coincidencia con las de su banco de datos.

En definitiva, el crimen estaba sin esclarecer y sus colegas británicos caminaban a ciegas. En ningún momento se hacía referencia a las similitudes del crimen con las novelas de Agatha Christie, como había hecho Gala, aunque sí se señalaba la pasión de Lloyd por la novelista e incluso se recordaba que había sido autor de un libro de gran prestigio entre los especialistas titulado *Agatha: de Styles a Telón*, e igualmente se mencionaba el Lord Edgware Club, que Lloyd había creado y presidía desde hacía años. Pero nada más. Habría que aguardar el resultado de las gestiones que hubiera podido llevar a cabo el capitán de Arce con la gente de Madrid.

Los dos guardias civiles estudiaron al recién llegado. Era un hombre alto, no mucho más que su esposa. Dos detalles destacaban en él sobre cualquier otra cosa: sus carnosos mofletes y un poblado mostacho cuya longitud no excedía del labio superior. Por lo demás, tenían ante sí a un hombre cuyo abultado estómago permitía imaginar que disfrutaba de un excelente apetito, que debía de correr en dirección opuesta a cualquier dieta que se aproximara a él, y que no se veía obligado a dedicar un solo minuto de su tiempo a peinarse, ventaja que le concedía su brillante calva.

—Arturo Rivera —Pardo leyó en voz alta sus notas—, sesenta y siete años, casado con Gala Robles, padre de dos hijas y profesor de Matemáticas jubilado. —Levantó la mirada y estudió al recién llegado—. Viven ustedes en Valladolid, ¿verdad?

—Así es —confirmó Arturo con aplomo—. Supongo que ya se lo habrá dicho mi mujer.

—Nos interesa ahora lo que usted nos diga —replicó Pardo, cortante.

—Cuéntenos qué hace aquí, en Santillana del Mar, exactamente —solicitó el alférez en tono ligeramente amistoso.

—Me voy a acostar un rato —dijo Paco, rehuendo la mirada de su mujer. Temía que ella insistiera en sus preguntas—. Hasta dentro de una hora no nos toca charlar con esos guardias civiles.

Encarnación lo miró inquieta. Le vio meterse en la cama y esquivar su mirada. Había observado sus manos, temblorosas, cuando se desató los cordones de los zapatos y apenas había probado la comida.

—Bueno, ya está bien —estalló Encarnación—, ¿me vas a contar de una vez qué te pasa?

—¿A mí? No me pasa nada.

—¿No te pasa nada? —La mujer se sentó en el borde de la cama, apartó la sábana y la colcha con la que Paco se había tapado incluso la cabeza y lo traspasó con la mirada—. Llevo casada contigo lo suficiente como para saber que algo te ocurre. —Hizo una pausa, temerosa de la respuesta que pudiera tener la pregunta que le quemaba por dentro. Finalmente, decidió salir de dudas—. Anoche saliste de la cama de madrugada. ¿Adónde fuiste? Me hice la dormida, pero sentí cuándo regresaste. Tardaste lo suficiente como para... —Rompió a llorar y se cubrió el rostro con las manos.

Paco se incorporó en la cama, tomó las manos de su mujer entre las suyas y trató de consolarla.

—No pasa nada, tonta —dijo, cariñoso—. Si crees que yo he matado a Mercedes, te equivocas. Es cierto que salí de la cama —confesó—. Tenía ganas de orinar e iba a ir al baño cuando escuché pasos ahí fuera. —Señaló la puerta—. No sé por qué, me asomé.

—¿De quién se trataba?

El periodista dudó. Se pasó la mano por la cara y sopesó las consecuencias de su respuesta. Tenía motivos para mostrarse nervioso, de hecho aún estaba tratando de enfocar el modo en que iba a enfrentarse a las preguntas de la Guardia Civil, porque él sabía quién había matado a Mercedes.

—Dime, ¿a quién viste? —insistió Encarnación.

—¿Podríamos dejarlo para después de la siesta? —rogó Paco, tratando de ganar tiempo. Primero le diría lo que sabía a los picoletos y así su mujer estaría a salvo. Nada tenía que temer si nada sabía.

Ella se secó las lágrimas.

—¿En serio no has tenido nada que ver en la muerte de Mercedes?

—Te lo juro por nuestros hijos —respondió Paco con firmeza y sin apartar la mirada de los ojos de su esposa.

—Pero luego me lo cuentas, ¿vale?

—Luego te lo cuento. —La vio levantarse de la cama—. ¿No te echas un rato?

—No —respondió ella—. Me hace falta otro café. Te llamo más tarde para ir juntos al cuartel.

Paco se mostró de acuerdo, se tapó con la sábana y la colcha y comenzó a diseñar el discurso que soltaría ante el alférez.

Encarnación salió al enorme distribuidor de la primera planta menos angustiada, aunque inquieta. Se preguntaba a quién habría visto su marido la noche anterior deambulando por allí cuando, precisamente en el pasillo donde estaba el ascensor, vio a Gala. Las dos mujeres se detuvieron cerca de sus respectivas habitaciones, pues eran vecinas.

—Hola, ¿cómo estás? —preguntó la escritora sonriente.

Encarnación sintió que los ojos claros de Gala la estudiaban. En varias ocasiones a lo largo de la mañana había estado a punto de confesarle sus temores. Si no lo había hecho, era porque no podía traicionar a su marido, aunque fuese un asesino. Pero Paco acababa de jurar por sus propios hijos que él no había tenido nada que ver con la muerte de Mercedes, de manera que, si abría su corazón a Gala, ya no traicionaría a su esposo.

—Nerviosa —respondió Encarnación—. Estoy nerviosa, y creo que ya lo has notado.

Y, sin más prolegómenos, confió a Gala los motivos de su inquietud. Le dijo que había visto a Paco salir de la habitación de madrugada, que tardó en regresar lo suficiente como para que ella hubiera imaginado que había matado a Mercedes, y añadió que él acababa de disipar esos temores confesando que salió de la cama porque escuchó ruidos en el pasillo.

—¿Y a quién vio? —preguntó Gala, intrigada.

—No me lo ha querido decir. Pero lo hará luego, después de la siesta. —Sonrió—. Paco sin su siesta no es nadie. Si no duerme, se pone insoportable.

—¿Te apetece un café? —propuso Gala. Prefería charlar que estar sola en la habitación aguardando a Arturo.

—Precisamente iba en busca de uno —explicó Encarnación.

Las dos mujeres se dirigieron hacia la escalera sin sospechar que la conversación que acababan de mantener junto a la puerta de una de las habitaciones había sido escuchada por la persona que la ocupaba, precisamente la misma que Paco Sainz de Villena había visto en el pasillo la noche anterior con un martillo para cortar azúcar ensangrentado en su mano.

—De manera que también se muestra usted partidario de las teorías novelescas de su mujer —resumió el sargento Pardo escrutando el rostro de Arturo.

—Yo eliminaría el calificativo de novelescas en esa frase, si con él pretende ridiculizar lo que le hemos dicho —replicó Arturo, picado.

—O sea, que es usted todo un especialista en Hércules Poirot —dijo Arce sin atisbo de ironía.

—Lo de especialista creo que me viene grande —opinó Arturo, modesto—. Digamos que he sido un lector apasionado de sus aventuras.

—Hábleme de esa novela —el alférez se apoyó en sus notas para buscar el dato—, de *La señora McGinty ha muerto*. Según su esposa, el escenario de la muerte de la señora Sádaba se asemeja a las circunstancias que rodearon el asesinato descrito en ese libro. Arturo tomó aire y lo exhaló con fuerza. En ese terreno se sentía cómodo.

—Si no me falla la memoria —comenzó su exposición—, el relato arranca con el final de una de las opíparas comidas de Poirot, que solía lamentarse de que solo se pudiera comer tres veces al día...

—¿Podría ir al grano? —rogó el alférez. El sargento tamborileaba con los dedos sobre la mesa impaciente—. Detálleen el crimen que relata la novelista.

—Perdón —se disculpó Arturo—. Me apasiono y pierdo la perspectiva, lo sé. —Entornó los ojos e hizo memoria—. Bueno, lo primero que tienen que saber es que el título del libro, *La señora McGinty ha muerto*, es una canción infantil, algo muy del gusto de Agatha, que...

—Que utilizó ese recurso en otras novelas... Eso ya nos lo dijo su esposa. Céntrese en el crimen, se lo ruego. La literatura, para otro día.

Arturo se aclaró la voz y se exigió no volver a meter la pata.

—La señora McGinty era una mujer anónima —dijo—, una humilde limpiadora que, para poder salir adelante, alquilaba una habitación a un joven. Precisamente a su inquilino se culpó de la muerte de su casera cuando se la encontró asesinada. Alguien le había propinado un fuerte golpe en la nuca, como a Mercedes Sádaba, con un objeto afilado y sólido que no apareció en la escena del crimen. Más tarde se descubre que se empleó un martillo para cortar azúcar. —Arturo paseó la mirada del sargento al alférez—. Tampoco en la salita del parador se encontró el arma, ¿no es cierto? —Sin aguardar la respuesta, prosiguió su exposición—. Las pistas apuntaron de inmediato al joven, porque descubrieron en su ropa manchas de sangre y de cabellos de la fallecida, de modo que lo juzgaron y condenaron a muerte. Pero el superintendente de Scotland Yard, amigo de Poirot, solicita la ayuda de este, convencido de que se va a ejecutar a un inocente.

—¿Y qué más? —preguntó el sargento tratando de disimular su curiosidad.

—Pues que Poirot acude a la escena del crimen, averigua que días antes la víctima se había mostrado especialmente inquieta y había hecho cosas poco habituales, como comprar un frasco de tinta —lanzó una mirada cómplice a los guardias civiles— con la que, supuso, había escrito una carta que más tarde localizó, y encontró un artículo donde se mencionaba a cuatro mujeres que, en otro tiempo, habían protagonizado diferentes tragedias. El periodista que firmaba el artículo se preguntaba qué había sido de ellas. Poirot dedujo que era aquel artículo el causante de la inquietud de la señora McGinty y comenzó sus pesquisas.

—¿Y el arma del crimen? ¿Qué fue de ese martillo para cortar azúcar? —preguntó de nuevo el sargento.

—Poirot lo encontró de forma casual —respondió Arturo—. Era un objeto de bronce, con un pájaro como adorno. Y...

En ese momento, una guardia irrumpió en el despacho. Tras disculparse y sonrojarse visiblemente, explicó su inaudita aparición.

—Perdón, mi alférez, pero ha habido otra muerte en el parador.

VI

Gaspar Velarde procedía de una familia con pedigrí. Contaba con una larga lista de acaudalados antepasados que habían tenido una puntería sobresaliente a la hora de invertir sus cuartos. De resultas de aquellas operaciones, la cuenta corriente de los Velarde gozaba de una salud espléndida, razón más que suficiente para que el abuelo de Gaspar se hubiera enfadado con su hijo por haber echado a perder su vida, según criterio del viejo, ejerciendo como un simple médico de provincias. Pero el disgusto aún fue mayor cuando su nieto, el propio Gaspar, desoyendo sus recomendaciones y conecedor de la vieja trifulca familiar, optó por seguir los pasos de su padre y marchó a Salamanca a estudiar Medicina.

Cuando llegó a la universidad procedente de Santander, Gaspar llevó consigo la certeza de que un día sería médico, como su padre, y que ejercería esa profesión apasionadamente. De hecho, la pasión por la medicina era lo que lo había seducido al leer la primera novela de Agatha Christie que cayó en sus manos. Le sedujo la habilidad de aquella escritora, que había ejercido como enfermera en tiempos de la Primera Guerra Mundial, para utilizar los más diversos venenos en sus tramas.

El día que todos los miembros del estrambótico Club de los Detectives se sinceraron y explicaron las razones por las cuales cada uno se había enamorado especialmente de una de las novelas de Agatha, Gaspar, siempre tan reservado, había preferido escurrir el bulto asegurando que en lugar de un libro concreto le gustaba destacar la producción literaria de Christie comprendida entre 1930 y 1940, año arriba o abajo. Y por más que durante las semanas siguientes los otros le presionaron para que acotara un poco más sus gustos, no lograron sacarlo de ahí. Pero, en realidad, sí tenía un libro de cabecera.

Nunca se supo si Gaspar no mencionó la novela que tanta influencia había tenido en él porque temía que los demás se burlaran de su elección o porque, debido a que en ese libro no aparecía Hércules Poirot, le hubieran juzgado sin piedad. El caso es que, cuando el curso académico tocaba a su fin y todos sabían de qué pie cojeaba cada cual, la intimididad de Gaspar seguía a buen recaudo.

Mercedes Sádaba cursaba el segundo año de Filología cuando se encaprichó de Santos Alsina. Le gustaba aquel muchacho alto, aunque un tanto cargado de espaldas, que tan coqueto se mostraba con su indumentaria y que procedía de una familia de editores. Ella, Mercedes, provenía de una acaudalada familia manchega. Su madre era muy aficionada a la lectura e inculcó en su hija idéntica afición e inculcó en ella el veneno de Agatha.

El templete de Nasse House fue el quinto o sexto libro de la producción de Christie que la joven Mercedes leyó y desde entonces ocupaba el primer puesto en sus preferencias. A ella, que durante los años de instituto coqueteó con el sueño de ser un día escritora, le fascinaba Poirot, pero también Ariadne Oliver.

Mercedes consideraba un acierto sin igual que Agatha hubiera dado a luz a aquel doble suyo que le permitía retratarse y, en ocasiones, caricaturizarse. Le resultaba conmovedor leer los pensamientos de Agatha expresados a través de Oliver en los que se sinceraba sobre las miserias del oficio de escribir. Y nunca le parecía la escritora nacida en Torquay más humana que cuando Ariadne reconocía en las páginas de *El templete de Nasse House* que todos los libros contienen un error fatal del que el autor no es consciente hasta que aparece impreso, aunque, sorprendentemente, la mayoría de la gente no lo advierte.

De manera que Mercedes amaba a Agatha a través de Ariadne Oliver. Pero, por encima de ellas, su corazón lo ocupaba Santos, a quien no dejaba ni a sol ni a sombra, no fuera que quedara expuesto para que cualquiera de las lagartas de la universidad lo sedujera.

Santos, que se había criado entre libros, eligió los estudios de Filología porque al clan Alsina le parecieron los más oportunos para la labor que el destino le tenía reservada en el futuro. Un día debería gobernar el timón de Octubre Ediciones, decía la profecía doméstica, y era un reto que no lo asustaba. Al contrario, suspiraba por que llegara el momento.

Lo que no entraba en los planes del joven heredero era echarse novia en Salamanca, adonde había llegado desde Madrid, sede del linaje y domicilio social de la empresa familiar. Estudiar en Salamanca, opinaban, le daba a uno más pedigrí que hacerlo en Madrid. El objetivo era regresar a casa con una licenciatura bajo el brazo y la pátina de intelectual que suponían que se adquiriría entre las paredes de una institución tan venerable como la universidad salmantina.

Santos llevaba los estudios al día. Previsiblemente, alcanzaría la licenciatura sin demasiados problemas, lo que le granjearía las felicitaciones y el aplauso familiar. Más dudas, en cambio, le generaba la reacción que tendrían al conocer a Mercedes.

Mercedes le gustaba, eso estaba fuera de toda duda. Era ocurrente, no exenta de atractivo y su cuerpo era más que hospitalario. Además, su familia no estaba precisamente desnuda en lo económico. Su defecto eran los celos. Santos sabía que, si su novia estaba cerca, no podía siquiera lanzar una mirada furtiva al culo de cualquier chica que pasara cerca porque ella estaría al quite y el lance terminaría en bronca.

Muchos días se sentía atrapado en aquel noviazgo, donde permanentemente tenía que probar su inocencia. Tal vez por ello, o por más motivos que no explicó claramente, cuando le preguntaron en el club por sus preferencias, su novela favorita era *Inocencia trágica*.

Cuando terminó el instituto, el padre de Paco Sainz de Villena, un tipo pequeño como él que a partir de un modesto taller de muebles había hecho fortuna hasta montar una industria del sector que iba viento en popa, lo estrechó entre sus brazos y rompió a llorar, emocionado. Era el primero de la familia que iría a la universidad y albergaba la esperanza de que la hermana de Paco, tres años menor, pudiera seguir los pasos del pionero de la saga.

Paco se dejó abrazar y contuvo a duras penas las lágrimas. A su padre le hacía ilusión que estudiara Derecho y él había aceptado a regañadientes, porque lo que realmente le tiraba era el periodismo. De hecho, y aprovechando su experiencia en el atletismo, había escrito alguna crónica en las páginas deportivas de un periódico regional.

Tan complacido estaba su padre que aquel verano no le obligó a trabajar en el negocio familiar y permitió que holgazaneara entregándose a la lectura apasionada de todas las novelas de Agatha Christie que fue capaz de localizar en la biblioteca pública, además de las que él mismo adquirió en una librería de viejo a la que había echado el ojo. Al final del atracón, sin embargo, sus convicciones no habían mudado: *Asesinato en el Orient Express* seguía siendo su predilecta.

Como Paco no era un tipo visceral, jamás se entregó de un modo violento a los debates que se organizaban en el club a propósito de las preferencias de cada cual, pero se sentía tan seducido por Lloyd como todos los demás. Había en el inglés algo magnético, y también perverso, que indujo al atleta a probar por vez primera el güisqui y a pasar una noche en un prostíbulo de carretera en compañía de Hernán y del propio Lloyd.

Hernán Valdés no había ido de putas en su vida. Nunca lo había necesitado. Su aspecto de galán y su cuidada indumentaria, amén de su labia, le abrían las puertas de las habitaciones de las jóvenes universitarias con tanta frecuencia como deseaba. Lo de las putas fue cosa de Lloyd. Bueno, de Lloyd y de todo el güisqui que se administraron aquella noche él, Paco y el inglés.

* * *

La bruma de la resaca borró, como el dibujo en la arena que una ola se lleva, los recuerdos del sexo compartido. Pero lo que no había olvidado era que aquellas

señoritas conocían bastante bien a Colin Lloyd y lo trataban con la familiaridad propia que en semejantes establecimientos se concede al cliente habitual.

Paco no repitió la experiencia, pero Lloyd y Hernán fueron de safari sexual en otras ocasiones y, entre jarana y jarana, tuvieron tiempo para estrechar lazos. Hernán, hijo de un maestro de escuela de un pueblo de Salamanca, tenía además en común con Lloyd su pasión por la historia del arte. De eso hablaban mucho rato, pero aún más de Agatha. Les unía la pasión por ella, aunque divergían a la hora de señalar sus preferencias. Por aquel entonces, cuando no se había publicado aún *Telón*, Hernán opinaba que la novelista nunca estuvo más inspirada que cuando escribió *Cinco cerditos*. Lloyd, sin menospreciar la trama de ese libro porque hacerlo sería sacrílego, seguía anclado en sus posiciones: *La muerte de lord Edgware* era la obra cumbre de Agatha.

El paso del tiempo llevó a pensar a todos los miembros del club que Lloyd se sabía de memoria aquella novela. A veces, le probaban preguntándole detalles aparentemente imposibles de recordar, pero él salía airoso siempre. Gaspar, el más alejado del carácter bebedor y putero del inglés, llegó a sospechar en alguna ocasión que el profesor se sentía atraído por la suerte del cuarto barón de Edgware porque se veía retratado en el personaje; no en vano Agatha mencionaba que en la biblioteca del lord asesinado se encontraban títulos del Marqués de Sade o las *Memorias* de Casanova.

A Lloyd le gustaba recordar que, en el fondo, aquel caso significó un fracaso de Poirot, lo que en cierta forma lo humanizaba. Pero si había un detalle de aquel libro en el que Lloyd insistía con frecuencia, era en el cambio que se operaba en el carácter de alguien que asesina a otra persona, según el criterio de Hércules Poirot. Según él, quien mata una vez vuelve a matar de nuevo y, en ocasiones, mata varias veces más.

7

Cuando Arce y Pardo llegaron al Gil Blas, reinaba el caos. Encarnación lloraba e hipaba, desconsolada, sobre el hombro de Gala. Las miradas de esta y de Arce se cruzaron durante un instante. El alférez creyó advertir cierto reproche en la expresión de la escritora, pero se esforzó en hacerse con el control de la situación.

—¿Dónde está la habitación? —preguntó a uno de los guardias.

El hombre le señaló las escaleras y Arce subió los escalones con vigorosas zancadas y desembocó en el amplio recibidor que ya conocía. A su izquierda, en la habitación número 111, un guardia ejercía de cancerbero.

—¿Ha entrado alguien? —le interrogó.

—No, mi alférez.

Arce se dirigió a los dos guardias del laboratorio de la Policía Judicial que habían llegado con él desde Santander y lo habían seguido hasta el escenario del nuevo crimen.

—Todo vuestro —ordenó.

Con la profilaxis y diligencia habitual, los técnicos comenzaron un trabajo que, a diferencia de lo ocurrido en la sala donde se había encontrado el cuerpo sin vida de Mercedes, dio resultados mucho más provechosos de inmediato. A los pies de la cama donde yacía ensangrentado Paco Sainz de Villena había un objeto que fue cuidadosamente embolsado. Se trataba de un pequeño martillo para cortar azúcar. Al verlo, Arce sintió una punzada en el estómago, se giró hacia el sargento Pardo, que permanecía en el umbral de la puerta, y murmuró una maldición.

—Ordena que avisen al juez —le dijo al cabo Lastra. A continuación se volvió hacia Pardo—. Tenemos que hablar con la escritora. —El sargento asintió—. Busca un lugar tranquilo y nos vemos con ella y con su marido en cinco minutos —ordenó.

El segundo objeto que los técnicos embolsaron como prueba fue un puñal que alguien había dejado sobre la cama y que, a juzgar por las heridas que presentaba el cadáver y las manchas de sangre que en él se advertían, tenía todas las papeletas de ser el arma empleada en aquel crimen.

Los especialistas del laboratorio contaron doce heridas en el cuerpo y durante la inspección del cadáver tuvieron una nueva sorpresa, puesto que en la chaqueta del pijama que lucía la víctima apareció un antiguo reloj de oro con cadena. La caja del mismo estaba abollada y las agujas se habían detenido señalando la una y quince minutos.

—Me cago en la puta —masculló Pardo, a la derecha del alférez—. ¿Qué coño es todo esto?

—Una novela, sargento —dijo Arce en voz baja—, y nosotros estamos interpretando el papel de idiotas que se nos atribuye en todos esos libros.

—Aquí hace un frío de cojones —advirtió el sargento echándole un ojo a la ventana de la habitación—. ¿La dejaría abierta el asesino? ¿Se largaría por ahí?

—Veremos si los técnicos encuentran huellas que permitan pensar eso, pero lo dudo —supuso el alférez—. ¿Adónde podría ir por ahí?

Dejaron a los chicos del laboratorio trabajar a solas y Lázaro Arce solicitó a la joven guardia que les había dado aviso del crimen un breve informe sobre cómo habían ocurrido las cosas. Esta se cuadró y, disciplinada, recitó lo que sabía, que no era mucho. Al parecer, después de la comida todos se habían ido a descansar, con la excepción de Gala y Encarnación, la esposa de la víctima, que compartieron una charla en la cafetería del parador. Las dos mujeres se habían encontrado en el pasillo minutos antes y bajaron juntas a tomar un café. Los empleados, con quienes ya se había hablado, confirmaron este extremo.

—De manera que ninguna de las dos tuvo que ver con el crimen —concluyó la joven.

—Dejemos las conclusiones a quien tiene que decirlas —le recriminó Arce.

—Yo lo decía, mi alférez, porque fue precisamente su mujer la que lo encontró sin vida cuando subió a despertarle de la siesta —explicó la guardia, azorada—. Tenía cita con usted en el cuartel.

—Es posible que la escritora no tenga nada que ver —admitió Arce—, pero, si las dos se encontraron en el pasillo, Encarnación podría haber matado a su marido antes de salir de la habitación y luego interpretar el papel de viuda desconsolada. O incluso las dos podrían haberlo asesinado y tener pensada esa coartada para ambas.

La joven, igual de tiesa que cuando comenzó su informe, bajó la mirada, avergonzada. Era evidente que no se le había ocurrido esa posibilidad. Arce le lanzó una mirada benevolente. Tal vez había sido demasiado seco en su respuesta, se lamentó.

—No se preocupe. Lo mismo nos estamos equivocando todos —dijo, consolándola.

Minutos después, Pardo y Arce se encontraban en el comedor del parador a solas, aguardando la llegada de Gala y de su marido.

—¿Cree que estos dos tienen algo que ver? —preguntó el sargento.

Lázaro miró a Pardo dudando en la respuesta.

—Ella vio la jugada muy rápido —dijo, pensativo—. Me refiero a lo del parecido de los crímenes con las novelas de Agatha Christie y la posible relación de lo que le ocurrió a ese profesor inglés con lo que nosotros nos traemos entre manos. O es muy lista o está implicada.

Pardo frunció el ceño.

—El marido estaba con nosotros en el momento del crimen —recordó.

—Estaba con nosotros cuando nos avisaron de que habían descubierto el cadáver —matizó Arce—. Aún no sabemos la hora en que lo apuñalaron, aunque el margen de tiempo es tan escaso que será difícil sacar nada en limpio.

En ese instante, el cabo Lastra entró en el comedor acompañando a Gala y Arturo.

—Siéntense —les invitó el alférez, pero ni su tono de voz ni su mirada eran hospitalarios. Estudió durante unos instantes a los dos sesentones que tenía frente a él y, por más que se esforzó, no logró que le parecieran dos asesinos. Es más, le parecían buena gente—. Me interesa su opinión sobre la escena del crimen —dijo finalmente. Gala y Arturo se mantuvieron en silencio, expectantes—. Vamos a ver —prosiguió Arce—, me acabo de encontrar con un hombre tendido en una cama al que han apuñalado en doce ocasiones —de inmediato percibió que el matrimonio se sobresaltó— y además del puñal hemos hallado un martillo de esos para cortar azúcar, de los que usted nos habló hace un rato —dijo mirando a Arturo—. Y, a juzgar por las manchas que tenía, no me extrañaría que fuera el arma con la que asesinaron a la señora Sádaba. —Clavó su mirada negra en la escritora y en su marido—. Tendrán que reconocer que es mucha casualidad que ustedes ya hubieran mencionado que ese podía ser el arma del crimen según esa novela que mencionaron.

—*La señora McGinty ha muerto* —se atrevió a decir Arturo.

Arce dibujó una mueca parecida a una sonrisa.

—Pues eso, *La señora McGinty ha muerto* —repitió fatigado—. O ustedes se están burlando de nosotros y se conocen de sobra el resto del guion de esta broma macabra porque son sus promotores o yo mismo les propondré un ascenso directo a generales de la Benemérita, por listos.

—Mire, alférez —dijo Gala con suavidad—, comprendo que no es fácil admitir lo que le conté, porque incluso a mí me sonaba increíble cuando le confié en voz alta lo que llevaba pensando desde aquel viaje a Reino Unido. Pero le puedo jurar que ni yo ni mi marido tenemos nada que ver con esas muertes, y, a la vista de lo que nos acaba de decir, el verdadero asesino nos ha dado nuevas pistas de por dónde puede ir su próximo movimiento.

—¿Su próximo movimiento? —intervino el sargento Pardo—. ¿Nos está diciendo que puede haber más muertes?

—No lo sé —reconoció Gala—, pero lo que está claro es que la teoría que compartí con ustedes sobre que los asesinatos tenían que ver con novelas donde aparecía el personaje de Ariadne Oliver se acaba de ir al traste.

—¿Y eso por qué?

—Ha dicho usted que a Paco —metió baza Arturo—, quiero decir a la víctima, le han asestado doce puñaladas.

—Eso he dicho —confirmó Arce.

—Exactamente igual que le sucede al criminal Ratchett en *Asesinato en el Orient Express* —recordó Arturo.

—Supongo que no puede revelar otros detalles del crimen —aventuró Gala—, pero si le parece oportuno hacerlo tal vez podríamos confirmar si estamos en lo cierto.

Lázaro Arce dudó.

—Se ha encontrado un antiguo reloj de oro en el bolsillo del pijama—informó finalmente.

—Sería la hostia que marcara la una y cuarto —dijo Arturo, excitado—. Lo siento —se disculpó al ver la cara de póquer de los dos guardias. El alférez confirmó la conjetura de Arturo asintiendo con la cabeza—. Pues entonces no cabe ninguna duda —afirmó el profesor de Matemáticas.

Arce miró a Gala en busca de una explicación.

—Más allá de las novelas donde aparece Ariadne Oliver, mis conocimientos sobre Agatha son notablemente inferiores a los suyos. —Apuntó a su marido con la mirada.

Arce se dirigió a Arturo.

—La ventana de la habitación estaba abierta —indicó.

—No creo que el asesino se fuera por ahí —opinó Arturo, ensimismado. Parecía haber olvidado dónde y con quién estaba. Era evidente que disfrutaba con aquel problema—. El asesino del Orient Express no abandonó el tren por la ventana abierta del vagón donde se encontró el cadáver. —Miró al alférez—. ¿Las heridas son todas iguales? Quiero decir si hay algunas superficiales y otras más profundas.

—Eso nos lo dirán los informes médicos —recordó el alférez—, pero a simple vista parecían todas igual de brutales.

Arturo meneó la cabeza. Parecía confundido.

—En esa novela —aclaró Gala— en realidad hay doce asesinos diferentes. Algunas de las heridas fueron mortales, pero otras apenas eran superficiales porque las habían realizado mujeres, e incluso algunas de las agresiones se produjeron cuando la víctima ya había muerto.

—Recuerdo la historia —dijo Pardo—. He visto la película. Fue una venganza colectiva.

—Sí —confirmó Arturo—. En realidad, el hombre asesinado ocultaba tras su falsa identidad a un criminal llamado Casseti, que cinco años antes había secuestrado y asesinado a una niña. La familia y otros allegados de la pequeña se juramentaron para hacer justicia. Fue un crimen coral, podría decirse. Y no hubo forma de saber quién de ellos asestó la puñalada mortal.

—¿Insinúan que hay más gente implicada en la muerte de ese hombre? —preguntó el sargento.

—No lo creo —respondió Gala muy segura—. Simplemente, el asesino se está inspirando en novelas de Agatha para sus propósitos. Y aunque me equivoqué en creer que elegía libros donde aparecía Ariadne Oliver, debo recordar que esa novela era la favorita de la víctima, según él mismo nos dijo en Torquay.

—Pues a ver si se aclara —dijo el alférez con aspereza—, porque nos contó que el profesor inglés era un apasionado de no sé qué novela.

—*La muerte de lord Edgware* —recordó Arturo.

El alférez ignoró el comentario.

—Pero no le asesinaron exactamente igual que sucedía en ella, sino que las circunstancias de aquel crimen recordaban más bien a otra novela diferente.

—*Cartas sobre la mesa* —apuntó Arturo de nuevo.

Arce seguía mirando exclusivamente a Gala.

—Después nos dijo que la novela favorita de la señora Sádaba era... —Hizo un alto aguardando la previsible aportación de Arturo.

—*El templo de Nasse House*.

—Pero resulta que van y la matan igualito que en *La señora McGinty ha muerto*. De todo ello dedujo usted que el nexo común de esos crímenes era ese personaje que ha mencionado, Oliver, y que aparece únicamente en ocho novelas, por lo que llegó a insinuar que el asesino podría seguir el guion de alguna de ellas para sus supuestos

futuros crímenes. Pero ahora viene aquí y nos dice que toda su teoría es papel mojado, porque al señor Sainz de Villena le han dado matarile de un modo que no esperaba. Gala se mordió el labio inferior, reconociendo su fracaso.

—Pero tenía razón en que alguien imita los crímenes que Agatha ideó. —Arturo salió en defensa de su mujer. Ahora fue el alférez quien tuvo que morderse la lengua—. Y también acertó en que los miembros del Club de los Detectives son las víctimas —añadió el marido.

Arce mantuvo su silencio. Aquel dato era incontestable. Tanto Paco Sainz de Villena como Mercedes Sádaba, y al parecer el profesor inglés, se habían conocido de jóvenes y formaron parte de aquel club literario. Echó cuentas y comprobó que quedaban con vida tres de sus miembros: el doctor Velarde, Santos y Hernán. ¿Dónde cojones estaban esos tres?, se dijo. Tenía que tomar las riendas de aquel asunto de una maldita vez, antes de que se convirtiera en el hazmerreír de toda la Guardia Civil.

Luis Gonzalvo vagaba por el parador con su habitual gesto sombrío y evitando a los demás. Además, se animaba a sí mismo en silencio, lo que tenía que decir lo diría en su próxima novela, una novela que la estúpida de Mercedes nunca leería. Ya se lo había advertido él durante el viaje a Torquay: ella no vería un céntimo del éxito que, no le cabía la menor duda, iba a tener su próxima obra. Pero para ello necesitaba la ayuda del doctor Velarde, y a ganarse su confianza se había entregado Luis en cuerpo y alma desde aquella mañana en la que ambos visitaron la isla de Burgh.

Desde que regresaron de Reino Unido, Luis lo había telefoneado en varias ocasiones para intentar camelárselo. Pero tratar con Gaspar Velarde no resultaba tarea fácil. No era un hombre de muchas palabras, era tajante en sus opiniones e inflexible en sus principios, en base a los cuales le había repetido más de una vez que llevaría su plan de divulgar el contenido del cuaderno de Agatha hasta el final. No parecía importarle que su decisión dejara en entredicho el trabajo de su viejo amigo Hernán ni que lesionara la economía de Octubre Ediciones posiblemente de un modo definitivo.

En alguna de aquellas conversaciones, Luis le había propuesto que le hiciera partícipe de lo que decía el famoso cuaderno. ¿Qué importaba que se sirviera de él para revelar la verdad en lugar de utilizar a un montón de periodistas? Él, Luis, se comprometía a divulgar en un libro las confidencias de Agatha. Le ofreció, incluso, un porcentaje de los derechos de autor. Se haría justicia igualmente de esa manera, propuso al doctor, pero Velarde no parecía dispuesto a apartarse un milímetro de su plan original.

Cuando llegó a Santillana del Mar, logró hacerse invitar por Gaspar a su casa. La casona le impresionó aún más por dentro que por fuera. En su interior se respiraba una atmósfera especial. Luis se sintió transportado a un tiempo remoto mientras saboreaba el chocolate caliente —especialidad de la casa, según Velarde le confesó— que el médico preparó para ambos. Sentado en un confortable sillón, rodeado de libros y cuadros de paisajes de la región y con los pies sobre una mullida alfombra que cubría buena parte del suelo de madera, tuvo el privilegio de ver de cerca el cuaderno de marras. El doctor lo sacó del primer cajón de la izquierda de un antiguo escritorio situado cerca de uno de los ventanales. Ni siquiera estaba bajo llave, se sorprendió el escritor. Lo tuvo tan al alcance de su mano que se juró a sí mismo hacer cualquier cosa por conseguirlo. Si Gaspar consideraba de justicia que el mundo supiera la verdad sobre la desaparición de Agatha, él sería el herald.

Pero el médico al final le había decepcionado. Tanto hablar de justicia, tanto llenarse la boca sobre su plan, y ahora...

Antes de la comida, mientras estaba encerrado en uno de los retretes de los aseos situados en el vestíbulo del parador, Luis pudo escuchar sin ser visto a Hernán y a Santos. Los dos se lavaban las manos y se felicitaban por que Gaspar les hubiera invitado a compartir un chocolate con ellos aquella misma tarde con el propósito de discutir la oferta económica que, al parecer, ambos le habían deslizado.

Luis no salió del retrete hasta estar seguro de que no había nadie más en los aseos. Aquella noticia tuvo en él el mismo efecto que un puñetazo en el estómago. Por eso no fue a comer y por ello andaba ahora vigilando entre las sombras los movimientos de Hernán y de Santos. No sabía la hora a la que el doctor los había citado, y lo peor de

todo era que eso daba igual, porque no podría hacer nada por impedirlo con todos aquellos guardias civiles pululando por el parador. Maldijo lo inoportuno que había sido Paco Sainz de Villena, pero eso ya no tenía remedio. Únicamente podía acechar al escritor y al editor como una hiena, con la esperanza de hacerse con parte de la carroña, por muy poco sabrosa que esta fuera.

Apenas habían salido del comedor Gala y Arturo, el alférez Arce tuvo al fin una buena noticia. Los técnicos de la policía científica habían encontrado huellas bastante claras tanto en el martillo de cortar azúcar como en la empuñadura del puñal con el que habían dejado el cuerpo de Paco como un colador. También había huellas en el reloj de cadena. Las pruebas se enviarían de inmediato al laboratorio para cotejarlas con la base de datos.

Aquello estaba muy bien, era una noticia excelente, pero Arce expresó al sargento su escepticismo.

—No creo que encuentren concordancia en la base de datos —vaticinó—. Creo que esa escritora está en lo cierto. El asesino está aquí, entre esa gente —lanzó una mirada hacia la puerta de entrada al comedor—, y dudo que ninguno de ellos esté fichado.

—Podemos solicitar su colaboración voluntaria antes de que llegue el juez —propuso Pardo.

—Podemos —repitió el alférez, pensativo.

—¿Dispongo lo necesario?

Arce asintió.

—Díselo a Lastra y a los técnicos —ordenó—. Y de paso manda pasar a la viuda, a ver qué nos cuenta.

El sargento no tardó en regresar al comedor en compañía de una compungida Encarnación. En su rostro congestionado no quedaba nada de su habitual sonrisa; tenía los ojos hinchados y enrojecidos, el cabello revuelto, la ropa arrugada.

—Lamento su pérdida —dijo el alférez con tacto al tiempo que le ofrecía un asiento—. Y comprendo lo doloroso que debe de ser para usted todo esto, pero le ruego que haga un esfuerzo por contarnos todo lo que recuerde.

Encarnación estrujaba un pañuelo entre sus dedos, visiblemente nerviosa. Tenía la mirada velada por la tristeza. Tras unos segundos de silencio, sorprendió a su reducido auditorio.

—¿Cómo pude llegar a pensar que Paco había matado a Mercedes? —se lamentó en voz alta. Las lágrimas afloraron de nuevo.

Pardo y Arce se miraron extrañados.

—¿Por qué pensó usted eso? —inquirió el sargento.

Encarnación se sonó la nariz con el baqueteado pañuelo, se secó las lágrimas con la manga de su rebeca y enfocó la mirada. Parecía haber regresado de otro mundo y, ahora que había aterrizado en este, refirió con todo lujo de detalles cómo advirtió que su marido había salido de la cama en plena madrugada la noche anterior y que no regresó hasta pasado un buen rato. Un tiempo suficiente como para...

—Para que hubiera asesinado a la señora Sádaba —coligió el sargento.

Encarnación dijo que sí, que eso mismo había llegado a pensar ella, aunque no alcanzaba a entender qué motivo podía tener su marido para matar a Mercedes. Pero luego se había puesto a pensar en el Club de los Detectives, del que él jamás le había dicho ni media palabra a lo largo de tantos años de matrimonio. De no haber sido por una casualidad durante el viaje a Reino Unido, seguramente nunca habría conocido ese detalle ni tampoco que en las reuniones de aquel club discutían con vehemencia sobre las novelas de Agatha Christie. De manera que ella llegó a imaginar una teoría en la que su marido llevaba a cabo algún tipo de venganza personal contra Mercedes.

—Y ahora no lo cree así —interpretó Arce.

Encarnación negó con la cabeza. No, no lo creía porque, tras muchas dudas, se atrevió a preguntarle a su marido adónde había ido cuando salió de la cama y él le explicó que se levantó a orinar y que entonces escuchó ruidos en el pasillo. Extrañado, dada la hora, salió de la habitación y se encontró a alguien.

—¿Con quién? —preguntó Pardo, expectante.

—No me lo llegó a decir —respondió Mercedes—. Se echó a la cama para su siesta y me dijo que dejáramos el tema para cuando despertase.

—¿Y qué hizo usted?

—No tenía ganas de dormir —explicó la viuda—. Me apetecía un café y decidí bajar a la cafetería. En el pasillo me encontré con Gala, la escritora, y le confié lo que Paco me había dicho. Ella vino conmigo y charlamos un buen rato, hasta que fui a despertarle porque se acercaba la hora que teníamos fijada para hablar con ustedes.

—¿No vio a nadie? ¿No escuchó nada extraño?

Encarnación respondió que no, que no se tropezó con nadie en la escalera ni en el pasillo, que abrió la puerta de la habitación y se encontró con la escena que todos ellos conocían.

—¿Tenía su marido un reloj de oro, de esos de cadena? —preguntó Pardo.

—No —respondió Encarnación con seguridad.

En ese momento entró en el comedor el cabo Lastra anunciando que estaba todo dispuesto para tomar las huellas a quien quisiera prestarse a colaborar voluntariamente.

—¡Caramba, Gaspar! —se admiró Hernán explorando con la mirada el salón al que el doctor los había conducido—. Tú sí que sabes vivir a lo grande.

Velarde esbozó una sonrisa fugaz antes de dejarse caer en un sillón de cuero.

—Si crees que la medicina da para tanto, te equivocas —aclaró—. Esta casa es herencia familiar, y para mantenerla vendí el piso en el que vivía cuando ejercía en Santander.

Santos aún no había abierto la boca, temeroso. Debía medir con cuidado sus palabras, porque no todos los días uno se enfrenta a la empresa de comprar el silencio de alguien, pues ese era el objetivo último de aquella merienda a la que Gaspar los había convidado. De manera que el editor se limitó a admirar los muebles, los tapices y los cuadros que adornaban aquel caserón, esforzándose en alejar de su mente las imágenes de los cadáveres de su esposa y de su amigo Paco.

—Tiene cojones lo que le ha pasado a Paco —comentó Hernán—. Doce puñaladas, como en el Orient Express —sonrió, complacido por su ocurrencia.

—Pues no le veo la gracia —replicó el médico clavando en el escritor una mirada severa.

—No pretendía burlarme —se excusó el escritor, retrepándose en la parte del sofá que compartía con Santos—, es solo que me parece notable esa casualidad, y que a Mercedes la mataran como a la señora McGinty, porque supongo que vosotros también habéis caído en la cuenta.

—Estás hablando de mi mujer —recordó Santos, ofendido—. Te podrías ahorrar las gracias y las teorías detectivescas, ¿no te parece?

—Siempre te han sobrado palabras y has estado escaso de silencios —juzgó Gaspar.

Hernán le lanzó una mirada cargada de odio y Santos temió que todo el negocio que se traían entre manos se fuera al traste sin comenzar siquiera tantear el asunto. Hernán era un obstáculo para sus planes, no menor que el testarudo de Gaspar. Durante el incómodo silencio que siguió a la reconvención del doctor, el editor midió a uno y otro hombre. Hernán, a pesar de que la credibilidad de su libro pendía sobre un débil hilo que Gaspar podía cortar al día siguiente ante un nutrido grupo de periodistas, se mostraba desafiante, seguro de sí mismo, como si tuviera un as en la manga. Como de costumbre, su atuendo era impecable. Aquel traje de raya diplomática le sentaba como un guante y llevaba el cabello engominado pulcramente dispuesto. Nadie diría que estaba allí para tratar de comprar la voluntad del médico.

Quien sí parecía diferente era Gaspar, estimó Santos. Sentado en aquel sillón que lo envolvía por completo, le pareció un pálido recuerdo del hombre que conocía, y Santos llegó a valorar otras opciones para conseguir el cuaderno que ansiaba, sin necesidad de echar el resto con un jugoso cheque al portador.

—De manera que tenéis una oferta que hacerme. —Gaspar sonrió de forma extraña.

Hernán se enderezó y miró a Santos. El editor se aclaró la voz y decidió lanzar la moneda al aire. Ya vería si de allí salían con la cara o con la cruz.

La idea era que todos fueran pasando por el comedor para, de uno en uno, tomarles las huellas dactilares. En principio, no podían obligarles, pero, tras apelar a su voluntaria

colaboración, el cabo Lastra había podido dar cuenta a su alférez de que todos los hospedados se habían mostrado dóciles.

—Pero me faltan tres a los que no localizo —advirtió.

—¿Cómo que faltan tres? —dijo Arce airado.

—Pues eso, mi alférez, que hay tres personas que no sabemos dónde están.

—¿Me estás diciendo que tenemos este parador lleno de guardias civiles y no solo se ha producido otro asesinato, sino que además no sabemos dónde se han metido tres posibles sospechosos?

Lastra tragó saliva.

—¿Quiénes son? —intervino Pardo.

—El marido de la primera víctima —Lastra leyó los nombres en una libreta—, Santos Alsina, Hernán Valdés y un tal Luis Gonzalvo.

—Pues ya está buscándolos y trayéndomelos aquí antes de que esto se nos vaya de las manos todavía más, si es que eso es posible —ordenó Arce. Cuando Lastra salió del comedor, se volvió hacia Pardo—. Lo que te decía: esto es una puta novela y nosotros estamos atrapados en sus renglones.

VII

En vísperas de los exámenes finales, Gaspar anunció que interrumpiría su participación en las reuniones del club. Les hizo notar que Agatha era importante en su vida, pero no tanto como la medicina. Aprobar era su prioridad.

El anuncio fue acogido con recelo por parte de Lloyd, que no veía necesidad alguna de semejante paréntesis. El club, proclamó, era sagrado.

—Pues ahí os quedáis —sentenció Gaspar con aplomo—. Si me admitís cuando acaben los exámenes, pues bien. Y si pensáis lo contrario, pues también muy bien. Vosotros mismos.

Hernán se alineó con Lloyd, como era de esperar. Para entonces, el profesor inglés se había convertido en su modelo de vida. Los dos se emborrachaban cada vez con más frecuencia y se habían convertido en clientes habituales de buena parte de los prostíbulos de la ciudad.

En cambio, en la mirada de Paco prendió la duda. No quería decepcionar a su padre, aunque no lo confesó por miedo a las pullas que a buen seguro le dedicarían Colin y Hernán. Afortunadamente para él, Santos sí tuvo arrestos suficientes para mostrarse de acuerdo con Gaspar.

—Pues a mí lo que propones me parece de lo más razonable —opinó mirando al futuro médico. A continuación se dirigió a los dos gallitos del grupo—. No contéis conmigo hasta que termine el último examen.

Mercedes le cogió la mano en un gesto que expresaba más propiedad que cariño.

—Ni conmigo —anunció la joven.

Solo entonces Paco se sumó a los desertores, dejando así en clara minoría a Hernán y Colin. El inglés estudió al grupo opositor durante unos segundos con gesto grave. Paco se estremeció. Lloyd había bebido, como de costumbre, y su mirada turbia le hacía sentirse mal. De pronto, el profesor dio por finalizada la inspección de sus tropas y rompió a reír.

—Y yo que tenía una propuesta que haceros a todos —dijo inesperadamente.

Los estudiantes se miraron, desorientados.

—¿Una propuesta? ¿Qué propuesta? —preguntó Hernán con entusiasmo.

—Será mejor dejarlo para después de los malditos exámenes, ¿no? —bufó Colin—. ¿No es eso lo que queréis?

—Lo único que decimos es que ahora toca priorizar los estudios —replicó Santos—. Nada más.

—Pues tenía un discursito que daros —dijo Lloyd—. Detalles del viaje de Agatha a Canarias que me contó mi padre.

—¿Esa es la propuesta? —preguntó Hernán decepcionado. Sin duda, esperaba algo mucho más excitante.

—Guarda relación —respondió Lloyd.

—Pues si quieres nos lanzas el discursito de los cojones y, si no te apetece, te lo guardas —estalló Gaspar—. En lo que a mí respecta, no hay vuelta atrás. Esta tarde es la última que me pilláis aquí. Cuando acaben los exámenes, nos volvemos a ver, si queréis.

Lloyd resopló y alquiló en alguna parte una sonrisa de suficiencia de las suyas. En realidad, no era más que una máscara tras la cual ocultar la ira que le producía haber perdido aquel pulso. Desde que se creó el club, era la primera vez que no se salía con la suya.

—Está bien, os contaré lo que tenía pensado. Para empezar, hablemos de Tenerife, adonde, como sabéis, Agatha llegó primero en su viaje a las islas. —Seguidamente, Lloyd les habló del hotel Taoro, un lujoso establecimiento inaugurado el siglo anterior y que se había convertido en uno de los lugares de reposo más populares para aquellos

turistas a los que se les recomendaba descansar en un clima benigno—. Según mi padre, había tantos británicos hospedados allí que le llamaban The English Grand Hotel. Imagino que Agatha se sentiría allí como en casa.

—Pero ¿qué pasa? ¿Tu padre también estuvo en Tenerife? —preguntó Gaspar, mosqueado. Empezaba a dudar de todas las cosas que el supuesto doctor Lloyd sabía. Colin le fulminó con la mirada.

—Ya sé que no te crees todo lo que he contado sobre mi padre y Agatha. Precisamente por eso tenía una propuesta que haceros, si me dejáis terminar —añadió sin apartar la mirada de los ojos de Gaspar.

—Bueno, ¿y qué más? —Santos entró al quite, apaciguador—. Ya sabemos que el Taoro era un hotel de lujo y todo eso. Pero ¿dónde está la sorpresa?

Lloyd pareció olvidarse de Gaspar y recuperó el hilo de su discurso.

—El caso es que hace un par de años estuve con mis padres en Tenerife —reveló—. Mi padre tuvo la feliz idea de visitar algunos de los lugares en los que Agatha se inspiró para los escenarios de «El hombre del mar», según ella misma le había confesado cuando coincidieron en Las Palmas de Gran Canaria. —Lloyd sacó de un macuto un ejemplar de *El enigmático Mr. Quin* y buscó entre sus páginas aquella historia. Algunos párrafos estaban subrayados—. No os podéis imaginar la emoción que para mí supuso pasear por la ladera de Martiánez admirando por mí mismo el paisaje que Agatha describió: «El señor Satterthwaite siguió andando. Dejó atrás los caminos bordeados de palmeras y las esparcidas casas blancas del pueblo. Pasó a lo largo de la ribera de negra lava entre cuyas olas perdiera años atrás la vida un conocido nadador inglés...». —Lloyd levantó la vista y observó el efecto que había tenido la lectura de aquel párrafo. Después tanteó a su auditorio—: ¿No os habría gustado estar en mi lugar leyendo a Agatha por donde ella misma paseó?

—Pagaría por ello —reconoció Hernán con ímpetu.

Los demás no dijeron nada, pero el brillo en su mirada hablaba por ellos.

Lloyd regresó a la lectura:

—«... y subió al fin por la empinada y tortuosa senda que conducía a la cima del acantilado. Al borde mismo de este había una casa a la que designaban con el apropiado nombre de La Paz. Era una casa blanca con verdes postigos herméticamente cerrados y un tanto descoloridos por la acción del tiempo. Estaba rodeada de un descuidado pero hermoso jardín». —Alzó de nuevo la mirada y aclaró—: La casa existe, era de una familia inglesa, los Cologan. Una mansión enorme, de dos plantas y más de mil metros cuadrados. En ella es donde el señor Satterthwaite encuentra a una mujer que vive sola, atormentada porque había tenido un hijo fuera del matrimonio y estaba considerando la posibilidad de suicidarse. El caso es que...

—El caso es que ¿qué? —Gaspar le interrumpió abruptamente—. ¿No me digas que tu padre también conocía a esa señora Cologan? Me parece a mí que el cuento de tu padre lo estás estirando mucho.

Santos y Paco miraron por el rabillo del ojo a Lloyd, temerosos de un estallido de ira ante el mordaz comentario de Gaspar, pero lo que ocurrió fue aún más inesperado.

—Ya veo que no me crees —dijo el inglés extrañamente sereno—. Y, para ser sincero, os he leído estos párrafos precisamente para sondear hasta qué punto os fiáis de mí. —Se levantó de la silla y se acercó al mueble del salón donde guardaba las bebidas. No ofreció nada a ninguno de ellos. Aún de espaldas, mientras llenaba su vaso, les lanzó el más inesperado reto—: Os invito a venir conmigo a Las Palmas de Gran Canaria y visitar los lugares donde ocurrió el crimen del que os hablé, el que mi padre y Agatha investigaron. Sé que Yurena, la joven que trabajaba como doncella en el hotel Metropole, aún vive y puede que todavía no haya muerto su madre, la testigo del asesinato. —Entonces se giró, con una sonrisa irónica pintada en el rostro, y finalizó—: ¿No queríais comprobar si miento?

El reto dejó sin palabras al grupo de estudiantes. ¿Un viaje a Canarias para investigar un crimen que inspiró a Agatha uno de sus relatos?

—Eso sería extraordinario. —Hernán fue el primero en lograr expresar sus sentimientos.

—Eso sería la hostia —opinó Santos, aún con la boca abierta.

—Eso sería muy bonito, si tuviéramos dinero para pagarnos el capricho —recordó Paco, pinchando el globo de la ilusión—. Porque no sé si a vosotros os sobra el dinero, pero a mí no. Y con lo que dispongo no me veo en un hotel en Canarias, la verdad.

Gaspar nunca había alardeado de la posición económica de su familia. Aquello formaba parte de los rincones de su intimidad a los que jamás había permitido la entrada a ningún miembro del club, pero le tenía aprecio a Paco. Le caía bien, tal vez porque no se daba los aires de Hernán ni era tan frío y distante como muchas veces resultaba Santos. Además, suponía, Santos no flaquearía en asuntos monetarios.

—Si es por dinero, yo puedo echarte un cable —se ofreció.

Paco negó con la cabeza.

—Que no, hombre, que no —dijo su compañero de facultad—. ¿Cómo vas a pagar tú el viaje de los dos y todo lo demás?

—Caballeros —anunció Lloyd, solemne—, nada de hoteles. Porque, aunque aquí mi amigo —sonrió a Gaspar, burlón— ponga en solfa las historias que os he contado, lo cierto es que mis padres tienen un piso estupendo en Las Palmas, que está a nuestra disposición. De manera que queda sorteado el obstáculo de pagar un hotel.

—Pues entonces no se hable más —concluyó Hernán, eufórico—. ¡A Canarias! ¡Por Agatha!

Santos y Mercedes intercambiaron una mirada cómplice antes de secundar la propuesta.

Ella le sonrió; él, no. Pero ambos gritaron a dúo:

—¡Por Agatha!

Gaspar susurró al oído de Paco:

—El billete de avión serán cuatro duros, hombre. Yo te lo pago.

—¿Debo entender que el club aprueba mi propuesta? —preguntó Lloyd, sonriente.

Paco, tras dudar, aceptó la invitación de Hernán.

—Entonces, ¿para después de los exámenes? —inquirió Hernán.

—Para después de los exámenes —respondió Gaspar.

Lloyd apuró el contenido de vaso y miró a su rebaño complacido.

8

Ser más inteligente que los demás exige pagar el peaje diario de sentir cómo el hedor de la mediocridad se adhiere a tus ropas y se torna en miasma irrespirable. Pero, indudablemente, también comporta ventajas. Eso era lo que Luis Gonzalvo había creído toda su vida. Creía a pies juntillas aquel razonamiento al completo, empezando por lo de sentirse más inteligente que el resto. Por eso esquivaba la conversación de la gente todo lo que podía y, cuando no lo lograba, evitaba mirarles a la cara, tal vez con la convicción de que la mirada de un imbécil podía arrebatarle su alma de escritor incomprendido. Hacía tanto tiempo que interpretaba el papel de intelectual injustamente obligado a compartir espacio y tiempo con todos aquellos patanes que lo rodeaban que se había creído realmente su personaje.

De manera que unos días ser tan inteligente era un engorro y otros, como aquella tarde mustia, húmeda y desangelada, resultó ser una bendición. Nadie más que él se había exigido no perder de vista a Santos y Hernán, aguardando el momento en que ambos se escabulleran para entrevistarse con el doctor Velarde.

Luis los vio intercambiar una mirada cómplice mientras el cabo Lastra anunciaba que se estaba poniendo en marcha un tinglado para tomarles las huellas dactilares a todos, si es que se avenían a colaborar con la Benemérita por las buenas, como cívicos ciudadanos. Sigiloso, Hernán salió del parador antes que Santos, que no tardó en imitarlo. El siguiente en hacerlo fue el propio Luis.

El novelista y su editor no precisaron más que cruzar la plaza empedrada para hallar escondite. Junto a la puerta de madera de su casona los aguardaba Gaspar. Luis, oculto tras una furgoneta de reparto aparcada frente al hotel, los vio entrar en la casa y comenzó a rumiar maldiciones, lamentando no poder escuchar qué se diría allí dentro. Miró al cielo gris y la lluvia, más fina que por la mañana, pero no por ello intermitente, le empapó el rostro. A su espalda, la puerta abierta del Gil Blas; frente a él, la puerta cerrada de la casa del médico. Recordó lo que el cabo benemérito había anunciado a propósito del ritual de las huellas dactilares y tardó aún unos segundos en tomar la decisión de esconderse bajo los arcos del ayuntamiento, a la espera de ver si se detectaban movimientos en la casa del galeno o incluso si el puñetero universo conspiraba por una vez a favor de los inteligentes y se le permitía meter los pies y la nariz en la casona.

Escuchada la oferta, Gaspar saboreó el silencio que construyó a continuación. No parecía haberse divertido con los circunloquios previos al instante en el que Santos puso encima de la mesa sus cartas, a juzgar por la gravedad de su expresión. Pero aquel silencio sí que parecía de su agrado, tal vez porque era obra suya y lo esculpía a su antojo. Por ello decidió apurarlo hasta un extremo insoportable para Santos y Hernán, que aguardaban una respuesta que podía cambiar sus vidas. Si el doctor se avenía a olvidar el asunto del cuaderno de Agatha a cambio de la jugosa cifra que se había puesto sobre la mesa, aquí paz y después gloria. Ya se vería más tarde cómo se justificaba ante la prensa que todo aquel montaje había sido una puñetera broma o que el cuaderno, tras un peritaje independiente a cargo de especialistas que preferían mantener el anonimato, había resultado ser falso. Salir del enredo sería lo de menos. Lo importante era salvar la editorial.

Al fin, Gaspar rompió el silencio que él mismo había tejido, aunque sus palabras fueron tan desconcertantes como inesperadas.

—¿Aún sigues creyendo que *Telón* es su obra cumbre? —dijo mirando a Hernán.

—¿Qué? —El escritor se retrepó en el sofá, descolocado.

—Ya sabes, lo que nos dijiste hace unos años cuando nos encontramos en Madrid. Asegurabas que habías cambiado de idea, que *Cinco cerditos* ya no te parecía el mejor

libro de Agatha y que considerabas que en *Telón* había alcanzado su plenitud como escritora y todo lo demás —dijo en tono gélido

Hernán miró a Santos buscando un aliado. El editor se encogió de hombros, totalmente desorientado. Su cara era un poema. En silencio se interrogaba a cuento de qué venía ahora aquella digresión de Velarde y sintió cómo se clavaban las uñas en sus puños. Si hasta ese instante había tenido alguna duda, en aquel mismo momento se disiparon todas. Tenía que salir de aquel caserón con el puñetero cuaderno, y no importaba el precio.

—Sí —reconoció Hernán, tímido—, me sigue pareciendo que *Telón* es la mejor de todas. El médico dibujó una mueca, casi una sonrisa, que Hernán no supo si calificar como triste o como amarga. Velarde buscó la mirada de Santos.

—¿Recuerdas las disputas que tuvimos en Madrid con él, en 1975, acerca de lo poco acertada que estuvo Agatha al publicar esa novela, la última de Poirot y que había escrito a comienzos de los años cuarenta? —Al ver que Santos asintió, Gaspar pareció animarse—. Pero, hombre —se volvió hacia Hernán—, si Poirot ha protagonizado tres años antes *Los elefantes pueden recordar*, no resulta creíble que en tan poco tiempo nuestro pequeño amigo hubiera experimentado una decadencia física tan enorme como la que se describe en *Telón*, ¿no crees?

Hernán sabía que ahí la novela flojeaba, pero era el único error, según su criterio. De pronto se olvidó del negocio que le había llevado allí y se apoderó de él el espíritu del estudiante que un día fue.

—Técnicamente es magistral —se defendió—. Durante muchas páginas no hay asesinatos, pero todo el tiempo se mantiene la tensión porque varios personajes planifican la muerte de otros. El coronel Luttrell está a punto de asesinar a su esposa, e incluso Hastings se propone acabar con Allerton y es responsable, aunque no deliberadamente, de la muerte de la señora Franklin. Y eso por no hablar del memorable final.

—¡Ah, Hastings! —exclamó el doctor. Miró un instante la mesa que los separaba y sobre la cual había un cheque con una jugosa cantidad de dinero escrita en él—. ¿Sigues creyendo que era un imbécil insoportable, Santos?

El editor se aclaró la voz y se obligó a respirar hondo antes de responder. Lo que le apetecía realmente era acabar de una vez por todas con aquella pantomima e iniciar una nueva vida junto a Irma, ahora que el problema que representaba Mercedes había desaparecido. Unas horas antes se había reunido con Edgar y se había comprometido, dado que el escollo materno ya no existía, a cederle el control de la empresa, tal y como el heredero ansiaba. Pocas veces un viudo y un huérfano iban a llorar menos la muerte de una esposa y madre. Pero antes tenía que resolver el último cabo suelto, y debía obrar con cautela, de modo que entró al juego.

—Hastings es aún más tonto que Watson —dijo, y al escucharse se sintió mejor, más joven—. El típico caballero inglés que, como bien decía Poirot en esa novela —se volvió hacia Santos y abrió un paréntesis—, que, por cierto, no es ni de lejos la mejor de Agatha, piensa que es más importante su honor que la vida de un ser humano, de manera que no le entra en la cabeza la posibilidad de espiar a alguien ni siquiera por una buena causa. ¡Por favor!

—Y el muy bobo, a pesar de todas las veces que Poirot le ridiculiza, aún dice que no acertaba a imaginarse la vida sin el belga —recordó el doctor, irónico—. ¿Qué te parece?

—Bueno, pero que Hastings sufra una especie de síndrome de Estocolmo, o no sé cómo calificarlo, no invalida mi opinión sobre los méritos de *Telón*. —Hernán se encastilló en su posición.

—¿No te parece un poco forzada la teoría de que alguien hubiera perfeccionado la técnica del Yago de *Otelo* hasta el extremo de presionar psicológicamente a los demás para que cometieran un asesinato? —cuestionó Gaspar—. ¿Qué opinión tendría Lloyd sobre *Telón*?

Hernán miró nuevamente a Santos, aún más desconcertado. Los dos parecieron sentirse incómodos al mencionarse al profesor asesinado.

—Santos, ¿nos puedes acercar el chocolate que le había prometido a Hernán? —rogó el doctor indicando una bandeja que reposaba sobre un aparador—. Espero que aún esté bien caliente. Para ti hay café, que ya sé que el chocolate no es lo tuyo.

El editor se acercó hasta la bandeja, trasteó durante unos segundos con la vajilla y regresó al sofá con cuidado para que no se le cayera el pequeño ejército de porcelana del que era responsable. Una vez tuvo la carga a salvo, sirvió el humeante chocolate a Hernán y al anfitrión. A continuación, se dispuso a obsequiarse con un café con leche, pero le tembló el pulso cuando escuchó decir al doctor:

—¿Recordáis lo hijo de puta que fue en realidad Lloyd?

A lo mejor todo tenía aún arreglo, reflexionaba Edgar, esforzándose en ofrecer un semblante sereno. Estaba aún más pálido que de costumbre mientras aguardaba a que le tocara el turno de ofrecer sus huellas dactilares al equipo benemérito. Naturalmente que el precio era elevado, admitió para sí, recordando el cuerpo sin vida de su madre y las horas muertas que se había pasado junto a su padre en el Instituto Anatómico Forense del hospital Marqués de Valdecilla. Tenía gracia lo de calificar de horas muertas las que pasaron en aquel lugar, juzgó, y de inmediato se obligó a no bromear con la muerte de su madre, por mucho que aquella terrible circunstancia favoreciera sus planes.

Miró el cabello de su mujer y sin poder remediarlo deslizó la mirada hacia su trasero. Como de costumbre, Sandra llevaba la falda corta, los ojos negros y la boca roja. Edgar no era tan estúpido como para no advertir que buena parte del guion de su vida lo escribía aquella mujer mientras lo envolvía con el paréntesis de sus caderas, pero es que Sandra era tan irresistible en la cama como insaciable en sus ambiciones.

Tras unos segundos de exploración visual del culo de su señora, Edgar logró apartar los ojos y observó el panorama a su alrededor. Algunos guardias iban y venían buscando a su padre, a Hernán y a Luis. De momento, no daban con ellos. No se les había ocurrido pensar en la casa del doctor, pero aventuró que no tardarían en valorar esa posibilidad. Esperaba que para entonces todo estuviera resuelto y que, como su padre le había confiado, hubiera salido de aquella reunión habiendo conjurado para siempre el peligro que suponía el cuaderno escrito por Agatha Christie. Una vez sorteado ese afilado arrecife, la navegación sería plácida para Octubre Ediciones. El libro de Hernán cubriría la temeraria inversión que habían hecho sus padres, llegarían los beneficios y con él al mando del timón nunca más se aventuraría la empresa por aguas tan procelosas.

—¿Qué sabemos de su padre? —El cabo Lastra se había materializado de repente. Edgar se sobresaltó.

—Le he llamado al teléfono móvil varias veces —mintió el heredero—, pero no lo coge.

—Eso ya lo hemos hecho nosotros también —desveló Lastra, receloso—. ¿Está seguro de que no le dijo adónde iba?

Edgar negó con la cabeza y sostuvo la mirada inquisidora del cabo. En silencio, admitió lo acertado que había estado su padre al dejar el teléfono móvil apagado en su habitación, tal y como le confesó que haría.

—Buenas tardes —dijo el guardia encargado de tomarle las huellas.

Edgar se dejó hacer.

—No os hagáis los sorprendidos —dijo Gaspar—. Lloyd era un cabrón manipulador y los tres sabemos que quien se lo cargó en Winchester está ahora mismo aquí.

Santos dejó de remover el café con la cucharilla y Hernán se atragantó con el primer sorbo del humeante chocolate.

—¿Sospechas de nosotros? —preguntó el escritor, ofendido.

—¿Acaso no has llegado tú a la misma conclusión? —replicó el doctor—. ¿Y tú? —Miró a Santos, que parecía una estatua de sal.

—¿De qué cojones hablas? —exigió saber Hernán.

—Lo que digo es que a Lloyd lo mató alguien en quien confiaba, según cuenta la prensa británica —recordó Gaspar—, y estoy seguro de que todos hemos pensado en la puesta en escena de *Cartas sobre la mesa*. —Midió la reacción de sus dos invitados y tomó un sorbo de chocolate, paladeándolo lentamente—. Debía conocer bien a quien se lo cargó

para dejarle entrar en casa, y me ha dado por pensar que a lo mejor se cobró una factura lejana.

—Te has vuelto loco —protestó el editor.

—No te sientas insultado, querido Santos, pero a ti te va a mejorar la vida bastante el que a Mercedes le hayan dado matarile como a la señora McGinty —opinó el médico.

El editor apretó la mandíbula. Tenía el rostro enrojecido por la ira.

—¿Cómo te atreves?

—Me atrevo porque te veo mirar a esa secretaria tuya y porque todos tenemos fantasmas en el armario, ¿no es cierto, Hernán?

El escritor sintió descender el chocolate por sus entrañas, raspando más que caldeándolas. Miró a Santos por el rabillo del ojo y una inesperada punzada de dolor en el estómago abortó su réplica al doctor. También en el rostro de Gaspar se dibujó una expresión de dolor, pero pareció recomponerse.

—Supongo que hay errores de juventud que nos acompañan toda la vida —reflexionó el médico—, y quizá fue eso lo que le ocurrió a Lloyd y a Mercedes, por no hablar de Paco. Y qué quieres que te diga, querido Santos, pero no ha sido difícil llegar a la conclusión de que los muertos y el asesino se conocían. Y, desde luego, a ti te venía muy bien que Lloyd no saliera a la palestra a desmentir las teorías de Hernán —miró al escritor, que se revolvió en su asiento con gesto de dolor— y que tu mujer no te jodiera la vida durante más tiempo, ¿no es cierto?

—¿Y Paco? ¿Por qué iba yo a querer matar a Paco? —dijo Santos, desafiante.

—A lo mejor se enteró de algo, te descubrió, no lo sé —aventuró el doctor, que de pronto se dobló apuñalado por un dolor interno. Miró incrédulo a Hernán, que parecía experimentar idéntico sufrimiento.

Santos se levantó de su asiento, nervioso.

—¡Hijo de puta! —Hernán atravesó con la mirada al editor—. Fuiste tú.

—Supongo que no te bastaba con intentar sobornarme —dijo el doctor arrastrando las palabras.

Santos tenía la mirada brumosa, parecía desorientado. Se alejó de ellos a trompicones, llevándose por delante una silla y un jarrón. Tenía que huir de allí cuanto antes.

Retorciéndose por el dolor, el médico aún tuvo fuerzas para acercarse, reptando, hasta un agonizante Hernán y susurrarle algo al oído. El escritor abrió los ojos, lleno de espanto, y escuchó las últimas palabras en la tierra del doctor Velarde:

—*Cher ami!*

La tarde languidecía bajo aquel cielo ceniciento. Luis seguía agazapado tras las arcadas del palacio municipal de la villa cuando dejó de llover. En otras circunstancias, eso lo habría animado a abandonar su refugio y a atreverse a asomar el hocico en la casa del doctor, pero no estaban las cosas para apuestas temerarias. Desde su posición había advertido el ir y venir de los guardias, presumiblemente indagando justamente sobre su paradero y el de los viejos zorros reunidos en la casa de Velarde. No obstante, era consciente de que no podía permanecer eternamente a la espera. En algún momento tendría que pasar a la acción si quería... Aquella reflexión quedó apenas esbozada en su mente al ver salir a Santos. El editor tenía la mirada perdida y atravesó la plaza eligiendo una dirección absolutamente inesperada. No se encaminó hacia el Gil Blas, sino que, con paso inseguro, como si desconociera por completo dónde se encontraba, atravesó la plaza y dobló la esquina adentrándose por la calle de Las Lindas.

Los pocos viandantes que acertaban a pasar por la plaza no prestaron atención a Santos Alsina y el destino quiso que en aquellos momentos no hubiera fuera del parador ningún guardia civil para darle el alto. Esa circunstancia, unida a la evidencia de que no podía prolongar indefinidamente su estancia tras aquellos arcos, concedió a Luis Gonzalvo los arrestos indispensables para, sigiloso, salvar el puñado de metros que lo separaban de la casa del doctor. Una vez en el zaguán de entrada, advirtió con una mezcla de entusiasmo y precaución que Santos no había cerrado la puerta. Lanzó una rápida mirada hacia el Gil Blas y, al comprobar que nadie parecía reparar en él, se adentró en la casa solariega.

Gracias a su anterior visita, pudo avanzar con cierta seguridad. De vez en cuando, no obstante, se detenía para rascarse, nervioso, alguna parte del cuerpo, cuya elección era aleatoria y no justificada por ninguna urticaria real. Esas pausas le concedían un respiro y el paréntesis que abrían le servía para no escuchar el agitado latido de su corazón.

De ese modo, entre pausas, picores imaginarios y la percusión de su corazón como banda sonora, recorrió la casa hasta desembocar en el salón. Y, al poco de poner los pies en él, creyó encontrar la solución al enigma de la huida de Santos. En el suelo yacían, aparentemente muertos —aparentemente, porque Luis tuvo el cuajo de no comprobar si aún había vida en aquellos cuerpos y dar aviso a los servicios de urgencias—, el doctor y Hernán. Los dos estaban muy juntos, como si hubieran querido ir de la mano adondequiera que se viaje con tan magro equipaje. En los rostros de ambos creyó advertir la huella de un terrible dolor. En la mirada de Hernán, además, Luis barruntó la sorpresa del lance inesperado. Pero se rehízo con más facilidad de la que correspondía en tales circunstancias: lo de aquellos dos no tenía remedio y había que ser práctico. No se advertía en ellos disparos ni cuchilladas, de manera que Luis se inclinó por algún veneno como causa de la muerte, pero ese era un trabajo de la Policía Científica, no suyo. Lanzó a los muertos una última mirada, sumó dos y dos pensando en Mercedes y Paco y concluyó que resultaba obvio quién era el asesino. Pero eso le resultaba obvio a él, que había visto huir al editor minutos antes. Otra cosa sería lo que pensarían el alférez Arce y todo su equipo si lo descubrían allí en aquel momento.

Había que tomar decisiones, y rápido. Podía ejercer de ciudadano responsable y dar aviso a la Benemérita o jugar solo para su equipo, un equipo que integraba únicamente él. Y Luis Gonzalvo, escritor de poco ingenio y menos escrúpulos, que siempre se había creído mejor que el resto de los mortales, se lanzó sin perder un segundo hacia el escritorio en el que, durante su anterior visita, había visto al doctor guardar el cuaderno de Agatha Christie. Precavido, utilizó un pañuelo para abrir el cajón, no fuera a ser que una inoportuna huella dactilar le jodiera el plan bien jodido. Pero en el interior del cajón no encontró el premio que buscaba. Del cuaderno no había ni rastro. En su lugar descansaba una edición de *Hamlet*, de Shakespeare, y un ejemplar de *John Ferguson*, de Saint John Ervine. Por un momento, Luis creyó que había cometido un error, que se había equivocado de cajón. Pero no tardó en descubrir que no era así. Los demás cajones del escritorio estaban vacíos.

Durante unos segundos que parecieron eternos, se quedó allí, petrificado, con la única compañía de los dos cadáveres. No sabía qué hacer y no tenía tiempo de poner patas arriba aquel salón para encontrar un cuaderno que quién sabía dónde podía haberlo ocultado el médico. El sentido común le dictaba abandonar la casa cuanto antes, regresar al parador simulando que volvía de dar un paseo y callar cuanto sabía, o suponía que sabía, que había ocurrido allí. De modo que, sin más pérdida de tiempo, recompuso el ánimo y...

Estaba a punto de salir cuando reparó en el cheque que había sobre la mesa, junto a los dos muertos. Se aproximó y abrió los ojos desmesuradamente. Y no era para menos, a tenor de la cantidad de dinero allí escrita y destinada al portador. Dubitativo, miró alrededor, como si temiese estar siendo víctima de una broma macabra. En cualquier momento, imaginó febril, saldría de alguna parte la gente de producción de uno de esos programas televisivos de cámara oculta para convertirlo en objeto de mofa a nivel nacional. Pero nada de eso ocurría, a pesar de que los segundos transcurrían al compás de su acelerado corazón. De modo que finalmente se acercó a la mesa, cogió el cheque, se lo guardó en el pantalón y salió de allí sin mirar atrás.

—A tomar por culo la cámara oculta —se dijo, envalentonado.

Santos caminó perdido, sin rumbo fijo, por las empedradas y centenarias calles durante varios minutos, hasta que finalmente se detuvo frente la colegiata románica de la villa y se quedó mirándola, embobado. En otra época del año habría reclamado la atención de alguno de los cientos de turistas que visitaban el monumento, pero en aquella tarde cenicienta de diciembre resultó ser él la única persona que a esa hora subía los siete peldaños de piedra que llevaban al atrio del templo.

El editor caminó por la explanada enlosada y se detuvo, curioso, observando el frontispicio triangular desde el cual tuvo la impresión de que santa Juliana, la patrona del pueblo, lo juzgaba con severidad. Se estremeció al ver que la santa llevaba atado de una soga al demonio, mientras varios ángeles pululaban a su alrededor cubriéndose sus partes pudendas con túnicas seguramente sedosas, pero la piedra, milenaria y desgastada, impedía afirmarlo con certeza.

¿Cómo podría defenderse?, se interrogó, cuando la santa o, seguramente mucho antes, la Guardia Civil reclamaran explicaciones de lo ocurrido en casa del doctor. Buscando soluciones, desplazó la mirada más allá de la imagen de santa Juliana, porque su exhibición domando al demonio le incomodaba, y la posó sobre una galería de quince arcos de medio punto situada en un nivel superior de la portada de la colegiata. Aquella decoración le hizo sentirse mejor y recuperó en cierto modo la entereza. ¿Quién podía acusarle de aquellas muertes?, reflexionó. En un intento por calmar sus nervios, le habló en susurros a la torre que, a su derecha, encarnaba el recuerdo de un viejo campanil. Nadie, salvo los dos muertos y su hijo Edgar, tenía conocimiento de aquella reunión y del motivo por la que se había convocado, de modo que difícil lo iba a tener la Benemérita para echar cuentas y que el resultado apuntara a él.

Reconfortado por sus propias conclusiones, se dirigió hacia la calle Mateo Escagedo Salmón, en cuyo inicio descubrió un cartel anunciador del claustro del templo y de sus horarios de visita. Consultó su reloj y comprobó, complacido, que aún tenía tiempo de entrar y demorarse allí lo suficiente como para que, con un poco de suerte, alguien descubriera los cuerpos sin vida de Hernán y del doctor mientras él se comportaba como un turista, admirando aquel claustro. Resuelto, entró en la oficina donde se expendían los billetes, pagó los dos euros y medio que le pidieron y se dejó mecer por Dios, que en aquel lugar adoptaba el disfraz de monacal silencio.

Arrastró los pies por el claustro más encorvado que de costumbre, como si sostuviera sobre su espalda el peso de aquella fábrica. Sumido en sus cavilaciones, apenas reparó en la sencilla grandeza que lo rodeaba. Nadie más que él importunaba a los siglos allí acumulados y el silencio era tan ensordecedor que favoreció su introspección y le permitió vislumbrar al poco de su vagabundeo entre los capiteles las partes débiles de su argumento. Para empezar, él no era un turista cualquiera que pudiera perder el tiempo contando los arcos de cada una de las galerías. No lo era porque su mujer había sido asesinada aquella misma mañana; porque antes de comer había estado en el Instituto Anatómico Forense, donde le dijeron que le avisarían cuando pudiera disponer del cuerpo, y porque no era necesario ser Hércules Poirot para deducir que uno de los principales beneficiados con aquellas muertes era él mismo. Lo que la Guardia Civil deduciría a la primera era que la desaparición de Mercedes le dejaba vía libre para reiniciar su vida junto a su secretaria, mientras que la muerte del doctor borraba de un plumazo la amenaza que el cuaderno de Agatha significaba para el libro de Hernán, cuya muerte, por otra parte, lo convertiría en un reclamo para las ventas. Visto así, pensó, lo tenía muy jodido. Y no le cabía ninguna duda de que a esa misma conclusión llegarían los investigadores. Eso por no hablar de Colin Lloyd, aunque abrigaba la esperanza de que a nadie se le ocurriera hilar tan fino como para establecer una conexión entre estas muertes y lo ocurrido en Winchester tres meses antes.

Pero ¿y Paco? ¿Qué interés podía tener él, Santos, en eliminar al viejo periodista? Ahí sí que pincharían en hueso, aventuró. Y con esa esperanza logró hacerse con las bridas de su corazón, que palpitaba desbocado, mientras que su cabeza era una olla a presión donde bullían argumentos, preguntas, respuestas y coartadas. Y mientras tejía una versión que pudiera ser creíble sobre dónde había estado él exactamente en el momento en que tuvo lugar cada uno de los crímenes, permitió que otro yo suyo se evadiera contando los capiteles y arcos completos de las galerías norte y oeste.

¿Dónde había estado él cuando se produjeron los crímenes?

Esa pregunta era fácil de responder, se animó. Ya se vería hasta dónde llegaba exactamente la sagacidad del alférez Arce.

Para empezar, y eso por si resultaba que eran más listos de lo presumible y metían sus narices en el caso de Lloyd, él se encontraba en Torquay cuando fue asesinado. Lo podía probar...

—¡Joder! —se lamentó.

¿Cómo lo podía probar? Únicamente Mercedes habría estado en disposición de declarar que durmió junto a su marido, aunque ella no le vio el pelo hasta después de medianoche. Debería buscar una coartada sobre dónde estuvo aquella tarde, y eso no iba a resultar fácil, aunque tampoco lo sería probar que había ido desde Torquay a Winchester para cometer el crimen y luego regresó al Imperial Hotel para acabar durmiendo con su mujer.

—Soy inocente —se animó—. Son ellos quienes deben probar lo contrario.

Para la noche en la que Mercedes fue asesinada podía echar mano de Irma. Tras discutir con su mujer, se fue con su secretaria a la habitación de la joven. Los dos estaban acalorados y ella anunció su decisión de marcharse a la mañana siguiente. Él intentó tranquilizarla, le prometió que todo se arreglaría y que verían las cosas de otro modo al día siguiente, pero a la joven no le convenció el argumento y le invitó a salir. De modo que se vio en el pasillo con la puerta de la secretaria cerrada ante sus narices, y eso debió de ocurrir, calculó, alrededor de la una de la madrugada. Lo que sucedió a continuación podría ser que se acostó solo en la cama y que se quedó dormido como un bebé hasta que le despertó el alboroto organizado cuando se descubrió el cadáver de Mercedes.

—Soy inocente —repitió—. Son ellos quienes deben probar lo contrario.

Y lo mismo ocurría en el caso de Paco o con lo sucedido en casa de Velarde.

—Yo no estaba allí. Soy inocente. Si tienen huevos, que demuestren que miento.

Cuando abandonó el claustro, Santos tenía el ánimo templado, iba más erguido y había memorizado la historia que allí mismo acababa de diseñar. Hasta donde le alcanzaba la inteligencia, no le veía puntos débiles. Era cierto que se podía sospechar de él. Tenía motivos para llevar a cabo alguno de aquellos crímenes —no el de Paco, a primera vista, y ese detalle sería un china en el zapato del alférez, presumió—, pero lo de la oportunidad sería muy difícil de probar. Después de todo, ¿quién podía situarlo en cualquiera de los escenarios? Y, de pronto, le temblaron las piernas.

—¡Me cago en la puta! ¡El cheque! ¡He olvidado el cheque en aquella mesa!

De haber estado en el parador Gil Blas en aquel mismo instante, Santos Alsina habría obtenido cumplida respuesta a su pregunta sobre quién podía situarlo en la escena del crimen.

—Mi alférez, que ha aparecido el escritor, el tal Gonzalvo —anunció el cabo Lastra.

El alférez estaba junto a Parrado y Zorita, un par de hijos de puta que se habían ido de la lengua y habían puesto al corriente a sus medios de lo ocurrido allí, según acababa de enterarse. Les iba a cantar las cuarenta en cuanto les tomaran las huellas, pero las noticias que traía Lastra le hicieron olvidarse de ellos por el momento. Junto al cabo descubrió a un tipo al que calculó algo más de cuarenta años, de tez oscura, cabello canoso y aspecto desaliñado. El sujeto ladeaba la cabeza hacia la derecha, como si le pesara tanto que no fuera capaz de mantenerla erguida sobre sus hombros. Con paso enérgico, se acercó a él.

—¿Luis Gonzalvo? —preguntó echando mano del tono más seco de su repertorio. El escritor asintió sin decir nada—. Me va a tener que dar usted varias explicaciones y, si no me convencen, auguro que en nuestra futura relación va a necesitar un abogado que cuide de usted.

—Había ido a dar un paseo, no imaginé que se me echara de menos —se defendió Luis, cínico.

—No se me haga el gracioso, que entonces va a ser peor —le advirtió Arce.

—Espero que además de gracioso sea usted muy listo —añadió el sargento Pardo, que acababa de llegar junto a ellos—, porque, si son tuyas las huellas que estamos buscando, va a tener que usar su ingenio para no aburrirse en la cárcel.

—Oiga, yo no he hecho nada —se apresuró a aclarar Luis, con menos humos.

—Ya le voy viendo menos crecidity —observó Pardo.

—Les digo que he ido a dar un paseo —insistió el escritor—. Salí a la calle tras Hernán y Santos, pero, al ver que los dos entraban en la casa del doctor —señaló la casona al otro lado de la plaza—, comprendí que yo sobraba y he estado paseando hasta ahora.

—¿Me está diciendo que los señores Alsina y Valdés están en casa del médico? —El alférez taladró con la mirada a Luis.

—No sé si estarán allí ahora o no —mintió Gonzalvo con soltura—. Lo que les digo es que les vi entrar allí cuando yo me marché, hace un buen rato.

Arce dio una orden a Lastra:

—Vete a ver si están en la casa de Velarde. —A continuación se volvió hacia Luis—. En cuanto a usted, le recomiendo que colabore permitiendo que se le tomen las huellas.

Luis se encogió de hombros. No había nada como ser inocente, se felicitó, al tiempo que tanteaba con su mano el bolsillo del pantalón donde había ocultado el cheque.

VIII

Llegaron a Las Palmas de Gran Canaria bajo un cielo intensamente azul y con una temperatura que, a pesar de andar por los últimos días del mes de julio, era agradablemente cálida. Nada que ver con el insoportable calor salmantino. En el aeropuerto alquilaron uno de esos vehículos familiares en el que podían ir los seis y sus respectivos equipajes con cierta comodidad y, tras resolver los trámites oportunos ante una risueña y regordeta señorita que estaba al frente de la oficina, Colin Lloyd hizo una señal al grupo para que le siguieran hasta el vehículo que se les había adjudicado. Minutos después, todos iban a bordo rumbo a Las Palmas.

Resultó cierto que Lloyd tenía las llaves de un piso situado frente al arco central de la playa de Las Canteras, pero más próximo a la zona sur, donde comienza el sector conocido como La Cícer.

—Las Canteras es la playa más popular de la ciudad —informó Lloyd a sus invitados. Todos estaban asomados al balcón del piso, situado en la última planta de un edificio de cuatro alturas. El paisaje era simplemente maravilloso—. ¿Veis aquellos arrecifes? — Señaló unas formaciones rocosas—. Es lo que aquí llaman La Barra. Gracias a ellos, la playa está al resguardo de las corrientes del Atlántico, por eso Agatha se mostró encantada con este lugar. La temperatura era buena y, al contrario que en Tenerife, se podía bañar con seguridad.

Los estudiantes permanecieron en silencio durante unos minutos, sintiendo la brisa del mar en sus rostros e imaginándose a la escritora saliendo de la playa y caminando por el paseo marítimo hasta el hotel Metropole.

—¿Y el hotel? ¿Dónde está el hotel en el que se hospedó Agatha? —preguntó Mercedes. La caricia del sol canario le hacía parecer más guapa.

—Ahí siento decepcionaros —dijo Lloyd—. El ayuntamiento de la ciudad lo compró para sus oficinas. Supongo que la ciudad ha cambiado mucho desde entonces.

El grupo no tardaría en comprobar hasta qué punto estaba Lloyd en lo cierto. Cuando Agatha Christie paseó por aquellas calles, Las Palmas contaba con unos ochenta mil habitantes y, aunque también entonces había muchos extranjeros, el fenómeno del turismo no se había convertido en el monstruo que era cuarenta años más tarde. Aquella ciudad de principios de siglo en la que los coches convivían con tranvías y calesas ya no existía. En algún momento la había devorado una ciudad moderna, que ajustaba su paso al ritmo que los nuevos tiempos exigían. Pero lo que no habían logrado mudar el turismo masivo y el consumo que se generaba alrededor de él era el color del mar y el cielo. Pero ¿eso sería suficiente para reconstruir el crimen del que Lloyd les había hablado?

Apenas se hubieron instalado, Lloyd propuso al grupo ir sin más demora hasta Agaete. Visitarían el Puerto de las Nieves y allí, sobre el terreno, comenzaría su particular investigación del caso. Parecía ansioso por demostrarles, especialmente al escéptico Gaspar, que cuanto había dicho acerca de la amistad de su padre con Agatha y todo lo demás era cierto.

—Dijiste que Yurena, la doncella del hotel, aún vivía. ¿Cómo lo sabes? —preguntó Gaspar, receloso—. Han pasado cuarenta años. Tendrá ahora...

—Si no he olvidado sumar, y en base a lo que mi padre me contó, tendrá cincuenta y siete —dijo Lloyd, muy seguro.

—¿Y cómo sabes que vive? —insistió el estudiante de Derecho.

—Salvo que haya fallecido durante los últimos cinco años, porque la he visto una vez —aseguró el inglés, flemático—. Regenta un restaurante muy coqueto en Las Nieves, donde estuve en cierta ocasión con mis padres. Y es donde pienso invitaros a comer.

La revelación de que Lloyd había conocido a Yurena dejó sin palabras al grupo. Minutos más tarde, de camino al Puerto de las Nieves, Paco tenía pegada la nariz al cristal de la ventana del vehículo admirando el paisaje de la isla y, tal vez, dándole vueltas aún a cómo fue posible que su padre le autorizara a embarcarse en semejante aventura. Mercedes se acercó más aún a su novio y Santos le sonrió. En el asiento del copiloto, Hernán miraba la carretera con una sonrisa bobalicona.

El viaje no duró mucho y no tardaron en ver las primeras casitas blancas y azules del Puerto de las Nieves. Lloyd conducía con sorprendente seguridad, como si conociera las calles de toda la vida. A cada minuto que pasaba, los recelos y dudas de Gaspar iban desapareciendo. Tal vez no había sido justo con Colin, pensaba.

—Bueno, pues ahí está —dijo Lloyd minutos después tras aparcar el vehículo frente la cala de Las Nieves—: el lugar donde todo ocurrió.

Los jóvenes salieron del coche y se acercaron a la arena oscura casi con veneración. Si Lloyd no mentía, la historia que Agatha relató en «Una señorita de compañía» se había inspirado en hechos reales. Allí, en aquellas aguas, Audrey Helier había asesinado a su prima, la acaudalada Courtney, usurpando a continuación su identidad. El crimen habría sido perfecto de no haber existido un testigo, Marta, la madre de Yurena.

—No me puedo creer que estemos aquí —confesó Hernán.

—Y ¿qué hacemos ahora? —preguntó Paco.

Lloyd consultó su reloj.

—Pues, vista la hora, lo mejor será ir a comer al restaurante de Yurena, que, para que lo sepáis todo, se casó con su novio de toda la vida y les ha ido bien, al menos hasta la última vez que yo estuve aquí.

El restaurante se llamaba La Rama y resultó ser un local agradable, pero muy solicitado. El pueblo estaba en plenas fiestas y fue realmente un golpe de suerte encontrar mesas libres. Finalmente, y gracias a la exquisita amabilidad del personal, los seis fueron acomodados en un rincón desde el que podía contemplarse la playa.

—La comida es excelente, os lo aseguro —anunció Lloyd—. Sobre todo el pescado.

—Espero que no tenga nada que ver con vuestro *fish and chips* —se mofó Santos.

Lloyd encajó la pulla con deportividad. En esto llegó la camarera, a quien se podía juzgar como la chica más linda que ninguno de ellos hubiera tenido delante en toda su vida. No era muy alta, pero su cuerpo disponía de todo lo necesario para que un mujeriego como Hernán sonriera y clavara la mirada en los ojos azules de la joven, convencido de que, como tantas otras, ella le haría caso. Pero, si la joven se lo hizo, lo disimuló muy bien.

Santos tenía la boca abierta como un idiota y Mercedes se lo recordó propinándole un codazo en las costillas. Gaspar y Paco, siempre comedidos, se limitaron a lanzar a la joven miradas furtivas, menos descaradas, pero que les sirvieron para hacerse una idea completa de lo que la providencia les mostraba. El cabello de la camarera era negro como el carbón y la mirada azul hacía olvidar el mar. Tenía la piel bronceada y la sonrisa fácil.

Lloyd la radiografió al tiempo que adoptaba una postura chulesca.

—De modo que estáis en fiestas —comentó.

—Son Las Nieves —explicó la joven—. El restaurante se llama La Rama precisamente por uno de los actos principales de los festejos.

—No cabe duda de que hemos tenido mucha suerte al venir hoy aquí —intervino Hernán, guiñando un ojo a la joven, por si no había captado el evidente doble sentido de sus palabras.

La camarera ignoró el comentario y se limitó a tomar nota. Cuando levantó la vista del cuaderno donde apuntaba, se encontró con la mirada de Gaspar y a él sí le sonrió.

La comida resultó excelente, pero el humor del grupo se había enrarecido. Cada vez que la joven llegaba con alguno de los platos, Hernán y Lloyd competían como dos gallos en el corral y se entregaban a un estúpido juego de ocurrencias y alusiones sexuales que rozaban el mal gusto. Mercedes, por su parte, pasó de sentirse incómoda a mirar mal a la muchacha, a pesar de que ella se había comportado con total profesionalidad, sin dar pie a ninguno de aquellos comentarios.

Cuando llegaron los postres, Lloyd cogió de la mano a la joven.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

Ella se zafó y Gaspar salió en su defensa.

—¿Eres imbécil o qué te pasa?

Lloyd había bebido bastante vino durante la comida y tenía la mirada enturbiada.

—¿Qué coño te pasa a ti? Nos estamos divirtiendo. —Se volvió hacia la camarera y le preguntó—: ¿A qué hora sales de trabajar por la noche, guapísima?

—¿Qué es lo que sucede? —dijo inesperadamente una mujer que guardaba cierto parecido con la joven camarera. Ninguno de ellos la había visto llegar.

—Disculpe a mi amigo —dijo Santos, saliendo en defensa de Lloyd—. No pretendía ofender a la camarera.

—La camarera es mi hija —aclaró la mujer— y sirve mesas, nada más.

Entre la bruma que empañaba su mirada, Lloyd reconoció a aquella mujer.

—Amigos míos, esta encantadora mujer es Yurena, la razón de nuestro viaje a Canarias.

9

El juez Orestes Celorio llegó al parador de peor humor que por la mañana.

—¿Qué coño está pasando, alférez? —bufó cuando Arce salió a su encuentro—. Dos asesinatos en medio día. ¿Pretende batir un récord?

Arce rebuscó entre los bolsillos y encontró aplomo suficiente como para construir una respuesta acorde con la cornada recibida.

—Hacemos cuanto podemos por no pasar a la historia, señorita.

—Pues visto desde fuera da la impresión de que compiten en la categoría de imbéciles y que les va muy bien —replicó el juez, a quien no parecía haberle hecho gracia el ingenio del alférez—. Podía usted ser igual de ágil para resolver este asunto que para hacerse el ocurrente en sus réplicas.

Orestes Celorio no le dio a Arce la oportunidad de probar si había comprendido el mensaje. Se abrió paso entre el alférez y el sargento Pardo, que no había abierto la boca, y se hizo conducir hasta la habitación donde había aparecido apuñalado Paco Sainz de Villena. Tras el juez se formó una pequeña comitiva en la que el secretario judicial y el forense ocupaban el lugar que se les suponía.

Al ver las doce puñaladas en el cuerpo del periodista, el juez taladró con la mirada al alférez.

—¿Tiene algo que contarme sobre esto?

Pardo miró por el rabillo del ojo al alférez y creyó adivinar lo que podría estar pasando por la cabeza de su superior. El sargento se preguntó cómo se las iba a ingeniar Arce para explicarle al irascible Celorio que alguien parecía estar imitando algunos de los crímenes ideados por Agatha Christie en sus novelas.

—Me temo que necesitaré algo más de cinco minutos —dijo Arce sin esforzarse por limar la ironía.

—¿Le vale con seis? —replicó el juez. Una corriente de aire penetró en la habitación aprovechando que la ventana aún seguía abierta, tal y como la habían encontrado en el momento en que fue hallado el cadáver, y descompuso el engorroso peinado de Celorio. Los pocos pero largos cabellos rompieron el dibujo de ensaimada que formaban—. ¿Qué pasa con esa ventana?

—La encontramos así, abierta —explicó Pardo, esforzándose en disimular la risa al ver el estado del peinado de su señorita.

—Como en la novela —deslizó Arce, con tiento.

—¿Novela? ¿Qué novela? —El juez se colocó el cabello como pudo, pero al no tener un espejo a su disposición el resultado no fue del todo bueno.

—*Asesinato en el Orient Express* —dijo el alférez con toda la naturalidad de la que fue capaz.

—¿Me toma el pelo?

Pardo volvió la mirada hacia la ventana para evitar que el juez descubriera la risa que le acababa de provocar aquel comentario.

—No figuraba en mis planes —respondió Arce—. Por eso le pedía algo más de cinco minutos. Es difícil de explicar.

—Y más me parece que va a ser de creer —aventuró el juez—. Cuénteme.

Por la mente del alférez cruzó, veloz, el recuerdo de la charla telefónica que, tras la comida, había mantenido con su superior, el capitán Rumoroso, en la que le dio cuenta de lo que sabían hasta aquel momento, cuando todavía no tenían más que un solo cadáver sobre la mesa. El capitán le había escuchado en medio de un silencio solo salpicado por ocasionales carraspeos que Arce interpretó como un mal augurio, y es que aquella historia sonaba mucho mejor cuando uno la pensaba que cuando se alquilaban las palabras necesarias para contarla. Incluso él se sintió ridículo cuando se escuchó a sí mismo hablar de Hércules Poirot, Ariadne Oliver y demás criaturas a las

que dio a luz Agatha Christie. Cuando concluyó su informe, la voz del capitán Rumoroso surgió al otro lado de la línea emitiendo su veredicto: «¿Me está usted tomando el pelo, Arce?». Y él le contestó que no y que se hacía cargo de lo raro que sonaba todo aquello, pero que era así como estaban las cosas, por muy increíble que pareciera. «¿Quiere que le vaya con esa historia a los de arriba?», le retó a continuación el capitán. Y Arce buscó valor entre los pliegues de la ropa y juntó el puñado suficiente para decir que él no era el capitán y que, por tanto, no le correspondía decidir qué contar o no «a los de arriba». Por lo visto, a Rumoroso le gustaba que los suyos le echaran cojones y juzgó que Arce se los había echado con aquella respuesta. «Te doy hasta esta tarde para que me cuentes otro chiste diferente», concedió el capitán. Y colgó.

Lázaro miró al juez a la cara, se aclaró la voz y soltó de un tirón el mismo increíble discurso, el que contenía los nombres de Hércules Poirot, Ariadne Oliver, la señora McGinty, lord Edgware, Shaitana, Agatha Christie y todo lo demás, incluidos la historia de la desaparición de Agatha, un cuaderno donde ella revelaba el gran secreto de su vida, la muerte de un profesor del Winchester College llamado Colin Lloyd, unos naipes sobre la mesa de una partida de *bridge*, un frasco de tinta, un artículo de prensa sobre una vidiente, un lugar conocido como Nasse House y las doce puñaladas que recibió en el Orient Express un malvado llamado Cassetti, idéntico número a las que se podían contar en el cuerpo de Paco Sainz de Villena. Y, cuando llegó al final de su informe, se irguió, bien tieso. Si el juez ordenaba que lo fusilaran allí mismo, escucharía la sentencia con coraje, haciéndole honor al uniforme benemérito que apenas nunca se calzaba.

El rostro del juez había ido cambiando de color a medida que Arce compartía con él lo que sabía. Pardo, que al no tener que hablar disponía de más tiempo que el alférez para estudiar el caso del juez cuyo rostro mudaba de color, creyó advertir al menos tres tonalidades diferentes en la cara de Orestes Celorio. En resumen, su señoría había pasado de la perplejidad a la ira durante el tiempo que duró el relato. Por todo lo cual, el sargento tuvo la tentación de cerrar los ojos cuando el juez se dispuso a decir...

—Mi alférez —Lastra irrumpió en la habitación justo en ese momento, dejando al juez con la palabra en la boca. Al advertir la presencia de Orestes, el cabo se disculpó—: Lo siento, señoría, pero es que los hemos encontrado muertos.

—¿A quiénes? ¡Por todos los santos! ¿A quiénes han encontrado muertos? —bramó el juez.

El cabo miró al alférez y Arce asintió. Lastra interpretó el gesto correctamente y desembuchó:

—Al médico y al escritor.

Se trataba de un salón de alrededor de cuarenta metros cuadrados, con vigas de madera vista en el techo, paredes blancas salpicadas con cuadros —algún bodegón, pero sobre todo paisajes de la región repletos de verdes, ríos y nieblas—, gruesas alfombras, muebles de madera maciza... y dos cadáveres.

A juzgar por la expresión de aquellos rostros, Arce dedujo que la muerte había sido dolorosa. Los técnicos del laboratorio, que llevaban aquel día un trajín de los que no se olvidan, se pusieron manos a la obra en busca de información relevante, pero, a la vista de las tazas con restos de lo que parecía chocolate que había junto a los cadáveres, el alférez aventuró para sí la posibilidad de que los hubieran envenenado.

—Hay tres tazas —susurró Pardo a su oído.

También Arce se había dado cuenta de ese detalle y de que la tercera estaba intacta, posada sobre la mesa, y con café en lugar de chocolate.

—Nos van a crujir —profetizó el sargento.

Arce coincidió con el pronóstico de Pardo, pero prefirió no reconocerlo en voz alta. Aquel asunto tenía cada vez peor pinta y, aunque él no ambicionaba otra cosa en su trabajo que tratar de equilibrar la balanza entre el bien y el mal —puesto que había llegado a la conclusión de que en este mundo cabrón es a lo máximo a lo que puede aspirar alguien en su posición, dado que la lucha entre la Luz y las Tinieblas va más allá del entendimiento humano y supera la capacidad de actuación de un picoletto como él—, el peso de los cuatro muertos estaba desequilibrando tanto la maldita balanza que no

veía modo de restablecer el ansiado equilibrio. Nunca como aquel día en Santillana del Mar el alférez Lázaro Arce advirtió qué poco pesaba él cuando se subía al platillo donde se pesaba el bien.

El juez lanzó una mirada furibunda a los dos investigadores.

—¿Otra escenita de novela? —atacó.

—No las he leído todas —replicó Arce—. Pero le tendré informado de los nuevos capítulos que nos vayamos encontrando. —Y, sin más explicaciones, salió a paso ligero del salón acompañado de Pardo. A su espalda escuchó la voz de su señoría.

—Espero, por su bien, que tenga alguna idea pronto.

—Tengo más que una idea —gritó Arce—. Tengo un sospechoso.

La noticia de las muertes de Velarde y Hernán era ya conocida por todos en el Gil Blas, aunque no todos los huéspedes habían reaccionado igual. Encarnación, por ejemplo, tenía bastante con sentirse culpable por haber llegado a dudar de su marido imaginando que había asesinado a Mercedes y por no haberle apremiado a que le revelara a quién había visto en el pasillo del hotel aquella noche.

Por su parte, Parrado y Zorita se frotaban las manos por estar en el ojo del huracán y además seguir con vida para poder contar todo lo que estaba ocurriendo. Imaginaban que la Delegación del Gobierno se encargaría de dosificar los datos de lo que se había convertido en una verdadera película de terror, pero ellos estaban dentro de la propia historia y no tenían la menor intención de respetar pacto alguno con las autoridades. Si había noticia, y allí había una de portada y foto a cuatro columnas, no estaban dispuestos a acatar secretos de sumario ni acuerdos de caballeros. De manera que andaban los dos muy ocupados engordando la primera crónica telefónica que habían servido a sus redacciones tras la muerte de Mercedes.

La aparición de Paco agujereado como un queso de Gruyère había sido acogida por ambos como una bendición del cielo. El hecho de que su satisfacción profesional dependiera de que un hombre hubiera sido asesinado era simplemente una leve incomodidad en su conciencia, nada que no pudiera borrar el sueño de un titular. Pero la noticia del doble crimen en la casa del médico colmó todas sus expectativas. Aquello era algo más que una borrachera informativa. Alguien estaba escribiendo con sangre una novela y ellos formaban parte de la trama. Era como estar en la plaza Dealey de Dallas en el momento en el que dispararon sobre el presidente John F. Kennedy o en el palco del teatro Ford de Washington D. C. cuando John Wilkes Booth asesinó a Abraham Lincoln. Lo único que les faltaba era desvelar la identidad del asesino antes de que lo hicieran los picoletos. Eso sí que sería la culminación de su carrera, de manera que ambos, por separado, se habían lanzado a la aventura detectivesca.

Luis, mientras tanto, masticaba con disimulada calma aquellos momentos. Dado su carácter, hosco y distante, a nadie le sorprendía que estuviera alejado de los demás. Se había sentado en el porche acristalado que miraba a la terraza trasera del parador y empleaba su tiempo en construir mentalmente los capítulos de su futura novela negra. Se trataría de una obra maestra, escrita por alguien que había vivido en primera línea los asesinatos que en ella se describirían. Alguien lo suficientemente listo para salir con vida de todo aquello y hacerlo además con una cuenta corriente mucho más que saneada. En cuanto aquel jaleo acabase, en cuanto echaran el guante a Santos, lo único que tendría que hacer sería cobrar aquel cheque que parecía latir con vida propia en el bolsillo de su pantalón y permitir que al fin la vida hiciera justicia a alguien como él, más inteligente que toda aquella gente con la que se veía obligado a compartir espacio y tiempo. En su cara se fraguó una sonrisa de suficiencia. La escasa luz que le quedaba a la tarde hacía que su tez oscura contrastara aún más con su cabello canoso. A continuación, ladeó la cabeza hacia la derecha y siguió soñando.

María lloró algo, no mucho, cuando supo que Hernán había muerto. Se interesó por los detalles, más que nada porque también en ella habitaba el mismo espíritu hijo de puta que en sus colegas periodistas. Aquello era una noticia y ella podría ofrecer una perspectiva única de la personalidad de Hernán. Después de todo, se trataba de la única de los allí presentes que se lo había follado con una periodicidad considerablemente alta para la edad del difunto.

Que Hernán hubiera muerto era una faena, porque a lo mejor salía a la luz el famoso cuaderno de Agatha y resultaba que echaba por tierra la teoría de su amante muerto, pero a cambio le concedía a ella la ventaja de disponer de los documentos que él le había regalado y que no había incluido en su libro. Documentos inéditos, al parecer, procedentes del archivo familiar de Edmund Cork, el agente literario de Agatha Christie. De manera que María lloró, pero lo justo para no parecer insensible ni arrojar sobre ella sospechas. Si jugaba bien sus cartas —el retrato más íntimo del autor de éxito asesinado y los papeles de marras—, podía acabar escribiendo ella misma un libro muy jugoso.

Arturo, por su parte, trataba de aparentar una entereza de la que en realidad carecía. Pero no podía venirse abajo. Gala lo necesitaba y la estrechaba entre sus brazos intentando calmar su llanto sentados en un sofá del salón contiguo al lugar donde habían asesinado a Mercedes. No se podía decir que Hernán hubiera sido el mejor amigo de su mujer, ni siquiera amigo a secas, pero se conocían desde hacía muchos años. Sobre sus libros se había ido construyendo en buena medida Octubre Ediciones. Cada uno en su estilo, se habían hecho imprescindibles, y, aunque ella no se sentía cómoda cuando estaba junto al escritor, a quien reprochaba en silencio su soberbia y aquellos aires de donjuán sesentón, jamás le hubiera deseado ningún mal.

Además, a la pérdida de Hernán y Mercedes se sumaba el resultado de sumar dos y dos. El producto del sencillo cálculo tenía un nombre: Santos. Y a Santos sí que le tenía aprecio Gala. Creía conocerlo lo suficiente hasta aquel día. Sabía de sus virtudes —no era mala persona— y de sus defectos —era mucho menos inteligente de lo que aparentaba y se dejaba mangonear por su mujer—. Aquel era el Santos que Gala creía conocer. El hombre con quien ella había tratado durante tantos años no tenía pinta de ser un asesino en serie, pero las evidencias apuntaban hacia él, según su propia teoría, la que indicaba que aquellas muertes guardaban relación con el Club de los Detectives. Una cofradía de la cual únicamente quedaba con vida el editor, que además estaba desaparecido.

Edgar daba vueltas como una fiera enjaulada en el vestíbulo del Gil Blas y Sandra lo miraba preocupada. Ella seguía teniendo la boca roja y la falda corta, pero no parecía esforzarse mucho en parecer atractiva. En otros momentos, le gustaba ver el efecto que producía en los hombres, y el hecho de que aquel lugar estuviera repleto de tipos uniformados habría significado un plus de morbosidad al que ella habría sacado partido en otras circunstancias. Pero la realidad era bien diferente. A su suegro lo buscaba la Guardia Civil por ser el máximo sospechoso de varios asesinatos y su marido, de quien ella misma llegó a sospechar cuando se conoció la muerte de Mercedes, estaba destrozado. Ni siquiera el futuro que se abría ante ellos, ahora que Edgar iba a dirigir la empresa, le servía de consuelo. Edgar le había confiado minutos antes que su padre y Hernán pretendían comprar la voluntad de Velarde a cambio de una cantidad de dinero considerable. Pero la noticia de aquel doble crimen no tenía sentido en semejante negociación. Que algo había salido mal parecía evidente. Y si su padre se había cargado al doctor, debía de ser porque el muy cabrón no accedió a entregarle el cuaderno. Lo que no entendía Edgar, y seguía sin comprenderlo mientras daba vueltas por el vestíbulo, era el motivo que llevó a su padre a cargarse también a Hernán.

Cuando dobló la esquina de la calle de Las Lindas y entró en la plaza Mayor, de las dos reflexiones que Santos andaba moliendo en su cabeza desde que abandonó el claustro de la colegiata —«Yo no estaba allí. Soy inocente. Si tienen huevos, que demuestren que miento» y «¡Me cago en la puta! ¡El cheque! ¡He olvidado el cheque en aquella mesa!»—, la segunda de ellas había empequeñecido a la primera, y era lógico, puesto que, si descubrían aquel cheque en el salón de la casa del doctor, la primera de las dos ideas carecía de sentido. El cheque era la clave, y tanto que lo era. Lo era hasta el punto de que Santos Alsina entró en la plaza con la firme determinación de jugarse el todo por el todo y regresar a la casa de Velarde para recuperarlo. Pero no pudo.

Apenas había avanzado unos metros por el empedrado suelo, sin llegar siquiera hasta la casa consistorial, un benemérito espabilado le echó el ojo y le dio el alto. No se necesitó nada más para que el editor quedara mudo y paralizado y apenas un suspiro

fue preciso para que cayera sobre él un puñado de beneméritos que lo condujeron sin pérdida de tiempo al Gil Blas.

El grupo entró en el parador en medio de una gran expectación. Santos, más encorvado que de costumbre, lanzaba miradas a derecha e izquierda, como si buscara a alguien o se sintiera arrojado de pronto en medio de un escenario y la luz de los focos cayera sobre él revelando su desnudez. Su mirada acertó a encontrarse con la de Gala durante un breve instante, pero pareció no reconocerla.

—Acabo de llamar al alférez —dijo un guardia—. Está viniendo.

A Santos lo tenían en medio del vestíbulo, no lejos de los servicios, junto a un expositor de *souvenirs*, a la espera de ver qué se hacía con él. Nadie pareció reparar en Edgar, que se acercó a su padre lo suficiente como para que el editor le deslizara su gran preocupación.

—He olvidado el cheque en la mesa del salón de Gaspar. —Edgar abrió los ojos y comprendió la magnitud del desastre—. Tienes que recuperarlo —le instó Santos—. Es al portador.

—Esa casa está llena de gente —replicó en un susurro—. No puedo.

Y no hubo tiempo para más palabras, porque en ese momento irrumpió en el vestíbulo el juez Celorio en compañía de Arce y Pardo. El alférez estudió al editor con cierta curiosidad.

—Nos ha costado mucho encontrarle, señor Alsina —dijo al cabo de unos segundos—. ¿Dónde se mete usted?

Santos se aferró a la primera de las dos reflexiones nacidas en el claustro antes de responder.

—Estuve en la colegiata, visitando el claustro —explicó. Había procurado erguirse un poco, se había estirado la ropa, arrugada después de que los guardias le hubieran echado mano en la plaza, y se había colocado la mata de pelo canoso con los dedos—. Necesitaba pensar.

—Pues espero que le haya cundido el retiro espiritual, porque lo que menos le interesa es hacerse el cartujo ahora —le advirtió Arce—. Necesitamos tomarle las huellas y hacerle unas preguntas.

—Colaboraré en lo que necesiten —anunció Santos, convencido como estaba de que nadie podría probar nada contra él, salvo que hubieran encontrado el puñetero cheque. En ese caso, habría que echar mano del ingenio para explicarse.

Antes de llevarse a Santos al comedor, donde se habían tomado las huellas a los demás inquilinos, Arce murmuró algo al oído del sargento Pardo y este asintió. A continuación, Pardo buscó con la mirada a Gala y a Arturo y se acercó a ellos.

—¿Podrían acompañarme? —les rogó.

El matrimonio se miró, indeciso.

—¿Adónde? —preguntó Arturo.

—A que vean el escenario y me den su opinión —respondió el sargento.

No es lo mismo describir la escena de un crimen que pisarla cuando todavía hay en ella dos cuerpos sin vida y uno de ellos, además, es un viejo conocido. Por eso Gala se estremeció al entrar en aquel salón repleto de cuadros y muebles antiguos. Los rostros de Hernán y del doctor contenían una mueca terrible, la huella de un dolor lacerante que había sido el heraldo de su muerte.

—Presumimos que han sido envenenados —informó el sargento—. La autopsia nos dirá más cosas sobre la sustancia empleada.

Gala no lograba apartar la vista de la mirada vacía de Hernán. Al verlo allí tendido, como si fuera un muñeco vestido con aquel elegante traje de raya diplomática y el cabello engominado, se apiadó de él y perdonó de inmediato su chulería y su inmadurez, impropia de un hombre de su edad. Un hilo de baba se había deslizado por la barbilla, dejando en evidencia al viejo calavera. Ninguna mujer de su serrallo lo reconocería en aquella piltrafa bien vestida, presumió la escritora.

—El caso es que había tres tazas. —La voz del sargento sacó a Gala de sus cavilaciones—. Hemos encontrado tres tipos de huellas. En esas tazas —señaló las que

estaban junto a los cadáveres— y en la tercera, además de en la vajilla que hay en la bandeja.

—¿Y creen que los envenenó Santos? —preguntó Arturo—. Es absurdo.

—Lo que sea lo dirán las huellas —repuso el sargento economizando esfuerzos a la imaginación—. Lo que el alférez me pidió fue que echaran ustedes un vistazo por si este panorama les recuerda a alguna de esas novelas.

Gala reflexionó durante unos segundos. Después buscó la mirada de su marido. Arturo tenía el ceño fruncido y se tocaba el bigote.

—La novela favorita de Hernán era *Telón* —recordó la escritora.

—Pero deberían ser dos tazas y no tres —objetó Arturo.

La mirada del sargento iba de uno a otro, desconcertado. Era evidente que no lograba seguir el juego.

—¿De qué están hablando?

—A lo mejor a Hernán lo mataron imitando el argumento de su novela favorita —reveló Gala.

—Pero los detalles no cuadran —añadió Arturo.

—Explíquense.

Y Gala se explicó. Recordó que su teoría inicial sobre aquellos crímenes consistía en creer que el asesino estaba imitando los crímenes de las novelas favoritas de las víctimas. Ciertos detalles de la muerte de Colin Lloyd la habían llevado a recordar algunas páginas de *La muerte de lord Edgware*, la novela predilecta de Lloyd. No obstante, el escenario del crimen recordaba mucho más a *Cartas sobre la mesa*. Y comoquiera que el asesinato de Mercedes en nada se parecía a los descritos en su libro de cabecera —*El templete de Nasse House*— y en cambio era idéntico al descrito en *La señora McGinty ha muerto*, había encontrado un punto de unión entre los dos asesinatos. Ese nexo era el personaje de Ariadne Oliver, cuya primera aparición tenía lugar precisamente en *Cartas sobre la mesa* y volvía a formar parte de los personajes de *La señora McGinty ha muerto*.

—Pero la muerte de Paco echó por tierra esa teoría —intervino Arturo—, porque quien lo mató le propinó doce cuchilladas y se esmeró en dejar detalles que condujeran a pensar en la novela favorita de la víctima, *Asesinato en el Orient Express*.

—Con lo que de nuevo volvía a la teoría inicial de que alguien se inspiraba en las novelas que las víctimas más estimaban para matarlas, aunque también podía ocurrir que el nexo de unión fuera Poirot.

—Poirot aparece en todos esos casos, no así Ariadne —puntualizó Arturo, orgulloso, y miró victorioso a su mujer.

Gala lanzó un suspiro, resignada. Su marido era incorregible y llevaba la devoción por el pequeño belga hasta convertirla en una absurda competición.

—¿Y al señor Valdés lo han matado igual que sucede en esa novela que citaron? —preguntó el sargento, intentando atar cabos.

—Más o menos —respondió Arturo.

El profesor de Matemáticas resumió lo mejor que pudo el argumento de *Telón*, empezando de la mejor manera posible: por el principio.

Recordó que aquella fue la última aventura de Poirot, a quien Agatha Christie describe muy deteriorado físicamente, incapaz de moverse de su silla de ruedas sin ayuda.

Poirot cita a su viejo amigo Hastings en Styles Court, en Essex, la misma mansión en la que había tenido lugar su primera investigación muchos años antes. La casona se había convertido en casa de huéspedes y Poirot sospecha que entre los hospedados se encuentra un asesino peligroso y original al mismo tiempo.

—Resume para Hastings cinco asesinatos antiguos que se resolvieron aparentemente con facilidad —recordó Arturo a Pardo, que parecía embobado con la historia—. En todos ellos había un claro sospechoso que fue detenido y encontrado culpable, pero Poirot dudaba de esas versiones. Creía que el verdadero asesino había incitado a aquellas personas a cometer el crimen, quedando él sin castigo.

—Una especie de Yago, el personaje de *Otelo*, llevado al extremo —intervino Gala. Al escucharse, algo se removió en su interior, pero no supo encontrar la razón.

—Alguien que miente, que azuza, que cizaña a los demás —explicó Arturo.

—¿Y qué tiene que ver todo eso con esto? —Pardo dirigió la mirada a los dos cadáveres, junto a los cuales seguían trabajando los técnicos del laboratorio.

—Verá, cuando Poirot descubre entre los invitados al verdadero asesino, le invita a tomar un chocolate caliente con el propósito de asesinarlo —prosiguió Arturo. Al ver la expresión del sargento, aclaró—: Se trataba de hacer justicia y Poirot creía que él mismo encarnaba la ley y que de ese modo evitaría otras muertes. De manera que puso un potente somnífero en ambas tazas, suponiendo, como así ocurrió, que Norton, el asesino, sospecharía y pediría intercambiar las tazas. Poirot no tuvo problema alguno en acceder a ese cambio, porque tomaba habitualmente somníferos y podía aguantar mejor la dosis, y para contrarrestar los efectos tomó estricnina.

—¿Ese tal Poirot era idiota o estaba loco? —dijo Pardo.

—¿Idiota Poirot? —Arturo se escandalizó—. Nadie era más inteligente que él. Simplemente, estaba tan enfermo que había decidido morir, pero antes asesinó al criminal Norton con un ingenioso plan, disparándole en su propia habitación, adonde lo llevó dormido tras haberse tomado el somnífero.

—¿Cómo que lo llevó dormido si me ha dicho hace un rato que estaba en silla de ruedas? —objetó el sargento, demostrando que seguía el relato con mucha atención.

—Es que en realidad no estaba impedido —metió baza Gala, a quien algo seguía incomodando sin lograr identificar de qué se trataba—. Fingía su invalidez y no lo sabía ni siquiera su amigo Hastings.

—Por eso decían ustedes lo de las dos tazas. —Pardo acercó la narración al problema que le ocupaba.

—Sí, aquí hay tres tazas y no dos —dijo Arturo—. Se parece, pero no es igual a la novela.

—Y puede que el asesino siga vivo —precisó el sargento. Volvió la vista a los cadáveres y preguntó—: ¿Y qué hay de la novela favorita del doctor?

Gala recordó la conversación con Gaspar durante su paseo por Torquay y también lo que Paco les había confesado sobre las disputas universitarias del Club de los Detectives.

—Por lo que sabemos, más que decantarse por una única novela, consideraba que la producción de los años treinta de Agatha era la mejor de sus cosechas.

—¿Y eso cómo casa con su teoría?

—No lo sé —reconoció Gala. Miró el cuerpo sin vida del doctor—. La idea de Ariadne Oliver no sirve.

—Pero sí la de Poirot —apuntó Arturo, avieso—. Él sí que aparece en todos esos libros.

—Veremos qué dicen las huellas. —Pardo zanjó la conversación con cierta brusquedad y les invitó a abandonar el salón.

De camino al parador, Gala no se esforzó en rebatir a su marido, porque tenía bastante con rebuscar en el fondo de su memoria aquello que le estaba incomodando tanto como una china en un zapato. Desde hacía unos minutos no lograba apartar de su mente el recuerdo de Shaitana, el extravagante millonario asesinado en *Cartas sobre la mesa*, un tipo dado a coleccionar de todo, incluso los mejores asesinos, aquellos jamás capturados. Un hombre extraño el tal Shaitana, que admitía tener un concepto absolutamente burgués del asesinato y estimaba que un asesino realmente afortunado debiera tener derecho a que el Estado le pagara una pensión.

IX

Entonces todo esto era muy distinto. —Yurena parecía mirar más allá del tráfico y de la gente que iba y venía apresurada—. Se usaba mucho el tranvía y aún más las tartanas. —Se volvió hacia el grupo de estudiantes y aclaró—: Ya sabéis, coches tirados por caballos. Cuando yo tenía vuestra edad, solo la gente de dinero viajaba en automóvil.

Colin y los demás intentaron imaginar aquellas calles de Las Palmas de Gran Canaria exactamente como debieron de ser cuando Yurena era una joven doncella que trabajaba en el hotel Metropole, pero no lo lograron. Hay cosas que es necesario vivir. No basta con leer sobre ellas.

—Como supongo que ya sabéis, el Metropole ya no existe —dijo Yurena, nostálgica—. Pero en casa aún tengo algunas fotografías que a lo mejor os gustaría ver.

—Sería fantástico —confesó Santos.

Los demás se mostraron igual de entusiasmados. Todo aquello les parecía increíble. Resultaba que Colin Lloyd no les había mentado. La historia del asesinato en el que se inspiró Agatha era cierta, según Yurena les había confirmado. Por desgracia, su madre, Marta, había fallecido, pero ella recordaba con absoluta nitidez aquellos días.

—Era un hotel construido por ingleses —explicó la antigua doncella—. Se habían puesto en marcha en la isla negocios de exportación de plátanos a Liverpool y los barcos que realizaban la travesía entre Liverpool, Glasgow y la costa de África hacían escala aquí para repostar carbón, de modo que había muchos ingleses en la isla. —Dejó que su mirada se perdiera en el mar, como si estuviera viendo de nuevo los buques de los que hablaba—. No lejos del hotel estaban el Tennis Courts y el British Club, de modo que la señora Christie, como tantos de sus compatriotas, se sentía como en casa. Y a nosotros, los que trabajábamos en el hotel, no nos quedaba más remedio que chapurrar algo el inglés.

—¿Agatha entendía el español? —se interesó Mercedes.

—No, que yo recuerde —respondió Yurena—. Pero con lo poco que yo sabía de inglés fue suficiente para entendernos.

—¿Ha leído el relato que escribí inspirándose en aquel asunto? —preguntó Gaspar.

Yurena se volvió hacia el apuesto estudiante de Medicina y le sonrió. No le había pasado por alto que aquel joven le hacía tilín a su hija Yaiza, no así los demás. La muchacha recordaba con desagrado el modo en que Colin y Hernán se habían comportado en el restaurante el día anterior.

—Mi madre me habló de esa historia y sí que la leí —confesó la mujer—. Guarda parecido con lo que realmente sucedió, pero no es igual.

—Pero sí que se cuenta que una mujer le confesó a mi padre que la mujer que había muerto había sido asesinada —intervino Colin.

Yurena asintió.

—Sí, aunque Agatha no menciona el nombre de mi madre, así fue.

—¿Llegó usted a ver el vestido en la playa, el de Audrey Helier?

—No, no lo vi —reconoció Yurena—. Me lo contaron algunos vecinos que sí vieron llegar a su padre —miró a Colin— y a la señora Christie a la playa. Aquello conmocionó al pueblo.

—¿Cómo era Agatha en persona? —preguntó Mercedes—. ¿Era exigente como huésped?

—Era una persona muy normal —respondió Yurena—. Le daba un poco de guerra su hija, Rosalind, que no la dejaba trabajar en paz, por lo que le oí decir. La niña se aburría y reclamaba distracciones. Recuerdo que, el día que se marcharon, la pequeña olvidó un muñeco al que tenía mucho aprecio. Le llamaba Osito Azul, y se negó a salir de la isla sin él. Yo estaba limpiando la habitación cuando llegó muy agitado el conductor del autobús que las había llevado al puerto. Me preguntó si había visto aquel

muñeco y le dije que sí. De hecho, lo había guardado para llevarlo a la recepción del hotel. Se lo entregué y salió a toda prisa. Por lo que supe más tarde, llegó a tiempo de dárselo a la niña. En cambio... —Yurena dejó en suspenso la frase.

—En cambio, ¿qué? —preguntó Paco.

La mujer meneó la cabeza.

—Nada, no es nada —dijo.

Yurena caminó junto al grupo de estudiantes en silencio por las mismas calles por las que Agatha paseó. El entusiasmo al recordar aquellos días tan lejanos había estado a punto de jugarle una mala pasada. Si durante cuarenta años no le había dicho a nadie que conservaba aquel cuaderno de tapas negras, no veía motivo alguno para revelar semejante secreto a aquellos muchachos. Lo que la escritora inglesa había escrito en aquellas páginas era algo tan íntimo que jamás le había hablado de ello a nadie. Agatha Christie aún vivía y Yurena temía que aquellas confesiones pudieran caer en manos de cualquier oportunista.

Yurena no solo se prestó a acompañarles por la capital rememorando la estancia de Agatha Christie en la isla, sino que además les presentó a algunas personas que fueron testigos del drama que se vivió aquel día en el Puerto de la Luz, cuando aquella inglesa se ahogó. Todos y cada uno de los lugareños con quienes hablaron confirmaron la historia, lo que no hizo sino fortalecer la posición de líder que Colin Lloyd ostentaba en el grupo.

Durante los días siguientes frecuentaron el restaurante del que Yurena y su esposo eran propietarios. Hernán y Lloyd argumentaban que era una forma de pagar la generosa información que aquella mujer les había proporcionado, pero Mercedes intuía que a los muchachos no les movía el agradecimiento, sino la bonita sonrisa y las curvas de Yaiza, a quien no quitaban ojo, incluido Santos.

Hasta donde a Hernán le alcanzaba la memoria, no había chica que se le hubiera resistido. Tenía un don, o eso había llegado a creer, para que las mujeres comieran de su mano. Y lo cierto es que al mirarse en el espejo comprendía los motivos: era alto, apuesto, siempre iba bien vestido y jamás despeinado. Y luego tenía mucha labia. Susurraba al oído de las jóvenes siempre el texto oportuno para provocar en ellas su sonrisa o su éxtasis.

De manera que, dado su currículum y su destreza, las reiteradas negativas de Yaiza comenzaron a irritarle cada vez más. Ni siquiera el hecho de que Lloyd hubiera fracasado de forma tan estrepitosa como la suya lo consolaba.

—Será hija de puta —estalló Lloyd.

Yaiza ni siquiera le había mirado mientras cenaban aquella noche. El inglés lanzó una mirada turbia a Gaspar.

—¿Qué coño ha visto ese bombón en ti?

Gaspar, tan comedido como de costumbre, no respondió. Lo que hubiera entre él y aquella deliciosa joven era cosa de ambos, de nadie más. De modo que se limitó a encogerse de hombros. Pero no podía negar la evidencia.

Durante aquellos días de fiesta había tenido la ocasión de charlar con Yaiza en varias ocasiones. Decididamente, le gustaba aquella muchacha y creía que la atracción era mutua. La tercera noche que se vieron, durante una verbena, se besaron. Gaspar estaba seguro de que jamás olvidaría el sabor de aquella boca.

—Venga, dínos qué tal lo hace —intervino Santos, un tanto achispado.

Mercedes le lanzó una mirada feroz, pero aún más estremecedora fue la que dedicó a Yaiza, que en aquel momento servía una mesa frente a la que ocupaban los estudiantes. No soportaba que su novio mostrase interés por otras mujeres.

—No seas grosero —dijo Gaspar, enojado.

—Se nos enfada Romeo —se burló Hernán.

—Pues brindo por que le den por culo a Julieta —dijo Lloyd, levantando su copa de vino. Estaba tan borracho que a duras penas se mantenía en pie.

El grupo rompió a reír, incluida Mercedes, que seguía sin apartar la mirada de Yaiza. Gaspar invitó al inglés a que se fuera él a tomar por culo y extendió la invitación a todos los demás. A continuación, se levantó y abandonó el restaurante.

El grupo no se resintió por su marcha, a juzgar por el modo en que siguieron riendo y bebiendo. Y, al filo de la medianoche, Lloyd tuvo una idea.

—¿Qué os parece si le damos una lección a esa estrecha y a su Romeo? —sondeó a su rebaño.

Paco estaba tan borracho que apenas entendió de qué iba el juego. Hernán, como de costumbre, se adhirió a la propuesta, la que fuera. Después, cuando Lloyd expuso sus planes, reafirmó su apoyo a la iniciativa.

—¿Qué dices tú, Santos? —preguntó Lloyd, malicioso.

Santos dudó, y no por falta de ganas de sumarse al juego, sino por la presencia de Mercedes. Para sorpresa de todos, fue la propia Mercedes quien secundó la iniciativa.

—Estoy contigo, Colin, esa puta se merece una lección.

El alcohol y los celos dibujaron una mueca de maldad en el rostro de Mercedes.

—Pues no se hable más —zanjó el asunto Lloyd, sin apartar la mirada de los ojos encendidos de Mercedes—. Dile a esa niña que su amorcito la espera al fondo de la cala, junto a los acantilados. Llévala tú, que no sospechará de una mujer.

Mercedes sonrió y, antes de ir en busca de Yaiza, cruzó una mirada con Santos que le hizo estremecer.

Yaiza había leído varias novelas de Agatha Christie. Se sentía intrigada por aquella mujer a la que su madre conoció cuando era joven. Había leído una y otra vez aquel cuaderno de tapas negras que la escritora olvidó en el Metropole. Lo que aquellas páginas contenían no era la obra de una escritora, sino de una mujer desgraciada que exorcizaba sus demonios más íntimos sobre el papel.

Aquel cuaderno había acompañado a Yaiza durante su adolescencia, e incluso fantaseó en algún momento con la posibilidad de convertirse ella misma en escritora. Pero a lo más que había llegado en su intento por emular a Agatha era a escribir en su diario sus más íntimos pensamientos. Sin ir más lejos, las últimas páginas las había dedicado a aquel muchacho, Gaspar, que le había declarado su amor y con el que se había besado durante el baile. Gaspar le había jurado amor, le había prometido que no la olvidaría y que un día la haría su esposa.

De modo que cuando Mercedes fue a su encuentro y le dijo que Gaspar la esperaba junto a los acantilados, en el extremo de la playa más alejado del pueblo, la muchacha no dudó en acudir a la cita. Mercedes la llevó de la mano y aún se quedó a ver el espectáculo que vino a continuación. Eso sí, a Santos solo le permitió mirar.

La tarde en la que Santos Alsina se había arengado a sí mismo abrigado por el silencio del claustro de la Colegiata de Santillana del Mar con aquel eslogan tan agreste —«Yo no estaba allí. Soy inocente. Si tienen huevos, que demuestren que miento»— quedaba muy lejos. Se había ido esfumando entre la bruma, como las esperanzas del propio Santos de salir airoso del proceso judicial al que lo arrastraron las pruebas, porque resultó que sí tuvieron huevos para demostrar que había estado en cada uno de los escenarios de aquella rocambolesca lista de asesinatos.

Por más que él negó ese extremo, resultaron ser suyas las huellas que se encontraron en el martillo para cortar azúcar que, según el peritaje de los forenses, fue empleado para asesinar a Mercedes Sádaba. Igualmente, se probó sin el menor género de dudas que las manos de Santos habían empuñado el arma con la que fue apuñalado en doce ocasiones Paco Sainz de Villena. Y suyas eran, a decir de los técnicos, las huellas halladas en las tazas y en las otras piezas de la vajilla utilizada en la que fue la última merienda de Gaspar Velarde y Hernán Valdés.

Los esfuerzos de la defensa y la contundente negativa del acusado no fueron suficientes para inclinar la balanza a su favor cuando, tras la colaboración internacional requerida para el caso, se pusieron sobre la mesa las incontestables evidencias que demostraban que las huellas del editor coincidían plenamente con las que la policía británica había encontrado en el puñal utilizado para asesinar a Colin Lloyd.

Santos fue declarado culpable y se ordenó su ingreso en prisión. Durante el juicio, su vigorosa negativa a tener nada que ver con aquellas muertes fue dando paso a silencios más prolongados y, cuando se dictó la sentencia, apenas alzó la mirada. Aquellas semanas lo habían encogido y su triste figura en nada recordaba a la del hombre elegante y ocurrente de antaño.

Durante el proceso escuchó cómo se argumentó en su contra que durante el viaje a Torquay tuvo la oportunidad de asesinar al profesor Lloyd, habida cuenta de que nadie lo vio durante toda la tarde de aquel día en el hotel donde se hospedaba. Y la acusación sacó a relucir lo mucho que estaba en juego con el libro escrito por Hernán. Si Lloyd, reconocido erudito de la vida de Agatha y antiguo integrante del Club de los Detectives, salía a la palestra desmontando la teoría que se proponía en *Enigma Agatha: caso cerrado*, las ventas del libro se resentirían y posiblemente se esfumarían los contratos apalabrados con otras editoriales extranjeras.

Desde la defensa se arguyó que ese razonamiento parecía excesivo para justificar un asesinato, pero la acusación contraatacó recordando lo irrefutable que resultaban las huellas aparecidas en el puñal que segó la vida a Colin Lloyd y la delicada situación económica que atravesaba la editorial. Además, el hecho de que Santos y Lloyd hubieran sido viejos amigos venía a corroborar la sospecha de la policía británica de que la víctima conocía al criminal y por eso le había permitido acceder a su casa sin que hubiera puertas o ventanas violentadas.

Los demás asesinatos, en opinión de la acusación, tenían una sencilla explicación: Santos pretendía rehacer su vida junto a su secretaria, Irma Cañadas, anhelo este que topaba con la enojosa dificultad de estar casado. Mercedes, además, había anunciado horas antes de ser asesinada su propósito de despedir a Irma, lo que pudo ser el detonante de la ira de Santos. Y las huellas en el martillo de cortar azúcar hablaron por sí solas.

Santos envenenó al doctor y a Hernán poniendo cianuro en el chocolate. Eso fue lo que demostraron las pruebas forenses. En el caso del médico, el editor simplemente había

acelerado los acontecimientos, puesto que la autopsia reveló que Velarde padecía un cáncer en fase terminal. Pero el móvil nada tenía que ver con la misericordia. Lo que Santos pretendía era acabar con la amenaza de que Gaspar divulgase el contenido del cuaderno de Agatha Christie.

Todo fue un macabro juego, según los argumentos de la acusación. Y, aunque Santos negó aquella versión de los hechos, se fue fortaleciendo la idea de que había concebido un retorcido plan para ejecutar a los diferentes miembros del Club de los Detectives imitando fórmulas que Agatha Christie utilizó en algunas de sus novelas.

La defensa se esforzó en subrayar las debilidades de aquella teoría, poniendo como ejemplo que Santos no tenía motivo alguno para matar a su más exitoso autor o haciendo notar que la muerte de Paco Sainz de Villena no le reportaba beneficio alguno. Pero la acusación repelió tan atinados argumentos regresando a las huellas dactilares encontradas y al hecho de que el acusado tuvo la oportunidad de cometer cada uno de los crímenes. Además, Encarnación declaró que su marido había visto al asesino de Mercedes y presumió que debía de tratarse de Santos. Aquella revelación explicó, a juicio de la acusación, el motivo que impulsó al editor a matar a Sainz de Villena: no podía permitir que hablara.

La declaración de Edgar no ayudó precisamente a su padre, pero eso él ya lo sabía y fue muy consciente de ello. En realidad, había tomado la decisión la tarde en la que Santos fue detenido. Aquel día, su padre logró susurrarle en el vestíbulo del parador Gil Blas que había olvidado en casa del doctor un cheque que podía incriminarlo irremediablemente. Santos instó a su hijo a recuperarlo, pero Edgar comprendió que era imposible. La casona de Velarde estaba tomada por la Guardia Civil y suponía que a esas horas el cheque se habría incorporado al lote de posibles pruebas.

Edgar intuyó el grave problema que significaba aquel detalle, porque, si preguntaba abiertamente al alférez si habían encontrado un cheque firmado por su padre en el escenario del crimen, se pondría en evidencia que conocía los oscuros negocios que habían llevado a Santos a la casa del médico. Pero no veía otro modo de recuperarlo. Claro que también tenía la opción de aguardar a que fuera la Guardia Civil la que sacara a relucir el cheque durante los interrogatorios, algo que, supuso, terminaría por ocurrir. Finalmente, se decantó por esa opción.

Pero, para su sorpresa, el alférez Arce no mencionó en ningún momento el cheque cuando le hizo algunas preguntas aquella misma tarde y eso no lo tranquilizó. Al contrario, Edgar sintió pánico. ¿Y si alguien se había apoderado del talón antes de la llegada de los agentes?

Por la noche, Sandra logró convencerle de que no podían correr semejante riesgo. Debía hablarle al alférez del maldito cheque, preguntarle si lo habían encontrado. Ambos eran conscientes de que esa información demostraría que sabían que Santos iba a entrevistarse con el doctor y también las razones que motivaban semejante encuentro. Pero, entre sacrificar a su padre y dejar las cuentas de la empresa aún más escuálidas si alguien cobraba el talón, Edgar tuvo clara la decisión. Y Luis Gonzalvo también.

Sí, Luis Gonzalvo también, porque la fortuna sonrió inmerecidamente al hurraño escritor, que, amparado por las sombras del pasillo de la primera planta donde estaba el ascensor, escuchó sin respirar la conversación entre Sandra y Edgar y la conclusión final a la que acababa de llegar el heredero de Octubre Ediciones. Al llegar a su habitación, sacó del bolsillo de su pantalón el cheque, admiró por última vez la bonita cifra que en él estaba escrita y lo quemó con gesto apesadumbrado. Era mucho mejor negocio ser menos rico que verse involucrado en una investigación por asesinato, y a eso estaría abocado cuando, ahora que sabía que Edgar revelaría al alférez la existencia del cheque, pretendiera cobrarlo y lo trincarán.

Y así fue como el talón se convirtió en el talón de Aquiles de Santos. Supuso la guinda de las pruebas en su contra. Su propio hijo lo situaba en la escena del último crimen y revelaba que el editor pretendía comprar el silencio del doctor Velarde. Tal vez, presumió la acusación, al no lograr acallararlo con dinero, optó por el cianuro, método mucho más expeditivo y duradero.

De manera que, aunque no quedaron del todo claras las razones que movieron a Santos a eliminar a Hernán, las huellas encontradas y los demás argumentos acusatorios sirvieron para encerrarlo, por más que siguiera pregonando su inocencia hasta el último instante.

Aquella noche comenzó resultando excepcional para Gala y terminó siéndolo aún más. Lo insólito de su comienzo tuvo que ver con su presencia en la ceremonia de entrega de un premio literario. En aquella ocasión le había sido del todo imposible declinar la invitación que le había hecho llegar uno de los finalistas al premio. Se trataba de un viejo amigo, con quien tanto ella como Arturo estaban muy unidos. Además, tenía lugar en Valladolid, lo que suponía eludir engorrosos y agotadores viajes. Aunque finalmente su colega y amigo no resultó galardonado, Gala jamás olvidaría aquella noche por otro motivo bien diferente.

—¡Caramba! ¡Cuánto tiempo! —dijo Luis Gonzalvo tras administrarse medio vaso de ginebra de un trago.

Arturo, que no había advertido la presencia del escritor, se sobresaltó. Gala tomó aire y contó hasta diez antes de decidirse por algún tipo de saludo. Finalmente, soltó un escueto:

—Hola, Luis.

—No nos veíamos desde lo de Santillana —recordó el escritor.

—¿Cómo va aquel libro que prometiste? —preguntó Gala con la esperanza de espantarlo aludiendo a esa espinosa cuestión.

—Estoy en ello, pero no acabo de coger el ritmo.

Arturo se tocó el mostacho, incómodo. Temía que su mujer pudiera cornear al orgulloso escritor.

—Si al menos hubiera conseguido el puñetero cuaderno —se lamentó Luis—, tendría un argumento de la hostia.

—Pues no apareció —señaló Arturo—. Y mira que lo buscaron.

—Ya, y pensar que lo tuve al alcance de la mano. —Luis hizo aquella confesión sin pensar, evocando aquella tarde de lluvia en el salón del doctor con dos cadáveres a sus pies. Al sentirse taladrado por la mirada de Gala, improvisó una aclaración—. Quiero decir que Velarde me lo enseñó al poco de llegar, ¿recordáis? Me invitó a su casa la primera tarde. Estuve en aquel salón donde después apareció su cadáver junto al de Hernán.

—Si no recuerdo mal, dijiste que guardaba el cuaderno en un cajón de su escritorio —comentó Gala.

Luis asintió. Se sentía cómodo siendo el centro de atención. Experimentaba un placer insoportable al saberse poseedor de una información que no se conocería jamás. Nadie sabría nunca que regresó a aquel salón para intentar hacerse con el famoso cuaderno. Pero de su fracaso no tenía por qué hablar y sí en cambio podía adornar su relato mezclando información de ambas visitas.

—Sí, lo guardaba en aquel cajón junto con un par de libros: una edición de *Hamlet* y un ejemplar de *John Ferguson*, de Saint John Ervine.

Al escuchar a Luis, Gala clavó sus dedos en el antebrazo de su marido, como acostumbraba a hacer cuando una idea acababa de prender en su mente. Sabedor de ello, Arturo la miró de reojo y la descubrió pálida.

—¿Y por qué crees que te invitó a su casa? ¿De dónde salió tanta familiaridad? —se interesó Gala, intentando disimular la impresión que le habían causado las palabras de Gonzalvo.

Luis no parecía haber percibido el temblor en la voz de la escritora, pero a Arturo no le había pasado por alto.

Gonzalvo estaba disfrutando tanto de su papel estelar que no tuvo reparo en recordar su excursión a la isla de Burgh junto al difunto doctor.

—Fue al día siguiente del jaleo que se originó tras su polémica intervención durante la presentación del libro de Hernán —recordó el escritor entornando los ojos—. Me contó que no era la primera vez que visitaba aquella isla, donde Agatha sitúa la trama de una de sus novelas.

—Diez negritos —entró al quite Arturo.

—Sí, esa —confirmó Luis—. Al parecer, era su favorita.

Gala volvió a estrujar el brazo de su marido. Arturo mostró su perplejidad por aquel dato.

—Es extraño, porque siempre habíamos oído que no tenía una novela preferida. Decía que las mejores eran las que Agatha había escrito entre 1930 y 1940, pero sin mostrar predilección por ninguna en concreto. —Observó con inquietud que Gala parecía cada vez más nerviosa y pálida.

—No me extraña. Me dijo que nunca se lo había revelado a nadie —repuso Luis, ufano—. Algo debió de ver en mí.

—Sí, lo estúpido que eres —afirmó Gala inesperadamente—. Vámonos, por favor —pidió a su marido, ignorando al petulante Gonzalvo.

Por más que lo intentó, Arturo no logró sacarle una sola palabra a su mujer que explicase el abrupto final de su encuentro con Luis ni tampoco la razón por la que le urgió a regresar a casa cuanto antes.

—Espérate a que compruebe una cosa —respondió Gala a sus requerimientos.

De nada servía enfadarse con ella cuando se ponía así, y Arturo lo sabía.

Apenas llegaron a su casa, *Pilgrim* salió a su encuentro ladrando satisfecho. Tras él apareció Violeta, una de las hijas del matrimonio. Violeta era tan alta como su madre, tenía el cabello oscuro y aún más negra la mirada.

—¿Qué le pasa a mamá? —preguntó a su padre al ver a Gala entrar apresuradamente en su estudio. Arturo se encogió de hombros.

—¿Recuerdas la noche que estuvimos en el restaurante Ask de Winchester? —preguntó la escritora a su marido mientras encendía el ordenador. Él dijo que sí—. Mientras cenábamos, me pareció ver a alguien en la calle, ¿recuerdas? —Arturo negó con la cabeza—. Me preguntaste qué me pasaba y te dije que me había parecido ver a alguien, pero pensé que era una tontería. Me pareció imposible, o eso creía.

—¿A quién viste?

—El caso es que hace unas semanas, mientras miraba las fotografías que me hiciste junto a la catedral de Winchester, me pasó algo similar. Pero como las fotos que más me interesaban eran las de Jane Austen, no presté mayor atención —confesó al tiempo que abría el archivo con las fotografías del viaje a Reino Unido. Buscó con el ratón la instantánea que deseaba y le dio a la opción de «vista previa»—. Mira —invitó a su marido.

Arturo se puso las gafas de cerca y se acercó a la pantalla. En la fotografía se veía a Gala sentada en las escalinatas que separaban la explanada donde estaba la catedral del camino que conducía a la tienda de recuerdos para turistas. A su derecha y a su espalda se extendía el parque que rodeaba el templo, salpicado de tumbas; y al fondo, una casa blanca situada frente al parque.

—Little Minster Street —dijo Gala—. Esa es la casa donde asesinaron a Colin Lloyd. Y mira. —Amplió la imagen. Arturo abrió la boca y no llegó a decir nada. Su mujer habló en su lugar—. ¿A quién se parece? —preguntó Gala señalando a un hombre que aparecía en la foto de espaldas.

—Pero es imposible.

Gala hizo girar la silla y se volvió hacia él. Violeta escuchaba la conversación desconcertada y *Pilgrim* se dejó caer sobre la alfombra lanzando un profundo suspiro.

—¿Y tú te las das de discípulo de Poirot? —se mofó Gala—. Déjame hacer unas llamadas y te cuento.

Al cabo de media hora, había anotado tres números de teléfono en un papel. Conseguir uno de ellos supuso más esfuerzo del imaginado, pero tener conocidos en televisión abre más puertas que la inteligencia, desgraciadamente. Los otros dos números los tenía en su agenda.

Llamó primero al teléfono que más le había costado encontrar. La tercera llamada fue al alférez Lázaro Arce.

—¿Gala Robles? —La voz de Arce surgió, grave y masculina, al otro lado del hilo telefónico. Parecía francamente sorprendido—. ¿Qué desea?

—Hablar con usted, si fuera posible —explicó Gala—. Se trata del caso de Santos Alsina. El alférez guardó silencio durante unos segundos. Aquel no era un asunto que le gustara recordar. Cuatro muertos en un día delante de tus narices es una cifra difícilmente digerible.

—¿Qué sucede? ¿Otra teoría de las suyas? —le espetó, molesto.

—Tampoco le fue tan mal escuchándolas entonces, ¿no cree? —replicó ella, picada.

—¿No me lo puede decir por teléfono?

—Mejor sería en persona. Y si puede pedirle al juez que nos abran la casa de Velarde, mejor.

—¿Una orden judicial? ¿En base a qué?

—A posibles nuevas pruebas —propuso Gala—. Usted sabrá qué se necesita para conseguirlo. ¿Podemos vernos pasado mañana en el Gil Blas?

Arce se concedió unos segundos antes de responder.

—A eso de las doce de la mañana estaré allí.

Resultó ser un día espléndido que en nada recordaba a la jornada lluviosa y poco hospitalaria en la que ocurrieron los hechos que habían llevado de nuevo a Gala y Arturo hasta la villa medieval.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer? ¿Y si estás equivocada?

Arturo le había dado muchas vueltas a la teoría que su mujer le había expuesto y le parecía plausible. Pero una cosa era coincidir en que aquella hipótesis era admisible para una novela y otra bien diferente soltársela a un alférez de la Guardia Civil al que ya le habían caído encima cuatro muertes.

—Nosotros no hemos matado a nadie, tranquilízate —le rogó Gala, pero también ella estaba nerviosa y estrujaba las correas de su bolso mientras aguardaban a Arce sentados a una mesa de la cafetería del parador.

El alférez hizo su aparición con puntualidad castrense. Arturo se apresuró a levantarse y estrechó la mano del recién llegado. Ambos tenían manos enormes y fuertes. El alférez saludó caballerosamente a Gala, aunque no parecía estar muy a gusto.

—Se me hace extraño verlo sin el sargento Pardo pegado a usted —reveló la escritora.

—No se crea que me he venido solo —confesó el alférez—. Ahí fuera tengo al cabo Lastra, a los técnicos y a más gente esperando. No sé qué arte se ha dado mi capitán con el juez, pero nos van a abrir las puertas de la casa.

—Le agradezco su confianza —dijo Gala, aún más nerviosa al saber los resortes que se habían accionado para corroborar su hipótesis.

—¿Me va a contar ahora su teoría o prefiere que mi capitán me fusile sin llegar a saber por qué coño vamos a volver a entrar en esa casa? —Arce no se esforzó en suavizar su tono ni en disimular lo a disgusto que estaba allí. Una camarera se acercó a la mesa y le preguntó si quería algo. Él dijo que no.

Gala intercambió una rápida mirada con su marido, buscando apoyo. Arturo construyó una sonrisa de ánimo entre sus carnosos carrillos.

—El otro día nos encontramos con Luis Gonzalvo, ¿le recuerda? —dijo Gala. El alférez asintió—. Bueno, pues el caso es que no tardó en salir a relucir el famoso cuaderno de Agatha y Luis se lamentó de no haberle echado mano la tarde en la que Velarde se lo mostró en su casa. Nos dijo que vio cómo lo guardaba en un cajón del escritorio que hay en el salón donde después se encontró su cadáver. En el cajón, nos dijo, había un par de libros.

—El escritorio y todo lo demás se registró a conciencia —la interrumpió el alférez—. Y no se encontró el cuaderno.

—Lo sé. Lo que me llamó la atención fueron los títulos de los libros que Luis dijo que había visto en ese cajón: una edición de *Hamlet* y un ejemplar de *John Ferguson*, de Saint John Ervine.

—¿Y? —Arce la taladró con la mirada. Resultaba evidente que su mal humor iba en aumento—. ¿Otra novelita?

—Exactamente —confirmó Agatha con aplomo—. A Hernán y al doctor los envenenaron aprovechando el chocolate que compartían. Cuando estuvimos en aquel salón ya les expliqué que la escena recordaba vagamente al final de *Telón*.

—¿Y qué pasa con los libros? —preguntó el alférez—. ¿Qué tienen que ver los libros que mencionó antes?

—Pues que precisamente Poirot ocultó en un ejemplar del *John Ferguson* una nota para el capitán Hastings que le condujo a esclarecer lo que allí había ocurrido.

—¿No me diga que tengo ahí fuera esperando al personal porque usted presume que vamos a encontrar un mensajito dentro de un libro? —bufó Arce.

—No es solo eso —se apresuró a aclarar Gala—. Cuando estuvimos en Winchester, ocurrió algo que tiene que saber.

De un tirón, revivió para el alférez la noche en la que, mientras cenaba con Arturo en Ask, creyó ver a Velarde pero espantó la idea, convencida de que debía de tratarse de alguien parecido. Añadió, ante la mirada impaciente de su interlocutor, que esa misma persona aparecía en una de las fotografías que Arturo había tomado en las inmediaciones de la catedral de la localidad británica. Gala sacó del bolso una versión convenientemente ampliada de la instantánea y se la mostró al alférez. Arce la estudió con atención y su cuerpo pareció relajarse.

—Esa casa blanca de la foto es la de Colin Lloyd —le informó Gala.

—Si no es el doctor, es su doble —concedió el alférez tras el escrutinio—. Pero Velarde no estaba...

—¿Quién le vio en Torquay? —atajó la escritora, adelantándose a los pensamientos de Arce—. Parrado y el otro periodista, Zorita, dijeron haberlo visto en el bar del hotel cuando tomaban unas copas con la difunta Mercedes. Si recuerda el episodio, resultó que se llevó por delante a una camarera y organizó un buen jaleo. El suficiente como para que todo el mundo reparase en él.

—¿Me está diciendo que es posible estar en dos lugares al mismo tiempo?

—No, lo que trato de decirle es que la persona que estaba en el hotel no era Gaspar Velarde, sino alguien que se hizo pasar por él. Alguien a quien se pidió expresamente que armara aquel revuelo para que nadie pusiera en duda que el doctor se encontraba en Torquay aquella noche. Por eso se mostró esquivo y se sentó alejado de los periodistas. Era la misma persona que por la mañana, en el barco, apenas nos saludó a mi marido y a mí cuando nos disponíamos a desembarcar. Y no lo hizo, simplemente, porque no nos conocía. Aquello nos pareció ciertamente extraño, porque el doctor se había mostrado muy comunicativo la noche anterior.

—¿Está segura de lo que dice?

—Absolutamente, porque antes de llamarle a usted hablé con la persona que representó el papel de doctor: el actor Diego Velázquez.

—¿El de la tele? —preguntó el alférez, perplejo. Había visto al caricato en alguna ocasión en uno de esos programas de humor donde se parodia a los famosos.

—Un imitador excelente —concedió Gala—. No tuvo inconveniente en confirmar mis sospechas y está a su disposición para aclarar lo que desee. —Puso sobre la mesa un papel con un número de teléfono—. El doctor lo contrató para suplantar su identidad en Torquay, pero él desconocía que fuera a cometerse un asesinato. Para él fue un trabajo más, y generosamente pagado. Como ya sabe, Velarde no reparó en gastos. Velázquez viajó con nosotros en el barco y antes de desembarcar se caracterizó como Gaspar Velarde. Su trabajo concluía cuando el doctor llegara a Torquay aquella misma noche. Jamás imaginó que estuviera participando en algo ilegal. —Arce cogió el papel y miró los números escritos en él como si le costase interpretarlos—. Velarde conocía a Lloyd, como los demás —prosiguió Gala—. Lo conocía lo suficiente como para no haber olvidado cuánto admiraba el inglés *La muerte de lord Edgware* y urdió una trama siniestra aprovechando el plan que esa novela sugería: la de contratar a alguien que suplante tu identidad para garantizarte una coartada. Lo mismo que en ese libro hizo lady Edgware para asesinar a su marido: propuso a la actriz Carlotta Adams que se disfrazara y la suplantara en una cena mientras ella asesinaba a lord Edgware.

—Entonces, ¿en qué quedamos? ¿Las muertes tenían que ver con las novelas favoritas de las víctimas o no? Usted misma negó esa posibilidad —recordó el alférez.

—Tiene razón, las muertes no tuvieron que ver con los libros favoritos de las víctimas, aunque en la muerte de Lloyd se echara mano de un recurso que aparecía en su libro de cabecera —explicó Gala—. Y tampoco Ariadne Oliver era el nexo de esos crímenes, como llegué a pensar, porque ella no está presente ni en *Asesinato en el Orient Express*, libro que inspiró la muerte de Paco Sainz de Villena, ni en *Telón*, la novela que el asesino pareció recrear con la muerte de Hernán y del doctor. Pero sí hay algo que hermana esas dos novelas con *Cartas sobre la mesa*, cuyas páginas evocaba el escenario en el que fue encontrado sin vida Lloyd, y *La señora McGinty ha muerto*, novela donde se describe un asesinato similar al que se cobró la vida de Mercedes: todas las tramas giran alrededor de antiguos crímenes.

—¿A qué se refiere?

—En las novelas de Agatha los móviles de los asesinatos suelen ser económicos, los celos, un robo... Pero con bastante frecuencia se trata de un acto de venganza, como sucede en todas estas novelas que le he citado y en dos que enseguida le diré y que tal vez esclarezcan definitivamente este caso.

»Fíjese, en *Cartas sobre la mesa* ocho personajes reciben la invitación de un enigmático sujeto llamado Shaitana, que vivía en una lujosa mansión en Londres. De los ocho invitados, cuatro de ellos habían cometido un crimen en el pasado y no habían sido descubiertos. Los otros cuatro eran representantes de la ley, incluidos Poirot y Ariadne Oliver. Pues bien, uno de los criminales comprende que Shaitana sabe su secreto y lo apuñala, como a Colin Lloyd. —Gala hizo un alto y estudió la reacción de Lázaro Arce. El alférez parecía estar procesando la información y no abrió la boca—. A Mercedes la asesinaron en circunstancias parecidas a las descritas en *La señora McGinty ha muerto*, una historia en la que la víctima comete la torpeza de escribir un artículo a la prensa, para lo cual compra el famoso frasco de tinta, al creer que ha descubierto la identidad de una antigua asesina cuyo crimen quedó sin castigo. Como ve, otra vez un antiguo delito.

—Lo de Paco y el Orient Express lo recuerdo —aseguró Arce—. Ya veo por dónde va. En esa novela se relata una especie de venganza coral por la muerte de una niña ocurrida años antes. Quiere decir que alguien está pasando factura a los miembros del Club de los Detectives por algo que ocurrió tiempo atrás.

—Así lo veo yo —dijo Gala—. Fíjese en *Telón*, la novela favorita de Hernán, curiosamente. En ella, Poirot pone fin a la vida de un criminal tan inteligente que ni siquiera se mancha las manos asesinando a sus víctimas, sino que incita a terceros para que lo hagan y él se va de rositas.

—¿Y los otros dos libros? ¿Cuáles son esas dos novelas que, según usted, aclaran todo esto?

—Una es *Inocencia trágica* —respondió Gala—, la favorita de Santos. En ella, un joven es acusado erróneamente de asesinar a su madre y acaba muriendo en prisión por un crimen que no cometió, como se demostrará posteriormente. Exactamente igual que, creo, le está sucediendo al pobre Santos.

—¿Lo dice en serio? ¿No recuerda sus huellas en las armas encontradas aquí y en el puñal empleado en Winchester?

Gala dibujó una sonrisa triste.

—¿No sabía usted que Agatha siempre guardaba un final inesperado?

El alférez meneó la cabeza, mostrando su incredulidad.

—¿Y la otra novela? ¿Cuál es?

—De esa le diré algo luego —repuso Gala—. Mejor vamos primero a la casa a ver qué pasa.

Gala se sintió incómoda cuando entraron en el domicilio del difunto Gaspar Velarde. Ni siquiera el deseo de esclarecer lo ocurrido meses atrás parecía recompensa suficiente mientras subían por la escalera que conducía al salón. El personal del juzgado y la Benemérita, acostumbrados a aquellas situaciones y que no habían cruzado jamás una palabra con el propietario de aquella casona, comenzaron su trabajo con la asepsia y profesionalidad exigibles.

El alférez se acercó al escritorio e invitó al matrimonio a que lo imitara. Abrió el cajón izquierdo y, tal y como Luis Gonzalvo había asegurado, en su interior descansaban un ejemplar de *Hamlet* y un *John Ferguson*. Arce cogió este último con sus manos enguantadas en látex.

—Busque el tercer acto —sugirió Gala. Luego contuvo la respiración. De reojo miró al puñado de personas reunido en aquel salón y sintió el peso de sus miradas críticas sobre su espalda. Arturo le estrechó la mano.

El alférez tomó aire y obedeció. Pasó las páginas del libro y en el tercer acto encontró unos papeles doblados.

—¿Cómo lo ha sabido? —le preguntó a Gala.

—No lo sabía. Lo intuía. Como le dije, en *Telón Poirot* ocultó instrucciones para esclarecer su final en un ejemplar de esa obra. En concreto, en el tercer acto.

—¿En serio cree que el doctor confiesa aquí haber matado al inglés? —Arce sostenía los papeles entre sus enguantados dedos, sin decidirse a desdoblarlos.

—Es lo que ocurriría si estuviéramos a punto de terminar *Diez negritos* —repuso Gala.

—¿Otra novela de Agatha?

—La favorita de Velarde, según descubrí el otro día gracias a Luis. Y la que me dio la clave de este jaleo. ¿No la conoce? —El alférez dijo que no—. Pues se la resumo antes de que lea ese papel. La historia tiene lugar en un caserón en medio de una isla al que es invitado un grupo de personas variopintas: una secretaria, un médico, un general retirado, un juez... Pronto se descubre que todos tienen algo en común: tiempo atrás cometieron crímenes de los que salieron bien librados. Uno tras otro, los diez personajes mueren, hasta que no queda ninguno.

—¿Y entonces?

—El asesino era el juez, que fingió su muerte para poder ajusticiar por su cuenta al resto antes de suicidarse —explicó Gala—. Posteriormente, se encontró una confesión suya en la que relataba lo ocurrido, reconociendo que en los últimos años había sentido cada vez con más fuerza la necesidad de actuar en lugar de juzgar, hartado como estaba de ver cómo algunos crímenes escapaban a la justicia y quedaban impunes. Aseguraba que nada le proporcionaba mayor satisfacción que ver al criminal condenado, de modo que se pasó al lado oscuro, por así decirlo, e ideó un macabro plan para ajusticiar a un puñado de asesinos que se habían librado de la cárcel.

—¿Cree que el doctor hizo algo similar? ¿Y las pruebas? Las huellas de Santos estaban en las armas empleadas —objetó el alférez sin decidirse a leer lo que pudiera contener el papel que tenía en su mano.

—Espero que nos lo aclaren esos papeles. Me temo que no soy tan buena como Poirot, pero le diré algo más: antes de llamarle a usted y después de localizar a Diego Velázquez, hice otra llamada, esta vez al Gil Blas, para preguntar sobre la reserva de habitaciones que hizo Velarde para aquellos días. —Posó su mirada en los ojos negros del alférez—. Cuando usted me interrogó en el cuartel y me advirtió que no nos descartaba ni a mi marido ni a mí como sospechosos, añadió algo en lo que entonces no reparé, pero, cuando Luis me confesó que la novela preferida del doctor era *Diez negritos*, me vino a la mente.

—¿A qué se refiere? —preguntó Arce, intrigado.

—Usted me hizo ver que cualquiera de nosotros podía ser el culpable. En concreto, dijo que cualquiera de los que ocupábamos las diez habitaciones que había reservado el médico podía ser el asesino.

El alférez tardó unos segundos en comprender lo que Gala quería decir.

—Ustedes ocupaban únicamente nueve —recordó. Cerró los ojos y rumió una maldición—. No registramos una de las habitaciones.

—Precisamente la que debió de servir a Velarde para ocultarse con el propósito de asesinar a Mercedes y a Paco —aventuró Gala—. Más o menos como hizo el juez Wargrave en *Diez negritos*. Fingió su muerte, llevaron su cadáver a su habitación y nadie volvió a entrar en ella. Después de todo, ¿adónde podría ir un muerto?

—Antes de que usted llegara —intervino Arturo—, hemos podido comprobar que existe una escalera de servicio que, desde el pasillo del piso que nosotros ocupábamos,

permite salir del parador a la calle sin pasar por la recepción. Hay dos puertas que dan a la plaza. Una es la que utilizan los empleados; la otra, por donde entra la mercancía.

—Pero si Velarde era el verdadero asesino, ¿cómo es posible...?

—Que muriera también, ¿verdad? —atajó Gala—. Pues, a falta de saber si esos papeles aclaran lo que no sabemos, creo que Gaspar emuló al juez Wargrave hasta el final. El personaje de la novela padecía una enfermedad terminal y Velarde también, según reveló la autopsia.

—Crímenes del pasado —murmuró el alférez cuando al fin comenzó a leer lo que estaba escrito en aquellos papeles.

Abajo el telón

Han pasado seis meses desde que el alférez Lázaro Arce leyó la confesión de Gaspar Velarde, casi tanto tiempo como el que me ha llevado dar forma a esta novela. Y debo reconocer que no me ha resultado fácil. Pero habrá valido la pena el esfuerzo si consigo demostrarle a Arturo que se equivocaba cuando expresó sus dudas a propósito de que yo fuera capaz de rendir un homenaje a Agatha.

—Lo tuyo es la novela romántica —me espetó cuando le confié mi idea—. Tú escribes con perfume, mientras que Agatha escribía con sangre.

Sin embargo, seis meses después aquí estoy, a unas líneas de distancia del punto final. Agatha confesó en su *Autobiografía* que algunos de sus libros le gustaban más que otros, pero que ninguno de ellos le llenaba plenamente porque, admitía, eso no se consigue nunca. Y es cierto. Coincido con ella en que nada sale como se piensa cuando se diseña el primer capítulo o mientras pasas horas murmurando para ti misma los diálogos que harás decir a tus criaturas. No obstante, es justo reconocer que yo lo he tenido más sencillo que ella, pues en gran medida esta historia es real. Yo misma formé parte de la trama. Aun así, coincido con mi admirada Ariadne Oliver en que en toda novela hay un error fatal del que muchas veces una no se da cuenta hasta que el libro está impreso. Supongo que esta novela también los tiene, pero confío en que al menos Arturo no sepa detectarlos.

Naturalmente, sé que aún quedan cabos por atar y que el lector estará demandando que lo haga. De manera que no hablaré más de mí, puesto que siempre he sostenido que los escritores no deberían explicar cómo escriben ni dónde lo hacen ni hablar de sí mismos. Lo que se nos exige es escribir, ni más ni menos.

Atemos cabos, por tanto.

Para ello voy a requerir al lector su colaboración durante unos instantes. Imagínese sentado en un cómodo sillón del salón de Styles Court, el escenario de la primera aventura de Hércules Poirot y el capitán Arthur Hastings. A su alrededor han tomado asiento igualmente el sargento Pardo, el cabo Lastra, Arturo, yo misma y el resto de los personajes que lograron salir con vida del macabro plan ideado por el doctor Velarde.

Si este fuera un libro escrito por Agatha, sería el momento en el que tomaría la palabra Hércules Poirot para revelar la identidad del asesino, no sin antes atusarse su inimitable bigote y haber engrasado la voz con un licor de menta. Pero, al carecer yo de su ingenio y al no tener a mano un hombrecillo provisto de unas células grises como las suyas, deberé limitarme a proponer al lector que se esfuerce por intentar escuchar en la voz del alférez Lázaro Arce el relato que el propio doctor dejó escrito en aquellos papeles disimulados en el tercer acto del ejemplar del *John Ferguson* que encontramos en el cajón de su escritorio.

El alférez siempre me pareció muy masculino. Su barba de varios días, sus profundos ojos oscuros, sus manos fuertes y su aspecto marcial a pesar de no vestir uniforme hacían juego con aquella voz grave con la que leyó aquel manuscrito:

* * *

«Supongo que todos los matrimonios tienen secretos, aunque debo reconocer, aun a riesgo de parecer torpe e ingenuo, que viví convencido de que en el nuestro únicamente era yo quien no había abierto totalmente mi alma. No me resultaba fácil, no encontraba las palabras que limaran mis miserias, y envejecimos sin que tuviera el coraje de confesarle a Yaiza mis deslices con algunas mujeres cuando fui más joven.

»De su secreto, en cambio, no tuve noticia hasta hace algo más de un año, cuando ella murió. Tras su entierro, me encerré en esta casa durante semanas, incapaz de recuperar el timón de mi vida. Nunca fui dado a las relaciones sociales y a mis amigos los podría contar sin necesitar todos los dedos de una mano, de modo que terminé por conversar con la soledad. Juntos contamos los segundos, los minutos y luego las horas. Las horas fueron días y estas, semanas. Hasta que un día seguí su consejo, el de la soledad, de hacer algo juntos. Y así fue como nos pusimos a hacer limpieza. Yo, en casa; ella, en mi corazón.

»Arriba, en el desván, encontré el secreto de Yaiza: una caja con varios cuadernos que resultaron ser sus diarios.

»Bajé del desván con aquella caja y despedí a la soledad. La eché dando un portazo. Sé que fui injusto con ella, que no se merecía aquel trato después de haber apurado conmigo botellas de amargura. Pero no quiero ocultar nada en los papeles que pretenden ser mi confesión.

»La caja contenía cinco cuadernos, pero no pude pasar del primero. Era en él donde mi adorada Yaiza describía su juventud, donde hablaba del día en que nos conocimos y donde desahogaba su dolor. Aquellos renglones, escritos entre lágrimas, me enseñaron el verdadero rostro de quienes una vez consideré amigos.

»Me sentí aún más miserable al saber que mi esposa había llevado en solitario y en silencio aquella afrenta, mientras que yo flirteaba durante aquel tiempo con otras mujeres. Lloré de rabia al imaginar cómo pudo sentirse aquella noche maldita en la que ellos la habían violado.

»Siempre he creído que *Diez negritos* es la novela más completa de cuantas mi admirada Agatha Christie había escrito. Y aquel diario me hizo ver cuánta razón llevaba Wargrave, el juez que en aquella novela se tomaba la justicia por su mano eliminando a un puñado de antiguos criminales. Del mismo modo que Poirot en *Telón* al dar muerte al miserable Norton o como hicieron los viajeros del Orient Express con el criminal Ratchett. Allí donde la justicia legal no llega, es obligado que alcance la justicia natural. Y entonces, con el corazón quebrado y la mirada empapada de dolor, comencé a diseñar mi propio acto de justicia antes de que la vida se me escapara, lo que no tardará en ocurrir, según los diagnósticos de mis colegas. El cáncer no tardará en llevarme junto a mi amada Yaiza.

»No obstante, no tardé en caer en la cuenta de la dificultad que entrañaba mi proyecto. Yo no disponía de la isla del Negro, escenario de *Diez negritos*, en la que encerrar a los miserables a quienes deseaba ajusticiar, uno tras otro. Además, pretendía rendir homenaje al juez Wargrave, pero

sin imitar sus procedimientos. Cada uno de aquellos hijos de puta debía recibir el castigo adecuado a un crimen cometido en el pasado y del cual creían haberse librado.

»Diseñé varios guiones que al poco de concluir tiraba a la basura. Me esforcé en intentar pensar como creía que lo haría la propia Agatha, pero no supe hacerlo. Yo no era ella, admití al fin, fracasado.

»Imagino que debió de ser la soledad, que regresó en algún momento a mi lado sin que yo lo advirtiera, la que susurró en mi oído aquella idea. No debía pensar en cómo pensaría Agatha si estuviera en mi piel, sino simplemente leer lo que ella ya había pensado y escrito en sus propias novelas. ¿No había ejemplos en sus libros de ajustes de cuentas por crímenes pasados?

»La idea era excelente, juzgué. Y me entregué a la tarea de hacer un listado de novelas que pudieran servir a mis propósitos. Al leer aquella lista, reparé en que entre ellas figuraban las predilectas de Paco —*Asesinato en el Orient Express*—, de Hernán —*Telón*— y de Santos —*Inocencia trágica*—. Aquella bendita casualidad espoleó mi alocado proyecto, pero seguía sin saber de qué modo podría llevarlo a cabo.

»Imagínese mi sorpresa cuando recibí la invitación de Octubre Ediciones. Se diría que la mano del mismísimo Dios, si es que existe y no es una ilusión extendida entre la multitud como terapia colectiva para evitar suicidios por la crueldad de esta vida, había ideado aquel convite.

* * *

»Yaiza y yo solíamos visitar con frecuencia la isla y a su escasa familia. Las Palmas de Gran Canaria era nuestro pequeño oasis. Nos gustaba releer el cuaderno de Agatha que la madre de mi mujer encontró en la habitación del hotel Metropole. Paseábamos por los lugares que la novelista mencionaba en aquellas páginas y recreábamos con nuestra imaginación la investigación que llevó a cabo para esclarecer la muerte de la mujer cuya identidad ocultó después en un relato bajo el nombre de Amy Durrant.

Solíamos hospedarnos siempre en el mismo hotel y en uno de nuestros viajes nos vimos sorprendidos por un espectáculo nocturno que se ofrecía a los clientes. Un jovencísimo actor hacía las delicias de todo el mundo cambiando de identidad en pocos segundos tras un biombo para emerger después comportándose como el doble de algún famoso político o deportista.

»Una noche coincidimos en la barra del bar del hotel con aquel ingenioso joven. Le invité a sentarse junto a nosotros y aceptó. No tardamos en congeniar, a pesar de tener nosotros la edad de sus padres. Le pregunté si

aquel nombre, Diego Velázquez, era el suyo. Sonrió y nos dijo que era su apodo artístico. A continuación, nos reveló su verdadera identidad.

»Nuestra amistad con él se consolidó con el paso de los años, mientras nosotros envejecíamos y él triunfaba en la televisión.

»Fue a Diego a quien primero telefoneé cuando completé en mi mente el plan que había diseñado tras sentenciar a muerte a mis antiguos amigos. Naturalmente, nada le mencioné sobre mis verdaderos propósitos; me limité a ofrecerle una generosa suma de dinero por viajar a bordo del barco que nos llevaría a Reino Unido y suplantar mi identidad en el momento del desembarco y durante la primera noche en Torquay. Le hice ver lo importante que era para mí que pudieran verlo en el hotel y supe después que cumplió con creces su cometido organizando un buen jaleo con una camarera ante la mirada de Mercedes y dos periodistas.

»Mientras, en Winchester, yo hice justicia y acabé con la vida de Colin Lloyd.

»Tenía su gracia que mi coartada se asemejara a la empleada por la asesina de su novela favorita, *La muerte de lord Edgware*, pero en mi proyecto figuraba ajusticiarle exactamente igual que a Shaitana en *Cartas sobre la mesa*. Quien supiera ver, vería... Una novela donde aparecen asesinos que salieron impunes de crímenes cometidos en el pasado.

* * *

»Reservé diez habitaciones en el Parador Gil Blas y me adjudiqué la que lleva el número 112, situada junto a la que ocuparían Paco y su esposa. Confié en que, como sucedía en *Diez negritos*, nadie reparara en una habitación en la que no debía haber nadie, y así fue.

»Con dinero todo es posible, y yo había pagado el suficiente para poder hacerme con una copia de la llave que me permitiera entrar y salir a mi antojo por la escalera de servicio. De ese modo, tras abandonar el parador una vez acabada la cena de bienvenida, regresé por esa discreta entrada y me oculté en mi habitación. Minutos antes, Mercedes había intentado convencerme de que no divulgara el contenido del cuaderno de Agatha y me negué a sus propósitos. No obstante, le pedí que me aguardara en la salita de la televisión después de medianoche y que no mencionase a nadie nuestra cita. Tal vez, deslicé, pudiéramos llegar a algún tipo de acuerdo.

»Matarla con un martillo de cortar azúcar me pareció una idea excelente. *La señora McGinty ha muerto* se ajustaba a mi proyecto. De nuevo, crímenes del pasado que no se pueden enterrar.

»Tras ajusticiarla, regresé a mi refugio en la habitación 112 con la intención de ocultar en ella el arma, pero mis planes se vieron trastocados

cuando Paco, supongo que alertado por mis pasos sobre la crujiente madera del pasillo, abrió la puerta de su habitación y me vio con el martillo ensangrentado en la mano. Me miró desconcertado. Le pedí que me acompañara y nos alejamos por el pasillo del ascensor, donde estaban las habitaciones de aquella primera planta en las que no dormía nadie. Charlamos durante un buen rato. Le revelé que sabía lo que le habían hecho a Yaiza en Las Palmas de Gran Canaria y que no estaba dispuesto a dejar sin castigo aquel crimen. Mentí cuando le prometí que si guardaba silencio respetaría su vida. Y él, cobarde, aceptó. Después regresó a su habitación, sin saber que yo me ocultaba en la 112, junto a la suya. Y tras esa puerta pude escuchar al día siguiente a Encarnación confesarle a Gala que Paco le había dicho que había visto a alguien la noche anterior en el pasillo y que, cuando se levantase de la siesta, le diría de quién se trataba. Temí ser sorprendido por Encarnación si me arriesgaba a matarle en ese momento. La puerta de la habitación del matrimonio estaba abierta y no podía saber si ella estaba también despierta. Además, había trazado un plan meticuloso que incluía recrear algunos detalles del crimen narrado en *Asesinato en el Orient Express* y, a pesar del riesgo que asumía si no acababa con él en ese momento, decidí seguir adelante con mi guion.

»Comprendí que debía actuar con celeridad, antes de que aquel cabrón se fuera de la lengua. Sabía que por la tarde tenía que comparecer ante la Guardia Civil, de modo que entré en su habitación y le acuchillé las veces necesarias, doce, para recrear lo sucedido en *Asesinato en el Orient Express*. Le había llegado la hora de pagar por su crimen, como a Ratchett. Además, era su novela favorita, por lo que imaginé que comprendería la ironía de dejar la ventana abierta, como en aquel vagón del Orient Express, y que colocara un reloj de oro marcando la una y cuarto en el bolsillo de su pijama.

»Fingir que me dejaba convencer por Santos y Hernán para no airear el contenido del cuaderno de Agatha fue sencillo. Son de esos tipos que creen que el dinero todo lo compra y que cada cual tiene un precio. De manera que les hice creer que yo también tenía el mío y les invité a tomar un chocolate. Bueno, en realidad, un chocolate y un café.

»Mi plan contemplaba la muerte de Hernán, casualmente de un modo casi parecido a como le ocurría al miserable Norton en *Telón*, su admirada novela. En cuanto a mí, completada mi venganza, únicamente me quedaría ponerme en las manos del *bon dieu*, como dice Poirot en ese libro, o, por ser menos poético, quitarme de en medio emulando al juez Wargrave. Apurando el cianuro que disimulé en el chocolate me hacía un favor a mí

mismo, escapando de una inminente y dolorosa muerte provocada por el cáncer y acortando los plazos para volver a abrazar a Yaiza.

»En cuanto a Santos, lo necesitaba con vida. Dado que tuvo menos culpa en el delito por el que los había condenado a todos, según leí en el diario de mi esposa, me pareció una excelente idea ajustarle las cuentas inspirándome en su novela predilecta, otra historia que gira alrededor de un crimen del pasado, *Inocencia trágica*. Él no violó a Yaiza, pero tampoco lo impidió.

»Santos debía ser encontrado culpable de todas las muertes, para lo cual me fue preciso poner en sus manos las armas que utilizaría posteriormente. ¿Cómo lograrlo? En realidad, fue bastante más sencillo de lo que había supuesto. En el barco le administré un sedante que, además, le impidió acudir a la cita amorosa que había concertado con su secretaria. Al parecer, Irma se sintió ofendida por aquel desprecio y eso me divirtió especialmente. Sabiendo que estaría dormido, y tras robarle a Mercedes su llave, entré en el camarote y puse en las manos de Santos los dos puñales y el martillo de azúcar.

»Pero regresemos al último acto de este juicio.

»Le pedí a Santos que sirviera los chocolates y el muy imbécil obedeció. Tras haber dejado en la habitación de Paco el cuchillo y el martillo con sus huellas, la Guardia Civil las descubriría también en la tetera que contenía el chocolate. Imaginé que atarían cabos y el resultado les llevaría a detener a Santos, a quien, no obstante, no deseo una larga condena, dada su actuación en la noche que Yaiza fue violada. Por ello escribo esta confesión y me cuidé de invitar a esta casa a Luis Gonzalvo.

»Tengo de Gonzalvo una pésima opinión, y precisamente por ello me acerqué a él, permitiendo que fantaseara con nuestra amistad. Supe que era un miserable cuando advertí que alguien había entrado en mi habitación en Torquay. Supuse que buscaba el cuaderno de Agatha, lo que confirmé cuando se repitió la operación en el barco durante el viaje de regreso. Cuando ante la isla de Burgh le mencioné ese primer registro, no tuve duda alguna de que había sido él. Lo descubrí en sus ojos, pero también porque advertí cómo se escabullía del salón donde Hernán presentó su libro poco después de que yo hiciera público que poseía el cuaderno de Agatha.

»Necesitaba cerca a un miserable como él, y por eso lo invité a esta casa y le mostré dónde guardaba el cuaderno. Lo hice con la esperanza de que regrese en algún momento, que abra el cajón donde ocultaré esta confesión y que se haga con ella o se vaya de la lengua. Así salvará de la cárcel a Santos, aunque supongo que seguirá atormentándole no saber dónde está

oculto el cuaderno de Agatha. La respuesta a ese interrogante solo la tienen los muertos, que reclaman justicia de los vivos.

* * *

» “Cuando se calme la marejada, vendrán en nuestro socorro. Encontrarán sobre la isla del Negro diez cadáveres y un problema indescifrable.

Firmado: Lawrence Wargrave”».

* * *

Ruego al lector un último esfuerzo para imaginar la impresión que nos causó a todos la lectura de aquella confesión. Me estremecí al comprender hasta dónde puede conducir el dolor a una persona enamorada. ¿O tal vez no fue el amor y sí el remordimiento por no haber encontrado jamás el valor suficiente para confesar a su esposa sus infidelidades lo que obró en el doctor semejante cambio de valores?

Agatha dejó escrito que había que proteger siempre al inocente. Pero ¿a cualquier precio?

¿Y el cuaderno de Agatha?

No sería sincera si no admitiera que, repuesta de la impresión que me había causado aquella confesión, no pensé en él. «La respuesta a ese interrogante solo la tienen los muertos, que reclaman justicia de los vivos», había escrito Velarde. ¿Qué había querido decir?

El alférez y su equipo, junto con el personal del juzgado, nos invitaron a salir. Habían resuelto el caso y los enigmas literarios no eran de su competencia ni de su interés. Debíamos irnos, y a punto estábamos de obedecer cuando mi marido hizo una observación cuyo valor le pasó desapercibido a todo el mundo, incluido a él.

—Debería ser *Otelo* y no *Hamlet* —dijo mirando al cajón del escritorio—. En *Telón*, junto al ejemplar del *John Ferguson* había un *Otelo*.

Y entonces comprendí el mensaje del doctor. Recordé las conversaciones en las que me hizo ver la influencia de Shakespeare en Agatha Christie y aquel otro comentario suyo cuando él salía de declarar ante el alférez y yo me disponía a hacerlo: «¿Ve como yo tenía razón?», me dijo. Yo le pedí que se aclarara, extrañada. «Sobre que los muertos reclaman la justicia de los vivos, como en *Hamlet*», respondió.

El alférez y los demás, incluido Arturo, iban saliendo del salón. Yo simulé haber olvidado el bolso e introduje en él aquel ejemplar de *Hamlet* que alteraba la escena descrita en *Telón*, según había observado mi marido.

Gaspar Velarde me había dicho en el *Gil Blas* que un día *Hamlet* aclararía mis dudas sobre el enigma de Agatha. Y tenía razón. Lo supe cuando descubrí que aquel volumen estaba hueco y encontré en su interior un cuaderno de tapas duras y de color negro. La caligrafía era realmente difícil de interpretar, pero nada que un buen traductor de inglés no pudiera resolver.

Y ahora, a falta de unas líneas para el punto y final, el lector se preguntará qué decía aquel cuaderno. Y es lógico que lo haga. De hecho, si esta novela fuera como otra cualquiera, sería oportuno y justo que compartiera mi descubrimiento, pero, por si no lo recordaban, esto es la vida real y en ella las cosas son bien diferentes a las que suceden en las novelas. Por si acaso, permítame que les refresque la memoria echando mano del diálogo entre el inspector Battle y Ariadne Oliver en *Cartas sobre la mesa*. Cuando Battle le comenta a Ariadne que la vida real es un poco diferente a una novela, ella responde: «Ya lo sé. En ella todo está muy mal dispuesto».

En Amalur, julio de 2014

Nota final

Todos los hechos narrados en esta novela pertenecen a la ficción. Todos los personajes y situaciones son fruto de la imaginación del autor, con la excepción de los escritores y personalidades históricas que se mencionan en sus páginas.

En febrero de 1927, Agatha Christie visitó Tenerife y Las Palmas de Gran Canaria en compañía de su hija Rosalind y de su secretaria, Charlotte Fisher. Todos los datos que se aportan sobre su visita son ciertos. Tanto la propia Agatha en *Autobiografía* como la obra de Nicolás González Lemus *Agatha Christie en Canarias* me sirvieron para recrear aquel viaje. Debo agradecer especialmente a Nicolás González Lemus su amabilidad al responder a mis correos electrónicos.

Es igualmente cierto que Agatha se inspiró en ese viaje para la redacción de «El hombre del mar» y «Una señorita de compañía». No lo es, en cambio, que los sucesos narrados en este último relato se hubieran basado en un crimen real. La investigación que se relata en la novela a cargo de Agatha y el doctor Elliot Lloyd es ficción. De hecho, en el relato de Agatha no se menciona el nombre de pila del doctor Lloyd. Elliot, por tanto, es invención del autor.

Por supuesto, son igualmente producto de la imaginación del autor los personajes de Marta, Yurena y Yaiza. Sí es cierto, en cambio, que Rosalind tenía un muñeco al que llamaba Osito Azul y que olvidó en el hotel Metropole. La niña, según cuenta la propia Agatha, se negó a abandonar la isla sin él y el conductor del autobús que las había llevado al puerto regresó al hotel, recogió el muñeco y llegó a tiempo para entregárselo a la niña antes de que el barco zarpara.

Los escenarios de Torquay, en Devon, existen. La llamada Milla de Agatha es uno de los reclamos turísticos principales de aquella maravillosa ciudad turística que cada mes de septiembre celebra un festival multidisciplinar en honor a su vecina más universal. Recomiendo encarecidamente la visita al mismo.

Las anécdotas y datos sobre la infancia y juventud de la escritora son reales y se pueden encontrar en cualquiera de las biografías que se han escrito sobre ella y también en su *Autobiografía*.

Debo dar las gracias especialmente al sargento del Equipo Territorial de la Policía Judicial adscrito a la 3ª Compañía de la Guardia Civil, sita en Torrelavega, Francisco Vázquez Blanco, por su paciencia y extraordinaria amabilidad al responder a mis numerosas preguntas.

Igualmente, mi agradecimiento al sargento de la Guardia Civil de Santillana del Mar Santos Pando, por recibirme en la casa cuartel y aclarar mis dudas.

Por último, agradezco la amabilidad del personal del Parador Nacional Gil Blas de Santillana del Mar, que me permitió curiosear por todos los rincones que necesité.

Agradezco, una vez más, el apoyo y el trabajo de la Agencia Editorial Silvia Bastos, en especial a Pau Centellas. Y a mi editor, Gonzalo Albert, apasionado lector de Agatha Christie y que ha confiado en mí y en el manuscrito que le enviamos.

Daré las gracias igualmente a las primeras lectoras del borrador. A Mariam, por soportar mis urgencias para conocer su opinión, y a Nuria Velasco, que, teniendo en casa a un escritor (Lorenzo Fernández), siempre está dispuesta a leer mis borradores.

Finalmente, ¿olvidó Agatha uno de sus habituales cuadernos en el hotel Metropole? Quién sabe. Aunque en la realidad las cosas siempre están peor dispuestas que en las novelas, a veces supera a la ficción.

Maquetación ePub: El ratón librero (tereftalico)

Sobre el autor



Mariano F. Urresti es licenciado en Historia. Nacido en Santander, vive en Santillana del Mar (Cantabria). Ha sido asesor del Consejo de RTVE en Cantabria. Es autor de casi una veintena de libros sobre enigmas históricos, entre los que destacan *Los Templarios y la palabra perdida*, *La vida secreta de Jesús de Nazaret* o *Felipe II y el secreto de El Escorial*. Es además coautor de libros como *Gótica* (Ed. Aguilar) o *Las claves del Código Da Vinci*. Asimismo ha ganado el III Premio Finis Terrae de Ensayo Histórico con su obra *La España expulsada*. *Las violetas del Círculo Sherlock* fue su primera incursión en el mundo de la ficción y le granjeó el reconocimiento de la crítica y los lectores. Después escribió *La tumba de Verne* y ahora nos ofrece *Agatha escribía con sangre*, un homenaje a la autora británica Agatha Christie.

ADVERTENCIA

Este archivo es una corrección, a partir de otro encontrado en la red, para compartirlo con un grupo reducido de amigos, por medios privados. Si llega a tus manos DEBES SABER que NO DEBERÁS COLGARLO EN WEBS O REDES PÚBLICAS, NI HACER USO COMERCIAL DEL MISMO. Que una vez leído se considera caducado el préstamo del mismo y deberá ser destruido.

En caso de incumplimiento de dicha advertencia, derivamos cualquier responsabilidad o acción legal a quienes la incumplieran.

Queremos dejar bien claro que nuestra intención es favorecer a aquellas personas, de entre nuestros compañeros, que por diversos motivos: económicos, de situación geográfica o discapacidades físicas, no tienen acceso a la literatura, o a bibliotecas públicas. Pagamos religiosamente todos los cánones impuestos por derechos de autor de diferentes soportes. No obtenemos ningún beneficio económico ni directa ni indirectamente (a través de publicidad). Por ello, no consideramos que nuestro acto sea de piratería, ni la apoyamos en ningún caso. Además, realizamos la siguiente...

RECOMENDACIÓN

Si te ha gustado esta lectura, recuerda que un libro es siempre el mejor de los regalos. Recomiéndalo para su compra y recuérdalo cuando tengas que adquirir un obsequio.

Usando este buscador:

<http://www.recbib.es/book/buscadores>

encontrarás enlaces para comprar libros por internet, y podrás localizar las librerías más cercanas a tu domicilio.

Puedes buscar también este libro aquí, y localizarlo en la biblioteca pública más cercana a tu casa:

<http://libros.wf/BibliotecasNacionales>

AGRADECIMIENTO A ESCRITORES

Sin escritores no hay literatura. Recuerden que el mayor agradecimiento sobre esta lectura la debemos a los autores de los libros.

PETICIÓN

Libros digitales a precios razonables.

Notas

[1] En su edición del día 6 de agosto de 1976, *The New York Times* publicó la siguiente esquila: «Hercule Poirot is dead; Famed Belgian Detective; Hercule Poirot, the detective, dies» («Hércules Poirot ha muerto; afamado detective belga; Hércules Poirot, el detective, muere»).

Maquetación ePub: El ratón librero (tereftalico)